CHARLES MAURRAS

Encuesta sobre la Monarquía

TRADUCCIÓN Y NOTAS

DE

FERNANDO BERTRÁN



1935
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
MADRID

ENCUESTA

SOBRE

LA MONARQUIA

IMPRENTA ALDECOA - BURGOS 12390

O. S. P.

P. T. E. M.

V. N.

N. V. M.

S.

PROLOGO DE LA EDICION ESPAÑOLA

La sensación angustiosa de vacío y provisionalidad que los regímenes republicano-democráticos producen necesariamente, ha despertado, como reacción, en muchos pueblos—ahora en España—un interés, antes adormecido, hacia los fundamentos doctrinales de la forma monárquica. Unos los buscan como posible solución ante las inminencias revolucionarias que nos circundan y angustian: como realización práctica y científica del instinto de reacción despertado en tantas conciencias; otros los buscan por el deseo de apuntalar con razones sólidas lo que ya es en ellos sentimiento, simpatía y nostalgia.

La época de la ante-guerra, la que podríamos encerrar cronológicamente entre la Exposición Universal de París *y el 1914, fué una época cómoda y fácil: una época—cantaba nostálgicamente el poeta magiar Andrés Ady—en que la vida "valió la pena de vivirse". Todo el progreso material y mecánico del siglo XIX, en efecto, rendía en esa época sus frutos de madurez, sin dejar ver todavía todo lo que de trastorno y desequilibrio llevaba en sí su crecimiento rápido y vistoso, en desarmonía con el progreso moral. El capitalismo y el industrialismo se veían todavía por las caras brillantes de lo que tienen de lujo, progreso y belleza y no por las caras trágicas de lo que tienen de problema o injusticia. La superproducción acumulaba confiadamente sus* stocks*, sin engendrar aún la quiebra y la crisis: era todavía abundancia, no tragedia. Paralelamente, en la vida política el orden era fácil, los problemas mínimos... Fué a merced de esta vida suave y cómoda, aprovechando ese espejismo y dejándose llevar por esa dulce inercia, como la democracia pudo, con tanto éxito, dedicarse a hablar a los*

hombres nada más que de derechos y no de deberes, nada más que de libertad y no de autoridad. Estas palabras de serpiente, unidas al ambiente paradisíaco de la hora, fueron las que engendraron en toda una generación ese concepto fácil de la civilización y de la vida, que las concibe como gratuito usufructo y no como esfuerzo duro y cotidiana tarea. Se infiltró en toda una generación la creencia deliciosa de que todo "estaba ahí", a la mano, como la fruta en el árbol: el tren, el teléfono, el telégrafo, el Estado, el orden, la autoridad, la Monarquía. Pero no se le enseñó cómo había de cuidar el árbol que tales frutas le ofrecía: no se le enseñó un solo deber, una sola aportación para el sostenimiento de todo ese mecanismo difícil y complicado que hace posible que se hagan trenes y teléfonos, que haya Estados y orden y que subsistan las Monarquías. Y naturalmente, un buen día aquella generación optimista e ilusa, de buenas a primeras, amaneció sin tren, y otro día sin teléfono, y otro sin orden ni autoridad, y otro sin Monarquía...

Uno de los signos más característicos de esa generación fué su urbanismo acentuado. Había perdido su contacto con el campo. Mandaban los hombres de la ciudad. Y el hombre de la ciudad, a fuerza de encontrárselo todo hecho con sólo salir a la calle—el escaparate, el tranvía, el guardia—, se convierte en un Pangloss cándido y optimista que se olvida de que nada de esto es gratuito: que nada de esto puede sostenerse atacándolo diariamente con derechos agresivos, en vez de apuntalarlo con deberes de colaboración. El hombre del campo, en cambio, amanece teniendo cada día ante sí, como un problema, la tierra desnuda, donde todo lo que se recoge ha de ser sembrado primero; donde todo se hace a la vista, sin ilusas y mágicas espontaneidades; donde cada fruto es precio de una labor.

Ahora nosotros somos una generación escarmentada y dolorida, que quiere abandonar esa actitud pasiva y urbana de la pasada generación, para adoptar, por reacción, otra actitud más saludable, activa y agraria. Hemos aprendido que nada se hace sin siembra y labor. Somos una generación venida a menos. Como quien quita el portero o el

coche, porque son ya lujos insostenibles, hemos tenido que quitar la libertad y la democracia. Y, torpemente, por falta de costumbre, pero con buena voluntad, queremos ganarnos, en todo, el pan de cada día...

Y es dentro de esta general actitud, formando parte de ella, donde se ha producido dentro de muchos espíritus ese deseo de conocer los fundamentos doctrinales de la forma monárquica. Hemos comprendido, de pronto, ante la dolorosa sacudida de su derrumbamiento, que la Monarquía no es tampoco un cómodo usufructo legado por las generaciones pasadas, y por nosotros pasivamente disfrutado. La Monarquía no es un simple hecho; es una verdad que hay que conocer, estudiar, amar y defender.

Para servir a esa necesidad de los espíritus de la actual generación, era indispensable, en España, traducir el libro clásico de Charles Maurras, titulado ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA. A la bibliografía monárquica española, florecida en estos años con abundancia, y con impaciencia que tiene algo de atropellada reparación, le hubiera faltado un fragmento fundamental si no se hubiera hecho la traducción de este libro original y famoso.

No es esto decir que este libro contenga la totalidad de la doctrina monárquica, tal como en España debe entenderse, por tradición y espíritu nacional, esta doctrina. Pero este libro es una aportación provechosísima e insustituíble para la consideración total de la tesis monárquica, que examina desde un ángulo de obervación para nosotros novísimo.

Nada tendremos que aprender en él, es cierto, acerca de los fundamentos filosóficos, hasta teológicos si queréis, del gobierno monárquico: difícilmente libro alguno extranjero podrá añadir nada en esta materia a lo que la escuela tradicionalista española tiene sobre esto estudiado y dicho, desde Saavedra Fajardo, Monzón, Rivadeneyra, Quevedo, Santa María o Mallea, hasta Balmes, Aparisi o Mella. Pero el hecho, puramente circunstancial y político, de haberse vinculado esta escuela, en el último período de su vida, a la causa de una dinastía disidente y desterrada, cuyas posibilidades de triunfo no parecían inmediatas, en-

gendró en sus pensadores una tendencia natural a mantenerse en la región de los principios puros, sin dar a sus doctrinas la concreción y el sentido de detalle y eficacia que requiere una tesis política actuante.

Esto contribuyó a mantener la tesis monárquica en una especie de alejamiento nebuloso, que le valió ante muchos espíritus la consideración de algo extremo, pasado, romántico e irreal. Por eso juzgamos convenientísimo traer al palenque de la lucha intelectual española pro-Monarquía la formidable aportación de este libro que contempla el problema monárquico desde un punto de vista puramente positivo, actuante y funcional. Al lado de la voz veterana de nuestros teólogos del XVI y nuestros políticos tradicionalistas del XIX, insuperables en los grandes fundamentos filosóficos de la Monarquía, es interesantísimo oír la voz de Charles Maurras y de todos los escritores de la ENCUESTA, *que, con Comte y Renán, han llegado al campo monárquico por camino bien distinto y han elaborado su convicción con dolores de cotidiana experiencia y de patriotismo en carne viva. Se han publicado en España recientemente las obras de Balmes y de Mella. Se han traducido interesantes tesis inglesas en apoyo de la Monarquía. José María Pemán, el maravilloso poeta y sutilísimo pensador, ha escrito en sus ocho* Cartas a un escéptico en materia de formas de gobierno *un compendio magistral—fácil y hondo, ameno y rigurosamente científico a la vez—de la doctrina monárquica española en todos sus aspectos y facetas. Era preciso, para completar la labor, traducir este libro donde, como repetidamente dice Charles Maurras, la Monarquía no es considerada como "una mística", sino como una realidad positiva y nacional.*

¿Tiene esto algún peligro, ni siquiera para el lector medio o poco preparado? Entendemos que ninguno. No había de estar nuestra literatura monárquica tan sobresaturada de puros principios católicos e inmunizadores, y aun así no estimaríamos peligrosa la lectura del libro de Maurras. No negamos que el enfoque puramente utilitario con que el autor se coloca ante la tesis monárquica, tiñe alguna de las afirmaciones del libro de positivismo o, mejor quizá,

de pragmatismo. Pero esto ocurre contadas veces. En conjunto, no podemos creer en el peligro de un libro que aporta razones positivas y realistas a una tesis que ya está suficientemente apuntalada de razones filosóficas e históricas. Lo que deja de decir un libro que intencionadamente se señaló su límite y se marcó su campo de labor, no podrá ser nunca objeción contra él. No creemos que un buen tratado de ingeniería aplicada, haga peligrar, sino al contrario, los principios puros de la Mecánica.

Y por lo que toca ya directamente a la cuestión de ortodoxia, nos atenemos en un todo a la resolución superior de la Iglesia, que en el decreto de la Congregación del Santo Oficio de 29 de diciembre de 1926, promulgando resolución del 26 de enero de 1914, condenó expresa y nominalmente algunos escritos de Maurras, sin hacer la más mínima referencia a la obra que hoy, traducida al castellano, publicamos.

No estimamos necesario encarecer, finalmente, todo lo que a la utilísima aportación que esta obra representa para la doctrina monárquica, añade de fuerza y eficacia el peculiar estilo del autor, lleno de calidades didácticas: claridad, firmeza, expresivismo, y sobre todo, de un peculiar contagio de entusiasmo y pasión.

La generación pasada tuvo un momento en que consideró, repitiendo la frase hasta marchitarla en tópico, a Anatole France como el más genuino heredero y representante del espíritu latino. Esto fué un puro exceso, superficial y verbalista, nacido de la concepción frívola y academicista que tuvo el siglo pasado, heredándolo del XVIII, del latinismo: *latinismo ligero y burbujeante, que parecía rociado con el champán que derrochaban los sudamericanos en cuyo honor y acogimiento se inventó. Si ese hubiera sido el verdadero* latinismo, *en Roma se hubiera escrito el* Satyricón, *pero no las* Décadas, *ni los* Anales: *y sobre todo, Roma no hubiera construído el Foro, ni el Capitolio, ni el Imperio.*

No: si a algún escritor francés de la generación ya encanecida merece ser adjudicada, con honores de primacía, la representación de la verdadera latinidad, es a Charles

Maurras, latino de la buena estirpe de Mistral. Buen cantero del lenguaje, sus frases cortantes y rotundas tienen justo el volumen y el perfil preciso. Sus frases tienen algo de gesto, como las de Mussolini. Como, en general, las de todos los grandes humanistas y creadores, alejados de los circulitos de eunucos intelectuales donde la acción se diluye y corrompe en un estancamiento de palabras inútiles. Con estilo más hinchado y cabalístico han filosofado los alemanes. Con estilo más amable y florido han sonreído los franceses. Pero con ese estilo latino, sobrio, cortante, de palabras-gestos, se ha hecho toda nuestra Civilización. Con ese mismo estilo, ahora, tendrá que salvarse.

NOTAS PRELIMINARES A LA TRADUCCION ESPAÑOLA[1]

La constante alusión en las páginas de la ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA *a acontecimientos básicos en la política francesa del último medio siglo, obliga a una pequeña aclaración sobre lo que fueron y cómo se produjeron aquellos hechos, para mayor comprensión de aquellos lectores que no los conozcan debidamente.*

EL 16 DE MAYO

Los hombres que elaboraron la nueva Constitución de Francia después de la caída del Segundo Imperio tras la catástrofe de sus armas en la guerra francoprusiana, eran, en su mayor parte, monárquicos—de las dos ramas: legitimistas y orleanistas—, forjaron una Constitución para una Monarquía liberal y parlamentaria y, si no restablecieron pura y simplemente la Monarquía, como era su pensamiento, no fué ajeno a ello el propio jefe de la Casa de Francia, el conde de Chambord, con su obstinación en negarse a aceptar una Monarquía contraria a sus principios. En estas condiciones, la Cámara monárquica, o de monárquicos, fundó la tercera República francesa *por solo un voto de mayoría;* en el fondo, con la esperanza de que el heredero forzoso del conde de Chambord—el de París—podría suceder al presidente Mac-Mahon como primer paso a la restauración del trono.

Pero aquella mayoría de monárquicos que, en 1875, había asentado la tercera República fué pronto substituída por una mayoría de republicanos. Las elecciones guardan estas sorpresas y, en las de enero de 1876 (senatoriales) y febrero del mismo año (de diputados) cambió el eje de la política.

La derecha se encontró frente a un enemigo que planteaba la lucha en el terreno más propicio a la división de conciencias: el de

1. Para la redacción de estas notas se ha seguido la magnífica obra de Jacques Bainville, de la Academia Francesa, *La troisième République: 1870-1935,* indispensable a quien desee tener un conocimiento sintético, pero acabado, de la historia política francesa de los últimos sesenta y cinco años.

la cuestión religiosa. Gambetta había lanzado su famoso grito: "*El clericalismo; este es el enemigo.*" Y este mismo Gambetta, a quien aun muchos republicanos, empezando por Thiers, y con él los más prudentes, los más sensatos, tenían por un loco furioso y lo consideraban como un peligro para la misma República ("que sería conservadora o no sería") se encaminaba, con sus radicales, al poder. El presidente Mac-Mahon consideraba un deber de conciencia el cerrarle el paso. El presidente resumía en su actitud el sentido del agudo conflicto entre la izquierda y la derecha.

En el Senado, la derecha tenía aún mayoría, a pesar de la disminución que acababa de sufrir; en el Congreso, sus diputados no llegaban a 160, de los cuales 75 eran bonapartistas. El estado de espíritu de estos últimos frente a los republicanos que habían derribado el Imperio contribuyó en gran manera a acentuar la belicosidad de la derecha y a provocar el 16 de mayo.

Se intentaron los mejores esfuerzos para conciliar a la mayoría de la Cámara con el mariscal presidente y con el Senado. Jules Simón, encargado del Gobierno, no se cansaba de repetir dirigiéndose a la izquierda: "Yo soy profundamente republicano"; y seguidamente, volviéndose hacia la derecha: "Y profundamente conservador." Fué la última tentativa de prolongar la República conservadora de Thiers. Fracasó ante los ataques de los radicales, que provocaban la natural reacción de la derecha. Apoyándose en la pequeña mayoría que tenía aún en el Senado, ésta se dispuso a resistir y atacar. El centro republicano prefirió acercarse a los radicales que seguirla. De este modo se desvanecían las tentativas de conciliación.

La Constitución otorgaba al presidente de la República el derecho de disolver el Congreso contando con la aprobación del Senado. Usando de sus poderes, el 16 de mayo de 1877, Mac-Mahon, en desacuerdo con Jules Simón, obliga al primer ministro a dimitir y encarga al duque de Broglie la formación de Ministerio; la Cámara, por 363 votos contra 158, le niega la confianza y, con el asentimiento del Senado, el mariscal la disuelve. Aunque la disolución, de hecho, no tuvo lugar hasta un mes más tarde, la fecha del 16 de mayo ha quedado ligada al recuerdo de este episodio político, de no escasa trascendencia.

¿Qué fué, en el fondo, el 16 de mayo? Una operación política ambigua. De inspiración bonapartista, la dirigían unos políticos liberales que se habían parado a mitad de camino de su pensamiento constitucional. La idea de un golpe de Estado los horrorizaba. No podían o no se habían atrevido a jugar sencillamente la carta parlamentaria fiados a una "oscilación del péndulo" que les devolviera

la mayoría cuando las izquierdas se hubieran gastado y desacreditado en el poder, pero tampoco pensaban en recurrir a la fuerza. En el fondo, su pensamiento era confuso y no encerraba más que una confesión del error sufrido en sus cálculos.

El 16 de mayo fué, además, impolítico. No sólo permitió a los republicanos quejarse de arbitrariedad y de violencia y hablar de golpe de Estado, sino que tuvo la virtud de provocar la unión de las izquierdas. Por primera vez éstas se alían y forman un frente común. No hay distinción entre revolucionarios y moderados. La consigna "*a la izquierda no hay enemigo*" entra en vigor; la gran burguesía republicanizada forma en primera fila en la batalla y así se va a las elecciones.

Las derechas, en cambio—bonapartistas, legitimistas, orleanistas, constitucionales mac-mahonianos—, se entendían mal. Con todo, de los 363 diputados que formaban la mayoría de la Cámara disuelta, sólo 325 volvieron al Congreso. Pero esto no era, ciertamente, el triunfo de la derecha, que había luchado con todas sus fuerzas y con el prestigio del mariscal. La operación había fallado. La izquierda, mermada, seguía en mayoría. El peligro que todavía temía de que Mac-Mahon se decidiera a un golpe de Estado verdadero era un peligro imaginario, porque el mariscal no era hombre capaz de pasar un Rubicón. De haberlo pasado, ello sólo hubiera podido redundar en beneficio del heredero de la Corona imperial que acababa de caer en Sedán. Porque nada estaba más lejos del ánimo del mariscal que el aspirar a ejercer la dictadura él personalmente. Bastó con que la Cámara recién elegida se negara a entrar en contacto con el Ministerio que acababa de nombrar, para que se demostrara que Mac-Mahon no pensaba salirse de su papel constitucional. Por otro lado, los triunfadores advirtieron que no les convenía abusar de su triunfo. El mariscal conservaba su prestigio y el apoyo del Senado; se aceptó, pues, un Ministerio liberal, moderado, conservador, único con el que aquél hubiera transigido por su parte.

Mac-Mahon dimitió la presidencia de la República antes de terminar el plazo legal de su mandato. Se fué con dignidad, tras negarse sencillamente a firmar un decreto que dejaba en situación de disponibles a algunos generales, compañeros suyos de armas. Era el año de 1879. La pequeña mayoría que la derecha conservaba en el Senado había desaparecido en las elecciones senatoriales de enero de este mismo año.

Dos grandes hechos marcaban el curso de la política francesa: por una parte, el partido republicano se había fortalecido, se había aguerrido en la lucha y aprendido a unirse; por otra, los directo-

res más cautos de la República habían aprendido la lección que se desprendía de los acontecimientos: era menester ir despacio, no se podía otorgar "el máximo de República" que los impacientes pedían, si no se quería asustar a la masa media de ciudadanos y poner en peligro a la República misma.

Por lo demás, los seis años de presidencia de Mac-Mahon no habían dejado de serle favorables, a pesar de todo. Más o menos republicano "auténtico", el mariscal fué uno de aquellos—y no el de menos peso—que la aclimataron.

EL GENERAL BOULANGER Y EL BOULANGISMO

En los albores del año 1886, empieza a perfilarse en Francia la figura del general Boulanger, o, mejor dicho, comienza a cimentarse el pedestal de la enorme popularidad que había de disfrutar durante unos años. El general Boulanger fué el hombre que, por un cúmulo de circunstancias propicias, pudo acabar con la tercera República y convertirse en dictador, en césar.

Sus comienzos fueron los de un republicano intransigente. Nombrado casi por azar ministro de la Guerra, su primera disposición fué para eliminar del Ejército a los príncipes de la Casa de Francia, agravando, por sí y ante sí, una ley menos agresiva votada por el Parlamento. La Cámara aprobó su decisión y el general recogió las primeras auras de la popularidad del París republicano.

Los monárquicos, y los conservadores en general, combatieron ásperamente a aquel "demagogo de uniforme" al que, andando el tiempo, habían de apoyar eficazmente.

Pero Boulanger no era sólo el hombre a quien los republicanos aclamaron, tras su disposición antimonárquica, y con valedores entre los políticos de izquierda. Era, sobre todo, un "general de la revancha". Cuando Bismarck pensaba, según todos los indicios, atacar nuevamente a Francia, una frase suya ante el Reichstag alusiva al general al tratar de obtener, en enero de 1887, el voto de créditos para el aumento de los efectivos alemanes, bastaba para consagrarlo definitivamente como un símbolo del patriotismo francés. "¿Es que el general Boulanger—había dicho Bismarck—, si llegase al poder, no intentaría la guerra?" Así fué cómo, según la explicación de Clemenceau, el general vino a ser "por el entredicho que sobre él hacía pesar Bismarck, la encarnación de la patria, mientras que el ostracismo que querían imponerle los monárquicos lo convertía en la encarnación de la República". "Y con todo ello—añade Clemenceau—Boulanger no era nada más que un general de golpe de Estado."

Los gobernantes temían su creciente popularidad y, embarazados ante aquel hombre a quien todo parecía designar para que acabara ejerciendo el poder personal, no acertaban a ver cómo sería más peligroso: si eliminado del Ministerio, como enemigo en la calle, o contenido dentro de su alto puesto. De todos modos era peligroso desafiar el sentimiento nacional "sacrificando a Alemania" a un general a quien los republicanos más revanchistas seguían apoyando. Pero no todos los republicanos pensaban lo mismo y los monárquicos coincidían con el sectario Ferry en el veto contra Boulanger.

Los acontecimientos iban de prisa. En medio de estas discusiones, el 22 de mayo de 1887, en unas elecciones parciales por el departamento del Sena, Boulanger obtenía 38.000 votos que lo elegían diputado, votos obtenidos por un movimiento espontáneo de los electores, ya que Boulanger, militar en activo, no podía ser candidato.

La izquierda combate pronto abiertamente al "general de golpe de Estado", a quien los radicales que lo habían incubado han ido abandonando, y el general, por un movimiento natural, comienza a buscar apoyos en la derecha. "La República—escribe Jacques Bainville—no le había negado ningún elemento de éxito. Ahora ella misma lo reconciliaba con el adversario, forjaba la coalición con sus mismas manos."

Boulanger ya no es ministro de la Guerra, pero esto no ha hecho más que aumentar su popularidad en un momento en que las causas del descontento se acumulan; al descontento del patriotismo por lo que, en la política gubernamental, le parece una renuncia a la Alsacia y la Lorena perdidas, se une la protesta por los comienzos de la expansión colonial en el Tonkín, que parece una aventura, más antipática tras la derrota de Lang-Son.

El Gobierno decide alejar a Boulanger de París y le confiere el mando de un cuerpo de Ejército en Clermont-Ferrand. "El 8 de julio de 1887, una muchedumbre inmensa se trasladó a la estación para impedir que Boulanger partiera. Registráronse escenas de entusiasmo idolátrico. Hubo hombres que se tendían en la vía férrea para parar el tren. ¿Qué hizo Boulanger? Ni por un momento tuvo la idea de refugiarse en medio de aquella muchedumbre ni de ponerse a su cabeza. Hubiera podido conducirla adonde hubiese querido y, sin duda, no sabía adónde llevarla." Así fué cómo se escapó montado en una locomotora dejando burlada a aquella turba delirante.

Pero el boulangismo no amenguó por esta actitud poco gallarda (sus motivos eran más profundos que un simple entusiasmo personalista). "El prestigio del general resistía hasta el ridículo." Y, a

mayor abundamiento, a aquel estado de espíritu, todavía informe como movimiento político, vino a unirse un nuevo sentimiento de indignación al descubrirse, en octubre de 1887, un feo asunto: un tráfico de condecoraciones; la Legión de Honor puesta en venta y el yerno del presidente de la República, el diputado Wilson, como principal figura del negocio; Wilson no sólo vendía condecoraciones, sino puestos y empleos.

Las salpicaduras llegan, naturalmente, al propio jefe del Estado. La repulsa popular a los políticos del régimen alcanza ya a las más altas instituciones, al régimen mismo. "La corrupción, el provecho y el robo al amparo de los mandatos electivos y de los honores oficiales, el contraste entre las virtudes de que se hacía alarde y los hechos que se descubrían, todo esto venía en mal momento y encontraba un terreno en ebullición. La calle se agitaba, la cólera subía y así se unieron dos sentimientos en favor de Boulanger." Era la víctima de Bismarck y de los que amparaban a los ladrones. Boulangismo frente a parlamentarismo, desacreditado por Wilson. Hasta llegar a Stawisky, en nuestros días, la tercera República francesa tenía aún que salvar otras muchas y mayores lagunas de cieno.

Al fin, el suegro de Wilson, el presidente Grévy, tiene que dimitir. El sufragio universal sigue, entretanto, exaltando a Boulanger. La táctica de sus partidarios consiste en presentarlo candidato en las elecciones parciales de distintos departamentos "Cada vez, en número imponente, el voto popular se pronunciaba en su favor a pesar de que no era elegible." En este momento, los republicanos cometen la torpeza de pasar al general a la reserva, con lo que lo dejaban en libertad de acción; los plebiscitos electorales en su favor adquieren a partir de entonces verdadero sentido. "Elegido en la Dordogne y en el Nort en abril de 1888, recordaba los éxitos con que Luis-Napoleón Bonaparte había preparado el Imperio." A consecuencia de una discusión con el jefe del Gobierno y para significar su ruptura con los parlamentarios, renuncia a su acta de diputado; tres departamentos lo reeligen a la vez. "El día en que volvió al Palacio Borbón para posesionarse de su puesto, la plaza de la Concordia estaba invadida por una muchedumbre entusiasta. Si Boulanger—confiesa el jefe de Policía encargado aquel día de la defensa del orden—, alzándose en su coche hubiera hecho señal con el sombrero a la muchedumbre para que le siguiera, nos hubiera barrido, la invasión de la Cámara era un hecho. Boulanger no dió la señal. Después de la estación de Lyon, esta fué la segunda ocasión perdida."

Pero nada descorazonaba a sus partidarios. Los monárquicos

mismos se agrupan en torno del general. Todo parecía indicar que el movimiento nacional a que Boulanger daba nombre tenía que acabar con un régimen del que las fuerzas de derecha, cualquiera que fuese su actitud conciliadora y colaboracionista, se sentían excluídas. A pesar de sus convicciones y de su hostilidad a la Dictadura, el conde de París no dudó más. Por otra parte, Boulanger coqueteaba con los monárquicos y los príncipes. El general se ha convertido en "síndico de todos los descontentos".

El 27 de enero de 1889, París, en una jornada de entusiasmo, lo elige diputado por 244.000 votos contra 162.000 del candidato oficial. Esta es su tercera ocasión, la mejor, la última. "Aquella noche no dependió más que de Boulanger el apoderarse del Poder. La muchedumbre de la estación de Lyon, la muchedumbre de la plaza de la Concordia lo exhortaba aún a ponerse a su frente y a marchar sobre el Elíseo. Todos los testigos coinciden. El Gobierno no se defendía, tal vez porque no hubiera hallado quien le defendiera. El secretario general de la Prefectura de Policía confirma que "la Prefectura no había tomado ninguna medida de precaución y de protección; ni un guardia siquiera en los lugares indicados o apercibido a ir. Yo circulaba a través de los grupos desamparado, avergonzado de mi impotencia de evitar nada y la multitud seguía gritando en todos los tonos: "¡Al Elíseo, al Elíseo!" Freycinet, ministro entonces, confirma la turbación del Gobierno y el "desconcierto de los mantenedores del orden". En el Elíseo, se esperaba de un momento a otro que Boulanger apareciera. Se dice que había dispuesto un coche para el presidente Carnot, en torno del cual se estaba celebrando un Consejo improvisado. No obstante, ocurrió algo más extraordinario todavía: que no ocurrió nada. En un restaurante de la plaza de la Magdalena, a doscientos metros del palacio donde los ministros y el presidente deliberaban ya sobre abandonar a París, el Estado Mayor boulangista conjuraba al elegido a que diese la señal. Boulanger se negó a ello con suave terquedad. El gallo cantaba por tercera vez. Por tercera vez, Boulanger dejaba pasar su hora. La fortuna se cansó. La ocasión no había de presentarse más..." Las explicaciones que se han dado, a través del tiempo, de la extraña conducta de Boulanger han sido varias. Probablemente, la fundamental radica en la inferioridad manifiesta del general al papel que las circunstancias históricas le otorgaban. En las páginas de la ENCUESTA, se hallará la tesis de Barrès: el general, imbuído en los mitos de la democracia política, se aterraba ante lo que era la única posibilidad de triunfo de su causa: el golpe de fuerza. Acaso, sincero republicano, temía también los compromisos adquiridos con los monárquicos y pensaba que, recurriendo a los

procedimientos legales, un gran plebiscito que le otorgara la confianza popular le libraría de todo ligamen. Lo cierto es que su debilidad en los momentos decisivos y sus empachos de legalismo fueron perfectamente explotados por el Gobierno. Con una inmediata actuación judicial contra él y sus principales lugartenientes, se daba al boulangismo un carácter sedicioso. En cuanto al plebiscito, chocaría con el restablecimiento del escrutinio por distritos y con todas las artimañas electorales de quien está en posesión de los resortes del poder, usados (como se usaron) sin escrúpulos. Boulanger fué advertido de que se le iba a detener e inmediatamente pasó la frontera declarando que no reconocía a sus adversarios como jueces. El Senado juzgó al fugitivo en rebeldía. "A partir de aquel momento, el encanto estaba roto. Boulanger, condenado a reclusión en un fuerte, no era más que un conspirador huído." La sentencia se dió el 14 de agosto de 1889. Las elecciones cantonales, celebradas a fines del mes anterior, habían señalado la decadencia del "partido nacional". Y en estas condiciones se fué a las elecciones generales. Sólo 38 boulangistas fueron elegidos en toda Francia; Boulanger lo fué por el 18.° distrito de París, pero su condena anulaba la elección.

La estrella brillante y fugaz estaba en su ocaso. Y el suicidio del general en el destierro, sobre la tumba de Mme. Bonnemain, ponía un triste epílogo de novelón romántico a lo que se anunciara como una historia épica. La muerte del general ocurría en Ixelles (Bruselas) el 30 de setiembre de 1891.

"AFFAIRE" PANAMÁ

Pocos hombres había en Francia más gloriosos que Fernando de Lesseps, autor del canal de Suez. Cristóbal Colón había descubierto un nuevo mundo: Lesseps acababa de cambiar la faz de la tierra. Y también enriquecía a quienes tenían fe en su palabra y en su estrella. Hacía diez años que el canal de Suez estaba abierto a la navegación. Tras algunos años de incertidumbres, el genial realizador había obviado todos los obstáculos y la empresa estaba en plena prosperidad. Así es que, al fundar una nueva sociedad para el canal de Panamá, excitó juntamente la imaginación y el espíritu de lucro de sus conciudadanos. Hízose patente entonces que el genio es también una fuerza ilusoria. Lesseps perdía de vista las dificultades y las cifras. Era de aquellos para quienes el dinero es un medio, no un fin. Confiando en su idea, se dirige al ahorro nacional y le hace promesas sinceras, pero quiméricas, de apariencia al menos; lo esencial, para Lesseps, es la obra que debe emprenderse.

En todo ello, no había nada que pudiese turbar al Estado. La Sociedad del Panamá era una empresa privada; si quebraba y había falta de probidad en sus administradores, ellos solos responderían ante la justicia. Pero la Sociedad emitía empréstito tras empréstito, los gastos aumentaban sin cesar, hasta el punto de que, para hallar capitales, recurrió a un procedimiento empleado por la Compañía del canal de Suez: la emisión de un empréstito con lotes. Este fué el camino por el que el Parlamento se mezcló a la empresa Panamá, ya que la ley exigía, en atención al bien general y a la protección del ahorro de los franceses, que esta clase de empréstitos fuera autorizada por las Cámaras. Una vez más, el ahorro hubo de temer a sus protectores.

El caso es que la Cámara, al principio, no era favorable al empréstito, porque la Compañía andaba tan mal de crédito como de recursos. Si el Parlamento daba la autorización, recomendaba el asunto. Pero vacilaba entre el temor de provocar la ruina de una gran empresa francesa (lo que era tirar los enormes capitales que ya se habían gastado) y la responsabilidad de animar a nuevos suscriptores a que entregasen su dinero. En este punto intervienen los agentes corruptores: pagan dictámenes favorables, compran votos. Se autoriza y emite el empréstito. Corre el mes de junio de 1888. Siete meses más tarde, la Compañía presenta el balance: 1.400 millones, aportados por 850.000 suscriptores, perdidos.

Como se advertirá por la fecha, estos hechos coinciden con el momento más agudo de la fiebre boulangista. La liquidación de Panamá sigue de cerca el triunfo electoral de Boulanger en París. Si entonces llega a estallar el escándalo, ¡cómo hubiera aumentado la efervescencia política! Por espacio de cuatro años, los Gobiernos, presionando la justicia, consiguieron detener las investigaciones que pedían los suscriptores perjudicados. Más tarde había de probarse que hasta ciertos ministros habían tomado dinero de la Compañía en quiebra. Los otros sabían o sospechaban que los parlamentarios corrompidos eran muchos. Si el asunto llegaba a los tribunales, era inevitable que la corrupción fuese descubierta en toda su extensión y el escándalo era tanto más temible cuanto que los vendidos, salvo rarísimas excepciones, eran del partido republicano. A pesar de todas las investigaciones, no se pudo inculpar más que a un solo diputado de derecha y a un amigo de Boulanger.

Cuatro Gobiernos se aplicaron sucesivamente a echar tierra al asunto. Se buscaba la prescripción, que se hubiera conseguido en 1893, pretextando que no se podía deshonrar a Lesseps, una de las glorias de Francia. Le sobraban al Gobierno los motivos—desde su punto de vista—para proceder así. Los comprometidos eran de-

masiados: casi todo el mundo. Se ha calculado que, de los 1.400 millones suscritos, la mitad apenas se invirtió en los trabajos del canal. El resto se había empleado en gastos de publicidad y corrupción. Había corrido un Pactolo y, poco a poco, todos se habían acercado a beber.

Al fin, el Gobierno, apremiado por la oposición, no pudo detener por más tiempo la instrucción contra Lesseps y sus administradores. El 20 de noviembre de 1892, aumentaba la emoción pública la noticia de la muerte del banquero Jacques de Reinach, el cual detentaba los fondos de publicidad de la Compañía y era, sin duda, el encargado de comprar los votos. Si se trataba de un suicidio, resultaba clarísimo que el gran corruptor se acusaba, como era evidente que su desaparición tranquilizaba a los sospechosos. Gobierno, magistratura y policía, se concertaron para hacer admitir la tesis de la muerte natural, lo que era exigir demasiado de la credulidad pública. Pero no sólo desapareció Reinach, sino que sus secretos le siguieron a la tumba. Nadie se había ocupado de apoderarse de sus papeles, y la familia, particularmente su sobrino y yerno, José Reinach, político activo, tuvieron tiempo sobrado de destruirlos.

En medio de este ambiente cargado de sospechas, un parlamentario, M. Jules Delahaye, tuvo la audacia de afirmar que más de cien miembros del Parlamento se habían vendido. Desde este momento, la investigación era inevitable. Se constituye una Comisión que sacrifica a algunos culpables para tranquilizar la opinión. Para salvar a los demás, se intenta lo imposible. Había dos agentes del soborno, Cornelius Herz y Arton, que poseían tantos secretos como Reinach. El primero, refugiado en Inglaterra, muere, después de largos y vanos trámites de extradición. La persecución del segundo a través de Europa por policías en connivencia con el fugitivo, fué una pura comedia. Se simuló hasta el fin la investigación de la verdad, pero no se quería conocerla. ¡Cuántas analogías entre este "affaire" y el "affaire" Stawisky y sus incidencias!

Se ahogaba la verdad porque no sólo hubiera puesto en evidencia a quienes habían tomado para sí dinero del Panamá, sino por el escándalo de las subvenciones indirectas que habían nutrido Prensa y cajas de partidos y pagado gastos electorales. Todo el descrédito de un sistema. Clemenceau, por ejemplo, estaba comprometido por los fondos recibidos para su periódico *La Justice*. Rouvier pudo decir a los correligionarios que lo abandonaban por "panamista": "Si no me hubiera valido de los medios que se me reprochan, no os sentaríais en estos bancos."

Lo que los Gobiernos temían descubrir sobrepasaba, seguramen-

te, lo que ya conocían. Tales fueron los elementos de un drama en cuyos secretos últimos no se ha penetrado jamás.

Al fin, sólo se condenó a un parlamentario. El 21 de mayo de 1893, los tribunales declaraban inocentes a todos los acusados, salvo Carlos de Lesseps, señalado como principal corruptor, y otros dos personajes secundarios. Los directores de la policía, los Gobiernos "panamistas", habían conseguido, a costa de su propia impopularidad, a costa del envilecimiento de la justicia y de las costumbres políticas, a costa de dar un seguro de impunidad a futuros culpables, apartar una tormenta peligrosa. El "affaire" Panamá fué dramático y apasionante en el Parlamento y los tribunales, pero no tuvo repercusión seria en la calle, ni excitó, por raro que parezca, una indignación tan viva como el precedente "affaire" Wilson, de menos volumen. Es que las sabias lentitudes en el procedimiento judicial, el empleo de todos los artificios en estos procedimientos, la absolución de los acusados que no habían podido ser sustraídos al juicio por un "no ha lugar", todas las habilidades de un continuo aplazamiento impidieron la explosión de la opinión pública. De tanto en cuanto, se le lanzaba alguna víctima para salvarla después.

Lo esencial quedaba a salvo: Panamá, lejos de derribar el régimen, no le causó siquiera un daño aparente.

"AFFAIRE" DREYFUS

El 22 de diciembre de 1894, un oficial de Artillería, con destino en el Estado Mayor del Ejército, el capitán Alfred Dreyfus, era condenado, por delito de traición, a deportación perpetua en un recinto fortificado. La indignación por la infidelidad del oficial era inmensa. Clemenceau se lamentaba de que esta clase de delitos no llevara aparejada la muerte y un diputado sostuvo en la Cámara que debía fusilarse al traidor. El diputado era Jean Jaurés, el *leader* socialista asesinado al comenzar la gran guerra. En aquellos momentos, no hubo nadie lo bastante sagaz para advertir que del asunto Dreyfus iba a salir una revolución. Y, con todo, los tres años siguientes iban a hacer patente que, para arrebatar el poder a los moderados, arrancar a la República de las delicias de la "conservación" y hacer que de nuevo bogara por aguas más republicanas, era menester una gran conmoción, tal como hacía falta otra para amnistiar a los culpables del Panamá. Y el "affaire" Dreyfus ha sido, ciertamente, el pleito que más hondamente dividió a la conciencia francesa, poniendo una en frente de otra, erizadas y guerreras, a las dos Francias.

Con bienintencionada obstinación, el presidente del Consejo, Ju-

les Méline, repetía: "No hay tal asunto Dreyfus", pero la verdad es
que el "asunto" existía por partida doble: una judicial y otra políti-
ca, una que se desarrollaba ante los tribunales y otra pasionalmente
vivida por la opinión. Y hubo, sobre todo, un "affaire" Dreyfus en
las ideas, en las almas, y este fué el que lo removió todo porque
hacía de Dreyfus un símbolo.

El presidente del Consejo, en su empeño de dar por finiquitado
un asunto que estaba juzgado, se atenía a un principio elemental
de orden público. Pero, al atacar el fallo que condenaba al traidor
Dreyfus, se atacaba a los jueces que lo habían dictado y, como
éstos vestían uniforme, el ataque adquiría una trascendencia que
no hubiera tenido de ser aquéllos unos magistrados ordinarios. Drey-
fus era judío. Nada conmueve más a la opinión que el barrunto de
un error o una injusticia judicial. Era facilísimo agitar ante ella
la idea de que el militar condenado lo había sido en virtud de un
prejuicio de raza. Y, si se añadía, no menos gratuitamente, que el
tribunal militar había obedecido al espíritu de casta, que había abu-
sado de un doble poder: el que le daban sus funciones y el inheren-
te a la graduación dentro del Ejército, el odio instintivo a la disci-
plina y al jefe tenían que acudir naturalmente al reclamo. Terreno
de anarquía. En reacción también naturalísima, se provocaba la de-
fensa de la autoridad. Tales eran los elementos del nuevo drama.

El "affaire" Dreyfus pudo quedarse en causa célebre o en uno
de tantos enigmas de la Historia, pero creció monstruosamente al
convertirse en una guerra civil. Las fuerzas intelectuales y los
nombres más ilustres se mezclaron en él. En nuestros días, apenas
son conocidos los hechos, las causas que determinaron su extensión,
el fondo de aquella querella sin fin, las razones por las que la ver-
dad se vió constantemente oscurecida dejando el problema siempre
en pie; pero los doce años de su duración, los seis volúmenes que
Joseph Reinach necesitó para referirlo y las setecientas grandes
páginas que Dutrait-Cruzon dedica a la simple exposición de sus
elementos pueden dar idea de lo que fué el proceso, "la revolución
dreyfusiana", como ha dicho George Sorel. Ni se han presenciado
jamás tantos incidentes, tantos episodios, tantos procesos encadena-
dos unos con otros, tantas repercusiones dramáticas, en tanto que
militares, abogados, magistrados, peritos, espías, ministros, diplo-
máticos, escritores, hasta criados y hasta un ex jefe del Estado—en
conjunto, cerca de un millar de personas—tenían papel en ellos ya
como actores, ya como testigos. No se decía ya el "affaire" Dreyfus,
sino "el Affaire", el grande, el único, el que alzó a los franceses unos
contra otros y, durante años, llenó su espíritu.

Orígenes.—La República se había preocupado—preocupación obli-

gada después del 70—de crear un instrumento militar capaz de
hacer frente a Alemania. Era naturalísimo, pues, que Alemania se
inquietara por ello y que tratara de conocer los planes del Estado
Mayor francés y los secretos de los armamentos. A partir del día
en que se hubo emprendido la reorganización militar, se desarrolló,
pues, el espionaje. Ya habían sido descubiertos y condenados dos
traidores; el Servicio de Información del Ministerio de la Guerra
estaba ojo avizor, pues no le cabía duda de que el agregado militar
alemán tenía montada una Agencia de espionaje en su embajada
de acuerdo con el agregado militar de Italia. El contraespionaje
funcionaba activamente y hasta contaba, en la Embajada alemana,
con una mujer del servicio doméstico que se encargaba de recoger
cuidadosamente los papeles arrojados en las papeleras para hacer-
los llegar al Ministerio de Guerra sin discernir de qué se trataba,
pues ni siquera sabía leer. Uno de estos papeles, medio roto y arru-
gado, hallado en setiembre de 1894, era una carta cuyo autor
anunciaba la entrega de documentos referentes a la defensa nacio-
nal. Aquel trozo de papel tenía que levantar en vilo a Francia. No
salieron de la caja de Pandora más calamidades que las que salie-
ron de la cesta de papeles del agregado Schwartzkoppen.

La autenticidad del documento no era discutida; constituía el
cuerpo del delito en torno del cual las gentes polemizaron por espa-
cio de doce años, pero sin ponerlo nunca en duda. En el primer mo-
mento, las sospechas no se habían concretado en nadie; procedien-
do por eliminación, la semejanza de la escritura hizo que se acu-
sara al capitán Dreyfus. Este fué condenado por el Consejo de Gue-
rra sin que hubiera flagrante delito ni confesión de parte, por lo
que el abogado había pedido la absolución. Las explicaciones que
Dreyfus dió después, en la ceremonia de su degradación, y que
equivalían a una confesión, fueron discutidas posteriormente y has-
ta negadas.

La familia Dreyfus se propuso, tras el proceso, probar la ino-
cencia del condenado, ya que no había podido salvarlo; dotada de re-
laciones y de medios, emprende una acción tenaz.

La campaña.—El asunto rebasa en seguida los límites judicia-
les. Ataques a los consejos de guerra, a los oficiales, a su lealtad,
a su jerarquía, al mismo Ejército, sagrado para la mayor parte
de franceses. Por ello, el grupo de los partidarios de la inocencia
de Dreyfus es, a los comienzos, tan impopular como reducido, cir-
cunstancia que favorece la causa, que así tiene el atractivo de la
originalidad, del desafío a la opinión vulgar, hasta del sacrificio. Los
primeros dreyfusistas son, pues, los que orgullosamente se llaman
intelectuales. Más adelante, tendrán buen cuidado en que no se les

confunda con los dreyfusistas de la última hora, con la turba que invade su capilla cuando en ella ya no hay más que un botín que repartir.

La aportación de los intelectuales no modifica lo esencial del "affaire". Porque, si Dreyfus es inocente, es indispensable que haya un culpable, puesto que el cuerpo del delito está patente. Se acusa al comandante de infantería Esterhazy, hombre comido de deudas y de honorabilidad más que dudosa; éste, frente al Consejo de guerra, se proclama inocente; todo es equívoco en él, pero faltan las pruebas y es absuelto. El público aplaude creyendo que el enojoso asunto ha terminado. Entonces, en realidad, comenzaba.

La verdadera señal de ataque la da un periódico fundado para la defensa de Dreyfus y dirigido por Clemenceau. El 13 de enero de 1898, dos días después de la absolución de Esterhazy, *L'Aurore* publica un violento alegato firmado por Zola y con el título *J'accuse*. Zola acusa a los jefes y a los jueces militares de haber perdido deliberadamente a un inocente y purificado conscientemente a un culpable. Se le persigue, a su vez, por difamación, y es condenado. Crece la excitación de los dos campos. Ambas partes han tomado ya posiciones de tal manera que ya no es posible llegar a una demostración que convenza a ninguna de los dos. En frase de Anatole France, el *J'accuse* de Zola era "un acto revolucionario de una fuerza incomparable". De tal modo, que con razón pudo decir Maurras que, si Dreyfus era inocente, había que nombrarlo mariscal de Francia y fusilar una docena de sus principales defensores. Porque lo cierto era que cuantos en Francia eran anarquistas de temperamento o de profesión se iban alineando poco a poco a su lado. Y, con ellos, todos cuantos aspiraban a que la República volviera a ser "auténtica". El "affaire" Dreyfus se había convertido en un "affaire" político que había de permitir a los radicales la reconquista del poder y a los socialistas deslizarse tras ellos.

En mayo de 1898, se celebran elecciones generales. La alianza de los moderados y la derecha había dado al Ministerio Méline una larga duración. La Cámara nuevamente elegida no parecía tener que cambiar el estado de cosas. En realidad, el "Affaire" apenas había influído en los resultados electorales, tal como si la política fuera una cosa y las elecciones fueran otra distinta. Pronto se vió, no obstante, cómo había cambiado todo. Cuando parecía que el Gobierno debía contar con la antigua mayoría, vióse abandonado por parte de los suyos en la votación de una moción por la que los radicales le conminaban a que no siguiera aceptando los votos de la derecha. El Gobierno dimite. Desde este momento, quedaba abierta

la puerta para la revisión del "affaire" Dreyfus. Con el presidente Méline, acababa la *República conservadora*.

Revisión.—El nuevo presidente del Consejo, Brisson, era favorable á ella. Radical como él, gran patriota, sincero en sus convicciones, el ministro de la Guerra, Godefroy Cavaignac, nombre republicano de gran prestigio que había salido puro de las sucias corrientes del Panamá, era una garantía de que, si había alguna prueba de la inocencia de Dreyfus, si se hallaba alguna huella de irregularidad en el proceso, resplandecería la verdad, cualquiera que fuese. Cavaignac estudia el proceso, saca la certidumbre de que Dreyfus era culpable y lo proclama ante la Cámara leyendo varios documentos, entre ellos una carta del agregado militar italiano abrumadora para el condenado. La causa de la revisión parece perdida en el momento en que se creía ganada.

Ocurre esto el 7 de julio de 1898. Cinco semanas más tarde, el oficial designado por el ministro para estudiar el asunto descubre que la carta del agregado italiano es apócrifa. El teniente coronel Henry, del gabinete de información, confiesa haberla compuesto dos años después del proceso Dreyfus, al comienzo de la campaña revisionista, a fin de poder exhibir un documento claro, preciso, un compendio de prueba, en cierta manera, que dispensara de más explicaciones. Pero niega haber cometido propiamente una falsedad. Detenido, como antes lo fuera su adversario el coronel Picquart, Henry se suicida en la prisión. El partido de Dreyfus exulta, proclama que la inocencia del condenado queda patente, cuenta ya con una base para la revisión; el primer ministro apremia para que se emprenda. El 3 de setiembre, Godefroy Cavaignac dimite declarándose en desacuerdo con aquél y afirmando de nuevo la culpabilidad de Dreyfus.

El descubrimiento de la falsificación de Henry desconcertó al público, hasta entonces persuadido en su mayoría de que el proceso había sido irreprochable, y favorecía las dudas sobre la sinceridad o la clarividencia del Estado Mayor. Pero, en realidad, no afectaba al proceso de 1894, puesto que la carta apócrifa era posterior a la sentencia y no había podido tener ninguna influencia en ella. A mayor abundamiento, el capitán Cuignet, que había descubierto la falsificación, con lo que su buena fe y su perspicacia quedaban bien probadas, afirmaba la autenticidad de los restantes documentos. Se producía, pues, de nuevo una extraña situación: la falsificación Henry causaba enorme efecto en favor de la tesis de la inocencia, pero su valor judicial era nulo.

Brisson ha reemplazado a Cavaignac por el general Chanoine, el cual, el 26 de octubre, dimite en la misma Cámara afirmando que no

tiene sobre Dreyfus una opinión distinta de la de sus predecesores. Brisson procura dar a Chanoine aspecto de general faccioso y hace votar una moción afirmando la "supremacía del poder civil", expresión que ya anunciaba la de "defensa republicana". Pero en la misma sesión, y a pesar de la oposición del Gobierno, se vota otra moción que invita a éste a reprimir los ataques contra el Ejército. Y el Gobierno tiene que dimitir.

Frente al sentido antipatriótico y antimilitarista de la campaña pro Dreyfus, el patriotismo lleva a las filas de combate a multitud de franceses hasta entonces alejados de la política, hace caer vendas de muchos ojos y que se rectifiquen no pocas actitudes. La palabra "nacionalismo" está en todos los labios. Por todas partes surgen las Ligas de patriotas. La izquierda teme esta reacción, pero advierte claramente que se está librando la batalla decisiva y que es la hora de que formen el frente común cuantos en un avance de la derecha tienen, o ven, algo que perder. Los socialistas entran en masa en el dreyfusismo con Jaurès a la cabeza. Clemenceau los había precedido, guiado por todos sus instintos: los de republicano enemigo de las jerarquías y los de "desterrado del interior" a quien las salpicaduras del Panamá mantenían en el ostracismo; un "affaire" hacía olvidar otro; el dreyfusismo quitaba las manchas de panamismo. Y así como el sentimiento patriótico hacía que muchos que empezaron siendo dreyfusistas acabaran en las filas contrarias, así también el dreyfusismo arrojó al socialismo revolucionario a hombres que hasta entonces habían estado muy lejos de él. Tal el caso de Anatole France, el cual, años más tarde, en 1904, conmemorando la muerte de Zola, diría estas palabras: "El "affaire" Dreyfus prestó a nuestro país el inestimable servicio de poner poco a poco al descubierto y frente a frente las fuerzas del pasado y las del porvenir: de un lado, el autoritarismo burgués y la teocracia católica; del otro, el socialismo y el librepensamiento."

'Los potentes órganos de que masonería y judaísmo disponen por todo el mundo dan repercusión internacional a la campaña y, como ésta coincide con un incidente diplomático-militar de la importancia del de Fashoda, se llega a acusar al oro inglés de alimentar la campaña del "sindicato" dreyfusista, aquella campaña venenosa contra el Ejército y contra los hombres de uniforme, uno de los cuales, Marchand, tan bizarramente acababa de sostener la bandera de Francia en Fashoda frente a Inglaterra. Esto aumenta la indignación y el fervor de las fuerzas nacionales contra "el partido del Extranjero".

En plena agitación, en febrero de 1899, muere el presidente Félix Faure, antidreyfusista notorio. Cuarenta y ocho horas después, es reemplazado por M. Emile Loubet; al elegirlo, la mayoría de las dos Cámaras elegía una política: la del partido de Dreyfus, de la "defensa republicana" y de la izquierda. La inquietaba el nacionalismo, nombre nuevo del boulangismo (sin Boulanger). La elección de Loubet fué para París como una injuria y un desafío; el nuevo presidente entró en el Elíseo entre las voces que recordaban el Panamá. Paul Déroulède, el antiguo boulangista, intenta oponerse por la fuerza a la política que se inicia y, en la tarde del 23 de febrero, tras del entierro del presidente difunto, esperando el apoyo del Ejército y la calle, intenta un teatral golpe de Estado. Cogiendo de la brida el caballo del general Roget, intenta convencer a este jefe (por quien los dreyfusistas sentían un odio especial) de que marche al Elíseo. Inútilmente: el general, como todo el Ejército, tan vilipendiado, dentro de la más estricta disciplina, se niega a ello y él mismo manda detener a Déroulède.

Entre estos y otros muchos incidentes, se llega a la revisión del proceso Dreyfus, mero pretexto ya. El 3 de junio lo acuerda el Tribunal de Casación. El mismo día, Esterhazy, refugiado en Inglaterra, se declara autor de la famosa carta, base del proceso, dando al mismo tiempo la explicación, contradictoria y absurda, de que la carta había sido escrita por él, pero "por encargo" de Dreyfus, y que éste era el verdadero culpable. Dreyfus es llamado de la Isla del Diablo, en que cumple condena, para que comparezca ante el tribunal de Rennes. Este debía dar la sentencia definitiva a la que todos habían de someterse. No fué así; parecía que todo conspirara a mantener la agitación. Por cinco votos contra dos, el Consejo de Guerra condena de nuevo a Dreyfus, pero mitigando la pena y reconociendo circunstancias atenuantes. Waldeck-Rousseau, jefe del Gobierno a la sazón, quería la absolución pura y simple; irritado por el nuevo veredicto, contesta a él con el indulto del condenado; el presidente Loubet lo firma inmediatamente, Dreyfus lo acepta, renuncia a todo recurso. Parecía todo terminado, pero, lejos de esto, el partido del indultado no deponía las armas. La causa de Dreyfus le había dado el poder y le permitiría conservarlo y ejercer represalias. A fin de mantener la agitación revolucionaria que tan útil había sido, Jaurès emprende la campaña *por la rehabilitación*, con la misma tenacidad que ya había obtenido la revisión. Siete años después del juicio de Rennes, obtiene una sentencia de casación que declara a Dreyfus inocente, todo y reconociendo que en 1894 se había cometido "un gran crimen" de traición y sin sentar legalmente que el culpable fuera Esterhazy. El "gran crimen" queda difuminado en una serie de "considerandos". Para dispensar al condenado de Rennes de comparecer ante un tercer Consejo de

Guerra, el Tribunal de Casación alteraba la ley y renunciaba a su propia jurisprudencia. No importa. El drama judicial quedaba lejos. Las consecuencias del mismo son lo importante. En nuestros días se discute aún sobre aquél, sin que haya surgido la revelación decisiva. En un proceso en que se dieron circunstancias tan extraordinarias, resulta hoy maravilloso ver que, en la revisión de Rennes, el tribunal y las dos partes se resignaron a la ausencia de Esterhazy de las audiencias, cuando la confrontación de Esterhazy y Dreyfus, la confrontación de las dos culpabilidades posibles, hubiera sido acaso la solución del problema, puesto que éste consistía en escoger entre dos culpables. Parece como si no hubiera interesado hacer lucir la luz que se buscaba.

Así termina oficialmente el "affaire" Dreyfus [1]. En la realidad, el espíritu que lo había animado se iba a prolongar de manera indefinida. La República francesa quedaba en manos de los radicales, de todas las izquierdas revolucionarias; iba a ser la República de Combes, de la persecución religiosa, de la expulsión de las Congregaciones, de las fichas de delación en el Ejército... En esto venía a parar aquella otra "República conservadora" lograda con tantos esfuerzos y sacrificios. Pero es que para librarla a ella misma—a la institución, sin más epítetos—de peligros más o menos imaginarios, se había hecho la unión de "defensa republicana", a pretexto, esta vez, de Dreyfus y, en esta unión, habían resultado, naturalmente, vencedores y gananciosos quienes representaban aquel "máximo de República" que Clemenceau había pedido.

1. Dreyfus ha muerto el 14 de julio de 1935.

DISCURSO PRELIMINAR
1900-1924

Reimprimimos este antiguo libro en el mismo año en que ha cumplido su cuarto de siglo de existencia, y esta longevidad suya me sorprende, pero no me encanta demasiado, porque, en realidad, acusa la persistencia de la crisis y del desconocimiento del único remedio a ella apropiado. ¡Se han sucedido dos o tres generaciones de hombres, y los más jóvenes de ellas tienen que estudiar todavía unas críticas dadas a luz el año 1900!

Estas generaciones han presenciado uno de los mayores acontecimientos de la Historia. Han sufrido, visto o hecho esa guerra que ha determinado tantas revoluciones, destruído y forjado tantos Estados, tras haber consumido para su propia voracidad cerca de 15 millones de seres humanos. Y tantos cambios en los hombres y en las cosas no han modificado un ápice el problema fundamental de la vida pública francesa, ni hecho menos vacilante la línea de su dirección.

El Gobierno republicano no se ha fortalecido, ni mucho menos. La oposición no se ha debilitado, sino al contrario. Los términos del problema son, pues, los mismos, sólo que más agravados, y su mutua relación no se ha modificado. Sólo la solución de hecho continúa pendiente, pero, en realidad, las gentes no dejan de formularse—más, cada día que pasa—esta pregunta: "*La institución de una Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿es o no de salud pública?*" Los nuevos problemas se han prodigado, pero no se ha producido ningún hecho nuevo que altere el planteamiento y los diversos aspectos del que sobresale por encima de todos. Los datos que hoy poseemos acuden como otras tantas demostraciones del análisis exacto de los hechos y aspectos de hace veinticinco años.

I

MODO Y CALIDAD DE LA PRUEBA

¿Entonces — se me dirá — aquellos hechos han tenido su prueba?

Esta palabra "prueba" hacía sonreír en los días de mi juventud. No había pullas bastantes para un escritor que fuera lo suficientemente ingenuo para tratar de corroborar sus sentimientos con pruebas. Una generación más seria y más grave y mejor dotada para la acción ha comprendido todo el interés que tiene una demostración destinada a poner de acuerdo el pensamiento de los hombres con los cosas que agitan y rigen a la humanidad. En nuestros días, la juventud comprende muy bien que nos hayamos empeñado en seleccionar nuestros razonamientos y en llevar lo mejor posible el hilo de nuestras demostraciones.

Porque—he de confesarlo—tales demostraciones fueron cuidadosamente meditadas. Nos esmeramos en que resultaran justas y exactas y al mismo tiempo pertinentes y decisivas.

En primer lugar, se referían a puntos que no eran de detalle, porque no hacíamos la crítica de accidentes y pequeñeces. Los caracteres de la vida política republicana, a cuyo estudio nos dedicábamos, eran ni más ni menos que todo aquello que dejaba las necesidades más genéricas de la vida nacional y de la vida humana en el aire y totalmente insatisfechas.

Ignoro cuánto durará el formulario de los derechos y de los deberes del hombre. Pero los cambios históricos no modifican gran cosa la tabla de sus necesidades. Es fácil establecer una lista casi inmutable de aquellos bienes sociales de que le es imposible prescindir. Cualquiera que sea el grupo de naciones a que pertenezca, el hombre pide al Gobierno que le garantice

la integridad del territorio en que vive, edifica su hogar, engendra una posteridad, envejece y muere; además de la seguridad, el hombre puede anhelar la normal multiplicación de los miembros de su comunidad, el progreso de los medios materiales que aseguran o facilitan su subsistencia y, en una palabra, el respeto a las condiciones superiores de una vida común próspera, lo mismo las que se refieren a las costumbres, que las que afectan al fuero interno, dando preferencia al bien sobre el mal y a la virtud sobre el vicio, a la imparcialidad de la justicia y de la ley, la dignidad de ésta y el honor del país y de la nación. Aun así, aun satisfechas estas necesidades, no por esto dejará de haber quien se queje: *los pueblos son descontentadizos por naturaleza,* dice Bossuet, pero el descontento tiende a hacerse tan general como legítimo cuando se advierte que el personal gobernante o los principios de gobierno fallan en uno u otro de los puntos capitales.

El que se tolere mal un impuesto y levante protestas, quejas y tumultos, será un mal local o temporal y puede ser bastante pequeño por ruidosas que resulten las consecuencias del mismo. Si un hombre político se hace impopular por su antipatía o su debilidad, por sus preocupaciones o sus manías o, sencillamente, porque su nariz resulta desagradable a las gentes, las afrentas que se le dirijan pueden carecer de significación grave, porque puede cambiar, su nariz puede palidecer o enrojecer a tiempo, y porque puede modificarse también el humor popular.

El griterío público no es la medida de los daños públicos. El griterío, aun siendo violento, no significa más que lo que significa la causa que lo origina. Una parte de la opinión francesa se creía muy vejada en 1847 porque el derecho de voto era indebidamente negado a las capacidades. No obstante, el poder que incurría en la equivocación de dar esta negativa era al mismo tiempo el que desde hacía dieciocho años conservaba con ánimo incomparable la paz que, como dice Pascal, es el primero de los bienes. Veinte años antes, la misma parte de opinión creía también que le venían grandes males de la influencia que atribuía al clero: con todo, el poder, un poco distraído, que soportaba que lo motejaran por este motivo, reorganizaba la Hacienda, el Ejército, la Marina, la política exterior, todo lo

esencial del país, con un entusiasmo, una lealtad y un acierto de que hay pocos ejemplos en la historia de ningún pueblo. En resumen; los que integraban la oposición de la Restauración y del Gobierno de julio, se dolían amargamente de naderías. Con un poco de suerte y de habilidad, hubiera bastado un pequeño impulso para corregir la dirección del Estado o el cambiante curso de la opinión, y los Gobiernos inculpados habrían salido del paso sin trastornos. A la temporada siguiente, no se hubiera guardado el menor recuerdo de un agravio ni de otro. ¡Se quejaba el país por tan poca cosa! Esto explica el extraordinario arcaísmo de los innumerables escritos que han dejado las oposiciones de 1829 y 1847, así como las de 1873 y 1875. Aparte de todo mérito literario, toda esta bibliografía ha perdido su sentido en algunos años, porque con ella se trataba de agitar la opinión pública por causas tan fugaces como mínimas, comparables a aquellas que la sabiduría mistraliana calificaba jocosamente de "*paupières de pie*" [1].

Por el contrario, nuestras quejas de 1900 se refieren a algo perdurable, visible o no, oculto o no, pero que causa al país un daño crónico o agudo, pero siempre profundo y para no descuidado. Profundo, porque amenaza la substancia viva. Para no descuidado, porque está siempre a punto de manifestarse y de causar nuevos dolores como efecto nuevo de la vieja causa.

Con todo, hay hechos y realidades que, entrañando tanta gravedad como otros, no tienen la misma fuerza de persuasión, por lo que el lector comprenderá que nuestra atención, para despertar la suya, se aplique preferentemente a los más tangibles, a fin de eliminar réplicas y hacer inútiles las argucias.

Por ejemplo: si, contrariamente a nuestros métodos, empezáramos por afirmar que la política específicamente republicana de la República o, en términos generales, ciento treinta años de democracia, combatida o triunfante, han determinado un considerable descenso del nivel de la inteligencia y de las costumbres, no haríamos más que dejar sentada una verdad indudable que puede demostrarse y que nosotros sabríamos demostrar, pero, no obstante, por clara que resultase la prueba, habría de descomponerse en elementos morales cuya

1. *Párpados de urraca.* (*N. del T.*).

determinación es delicadísima: una vez afirmada la evidencia de la regresión moral, aun siendo ésta tan cierta, difícilmente se haría sensible al corazón de todos y más difícil aún resultaría el defenderla contra los groseros sofismas materiales de los abogados a sueldo del régimen. Por el contrario, cabe definir y evaluar, con una claridad que quita a los contradictores hasta las ganas de abrir la boca, tal y tal perjuicio de orden material: los más intrépidos de aquéllos escamotearán el tema, pero no se atreverán a abordarlo siquiera.

Recordémosles, por ejemplo, que en los alrededores de Crécy, en el Oise, se levanta una llamada "Casa Blanca" en cuya fachada el propietario (que, al parecer, es un antiguo magistrado) ha hecho grabar la siguiente inscripción "*La Casa Blanca, edificada en* 1728, *saqueada por los prusianos en* 1814, *incendiada por los rusos en* 1815, *reconstruída en* 1835, *saqueada e incendiada por los bávaros en* 1870, *reconstruída en* 1877, *saqueada y arrasada por los alemanes de* 1914 *a* 1918 *y reedificada en* 1920...". Añadamos que este trofeo de nuestros desastres no es el único ni el mejor situado; si la Casa Blanca hubiera estado más al Este, probablemente hubiera sufrido un saqueo más, en 1792, y se hubiera podido grabar en la misma lápida la conmemoración completa de las grandes invasiones que ha sufrido Francia desde hace ciento treinta años. Ciertas casas de la Lorena y de Bar, destruídas en 1792, fueron reconstruídas inmediatamente, pero un poco más atrás de su primitivo emplazamiento; las sucesivas invasiones de los prusianos en 1814, en 1815 y en 1870 enseñaron a los reconstructores, con la triste experiencia de aquel brote periódico, a retirarse cada vez más en dirección Oeste, y la irrupción alemana ha estrechado este último repliegue en 1914. La historia de los cinco últimos cuartos de siglo es la historia de estas repetidas incursiones.

Después de esto, que es indiscutible, observemos cómo esta concentración de las construcciones, de las viviendas, de la actividad de la raza francesa hacia el Este, bajo la amenaza enemiga, coincide con el establecimiento del Gobierno popular que tantos juzgan como un principio de progreso. Las conquistas y los avances del extranjero en nuestro territorio datan de las conquistas y de los progresos de la democracia. Entre el

año de 1728, que vió edificar la Casa Blanca, y el año 1792, en que fué derribado el Gobierno real que había trazado nuestros límites y los defendía debidamente, no hubo ninguna invasión notable. Los tres cuartos de siglo que van de 1728 a 1792 no hacían más que reproducir los tres cuartos de siglo anteriores, los que van de 1650 a 1728: desde la consolidación de los Borbones a la Revolución francesa el corazón del territorio permaneció inviolado; en el transcurso de las guerras, sólo los confines sufrieron mella y únicamente se movilizó una pequeña parte de la población; la mayor desgracia militar de la Monarquía borbónica no alcanzó más que a veinte mil franceses y ocurrió en Rosbach, en el interior de Sajonia. Y desde que la Monarquía cayó, el corazón del país está abierto, el extranjero ha entrado tres veces en la capital y la ha amenazado por cuarta vez, y, si se investigan las causas de esto, se ve claramente que la democracia parlamentaria o plebiscitaria no ha cesado de tener parte en ello, ora, como en 1792, por la imprudente voluntad de su iniciativa guerrera, ora, como en 1914, con un desarme que provoca la iniciativa del enemigo.

De consiguiente, si bien es fácil hacer a la democracia, en el orden espiritual, reproches más profundos, más elevados e igualmente justos, es innegable que los que acabamos de alegar, y que caen de lleno sobre las sonoras palabras de paz y de progreso, pertenecen al área de lo indiscutible e indiscutido. El caso que hemos presentado es tal, que no cabe negar su importancia vital y es de una solidez firmísima. La evidencia se encarga de contestar a los radicales que dicen "*no queremos volver atrás*", que atrás, en el pasado, están el provecho, el adelantamiento, la superioridad y el progreso. Lo que se llama la orientación moderna de los asuntos de Francia, ha sido un mal negocio. Hemos salido perdiendo en él, en toda la línea de lo que es esencial. La historia de las violaciones del territorio lo prueba abundantemente.

La calidad de esta prueba adquiere un nuevo valor si se tiene en cuenta que quienes la aducían ayer acompañaban sus observaciones sobre el pasado con un pronóstico de los acontecimientos que entonces estaban por venir. "Vuestro régimen —decíamos— lleva a la invasión."

¡Y la invasión vino!

II

DURACION DE LA PRUEBA

Entre nuestras previsiones de 1900 y su cumplimiento de 1914 corre un largo período de quince años que basta al hombre para alcanzar sus primeras fuerzas de adolescente. Los reclutas que tenían veinte años el día en que sonaron el primero y el último cañonazos han podido oír a sus padres discutir sobre una amenaza que nosotros anunciamos entonces como inevitable consecuencia de la democracia. Y muchos de los jóvenes supervivientes que maduraron bajo una prueba que los dejó mutilados, heridos, agotados, deben recordar que fuimos casi los únicos en mostrarnos tan insensibles a las engañosas promesas alemanas de paz como a los sueños del pacifismo francés. Si acaso se les ocurre repasar nuestras viejas instancias para que el Ejército, la Marina, la política de defensa nacional ocuparan de nuevo el primer lugar entre las preocupaciones del país, verán cómo el lenguaje de antaño tiene poco que variar hoy; la actitud y el poderío de Alemania no han cambiado, ni ha cambiado tampoco la actitud y la fuerza de los amigos con que cuenta en Francia, en este mundo republicano que retorna a las doctrinas cuyo florecimiento presenciamos en 1900. La victoria no ha traído nada nuevo. Nosotros, por nuestra parte, no renegamos de ninguna de las normas de experiencia que, bajo la Monarquía, garantizaban a Francia y la defendían del enemigo, y la democracia, por la suya, sigue manifestando la misma carencia de sentido práctico que antes y vive apegada a idénticas visiones místicas, agravadas por los mismos intereses de casta y de clan que han desguarnecido y desmantelado a la Patria.

La celosa preocupación de sus luchas intestinas distrae al

demócrata del deber de la lucha exterior, a menos que la misma preocupación no lo arroje a ella en condiciones igualmente peligrosas. Esta primacía del interés de grupo puede considerarse como la regla de la democracia. El tiempo no cambia nada ni a la esencia del gobierno popular, ni a las condiciones territoriales y nacionales del país. ¿Qué son dos o tres semanas de años? ¿Qué vale la pequeña arruga que representan en el espíritu público los cambios que traen consigo? El pagano cantará su *ruit hora,* el cristiano su *ruat coelum.* En medio de un mundo que se mantiene fiel a lo fundamental de sus intereses y de sus pasiones, la República sigue siendo la República y Alemania sigue siendo Alemania. En tanto que lo que existe, *es,* las leyes del ser no varían ni por la acción del tiempo ni por las mudanzas del universo. Es evidente que nuestro mundo no es eterno y que sus materiales se agotan, pero no es menos evidente que su forma perdura, que sus relaciones esenciales son fijas y que duran tanto como él mismo.

Con estos sentimientos debemos acercarnos al cuerpo de Francia y considerar la relación de las revoluciones pasadas con nuestras necesidades permanentes. El trabajo que reimprimo ha tratado de fijar esta relación por lo que se refiere al período comprendido desde César Clovis, Carlomagno y Hugo el Grande hasta el año 1900. Queda por estudiar la misma relación por lo que atañe al pequeño espacio comprendido entre la distancia de la hora presente de aquella en que este voluminoso libro fué escrito. Veremos destacarse en él gran número de accidentes, de personas y de cataclismos de pueblos, pero no veremos ningún cambio a la ley que rige las cosas. Muchos de aquellos que colaboraron con nosotros no podrán releer sus palabras. ¿Dónde están nuestros primeros inspiradores y maestros, Buffet y Lur-Saluces? ¿Dónde nuestro caro Jules Lemaître, nuestro gran Maurice Barrès? ¿Dónde Sully-Prudhomme? ¿Dónde mi amigo Frédéric Amouretti? ¿Dónde Henry Vaugeois? ¿Y tú, Léon de Montesquiou, y tú, Lionel des Rieux, y tú, Octave Tauxier, y tú, Hugues Rebell, Albert Jacquin, Eugène Ledrain y Richard Cosse?

He citado por su nombre al director-fundador de *L'Action Française;* he de nombrar también al director-renovador de la *Gazette de France,* Gustave Janicot, que abrió sus columnas a

nuestra encuesta, y no puedo callar el nombre de la última conquista de la *Encuesta sobre la Monarquía* antes de la guerra: el general Mercier, verdugo de la traición, padre del cañón del 75, al cual se debe la dicha de las primeras victorias. Pero, para ser justo, tendría que reunir en la misma evocación a todos los jóvenes lectores monárquicos y republicanos que intervinieron en esta discusión apasionada. ¿Dónde están, dónde duermen su sueño eterno, en qué necrópolis de la retaguardia o del frente? Dondequiera que estén, de sus cenizas se desprende un espíritu de vida inmortal, porque las instituciones que estudiaron, las causas que examinaron, constituyen lo que más importa al corazón, al espíritu y al cuerpo mismo del eterno animal político. Los hombres pasan, pero la naturaleza humana sobrevive. Preciso sería que las condiciones de la existencia estuvieran profundamente alteradas por factores químicos y astronómicos desconocidos para que las condiciones aquí estudiadas hubieran cambiado mucho. ¿Y cómo un simple lapso de veinticinco años no iba a confirmarlas punto por punto?

III

FLUCTUACIONES ENTRE DEMOCRACIA TEMPLADA Y DEMOCRACIA PURA

LA REPÚBLICA Y LA DEFENSA NACIONAL

Desde nuestro punto de vista del Estado francés que hay que salvar y conservar, si queremos hacernos una representación exacta de la política de la República francesa durante el último cuarto de siglo, tenemos que dividir este tiempo en dos etapas que una secreta armonía ha hecho numéricamente iguales: una va de 1900 a 1912 y la otra parece que habrá de detenerse en los alrededores de 1924. La segunda puede considerarse como un esfuerzo para tratar de sobreponerse a las catástrofes de la primera que se había dedicado a soñar en una democracia parlamentaria casi pura y a tratar de ensayarla y hasta realizarla a expensas del país.

Nuestra democracia no había sido pura antes de terminar el siglo XIX. Hasta los años 1897, 1898, 1899 y 1900, los programas peligrosos y caros que presentaban los partidos populares se habían visto contenidos y limitados, refrenados en cierta manera, por un factor ajeno a su propio pensamiento, pero que no era ajeno al país; se encontraban enfrente con cierto espíritu militar que la nación mantenía por la fidelidad de su corazón al ardiente deseo de ir a reconquistar la Alsacia y la Lorena con las armas en la mano. Este espíritu militar implicaba unos respetos, unas enseñanzas y unas virtudes que la democracia, o excluye, o desdeña. La lógica republicana tendía a minar este estado de cosas.

Poco a poco, la derrota del boulangismo, la alianza rusa, diversos manejos de alianza franco-rusa-alemana contra Inglaterra, empezaron por debilitar gradualmente la idea y la

voluntad de revancha. No contentos con renunciar a ella de hecho después del affaire Dreyfus, los Ministerios Waldeck y Combes dieron prendas públicas de esta abdicación abandonando y disminuyendo el Ejército, la Marina, la policía del Estado y el Estado entero. La idea nacional corrió idéntica suerte: lo que un pequeño número de intelectuales, los Naquet, los Gourmont, los Gohier, los Péladan, los Hermant, los Descaves, habían estado solos en sentir y desear desde 1890, lo que no había sido durante mucho tiempo más que una concepción teórica mal confesada: la voluntad de sacrificar la Patria a la Humanidad, se manifestó a la luz del día. Suponiendo resuelto el problema del porvenir y fija su solución, la República francesa limitó sus cálculos de previsión política a los conflictos de los partidos que la agitaban o la asediaban. Hizo la guerra a sus enemigos del interior, desterró a muchos de ellos, arruinó y despojó a otros; pero, por lo que hacía referencia a los rivales o competidores de fuera, proclamó que no debía haber más lucha contra ellos y hasta invitó a su Ejército a no pensar más en ello. Ni la amenaza de Guillermo II en Tánger en 1905, ni la revolución de los jóvenes turcos en 1908, ni el incidente de Casablanca, ni la creciente evidencia de los preparativos alemanes, inquietaron demasiado esta inercia ni este sueño hasta fines del año 1911: para revelarle el peligro, para hacerlo sensible al mundo gubernamental de la República, fué preciso el envío del *Panther* a las aguas marroquíes, el incidente de Agadir y la forzada cesión de una mitad del Congo a Guillermo II.

La reacción que se produjo en esta fecha recibió de nosotros, desde el primer momento, el nombre de experiencia Poincaré. Bajo el nombre del lorenés que se había mantenido atento a las condiciones auténticas de la vida francesa, se emprendió un meritorio esfuerzo militar. Las preocupaciones de defensa nacional y de política exterior, que se habían convertido en un monopolio de la oposición, fueron reincorporadas a la política del Gobierno, pero—hay que decirlo en seguida—el esfuerzo era débil por no ser completo. No tenía todavía dos años este esfuerzo, antes de terminar el de 1913, cuando el parlamentarismo anárquico recobraba su predominio, de lo que se derivaron unas elecciones antimilitaristas, y el hervor revolu-

cionario se prolongó hasta el momento mismo de estallar la Gran Guerra. Y es que no se había tenido en cuenta la condición principal para la salud pública. Los hombres de 1912 no se habían preocupado de constituir el gobierno de una verdadera soberanía nacional, por lo que la soberanía popular continuaba expuesta a recibir bajo una u otra forma a un soberano de fuera.

La victoria nos preservará temporal y relativamente de esta desdicha. ¡Pero a qué precio! ¡Pero después de qué males! ¿Y por cuánto tiempo? Ya tendremos ocasión de examinarlo. La paz fué el reino de las decepciones. La decepción fué tan rápida y tan profunda, que la nueva Cámara, bastante moderada, no eligió para la presidencia de la República al jefe de Gobierno autor del tratado de paz. Si M. Clemenceau había encarnado la bravura francesa, los que lo rodeaban inquietaban por un espíritu de jactancia, de ligereza y de apetito manifiestos. Sus sucesores cedieron más aún que él a la costumbre de supeditarnos a los ingleses. La política de MM. Briand y Berthelot lindó con la traición, tanto en la conferencia de Wáshington como en las negociaciones sobre el Rhin. Fueron cuatro años vergonzosos cortados por la semana de gloria de Varsovia.

La reincorporación de M. Poincaré a los negocios públicos evitó una catástrofe. Esta segunda experiencia Poincaré implicaba el programa que hubiera debido ejecutarse cuatro años antes, pero dicho programa estaba viciado por el espíritu de su política interior que abría el porvenir a unos republicanos amigos del enemigo, partidarios de la inacción a toda costa, con lo que el Gobierno perdía todo aspecto de solidez y de continuidad. De este modo, era fatal que al mismo M. Poincaré se le escurrieran de entre los dedos los resultados de su obra de 1912. ¡El esfuerzo salvador no servía para nada! Y de este modo un gran pueblo en el que la sensibilidad intelectual, razonable o no, es sin disputa igual a su vivacidad nerviosa y a su fuerza de sentimientos, debía verse decepcionado hasta por la victoria.

Para resumir la sucesión de los acontecimientos de la era nacional y poincareniana que va de 1912 a 1924, hay, pues, que imaginarse una curva que, partiendo de los fondos "abyectos" del combismo y del caillotismo, va hasta la reorganización que determinó la Ley de los tres años bajo el ministerio Barthou. Pero la curva sufre una brusca depresión a finales del año 1913 (Ministerio Doumergue-Caillaux); las elecciones de abril siguiente, hechas en contra de la "locura de los armamentos" [1], la acentúan; los acontecimientos exteriores la hacen subir de nuevo: la agresión, la invasión, elevan la curva hacia las alturas de la unión sagrada y del sacrificio aceptado por todos y mantenido durante los 52 meses de la guerra. En vano las infames traiciones jalonadas con los nombres republicanísimos de Malvy, de Caillaux, de Turmel y de Paul Meunier, en vano la culpable debilidad de Briand, de Ribot y de Painlevé, en vano el error final que anunciaba el armisticio y corrompía la paz, multiplican las tentativas de depresión: mientras el enemigo estuvo presente, el tono general se mantiene, pero, una vez desaparecido el enemigo y alejado el peligro, la curva de buen sentido y de patriotismo no tarda en volver a bajar en cuanto se hubo firmado el Tratado. Todo el mundo veía la locura del Tratado, pero casi todos lo votaron y ratificaron. Razón por la cual la curva se precipita con creciente velocidad en el malestar propio de un gobierno dividido, de unas facciones sublevadas contra la Patria, de una asamblea de buenas gentes que procuran aminorar—pero que lo conservan—un mal cuyo total recrudecimiento el mismo M. Poincaré se espantaría de impedir, a pesar de haberle cabido la gloria de librarse de él por espacio de diez años. Las elecciones de 1924 representan el asalto natural de los partidos contra una forma dulcificada y benigna de República, y este asalto vencedor expresa, ni más ni menos, la necesidad que impele a la democracia a eliminar los paliativos que la prueba nacional le había impuesto.

Lo que todo el mundo llama la verdadera República ha recobrado su fuerza. Veamos, pues, en qué consiste la verdadera República.

1. Véase nuestro libro *Los jefes socialistas durante la guerra.* (N. L. N.)

IV

LA VERDADERA REPUBLICA

SEGÚN LOS SEÑORES CLEMENCEAU, CHARLES HUMBERT, MESSIMY Y PAUL BÉNAZET

La verdadera República puede definirse como una dominación de los intereses, las pasiones y los designios de los partidos sobre el interés máximo del pueblo francés, sobre su interés nacional tal como se desprende de las condiciones de la vida del mundo.

¿Y cuál es este interés? La defensa de la paz, la garantía del territorio, son su principal postulado. Antaño cabía distinguir entre la nación y el ejército, entre Francia y los franceses. Ayer más que anteayer, y mañana más que ayer, todo ciudadano, de los veinte a los cincuenta años, puede ser movilizado para la carnicería del campo de batalla; ni siquiera ya edad ni sexo son bastantes a sustraerlo a las consecuencias universales de una guerra moderna tal como nos la hacen concebir a un tiempo los recuerdos y los pronósticos. Servicio universal, peligro universal. Por consiguiente, la necesidad más apremiante de los franceses coincide con la necesidad de Francia misma y con el deber primero del Estado, que es hallarse siempre presto a la trágica coyuntura. Todo lo demás se supedita a esto, y aquellos que sostenían en el período comprendido entre 1900 y 1912 que el Ejército, la Marina y la Diplomacia eran unos órganos del Estado condenados a desaparecer y ya anticuados, aquellos escritores, aquellos oradores y politicos [1], sin abrigar, acaso, una mala intención, tienen una parte—la

1. El más ingenuo de estos desgraciados fué, sin disputa, M. Marc Sagnier. Véase en mi *Dilema de Marc Sagnier* sus estupendos ensueños de 1905.

parte del asesino involuntario—en la hecatombe que ha enlutado al país.

Si esto es indiscutible, todo francés y toda francesa que sepan leer harán bien en guardar en su biblioteca o en su costurero, a menos que él lo una a su cartilla militar, un amplio y exacto resumen de los debates sobre nuestra falta de preparación técnica, tal como se desarrollaron en París en las dos Cámaras a mediados del mes de julio de 1914. A dos semanas de las hostilidades y como remate de quince años de un estado de paz sin defensa, aquellas jornadas del 13, del 14, del 15 y del 16 de julio significan el examen de conciencia del régimen; la ansiosa presión de la tempestad que empezaba a extenderse disminuía las posibilidades de disimulación y disfraz: todo el mundo hablaba claro bajo la cuchilla.

Entonces se oyeron confesiones formales, de que después sus autores se han arrepentido. Pero no importa: están hechas. Imposible disimularlas, por más que se haya intentado discutirlas y aun desdecirse de ellas. Se trata de hechos, de cifras, declarados, reconocidos, articulados y firmados.

Republicanos chupópteros y republicanos doctrinarios no sabían qué hacer cuando miraban sinceramente a estos primeros años del siglo que habían visto prevalecer su personal y sus ideas. Victoriosos en el *affaire* Dreyfus, dueños del Estado en virtud del destierro de Déroulède, de Buffet y de Lur-Saluces, pudieron dar libre curso a su espíritu de destrucción. En este largo reinado que va de 1900 a 1912, el Estado Mayor General del Ejército ha sido desorganizado, el mosconeo de los fabricantes de fichas trastorna los Cuerpos de oficiales, el servicio militar es reducido a un año, los períodos de llamada de los reservistas y territoriales son acortados, la precedencia de los decretos de Mesidor es abolida, el reclutamiento de los jefes se ve entorpecido, el número de los candidatos a las escuelas militares baja en un cincuenta por ciento, y lo más importante de todo es que el servicio de informaciones del Ministerio de la Guerra, confiado a la Seguridad general, queda prácticamente suprimido, abriendo así la puerta a un espionaje desenfrenado. No obstante, y por mucho que les apurara el recuerdo de todos estos atentados contra el bien y la salud públicos, los criminales que los cometieron se sentían menos pre-

ocupados por ellos que por la evocación precisa de ciertos hechos materiales que fueron sometidos al Senado y a la Cámara. En los momentos en que el estrépito del hierro enemigo resonaba bajo nuestras murallas, ¿nuestro hierro, el nuestro, dónde estaba? ¿Cuál era el número, la fuerza y el peso de nuestro material de artillería y de ingeniería y de nuestras municiones? Habíamos tenido que votar unos gastos de construcción, de preparación, pero ¿cuáles eran? El Gobierno, enloquecido, pedía al Parlamento, de una sola vez, una enorme cantidad de créditos militares, cerca de 1.500 millones, lo que viene a ser hoy ocho o nueve mil millones. Inició la discusión de estos créditos en el Luxemburgo, el 13 de julio de 1914, el presidente M. Antonin Dubost, en los siguientes términos:

"El orden del día contiene la discusión del proyecto de ley adoptado por la Cámara de los Diputados, adoptado con modificaciones por el Senado y modificado por la Cámara de los Diputados, que autoriza a los Ministerios de la Guerra y de la Marina a realizar gastos no renovables con objeto de proveer a las necesidades de la defensa nacional y determinando las normas financieras aplicables a dichos gastos..."

Al son de estas lentas fórmulas que permiten entrever bastante bien la estructura y la marcha de la carreta merovingia de la democracia, tuvieron que galopar por una vez sus caballos. Porque había un aguijón que era exterior: la guerra, y había un jefe que hincaba la espuela, exterior también: el enemigo.

El ponente, M. Charles Humbert, había preparado para este debate un verdadero grito de alarma. Su exposición de nuestro descuido lo había obligado a investigar las causas de éste, y, naturalmente, había tratado de echar las responsabilidades fuera del Parlamento, es decir, sobre los servicios técnicos del Estado Mayor del Ejército. Pero no había podido dejar de oír la defensa que de sí mismos hicieron estos Servicios, fácil defensa contenida en la breve nota que M. Charles Humbert tuvo que incluir entre sus consideraciones. Basta extractarla para mostrar el mecanismo de las relaciones del Gobierno y del Parlamento y del Parlamento con los Servicios.

"*Se ha dicho* (en el lenguaje hostil de M. Charles Humbert, el *se ha dicho* quiere decir *los Servicios*), *se ha dicho, por ejemplo, que en* 1900, *para el Presupuesto de* 1901, *el Mi-*

nisterio de Hacienda había hecho de oficio una reducción de más de 35 *millones en los* 104.500.000 *francos que pedía el Ministerio de la Guerra; que en el presupuesto de* 1902 *la cifra pedida por los Servicios pasaba de los* 98 *millones y que fué reducida a* 38 *por el ministro de la Guerra y luego en* 10 *millones más por el ministro de Hacienda.*

Se ha añadido también que, a partir de este momento, las sumas pedidas por los Servicios se han ido haciendo mucho más pequeñas porque los directores del Ministerio tenían ORDEN *de reducir al mínimo sus previsiones, pero estas previsiones, ya tan reducidas, fueron aún grandemente limitadas, ora por el ministro de la Guerra espontáneamente, ora atendiendo* IMPERIOSAS INDICACIONES *del Ministerio de Hacienda.*

En 1903, *los Servicios no pedían más que* 59 *millones y se les concedían* 36. *En* 1904, *pedían* 61 *y no se les concedían más que* 30. *En* 1905, *pedían* 44 *y no se les concedían más que* 27. *Es verdad que de* 1905 *a* 1907, *tras la manifestación alemana de Tánger, se habían gastado fuera de Presupuesto cerca de* 200 *millones, pero a partir de* 1911 *y hasta la época de los acontecimientos de Agadir, las previsiones son disminuídas de nuevo; los Servicios reclaman* 88 *millones y no se les dan más que* 57. *En* 1909 *piden* 98 *y no se les conceden más que* 66. *En* 1910, *en vez de los* 81 *que pidieron, no se les da más que* 69, *y en* 1911 *los* 113 *millones que manifiestan ser necesarios son reducidos a* 86."

Tal es el documento oficial presentado al Senado por un ponente autorizado que no puede discutir las cifras. ¿Qué replica M. Humbert a estas explicaciones de los Servicios? He aquí su tesis: "Si los Servicios, en vez de limitarse a formular y exponer unas proposiciones, hubieran insistido, si hubieran advertido "lo bastante" a sus ministros, si no hubiesen consentido que sus *inocentes* superiores soportaran "con toda tranquilidad de conciencia" los cortes y reducciones del Consejo de Ministros, del ministro de Hacienda y de las Comisiones parlamentarias, y si, en una palabra, "se hubiera lanzado una voz autorizada para advertirles con energía, es indiscutible que los ministros hubieran considerado "criminales estas economías". Los Servicios hubieran debido reclamar, insistir, protestar..." Desgraciadamente para la tesis, este deber se había cumplido,

habían redoblado ¡ay! sus instancias; sí, habían insistido y hasta protestado, pero sufrieron negativa sobre negativa y hasta se les prohibió que reprodujeran sus peticiones. ¿Cuándo, cómo y por qué? Nuestra generación no puede ignorarlo.

En el régimen 1900-1912, las protestas del Ejército eran consideradas como facciosas. Lo mejor que podía sobrevenirles a los jefes de las tropas de mar y tierra que se permitían un suspiro de descontento, era la desgracia muda. No les quedaba más partido que el de una dimisión cuyos motivos quedarían ignorados del público y que no podía producir ningún resultado. El desarme republicano era una doctrina que no toleraba la contradicción. Ni los André, ni los Picquart, ni los Goiran, ni los Brun eran hombres capaces de prestar oídos a los Servicios competentes contra las Cámaras soberanas, contra la Hacienda omnipotente, contra una opinión antimilitar que, en el fondo, forjaban ellos mismos.

Razón por la que las pequeñas excusas tuvieron que desvanecerse ante el Senado. El ministro de la Guerra de entonces, partidario acérrimo del desarme en 1907, pero que en 1914 tenía que sufrir el primer choque de la Guerra, M. Messimy, sentía acercarse los acontecimientos. Así es que tomó la palabra y, desde el primer momento, determinó cuál era el verdadero lugar de las responsabilidades, es decir, el Gobierno y su política, el Parlamento y la política del Parlamento. He aquí lo que dijo este militar radical:

"Estaba yo hablando ayer con un oficial general que ha ocupado durante mucho tiempo un importante puesto en el Ministerio de la Guerra, y, repitiendo el reproche que había encontrado en el informe de M. Humbert, le decía: —¿Cómo durante diez años no han reclamado ustedes créditos más importantes para el material, puesto que sólo el armamento se discute?... Y él me contestó: —Los he pedido, los he reclamado, pero mi oficio de soldado es obedecer y no me era permitido reclamar con vehemencia contra la orden expresa que me había sido dada de reducir en un cincuenta, en un sesenta, en un ochenta por ciento la dotación de la Tercera Sección (material)."

M. CLEMENCEAU.—*¿De quién era la orden?*

El genio del olvido forja incesantemente a M. Clemenceau una juventud y una inocencia eternas.

EL MINISTRO.—*Aquí hay, señor Senador, un comisario del Gobierno, antiguo Jefe de Sección...* (Vivas interrupciones.) *Pero, señores, tengan ustedes la bondad de escuchar. Aquí hay un Comisario del Gobierno, director de Ingenieros, antiguo jefe de la Sección de material en la Dirección de ingeniería, que os dirá que, de* 1904 *a* 1906, *cuando reclamaba dotaciones de seis millones para los campos de instrucción y de ocho millones para las fortificaciones, recibió la orden terminante de reducir sus demandas.*

M. CLEMENCEAU.—*¿Pero de quién, de quién?*

EL MINISTRO.—*Del jefe del Departamento* [1]. (Rumores.) *¡Oh! Yo no hago la menor crítica, sino que explico un simple hecho: durante gran número de años, los Servicios militares estuvieron recibiendo del Ministerio de Hacienda la orden precisa, formal, imperativa, de reducir a la mitad, en tres cuartas partes, los presupuestos de la Tercera Sección* (material) *y es mi deber darlo a conocer al Parlamento.*

Para abreviar: en la sesión siguiente, el mismo ministro de la Guerra repitió los términos irrefutables de la nota de los Servicios inserta en el informe Humbert, citándolos sin tratar siquiera de discutirlos:

EL MINISTRO.—*En* 1901 *los Servicios del Ministerio de la Guerra piden* 96 *millones y, en el proyecto de Presupuesto, se les asignan* (este "se" aplícase al Ministerio Waldeck-Rousseau) 71; *en* 1902 *los Servicios del Ministerio de la Guerra piden* 99 *millones y esta petición es reducida por orden del ministro de la Guerra* (André) *a* 60 *millones, pero no se les señalan más que* 50 *en el proyecto de Presupuesto. En* 1903 *los Servicios, que habían recibido la indicación de mantener sus presupuestos, piden* 60 *millones y el ministro transforma esta cifra en* 45 *millones, pero, al fin de cuentas, no se conceden más que* 36.

M. GAUDIN DE VILLAINE.—*Es un caso de responsabilidades.*

EL MINISTRO.—*En* 1904 *los Servicios piden* 62 *millones, la petición es reducida a* 32 *por el ministro y se conceden* 30. *En* 1905 *los Servicios restringen su presupuesto y piden* 45 *mi-*

1. Púdica perífrasis que hay que traducir así: ministro del Departamento de Guerra. ¡Este ministro recibía órdenes del Ministerio de Hacienda!

llones. Redúcese la demanda definitiva a 32 y se conceden 27. Prescindo de los años 1906 y 1907, en los que se hicieron unos gastos suplementarios de 193 millones como consecuencia de la alarma de Tánger. En 1908 los Servicios piden 90 millones; la demanda es reducida a 72 por el ministro y el proyecto de Presupuesto no fija más que 57. En 1909 la demanda es de 99 millones que se transforman en 75 en cuanto entran en contacto los dos Ministerios, y la cifra definitiva marcada por el Presupuesto es de 66. En 1910 los Servicios piden 81 millones; esta petición, al ser transmitida al Ministerio de Hacienda, es reducida a 70, y esta es la cantidad que figura en el proyecto de Presupuesto. En 1911, la petición inicial es de 113 millones, pero queda reducida a 95 en el mismo Ministerio y fijada definitivamente en 86 por las Comisiones y las Cámaras."

Quien habla es el mismo ministro, representante de los Servicios en el Parlamento y representante del Parlamento ante los Servicios; es el Gobierno quien, en la plenitud de la competencia y la información, explica en esta forma, en vísperas de la guerra, el estado de impreparación de sus arsenales, de sus almacenes y su material viniendo a decir en resumen: "No me habéis dado dinero para esto." La Asamblea se sorprende, se alarma, se irrita, pero no puede discutir lo que le dicen.

Y el ministro vuelve a poner paño al púlpito. La víspera—13 de julio—había hecho la comparación entre nuestros gastos de material y los que se imponía en aquellos momentos mismos el Adversario; no un adversario desconocido e inopinado, sino el adversario esperado, inminente, que no podía dejar de venir; el enemigo hereditario:

"*En 1903 se han gastado en Francia 31 millones; en Alemania, 130, o sea el cuádruple.*

En 1904, 32 millones en Francia y 130 en Alemania.
En 1905, 52 millones en Francia y 130 en Alemania.
En 1907, 92 millones en Francia y 245 en Alemania.
En 1908, 59 millones en Francia y 222 en Alemania.
En 1909, 71 millones en Francia y 178 en Alemania.
En 1910, 99 millones en Francia y 126 en Alemania.
En 1911, 93 millones en Francia y 128 en Alemania."

Al siguiente día—14—M. Messimy añadía aún:

"*En el período que se extiende de 1900 a 1905, Alemania ha gastado 700 millones y Francia 282, lo que significa para Alemania un gasto medio anual de 115 millones, contra 47 millones de Francia. En el período de 1906 a 1910, se cuentan en Alemania 930 millones de gastos contra 476 en Francia, o sea un gasto medio anual de 190 millones en Alemania, contra 95 en Francia. En fin, de 1911 a 1913, Alemania ha gastado 585 millones, contra 411 de Francia, o sea un gasto medio anual de 195 millones en Alemania y de 137 en Francia.*"

En el primer momento el Senado trató de acusar de despilfarro de los créditos, pero no, no habían sido malgastados: se les había empleado bien, sólo que las cantidades votadas resultaban harto cortas, como consecuencia de la política financiera impuesta por la política general del Gobierno. Se habían sacrificado los presupuestos militares o "presupuestos de la muerte", a los presupuestos electorales o "presupuestos de la vida", y, en castigo de esto, hemos tenido que llenar las lagunas del material inerte con masas palpitantes de "material humano".

Podía, pues, sobradamente M. Messimy sacar la siguiente conclusión: "*El hecho mismo de presentar un proyecto de presupuesto de 1.400 millones y el de haber comprometido un gasto de muchos centenares de millones en el año último y éste, constituyen por sí solos* LA CONFESIÓN *de que no se ha hecho en el pasado todo lo que era* NECESARIO E INDISPENSABLE." (¡Muy bien, muy bien!)

A pesar de la moderación de los eufemismos, no era posible ninguna escapatoria. El mismo Charles Humbert, renunciando a complicar al Ejército y al Ministerio de la Guerra, cierra más el camino con una aportación de su cosecha que redobla la prueba de aquello que al principio él había negado, o sea que la inhibición venía del Gobierno parlamentario y no de los militares profesionales:

"*Antes de dejar la tribuna, voy a leer al señor ministro de la Guerra dos edificantes documentos que conciernen al Inspector de Artillería ligera de sitio y de plaza. El 6 de enero de 1914 este general, que tiene categoría de jefe de Cuerpo de Ejército, dirigía al señor ministro de la Guerra una carta de la que entresaco los siguientes párrafos: "Desde el punto de vista del material existente en nuestras plazas, no se ha hecho*

el menor progreso desde hace cuarenta años. Las cureñas de nuestros cañones de plaza habría que cambiarlas de manera que se asegurase la protección de los servidores de las piezas y se aumentase la rapidez del tiro. Necesitaríamos: 1.º, *morteros ligeros que permitieran batir los fondos y los alrededores de las obras;* 2.º, *algunos cañones móviles de* 14 *o* 15 *kilómetros de alcance, como los que los alemanes tienen en Metz, para retirar la línea de asedio. Aunque estas cuestiones han sido ya planteadas otras veces, la ejecución sufre una lentitud deplorable.*"

Véase ahora un extracto de la respuesta que este general recibió del ministro, con fecha 6 *de febrero de* 1914: "*En la segunda parte de su carta formula usted críticas gravísimas, aunque muy imprecisas, a propósito de las lentitudes sufridas en la realización de las diversas mejoras que afectan al material de artillería de plaza. Sus últimas líneas parecen una acusación, aunque indirecta, contra mi predecesor, que, al parecer, habría dejado estas cuestiones a la iniciativa de Servicios incapaces de llevarlas a buen término, y me ha sorprendido penosamente* (rumores) *el ver bajo la pluma de un oficial general que ocupa la situación de usted acusaciones de este género que se refieren a colectividades o personalidades sin concretar ni nombrarlas.*" *Señores, juzguen ustedes.*" (Manifestaciones diversas.)

He aquí cómo eran tratados los generales cuando se atrevían a hacer oír un simple murmullo de advertencia. Siete años antes, el generalísimo Hagron había dimitido viendo que no lograba que sus consejos de salud pública fueran oídos por el Gobierno parlamentario, que lo trataba como a un enemigo. Así es que el 3 de agosto de 1907 escribía a M. Millevoye: "*No es tan sólo para dejar a salvo mi responsabilidad por lo que he pedido al ministro de la Guerra el ser relevado de mis funciones. Tampoco es por consideraciones personales por lo que he hecho el gran sacrificio de separarme antes de tiempo de mis camaradas del Ejército y de abandonar una obra a la que consagraba con entusiasmo todos los instantes: la preparación de la defensa nacional. Más que nada, lo que he querido es lanzar un grito de alarma con la esperanza de que sea oído y comprendido por los poderes públicos y por todos los buenos franceses.*"

En otra carta, del 30 de julio anterior, habíase dolido "de la agonía del Ejército", que él llamaba "el principio del fin de todo", añadiendo: "*No me era lícito traicionar con mi silencio la confianza del país... Cuanto a las causas secundarias que venían a unirse a las causas precedentes, son legión, y si quienes están encargados de velar por los intereses de la patria las conocieran, se llenarían de estupor. Y, a pesar de todo, hay un Gran Consejo de la Defensa Nacional. Jamás he sido llamado a él. Y hay un Consejo Superior de la Guerra. Pero el ministro no lo ha reunido más que una sola vez, y esto por una cuestión secundaria, a pesar de que nuestras reuniones eran legales, o, más exactamente, impuestas por la ley, etc... El rosario es largo.*"

En 1907 estas crueles verdades eran rodeadas de silencio, pero en julio de 1914 hacía falta rasgar algunos velos. El ministro de la Guerra, Messimy, salía al paso de la suprema excusa en que se refugiaban los últimos defensores interesados de la negligencia y de la incuria.

El Ministro.—*Otra objeción que no se ha hecho en la tribuna, pero que he oído murmurar o me ha sido hecha en conversaciones particulares, es que las partidas de la Tercera Sección* (material) *eran insuficientes y restringidas porque el Ministerio de la Guerra no podía emplear nunca los créditos que le eran concedidos. La Administración ha tenido siempre buen cuidado de no pedir nunca créditos suplementarios a los gastos de la Tercera Sección. De consiguiente, las anulaciones en el Capítulo de la Tercera Sección se deben al hecho de que los pagos efectuados durante el ejercicio no pueden nunca corresponder al montante de los compromisos, los cuales no deben pasar el límite de los créditos abiertos. Es claro, pues, que las sumas gastadas en importantes canteras o en fabricaciones en grande no pueden, por diversas razones, estar íntegramente pagadas en el momento de cerrarse el ejercicio. Pero las sumas que quedan disponibles no se han perdido y la administración de la Guerra pide el remanente para el ejercicio que sigue. Estos remanentes, por lo que se refiere a los ejercicios que van de* 1906 *a* 1912, *se cifran en un total de* 61 *millones,*

en un conjunto de 770 millones de crédito y representan apenas el siete y medio por ciento de los compromisos. Es bien poca cosa.

Pretendióse igualmente que las peticiones eran "regularmente hinchadas" teniendo en cuenta las disminuciones ministeriales y parlamentarias con que los Servicios ya contaban. Pero este argumento no puede pasar. Cuando en 1902 los Servicios pedían 90 millones, que el ministro competente rebajaba a setenta y de los que la Cámara no concedía más que cincuenta, ¿quién puede creer que los cuarenta de diferencia se debieran a una "inflación" de los Servicios deseosos de prevenir las previstas disminuciones? Los Servicios que hubieran practicado la "inflación" en esta escala y en estas proporciones hubieran sido barridos al momento en aquel tiempo en que los funcionarios militares eran tratados sin ningún miramiento.

En cambio, se guardaron de hablar—y con buen motivo—de la única razón que hubiera sido válida, a condición de ser verdadera, o sea la falta de recursos o la voluntad de ahorrar esfuerzos al pobre contribuyente. El mismo Parlamento y el mismo Gobierno de chorlitos criminales que tacañeaban con la protección de las tropas francesas echaban el dinero por la ventana en cuanto se trataba del interés de su partido. Bien ha dicho Nansen que "no hay nada más costoso que el Gobierno de la democracia". No hay nada que ponga en movimiento un mayor número de individuos animados de más astutas avideces en condiciones de anonimato e irresponsabilidad más favorables. Siempre que la democracia francesa ha estado a sus anchas, ha arrojado el dinero por la ventana, lo que reconoce un oficioso del régimen, *Le Temps*.

"Desde 1898 a 1914—dice *Le Temps*—las Cámaras son radicales." (El mayor periódico de la República llama radical la opinión que expresa el espíritu de las elecciones tal como se viene manifestando desde 1898 a 1914.) ¿Y qué hicieron estas Cámaras? *Le Temps* estudia, legislatura por legislatura, los presupuestos de este período, que, en vez de decrecer, como el de material militar, no han dejado nunca de subir.

"*Média de los aumentos anuales desde* 1899 *a* 1902: 40 *millones. En el último año,* 1902*, que es el de las elecciones*: 47 *millones de aumento.*

"*De* 1902 *a* 1906*, reinado de M. Combes. Aumentos anuales*: 46 *millones. Ultimo año, que es el de las elecciones*: 86 *millones.*

"*De* 1906 *a* 1910*, aumentos anuales*: 98 *millones. Año último, o sea el de las elecciones*: 180 *millones.*

"*De* 1910 *a* 1914 *los aumentos anuales son de* 184 *millones. Los del último año, que es año electoral, llegan a* 453 *millones.*"

Había, pues, dinero y se gastaba alegremente, pero para tener contento al elector, no para defenderlo ni para salvarlo. En aquel terrible debate de mediados de julio, ni un senador de 1914, ni un diputado de 1914, pudo sostener lo contrario.

De modo que, quince días antes de las hostilidades, la nación se encontró frente a frente de la verdad. ¿Qué podría oponer ella a los obuses pesados alemanes? "Apenas nada." Nuestros cinco regimientos de artillería pesada no tenían más que cañones viejos. Francia había inventado el mortero moderno de 28 centímetros: Inglaterra y Rusia lo tenían; Francia, en cambio, acababa de adoptarlo y lo tendría demasiado tarde. ¿Qué hacer? "*Ni nos defienden ni nos gobiernan*", tronaba M. Clemenceau. No sospechaba cuán cierto era. Porque aquel grito no era mejor comprendido por sus oyentes que por su mismo autor. Las aspas se agitaban en el aire: las falsas causas eran eliminadas, pero las verdaderas seguían ocultas. Messimy declaraba que había estado frente a otros departamentos ministeriales, pero que en ningún otro había hallado tanta competencia y tan buena voluntad como en el Ministerio de la Guerra. ¿Entonces? ¡Ah!—musitaba él—; en tres años hemos tenido nueve ministros de la Guerra y, bajo esta débil e inestable autoridad, los Servicios de la Guerra son independientes unos de otros, no se comunican entre sí por no tener un jefe constante que los ponga en contacto.

"*Desde* 1870—gemía M. Clemenceau—*no he asistido a una sesión del Parlamento tan angustiosa.*" También en esto daba en un blanco más alto que su propio pensamiento. "*No se ha hecho nada durante diez años*", confesaba a seguida el ministro. Y como estos diez años englobaban el período acusador

de 1906 a 1909, durante el que M. Clemenceau había sido consejero, M. Messimy daba lectura a un resumen histórico de la tercera sección del Presupuesto de la Guerra (Material) en el que aparecía el ex presidente del Consejo y su famoso favorito, el general Picquart, pidiendo, en 10 de marzo de 1907, 73 millones para el material, mientras que el ministro de Hacienda no ofrece más que 42; Guerra insiste, ¡pero debe darse por satisfecha con 60!

Tantos tira y afloja, tantas disputas e incertidumbres en las regiones del poder durante esta penosa serie de años, no disminuyeron algo hasta después de la amenaza y las humillaciones de Agadir; y, aun después de Agadir, el 13 de marzo de 1913, el ministro de Hacienda contestaba al ministro de la Guerra, que había pedido que el presupuesto de 420 millones se aumentase en 504, lo que elevaba a 924 la cifra de las necesidades de la Guerra, que no podía pasar de una cifra total de cuatrocientos cincuenta y cuatro millones.

"*De modo que, mientras el ministro de la Guerra afirmaba, tras minucioso estudio y de experiencias que habían sido decisivas en sus resultados, que era absolutamente necesario el reforzar aún el material, los aprovisionamientos y la organización definitiva del territorio y llegar a la cifra de 504 millones,* 500.000 *francos de gastos no renovables,* ¡SE LE OFRECÍAN TREINTA!"

Un poco antes, M. Messimy alegaba que "*en los comienzos del siglo* XX, *este país se había dejado conquistar por la quimera de un idealismo, por la quimera de la pacificación universal*". Sea; pero aun admitiendo que quepa confundir el país francés, que no interviene en política, con el viejo partido republicano, que no hace otra cosa, el mes de mayo de 1913 no estaba en los "comienzos del siglo XX" y el envenenamiento del país por las ideas dreyfusistas había acabado entonces, en gran parte gracias a los esfuerzos de los monárquicos; el mes de mayo de 1913 es la flor de la experiencia Poincaré: y la buena República conservaba las tradiciones de la mala y negaba cuatrocientos setenta y cuatro millones a las necesidades urgentes de nuestro armamento!

¿Dónde hallar, pues, las responsabilidades de semejante error si se prescinde del único elemento común a unos reina-

dos tan diferentes como los de M. Poincaré y de M. Combes: la forma, la organización, o la desorganización republicana misma? Los males imputables a la buena y a la mala República no pueden ser más que males específicamente republicanos. M. Clemenceau estuvo un momento sobre la pista de esta verdad, mas no supo mantenerse en ella y se ha dejado engañar. Pero, por lo menos, dijo al radical-socialista que era ministro de la Guerra: —"Usted se oponía al aumento de nuestros efectivos por la ley de los tres años, y esto sería porque usted ponía su confianza en la superioridad de nuestro armamento. ¡Y no existía tal superioridad! ¿Y es usted quien nos lo dice?..."

La atinada objeción no sugirió otra conclusión que vagas generalidades sobre el universal "*dejar hacer*" y el universal "*dejar pasar*" de "*este país*". Y el país juzgado de este modo, tras haber sido engañado y desmantelado, iba a mostrar algunos días más tarde de lo que era capaz y lo que valía en cuanto las desfavorables condiciones políticas en que tenía que moverse cedían a la monarquía de la guerra y al mando de uno solo.

El debate senatorial se prolongaba angustiosamente y hubiera acabado en una noche opaca si M. Dominique Delahaye no hubiera hecho brillar el rayo de la verdad exclamando al fin: "¡TODO ESTO ES CULPA DE LA REPÚBLICA!", a lo que M. Charles Humbert repuso:

—"*Pues señor Delahaye, quédese usted con el Imperio de 1869.*"

A lo que M. Dominique Delahaye replicó:

—"*¡Pero si yo hablo del Rey y no del Imperio!*"

M. Clemenceau intervino entonces diciendo:

—"*¡Cállese usted, M. Humbert!*"

M. Delahaye:

—"*Es muy cómodo decir "cállese usted", M. Clemenceau, pero no tiene un gran valor.*"

No tiene un gran valor, en efecto, pero tapa y disimula y priva de pensar. En estas cosas, el silencio es la única arma de que puede servirse el partido republicano, porque no puede contestar nada. La divergencia continua del personal republicano es fruto natural del régimen que ha hecho posible un desfile semejante; hasta añadiremos que el hacerlo posible es su

única razón de ser. Si hay quien afirma que su unidad tiene un carácter completamente ideal, pero que no tiene nada de real, en otras palabras viene a decir lo que es justo y que nosotros decimos, esto es, que toda la responsabilidad de la culpa es de la falta de unidad y de compenetración gubernamental. Si la culpa es de todos y no es de nadie, a quien hay que acusar es al Gobierno de todos y de nadie que se llama República.

El argumento del Imperio es débil y se vuelve en contra de quien lo usa, porque el Imperio de 1869 quería armarse y fueron sus adversarios republicanos los que le negaron los medios de hacerlo. En cambio, de 1900 a 1912, la oposición de la República aconsejaba armarse, y desde todas las alturas del partido republicano gobernante venían, o la voluntad de desarmar, o la desastrosa preparación de los armamentos. Y el Imperio, aun en el caso de que hubiera sido cien veces más culpable de lo que se ha dicho, no era otra cosa que un Gobierno popular, una democracia a base de plebiscito y de elección, un sucedáneo de dictadura republicana. M. Delahaye tenía razón que le sobraba al decir que el gobierno de la Corona es una cosa muy distinta.

Por muchas que sean las desvergonzadas calumnias con que se han llenado nuestros libros de clase contra un Francisco I, un Luis XIV o un Luis XV, ninguno de ellos ha dado el ejemplo de semejante indefensión ante el extranjero. Podrá alguno haber tenido una distracción o una negligencia, pero ninguno abrigó nunca la voluntad sistemática de desarme y de debilidad en el exterior. Nuestros reyes han podido una o dos veces aflojar las riendas en el interior del país, pero, fuera, frente a otros príncipes, nunca. Previsores, caseros, moderados, no por esto descuidaban el ser fuertes, y de este modo forjaron la patria desde el siglo IX al XVIII, y de este modo todavía la reorganizaron, la pacificaron y la salvaron en el XIX. Es natural que los republicanos, cuando se les recuerda esta política de sabiduría y autoridad, no tengan más recurso que ocultar al país la solución monárquica del problema de la nación.—"*¡Cállese usted, M. Humbert!*"—¡No es flojo el motivo, M. Clemenceau!

¡Y, por lo menos, si, dejando tranquilos a los republicanos, hubiera podido creerse en la eficacia de la lección! Pero

bastará un hecho para mostrar cómo el régimen favorece todos los errores del olvido. El 15 de julio de 1914, André Lefèvre, reanudando en la Cámara el grave debate del Senado, acabó con la maniobra infantil que pretendía cargar a los Servicios la incuria y la utopía de los políticos.

"*Resulta bastante sorprendente que los ingenieros no construyeran*—decía André Lefèvre—, *porque, en resumidas cuentas, su tendencia es construir, la tendencia de los oficiales de las fundiciones es fundir cañones, la tendencia de los ingenieros de los arsenales es fundir cureñas, la de los oficiales de ingenieros es consolidar fuertes, la de los militares en general el armarse, y si ninguno de ellos ha hecho aquello a que se siente llamado, la razón del caso es sencillísima: es que no se les han dado las sumas necesarias para hacerlo. Si hace falta, lo demostraré con cifras que tengo aquí.*"

M. BÉNAZET.—"ABSOLUTAMENTE *exacto.*"

Animado por una aprobación tan expresa y grave, M. Lefèvre prosiguió diciendo:

—"*...Desde hace treinta años, desde* 1882 *a* 1912, *los alemanes han gastado cuatro mil setecientos millones, al tiempo que nosotros gastamos dos mil setecientos cincuenta y un millones en el mismo intervalo. No es lícito decir, no se puede dejar decir que unos funcionarios son los culpables del hecho.*"

La sonora adhesión prestada por M. Bénazet [1] a la defensa de los funcionarios de Guerra recordaba y venía a repetir la opinión por él sostenida en la precedente legislatura, el 26 de marzo de 1914, menos de cuatro meses antes:

M. PAUL BÉNAZET, ponente de la Comisión de Presupuestos.—"*Los gastos extraordinarios reales de Guerra bajan de* 137 *millones en* 1906 *a* 92 *millones en* 1907 *y a* 60 *millones en* 1908 *y a* 66 *en* 1909..."

¡Son las cifras que ya conocíamos! Para explicar tan formidables yerros, M. Bénazet inculpaba, no al Parlamento, sino a los sucesivos Gobiernos emanados del Parlamento, que viene

1. Al recordarle yo, más adelante, este hecho, M. Bénazet me contestó en una carta de 30 de setiembre de 1919 que, como su intervención de entonces se limitó a cuatro palabras, no tenía valor, cualquiera que hubiese sido el sentido de estas palabras.

a ser lo mismo. Después de los discursos de MM. Messimy y Humbert, vale la pena de citar el suyo:

Ponente BÉNAZET.—"*El proyecto de Presupuesto para el año* 1902 *fué cerrado el* 29 *de marzo de* 1901; *la cifra que pedían los Servicios pasaba de* 98 *millones; el nuevo ministro de la Guerra* (André) *propuso reducir la suma a* 38 *millones y, a su vez, el ministro de Hacienda* (Caillaux) *pidió otra reducción de doce millones. De* 1903 *a* 1905 *las sumas pedidas por los Servicios disminuyen cada vez más, porque los directores de los mismos han recibido la orden de reducir al mínimo sus Presupuestos...*

Así es como el presupuesto especial de los Servicios para los generales de 1902 *y* 1903 *desciende de* 98 *millones a* 51. *Para los de* 1904 *y* 1905 *nuevo descenso, de* 61 *a* 45 *millones, y, no obstante, todavía hay una enorme diferencia entre lo que piden los Servicios y lo que el Gobierno concede.*

ES, PUES, UNA LEYENDA, SEÑORES, EL AFIRMAR QUE LOS SERVICIOS DE LA GUERRA NO SE PRECAVÍAN."

Ahora bien, el ponente que denunciaba esta "leyenda" en 1914 tenía que reeditarla cinco años más tarde. En 1919, M. Bénazet sostenía ante la Cámara que las Cámaras eran absolutamente inocentes de nuestra indefensión de 1914. El viernes 26 de setiembre de 1919 pronunciaba estas palabras:

"*No es justa la suposición de que el Parlamento de la República dejó de cumplir plenamente su deber. Antes de la Guerra, hizo llegar sus inquietudes a los* TÉCNICOS MILITARES *y votó* TODO LO QUE ESTOS TÉCNICOS LE PIDIERON. (Grandes aplausos en la izquierda.) *¡Esta es la verdad!*"

Los expertos y los técnicos a quienes M. Bénazet defendiera con los números en la mano y el apoyo de todas las evidencias de la razón en 1914, son acusados en 1919 por el mismo M. Bénazet sin el menor miramiento para la verdad. La verdad no cuenta cuando choca con la comodidad y la conveniencia del partido. Cuando se veía venir la guerra, todos los miramientos eran pocos para los militares, pero, una vez consumada la matanza y comprobada la incuria, lo que se sobrepone es el temor de que el elector pida cuentas al partido. Y entonces llega la hora de mentir sin el menor escrúpulo.

Salvo un puñado de hombres diseminados por la nación,

¿cuántos franceses tuvieron presente en la memoria, en 1919, y cuántos son capaces de acordarse en 1924 del monumento acusador levantado por las dos Cámaras contra la política misma de estas dos asambleas? Del mismo modo que se ha olvidado cuanto se hizo, en el transcurso de los quince años que precedieron a la guerra, conducente a diezmar a nuestros pobres soldados, del mismo modo se ha olvidado la recapitulación de estos crímenes hecha precisamente quince días antes de la carnicería. Viene una ola y borra todas las que la precedieron. "*Es el mar, es el mar...*", declama Barbier: creyendo hablar de la popularidad, el poeta definía a los pueblos. Pero se plantea la cuestión de si se puede dejar al Mar el gobierno de la Barca. Esto es lo que nosotros negamos y lo que afirma la doctrina de la verdadera República.

V

CONTINUACION DE LA VERDADERA REPUBLICA

La conocemos de sobra porque bajo su égida hemos nacido, crecido y llegado a madurez. La *Encuesta sobre la Monarquía* se llevó a cabo y ha sido publicada en el transcurso de lo que puede llamarse el período perturbador que ha incubado todos nuestros males. Mi estancia en Bruselas junto a André Buffet y Lur-Saluces data de junio de 1900. La carta de su alteza el duque de Orleans es del siguiente agosto. El debate escrito de la *Gazette de France* se prolongó hasta diciembre. Las medio-adhesiones de Jules Lemaître son de 1904. Su adhesión sin reservas, de 1908. La aparición de la *Encuesta* en un volumen, debida a René de Marans y a Jean Rivain, tiene la fecha de 1909 y su doctrina comenzó a extenderse especialmente durante los días de grave inquietud que van de 1909 a 1914, cuando los elementos de la indefensión debida al régimen se hicieron patentes frente a la agresión que todos los Servicios anunciaban.

Esta bancarrota del régimen extendíase a otros dominios. Poco apta para preparar la guerra, la Verdadera República tampoco había sabido hacer florecer las artes de la paz. Si después dejó sacrificar una inmensa masa de un millón quinientos mil hombres, la Verdadera República no había antes favorecido la natalidad y el crecimiento de la nación. En las postrimerías del Segundo Imperio había treinta y siete millones de franceses. En 1914 había 39 millones. De este menguado crecimiento de dos millones habría que descontar el total de nuestras pérdidas de guerra. Sobrante neto máximo: 500.800. Pero no restemos nada y atengámonos a la cifra en bruto: en este período, durante el que la República obtenía la apariencia de un aumento de población de dos millones de almas, el

Imperio alemán ganaba treinta millones (37 millones en 1870; 67 millones en 1914). El Reino Unido tenía un aumento de 14 (30 millones en 1870; 44 en 1914). El Reino de Italia aumentaba 10 (25 millones en 1870; 35 en 1913). La decadencia de nuestra natalidad se había hecho legendaria, y no es posible desconocer las consecuencias de la misma para la nación. Como decía un alemán antes de la guerra, el Dr. Rommel, "*el terreno comprendido entre los Vosgos y los Pirineos no está hecho para que 38 millones de franceses vegeten en él, toda vez que cien millones de alemanes pueden prosperar en el mismo. Se acerca el momento en que los cinco hijos pobres de la familia alemana darán fácilmente cuenta del hijo único de la familia francesa... Cuando una nación creciente vive pared por medio con otra llena de claras y que, por tanto, forma un centro de depresión, se produce una corriente de aire, vulgarmente llamada invasión, fenómeno durante el que el Código queda relegado a un lado...*"

Acaso preguntará alguien si tales consecuencias políticas no pueden derivarse de causas no políticas. Pero esto no puede sostenerse, ya que, colocada en otras condiciones políticas, la raza francesa sigue mostrando una espléndida fecundidad, según lo atestiguan las pruebas del Canadá y de Acadia. La relación entre nuestros regímenes políticos y el decrecimiento de la natalidad se desprende de las mismas fechas que marcan este decrecimiento. Sin remontarnos a la Francia del antiguo régimen, cuyos 25 millones de almas en 1789 constituían la población más densa de Europa (Austria, 18 millones; Inglaterra, 12), la natalidad francesa manifiesta su primer descenso en 1831: dos generaciones después de haber sido definitivamente puestas en vigor nuestras leyes revolucionarias—leyes económicas referentes a la constitución de la familia, a la autoridad del padre, a la partición de los bienes; leyes espirituales y morales encaminadas a limitar o contrarrestar la acción religiosa en provecho de esto tan pintorescamente llamado el librepensamiento del individuo...— Bienhechora desde tantos otros puntos de vista, la Restauración no tuvo los medios necesarios ni, sobre todo, tiempo para establecer una resistencia eficaz; los Gobiernos de orden—de orden relativo—que la sucedieron eran harto débiles para reprimir otra cosa que las con-

secuencias de la anarquía, sin dejar de respetar las fuertes causas latentes de la misma. Y a partir del 4 de setiembre[1] todos los frenos superficiales se rompieron.

Desde 1869 el partido republicano ha venido elaborando el programa general que desde 1878 aplica y cuyo carácter esencial consiste en conceder todo a un individualismo ético-social que trae como forzada secuela la irreligión del Estado. La religión es negada en cuanto fuerza nacional o política y no se la tolera más que como "asunto de conciencia". Si hay una política a la que este régimen inconstante haya sido fiel, es esta. Por medio del divorcio y de la escuela, por la ilimitada extensión de la acción material del Estado (de un Estado agitado por el espíritu revolucionario), mediante la acción creciente del fisco en materia de sucesiones, las tradiciones morales, los recursos materiales de los hogares han ido siendo saqueados metódicamente. ¡Y pensar que la perspectiva de semejante porvenir es lo que cantó el abuelo Hugo!:

> ¡Sembremos, sembremos la bellota, y que se convierta en una encina inmensa!
> ¡Sembremos, el derecho y que se convierta en dicha, gloria y claridad!
> ¡Sembremos al hombre y que se convierta en pueblo!
> ¡Sembremos a Francia! [2].

El poeta hubiera podido contestarse a sí mismo que no nacen pájaros cuando se queman los nidos. Quien destruye los hogares, detiene el nacimiento de los hombres. Al demoler la casa, se ha extenuado la raza. Las grandes causas de la decadencia de nuestra población están íntimamente ligadas con el cuerpo de ideas y leyes que forman el ser y el espíritu de la República. Podemos darnos cuenta de ello observando el poco alcance o el mal resultado y el alcance débil y falso de las pocas leyes llamadas sociales que el régimen ha dictado en horas de distracción favorables: la ley Ribot sobre la propiedad familiar apenas funciona; la organización obrera ha sido concebida de modo que resulta inevitable la lucha de clases; las leyes de asistencia y de retiro abruman de deudas a municipios y departamentos y a menudo desmoralizan a los individuos. Las tendencias sociales de la legislación resultan antisociales en sus resultados. Los pocos progresos registrados en este orden por ciertas Cajas de sindicatos y de mutualidades agrícolas son debidos a la energía heroica de los particulares, pero no han tenido la menor influencia en el movimiento de población. La natalidad tenía en contra suya el conjunto de las instituciones y las costumbres que las instituciones determinaban.

1. El 4 de setiembre de 1870 representa, con la caída del trono de Napoleón III, los albores de la tercera República. (*N. del T.*)

2. *A la encina simbólica de los Estados Unidos de Europa.* (14 de julio de 1870.)

¿Acaso la República nos ha dado, a cambio de una población numerosa, influencia sobre las cosas y, a falta de fuerza numérica, la fuerza económica? ¿Ha ganado en calidad el desenvolvimiento de la economía nacional lo que perdía por el lado del número que el régimen del número ahogaba? La República ni siquiera nos ha colocado en plano de igualdad con las otras naciones. Si el material de guerra de 1914 no estaba "a la altura de los últimos descubrimientos modernos" [1], nuestro material de paz no valía mucho más. El utillaje estaba anticuado en todos los dominios. Las mismas naciones vecinas que crecían por el aumento de su natalidad, al mismo tiempo se extendían y se fortalecían gracias a la cantidad de sus productos y a la calidad de sus medios de producción, y de este modo podían imponernos, con sus mercancías, la maquinaria para fabricarlas. En cambio, nuestros métodos seguían siendo casi absolutamente estacionarios. No contentos con crear menos, creábamos menos bien, y Francia adquiría en todas partes una sólida reputación de pueblo rico y lleno de recursos, pero profundamente atrasado. "Nuestro utillaje es viejo—decía en 1910, al acabar de dejar el cargo, el ministro de Comercio, M. Cruppi—, nuestro utillaje está gastado y no lo renovamos con bastante rapidez." ¿Y cómo hubiera podido renovarse? ¿Por la presión, por el aguijón de quién o de qué? La consigna del "*se acabaron los negocios*" alcanzaba más allá de la diplomacia. La sociedad, descompuesta por las ideas y las leyes de la democracia, difícilmente podía suplir la falta de un Estado. La ausencia de un jefe supremo no había estimulado la acción de los jefes secundarios, jefes de familia, jefes de explotación, jefes de industria. La inercia democrática nos envol-

1. Palabras de André Lefèbvre en la Cámara.

vía en esta muelle y dulce "facilidad" que, según testimonio de M. Anatole France, es el carácter distintivo de la República.

Y así, desanimando el esfuerzo privado, confiscando las riquezas productivas para esterilizarlas, y endosando a los demás las producciones onerosas, cristalizaba el socialismo de Estado y paralizaba a un pueblo que tan vivaz había sido. Los ciudadanos que quedaban, contribuyentes y administrados, colocaban su dinero no en empresas nacionales que hubieran dado vida a la colectividad y consecuentemente enriquecido a sus miembros, sino en los fondos del Estado, generalmente extranjeros y a menudo enemigos, sin preocuparse del crimen a que cooperaban, sin conciencia de la responsabilidad que adquirían, sin otro cálculo verdadero que el de la renta automática cobrable por semestres vencidos. El caso excepcional de tal industria floreciente y de tal tráfico enérgicamente continuado debe llenarnos de admiración y de gratitud hacia la voluntad y la inteligencia desplegadas por tal o cual ciudadano, pero este merecido homenaje no debe hacernos perder de vista la suma increíble de todo lo que hubiera podido ser y no ha sido. Unas instituciones egoístas determinan unas costumbres pasivas. A menudo se ha hablado de maltusianismo económico como del resultado de un cálculo perverso, mas es lo cierto que las voluntades sólo se han pervertido por obra del desbarajuste de las cosas y de las leyes, de las convenciones, de los reglamentos, del Estado mismo que los impone. El Estado quería ser el único árbitro de la vida pública y privada; en consecuencia, no quería tener que habérselas más que con individuos desunidos o lo peor unidos posible. En virtud de la constitución estatista e individualista proclamada de 1789 a 1799 y afirmada a partir de 1870, los franceses, tomados uno a uno, viendo que les tenía más cuenta el vivir solos que casados, o siendo rentistas que productores, se lanzaron a gozar y a traficar, con preferencia a trabajar y crear.

La única excepción de esta regla se ha producido felizmente en el dominio agrícola al convertirse la agricultura en el único recurso de un cierto número de familias numerosas, fecundas, propietarias de una parte del territorio cultivado y cuyo origen católico y monárquico las señalaba al ostracismo del gobierno. Si, por desgracia, en vez de ser un puro republi-

cano, este Gobierno hubiera sido una democracia cesárea de tendencias conservadoras, tales familias, utilizadas en las funciones públicas, ciertamente hubieran sido diezmadas y extenuadas por el virus inherente a todas las modalidades de la democracia, pero en el gobierno de la tercera República no cabía esta moderación nociva propia del Imperio: era radical, y radicalmente obraba, con lo que una importante minoría de buenos franceses y buenas francesas vióse constreñida a sacrificar su permanencia en las ciudades y a vivir junto a sus viñas y junto a sus surcos, a crear de nuevo el tesoro material y fisiológico en peligro de agotarse en otros lados. Es allí donde el nervio de la patria se ha conservado durante cuarenta años. Y el patrimonio así mantenido regeneraba la sangre. Esto ha podido verse en la guerra por el valor de los oficiales y los soldados, la inmensa mayoría de los cuales era de cepa rural. Pero ya se advertía en los años anteriores a la guerra, cuando la erosión democrática era compensada por un esfuerzo campesino que no sólo tendía a producir, sino que asociaba, sindicaba y federaba unas fuerzas sociales y financieras cuya importancia no se ha medido bien todavía. A pesar de lo que, el conjunto del Estado, forzado en algunas ocasiones a servir estos intereses, no podía hacer otra cosa que combatirlos en aquello que encerraban de elementos de porvenir. La hipoteca roía el dominio de los campos, las tasas sucesorias lo agotaban, las particiones lo dividían hasta lo infinito. Nadie puede afirmar que la tercera República ha visto una prosperidad agrícola, porque precisamente en esta zona es donde se ha hecho sentir más duramente la calamidad de la despoblación. En 1881, las profesiones rurales constituían el 48 por ciento de la población de Francia. En 1903 no representaban más que el 33 por ciento; el 67 por ciento estaba acaparado por la industria, el comercio y las profesiones llamadas liberales; dicho se está que los productores verdaderos han disminuído en proporción. M. Pierre Caziot cita un grupo de cinco departamentos en los que la población ha disminuído en un quinto en medio siglo, lo que equivale a decir que, de cinco departamentos, ha desaparecido uno. Por consiguiente, lo que la burguesía y la aristocracia rural recuperaban resultaba anulado por el lado del pueblo [1]. Por este lado

1. Después de la guerra se ha producido un hermoso reflorecimiento

Francia seguía perdiendo. La legislación elaborada en las ciudades, aun en el caso de que tendiera a hacer más fértiles los campos, tendía al mismo tiempo a hacer menos fiel al campesino. Por cada burgués que volvía al campo, lo abandonaban diez jornaleros para hacerse funcionarios u obreros de pequeña o gran industria.

Las grandes y hermosas ciudades de Francia podían deslumbrar al nuevo ciudadano, pero, caídas bajo la férula de instituciones perezosas e inmóviles, causaban al visitante extranjero una creciente decepción en todo cuanto se refería a mejoras, a saneamiento y a la elegancia de la vida moderna. En París, bajo el Segundo Imperio, el plan Haussmann fué casi concluído en veintidós años, pero los cincuenta transcurridos después no han sido bastantes a ver acabados el boulevard Haussmann, ni la rue de Rennes, ni la rue del Louvre. El burgomaestre de Berlín, invitado en mayo de 1914 por el Museo Social, hizo sobre esto, ante un auditorio de técnicos que presidía M. Ribot, observaciones bastante penosas. "*Hizo notar* —dice M. Víctor Cambon—, *no sin cierta ironía, que, mientras todas las grandes ciudades del mundo civilizado habían acumulado esfuerzos para sus mejoras urbanas, París, desde el punto de vista del urbanismo y de la arquitectura, se había estacionado desde hacía medio siglo. Demostró cómo toda ciudad que crece tiene que multiplicar las avenidas y los parques, que la preocupación del urbanismo debería ser que todos estos oasis de verdor y de reposo estuvieran unidos entre sí por amplios bulevares con árboles, a fin de que la sucesión de grandes arterias constituyera un objetivo de paseo agradable e ininterrumpido. Tampoco se privó de proclamar que el nuevo Berlín había sido concebido según estos principios... Pasando después al examen de los afueras, el conferenciante criticó vivamente la ausencia de todo plan de conjunto en los municipios suburbanos y, sobre todo, la falta de disciplina que hace que cualquiera construya en ellos según su capricho, ora un inmueble de seis pisos, ora un hotel, ora una fábrica*" [1].

La disciplina supone una autoridad, que falta, y la autoridad

de prosperidad campesina, pero el régimen sucesorio lo coarta y reaparece la hipoteca.

1. *Information* del 21 de febrero de 1924.

requiere una continuidad y una independencia, que faltan también. En República democrática, cada *yo*, armado de su derecho, tira por su lado, y la ley del menor esfuerzo viene a ser la ley de la inmensa mayoría. Es harto injusto el añadir que Francia lo ha querido así, y M. Víctor Cambon no tiene razón cuando explica los males que ve perfectamente mediante causas que analiza pésimamente. Él dice: "*En los tiempos en que Francia era rica prefirió dispersar por todos lados sus capitales mejor que sanear sus ciudades y mejorar su patrimonio inmobiliario.*" Francia no ha preferido nada; han hecho que prefiera, la han arrastrado a estas preferencias. ¿Quién? Los jefes de la democracia, las circunstancias derivadas de la democracia. *¡Ay!*, dice M. Cambon, "*ninguno de los servicios públicos: basureros, correos, teléfonos, estaciones, hospitales, mercados, establecimientos científicos o de educación, está en proporción al número de habitantes. La aglomeración reina por todas partes, con detrimento de la higiene y de todos los principios de urbanismo*". ¿Y es Francia quien ha pedido esto? Esto no lo ha querido más que el régimen, no lo ha traído más que la lógica, consciente o inconsciente, de un régimen que Francia ha recibido de las bandas de agitadores pagadas por el Extranjero, cuando no por el Enemigo. Del mismo modo que no ha querido que se descuidaran los palacios y castillos históricos como Versalles y Fontainebleau, cuyo entretenimiento ha quedado confiado a la caridad de los extranjeros, y que no ha querido la suciedad, la aglomeración y la incomodidad de su vida urbana, resultado de su regresión administrativa y política, Francia no ha admitido ni querido la anarquía gubernamental, causa de esta regresión. Le habían ocultado y disfrazado el mal, le habían prometido el progreso y la libertad, y lo que ella quiso fueron estas cosas que, en realidad, eran unos fantasmas. De ello se han seguido ruinas, pero no como objetivos que escogiera nadie, sino como consecuencias apenas entrevistas y aun inadvertidas casi siempre. La Francia de 1910 no sabía que sólo tuviese un material civil y militar ridículamente anticuado, del mismo modo que ignoraba que su Marina mercante estuviera en plena decadencia y que su Marina militar caminase a la desaparición. Lo propio de las naciones es vivir y no reinar. No se podía pedir a Francia que sintiera, pensara y escogiera como un soberano.

Y no tenía soberano: el mal estaba aquí, y ella no lo sabía.

Cuando algún crítico, algún polemista, ponía el dedo sobre la llaga, ésta era negada. Si el crítico probaba su existencia, si, por ejemplo, demostraba que la decadencia del comercio marítimo era mayor por la decadencia de la Marina militar y en parte debida a ella, y que, siendo el segundo en el mar en 1870, nuestro poderío naval se quedaba en cuarto lugar, o en quinto, y acaso bien pronto en sexto en los años que iban a seguir al de 1910; si el mismo crítico hacía notar cuán grave era esta situación para un país que posee el segundo imperio colonial del planeta, el ciudadano o los ciudadanos que lo escuchaban no podían dejar de quedar sorprendidos por la evidencia de esta sencilla idea: ¡tener unos inmensos dominios ultramarinos y no tener barcos para defenderlos, ni siquiera para ir a ellos!... ¡Impresión momentánea! ¡Reflexión forzosamente fugaz! Aparte sus trabajos y sus placeres, cada ciudadano de un país como Francia tiene, como es natural, ocupado su espíritu por otras cosas que por el cuidado de la cinta litoral que sólo bordea veintiséis departamentos entre ochenta y nueve y que apenas representa la cuarta parte de nuestros intereses comunes, de los verdaderamente vivos, directos, sensibles e inmediatos. La distracción, la ligereza, las ocupaciones de la vida, la misma naturaleza de las cosas, se combinaban para hacer olvidar en seguida este punto negro junto con todos los demás.

¿Por ventura estaba, pues, embrutecido o degenerado, agotado por los mil años de su hermosa historia este ciudadano-rey a quien inútilmente se apelaba? ¿Acaso estaba sólo abrumado por la absurda función en el desempeño de la cual cualquier otro en su lugar hubiérase mostrado igualmente inepto?

O la culpa de todo radicaba en su falsa, en su impracticable soberanía, o era debida a una depresión nacional. Para disculpar la República, los publicistas republicanos de antes de 1914 no vacilaban en sostener que la culpa era del país, no del país-territorio cuya riqueza y cuya hermosura no han dejado de excitar la codicia del mundo entero, sino del país-raza, del país-sangre, de su vitalidad, de sus costumbres, de su voluntad, de su espíritu y de su corazón. Juzgábannos en decadencia relativamente a los germanos y a los anglosajones. Pero la prueba de la guerra ha sido, desgraciadamente, lo bastante dura para demostrar que el corazón francés podía soportar, la sangre francesa producir y el espíritu francés concebir, emprender y realizar todo lo necesario y todo lo deseable. La mala excusa sacada de nuestros pretendidos defectos substantivos no puede resistir al cuadro de las improvisaciones del genio nacional. Bajo direcciones a menudo débiles y de corto alcance, contradictorias e inseguras, pero bajo el rudo látigo de la ocupación y la ofensiva enemigas, las armas, los productos y las máquinas para fabricarlos han salido de debajo de tierra; se ha hecho cuanto se podía y debía hacerse. Ningún material humano pudo dar envidia al de Francia una vez que estuvo puesto en orden, ya por la voluntad de los jefes militares, ya por las circunstancias equivalentes a ella. Pero en cuanto estas duras circunstancias faltaron, reapareció la verdad republicana y el desorden comenzó de nuevo.

VI

LA VICTORIA DE FRANCIA

—Pero, cuando menos, no puede negarse que hemos vencido—se nos objeta.

Reconozcamos que esta observación se hace con bastante modestia: el tema de la victoria no es usado por los republicanos más que cuando se ven perdidos. Es su último refugio de fidelidad constitucional, al que no acuden por gusto, porque, como no prepararon la victoria (¡o la prepararon tan poco!: sólo durante los años 1912-13-14), tienen clara conciencia de haberla merecido poquísimo, y, como tampoco han sabido utilizarla, el tacto de nuestras costumbres y la clarividente malicia del espíritu público les impiden sacar de él demasiada vanagloria.

Además, este pudor secreto tiene otras causas. No pocos republicanos evitan prevalerse de la victoria porque no la tienen demasiado cariño y de buena gana renegarían de ella. La victoria, aun siendo completa, no es una divinidad ortodoxa, y se la soporta como un grillete inevitable. A mayor abundamiento, la victoria de 1918 no ha sido buena republicana. "En todas las naciones victoriosas", ha escrito M. Aulard [1], la guerra ha sido ganada por "procedimientos de dictadura conservadora... En todas partes se ha restablecido provisionalmente, y mirando al esfuerzo guerrero que debía realizarse, el antiguo régimen".

—Estamos viviendo bajo la dictadura de Joffre—suspiraba otro gran personaje público en octubre de 1914, y añadía—: *es muy dura.* El peso de esta dictadura se ha hecho sentir desde

1. *Pays,* 25 de agosto de 1919.

el 3 de agosto al 22 de diciembre. Refiriéndose a todo este período, un eminente profesor de derecho constitucional, M. Duguit, declaraba que "el régimen parlamentario había dejado de funcionar" y que "los franceses habían estado viviendo bajo un Gobierno absoluto al que el régimen de estado de sitio confería unos poderes excepcionalmente extendidos". El senador Henri Bérenger definía igualmente este período como "cinco meses de dictadura casi absoluta". El diputado Abel Ferry, muerto en el campo del honor, deploraba que Francia hubiese "renegado de sus orígenes" y "sometido a cuarentena, como un defecto innegable, sus instituciones democráticas". El uno dice *cuarentena* y el otro *renegar.* Pues esta dictadura absoluta, este retorno al antiguo régimen, fueron, no obstante, el factor principal y decisivo de la victoria. ¿Qué hubiera ocurrido, por ejemplo, al saberse el desastre de Charleroi, sin la censura que la reacción pidió y el Gobierno de un Viavini impuso, a despecho de las protestas de M. Clemenceau, entonces en la oposición, y esto sin contar las otras medidas de riguroso orden interior que uno de nuestros jóvenes amigos, M. Pierre Barrière, ha expuesto y analizado en una tesis de doctorado que se ha hecho célebre? [1]. El quebrantamiento de la moral hubiera podido provocar un pánico que se lo llevase todo por delante.

¿Y cómo se hubiera tomado la ruptura de marzo de 1918 y la del Camino de las Damas en el mismo año, sin análogas medidas de salud pública y sin los hábitos de discreción y de resignación muda que aquéllas habían producido? Por dicha, la guerra victoriosa acabó lo mismo que había comenzado: tras la dictadura de Joffre, vino la de Clemenceau, cuyo anarquismo natural se transformó en el poder en un saludable jacobinismo.

La dictadura más reñida con el espíritu y la tradición del régimen era la de un militar. Nadie la había combatido más rudamente que M. Clemenceau y nadie debía imitar y agravar más firmemente sus procedimientos que él. Si el periódico de M. Clemenceau había sido suspendido bajo la égida de Joffre, M. Malvy, M. Caillaux, los iguales, los amigos de aquél, todos cuantos encarnaban el puro espíritu republicano, desde el

1. *Cinco meses de dictadura bajo la República* (Nouvelle Librairie Nationale).

Bonnet Rouge a la *Vérité,* desde Almereyda a Duval, a Paul Meunier y Painlevé, todos fueron castigados, amenazados y sometidos a "cuarentena" en virtud de una política interior justiciera que venía a ser ni más ni menos que la que la reacción no había cesado de reclamar o de echar de menos. ¿Y dónde hallaron más rápido y ardiente eco las apelaciones a la unión sagrada? En el duque de Orleans desterrado y en sus más fieles amigos. ¿Quién había denunciado perseverantemente antes de la guerra y durante la guerra el espionaje y la traición? Léon Daudet. ¿Quién pidió y obtuvo a fines de julio de 1914 la vigilancia de la prensa? Jacques Bainville. ¿Quién sostuvo metódicamente en nombre del principio de continuidad y de estabilidad todos los Gobiernos constituídos, fueran de Briand o de Painlevé que acababa de ordenar registros en sus domicilios tratando de deshonrarlos? Los mismo hombres, los hombres de *L'Action Française.* "La autoridad y el orden son las condiciones de la victoria", decían éstos a diario. "Condición de la victoria", repetía el mundo oficial. "Condición de la victoria", repetían los hechos. Es un caso extremo para un régimen el verse así forzado, a la hora de las crisis vitales, a recurrir a unos principios que no son los suyos, a unas ideas a un lenguaje y a veces a un personal los más opuestos a los suyos. Todos los demás Gobiernos a los que algún peligro imprevisto impone un redoblamiento de esfuerzos, buscan en lo profundo y lo secreto de su ser una nueva fuerza y nuevas direcciones. El nuestro, en trance de salvar a Francia, debe renegar de sí mismo, alejarse de sí, se aparta de su fondo propio y corre a sacar soluciones del repertorio de los gobiernos y los partidos a los que más ha combatido... De tal modo, que si los hubiera aniquilado por completo hasta el punto de borrar toda su tradición, no le hubiera quedado ni una idea ni un colaborador de los que le eran necesarios para su propia salvación. No es posible una condenación más completa ni que fuera más de esperar.

Lo que ocurrió menos ostensiblemente en 1793 al declinar el primer liberalismo revolucionario, cuando el equipo de Carnot y de sus oficiales del antiguo régimen fué asociado al Comité de Salud Pública, se ha repetido de 1914 a 1918 con una amplitud y una evidencia que no pueden ser desconocidas por

quienes se han aprovechado de esta forzosa evolución, por más que les guste tan poco el que se les recuerde.

Refúgianse en el tema de la "victoria de los pueblos libres", pero tampoco éste vale gran cosa. Rusia no era un pueblo libre cuando al comienzo de la guerra aportaba su concurso a la batalla del Marne, y tal concurso fué de innegable eficacia: como en 1792, 1793 y 1794, los acontecimientos de Oriente hicieron sentir su presión [1] y algunas tropas alemanas fueron llamadas de nuestro frente al frente ruso por la ofensiva de un Zar absoluto y absolutista.

Y por más que el pueblo belga fuera, y lo fuera en el más alto sentido de la palabra, un pueblo libre, no se debió a su voluntad, expresada en la deliberación parlamentaria, la decisión de contestar a la ofensiva alemana con su encarnizada resistencia, sino que se debió a la voluntad de su rey, que de este modo nos hizo ganar los quince días que nos permitieron, de momento, hacer frente al enemigo y vencerle luego. Tampoco fué el Parlamento ni el sector del liberalismo y la libertad, sino su rey, lo que decidió a Italia en nuestro favor. Por el contrario, cuando los partidos de la libertad lograron sobreponerse en Rusia, sufrimos la traición de Brest-Litowsk y la alianza germano-rusa de Rapallo.

Cuando se dice esto, los republicanos arguyen con la cuantía de nuestros aliados durante la guerra y con la sabiduría de la política anterior que nos los había procurado. Hay que acabar también con esta ficción. La mayor parte de nuestros aliados, y los más valiosos, los belgas y los ingleses, se los debemos al enemigo, y no al enemigo imperial alemán representado por el Kaiser y el kaiserismo, sino al Enemigo-Pueblo alemán, toda vez que el emperador alemán, rey de Prusia, fué durante mucho tiempo un defensor de la paz, y la ambición de sus pueblos fué la primera en querer la guerra. Además, los rusos fueron atacados por los alemanes, y los servios se vieron atacados también, y nosotros lo fuimos en nuestra calidad de aliados de los rusos, por lo que resulta que en el origen de la

1. Cupo al autor de estas líneas la suerte de comentar la noticia del traslado de las tropas alemanas de Occidente a Oriente, bajo el título "La presión oriental, prenda de la victoria", cuatro días antes de que la batalla del Marne estuviese siquiera iniciada. (*Action Française* de 2 de setiembre de 1914.)

guerra se encuentra una desacertada dirección de la alianza rusa y que ésta nos la impuso en condiciones desfavorables. Hubiera sido preciso que, en vez de soportarla, la hubiéramos declarado cuando nos conviniera, para hacerla a nuestra hora, a nuestro momento y según nuestros intereses. El grande y noble esfuerzo de Delcassé fué meritorio; nadie lo olvida. Pero fué un esfuerzo, no un resultado. También es indiscutible que ha sido útil el grande y noble esfuerzo de M. Barrère en Roma, pero es de una claridad meridiana que era tan imposible que Italia contribuyese a que Austria se extendiera por el Adriático en detrimento de Servia, como que Inglaterra permitiera que Hamburgo prolongase su tráfico y sus armamentos hasta Amberes. Al ser invadida Servia, Italia *tenía necesariamente* que abstenerse de dar su ayuda a Viena y Berlín. Al ser invadida Bélgica, Inglaterra *tenía necesariamente* que prestarnos el apoyo de su Ejército y su Marina. Al ser amenazado a fondo el tráfico interoceánico por la guerra marítima alemana, América *tenía necesariamente* que entrar en la lucha para que se respetara su pabellón. Estas exigencias de los respectivos egoísmos nacionales se daban con independencia de nuestra política republicana, que tardó mucho en aprovecharse de ellos. Estos intereses obraban por sí solos. Y si obraron con demasiada lentitud, fué por falta de una acción hábil, valiente, eficaz de nuestro Gobierno.

Si se mide por la importancia del juego la mediocridad de la contribución política y diplomática del régimen, puede decirse que nunca contó con una posición más favorable un Estado menos diligente, menos previsor, menos hábil y menos de acuerdo con los acontecimientos: si la intervención americana se hubiera obtenido dos años antes, la Guerra se hubiese reducido a la mitad, y si la alianza inglesa se hubiera concluído antes del 2 de agosto, es probable que la Guerra no hubiese llegado a estallar. La correspondencia cambiada a fines de julio en M. Poincaré y Jorge V deja sentado que la misma mano que dispuso el bombardeo de Lieja provocó al mismo tiempo la intervención inglesa; lo que comúnmente se llama la "democracia británica", representada aquí por su alta aristocracia, únicamente ha sentido el reflejo de la invasión, la llamada de los cañones alemanes. Esta preciosa colaboración de los errores del enemigo, felizmente multiplicada en virtud de la estructura geográfica de Europa, reduce a proporción las pretensiones de los republicanos.

La República democrática se ha aprovechado de la *hubris* alemana que coaligó al mundo entero en contra suya. Se ha aprovechado del general sobresalto natural de la Francia eterna fuera y por encima de todos los partidos. Se aprovechó del genio de hombres de guerra a quienes había mantenido alejados de los primeros puestos y a quienes hasta había vejado un poco: Castelnau, arrojado del Ministerio de la Guerra en 1900; Pétain, simple coronel en 1914; pero esto no es todo, porque no puede descontarse del balance total el capítulo de los últimos "beneficios de la Monarquía". Desaparecida hace tres cuartos de siglo, la Monarquía no estuvo ausente de la victoria. ¿Quién, si no, había constituído a nuestras puertas un Estado católico cuya lengua oficial era el francés y cuya tradición dinástica estaba animada por la amistad francesa? Nuestro rey Luis-Felipe, el propio bisabuelo del rey Alberto I. ¿Quién separó a América de Inglaterra y creó allá abajo una gran nación en donde la gratitud hacia el pueblo francés forma parte de la herencia ciudadana? Pues nuestro rey Luis XVI. ¿Y quién colocó en el trono de España a un príncipe de su familia, amigo natural de Francia, impidiendo que se sentase en él la familia de Carlos V, aliada natural del Imperio que antaño nos atacó por la frontera pirenaica? Pues nuestro rey Luis XIV. De modo que parte de las victorias actuales se debe a las victorias pasadas. De modo que los reyes que fueron, aun habiéndose renegado oficialmente de ellos, han trabajado en provecho de los republicanos, que los desconocen y los difaman. De modo que la obra borbónica y capeta, coordinada por los siglos, ha cooperado a esta ráfaga de heroísmo que honra a la Patria, pero cuyo dolor hubiera podido evitarle un Estado mejor constituído. De modo que, en la economía de nuestro pasado y en los capítulos más discutidos del mismo, la Francia contemporánea ha encontrado diversos medios capitales de su victoria y su salvación. La guerra de sucesión de España, la guerra de la Independencia americana y la expedición de Amberes han de figurar en la Historia como hadas madrinas del ansioso esfuerzo de 1914-1918. Factores de la victoria, y factores de pri-

mer rango, lo mismo que la censura y la dictadura, cuyo origen y sentido acabamos de señalar.

Además, todos estos factores de esencia monárquica eran nacionales. Y hay que tener la valentía de hablar de otro que no lo es. Siempre que se contempla desde arriba esta cadena de acontecimientos, se hace patente una verdad que todas las falacias no bastan a ocultar: desde que Francia está constituída en República, soporta de algún modo la soberanía extranjera y hasta enemiga, aun en el momento en que toma la palabra o las armas para hacerle frente. Durante mucho tiempo, un soberano extranjero ha reinado sobre ella en el sentido de que una conducta libre determinaba las variaciones de la nuestra, que no lo era. Ya obedeciéramos, ya resistiéramos, tanto si nuestras decisiones eran conformes al honor, como si no lo eran, una iniciativa extranjera las determinaba. Por lo demás, el caso más frecuente era el de nuestra docilidad. Desde el amanecer del régimen, ora, según la enérgica frase del duque de Broglie, nuestros partidos parlamentarios estaban pendientes, como los miembros de la Dieta de Polonia, de la tribuna de los embajadores, ora el embajador de Inglaterra se quejaba de que París no escuchase ninguna de sus proposiciones sin enterar antes de ellas a Berlín. Desaparecido Bismarck, su joven sucesor no abandonó la presa; durante cerca de veinticinco años hemos soportado a Guillermo II y hemos estado plegándonos a los meandros de su capricho. De 1890 a 1900 estuvo jugando al buen europeo pacífico: de 1900 a 1912 nosotros hicimos de pacíficos y buenos europeos. En cambio, a partir de 1900, ya defendía vacilantemente la paz y pensaba en la posibilidad de una guerra: en cuanto nosotros nos dimos cuenta de ello, es decir, un poco tarde, hacia 1912, nos decidimos también, y, en nuestro papel de caza, nos metimos por el sendero de la guerra. Pero ya en guerra o frente a ella, su Imperio y su Estado Mayor fueron quienes llevaron la batuta de la misma, quienes regularon sus fases, determinaron los pretextos para hacerla estallar y quienes escogieron los emplazamientos de su acción. Al modo como, en el ejemplo ilustre de Demóstenes, Felipe de Macedonia impresionaba y manejaba las asambleas del pueblo ateniense, Guillermo y su presencia, o su ausencia, su

acción o su abstención, fueron los elementos que desde fuera manejaron, condujeron nuestra política, adormecieron o estimularon nuestra vigilancia, impusieron actitudes y reacciones a nuestra democracia, materia inerte y bruta cuya iniciativa toda—por lo demás, muy meritoria—reducíase a la voluntad elemental de continuar siendo francesa. Excepción hecha de esta decisión de patriotismo fundamental y de esta resolución arisca de no convertirse en alemana, no tuvo la menor iniciativa, la menor autonomía directiva. El reconocimiento oficial de la autoridad enemiga la hubiera horrorizado, pero el espíritu público republicano aceptaba con sorprendente servilismo el partido de no resistir más que allí donde el enemigo quería hostigarnos y ponernos a prueba, sin ser nunca nosotros quienes escogiéramos. Esta falta de método original fué flagrante antes de las hostilidades: de Albania a Siria, de Constantinopla a Marruecos, de Alsacia a Méjico, sus gestos decidían los nuestros, sus movimientos sugerían nuestros movimientos, si no es que los dictaban. Veníamos a ser en Europa algo así como la oposición de Su Majestad berlinesa, y ésta era como el gobierno de nuestro Gobierno. Antes de federar a los pueblos en contra suya, Guillermo II nos federaba a nosotros mismos en el interior, nuestros actos y nuestras ideas [1]. ¿No era humillante semejante incongruencia? ¿Y no era funesta? Lo indiscutible es que era inevitable, dado que no habíamos sabido prever a tiempo la necesidad de restablecer en Francia el libre poder que anima a un Estado razonable y humano. Como decía Sembat, habíamos optado y, haciéndolo por la democracia, habíamos inscrito aquella carencia en la línea de nuestros destinos.

Como todos los destinos aceptados con decisión, éste no encerraba sólo inconvenientes: la posición subalterna en que nos habíamos colocado sacó durante la guerra una ventaja re-

1. El espíritu de las tristes observaciones que vienen a continuación, por nosotros frecuentemente indicado, parece haber hecho reflexionar a un doctrinario republicano, M. Guy-Grand, el cual, en el *Rappel* de 29 de mayo de 1924, escribe: "Firmada la paz y desaparecido el federador de fuera, la preocupación de los intereses personales desorganizó a los vencedores." Pero no sólo a los Estados vencedores, sino a los diversos partidos que cada Estado encerraba y los distintos espíritus que componían tales partidos.

lativa de la extraterritorialidad de nuestro soberano. El poder personal enemigo nos atacaba sin descanso y, por fortuna, con poco acierto, y había que defenderse sin parar. De modo que nuestros golpes no corrieron el riesgo de extraviarse ni dividirse. Las vacilaciones, las fluctuaciones, las controversias, que son la vida y la muerte de las democracias, vieron mellado su aguijón a consecuencia de que el único problema que se planteaba se reducía al simple término de saber si había que continuar o suspender la guerra, y puesto que el acuerdo era continuarla, no había modo de equivocarse sobre el objetivo a que debían dirigirse nuestros esfuerzos: el jefe a quien había que vencer estaba aquí, dentro del territorio y, si no le aplicábamos nuestra espada a la gargante, él nos hundiría la suya en el cuello. Se dejó hacer a los Foch, a los Pétain a los Franchet d'Esperey, a todos los sublimes colaboradores del genio guerrero de Francia. El genio militar tenía el campo libre. Pero no lo guiaba ninguna política de guerra. Las dificultades hubieran empezado en las márgenes del Rhin de haber llevado la guerra hasta allá. Cuando nuestras posiciones hubieran cesado de ser puramente defensivas, habría hecho falta encaminar una verdadera acción política hacia objetivos libremente elegidos y definidos. El armisticio ahorró a la República la dura prueba de plantearse un problema que no hubiese sabido resolver.

Vencimos a gran coste, a coste duro. Pero como el reflejo de defensa no actuaba ya y el emperador-rey dejaba de federarnos desde lejos en virtud de su amenaza, todo el nervio de nuestra acción fallaba. Pero la acción imperial sobrevivió al Imperio: al ceder sin combate a la revolución, a Wilson, a lo que entonces se pudo llamar las democracias aliadas, el emperador y sus vasallos principescos prestaron un buen servicio al porvenir de Alemania, favorecida ya por la negligente incuria de los otros beligerantes, absorbidos por las necesidades del momento. Por tanto, el término de la guerra vió el fenómeno inverso a aquel con que había comenzado: si la inferioridad del espíritu germánico había arrastrado al emperador a la absurda agresión de 1914, la superioridad de una Monarquía, aun siendo germánica, provocó este oportuno apartamiento de 1918 cuyo fruto está llamado a gozar algún día el kronprinz o el hijo del kronprinz.

VII

LA PAZ REPUBLICANA: RETORNO A LA VERDADERA REPÚBLICA

La cosa de que menos puede ocuparse nuestra democracia es el porvenir: ni siquiera piensa en él.

Vencimos sin saber que éramos vencedores ni en qué medida lo éramos. Habíamos detenido nuestra ofensiva de Lorena en vísperas de las "tres o cuatro jornadas de batalla" [1] que hubieran sido decisivas. Detuvimos nuestras tropas de Oriente en camino sobre Viena, Buda y Berlín, en donde hubiéramos cobrado el importe de la única maniobra política de la guerra: la maniobra de Salónica. Ibamos a firmar la paz (¡y qué paz!) sin siquiera haber distinguido entre nuestros amigos buenos y malos, entre nuestros enemigos sempiternos y los que no lo son irreconciliables. Cualquiera acción positiva estaba tan lejos de nuestro Gobierno, que si los alemanes *se la jugaron* cerca de nuestra vieja aliada rusa, ni siquiera supo darse cuenta de lo mucho que le importaba el separar de los alemanes a esa Austria cuya prusificación no había podido impedir cuarenta años antes.

Bismarck victorioso [2] no temía nada tanto como una "política blanca" llevada a cabo por el Gobierno de Francia y que federase contra Prusia a los vencidos de Sadowa, de Sedán y de la Puerta Pía. El anticlericalismo y el gambetismo, estimulados y pagados por Bismarck, nos separaron de Viena y del Vaticano. El día mismo de la alianza de los tres emperadores, el ministro de Francisco José decía al agregado militar fran-

1. Palabras de M. Poincaré.
2. Véase *Bismarck et la France*, de Jacques Bainville. 1 volumen, (N. L. N.).

cés, que me lo ha contado, estas palabras: —*¡Ya está! ¡Se acabó! Pero permítame usted que le diga que, cuando se es Francia, es demasiado ridículo el ser una República.* Pero el ridículo continuó.

Durante toda la guerra nuestra diplomacia estuvo a las órdenes de sus aliados. En lugar de proponer la solución francesa del problema austríaco, en lugar de compensar los sacrificios impuestos por las justas exigencias de Italia, de Servia y de Rumania, mediante la unión de la Silesia y de Polonia entera a la Corona germano-eslava de los Habsburgo, que hubiera tenido una salida por Dantzig, a cambio de los puertos de Trieste y de Fiume, sucumbimos a la costumbre de dejar hacer sin hacer nada, sin siquiera atrevernos a utilizar lo que en Madrid o en Berna se tramaba en nuestro favor. De nada nos sirvió un incidente tan propicio como la muerte de Francisco-José y el advenimiento de una emperatriz de sangre francesa. Ante las dificultades materiales y morales con que el joven emperador tropezaba para libertarse de Alemania, nosotros no fuimos capaces de ayudarle en lo más mínimo y hasta acogimos con recelo sus ofrecimientos que subordinamos a la voluntad y al gusto ajenos; la intervención de los príncipes de Parma y la de la Reina madre de España fueron acogidas con un pudor ridículo y un escrúpulo ¡ay! sincero, al que, a mayor abundamiento, M. Clemenceau creyó que tenía que agregar una manifestación de desagrado. El astuto y formalista Ribot se distinguió en esas actitudes que por sí solas pintan un régimen. Parece que el aturdido de Painlevé llegó a comprender un momento; ¡pero como si no hubiera comprendido! En cuanto a Briand, sus visajes de comprensión dieron por resultado, en el verano de 1917, una verdadera pifia, puesto que tomó las proposiciones de Guillermo II venidas por vía belga como una consecuencia natural de los ofrecimientos austríacos, cuando justamente eran todo lo contrario. Un presidente de la República enterado e ilustrado, pero inmóvil y sin influencia, tenía que limitarse a ver alternar tras las ventanas del Quay d'Orsay estas encarnaciones de la incapacidad académica y de la traición parlamentaria. Y ¿qué es lo que él deseaba y quería? Nunca hemos negado los eminentes servicios prestados a la causa de la victoria por hombres de todos los partidos, hasta de los partidos extre-

mos, pero el hecho es que las cabezas de nuestros grupos gubernamentales sólo pasajeramente albergaban la idea nacional, mientras que la idea republicana las llenaba de continuo; la revelación de las relaciones de Gallieni y de M. Briand, la conspiración del Parlamento contra el mariscal, entonces general, Lyautey, son otros tantos hechos que permiten ver que, en estas cabezas ligeras, el Estado republicano seguía siendo algo bastante distinto de Francia.

M. Ribot no dejó la cartera de Negocios Extranjeros en setiembre de 1917 sin tener buen cuidado de atar de pies y manos a su país. La natural imprevisión de la democracia hubiera sido menos nociva que su maniobra de ideólogo republicano. Fué M. Ribot quien declaró desde la tribuna que no se trataba de "una contribución de guerra que se impone al vencido como una multa, sino que lo que pedimos es la reparación, es la justicia en marcha" [1]. Sorprendente fórmula que separa la idea de multa de la de justicia y que tenía que proporcionar al Gobierno alemán y al presidente Wilson las mejores armas diplomático-jurídicas para engañarnos primero y para despojarnos después. ¡Ah! El mal se hace más de prisa que el bien. M. Ribot no pudo hacer nada en nuestro favor en Viena, pero ha hecho mucho en contra nuestra en Wáshington. La República no pudo nada para acortar un poco la carnicería, pero ¡cuán activa fué, e ingeniosa y fecunda, para esterilizar el fruto de aquélla!

Tras haberse dejado sorprender por el enemigo, de haber visto invadir más de la octava parte del país y de haberse hecho matar, mutilar, herir y debilitar durante más de cincuenta meses, durante cuatro años, la flor de sus ciudadanos, los más jóvenes, los más fuertes, los más ricos en esperanza, todo ha pasado como si el Estado republicano se hubiera dicho: "¡Ahora, a trabajar para que tantos males no tengan ninguna utilidad para nosotros! Esta Austria es inofensiva y podría ser útil: destrocémosla en cuatro pedazos. Esta Alemania podría emprender de nuevo una ofensiva inmensa: respetemos religiosamente su naciente y frágil unidad. Pero, para agravarlo todo, añadamos al sostenimiento de esta unidad el furor

1. Discurso del 22 de mayo de 1917.

que le causa nuestra instalación provisional en el Rhin y el dolor que le inflingen las *desanexiones* de Estrasburgo, de Posen y de una parte del Slesvig. No la hemos debilitado en lo más mínimo en sus puntos vitales: cortémosle algunas tiras de piel para irritarla de veras. En fin, al pedir que pague el mal que ha hecho, guardémonos de reclamar nada inmediato, ni siquiera una prenda de los pagos futuros."

Sólo en dos sitios se lamentó el alto del armisticio, y en ambos no se podía nada en contra del hecho: en *L'Action Française* y en el Elíseo. Una protesta de los escritores monárquicos quedó declarada por definición fuera de la ley. La protesta de M. Poincaré hubiera sido ilegal también, según su punto de vista. En cuanto a M. Clemenceau, había admirablemente sentido el excitante de la guerra, pero en cuanto percibió la posibilidad próxima de una paz, la que fuese, le falló la voluntad y gritó: "¡Paz, paz, paz!", sin contenerse. Hábilmente se las compuso para asociar a la responsabilidad de su decisión el poder militar, al que había mantenido apartado de toda su política de guerra. Los altos jefes a quienes en setiembre decía: "*La paz no es cosa vuestra; vosotros ocupaos de hacer la guerra*", tuvieron que fijar en octubre las condiciones del armisticio que pedía el enemigo. Los altos jefes cumplieron concienzudamente con su oficio elaborando un texto que, según la expresión del mariscal Foch, permitía imponer al vencido la paz que se quisiera. Pero nuestros jefes militares no pudieron librarse de las consecuencias de las viejas locuras del poder civil, y por efecto de estas locuras, la verdadera situación de Alemania les era poco conocida. Y, en el momento en que más les importaba conocerla con exactitud, *¡en el otoño de* 1918, *faltaban al Gran Estado Mayor francés informaciones completas de la situación moral y política en el país enemigo!*

El hecho parecerá increíble y hay que corroborarlo con autoridades indiscutibles. Un historiador republicano, en un periódico republicano, *La Petite Gironde*[1], atestigua y explica esta verdad. M. Louis Madelin cuenta cómo la prodigiosa catástrofe interior de Alemania en 1918, la general descomposición

1. 6 de junio de 1923.

de su Imperio y de sus Estados, el inmenso pánico civil y militar, eran, en efecto, desconocidos por el Ejército francés, como consecuencia de que dieciocho años antes había éste recibido del enemigo interior el golpe que le privara de los órganos necesarios de visión:

"*Nos ha faltado el estar enterados de esta situación. Y he aquí que ahora estamos palpando* UNO DE LOS MAYORES FALLOS QUE HEMOS SUFRIDO DURANTE LA GUERRA. *Hubo un tiempo en que nuestro Estado Mayor había creado en Alemania un servicio de informaciones tan bueno* (mejor quizá) *que aquel cuyos frutos tenía que recoger Alemania un día en Francia. Circunstancias en las que importa poco insistir* (¿usted cree?) *echaron abajo, después de* 1900, *la obra del coronel Sandherr. Y, cuando vino la crisis,* SÓLO NOS QUEDABAN EN ALEMANIA UNOS POCOS AGENTES. *Desencadenada la guerra, era evidentemente difícil el que entraran otros. Así se explica la ignorancia de que constantemente sufrimos, no sólo por lo que respecta a los designios del enemigo, sino al estado real de la opinión.*

Si en el otoño de 1918 *hubieran venido mil informes sencillamente a decir y repetir lo que escribía un burgués alsaciano* (se trata del diario de un francés de Alsacia al final de la guerra), *acaso hubiéramos podido tratar a los alemanes en consecuencia y no imponerles, temerosos de verles rebelarse por ello,* LA MITAD DE LO QUE ESTABAN RESIGNADOS A ACEPTAR.

Y es una lección para el porvenir."

De nada servirá la lección si no se indica con precisión implacable las causas del error pasado. Este proviene de los hombres que sostuvieron en contra de Francia la causa de un oficial judío juzgado y condenado por crimen de traición. Si por milagro pudiera probarse que aquel judío no hubiera traicionado a nuestra patria, es indiscutible que la han traicionado unos parlamentarios y unos periodistas franceses al echar por tierra la obra del coronel Sandherr, al entregar nuestros esfuerzos de contra-espionaje a las curiosidades de la justicia y de la policía, al desmoralizar a los agentes de fuera dando a creer que Francia no guardaba ni sus propios secretos ni los de ellos, al cegar la fuente de nuestras informaciones sobre los armamentos de Alemania, en una palabra, al obtener que un solemne majadero como Waldeck-Rousseau acabara por de-

clarar desde la tribuna del Senado: "*¡Señores, se acabó el Servicio de Informaciones!*" Así es como se arrancó a un valiente Ejército, magníficamente mandado, los ojos que alumbraban su marcha y dirigían su camino. Nosotros somos de los pocos que pueden recordar acusatoriamente el hecho, porque a tiempo previmos y calificamos esta operación como se merecía. Lo mismo cuando nuestros amigos antidreyfusistas eran la mayoría, que cuando no fueron más que una insignificante minoría, siempre se desarrolló en este terreno nuestro ataque contra Dreyfus, nuestra defensa del coronel Henry y del Estado Mayor General del Ejército francés. Y tal como nosotros temimos que se presentara el porvenir, tal ha sido. El historiador Madelin, cumpliendo su deber, lo deja sentado en sus referencias de lo que fué. Nosotros cumplimos el nuestro de políticos al preverlo cuando estaba todavía por nacer. Pero vale decir que no hubo en esto ni trabajo ni mérito, porque el porvenir no era dudoso; lo que tenía que ocurrir a dieciocho años vista, era de una claridad meridiana hasta para unos sencillos particulares como nosotros. ¿Y cómo, entonces, la República y su personal de ministros, de diplomáticos, de parlamentarios y de policías no hallaron medio de contener el monstruoso esfuerzo llevado a cabo para destruir un servicio sin el cual el Ejército y el Estado tenían que avanzar a tientas?

Incuria semejante debería bastar para degradar el régimen. Nunca el sentimiento de los conductores de un pueblo ha degenerado hasta tal punto. Consentir esta venganza de Dreyfus era consentir en el más eficaz de los crímenes contra la Patria. Apenas anoto la mala acción como tal mala acción, porque hay que comprenderla en sus consecuencias de verdadera catástrofe: nuestra ignorancia de la situación de Alemania en 1918 nos arrebató el fruto de nuestros sacrificios.

Y con todo, si dejamos a un lado esta ignorancia e imaginamos a la República enterada del desconcierto enemigo y del partido que podía sacar de una anarquía que bastaba para deshacer la unidad alemana, ¿hubiera sido mucho mejor el resultado de las hostilidades? Hinchemos, forcemos la hipótesis optimista: supongamos que merced al sostenimiento de una buena Oficina de informes no hubiéramos tenido que obrar

ciegamente y que no se hubiese temido el prolongar un poco aquella lucha gigantesca de cincuenta y dos meses; supongamos que hubiéramos llegado hasta el Rhin con Foch y Castelnau: que se hubiera autorizado a Franchet d'Esperey a llevar su ofensiva general hasta el nudo del centro enemigo; que no nos hubiésemos dejado detener por ninguna visión ni nebulosidad wilsoniana, por ninguna amenaza americana de defección, y todavía cabe preguntarse qué programa claramente concebido y determinado hubiera podido explotar esta espléndida acción militar.

Las concepciones republicanas durante todo el transcurso de la guerra fueron de una vaciedad sin límites; cuando veía y pensaba algo, el régimen veía y pensaba equivocadamente, no sólo en lo tocante a Alemania y a Austria, al carácter de la guerra y de la paz, sino a la naturaleza esencial del hombre. Ninguna de las consideraciones de buen sentido que dominan toda política pesó sobre la República. Esta reconquistó a Alsacia y Lorena, con una mezcla de alegría patriótica, de irreflexión populachera y de cálculo político que surgía en el espíritu de la mayor parte de sus mejores hombres de Estado: ¡era hermoso que Metz, Estrasburgo, Colmar y Mulhouse retornaran, con la cabeza y el corazón intactos, a la madre patria; era hermoso y dulce que nuestras banderas fuesen recibidas allí con cantos y danzas mezclados con tales aclamaciones, que M. Poincaré pudo exclamar en el portal del Broglie que *el plebiscito estaba hecho*. Pero un Estado no es un pueblo. Se debe a sí mismo el pensar y razonar sobre estos nobles fenómenos de la alegría pública. O, por el contrario, éstos quedan amenazados de graves rectificaciones. Pero la República no se enteró de nada. No prestó atención a que, si le dejaban reconquistar nuestro patrimonio alsaciano y lorenés, se guardaban bien de dejarle tomar ninguna garantía de posesión pacífica. Al amparo de la coalición del mundo entero, un pueblo de cuarenta millones de habitantes reconquistaba un territorio de disputas seculares a un pueblo de sesenta millones, y aquél omitía el asegurar su buena suerte, se olvidaba de restablecer el equilibrio entre el enemigo y él, y hasta manifestaba un desdén trascendente para el sistema experimentado que antaño se aplicara a desarticular la gigantesta reunión de naciones

que nos amenaza al otro lado del Rhin: ¡y el pueblo inferior en número y en fuerza al vencido firmaba un tratado en el que la personalidad histórica de la construcción bismarkiana era reconocida y sancionada por el mundo entero! El mundo entero, de una parte, y "DE OTRA ALEMANIA": cuando los ejércitos de todo el mundo se dislocaban volviendo cada uno de ellos a sus menesteres nacionales, Alemania quedaba unida y nosotros permanecíamos frente a frente, es decir, cuerpo a cuerpo con ella. Esto es lo que hizo la República, esto lo que se aplaudía y de lo que todos se alegraban. La *Action Française* se negó con energía a asociarse a la alegría mentirosa. La política de guerra de la *Action Française* significó, desde agosto de 1914, la vuelta a las Alemanias de 1866 o—¿por qué no?—de 1648, y por ello *L'Action Française* no cesó de precisarla en todos sus detalles durante las negociaciones diplomáticas y los debates parlamentarios. De la *Historia de dos pueblos* a la *Historia de tres generaciones* y a las *Consecuencias políticas de la paz,* Jacques Bainville varió, sin agotarlos, los recursos de su lúcido y perspicaz genio. Pero el envidioso espíritu de partido propio de la República estaba ya arrepentido de los servicios que había prestado durante la invasión y la ocupación. En ningún momento le hicieron caso. Aquellos caballeros no querían deber nada a nadie, nada más que a sí mismos. ¡Habían vencido solos!, y querían hacer la paz solos o promediando con los camaradas de Londres y de Wáshington. Las amistades francesas ya no contaban y no reconocían otros colaboradores que los extranjeros, y ¡ay!, ¿qué han hecho todos juntos?

Entregada, mitad a la inercia democrática y mitad a la utopía humanitaria, la República acabó por olvidar en qué consiste el ser aliado, y, sobre todo, aliado de los anglosajones, y su sorpresa no tuvo límites cuando oyó que las mismas generosas naciones que tan valientemente se habían defendido a sí mismas en lo suyo, le reclamaban los peniques, los chelines, las libras y los dólares que estimaban serles debidos. Esta reclamación, con la que no se contaba, no enseñó nada a nuestros republicanos y ni siquiera quedaron advertidos de lo que iba a ocurrir. M. Clemenceau, M. Tardieu y sus colaboradores, en vez de negociar a costa del vencido la liquidación

general y rápida de una coalición que se había hecho peligrosa, cayeron en la ingenuidad de aplicarse a la confección de nuevos lazos entre ella y nosotros, lo que iba a representar otras tantas servidumbres para nuestra patria. Y llevaron su aturdimiento hasta aceptar la especie de protectorado angloamericano contenido en el "pacto" adjunto al Tratado, sin ver y sin comprender cuán precaria, caduca, empequeñecedora y tal vez peligrosa resultaría la promesa de apoyo en "caso de ataque *no provocado*". Por fortuna, no tuvimos que pasar por la humillación de convertirnos de este modo en una nación asistida. Para confusión nuestra, la democracia y el Parlamento de los países protectores no quisieron firmar. A falta de previsión, un poco de altivez y de dignidad hubieran podido evitarnos la doble vergüenza de un bajo deseo y de la decepción de no verlo cumplido. Pero ésta no sirvió de lección a la República. De 1919 a 1922, nuestros Gobiernos siguieron concibiendo las alianzas, las amistades, las fraternidades del tiempo de guerra como términos no cambiados e inmutables, por más que la guerra hubiese terminado, lo que a menudo les hizo ceder a siniestras explotaciones. Así se obtuvo de nosotros el que renunciáramos a toda esperanza de renacimiento naval en la Conferencia de Wáshington; en el orden financiero, se nos declaró una guerra apenas disimulada; el más poderoso de nuestros antiguos compañeros de armas se convirtió en el coadjutor económico de los alemanes: —*La libra estará a cien francos,* se decía en Inglaterra a fines de 1922 para alejarnos del Ruhr, y acabaron por obligarnos a dejar arrollar a nuestros protegidos, nuestros auxiliares, nuestros amigos, los separatistas de Pirmasens y Kaiserslautern.

Tratamos de hacernos libres para actuar por nuestra cuenta, pero esto no se le podía tolerar a la República francesa. Cuando unos ministros cuya ignorancia o cuya complicidad se anticipaban a las exigencias del Extranjero fueron arrojados por un jefe de Gobierno patriota, los reemplazados se dedicaron a servir el interés enemigo en el interior del país y se convirtieron en jefes de una oposición, pagada con largueza por Londres y Berlín, que se encargó de anular algunos de los efectos de la política exterior autónoma del segundo Ministerio de M. Poincaré. Parlamento, Prensa, electores, partidos

legales, partidos ilegales, toda la maquinaria del régimen fué
así manejada en contra de la Patria. La extrema izquierda
tuvo en ello su papel, sin que faltaran la revolución y hasta la
anarquía sangrienta. M. Poincaré cayó en el error de dejarse
intimidar poco a poco por este despliegue de fuerzas especí-
ficamente republicanas y de consentir que se emocionara con-
tra su propia obra una parte de su cerebro y de sus nervios.
De este modo fué declinando la segunda experiencia Poincaré,
que acabó siendo enemiga de sí misma y sirviendo la causa de
aquellos a quienes las victorias de la nación molestaban. Pero
nos equivocaríamos pensando que el error de los hombres lo
hizo todo, y siquiera que hizo mucho: la segunda experiencia
Poincaré tenía que fallar, tenía que morir por ser lo que era,
una política republicana aplicada a servir a la patria, una po-
lítica monárquica fuera de la Monarquía, y de este mal es de
lo que morirá la República. Estamos en un tiempo en que las
necesidades nacionales tienden a sobreponerse a todo. Las con-
diciones especiales de la República en Francia tratan de dis-
putar a la patria su primacía en el corazón de los republicanos
patriotas. No son buenos republicanos quienes prefieren algo
por encima de la República, quienes no ponen la República por
encima del país. Hay regímenes que estimulan y fecundan los
talentos y las virtudes; éste los destroza y los aniquila por la
oposición que entabla entre la patria y él. Desde este punto
de vista, la prueba de estos seis años de paz es más concluyen-
te que la prueba de los cuatro años de guerra: la guerra, por
lo menos, entronizó, de buen o de mal grado, la Monarquía de
hecho que lo gobernó todo. Al librarnos de esta autoridad nor-
mal, la paz no ha podido darnos el equivalente normal de ella,
porque la República no lo contenía, y no ha podido asegurar-
se la prioridad a que la nación tiene derecho.

Esto plantea un curioso problema. Por definición, por po-
sición, los jefes republicanos poseen el arte y la ciencia del
manejo de la opinión. ¿Y cómo es que este artilugio que sirve
a las facciones no puede servir a la patria? ¿Cómo no han sa-
bido ni crear una poderosa corriente de opinión nacional en el
país, ni mantener la que nació de la guerra? A falta de una
unión sagrada, nacida en presencia del enemigo, pero que tan
útil hubiera sido en nuestra semi-paz, ni siquiera pensaron en

consolidar entre los antiguos soldados un sentimiento de la
victoria que hubiera valido para asegurar el presente y para
preparar el porvenir. Por el contrario, dejaron que los perió-
dicos, los libros y el teatro lo fueran aniquilando poco a poco.
Ha podido publicarse en un periódico aprobado por la censura
El Fuego, de Barbuse, y al mismo tiempo se hacía cuanto se
pudo para desanimar o acallar a quienes replicaban a éste.
Entretanto, en Alemania iba a producirse una grave evolución
de ideas. Ningún republicano la preveía, por más que aparecía
escrita en cierto modo sobre el mapa. En lo más fuerte de sus
humillaciones, el enemigo había conservado su armadura mi-
litar, universitaria, industrial, financiera, burocrática: no po-
día tardar la reacción, y tenía que acabar por laborarse una
moral más patriota que aquélla del Tugend-Bund de 1813 y
más netamente pangermanista que en 1914. Todas las obser-
vaciones lo advertían; hubiera sido menester proveer a ello:
embriagada por el deseo de revancha, excitada por el escozor
de las derrotas y las secesiones, estimulada por la desespera-
ción, acaso por el hambre, inflamada también por el radiante
recuerdo de los cuatro años de saqueo en los puntos cardina-
les de Europa, Alemania tenía que reaparecer con el rostro del
furor. Y a su furor ¿qué íbamos a oponer? Nuestro ejércitos.
Sí, pero ¿qué sentimiento los animaría, los exaltaría, los sos-
tendría? Ya no teníamos una revancha que tomar. ¿Bastaría
acaso el deseo de rechazar al injusto invasor?

Pero la propaganda antimilitarista y antipatriota, compli-
cada con el recuerdo de largas fatigas pagadas con largas en-
fermedades, tenía necesariamente que minar de peligroso modo
un ejército para el que habían sido contadas las alegrías físi-
cas de la victoria y para el que los días de ocupación en país
enemigo fueron sorprendentemente duros. Las circunstancias
planteaban, pues, la cuestión de la moral militar de nuestras
tropas. Parecía que la solución tenía que consistir en unir fuer-
temente el Ejército al Estado, en asociar lo más tangible-
mente posible la vida de los antiguos combatientes a la victo-
ria de la nación, en asegurarles, costase lo que costase, una
parte material en los magros provechos de la guerra, a fin
de que la idea de victoria fuera para cada uno de ellos como
algo real, vivo, sensiblemente agradable y personalmente sa-

tisfactorio. A este objeto, un poco de derroche hubiera sido un pecado venial. ¡Pero se ha derrochado en todos los terrenos, excepto éste! ¿No era buena la solución que nosotros llamamos de las minas del Sarre y de la Parte del Combatiente? Nada se oponía a buscar otra mejor, pero no la buscó nadie, o bien se la buscó por los caminos electorales, subordinándola al capricho y a la elección de los antiguos combatientes ¡cuando de lo que se trataba era de satisfacer a los particulares al mismo tiempo que se servía a la comunidad!

De una manera o de otra, lo más urgente era el restablecer el equilibrio entre la moral francesa y la moral alemana, que se rompía en detrimento nuestro. Nadie se preocupó de ello, salvo, paradójicamente, unos monárquicos a quienes sus doctrinas y sus gustos inclinan poco al estudio de los factores que operan sobre la opinión popular. Y ¿por qué? Pues lo repito: porque lo esencial del orden republicano, el arte de persuadir las masas, los mejores resortes del oficio de la República, son echados a un lado cuando no se trata más que del interés nacional. Todo lo que han sido capaces de replicarnos ha sido, o bien que no había dinero para esto (cuando hace falta, se busca), o bien que lo que procurábamos era la formación de un Ejército de golpe de Estado. ¡Tan cierto es que el espíritu político republicano no concibe las cosas ni vive más que dentro del cuadro de las facciones! En este cuadro no entra nunca por entero la opinión nacional, ni se piensa en ella, ni se le invita a entrar.

Más aún; una vez firmado un tratado que se concluyó a puerta cerrada y se negoció entre cuatro personas, quedaba instituído una especie de Parlamento foráneo entre las naciones amigas y enemigas de Europa y de América; y en medio de aquellos vastos, pesados y continuos cambios de discursos, de telegramas y de radios, en que tanto lugar ocupó la maniobra de Alemania, nuestro personal parlamentario estuvo casi eclipsado; nunca dominó la situación y, no obstante, tenía el juego en la mano. El cesarismo financiero de América nos había hecho una jugarreta con sus diálogos públicos con Alemania en setiembre y octubre de 1918; la misma diplomacia oratoria, desarrollada en mayor escala, siguió haciendo caso omiso de nuestra República durante la elaboración del tratado. Su

experiencia de "Gobierno de opinión" de nada sirvió a nuestros jefes civiles para comprender el alcance de ese diálogo internacional que funcionó de Ginebra a Moscou y de Londres a Melbourne. Incluso no faltó quien nos tomara la delantera. La Rusia bolchevista, la Turquía dictatorial, la Italia autoritaria, alzan una tras otra la voz, marcan unas direcciones que nosotros admitimos o rechazamos sin tomar nunca la iniciativa sino a destiempo, como en Wáshington, en donde nuestros representantes blandieron un programa ruidoso de reconciliación de Inglaterra y América que no tenía más que un defecto: el de que ingleses y americanos no tenían necesidad de reconciliarse porque se estaban entendiendo a maravilla a nuestras espaldas. Manejados o resistiendo al manejo, pero casi nunca manejando ellos los hilos, los estadistas del régimen sostienen unos principios de defensa jurídica a buen seguro muy aceptables, pero sin ninguna eficacia. Les vemos aferrados a un tratado reconocido como malo y sin atreverse a ofrecer la revisión del mismo. Cuando su entrada en el Ruhr provocó, en el otoño de 1923, un verdadero caos alemán, lo contemplaron sin atreverse a sacar nada de él. Su acción es totalmente estática de aspecto y de acento. Cuando mucho, les sirve para sostenerse en sus posiciones, pero no para ir a ninguna parte, o para ir lejos, cosa que quita a su palabra todo poder de persuasión. La elocuencia del mismo M. Poincaré hiela la opinión del mundo en vez de aunarla y conmoverla en nombre de los numerosos intereses y de los poderosos sentimientos que siguen siendo análogos a los nuestros... Comprenderíamos que unos hijos de tribunos se sintieran cohibidos bajo el frac ceñido de los antiguos diplomáticos de Corte, pero, aquí, en su elemento, bajo las miradas de la opinión universal, ¿qué es lo que los empequeñece a tal punto?

Tanto y más que la palabra eficaz faltan de modo que pasma los medios de darle resonancia. La literatura política francesa—me refiero a la oficial—se encuentra en las mismas condiciones subalternas que todo lo demás. ¿Cómo es que un Gobierno de opinión, cuidadoso de ser oído por el mundo entero, no ha sabido dotarse más que de una Prensa tan débil? —*Ustedes no están enterados*—decía Roosevelt a nuestro colega Ga-

briel Alphaud [1]—. *No están ustedes al corriente, son ustedes siempre de los últimos en enterarse de las cosas*—repite este patricio de una República tradicional—. *Prefieren ustedes curar las enfermedades a prevenirlas y preservarse de ellas a tiempo. Sus periódicos, al lado de los grandes órganos de la Prensa alemana, italiana, inglesa y americana del Norte y del Sur, son de una lamentable inferioridad. Están ustedes constituídos en República, en democracia; quieren gobernarse por sí mismos y lo ignoran todo, no sólo aquello que se refiere al arte de gobernar, sino a los diversos campos de aplicación en los que se ejerce, lo mismo dentro que fuera, la acción del que gobierna...*

No ha habido nunca ningún régimen que se haya visto batido tan por completo en su propio terreno. Batido por las Repúblicas después de haber sido manejado por las Monarquías durante tanto tiempo. Si queremos explicarnos con toda exactitud este fenómeno, es justo tener en cuenta la regresión económica general. Un país que se despuebla, que produce y que crea menos, sufre las consecuencias de ello en su Prensa y en su propaganda exterior. Pero es que despoblación y marasmo son consecuencias de un régimen político contrario a los intereses del país. Hay que contar con lo torpe, cohibido y hasta un poco contradictorio que habrá de ser en su expansión moral y material un pueblo cuyo gobierno no corresponde ni a su genio profundo ni al pensamiento sincero y natural de sus mejores elementos activos. Nosotros exportamos católicos al Canadá: ¿acaso la política de su corazón puede ser la de la tercera República? Enviamos a las pequeñas y grandes Indias, al Asia anterior, al Egipto y a América del Sur, jesuítas, capuchinos, dominicos; los más republicanos entre estos misioneros no pueden dejar de sentirse, con harta frecuencia, en desacuerdo con la política de los sucesores de M. Combes y de los colaboradores de M. Poincaré. Y si, como ocurre, exportamos pacifismo humanitarista, también estas doctrinas laicas de una política francesa irrealizable tienen derecho a quejarse de sentirse mal apoyadas por una metrópolis que ocupa el Ruhr, que ocupa a Francfort y que de tanto en cuanto tiene la veleidad

1. *Comoedia* de 21 de febrero de 1924.

de querer garantizar su seguridad como está obligada a hacerlo. Así vacilan y no se sostienen, así nos fallan, cualquiera que sea el lado desde donde se les mire, los puntos de apoyo exteriores de una efectiva irradiación moral, y esto depende del régimen, como la guerra y la post-guerra nos lo han hecho palpar.

Vayamos al fondo. Los procedimientos de un Gobierno de opinión casan mal con los hábitos de espíritu de los franceses que salen de Francia para trabajar por la más grande patria; cualquiera que sea el grado de energía de los particulares, éstos dan por descontada la existencia de un Gobierno en el que se pueda fundamentar una iniciativa inteligente y en el que puedan apoyarse o replegarse. Pero tal Gobierno apenas existe, y, situado en estas condiciones, el francés de fuera se desanima, se encorajina o se subleva y envidia a los Gobiernos extranjeros, reniega o se burla del suyo y, si continúa ocupándose de sus propios asuntos, deja de comprender los del país. De este modo van produciéndose unas tristes corrientes de desnacionalización. Nadie puede cambiar la manera de ser de los franceses ni la de Francia. La posición del Gobierno de la República aparece desde fuera como completamente falsa, puesto que se le ve teniendo que ocuparse de las realidades nacionales al tiempo que se inspira en principios y en ideas de sectas que son antinacionales. Incluso cuando ocasionalmente se mueve por la preocupación de sus responsabilidades políticas o por amor del bien público, lo detienen y lo paralizan el evangelio humanitario y el pontificado jurídico a que lo ligan las tradiciones del régimen. El combate que se libra en su interior hace que se pliegue al método de las medias medidas, de los arreglos, de las transacciones consentidas y hasta deseadas. Védase a sí mismo todo cuanto sea osar y moverse siquiera. La franqueza le es tan penosa como la audacia. Del mismo modo que no explota sus victorias guerreras, no saca el jugo de sus raros éxitos diplomáticos. Es incapaz de llegar al fondo ni al fin de nada, porque su falsa moralidad fomenta una sostenida oposición, una ininterrumpida oposición a todos sus movimientos nacionales. Y como, a veces, el personal que exporta carece de verdadera moralidad, vese asediado de esterilizantes escrúpulos. De aquí se deriva un estado de equili-

brio inerte que sería útil para una potencia muy grande llegada al colmo de la fuerza y a la que la prudencia aconsejase, ante todo, comedimiento, pero nosotros somos una potencia que, so pena de muerte, ha de reconquistar su sitio, rectificar su decadencia, reconstruir el patrimonio y el prestigio destruídos.

En 1914 el orador oficial que anunciaba al Parlamento inglés la declaración de guerra a Alemania, decía, con razón, aunque no sin insolencia, que Francia "recuperaría su rango" en la jerarquía de los pueblos continentales. ¿Se ha dormido la República en la fe, en las promesas de un extranjero tan bien dispuesto? ¿Ha creído que esta frase volatilizada en el aire le excusaba de insistir para obtener lo que se le debe? Pues tanta confianza en los demás, pregona su optimismo, pero el optimismo, simple estado de espíritu, no hace que sean mejores los demás ni que lo seamos nosotros. Al Gobierno francés le ha faltado el nervio de una saludable desconfianza, el estimulante de las justas ambiciones confesadas. Nos hubiera venido bien, como le ha venido bien a Italia, el tener un poco de mal humor y manifestarlo con claridad y energía; el ser un poco intratable no es mala manera de tratar; ¡id, si no, a preguntarlo a Fiume y al Jubaland! Negada a Italia por Wilson, Lloyd George y Clemenceau, Fiume ha acabado siendo italiana en virtud de las tres acciones combinadas de Orlando, de D'Annunzio y de Mussolini. Las promesas de Jubaland, que Inglaterra subordinaba a la evacuación del Dodecaneso, fueron ejecutadas sin condiciones. Mussolini supo obrar, pedir y amenazar. Y es que, hasta en los peores días, Italia contó con un Gobierno nacional que sabía manejar el espíritu público de la nación. Estas dos fuerzas de acción política y de pasión popular faltaron a la República francesa, que, por un lado, había de temer un espíritu público republicano, pero antinacional, y, por otro, un espíritu público nacional, pero no republicano, sino nacionalista, monárquico.

¿Y cómo en estas condiciones podía escribir, hablar, actuar, adoptar una línea franca y arrastrar a su favor la opinión de los pueblos? No pudo hacer nada de esto. No pudo denunciar el poco valor de nuestra victoria ni la posición irremediablemente amenazadora de la Alemania unitaria. Ni siquiera

pudo mostrar al mundo la parte capital y perfectamente visible que Alemania tomaba en la acometida revolucionaria universal que, a través de Rusia, agitaba a Asia y Africa, desde las Indias a Marruecos, pasando por Turquía y Hungría.

La República ni siquiera ha soñado en llevar al centro de la perturbación, a Berlín, la acción militar que hubiera quitado toda esperanza a los agitadores de la periferia del mundo y que hubiera dado un apoyo en la periferia de Alemania a las fuerzas centrífugas existentes y determinado la dislocación del bismarckismo, destruído los preparativos militares y, en una palabra, hubiera rematado el Tratado sacando de sus fórmulas de desarme un desarme efectivo, y de sus apariencias de paz, la paz verdadera. Tal vez con este programa no hubiese conquistado, de pronto, la simpatía del mundo entero, pero una parte importante hubiera empezado por comprender y por sumarse. El resto, turbado al principio, dividido después, se hubiera ido desconcertando gradualmente en virtud de los ecos despertados con aquella conducta; la acción rápida tras el claro enunciado nos hubiese ganado la numerosa y nueva clientela cuyos más preciados elementos habríamos hallado en Alemania: aunque hannoverianos, renanos, sajones, bávaros hayan procurado el concurso de los fautores del Tratado de Versalles, no aludo aquí a ninguna voluntad clara y a ningún sentimiento explícito a los que el despliegue de la fuerza francesa hubiera podido dar la plena posibilidad de desplegarse a su vez; no me refiero más que a unos intereses estables, territoriales, económicos y políticos que tienen en nuestros propios intereses sus naturales colaboradores. La República ha pasado por entre estas posibilidades sin pararse. Y es natural, porque esta clase de esfuerzos a largo plazo suponen un estado político que se levante sobre las ruinas de la democracia.

Pero, habiendo República, estos consejos que nosotros le dábamos día a día resultaron tan vanos en la paz como lo fueron durante la guerra nuestras exhortaciones a bombardear las capitales de la Alemania del Sur[1]. Y habiendo República, y durando, por consiguiente, su ceguera y su impotencia, Fran-

1. Ver *Las noches de prueba,* crónica del bombardeo de París. (1 vol., N. L. N.).

cia, que fué ayer el Estado más por completo manejado, se ha convertido en el más impune y ridículamente difamado. Nuestros antiguos aliados tienen unos formidables presupuestos navales y nos acusan de militarismo. Nuestros antiguos aliados han obtenido de la guerra cuantas indemnidades podían esperar de ella, aun sin razón—ruina de la Marina enemiga, conquista de las colonias enemigas, dominio absoluto del mar—, y nos acusan de imperialismó. Tienen el control planetario del dinero, encierran en el fondo de sus cajas, restos de nuestra prosperidad, un depósito de cerca de dos mil millones de nuestro oro, y es esta avidez extendida a todo quien nos acusa de malos deseos. Traicionados por el Tratado, no conseguimos que se ejecuten las escasas cláusulas que nos son favorables y se pregona nuestra injusticia, nuestra falsedad, nuestra avaricia y nuestra falta de caridad. Pero se prodiga una caridad ardiente al menos interesante de los vencidos.

La epidemia de hipocresía es contagiosa. Un buen Gobierno la hubiese previsto. Con un poco de memoria, le hubiera hecho frente y no habría consentido que la catástrofe moral siguiera tan de cerca la ruina física. ¿Acaso hay alguien que pueda creer que hemos de habérnoslas con ella por primera vez?

Que lo digan los franceses de mi generación. "Aquellos que—como dice Mistral—tienen memoria" y "el corazón en su puesto", se acuerdan, sin duda, del ensayo general de la alborada cosmopolita que presenciamos hoy. Nuestros contemporáneos de 1898 y 1899 contestarán riéndose que se parece mucho al guirigay del asunto Dreyfus. En otra escala, con una masa de ejecutantes multiplicada, y con otros envites, es el mismo concierto que llenó la Prensa del mundo, que sacudió la opinión financiera del mundo a cada fase del duelo entre la justicia militar francesa y la judería de la Prensa y de la Bolsa. En estas últimas temporadas, ante las obras maestras de la propaganda prusiana, muchas veces hemos tenido que recitarnos la famosa página que antaño inspiraron a un socialista alemán imparcial, Wilhelm Liebknecht, padre de Karl, los oficleides y los trombones de aquel chantage universal. Sólo un punto ha cambiado en el tema repetido: allí donde se decía "Estado Mayor", ya no se dice más que "Francia", pero hay el mismo lujo de coro y de instrumentos.

"*Truco y reclamo, reclamo y truco*—decía Liebknecht—. *Jamás se dieron otros parecidos, ni puestos en un pie tan gigantesco... Ora era un concierto de estilo severo, ora una zambra bien compuesta, uno y otra dirigidos por un jefe de orquesta al menor de cuyos gestos obedecían todos los ejecutantes. Bastaba un movimiento de batuta, y en París, en Londres, en Berlín, en Viena y en New York, en todas partes, se cantaba, se tarareaba, se silbaba, se cencerreaba, se piaba o mugía el mismo motivo. ¡Y hay quien se sorprende de que naciera la creencia en un "Sindicato"! Cuando, en todos los países, quinientos periódicos de diferentes partidos entonan a diario una vez, dos veces y más la misma melodía, en verdad que no cabe creer en un puro azar o en misteriosas simpatías de los nervios y las almas. El oculto director de orquesta no daba mucha variedad a la ejecución. No había más que dos tonos y dos gamas: música de las esferas celestes para los santos y los ángeles de la revisión, y griterío infernal de salvajes, insultos de rabanera contra los diablos, grandes y chicos, que no aclamaban la revisión y no querían creer en el "nuevo Jesús de Nazaret" de la Isla del Diablo.*"

El progreso de la hipocresía ha sugerido algunos perfeccionamientos en este concierto de calumnias internacionales. La defensa, en cambio, no ha hecho el menor progreso, o los ha hecho al revés. Judío y amigo de los judíos en el interior, nuestro Gobierno no ha obtenido nada a buen precio de los amigos de sus amigos, los judíos de fuera. Ha tenido que confesar que tenía en contra suya "la Finanza internacional", absolutamente como si, en vez de llamarse Poincaré o Millerand, se hubiera llamado Felipe VIII, general de Boisdeffre, general Mercier o Léon Daudet. Resulta, pues, que el areópago financiero establecido en Francfort y en Amsterdam entiende que la República francesa ocupa las mismas posiciones que el antiguo nacionalismo francés, tal como, *grosso modo*, la naturaleza de los intereses primarios del país exige que sea. Y hay que, o traicionarlos, o, a despecho de todas las repugnancias de sus partidarios, sostenerse y conducirse como si LA REPÚBLICA FRANCESA fuese para LA FINANZA INTERNACIONAL poco más o menos lo que fué ayer el conglomerado PATRIE FRANÇAISE y ACTION FRANÇAISE para la antigua REPÚBLICA ANTIFRANCESA.

Al salir de las batallas exteriores, cuando la fuerza misma de las cosas hubo asentado la República en las posiciones que ocupaban los monárquicos y los nacionalistas de hace veinte años, resultó que ella aparecía allí más débil que nosotros porque tenía que defender su puesto con los hombres y con las ideas que en 1898, 1899 y 1900 le servían para atacar este puesto sagrado: cuando tenía que sostener la política del orden y de la patria, no podía emplear más que los hombres y los medios de la anarquía liberal y parlamentaria. Por lo mismo, tenían que crecer las esperanzas de los agresores internacionales, porque se decían ellos, con razón: —Semejante defensa implica contradicciones que podemos explotar hasta desmoralizarla a fondo. ¿No tenemos precedentes que nos animan? ¿Acaso en 1898-1899 no hicimos bascular de derecha a izquierda, desde Charles Dupuy-Cavaignac a Waldeck-Jaurès, la defensa similar que nos oponía el sentimiento difuso de los franceses desorganizados? La mayoría de ellos querían el orden y la patria, pero tenían y mantenían la República; una evocación oratoria de la verdadera República, suficientemente sazonada de provocaciones revolucionarias, bastó para acabar con *su* República que nadaba entre los licores sospechosos de un nacionalismo vergonzante. Un esfuerzo del dinero internacional, un esfuerzo de anarquía, y se repetirá la victoria de antaño con la misma táctica y en provecho de las mismas banderas.

Los "caballeros de San Jorge", secundados por el marco-oro y el rublo-oro de Moscou y de Berlín, tendieron el galope en nuestro país. Se ha desencadenado la anarquía en 1923-24 con los mismos medios que en 1898-99. Lo mismo que entonces, la idea nacional ha sido tratada de patrioterismo exaltado, de reaccionaria e insensata, de quimérica e incorregible: "*¿El peligro prusiano?*—preguntaba antaño Gustave Hervé—. *¿Acaso la Humanidad no camina hacia una era de paz y de fraternidad? ¿Acaso la creciente fuerza de los socialistas alemanes no era una garantía de que el Kaiser no había de atreverse jamás a dar la señal de una nueva matanza? ¡Imbéciles!,* —añade Gustave Hervé, juzgándose certeramente—. *En nuestros partidos de extrema izquierda éramos sordos a todas las advertencias de Déroulède y de Barrès. El 3 de agosto de* 1914 *los acontecimientos dieron cruelmente razón a la clarividencia de aquellos a quienes considerábamos como unos ciegos y unos simples. Los ciegos y los simples no estaban en el lado que nos figurábamos*" [1]. Estos ciegos y simples formaban en 1900 el gran partido victorioso de la verdadera República. Helos aquí reaparecidos y coronados con el mismo laurel electoral que gotea sangre de futuras hecatombes.

La lucha contra la tendencia que representan resulta ingrata y cruel ante la ignara muchedumbre cambiante que no ve, no entiende ni comprende más que los golpes.

—Ciudadanos—dicen las gentes de bien—, hay que volverse a armar, puesto que la guerra y la paz han resultado inútiles. Y ellos replican que no hay que armarse, de miedo que tienen a ver caer de nuevo los obuses. El enemigo subvenciona esta inteligente propaganda de desarme.

—Pues, con todo, tendremos que armarnos cuando el enemigo llegue de nuevo.

—¡No! ¡Antes haremos una revolución!

Así era como se hablaba en 1914 cuando el caricaturista-diputado Paul Poncet denunciaba la locura de los armamentos, millones derrochados en cañones y en municiones en vez de aplicarlos a material escolar. Y estas mismas cosas se repiten en 1924 en el mismo órgano y en otros órganos menos avanzados, no sólo en *L'Humanité*, sino en *Le Quotidien*.

¿Significará esto que la historia contemporánea está encerrada en un círculo vicioso? Esta explicación mistagógica no quiere decir nada. La repetición de situaciones no significa sino que se repiten idénticos efectos, y éstos no se repetirían si no obraran las mismas causas. No damos vueltas más que porque tenemos puesto el cabezal de las ideas republicanas y estamos bajo el látigo de los intereses de la democracia. El republicano doctrinario y el republicano chupóptero son la raíz y el fruto de todo el mal. Por tanto, hay que acabar con la falta y el yerro si se quiere acabar de pagarlos demasiado caros. Cuando nos libertemos de la Verdadera República en la

1. *La Victoire,* del 6 de diciembre de 1923; confesiones de Gustave Hervé en ocasión de la muerte de Barrès.

que hemos recaído, no hemos de confiarnos de nuevo a una República algo puesta de limpio, pero falsificada, que infaliblemente volvería a traernos a su hermana. El remedio debe buscarse fuera del mal.

VIII

AL SALIR DE LA REPUBLICA

Indiferente a estas recaídas, insensible y frío ante la crisis económica y financiera que subraya una angustia universal, el país oficial y legal, identificado con el Gobierno, porque de él saca el sustento de su vida, este país constitucional empieza a ver y oír la emoción que conquista al verdadero país, al país que trabaja y que no politiquea. Si las ideas y los intereses del país legal son para la Verdadera República—más republicana cada día que pasa, y por tanto más derrochona e inclinada a la indefensión del país—, para la República estatista, democrática, internacional y extranjera, el Verdadero País quiere vivir y sus clases mejores no tienen ninguna afición a la muerte.

¿Y acaso ha sido republicano el Verdadero País? Sí, en parte. Pero, desde hace mucho tiempo, ha perdido aquellos entusiasmos de la época en que nuestros campesinos provenzales llamaban a Mariana, "la Santa". Se acabaron aquellos 14 de julio parisienses que, por los años de 1880, parecían verdaderas fiestas nacionales. De un año a otro hemos visto cómo iba bajando la confianza teórica en la soberanía del pueblo y el gobierno de sus delegados. Desde 1886, prácticamente se viene reclamando un dictador militar. Pasó el boulangismo. Pero idéntica llamada al soldado resonó de nuevo entre 1897 y 1899. La cosa se repite. No hay un solo ejemplo de que una perturbación y un revés motivado por la carencia de Gobierno hayan dejado de hacer desear al Jefe. Tal era la cantinela griega bajo los muros troyanos cuando el sitio se hacía inacabable: "El Gobierno de muchos no es bueno..." La cosa es evidente.

Acabamos de presenciar unas elecciones llamadas "republi-

canas" que no han sido nada más que una coalición de intereses organizada por unos pequeños funcionarios inquietos. El régimen se defiende por abajo, por ideas de abajo, por hombres de abajo; pero estos concursos y estos apoyos inferiores alarman al elemento que había empezado a creer en la República conservadora. Los conservadores verdaderos releen esta brava profecía que publicó Henry Lasserre en tiempos de lo Asamblea Nacional:

"Llegará un día en que sólo las clases ignorantes estarán representadas en el Poder. Todo lo demás quedará sistemáticamente excluído, todo lo demás estará en minoría en todas partes.

"¿Qué ocurrirá cuando el desarrollo lógico del sufragio universal, tal como está organizado, haya producido estos inevitables resultados? El mundo social será transtornado bruscamente y por igual. Los que necesitan ser gobernados, gobernarán, y gobernarán solos.

"Se votarán impuestos sobre la propiedad, y los votarán, con exclusión de los propietarios, gentes que no tienen nada. La trasmisión de herencias y el retorno de la riqueza al común social serán regulados por individuos carentes de patrimonio. Las leyes sobre instrucción y educación las harán hombres sin instrucción y sin educación. Lo que es ilegítimo será legal, lo antisocial figurará a la cabeza de la sociedad. Los enemigos del orden público mandarán la fuerza pública. Los malhechores ocuparán el Ministerio de Justicia y designarán a los magistrados. Los ladrones tendrán a sus órdenes la gendarmería... De este modo razonan, o, por mejor decir, desvarían, y de este modo obrarán los bárbaros que tenemos ya a las puertas y que mañana ocuparán, si hoy no nos prevenimos, todas las puertas de la ciudad.

"Es indiscutible que un estado de cosas tan fuera de lo normal no podrá durar mucho tiempo. No hay duda de que, tras haber acumulado ruinas sobre ruinas, estos comunistas y radicales, estos locos e imbéciles, perversos y desgraciados, monómanos y malvados, se devorarán entre ellos. Pero, cuando esto ocurra, Francia habrá perecido en las convulsiones y caerá deshecha en podredumbre [1]."

1. *De la reforma y la organización del sufragio universal*, por Henry Lasserre.

En medio de semejantes temores, un instinto físico advierte a todos que no habrá seguridad sin un violento retorno a la autoridad y al orden por medio de un poder personal, nominal, único y duradero. Aun hoy, después que cinco cuartos de siglo han obscurecido y entorpecido el juicio público, cuando la enseñanza oficial ha retardado y complicado con vagos temores y obscuros intereses las evoluciones del buen sentido, el grito del país no ha cambiado y sigue pidiendo *¡que venga alguien, alguien!*

Las objeciones no tienen ya ninguna consistencia. Nadie teme la acumulación de poderes en una sola mano, sino, al contrario, se la desea. Ya nadie dice que es injusto el que uno solo mande a todos los demás; ¿injusto, por qué? Si, sea como sea, tienen que gobernarnos, lo justo es que nos gobiernen bien: ¿qué más da obedecer a uno, que a ciento, que a mil? No hay iniquidad peor que la de carecer de lo necesario por falta de un buen gobierno y el ir a parar a una hecatombe por culpa de la incoherencia y de la inestabilidad. ¿Que los peligros del poder son grandes? Mucho menos que los peligros de la falta de poder. ¿Pero es que el poder tiene más probabilidades de fallar cuando lo tiene uno solo que cuando lo tienen mil? El poder de esos mil añade a los inconvenientes, a los abusos y excesos naturales a toda autoridad, una probabilidad fortísima de no ser suficiente y de hurtar a los pueblos su derecho a ser gobernados. El poder de uno solo, menos expuesto a esta desgracia, comporta una probabilidad mayor de ser beneficioso.

El valor de esta respuesta no disminuye por mucho que sea el mal que cabe pensar de los desastres imperiales imputados al poder personal. Fué una Asamblea liberal la que negó al Imperio, hijo del plebiscito, las fuerzas militares que hubieran evitado Sedan; fué una Asamblea republicana, fué el partido republicano quien inició las hostilidades de veintitrés años que dieron como resultado Waterloo; son asambleas, comisiones y ministros parlamentarios los que de 1900 a 1912 desarmaron a Francia frente al continuo armamento de Alemania. Nuestro Gobierno ha tenido que simplificarse y unificarse cuando ha hecho falta un esfuerzo para reparar estas desdichas. Tales son los crímenes del gobierno de muchos frente a los errores y las culpas del gobierno de uno solo. Menos perceptibles a los ojos

e infinitamente más graves, son, pues, dos veces peligrosos.

Antaño se decía: —Pero ¿y la libertad? Lo mismo si hay República que si hay Monarquía, la falta de libertad no depende del legislador, sino de los términos de la ley: un solo legislador puede hacer leyes benignas y mil pueden promulgar una ley feroz. —¡Pero siquiera los mil legisladores nos representan! —En primer lugar, no representan a la minoría: el ciudadano que no forma parte de la mayoría, o que flota entre la tropa de los abstencionistas, ¿qué ventaja, qué gusto encuentra en ser administrado, regido, gobernado, lo más frecuentemente sin equidad, por el partido de su vecino o de su criado, de su patrón o de su granjero o de su más viejo enemigo? La ley es siempre dura para cualquiera que considere la libertad como el primero de los bienes, pero no hay ninguna que sea tan dura como la cortada en ángulo agudo por el odio de las partes. Esta ley marcial dictada por un adversario vencedor parece dos veces menos soportable que si viene de regiones superiores en las que la curiosidad pública no penetra. Veamos ahora las consecuencias de esta ley de guerra propia de los países republicanos. La actividad de los ciudadanos, que se creían libres, queda inmediatamente suspensa, captada y acaparada por las garras de la ley: se aplicarán, pues, a modificarla; la libertad del ciudadano de la minoría consistirá en la capacidad de introducir el espíritu de cambio en aquella zona en que debería reinar un verdadero espíritu de conservación y de confianza, aunque no fuera más que para mantener unas condiciones de vida igual y constante que permitieran la libre prosecución de verdaderos perfeccionamientos físicos y morales. En cuanto al ciudadano soberano que forma parte de la mayoría victoriosa, ¿resulta mucho mejor tratado? Su mandatario no refleja su pensamiento y su voluntad más que en puntos muy generales y, en la mayor parte de los casos, infinitamente alejados de la práctica diaria. Nadie le consulta, ni puede consultarlo, y la fidelidad a los programas es un sueño de que el "Barodet" es testigo. A cada paso surgirían sorpresas y disgustos si el elector engañado de este modo se sintiera verdaderamente decepcionado; pero no se siente tal más que cuando advierte que le falta la protección administrativa de su diputado. Por lo que toca a la legislación, que es el eje de la

soberanía, la mayor parte de los casos nos lo muestran del todo desligado de las consecuencias de su voto. El país verdaderamente político es pequeñísimo. Pongamos, por 1.000 gobernantes del mundo presidencial, ministerial y parlamentario, 100.000 mandantes reales, 100.000 hombres que dan un mandato definido cuyo ejercicio vigilan y fiscalizan de lejos. Y será mucho decir, será demasiado decir, porque cada uno de nuestros Mil no tiene tras de sí a cien ciudadanos activos, y los que aparecen ligados a su nombre vienen persiguiendo desde tiempo, a veces de padre a hijo, unos simples beneficios administrativos debidos al usufructo del poder. No hay duda de que la autoridad republicana propiamente dicha se apoya sobre un número de hombres inferior en mucho al que hemos dicho: si diez mil resultaría algo bajo, cincuenta mil sería una cifra excesiva. El número de ciudadanos ante los cuales los Mil creen tener que dar una cuenta legislativa, oscilará entre veinte y treinta mil a lo sumo. Son estos veinte o treinta mil quienes en los días de elecciones, a favor de ocasiones fortuitas, comprometen a todo el resto. En relación a este clan activo y politiquero, el resto de los cuarenta millones de habitantes del país es pasivo y *politiqueado;* nace, vive y muere como si fuera el súbdito de este soberano repartido en veinte o treinta mil miembros.

No hay que creer tampoco que aun este soberano, este amo del país legal que forja la mayoría, ejerza ninguna soberanía verdadera. El país dominado que se agita y se queja está evidentemente mal gobernado, pero el país que quiere o cree gobernar no gobierna para nada. ¡O gobierna tan poco! Las prerrogativas de la soberanía le escapan por la naturaleza misma de las cosas, como la experiencia ha demostrado hasta la saciedad. Este soberano no quería la guerra en 1914, y ha tenido la guerra. La Cámara que eligió en primavera, con el mandato de desarmar en bien de la paz, tuvo que proceder a los armamentos intensivos que le impuso a bastonazos, o mejor dicho, a cetrazos, el más obedecido de los soberanos, es a saber, la Necesidad, encarnada en el emperador alemán. Probablemente la misma oligarquía soberana no tenía, en 1918 y 1919, ni una idea, ni siquiera una aspiración definida, sobre las condiciones de paz, y la paz se hizo sin contar con ella. De modo que los

dos grandes atributos de la soberanía, la guerra y la paz, han quedado fuera del alcance de quien querría reinar y gobernar en el país.

Y una opinión que se engaña o se hace engañar como se engañó la opinión directora de los treinta mil republicanos de 1914 y 1918, está incapacitada. La realidad se le escapa. No puede dar al poder que la representa más que unas indicaciones vagas e inútiles, con las que aquél hace lo que se le antoja. Pero, a su vez, este poder es tan poca cosa que tiende a absorberse en otros poderes que lo aprisionan cada vez más. ¿Qué queda, pues, de la libertad soberana del elector opinante y fautor de los escrutinios o del legislador parlamentarizante en un orden de cosas que la administración regula como quiere? El elector que cree todavía en estas cosas, si lee el *Oficial* y el *Boletín de las Leyes* no recoge más que decepciones. *¿Dónde está el Gobierno?*, puede preguntarse. O, si tiene el verdadero espíritu de la teología republicana: —*¿Dónde está el Gobierno, el Gobierno de mi libertad?* Las leyes prácticas, las que alcanzan y aprietan al elector, emanan, sobre todo, de reglamentos elaborados en el Consejo de Estado por unos sucesores naturales de los consejeros del rey, que, efectivamente, son los consejeros de un rey anónimo, invisible, desencarnado, todavía vivo (¡y no faltaba más!), aunque carente de una personalidad realmente viva, y este rey duradero se llama la constante necesidad del público, esta viva necesidad que el público tiene de ser administrado, regido, disciplinado y gobernado.

Después de Guillermo II, que disponía de nuestra guerra, después del Parlamento inglés y el Parlamento interaliado, que dispusieron de nuestra paz, el dueño soberano de los más importantes de nuestros pequeños asuntos no lo es, pues, ni mucho menos, el pequeño sector del país que puede decir: *Yo hago la ley y la deshago,* sino que otros órganos semijudiciales y semiburocráticos, que tienen la autoridad por herencia del pasado o por sí mismos o en virtud de la necesidad que satisfacen, intervienen más auténticamente que el poder electivo y legislativo, para el que quedan las grandes tierras baldías de la discusión y la peroración. ¿Y con gestos y discursos se satisface el prejuicio de la libertad política? La dosis de libertad que proporciona al ciudadano su representación en los debates

de nuestras Cámaras puede significarse por la fracción 0,001, pero se puede cifrar en un 0,999 todo lo que le representan la languidez administrativa dada a las leyes y la gestión administrativa arbitraria que provienen de la inexistencia de un alto poder político. Las malas guerras obligan a morir, las malas paces a servir y a pagar, las malas leyes también a pagar, y, además, a la despoblación del país; la mala calidad de la policía y de la justicia, a estar esclavo de verdaderas calamidades morales, en primera fila de las cuales figura la obliteración de la justicia, incompatible con la profesión y la calidad de hombre libre. Casi todos perciben que sería mayor la libertad bajo un Gobierno que realizase una buena política y confeccionase buenas leyes; la argumentación republicana acaba por este lado en el cuadro de sus resultados históricos.

Para tranquilidad de mi conciencia, voy a recoger aún la objeción, corriente ayer, de que, así como cuatro ojos ven más que dos, muchos hombres dispondrán de más luces que uno solo. El balance de nuestras direcciones colectivas se ha encargado de demostrar que un número exagerado de órganos de visión crea o visiones contradictorias o borrosas, y, por lo que hace a la iniciativa, novecientas cabezas dan un excelente resultado para paralizar mil ochocientos brazos. La diversidad es buena para el consejo, no para la acción: tal es el resultado de una experiencia que viene a corroborar los dictados de la razón.

Todavía la doctrina republicana alega como ejemplo el que cualquier empresa privada, industrial o comercial, no deja de rejuvenecerse y vivificarse merced a una rápida afluencia de direcciones sucesivas. Ya lo hemos visto. ¡Y de qué manera!: sesenta y siete Ministerios en cincuenta y cuatro años; la paradoja ya no se tiene en pie.

Para hacerse oír, el republicano, doctrinario o chupóptero, no ha tenido, pues, más remedio que explotar la amarga espuma de las envidias que fermentan contra los privilegios y la honra anejos a la persona del jefe único. Con todo, en este punto, hácese patente en el espíritu público un poco de buen sentido. Todos hemos podido ver la enorme porción de botín que corresponde al mangoneo de un millar de reyezuelos. Este desmenuzamiento de la realeza, que no hace a ésta ni más efi-

caz ni más activa, multiplica las prebendas y las sinecuras que de ella se derivan; con lo que las satisfacciones de amor propio y de vanidad, menos útiles, significativas y fecundas a medida que el gobierno va subdividiéndose, se hacen más y más numerosas cada día. La envidia democrática conviértese entonces en desprecio, casi en lástima, y esto hace que el espíritu público se pregunte si el gobierno, cuyos beneficiarios hacen ostentación de honores y provechos, no debiera concebirse mejor como una carga de la que hay que responder y que no se siente ni se desempeña bien más que a condición de que se sustente sobre un único par de hombros.

—*Paciencia*—me decía sentenciosamente un viejo campesino provenzal del distrito que elegía antaño a Pelletan—, *paciencia: todo el mundo acabará enterándose. Mire usted el sol, que madura todas las cosas de la tierra: ¿acaso hay dos soles? Mire usted el rebaño: no tiene más que un solo pastor. Lo mismo pasa con el gobierno...*

No hay que entender por esto que la actividad del jefe tenga que absorber todo el poder ni que haya de suprimirse entre el poder y el común de los ciudadanos toda la cadena de lugartenientes, agentes e intermediarios que los unen. Ya se entiende que el pastor puede tener ayudantes y que el sol puede ser asistido por uno o más círculos de satélites. Hay colectividades sin rey, pero no hay ningún rey sin un poder colectivo auxiliar. El principio de la República es ni más ni menos que la exclusión de las decisiones de uno solo, de su presencia, de su precedencia. "Ausencia de príncipe", decía M. Anatole France para definirle. El principio de la Monarquía es, en cambio, mucho más amplio: ningún jefe único está obligado en virtud de los principios a que debe su existencia a rehusar la colaboración de consejeros reunidos a este fin, y todo jefe que comprende un poco su función se rodea de luces y busca la cooperación de la prudencia ajena para apoyo de la suya. Un gobierno colectivo que confiara sus decisiones a uno solo ya no sería un gobierno colectivo, sino que abdicaría de su carácter y renegaría de su razón de ser y, si no lo hiciera radicalmente, si pretendiera conciliar en la práctica los dos principios, se engañaría con la ilusión de tener en sus manos y de frenar a un jefe hechura suya, y como éste no puede mandar con alguna independencia más que sacudiéndose la autoridad de aquellos a quienes debe el ser, nacería de ello una guerra encendida, con lo que se juntarían los defectos de la República y de la Monarquía, sin tener ninguna de las ventajas de la una ni de la otra. Esta rivalidad fatal no se produce en el caso contrario: el monarca se aconseja, escucha, oye y adopta las opiniones de su Consejo, sin por esto rebajarse en lo más mínimo, y el Consejo, tras haber opinado libremente, no tiene por qué sentirse vejado si el rey sigue la opinión contraria. El gobierno de uno solo puede coger del gobierno plural lo que éste tiene de bueno, pero se destruye a sí mismo haciendo la combinación inversa, lo que hace ver su rigidez y su falta de adaptación.

Por esta razón, no tienen límite los riesgos que se corren, los daños que se causan, los excesos que se toleran, los abusos que se fomentan y, sobre todo, las negligencias que se soportan bajo un régimen de colectividad soberana. El jefe único halla su límite moral en sí mismo y en su alrededor; en la práctica, lo que se dice de su poder absoluto no tiene más que una significación relativa, ya que, para obrar, necesita que lo asesoren, lo sirvan, lo apoyen, lo informen, lo defiendan y lo obedezcan el número extensísimo de personas a quienes su misma posición le obliga a respetar en sus intereses, sus dignidades y sus honores, lo que lo dispone mucho más fuertemente para promover el bien que el mal.

En lugar de unir a los ciudadanos "en contra de Uno", lo que el desbarajuste republicano hace es dividirlos entre sí, ya que, en las facciones a que da lugar, los que se aprovechan de la opresión de los demás lo confirman en sus excesos cuando no lo impulsan a cometerlos.

El abuso que comete un solo jefe en provecho suyo le expone a alzar en contra suya toda la colectividad. Pero una asamblea mala agota los recursos del mal antes de tropezar con las primeras dificultades grandes; ¡cuánto tiene que hacer para llegar a ser impopular! Lo que el poeta ha llamado el veneno del poder la intoxica naturalmente; en cambio, un hombre malo que llega a ser jefe tiene todas las probabilidades de que su elevación lo mejore. Los primeros resultados de los errores que cometa le enseñarán con claridad

que no hay quien le siga por el camino equivocado, por lo que su mayor interés será frenar o retroceder.

Si seguimos comparando los comparables y, después de parangonar el mal con el mal, comparamos el bien con el bien, veremos que un número bastante grande de bonísimos príncipes han hecho mucho bien, o, por lo menos, no han hecho mal, mientras que las mejores asambleas, sobre todo en Francia, son responsables de una inmensa parte de nuestros males. Ejemplos: las Constituyentes, a las que debemos una decadencia secular de la patria; la Legislativa de 1849, que hizo fatal el derroche por el Imperio de los tesoros acumulados durante los treinta y tres años de Monarquía que le precedieron; la Asamblea Nacional de 1871, patriota, religiosa, moderada, y que, por torpeza, creó la República radical, anticlerical y antipatriótica; la Cámara de 1885, a la que se debe el "affaire" Panamá; la de 1893, madre del "affaire" Dreyfus, y nuestra Cámara "azul horizonte", elegida en 1919, cuyas excelentes intenciones y buenas obras están jalonadas por los desastres de nuestra diplomacia, de nuestra Marina y nuestras finanzas, esto sin hablar de negligencias militares indiscutibles.

El merecido descrédito que envuelve al gobierno colectivo y republicano extiéndese, como es natural, a todo Gobierno salido de la elección. Georges Thiébaud perdería el tiempo si tratara de reanimar la fe popular en un plebiscito salvador. El anhelo de dictadura, propio a nuestros contemporáneos, envuelve un deseo de duración, y de duración larga; el dictador vitalicio que la voz pública llama no es el rey, pero puede calificarse muy exactamente de mon-arca. A un mon-arca así no se le elige, y ya ni se pretende hacerlo, porque se prefiere suponer que él se apoderará del poder y lo consolidará mediante los bienes deparados por su gobierno. Márcase, pues, aquí el punto de diferencia entre la aspiración popular y el principio de herencia que un grupo importante de espíritus políticos franceses ha considerado siempre como el único adecuado generador del jefe permanente. Tal principio ha obtenido una sanción reiterada más de treinta veces a través de diez siglos en la consagración de nuestros reyes. Hoy no tiene aquel arraigo. Pero nada nos dice que, en el momento oportuno, le sea seriamente regateado el rápido asenso de todos. El jefe hereditario queda muy por encima, en orden a la utilidad y el bien de su acción, sobre cualquier otra clase de jefe. El instinto público, cuando repite con el cantor homérico ΕΙΣ ΚΟΙΡΑΝΟΣ ΕΣΤΩ, no expresa otra cosa que el conjunto de las confusas experiencias que lo han guiado en algunas ocasiones. Pero, al confrontar con las experiencias del género humano las meditaciones del Espíritu, el héroe de Homero, el sabio entre todos los griegos, se apresura a añadir en el siguiente verso: ΕΙΣ ΒΑΣΙΛΕΥΣ, un rey, el rey hijo de rey. Cuando se discute este aspecto del problema de la Monarquía, en el fondo se trata de saber si la suerte de Francia no se aprovechará más que del espontáneo juego de las adivinaciones instintivas o si trataremos de hacer que se aproveche de las enseñanzas de la experiencia y la razón. El grito público tiene un valor; la memoria y la reflexión de los selectos, otro. Ambos valores pueden ser dispares, pero ¿por qué no van a ponerse de acuerdo? Y si hoy no hay acuerdo, ¿por qué no tratar de que lo haya?

Para ver claro, recapitulemos nuestras definiciones. Siendo la República el régimen que excluye el principado de uno solo, el gobierno plural puede ser el de un corto número, o sea una oligarquía que, a su vez, puede ser el gobierno de los de mejor cuna—la aristocracia—y, en tal caso, presentar las ventajas y los inconvenientes de la herencia. Puede también ser la democracia, pero la democracia no siempre es republicana. La ley de la democracia representa la exclusión de la herencia y se define como el gobierno del mayor número: ora cesarista o plebiscitaria, viene a ser el gobierno del jefe único elegido por el mayor número; ora republicana, pretende ser el gobierno de todos por todos, y, en realidad, es el gobierno de muchos que el mayor número se ha visto en la precisión de elegir. Saliendo de la República, la Mon-arquía puede variar según que esté supeditada a la elección del pueblo entero o bien a la elección de una asamblea, o bien al voto de ciertos Cuerpos nacionales; puede, en fin, proceder de una operación de simple fuerza independiente de toda condición de legalidad o de ligitimidad. Este cesarismo puede tender, renegando de su propia naturaleza, a la Monarquía hereditaria, que entonces se llama imperial; pero la forma nacional e histórica de ésta es

la Realeza. La Realeza legítima en el país de Francia es la soberanía de los sucesores de Hugo Capeto, siguiendo la ley tradicional de su sucesión.

Las definiciones que acabamos de dejar sentadas dan la medida de toda la distancia que hay entre el simple jefe monárquico y esta "Monarquía en regla" que Bismarck temía ver renacer en Francia. Es la diferencia que hay entre una idea rudimentaria y el tipo perfecto y completo. Cosa que se comprenderá mucho mejor al darse cuenta cabal de cuál es la principal importancia de la designación hereditaria. El mayor esfuerzo de discusión de la *Encuesta sobre la Monarquía* se refiere, precisamente, a este gran punto del poder dinástico, cuya belleza no deben oscurecer ligeras dificultades. Limitada todavía a un número relativamente pequeño de corazones fieles, la idea de restauración de la Corona legítima equivale a una promesa de autoridad independiente creadora de orden y de paz implícita en la ley que trasmite la soberanía de varón a varón por orden de primogenitura. Apenas hay exageración ninguna en decir como dijo uno de los nuestros a unos monárquicos portugueses y húngaros: —¿Qué es la realeza? La herencia de la Corona. ¿Y qué es la herencia? La ley de sucesión.

Pero ya se entiende que esta ley no debe entenderse de mala manera. Algunos biólogos ingenuos y sus mediocres vulgarizadores se han figurado que esta ley política suponía en nuestro espíritu no se sabe qué principio de selección por la herencia física, en el que nosotros no hemos pensado jamás. El Dr. Toulouse ha hecho treinta y seis carnicerías de nuestra doctrina en este terreno, en el que, para su desgracia, no ha sido nunca planteada. ¿Y pues? No hay *pues* que valga. Combatidnos cuando nos conozcáis. Entretanto, vuestra imaginación forja cosas que nada tienen que ver con nuestras ideas, aunque les deis nuestro nombre. Nos atribuís una fe místico-científica en una *constante* personal de capacidad gubernamental unida a la sangre. Pero esto nos lo colgáis vosotros y nosotros lo rechazamos, porque siempre hemos dicho algo muy distinto. Esto es: que el soberano hereditario se encuentra en la mejor de las posiciones para gobernar bien, pero nunca hemos dicho que este buen gobierno se debiera a virtud algu-

na de su sangre. No habléis, pues, de nosotros, o enteraos antes de nuestro auténtico pensamiento.

Por otra parte, el papanatas vulgar, que tiene siempre algo de los doctores Toulouse, tiene a mano unos pequeños puñados de objeciones que no lo son. Resulta tan fácil disiparlas como acumularlas. Por ejemplo: un jefe imbécil puede nacer de un jefe inteligente. La naturaleza hace jugarretas de estas, pero tiene también salidas inversas: un jefe inteligente puede nacer de un jefe imbécil, y con esto queda restablecida la balanza. ¿Y si el triste período en que reina el imbécil acarrea males? Todavía serán menos que bajo el régimen de asambleas, las mejores de las cuales han hecho siempre lo peor. Entonces, ¿qué? Pues esto: la propiedad rural, industrial, inmobiliaria, mobiliaria, se trasmite por vía de herencia; cuando el heredero es incapaz, se ve asistido por tutores y consejeros. Pues bien, en la trasmisión hereditaria del mando hay recursos semejantes. ¿Que esto no es más que un mal menor? Concedido, pero no hay nada que valga más. Ved, si no, lo que pasa en la acera de enfrente.

Dejemos ya al vulgar que nos hace hablar como él habla. No se trata de una cuestión entre la imbecilidad y la inteligencia, ni siquiera entre la capacidad y la incapacidad. Por encima de estos valores fortuitos que el arte de la vida política utiliza como puede, tratemos de ver lo esencial de las instituciones.

Es un sueño el pretender que en todo momento de la vida de un pueblo haya a la cabeza del Estado el espíritu mejor dotado o el carácter más capaz; si, de todos modos, alguien quiere perseguir esta quimera, no tiene más que un camino: habrá que decidir que un campo cerrado está siempre abierto, que un escrutinio o una Comisión de examen funcionen permanentemente hasta que se logre saber quién es absolutamente el mejor de todos, con la reserva todavía de que en las profundidades de la población no se halle oculto alguien que lo aventaje. Que nadie se sonría ni nos acuse de establecer hipótesis de matemático loco. Si se mira al fondo de la psicología de la democracia, la carrera desenfrenada hacia este "mejor" enemigo de lo bueno constituye el resorte moral constante del régimen, el aguijón de los mejores, el pretexto de los peores, y,

sin que por ello resulte más seguro el progreso bajo ningún aspecto, es lo que hace que el Estado no tenga asiento ni el Gobierno reposo. A pesar de los períodos de tranquilidad aparente, la perturbación late sin cesar. ¿Quién no es el mejor? ¿Quién no es el más digno? ¿Y quién no pretende serlo? Cuando la voz popular clama por un dictador, no hay ningún hombre público que no responda en su fuero interno que el dictador soñado es él, no hay ningún militante alistado en alguna facción que no coloque a la cabeza del Estado a su ídolo, al jefe o patrono que se ha dado a sí mismo. El régimen electivo podría definirse, en psicología teórica, como un inmenso antagonismo, furioso o latente, pero incesante, de once millones de nuestros *yo* respectivos o de los delegados de nuestros *yo*. Natural es, pues, que en él todo sean intrigas, exámenes, votaciones, discusiones, batallas, que tanto perturban el Estado como minan la unidad de la nación. Como el debate tiene invariablemente por objeto el saber cuál es la mejor cabeza del país o cuál su corazón mejor templado, una de las consecuencias naturales del mismo será el convertir, en número creciente cada día, algunos de los más preciosos valores de la inteligencia y hasta del alma en unos amargados, en unos descontentos, siempre pendientes de una repetida querella por eternas revanchas de amor propio o de interés; así ocurrirá que unos auténticos valores se salgan del dominio (por lo demás, contaminado) de su ciencia, de su industria, de su arte o de su caridad para agitar los dominios colindantes, ocuparlos y perturbarlos con el eco de sus agravios. De nada sirve el que la existencia de un mundo particular a los políticos aminore un poco estos trastornos, porque esta nueva profesión constituye una herejía que especializa y acota para sí el terreno político, en vez de dejarlo abierto a todos, como exige el dogma. Además, esta profesión no constituye ningún círculo cerrado y, para mantenerse, tiene interés en reclutar seguidores de tanto en cuanto fuera de sus límites, y esto viene a aumentar los trastornos. Ya hemos perdido bastante con funcionarizar un cierto número de altas actividades del alma y del espíritu: ¡qué será de todo esto al embarcarlo en la gabarra permanente del sistema electivo!

Pero supongamos que por una vez se da en el más insegu-

ro de los blancos. Ya tenemos al ciudadano más capaz alzado sobre el pavés. Pues bien, todavía se ha errado el blanco. ¿Y por qué? Pues porque capacidad política y capacidad beneficiosa política son dos cosas distintas. El caso excepcional de Napoleón Bonaparte demuestra cuánto puede contra el bien de un pueblo el mejor dotado de los genios, el mejor hecho para conducir, si no se siente templado y limitado por ciertos elementos, el principal de los cuales es la preocupación por el bien público. Supo mandar, fué sobresaliente en el mando, pero, con todo, fué poco sensible a la preocupación de tratar con cuidado los intereses del bien público que pretendió servir. Por otra parte, el modo que había tenido para escalar el poder obligábalo a una defensiva agotadora contra las formas similares de ascensión y de usurpación. Basta con este ejemplo para enseñarnos cómo la autoridad del Mejor, cuando se logra designar a éste, se verá siempre roída por la amenaza de algún nuevo elegido del destino, ya que está siempre sometida a continuas tentativas de sustitución.

El bien y el anhelo públicos reclaman por igual la estabilidad en vez de estos funestos relevos; al perpetuo cambio, corresponden una emoción y un malestar continuos. Esto está comprobado. Medio siglo de penosa y estéril disputa por el principado habrá servido principalmente para enseñar a apreciar y desear el contrario directo de este grave mal. El mal que hay que eliminar es la emulación: emulación de los méritos, de los talentos o las ambiciones. El mejor soberano está libre de rivalidades.

En efecto, la competencia puede tomar formas particularmente peligrosas para el Estado y para la Nación. Para el Estado, si la competencia es libre, si el rango principal está reservado a la elección; el sufragio se compra lo mismo si se ejerce en la asamblea del pueblo que en una dieta de príncipes, de lo que resulta que el oro puede conquistar y secuestrar el Estado. Pero el oro puede, al mismo tiempo y por el mismo juego, desnacionalizar el poder, entregarlo a intereses exteriores y hasta enemigos. Y en esto estamos: un pequeño judío de Galitzia que apenas habla el francés llega a París, vende sus harapos, trafica, especula en la Bolsa; ya rico, se naturaliza, envía a su hijo al liceo y el hijo se gradúa, se hace abogado, profesor,

periodista y acaba siendo senador, ministro y presidente de la República. Nada se opone a este extraño *cursus honorum.* La Corona hereditaria conjura estos dos males: el poder a ella inherente no puede comprarse con oro y nacionaliza el poder, lo sustrae a las divisiones de los partidos, lo mismo que a la subasta de los traficantes y a la influencia del Extranjero.

Este género de soberanía es aquel ante el que el hombre se inclina más fácilmente. La ambición suscita por su propia virtud émulos, el talento inspira celos, el mérito envidia, y lo mismo ocurre con la felicidad cuando ésta va unida a las dotes personales. En 1813, cuando el espíritu público francés se ocupaba del posible sucesor de Bonaparte, Bruno de Boisgelin, que debía de ser bastante fatuo, puso algo de buen sentido en su impertinencia al dar esta lección de monarquía a Madame de Coigny: "Sobre este trono, en lugar de un soldado turbulento y de un hombre de mérito a cuyos pies nuestra nación, idólatra de las cualidades personales, se arrastraría, yo pido que se siente al primer Señor (Luis XVIII), después al señor conde de Artois (Carlos X) y así sucesivamente a sus hijos y a todos los de su raza por rango de primogenitura, toda vez que no conozco nada que menos se preste al entusiasmo y que se parezca más al orden numérico que el orden de nacimiento, y que más impongan el respeto a las leyes que el amor al monarca acaba siempre por destruir." El doctrinario Bruno de Boisgelin exagera. Hay un entusiasmo por el derecho real que es justo, pero es una pasión serena, y quien lo experimenta tiene conciencia de estar sirviendo un orden que él no ha establecido. La justa admiración de las personas reales no arrastra a la idolatría a que el culto de un césar lanza a sus secuaces, lo mismo si el césar ha surgido por sí mismo que si son ellos quienes lo han hecho surgir. El súbdito que rinde su homenaje a su rey, saluda en él al representante nato de la historia de la nación, y este sentimiento puede compartirlo con él todo el pueblo y no únicamente un solo partido; La Bruyère diría que este sentimiento es republicano y no cesáreo. Sólo que, como un bien impuesto por servicios seculares anteriores al nacimiento del súbdito, lo mismo que al del Señor, este respeto no supone para el amor propio más que un mínimo de sacrificio. El heredero del Trono está en él porque sí; su derecho, que deriva simplemente de haberse tomado el trabajo de nacer, dispensa a los demás de plantearse la cuestión del valor respectivo y de comparar el suyo al de aquél. Entre ellos no hay una medida común. Este poder personal es impersonal en su origen. El rey no es un competidor. Está fuera de concurso, no por propio mérito, sino por obra de la suerte: él nada ha hecho para reinar; la razón de su soberanía es ajena a él y depende enteramente de que vale infinitamente más para todos que sea así.

En efecto, el punto central es éste: lo que importa no es, ni mucho menos, el que en un momento dado (al que pueden seguir momentos muy distintos) la soberanía esté en manos del más digno ni del mejor absoluta o relativamente; lo que importa, por encima de todo, no es que el soberano reúna en su persona la mayor suma de inteligencia, de cultura o de virtud, por más que virtud, cultura e inteligencia sean preciosas para llenar su ardua función: lo importante es que un estrecho vínculo lo una, lo encadene fuertemente al cargo de soberano y que esté directamente interesado en él y mejor predispuesto que cualquier otro al cuidado de conservar y desenvolver los bienes a tal cargo anejos y a eliminar los males que podrían dar al traste con ellos. Funcional, antes que personal, su valor verdadero es aquel que le hará sentir el deseo de adivinar y escoger con el mayor cuidado los valores personales de que él mismo necesita para obrar debidamente.

Pues bien: ¿cuál es el lazo más estrecho y la fusión más fuerte entre funcionario y función? ¿Es acaso la atadura pasajera y que se suelta, o la que dura hasta la muerte. ¿Lo será un lazo vitalicio, o aquel que se lega a los descendientes, herederos y continuadores? ¿Un lazo definido por un edicto revocable, o el que es fruto de una apropiación definitiva? ¿Cuál es el hombre apegado a la casa o al campo, el que los habita porque los tiene arrendados por un período de tiempo, o el que los habita y les hace valer para él y para sus descendientes? Hay un medio de interesar sin reservas a un hombre en lo que hace, y consiste en lograr que su acción sea algo suyo y al mismo tiempo una cosa de los suyos para siempre. Que el bien público del Estado se convierta de este modo en el bien particular de su príncipe, que éste herede el mando del mismo

modo que hereda la sangre, su riqueza mobiliaria e inmobiliaria: este es el feliz resultado que corona el más natural y más elegante de los artificios realistas de la Historia. Nupcias de una raza y de un pueblo, identificación política de un Estado y una Casa. Los diferentes príncipes podrán sucederse con la extrema variedad de cualidades, de caracteres y de destinos que se observan en la línea de una misma familia: lo que variará siempre en menor proporción, lo que siempre será lo más duradero y más semejante a sí mismo, será el interés que preste a la cosa pública aquél que asuma los provechos y la honra de ella.

Puede equivocarse, ciertamente, como todos los hombres, sobre las exigencias de su interés y del interés público, que se identifica con él, pero a nadie le importará tanto rectificar el error y reparar el perjuicio cuando los haya. Si sus facultades son medianas, tendrá vivo interés en completarlas rodeándose de servidores bien dotados; un secreto aguijón le llevará sin cesar a esto, toda vez que a él le importa menos brillar que llevar de veras las cosas a buen término, porque el brillo del éxito le vendrá por añadidura. Si es de por sí laborioso, concienzudo, atento y capaz, será su propio ministro. Si su capacidad es grande, el punto de partida que su raza y su familia le deparan le permitirá ligar su nombre a su siglo, modelar éste a su imagen y a la imagen de su pueblo; de este modo es cómo el más grande de los Borbones da nombre al Reino de Francia en toda la tierra habitada. Pero admitamos aún que, obligado a hacerse suplir por curadores e intendentes, no haya tenido la clara visión que permite distinguir desde lejos los talentos útiles, y siempre le quedará el ser el primero a quien los resultados zarandean, el primero a quien los acontecimientos someten a prueba. Ambos efectos los sentirá mucho más de cerca que el término medio de los particulares.

La democracia dispersa lamentablemente el cuidado vigilante del interés público; aquí, en cambio, está providencialmente unificado. Lo que el príncipe tenga de corazón y de alma, lo que tenga de talento—grande, pequeño o medio—ofrecerá un punto de convergencia a la conciencia pública; la mezcla de egoísmo inocente y de altruísmo espontáneo, inherente a las reacciones naturales de una conciencia de rey—lo

que Bossuet llama su "patriotismo innato"—, se confundirá psicológicamente con el ejercicio moral de las obligaciones de su estado; el dueño de la Corona hereditaria es al mismo tiempo su esclavo, atado a ella como a un terruño sublime que es preciso labrar para poder vivir y para perdurar. De este modo, el instinto de conservación—de la conservación de un hombre y de una raza—se convierte en fianza del instinto de conservación de la vida de un pueblo. Espíritu que advierte, sensibilidad previsora que no pueden bastar a todo, pero sin los que la existencia de las naciones queda harto indefensa. Confieso que no comprendo a quienes cuentan los casos en los que ha fallado el resorte del interés dinástico o ha funcionado mal y que se preguntan irónicamente que para qué sirve entonces. ¿Acaso porque ocurre alguna vez que el timón flaquee o se rompa, en razón de ser de mala calidad, tendremos que construir navíos sin timón?

La cuestión de la capacidad personal del jefe hereditario puede zanjarse en algunas palabras: o existe o no existe. Cuando existe, los bienes públicos son inmensos. Y cuando no, todavía queda algo que no puede salir de la suma de voluntades, de sentimientos y de pareceres de millones de ciudadanos: queda lo que tiene de lazo de unión de todos, queda el puesto de rey, quedan el centro y el nombre, las formas y la cima viviente del Estado; habrá un ser débil, o quizá hasta malo, pero cuyas fibras conscientes permanecen interesadas en el bien general, y, mientras que en otro sistema van y vienen tantos ministros, tantos magistrados y presidentes, este ser subsiste inmóvil, atado por su pasado y por su porvenir al ser político común.

Puede equivocarse y pecar, pero, entre todas las faltas y errores, hasta criminales, en que nuestra naturaleza humana le haga caer, la que menos podrá cometer, la de que será más incapaz, será la de experimentar este despego, esta indiferencia, esta profunda negligencia, esta flor de ataraxia, insolente o cándida, que constituyen los caracteres de la democracia con relación a los intereses generales y vitales.

Entre todos los pueblos civilizados, acaso sea el nuestro el que más se desinterese del lote de soberanía repartido entre sus once millones de electores y elegidos. Ni los falsos elec-

tores de los comicios de 1924, en los que se hizo votar a tantos ausentes y muertos, ni la movilización de todos los pequeños intereses puestos en pie por las amenazas de economía y por los impuestos pueden engañarnos sobre el estado de espíritu del Cuerpo electoral francés. No es siquiera la inclinación, sino que, casi siempre, es el trabajo honrado y hasta el deber lo que aparta a los particulares, ya no diré del ejercicio cuadrienal del sufragio, sino de lo principal del examen, del estudio, de la fuerte preocupación que debería suscitar en ellos el simple hecho de vivir en democracia. La inmensa mayoría de los mejores, los más rectos, los más inteligentes, los mejor dotados, vive entregada, seria y discretamente, a las tareas que les impone la necesidad de sostener una familia, ejercitar un pensamiento, un oficio o un arte. Salvo raras excepciones, la parte que consagran al interés público es ínfima y todavía ésta se concede con reservas de prudencia y discreción fundadas en la complicación de los negocios, en la inevitable falta de informes seguros, todas las razones casi justas que hacen que un espíritu recto abandone la afición a la vida política a los elementos menos recomendables del país. En tiempo normal y una vez pasadas las grandes crisis, ¿quién se atreverá a comparar el vago e inconsistente interés que en todo francés normal despiertan los asuntos del Estado con el eco directo, la emoción profunda que estos mismos asuntos despiertan naturalmente en el ánimo del más pequeño de los guardianes de una Corona hereditaria, en el ánimo del más mediocre depositario del derecho real, por la simple razón de que en él lo público y lo privado no son más que una sola cosa y que lo que toque a uno de estos dos intereses alcanzará forzosamente al otro?

Se arguye con el caso de los hijos de familia despreocupados ante la ruina del patrimonio familiar, y es cierto que no es imposible hallar algún insensato hijo de rey a quien tenga sin cuidado la herencia de sus abuelos. Pero estos tales son el escándalo o el pasmo de la Historia. Por el contrario, nadie se extraña de que haya hijos incluseros a los que importa un bledo la ruina de la casa ajena, y lo sorprendente sería que les interesase. Luis XV ha sido el más execrado de todos los príncipes porque se le atribuye la frase de *después de mí, el Diluvio*; mas, a despecho de los manuales cívicos y de las predicaciones morales, la opinión y la costumbre no son nada severos con su sucesor, el ciudadano soberano, cuando se olvida de votar o de opinar en materia política. Se exige al príncipe aquello mismo que se agradece poquísimo al ciudadano. Este no ejerce la función soberana más que de una manera indirecta, por azar y accidente fortuito. Aquél, en cambio, está destinado y ligado a ella por la voz de un interés elemental, que es su propio interés: "el bien público—decía orgullosamente Luis XIV—para el que solamente hemos nacido". Más rey aún que gran rey, Luis XIV decía lo que sentía y sus contemporáneos se lo veían sentir. Y esta es la razón por la que el observador La Fontaine, haciendo la psicología de su rey, sitúa la facultad económico-política en las zonas naturales en que es más profunda la vida de los sentidos y del corazón: *"Para ver, no hay como el ojo del amo, pero yo añadiría siempre el ojo del enamorado."*

Amor e interés son una misma cosa. El interés se identifica con el amor a sí mismo en el viviente tesoro de que el rey es dueño, ya que dependen de él la vida y la muerte de tantos hombres, por lo que apenas hay egoísmo en aficionarse a ejercer esta magistratura hasta el apasionamiento. La esfera propia de la función real es del orden del sentimiento. Es una rama de la capacidad de ver, de tocar, de juzgar. *Si necesita algo*—añade nuestro fabulista—, *todo el cuerpo lo siente*. Y mejor se diría aún, al revés, que su función es el sentir la necesidad de todo el cuerpo. Antes que el resto del país se haya dado cuenta de lo que se necesita, él ha sentido la prisa de echar mano de los remedios. Allí donde el ciempiés democrático no siente nada, él tiene conciencia de los problemas y de las heridas y tiene la voluntad, el deseo y la necesidad de recurrir a las máximas competencias para resolver aquéllos y curar éstas. Su oficio es darse cuenta de cuándo hay que pedir socorro.

De modo que el sistema de gobierno que a primera vista parece exponer al pueblo a los azares de una tutela incapaz, es el único que con más frecuencia lo libra de ellos. Hemos empezado por negarnos a plantear de modo directo el insoluble problema de la capacidad del soberano y lo hemos resuelto

luego dando un rodeo. En vez de ocuparnos de la persona, nos hemos ocupado de la posición: la posición única desde la que el mando está más y mejor subordinado al bien público. El monarca hereditario no tiene la ciencia infusa de los hombres y las cosas, ni el sentido infuso del arte del gobierno, pero está mejor situado que nadie para rodearse de los hombres que poseen este sentido y este conocimiento, aparte no ser él el peor colocado para recibir de la naturaleza, de la tradición y de la educación alguno de estos preciosos dones. Lo que hay en él de azar, está de tal modo neutralizado, que la naturaleza del hombre, ya no digo su propio mérito, tiende por sí misma a corregir esto que queda de margen a la aventura indeterminada.

A mayor abundamiento, el mismo azar está rodeado de garantías y de favorables rectificaciones. Ya que para obtener la Monarquía hereditaria, en lo que es esencial a ésta, la hemos despojado de la amplia vegetación de las consecuencias naturales con que un reinado histórico efectivo la sobrecarga y la decora, idéntico escrúpulo de método nos ha hecho argumentar situándola en las coyunturas menos propicias. Hemos dado por no existentes, hipotéticamente, el alto valor medio de los príncipes, o hemos admitido que sólo la fuerza de la obra a que se aplican realza y salva a los príncipes de valor medio. Con todo, la Historia nos habla de sus talentos y sus virtudes personales. Los príncipes eminentes no son escasos, y aquellos de quienes una opinión frívola auguraba lo peor, han solido sorprender a sus contemporáneos. Acordémonos de lo que se decía del príncipe de Gales[1] cuando subió al trono: una vez en éste, fué su revelación. Acordémonos de la serie de los tres reyes constitucionales de Bélgica. Por lo que toca a Francia, donde una opinión descarriada obligaba a mayor miramiento, aun nos hemos empeñado deliberadamente en mostrarnos modestos al hablar de la obra de los reyes fundadores, y, aceptando, para abreviar, los puntos de vista de una historia oficial de poco más o menos y tan ignorante como hostil, hemos dicho con Frédéric Amouretti: "*Ciudadanos, os han contado que nuestros reyes eran unos monstruos; es cierto que entre ellos hubo hombres débiles, poco inteligentes, bastantes mediocres y licenciosos y acaso dos o tres malos. Pocos ha habido que fueran hombres notables; la mayoría fueron hombres de inteligencia media y concienzudos. Pues bien, mirad su obra: es Francia.*" Con todo—añade Auguste Lognon—, ¡qué admirable estirpe, qué sorprendente serie de talentos, de capacidades, de virtudes, la de nuestros príncipes Capetos, desde Hugo el Grande a San Luis, y cómo se explica por su honestidad, no menos que por su valor, en contraste con el espectáculo de las dinastías vecinas, el respeto del mundo y la fidelidad de un pueblo!

1. Alusión a Eduardo VII. (*N. del T.*)

Poco después, un escritor de espíritu muy independiente, M. Gabriel Boissy, a quien un feliz azar había llevado al examen de la obra escrita de nuestros reyes, salía de él maravillado de haber hallado semejante sucesión de méritos extraordinarios hasta en los de peor reputación. Al tiempo que aconsejaba la revisión del proceso de Luis XV (que Claude Saint André ha empezado), revisaba por sí mismo la causa de Luis XVII. Simultáneamente, nuestro Luis-Felipe encontraba, por fin, a unos justos jueces. Y Pierre Gaxotte reconocía en el desgraciado Luis XVI, restaurador de la Marina y de las colonias, libertador de América, un espíritu político por lo menos comparable al de los malhechores que lo derribaron. De modo que, confirmada una vez más la célebre frase de Madame Roland, nos damos cuenta de que el oficio de rey ha sido ejercido siempre, ora lo mejor posible, ora lo menos mal posible, por aquellos que en él nacieron.

Todos ellos aprendieron su oficio. Han sido muy raros los que saltaron de la cuna al trono. Si el azar del nacimiento parece dejar la corona a una especie de lotería, ni más ni menos que el azar de la elección, puede prepararse al heredero mediante la educación: ¿recibe alguna el elector? Y el heredero aporta, además, sin que le haga falta aprenderlos, el conocimiento expreso o difuso y la tradición recibidos de sus padres y de la atmósfera de su familia.

¿Y es sólo esto lo que ha recibido de ellos? Nunca hemos creído que la selección natural jugase en el hombre de modo que excluyera de las estirpes principescas los accidentes y las taras que se transmiten con la vida. *Por grandes que sean los*

reyes... Y la guardia que vigila... Malherbe y Corneille son dos monárquicos de buen sentido. Pero, independientemente de la grande y hermosísima fiesta que proporciona a la imaginación histórica el espectáculo de una raza de hombres que mantiene el vigor de su dominio sobre la larga cadena de los siglos, y sin contar el placer que no puede dejar de experimentar en ello cierto sentido popular de lo grande y lo duradero, la sangre corre y obra y el río de la vida nos acarrea algo más que malos gérmenes o que una mezcla indescifrable en donde el bien y el mal se anulan. Tanto práctica como científicamente, la raza aparece como un factor general que debe tenerse en cuenta. Es harto mal conocido para que pueda basarse en él ninguna ley, pero proporciona tema de observaciones físicas y morales que la política utiliza. El tipo de una raza de hombres ejercitada en el mando y consagrada a él, no es menos digno de ser tenido en cuenta que el tipo de una raza de caballos de carreras o de perros de caza. Si no me equivoco, han sido precisas largas experiencias en ratones para que se admitiera que hay una transmisión hereditaria de ciertas sensaciones intelectuales, visto que el cerebro del animal conserva y transmite la aptitud para comprender el sentido de un timbre, lo que ha permitido reconocer que hay dinastías naturales de artesanos, de sabios y de artistas. La sabiduría espontánea del género humano ha reconocido desde hace mucho tiempo que una familia buena es una buena familia, que la manera de pensar y de obrar de los padres se refleja en los hijos y que, conforme a la fuerte expresión mistraliana, la sangre tira más de los hombres que una maroma, y que, en una palabra, hay unas dinastías de jefes. Porque la influencia sea compleja y mal determinada aún, no por esto hemos de cerrar los ojos ni negar nuestra atención a las majestades natas que saben imponerse como el paso de la diosa y que hacen murmurar a la eterna Berenice consagrada al favorito de la gracia y la justicia de los tiempos "*que por muy obscuramente que el destino lo hubiera hecho nacer, el mundo, al verlo, hubiera reconocido en él a su dueño*".

En general, todo el mundo se complace en alabar la perduración de unos bellos rasgos mantenidos de padres a hijos como puede verse en el hermoso grupo ecuestre de los cinco

hijos de Luis Felipe. Lo que se dicute es más bien los linajes continuados. No obstante, es cosa que se palpa aun en un siglo particularmente hostil a la revelación de los talentos principescos. Un estratega eminente, el coronel Grouard, entiende que en 1870 los celos y el temor de Gambetta fueron lo que impidió que se diera un mando en jefe al primer estratega de la época porque éste era príncipe, el duque de Aumale. El conde de París, según el parecer de todos sus íntimos, juntaba, a una extraordinaria capacidad de trabajo, una seguridad de juicio y una claridad de ideas que hubiera autorizado todas las ambiciones si hubiese podido actuar como un simple ciudadano. Hace dos siglos y medio que los Broglie están establecidos en Francia, y en cada generación se hacen notar por servicios prestados con una curiosa constante del carácter y de las aptitudes propias a todos los trabajos del espíritu, de lo que dan testimonio los catálogos de las librerías y los registros de las Academias. Lo mismo ocurre, por lo menos desde hace tres siglos, con los Cochin, cuya significación está en la memoria de cualquier parisiense instruído. Es un hecho. Sin que baste, como ya hemos visto, para motivar el gobierno hereditario, que se apoya en otros principios, este hecho no desmiente en lo más mínimo la idea que hay que formarse de la Monarquía, sino que la rodea de elementos de confianza y de esperanza; al bien principal y necesario añade otros adventicios que tienen su precio. La herencia soberana es un bien en sí misma; sin mirar a la persona del heredero, este sistema de sucesión excluye las querellas, asegura la paz y mantiene unido lo que la rivalidad separa; es el más sencillo de todos, marcha por sí solo, como dice Bossuet, y, según la observación de Auguste Comte, transmite la autoridad del mismo modo que la propiedad. No es más injusta que la de otros bienes, tales como la riqueza o el talento, pero es menos peligrosa que otros dones naturales, por cuanto es conservadora y previsora y está impregnada de un vigoroso sentido del porvenir. No hay uno solo de sus riesgos que no sea inferior al riesgo igualitario y democrático. Recibe normalmente retoques y ampliaciones que la democracia no recibe más que por excepción. Se habla a todas horas de la educación del pueblo soberano, pero esta educación es un mito; en cambio, es un hecho

la educación del Delfín. El heredero, que valdrá lo que valiere, puede acabar valiendo más a consecuencia de una preparación excepcional, y, aun antes de recibirla, reúne ya más probabilidades que otro cualquiera de llegar a ser un hombre superior y de rendir servicios fuera de lo común. Este privilegiado caso es frecuente, con evidente beneficio para el interés público. Hay más aún. En Francia, si se habla de la Familia Real, la herencia monárquica no puede ser considerada como el único resultado feliz de una bella abstracción de mecánica política: a los puntos de vista críticos y a las deducciones lógicas, cuyo rigor no alteran, mézclanse otros elementos que tocan a la vida sentimental del país.

Los franceses no serían hombres afectuosos y razonables si la raza real que ha forjado su nación no recibiera de ellos el culto de estima y de amor que semejante beneficio exige. Un lazo moral ata a Francia con la serie de los jefes fundadores a quienes es muy justo llamar padres de la patria. Esta creación, proseguida consciente o instintivamente, pero con una inflexible fidelidad, nos presenta la imagen de una voluntad bien intencionada, digamos mejor, de una bondad que la Historia no desmiente. Aun en los príncipes más personales, el egoísmo puede alegar, casi sin excepción, la razón simpática y justa del gran designio territorial y nacional en el que cada uno de nosotros halla su sitio y su parte. Esta bella deuda de gratitud crece aún por una deuda de reparación. En efecto, todos podemos observar cómo, todavía en nuestro tiempo, se prosiguen ciertas venganzas seculares. El rencor de los protestantes para con Luis XIV ha corrompido tres cuartos de siglo de historia oficial, hasta que ha venido el reparador Louis Bertrand[1]. ¿Por qué el pueblo francés, guiado por historiadores justos, no iba a comprender que, si el odio tiene sus razones, el amor tiene otras más fuertes aún? ¿Por qué los protestantes mismos, entre los que se cuenta una mayoría de buenos ciudadanos, no iban a querer hacer el balance de los bienes colectivos de que participaron y que compensan con largueza las pruebas particulares a que se vieron sometidos? Y como esto puede extenderse del reinado del gran Borbón al de todos los Borbones, ¿por qué no iban a preguntarse si la doble intriga, protestante en gran parte, que derribó a Luis XVI y a Carlos X no habrá rebasado la medida del derecho que puede alzar una pasión de venganza, o si el interés general no ha sufrido por ella con exceso? Si el rey de Francia cometió excesos de poder con sus antepasados, ¿acaso sus antepasados no los cometieron también, y peores, en contra de la patria? Muchos de ellos lo reconocen. Sin abandonar su religión y su tradición, notan lo que hubo de desproporcionado en sus reacciones de antaño en Holanda, en Prusia y en Inglaterra. Han vuelto a encontrar a su patria: ¡pues que vuelvan a encontrar a su rey, padre de la patria! Esta unión de alma y cuerpo no puede discutirse; el signo creador es el primero de todos, y ninguno puede igualarse a aquel que los franceses tienen que reconocer en los creadores de su país.

1. Véase *Louis XIV*, por Luis Bertrand.

Este lazo se estrecha más por el recuerdo de tantas aventuras como hemos corrido a partir de 1789, de las destrucciones sufridas a partir de 1830, de las depresiones experimentadas a partir de 1848, en una palabra, desde que trasgredimos el axioma aristotélico que dice que las cosas no se mantienen como es debido sino mediante las causas que las engendraron. La revolución liberal y democrática prometió hacer cosas mucho mejores que la Corona, a pesar de lo que, todo ha ido mucho peor. Las ideas en cuyo nombre se anunció el progreso resultaron ideas falsas, como todo el mundo sabe, pero hay que saber también que los sentimientos y los juicios de que nuestros "tiranos" fueron objeto no resultan mucho más firmes. En el momento, pues, en que las mejores capas del pueblo francés experimentan la necesidad de sentirse gobernadas por uno solo, hemos de enseñarle por qué y cómo este arranque de aspiración monárquica se encamina, en el fondo, hacia nuestra realeza fundadora y conservadora. Esta institución, excelente en sí misma, es consubstancial a la historia de nuestro Estado, de nuestra nación y de nuestro espíritu; sus fuerzas convergentes corresponden tan bien a las nuestras, que, con el tiempo que pasa, lo que se perdió al perderla amenaza convertirse en algo tan importante como aquello que ganamos mientras la poseímos: ¡la unidad, la duración, la misma existencia!

Sólo por ella podemos salir de un desorden democrático y

republicano ya secular. Siendo, como es, la única forma de unidad de mando que elimina todas las diversas formas, incluso las especiosas, del mal que nos está minando y nos mata, no excluye nada de los nuevos hábitos del espíritu, personales y colectivos, que nada tienen que ver esencialmente con este mal que nos corroe; puede emplear todas las voluntades nacionales sin necesidad de proclamar su perniciosa soberanía; puede apelar a todas las fuerzas del sentimiento, sin debilitar unas con otras; puede ser popular, sin tener nada de democrática. Es algo nuestro, profundamente, sin que por esto deje de ser algo más y mejor que nosotros: resumen de nuestra Historia, incluídos nuestros errores, lo mismo que nuestras glorias, es al mismo tiempo nuestra ley y nuestro derecho en su prístina pureza; cuando se piensa que la raza llamada al trono, partícipe del error de las revoluciones, no puede tener a ningún francés como a enemigo hereditario, pero que ninguna otra en el mundo puede pretender con los títulos que ella al trono de las lises, esta mezcla de impuras realidades históricas y de inviolable y soberana legitimidad hace pensar que para Francia su Monarquía tradicional es lo que la idea es a la cosa en las bellas jerarquías de Platón.

IX

DE LA AUTORIDAD LEGITIMA

EL DERECHO DEMOCRÁTICO Y EL DERECHO NACIONAL

Ahora, desde hace algún tiempo y por un extraño cambio de frente, los defensores indirectos de las democracias y quienes lloran en secreto su decadencia se deciden a plantear la cuestión jurídica, lo que es mala señal, porque siempre se piensa en el derecho cuando la causa está perdida de hecho. Es tanto más fatal el signo, cuanto que todas las democracias son hijas de revoluciones violentas. Sus doctrinas se basan en máximas contradictorias entre sí, tales como la tesis de salud pública de 1793 y los principios del liberalismo absoluto de 1789 que han sido amalgamados por el hierro y legalizados con sangre. Tan inesperados legalistas, cuyo portavoz es un italiano eminente, el historiador Ferrero, formulan este conservadorísimo razonamiento:

"Atención. El mundo ha entrado en una nueva crisis gravísima. Una sola cosa le libra de la destrucción, y es la especie de orden moral que establece el fetichismo de la democracia, cuyo culto de las mayorías soberanas permanece en pie. Ella es de hecho la forma o, si se prefiere, la imagen del Derecho. Todos la obedecen. Cuando hayamos renegado de ella, ¿a quién obedeceremos? Ocurrirá entonces algo semejante a lo que ocurrió, como es sabido, en la civilización romana, cuando los emperadores, que habían desposeído prácticamente al Senado, pero que gobernaban con él y con la aristocracia, dejaron de aparecer a los ojos de la multitud como hechuras o asociados del Senado divino; entonces el poder surgió de los campamentos que proclamaron a sus jefes. Pero fué inútil que

éstos se intitularan césares o augustos, que no por ello fueron obedecidos, o bien lo fueron menos cada día, y en medio de una oposición creciente, en razón de que ya no mandaban en nombre de aquello que merecía el respeto de todos...

Y si esta exposición de las causas de la decadencia del Imperio parece algo sospechosa de ser interesada, ved—continúan nuestros autores—lo que ocurrió a la Edad Media en su paso a la Era Moderna. En los comienzos es el derecho divino el principio que impone obediencia: las disposiciones reales son promulgadas por la *gracia de Dios*. Pero después el derecho del pueblo sustituye al derecho divino, aunque no sin lucha; las conciencias vacilan entre el mando del rey, que invocaba el cielo, y el mando de la nación, que ya sólo se invoca a sí misma. Hoy el portazgo teológico y el real, el orden principesco y el divino están eliminados. Pues bien: si la invocación ritual del pueblo falla también, ya no podremos apoyarnos en nada. Tras de los dioses y después de Dios, el voto de la mayoría forja el mito legal que hace imposible el desorden. ¿Lo dudáis? ¡Pues cuidado! La violencia se aprovechará de las pérdidas sufridas por la única superstición que aun perdura."

Esto dicen, y no se expresan mal. Lo malo es la manera de pensar. Porque, ante todo, haría falta que la superstición que invocan fuera realmente viva. ¿Lo es? Esta es la primera cuestión. La segunda sería saber si tiene alguna fuerza. La tercera, si se cree en su influencia. Las respuestas, sobradamente claras, no dispensan de examinar una cuarta cuestión que consistiría en averiguar si la carencia de regla es más de temer que una regla perniciosa que engendra todos los males contra los que precisamente los hombres han inventado la barrera de la ley.

Ni el señor Ferrero ni aquellos que todavía quieren la democracia, dudan de la decrepitud de ésta. Y aun creen menos que la unanimidad de los contemporáneos se le mantenga fiel: "Las mejores selecciones burguesas y obreras van desinteresándose poco a poco del voto político, por entero en la mano de asociaciones manejadas por parlamentarios de taberna." Así se expresa un defensor de la democracia parlamentaria, M. Marcel H. Jaspar, en el *Flambeau* de Bruselas (febrero de 1924), y de análogo modo puede expresarse cualquier fiel de este culto.

Todos ellos saben que es falso y ven cómo se le abandona. El orgullo del voto se ha perdido. Nadie vota más que bajo la presión de intereses extrapolíticos, por ejemplo, la doble décima de los mil ochocientos francos. Ya no hay un solo razonamiento coherente que se refiera a un detalle cualquiera de las desdichas públicas que no conduzca a la crítica de costumbres políticas estrictamente ligadas a la democracia. Aquellos cuyo juicio sobre las cosas es norma para los demás empiezan a saber y aun a profesar que la democracia es el mal. Y no nos hagamos la ilusión de que esta falsa religión se haya refugiado en el pueblo. La doctrina y la fe democráticas se apoyaban en una selección que ya no las apoya. Prescindiendo de intereses personales, esta selección no puede reverenciar ni hacer que se reverencie como fuente del bien aquello que está viendo en la raíz de todos nuestros males, y sobre todo de los suyos. Interrogad al personal administrativo. El lenguaje oficial, que ya no engaña a nadie, no se mantiene más que gracias a sonrisitas hegelo-renanianas. Estos ornamentos han envejecido demasiado para tapar los huecos de un sistema que, en sí mismo, independientemente de la opinión del público, no es capaz de resistir el examen.

Queda aún la tesis histórica, que pesa en algunos, pero que no tiene mayor fundamento. No es cierto que el derecho divino de la antigüedad, el derecho divino medieval y el derecho popular se hayan sucedido uno a otro reemplazándose como si procedieran de principios antagónicos. De hecho, moderna o antigua, toda idea del derecho es divina. Tanto si se cree en el derecho del Senado romano, como en el del rey de Francia o del pueblo francés, este derecho supone, para quien cree en él, un signo sagrado que no recibe su carácter absoluto más que de una divinidad, cualquiera que ésta sea. Auguste Comte lo vió perfectamente: por practicismo, por horror de lo metafísico en todo, borraba de su vocabulario la palabra derecho. Los fundadores de la democracia moderna, protestantes como Rousseau, católicos como Lamennais, confirman la regla; su derecho del pueblo es un derecho divino. Así es que son divinos todos los derechos: no sólo el del jefe político (popular o colectivo, único o hereditario), sino también el derecho del

padre de familia, el derecho del propietario, el derecho del vendedor y del obrero. No hablemos del derecho, o aceptemos que trae consigo una garantía teológica.

No hay ningún derecho divino que sea particular. La gracia de Dios, invocada por los reyes de Francia, fué invocada también por todos sus colegas contemporáneos. Otro tanto hicieron las repúblicas cristianas. La inscripción *Jesus Christus rex Florentinorum*, trazada por Savonarola, o la conmovedora donación del reino de Francia al Rey del Cielo, por Juana de Arco, ilustran la ley general; en la diversidad de los tiempos y lugares a que hay que referirlas, estas imágenes sacras derivan de un principio mucho más extendido: lo que la Humanidad más venera—la autoridad—y lo que más le cuesta cuando lo piensa—la obediencia—nunca ha podido parecerle que provenía de sí misma y por esto todos los pueblos cristianos han promulgado la ley en nombre de Dios y todos los pueblos paganos han legislado en nombre de los dioses. La democracia francesa quiere ser laica, pero, a pesar de ello, sus verdaderos doctores confiesan las raíces celestes de su derecho popular; quienes pretendieron regularizar las cosas forjándose una teoría jurídica estrictamente laica, caen en una logomaquia que destruye cuando toca, empezando por la noción de un poder soberano en superlativo, *summus*, el más alto, el último de todos.

Cuando se ha querido rejuvenecer el "derecho" republicano ha habido que barnizarlo con las ideas de Péguy y hasta de Marc Sagnier, ideas que no tienen otro yerro en este punto que el limitar la glosa mística a la doctrina republicana. Esta glosa es común a todas las teorías de derecho. El error consiste en creer que la democracia es legítima entre nosotros. Pero, si lo fuera, sería divina. Los que no creen en Dios, o que sólo creen en El a medias, porque le niegan la personalidad, no por ello dejan de fundar el derecho y su autoridad en una fuerza superior a las cosas, un *nisus* o *impetus* evolutivo de la Humanidad o de la Vida, que adoran en secreto. Jaurès, Ranc, todos los Padres, colocan la República por encima del sufragio universal, lo que equivale a confesar que, derivado de lo trascendente, su derecho inmanente conserva un timbre de procedencia metafísica y que oculta un *Dios lo quiere,* aunque lo oculta bastante mal.

La evolución de la incredulidad puede obscurecer esta naturaleza religiosa y moral del derecho, cuyo sentido y alcance altera también por no formarse de ella una idea bien definida. Nos equivocaríamos si pensáramos que las edades de fe imaginaban que la unción de la consagración era la causa primera y última de la legítima autoridad: la Escuela exigía del poder merecedor de la consagración que fuese capaz de asegurar el *bonum commune;* y esta Escuela medieval pasó examen, lo mismo que nosotros, de los caracteres positivos de la autoridad. Y exactamente lo mismo, si se penetra en el fondo de las cosas, en 1924 estos caracteres positivos de la autoridad no alcanzan fuerza jurídica más que en virtud de las mismas condiciones que en el año 1300, es decir, en virtud de una condición mística. Mística panteísta o naturalista, pero mística. La mayoría que derribase la República sería juzgada por los doctores republicanos como atentatoria a las leyes de no sabemos qué progreso vital. En todo tiempo, una obediencia que no se otorga a la presión directa o indirecta, a la costumbre, a la utilidad privada, al agente de la autoridad, toda obediencia voluntaria y moral, se concede a algo de carácter sobrehumano. Por consiguiente, la clasificación del señor Ferrero sólo tangencialmente tocaba el tema, puesto que confundía legitimidad y consagración, el carácter en que se fundamenta la autoridad con el derecho que la reconoce y que la aurecla.

Es lícito, pues, el dejar a un lado el elemento divino del derecho que sabemos es la corona de todos los poderes y que no constituye fundamento directo de ninguno, si se exceptúa el caso de los reyes de Judea en la doctrina católica. Pero queda intacta la cuestión de saber qué es lo que crea los títulos verdaderos, las justas pretensiones a la consagración del derecho. Nos queda el contestar a esto poniendo en claro lo que justifica, en general, la obediencia a una ley, la autoridad de un tribunal y el respeto y la eficacia del poder de un Estado.

No será la aceptación por los súbditos y el pueblo. La aceptación no precede, sino que sigue. Es un efecto y no una causa. Es una consecuencia y no un motivo. La aceptación reviste su forma consciente y noble en los ritos de asentimiento o de aclamación. ¿Y por qué el pueblo concede el asentimiento o la

aclamación, cuál es la razón superior en nombre de la que se pide y se consigue este favor público con justicia y provecho? Esto es lo que estamos tratando de averiguar.

El autor del *Contrato Social* intenta escamotear la cuestión identificando al autor de la ley y a aquel para quien se legisla, al que la dicta y al que la acepta o la rechaza. Pero el sofisma, que involucra la voluntad particular con la voluntad general, se desvanece ante los hechos: ¿acaso hay un solo ciudadano que crea sinceramente que no obedece más que a su propio albedrío cuando obedece a unas leyes confeccionadas por unos diputados, por el simple hecho de contarse entre los electores de éstos?

Podemos preguntárselo a los buenos republicanos que estuvieron en minoría entre 1919 y 1924, y su respuesta no ofrece duda. ¡Bah! Esto puede creerse cuando uno forma parte de la mayoría. Sólo quienes se aprovechan de él atribuyen al escrutinio electoral la significación moral y venerable soñada por los teóricos de la democracia: el éxito de las mayorías es un fenómeno de fuerza que no inspira mayor respeto ni estimación que el éxito del golpe de Estado. Ello es tan cierto, que el vencido no se suma al vencedor, como sucedería si ambos abrigaran alguna fe en el sentido augusto de su contienda legal, en el valor moral de las soluciones halladas a través de una mayoría. El 4 de junio M. Painlevé decía a la Cámara: "El sufragio universal es el soberano de todos nosotros. Cuando habla, todos hemos de bajar la cabeza ante su veredicto." Pero es un hecho que nadie la baja. Todo el mundo se inclina ante la fuerza, pero el vencido odia al vencedor en proporción de la victoria de éste que procurará volver del revés y desvirtuar.

El ciudadano emplea el voto para sus conveniencias de momento, pero de ningún modo para imponerse una obligación o asumir una responsabilidad en la cosa pública. La voluntad popular está de tal modo horra de todo prestigio humano, que nadie piensa ya en pedir en su nombre a las gentes, no digo un acto de abnegación, sino ni siquiera una concesión insignificante. Cuando hace falta obtener un esfuerzo, se recurre a otros argumentos. En la admirable movilización de 1914, nadie marchó a la guerra porque ésta fuese aceptada por la mayoría, que la aceptó por los motivos más diversos, pero concordantes: el territorio, la sangre, la propiedad, la herencia, la injusticia de la agresión y de la invasión, el sueño y la esperanza de que se iba a hacer la última guerra, la filantropía universal y hasta el orgullo de la República: en nadie operó el sentimiento concreto, la idea espartana o estoica del deber de morir porque una mayoría o una ley lo hubieran dispuesto. Por el contrario, los electores soberanos de mayo anterior se habían pronunciado en sentido adverso, es decir, por el desarme.

La patria es una idea-fuerza. Centenares de millares de hombres le han sacrificado su vida. Por el contrario, nadie vive ni se hace matar por el derecho electivo, por muy cierto que sea que de él se puede vivir en cambio. No inspira ya ningún sacrificio voluntario. Los partidos comunista y anarquista lo repudian y se confían a la fuerza pura. *¡Abajo la democracia!*, gritan en pleno palacio Borbón, y, si bien se equivocan sobre la naturaleza del bien público, perciben que la autenticidad de este bien prevalece o debe prevalecer sobre las volubilidades de la mayoría. Si acaso ha existido alguna vez, el imperativo moral del voto es un monumento en ruinas. Muchos son los que han llegado a darse cuenta de que se equivocaban a cuenta de él, y otros muchos sacan la conclusión de que a cuenta de él los traían engañados. Esta es la opinión ilustrada en Francia. En Inglaterra, se matiza con un fuerte sentimiento de lealtad a la Corona y, al mismo tiempo, de conciencia de un estado de civilización material y de bienestar económico muy elevados. Durante la guerra, Inglaterra se ha sacrificado por esto. Los italianos pusieron en su sacrificio más substancia histórica, menos jurismo económico, democrático y moral: sus revolucionarios son comunistas y, por consiguiente, antidemócratas, y sus conservadores, nacionalistas más antidemócratas aún si cabe.

Estos estados de espíritu nacionales pueden hacernos adivinar los diversos elementos que integran el nuevo derecho, cuya forma sigue siendo una idea divina, mientras que su materia tiende a sacudirse la superstición de la ley de las mayorías. La tendencia es muy general. Y de ningún modo parece justificar la inquietud del señor Ferrero y de sus discípulos cuando se preguntan: —¿En qué van a apoyarse el poder, la

ley y el Estado? ¿Qué es lo que hará que los pueblos religiosos digan que es Dios quien ha establecido el poder y que los pueblos formalistas proclamen que satisface a la justicia, a la razón y a la naturaleza y que todos los pueblos indiferentemente admitan que es bueno? ¿En qué se reconocerá el fundamento de la obligación establecida por la ley y qué dará garantía de bondad al mando?

Respuesta: lo mismo que lo ha justificado y lo ha garantizado siempre.

El Gobierno legítimo, el buen Gobierno, es el que hace lo que debe hacer, el que lo hace bien, el que lleva a buen término la obra del bien público. Su legitimidad se comprueba por lo que tiene de útil. Se prevé que lo será cuando sus medios de acción, por su fuerza y su estructura, aparecen adecuados y proporcionados al objeto que persigue. El poder justo nace para proporcionar a los hombres lo que necesitan reunidos en comunidad y se reconoce su existencia porque se lo proporciona. Existe cuando existe este bien necesario. La ausencia de este bien revela la ausencia del poder, que se le ha abolido o que se ha descarriado o desvirtuado. La perniciosidad de un poder es señal y confesión de su mala naturaleza o de su mala estructura y prueba que es inepto para desempeñar su función.

Naturalmente, no puede hablarse del bien y el mal de las naciones como se habla del bien y el mal de los individuos. Estos disponen de un término medio de vida de treinta y cinco años, mientras que aquéllas, que cuentan su edad por generaciones de mortales, gozan de una especie de inmortalidad. Las expresiones bien público y mal público deben entenderse, pues, como bien durable o mal que se prolonga. Asimismo, debe tenerse en cuenta el grado de los bienes procurados o de los perjuicios sufridos. Cada punto de la escala supone posibilidades de duda, de debate, que el contradictor vecino aumenta o disminuye. Pero hay un cierto punto en el que la discusión se detiene y es el punto de criterio acerca del cual no caben ya dudas; es aquel que se llama la "salud pública"; un poder que no se basta para ella es un poder al que su propia incapacidad desautoriza. Por el contrario, un poder que asegura la defensa de

la sociedad y del Estado, adquiere un título indiscutible a la perduración. No es más que un título, pero que cuenta. La magnitud de la obra de salvación de la nación y de la patria basta a crear una disciplina y ésta ha aparecido lo mismo en los orígenes de Gobiernos transitorios y de Gobiernos seculares.

Bien público y mal público. Porque no eran capaces de garantizar la seguridad del territorio y de los pueblos frente a búlgaros y normandos, los carolingios cedieron el puesto a nuestros Capetos, y porque éstos fueron una protección eficaz, la unción de la consagración vino lógicamente a marcar su frente. Si la democracia hubiera proporcionado siquiera el mínimo de estos bienes, hubiese merecido idéntica consagración. Sus errores—agravados con el recuerdo de sus fastuosas promesas—que alcanzan, todos, a puntos vitales para la nación, imponen, racional y fatalmente, que se la elimine. La calidad de generadora de mal público es un título de ilegitimidad que ningún voto popular puede rectificar. La condena se deriva de los hechos. Los legistas tardarán más o menos en consignarla, pero todo el aparato y el vocabulario del derecho ya se inclinan del lado de aquellos que defienden la causa de la vida de los pueblos contra la causa de su perdición. Las mayorías podrán gritar, como tantas veces han hecho, *viva mi muerte y muera mi vida* [1], pero sus inconscientes palabras nada pueden alterar de las realidades que desmoronan un poder. Aunque no fueran más que ciento, o que diez, o no fuera más que uno solo quien lo dijera, el antídoto tiene que prevalecer sobre el veneno, aunque éste floreciese entre la hierba más agradable del mundo, como nos aseguraban hace sesenta años. El gobierno legítimo es el gobierno que nos salva; el que nos pierde es el ilegítimo usurpador.

Salgamos al paso de un equívoco evitando que nadie pueda creer que pensamos lo más mínimo en persuadir a los hombres de que se gobiernen en razón de su utilidad superior. Nuestro análisis no tiende a semejante quimera. Aquí no tratamos para nada de suscitar actos humanos, sino de justificar la ley que los regula.

Si creyéramos en la fuerza de la razón pura, no hubiéramos

1. Dante, citado por Maquiavelo.

descrito la operación en virtud de la cual el poder de hecho se convierte en un poder de derecho: éste, más aún que racional, es moral, religioso, cosa de sentimiento y cosa de fe. La regla útil al Estado y a la sociedad recibe de la creencia y de la opinión nacidos del sentimiento la energía que falta a la seca razón. De igual modo, poco más o menos, el matrimonio, institución de utilidad y de conveniencia social, deriva su eficacia imperativa del juramento que ata el corazón y del sacramento que ata la conciencia: justificado por las necesidades vitales de la naturaleza y de la especie, explicado por ellas, basándose en ellas en última instancia, el matrimonio vale y opera en virtud del rito sagrado que le confiere el carácter obligatorio y la digna sanción de una ley más que humana. Determinado gobierno es necesario a determinado pueblo. El buen gobierno será aquel que esté en condiciones de hacer frente a este género de necesidad. Una vez probado, con prueba racional o experimental, que tal régimen corresponde a esta función, dicho régimen será digno del sello religioso, del signo moral que deciden a las almas a su favor, lo consagran y lo legitiman.

¿Dónde radica el Bien público, raíz y esencia de la legitimidad? En la Edad Media, el interés público soberano, el *bonum commune,* parecía depender del contrato bilateral concluído entre vasallo y señor; entendíase que, universalizando dicho pacto, se podía asegurar suficientemente, junto con el respeto de las personas y la seguridad de los bienes, el conjunto del orden público. Nuestros revolucionarios ignoran demasiado, dicho sea de paso, que nunca la idea de Justicia y de Paz ha tenido en el mundo un papel tan importante. Pero no pudo sostenerse contra la anarquía natural del corazón humano, a despecho del poderoso concurso que significaba una ardiente vida religiosa. Surgieron dificultades nuevas que el sistema no resolvía (porque las variaciones del objeto hacen variar los medios de corresponder a él, y ya estamos de lleno en la relatividad de los tiempos y lugares) y entonces la era moderna vino a confiar el depósito de la soberanía y entregar la custodia del bien público a la Monarquía hereditaria, considerada como expresión viva y vigilante de los más profundos intereses comunes entre el rey y la nación. Ya se entiende

que estoy hablando aquí del rey de Francia y de la nación francesa. En Venecia, en Alemania, en Inglaterra y en las Ligas suizas, las cosas ocurrieron de otro modo y era natural que tomaran distinto rumbo, porque allí el interés público dependía de otras condiciones y porque los pueblos de Europa, a partir del año 1300, habían evolucionado originalmente según la diversidad de las necesidades propias de cada uno.

No obstante, bajo la influencia de la Reforma, los movimientos revolucionarios que fueron surgiendo por todas partes y cuyo tipo es la Revolución francesa coincidieron en equivocarse sobre el punto en que radica la soberanía. Se prescindió del *bonum commune.* Se tuvo por insuficiente el asentimiento, la aceptación, la aclamación que reconocían y ratificaban un poder digno. Se quiso sustituir aquél con un acto expreso de voluntad y de elección popular repetido con todo motivo y renovado sin motivo. Un procedimiento pasajero, la elección, pareció el órgano permanente de esta voluntad en ininterrumpido ejercicio, constantemente requerida, infatigablemente tensa. No se volvió a los principios de interés público y bien público más que bajo el látigo de necesidades imprevistas no inscritas en la ley de los regímenes. A pesar de tantos errores, el verdadero sentido de la soberanía no ha dejado de reaparecer bajo las máscaras más diversas. En el canto revolucionario frente al enemigo palpitaba un hálito de legitimidad:

La República nos llama...

Había también otra parte de legitimidad obscuramente concorde en la canción de fidelidad lanzada en el otro sentido:

¡Viva el Rey
y la cucarda blanca!
¡Viva el Rey
y el conde de Artois!

El primero de estos dos cánticos estaba en lo justo al querer rechazar a toda costa la invasión extranjera; el otro no se equivocaba al afirmar que la conservación de los colores reales era la verdadera garantía de unidad, de vigor y de independencia francesa. Pero *República,* o voluntad nacional ante

todo, venía a ser algo así como poner la carreta delante de los bueyes, hacer depender lo superior de lo inferior, el mando de la obediencia: cualquiera que fuese, el poder perdía la libre apreciación del bien, y su autoridad desaparecía. Pero *Monarquía* equivalía a dificultad de obtener el asentimiento de una parte de la nación. Por no poder entenderse, se pegaban los dos bandos y con esto se iniciaba un daño innegable, al que hoy están a punto de poner fin la experiencia y la crítica, pero sólo en virtud de causas que pertenecen al ayer.

Mas una crítica, por luminosa que sea, y una experiencia, por muy decisiva que resulte, pesan poco si no interviene el corazón del hombre para inflamar una y otra. Por dicha, ocurre que la discusión y la experiencia se dan en un campo trabajado, caldeado y como electrizado por un factor nuevo, que es el factor esencial de todo desenvolvimiento público contemporáneo.

Este nuevo elemento puede compararse, sin desventaja, a las ideas, a los sentimientos y a las fuerzas que han cambiado más profundamente la vida del universo. La sociedad feudal nació de la fidelidad al jefe y del deber del jefe para con su fiel. Las ideas de libertad y de igualdad políticas trastornaron y renovaron los dos últimos siglos. Cabe calcular un porvenir igual, por lo menos, para la idea cuyo irresistible poderío está a punto de reemplazar la idea democrática más de prisa y más por completo que ésta reemplazó la idea feudal. Todo cuanto la nueva idea toque con su fiebre se amplificará y multiplicará sin medida. Todo cuanto olvide o desdeñe parece condenado a secarse sin remedio. Y, no obstante, apenas si unos espíritus bien orientados empiezan a distinguirla hoy de su contrario absoluto.

Cuando en medio de alguaciles y guardias los jueces pronuncian su sentencia EN NOMBRE DEL PUEBLO FRANCÉS, entiéndese este nombre como el de una comunidad que elabora su ley expresando la voluntad de la mayoría de sus miembros, cosa que hace que todo oyente de buen sentido murmure que se promulga la ley en nombre de un imperativo que ha dejado de tener valor. Mas cambiemos a la fórmula un término, uno solo. Reemplacemos *pueblo francés* por *nación francesa*, o por *patria francesa,* dando a patria el significado de territorio en que han vivido los abuelos y a nación el movimiento de la raza en el pasado y en el porvenir no menos que en el instante presente. Y, más sencillamente, entendamos el término pueblo en el sentido próximo de patria y nación. Inmediatamente todo cambia de aspecto, de valor y de significado. Al imperativo desvalorizado, al lugar común vago o estéril, desdeñado u odiado, sustituye, dentro del espíritu, una nueva forma, tanto más brillante cuanto que la hemos visto decidir movimientos de voluntad espontánea hacia actos difíciles y generosos. La nación, la patria, concebidas no como la suma de obscuras voluntades, discutibles y revocables, de unos electores que hoy viven, pero que morirán, sino como una entidad superior que perdura mientras los siglos pasan y pasan las formas y los cuerpos, la idea de Francia así concebida, añadiría, pues, un nuevo poder de hecho al que ya posee, una nueva eficacia a la eterna influencia de su persuasivo encanto, el día en que, a consecuencia de una revolución política cualquiera, se convirtiera en soberana arrojando al soberano inhábil y nulo que la suplanta, en que el juez se resolviera a dar fe oficialmente de ello, en que el alguacil y el gendarme le prestaran el apoyo complementario de su fuerza material... Realicemos en hipótesis esta evolución jurídica: más allá de la agonía del derecho democrático, vemos alumbrarse la antorcha del derecho nacional.

Para medir exactamente su fuerza, hay que seguir sus progresos. Algunos pueblos que han dejado de tener la democracia como nervio de su acción y propulsora de su vida, se han colocado ya de modo explícito bajo el vocablo "nacional". Al principio, en parte. Poco a poco, totalmente, Italia es un buen ejemplo de esta evolución.

Los hombres del *Risorgimento,* que erigieron en norma de ley la voluntad expresa y consciente de sus compatriotas y contemporáneos según el derecho democrático individual, no pensaban sólo en los italianos que vivían en el momento en que ellos hablaban de los nuevos derechos a la vida de su joven Italia. Lo mismo que los Antiguos, y a diferencia de los hombres de la Revolución francesa, invocaban a los abuelos, la tradición, la tierra y los muertos. Su idea de Italia incluía,

claro está, a los veinte o treinta millones de italianos que intervenían en la lucha, pero incluía también a mil o dos mil millones de italianos muertos, a mil o dos mil millones de italianos que habían de nacer. Ya es conocida la hermosa fórmula que por aquellos días elaboraba para toda patria Auguste Comte. Con el tiempo, ha sido ella la que ha prevalecido en el esfuerzo nacional italiano. El nombre de una patria envuelve el sentimiento de la continuidad de las familias que se suceden sobre la tierra de los padres, en la que los hogares construídos, destruídos y construídos otra vez garantizan la identidad del espíritu y de la sangre. Pero una serie de hombres de cierta manera de ser común y que viven en un determinado sector del espacio y del tiempo no constituye más que el primer elemento de lo que llamamos Italia. El hermoso país habitado por los italianos, los padres de éstos lo acomodaron para ellos, y sus hijos lo adaptarán a sus nuevos deseos. Esta tierra fertilizada, humanizada y hecha mejor de este modo para el hombre italiano, conserva un verdadero bosque de edificios privados y públicos con el encanto de su antigüedad y a veces, en el ápice, el prestigio de la belleza. Añádense a las villas, a los palacios, a las iglesias, a los arcos y a las torres, los tesoros de la estatuaria y de la pintura que atraen al admirador, al copista y al estudiante. No tendríamos un cuadro completo del sentimiento italiano, ni el inventario de la riqueza que lo sostiene y lo inspira, si omitiéramos estos tesoros estrechamente ligados a las fuerzas del territorio y de la sangre. Y sobre estos testimonios inanimados brilla la lengua, la que habla y la que canta. Ella expresa un espíritu civil y religioso, la unidad católica felizmente conservada, y este espíritu traducen el ritmo artístico de los oradores, de los filósofos, de los historiadores, y el más vivo y más importante de los poetas y los héroes. Era algo sofístico el ir aislando uno a uno los caracteres nacionales para rechazarlos uno a uno, como hizo el autor de la famosa conferencia *Qué es una nación*. Si la lengua o la raza no bastan a caracterizar un pueblo, más insuficiente será todavía el reducir la esencia del mismo a la voluntad pasajera, a la insegura conciencia de los ciudadanos.

Barrès, Mistral y Goethe suponen la existencia de una voluntad, de un alma histórica, instintiva y profunda, comunes a

las fases sucesivas de la carrera eterna, voluntad simbólica que algo añade al simple conjunto de los anhelos de los ciudadanos presentes; pero esto es una hipótesis desenvuelta en el puro espíritu. Mejor es trazar la carta de los factores reales y tangibles que reciben a la vez algo del espíritu y del cuerpo. Las naciones tendrían vida efímera si sus hijos no estuvieran fuertemente dominados por los grandes monumentos en los que han encarnado, en materiales ilustres, el pensamiento o el alma de los padres y el genio de los lugares. De estos altos elementos brota lentamente lo que va dando cada día a la confusa multitud figura de un ser único y le hace invocar, con un entusiasmo que crece de edad en edad, el nombre propio y común que la enorgullece. Una patria elevada al rango de nación es una obra que sigue en gestación. Como hay que acabar aquélla, ésta continúa. Hace falta impulsar y guiar la acción sin disminuir nada de lo necesario ya conquistado, siguiendo las inspiraciones que la misma obra sugiere en el sentido de lo posible, razonable y armonioso. Así lo exige un egoísmo sagrado que se llama interés público; la más generosa de las guerras se ha resuelto con este espíritu y seríamos muy ingratos si no lo reconociéramos.

El ejemplo de Italia es muy bueno, porque su magnífica explosión de juventud ha hecho que presenciáramos un efecto palpable de las antiguas causas plásticas. Inglaterra pertenece al mismo tipo de nación completa. Francia es la primogénita. Estaba ya unificada en sus provincias del Norte en la época en que los invasores normandos de la isla bretona establecían en ella, con lengua francesa, un reino francés; en el tiempo en que Inglaterra no había hecho más que reanudar su evolución anglosajona, la Francia de *oc* estaba ya tan estrechamente ligada a la Francia de *oui* que nuestros armagnacs cooperaban con Juana de Arco a la independencia y a la unidad; la incorporación de Provenza iba a procurarla un compañero de Juana, René de Anjou. Aquí, como en todas partes, el tiempo hace la obra y la antigüedad la perfecciona [1]. Más que en ningún otro lugar del Occidente civili-

1. La perfección de esta antigüedad no perjudica a la obra, ciertamente. Un republicano extranjero amigo de Francia, José María Salaverría, escribía en *La Nación* de Buenos Aires, el 15 de julio de 1923:

zado, cualquier ser inteligente puede aquí identificar su país con la fuerza que creó casi todo aquello de que él vive; "*lo que nos une, lo que es nuestra razón de ser*", como decía Renán.

De este modo se ha adquirido conciencia del inmenso capital material y moral, indiviso, viviente y vital, que puede garantizarse a los franceses de hoy lo mismo que a los franceses de mañana y de un más lejano porvenir. Esta preciosa fuerza hereditaria que va unida a la significación de francés no hay quien crea que no valga la pena defenderla y salvarla junto con aquello que la protege y la fomenta. El mal sueño de la igualdad de los hombres y de los pueblos inútilmente se opone a ello, porque también el patrimonio de Francia es sagrado.

Por consiguiente, la obligación que tenemos de conservar y proteger el fruto del trabajo de nuestros muertos puede ser-

"Hay un momento en que la actitud de los nacionalistas y de los monárquicos nos resulta comprensible y justificada, y es cuando llegamos a la magnífica explanada de las Tullerías, o estamos frente a la majestad del Louvre, o el encanto clásico de la plaza del Palais Royal, o frente al Coro de Notre-Dame. Entonces el París nacido del seno del sufragio universal desaparece sin honor, todo lo que ha producido el régimen republicano francés huye ante nuestra vista.

La Monarquía, con todo lo que la Monarquía lleva consigo, podrá en otros países ser motivo de discusión. No sabemos hasta qué punto los reyes y la aristocracia son indispensables a la belleza y a la grandiosidad de Portugal, ni si Italia, pasando a ser una República, perdería su acento y su carácter particulares. Pero cualquier espíritu libre sabe que Francia, bella y noble como se ofrece a nuestros ojos, es un producto directo del antiguo régimen.

Y si me refiero a los monumentos, no es porque sean la única expresión de la acción monárquica y aristocrática. Los edificios y los jardines no hacen más que reflejar en la materia el ritmo del espíritu. La silueta que recortan sobre el cielo fino de París el Palacio del Louvre y los jardines de las Tullerías, el gesto de Notre-Dame cerca del Sena, son cosas que se armonizan lógicamente con los hábitos, la sociabilidad, la literatura y la lengua de los franceses. Conversación, elegancia, maneras, gestos, proceden de la Monarquía y de la aristocracia. Son ellas las que, a partir de los tiempos merovingios, pasando por las épocas de mayor esplendor, bajo la dinastía de los Luises, fijaron para siempre la belleza y la grandeza de Francia."

La palabra aristocracia hay que entenderla en un sentido nacional y amplio. Esta aristocracia nativa se halla lo mismo en los cantos populares de nuestros campos, en el rico mobiliario de los campesinos de antaño, en la indumentaria de sus mujeres, en nuestras casas municipales y nuestras casas burguesas, en todo lo que es muestra de un pasado que nos legó tan bellos testimonios de lo que fué.

vir para darnos a conocer aquello que es lícito mandar y que es lícito prohibir, lo que se debe eliminar y lo que debe conservarse. Allí donde la voluntad inmotivada del soberano elector arranca una carcajada universal, el interés nacional es algo que, en Francia, merece el asentimiento de las inteligencias equilibradas y la adhesión de los corazones rectos. La razón y el sentimiento se confunden y se apoyan mutuamente en la implícita o explícita fórmula de un mandamiento que sería: "*Si quieres que Francia viva, hay que querer esto o aquello.*"

Claro que la nación dominará sin sombras, en este hipotético imperativo, sólo en un pequeñísimo número de pensamientos alerta y de conciencias sensibles. Pero, toda vez que aquí estamos en el imperio de los sentimientos fuertes y los sentimientos blandos, un mayor número podrá ceder a las piadosas solicitaciones del coro de poetas:

Contará los puertos de Francia—Y las ciudades, los pueblos y los fuertes,—Irguiendo derecha una frente audaz,—Y una mirada que a los cielos desafía.—Dentro del recinto de nuestras bellas ciudades—Mil y mil artes se practican...—Sumad aún tantos dorados palacios,—Tantas cúpulas de templos venerados,—Tantos vencedores de laurel coronados—Y tantos espíritus a las musas consagrados.—Yo te saludo, ¡oh tierra venturosa,—Afortunada en pueblo y en príncipes dichosa!

Otros Ronsard hablarán del país como de la más hermosa de las cosas. Nuevos Chénier cantarán su diosa Francia. Las imaginaciones y los corazones así incitados tendrán con qué emocionarse y estímulos para el trabajo. Si un ciudadano cualquiera no es capaz de hallar por sí solo la fuente del derecho a que está sometido y de que se aprovecha a un tiempo, es demasiado grande el tesoro moral y material de los bienes nacionales para que su pensamiento, por sencillo que sea, esté totalmente cerrado a la idea confusa de que su porvenir, en general, está ligado al porvenir del compuesto francés. Como decía Mistral, sentirá cuán hermoso es el formar un pueblo y cuán hermoso el llamarse hijo de Francia. No podrá recordar sin repugnancia las sangrientas pruebas a que nos ha sometido la absurda experiencia del gobierno de las mayorías.

Por encima del nivel en que son posibles y reales semejantes sentimientos, ¿hay conciencia, voluntad y vida políticas? No hay más que hábito y costumbre, sorda concesión a la obligación y a la fuerza, cuyos flujo y reflujo son semejantes bajo todos los regímenes y que no forjan el derecho. Mantengámonos en esta zona superior en que nos encontramos y desde la que se difunden sobre los pueblos la verdad y el bien. Por la inteligencia que irradia del espíritu nacional, por los errores que excluye, por el orden de que es causa, por la abundancia y la paz que anuncia y, sobre todo, por la ferviente sensación de un común destino que un espíritu de profunda fraternidad alimenta, el derecho nacional tiende a conquistar una unanimidad de sufragios que no necesita ver metidos en una urna ni recontados en escrutinio.

Nos libraremos, pues, del derecho democrático sin que haya tenido que producirse ningún trastorno de religión o de moral. Por la razón principal de que "Dios lo quiere" o de que lo "quiere el Derecho", se admitirá, a título de razón secundaria y obligatoria, la sumisión a lo que mantiene el ser de la patria y, a través de ella, la sociedad de las personas y las cosas, ni más ni menos al modo que la razón primera de la voluntad divina impone la obediencia, dentro del cuadro de la casa y del hogar, a la razón segunda de la voluntad de los jefes naturales. Restablecida sobre bases justas, la obediencia contará con el apoyo de los motivos y los móviles de un amor mucho más natural y fuerte que ninguno de los principios derivados del amor a la democracia.

Este imperativo nacional es el más moderno de todos, y el mundo contemporáneo no conoce otro más eficaz. Podrá parecer que una revolución lo abate, pero lo reaviva, como el ejemplo ruso lo demuestra hasta la saciedad. El ejemplo de América, que tiende a la pura xenofobia, prueba cómo la plutocracia puede acabar mostrándose tan violentamente nacionalista como la Revolución y la Monarquía. Y la democracia estimula el nacionalismo en todas partes donde alguna tribu humana puede decirse: "*¿Y por qué no nosotros?*" O bien: "*Yo valgo tanto como cualquier otro.*" Bueno o malo, el porvenir es de las naciones. Lo que el pastor servio, el campesino búlgaro, el estudiante chino y el granjero-soldado otomano están empezando

a querer, va a penetrar para siglos enteros todas las profundidades del Africa y del Asia, de modo que lo que no esté fuertemente agrupado y unido en cuerpo de nación se halla expuesto a la amenaza de verse arruinado, destrozado y borrado del mundo de los vivos. La barbarie nacionalista no amenaza menos que la barbarie anarquista. Desde el punto de vista del género humano, estos riesgos de conflagración pueden asustar, pero son menos espantosos que los riesgos que entrañan los desgarramientos interiores que, con las armas modernas, han segado en Rusia más millones de vidas que lo que pudo hacer la guerra en el resto del mundo. Se pueden deplorar las competencias nacionales en interés por las naciones de vieja constitución que en adelante no serán solas en gozar de los privilegios de este régimen. Con todo, mientras la evolución lleve este camino, el Sr. Ferrero puede estar seguro de que, en los pueblos que aquélla arrastra, no hay que temer ni una verdadera crisis de disciplina y obediencia ni una profunda falta de mando. Lo que se pida en nombre de la salud pública, se hará, y lo que encarne más o menos la nación ejercerá sin grandes estorbos un poder vigoroso.

Lo inseguro es la suerte que podría correr una Francia en la que las anticuadas formas del derecho democrático estuvieran luchando por espacio de demasiado tiempo contra las realidades del derecho nacional. ¿Comprenderá, al fin, y sentirá la necesidad y la conveniencia de la Monarquía? Todo depende del grado de su sensibilidad a los llamamientos del bien público. Los huracanes del nacionalismo universal son muy propios para hacerla lúcida y valiente.

X

EL DERECHO NACIONAL Y EL REY

REFORMARNOS O DESAPARECER: bajo la fuerte presión de un mundo nuevo, no podemos dejar de darnos cuenta de cómo la idea democrática y la que es su complemento, la idea liberal, poco firmes en sus tesis, principio de desunión y debilitantes en sus efectos, llevan a dispersar al Estado en la vida social, en vez de concentrarlo en la función que le es propia, determinando de este modo un enervamiento nacional que facilita los planes de vecinos más pobres pero más ambiciosos. Porque estas ambiciones no siempre se manifiesten, no debemos creer que no existan, y la prudencia consistiría en aprovecharse del amortiguamiento momentáneo de las pasiones nacionales que nos circundan para proceder nosotros, ante todo, a los refuerzos que necesitamos, pero, si, habiendo dejado pasar una buena oportunidad, advertimos un día que el vecino prescinde de querellas intestinas, comienza de nuevo a concentrarse y a estrechar sus filas, no queda tiempo que perder: los pueblos destrozados por la democracia deben emprender el rápido retorno al único derecho que todavía puede salvarles.

Por lo que hace a Francia, tal retorno puede comprenderse de tres maneras distintas y de una cuarta por añadidura. Esta última, que yo llamaría primera, pero que no puede realizarse hasta después de las otras tres, es aquella en que ante todo y más espontáneamente se piensa: la reforma de la educación nacional. La disciplina mental que han sabido darse es lo que mantiene en pie a los grandes pueblos nuevos. El alemán ha podido resistir a la ruina y a la revolución de 1918 y conservar los lazos de unión mediante el desenvolvimiento del espíritu político y militar del general resurgimiento, porque se

hizo su educación política siguiendo sin desfallecimientos el camino nacional marcado por Fichte en 1808 y mantenido firmemente en la escuela primaria lo mismo que en el Gimnasio y en la Universidad. Polonia se ha salvado asimismo gracias a la escuela, y Bohemia debe a ésta su renacimiento. El grado de centralización a que los franceses están acostumbrados, y, en una cierta medida, su gusto por la misma, no les permite esperar gran cosa de una propaganda intelectual completamente privada y libre a la que faltase el concurso del Estado: nuestro Fichte será ministro de Instrucción pública o fracasará lamentablemente. Pues bien: de su éxito depende la reforma del Estado.

Otro tanto puede decirse de los reformadores sociales, cualquiera que sea la fórmula feliz de la emancipación obrera o de la incorporación del proletariado que hayan descubierto. No hay ninguna nación moderna sin una economía industrial, obrera y patronal profundamente unida al espíritu y a la substancia de la nación. El Imperio alemán caminó sin tropiezos en esta dirección difícil porque se había inspirado por igual en las nuevas necesidades y en las tradiciones. Asoció sin reservas a su obra los Sindicatos: masas y jefes. Los mismos agitadores eran funcionarios suyos y hombres de su confianza, como pudo verse en 1914. Pero, en una democracia republicana a la francesa, el principal objetivo de los políticos consiste en hacer servir a lo que ellos llaman clase obrera a su interés; la separan, pues, de la sociedad en vez de incorporarla a ella y la hacen revolucionaria en vez de ligarla a instituciones de libertad y de propiedad. En esto también todo depende, pues, del carácter y de la voluntad del Estado.

El teorizante francés que sintetiza, desarrollándolo mediante puntos de vista originales y nuevos, el esfuerzo de la ciencia social positiva a partir de Comte, Le Play, Vogelsang y el marqués de la Tour du Pin, el autor de *La Nueva Economía* y de tantos otros planes directores de renovación social, nuestro amigo Georges Valois, ha tenido el acierto de hacer perfectamente sensible la prioridad de la reforma política: ni Solón, ni Suger, ni Sully, ni Colbert, ni Villèle, ni todos estos reformadores reunidos, podrían hacer nada contra el inmenso malestar que trasforma al obrero en agente internacional y

hasta antinacional, si no empezaban por aplicarse a la reforma de nuestro Estado democrático y divisor, a su transformación en Estado monárquico unitario.

Otro tanto diremos de los intentos de reforma administrativa o territorial tendentes a unir a los patriotas con la patria, a los ciudadanos con la ciudad. Ciertamente, el esfuerzo descentralizador es una pieza indispensable de la reconstrucción general. El lazo de unión nacional debe refrescarse y renovarse en sus fuentes: la provincia, la comarca, la ciudad, el pueblo, el hogar. Hay que devolver, lo mismo a los campanarios de nuestro lugares que a las acrópolis de nuestras provincias, un poderío de vida autónoma que los regenere. Francia es una federación histórica creada en torno del federador parisiense. Este elemento federador es valiosísimo desde todos los puntos de vista, pero no debe atar ni sojuzgar a los elementos federados. ¡Sean, pues, éstos lo que deben ser! Y, si han dejado en alguna parte de serlo, que lo vuelvan a ser atrevida y generosamente. Por la conciencia y el amor de nuestros más humildes cimientos, que empiezan en la parroquia, en la pequeña ciudad, o en el barrio de la grande, pueden y deben renacer la conciencia y el amor del compuesto nacional entero. El patriotismo a lo Déroulède debe vestirse de un patriotismo a lo Barrès. A la vista de nuestra generación se ha hecho en Francia un buen progreso en el sentido de esta reviviscencia. El patriotismo francés se perdía en la abstracción jurídica y en el burocratismo grato a las democracias. Mistral y el felibraje, los barresianos del Este y los del Oeste, particularmente el grupo bretón, con Le Goffic y sus amigos a la cabeza, han vuelto a hallar la substancia concreta que es el alimento y el estimulante de toda dialéctica nacional, cuando, partiendo de cualquier punto del tiempo o del espacio, de la historia o del territorio, tiene como punto de convergencia la capital, el Estado. Pero el Estado no puede aún sancionar este esfuerzo centrífugo que conduce al centro por los caminos más seguros: mientras el Estado siga siendo democrático, mientras continúe siendo electivo y siga necesitando el Poder contar periódicamente con el elector a través del funcionario (como lo hemos copiosamente demostrado), la descentralización no será más que un sueño y habrá una razón de más para exigir una reforma del Estado en sentido contrario del espíritu democrático.

Empezad, pues, por reformar el Estado. Las democracias fundamentan su orden—tan triste, tan pobre y tan débil—en la voluntad, el bienestar y la comodidad política y social del individuo en el presente. Una reforma emprendida en nombre del derecho nacional empezará por tener en cuenta lo que Paul Bourget llama ingeniosamente las "dimensiones del tiempo"; el pasado le suministrará lecciones, precedentes, balances de pérdidas y ganancias, "debe" y "haber", perjuicios y beneficios; el cuidado del porvenir tasará el consumo y estimulará la producción, impulsará la moderación y la iniciativa, la prudencia que anda con cuidado y la precaución que funda y emprende. Pero el derecho nacional buscará un órgano de estas funciones de la permanencia y tendrá que reconocer que el individuo pasa y la nación perdura. Y la nación perdura por un fenómeno independiente de las opciones de la voluntad individual. Nadie escoge lo que ha de ser, nadie determina ser francés, sino que se nace tal. La nación sale del nacimiento; ya lo dice la palabra: *natio, natus.* Las ideas de nación y familia, que son casi idénticas, tienen un ritmo concorde. Quien quiera prolongar la nación, ha de querer prolongar las familias, faltándole las cuales, aquélla se disuelve y perece. Una nación que quiere nacionalizar su Estado, empieza, pues, por devolver al elemento estable y continuo de la familia, en cualquier parte en donde la encuentra, lo que el individuo, átomo vagabundo, había usurpado saliéndose de los límites de su fuerza y de su bienestar.

¿Vamos a sacrificar al individuo? El derecho nacional no sacrifica más que aquello que ahoga la vida del individuo ahogando los factores de que ésta depende. El individualismo democrático queda relegado, de derecho y de hecho, a una sola función del individuo, precisamente aquella que él desempeña difícilmente y mal: la función cívica. El derecho nacional considera al Estado según la función natural en virtud de la que se hace posible la vida de los hogares y de aquellos que en ellos viven, a saber: el trabajo más o menos diferenciado de los jefes y los miembros de cada hogar, la profesión de cada uno

y su oficio. La misma función cívica será tenida como un oficio en la medida en que lo mismo que un oficio se ejerce, se especializa y se aprende.

Hay un primer grado de función cívica y es aquel que consiste en gozar del patrimonio del país y en sufrir de sus males, en enriquecerlo con la propia riqueza y el propio trabajo, en gravarlo con la propia pobreza o la propia ociosidad, en pagar los impuestos, en percibir las rentas, en defender el territorio, en contribuir a la restauración del orden cuando es perturbado, en apoyar al Gobierno que defiende la vida y la hacienda de los ciudadanos, en dar opinión sobre los impuestos y las ganancias, en delegar una representación cerca del Poder para hacer conocer a éste lo que se desea y lo que se ve con disgusto. Este es el dominio del sufragio universal que hay que guardarse mucho de suprimir o restringir. Es justo y natural que todos participen en este grado tan tenue de la vida cívica, y, puesto que todos pueden hacerlo, el deber de hacerlo es inexcusable. Más allá de la posibilidad, el deber y el derecho se acaban.

El carácter de la democracia consiste en prolongar el deber y el derecho mucho más allá de las posibilidades de llenarlos, sólo que para hacer creer en estas falsas posibilidades adopta un camino falso [1]. Lo que los interesados no hacen por incapacidad, hace que lo ejecuten mandatarios suyos que ella

1. Algún lector malicioso acaso nos pregunte quién es ella, quién es esta dama Democracia; tal vez crea que estamos realizando una abstracción. Pero la lectura de la *Encuesta sobre la Monarquía* le demostrará que no hay nada de esto. Existe en verdad una democracia *activa* y operante, una oligarquía democrática para engañar y manejar al sujeto pasivo, elector, al que se quiere persuadir de que es un verdadéro rey. En virtud de una coincidencia histórica llena de sentido y que equivale a un homenaje a la ley natural de los grupos sociales, aun cuando éstos adoptan un carácter antisocial, el reclutamiento de esta oligarquía otorga un gran papel al normal y doble factor de la herencia natural y de la tradición histórico-religiosa. Porque, en efecto, se recluta entre los judíos, los protestantes y los metecos, todos ellos sindicados en la francmasonería. Mi teoría de los Cuatro Estados confederados, hereditarios soberanos de la República, puede servir de contraprueba a la teoría de la herencia en la Monarquía, expresión del bien nacional. A los republicanos que conservan el espíritu francés cabe decirles: habéis derribado a vuestros jefes natos hijos de vuestra raza, pero estáis soportando a otros jefes natos extranjeros o desnacionalizados y que os están desnacionalizando a vosotros mismos.

recluta, paga y ceba para que conviertan en botín propio la hacienda pública: es la tribu vergonzosa y la secreta corporación de esos políticos amos y gananciosos de un Estado que explotan y saquean. Son ellos quienes gobiernan al tiempo que se esfuerzan en ilusionar a cada individuo haciéndole creer que quien manda es él. Aristófanes enseña cómo se hace esto en la discusión del bonachón Demos con Agoracrita.

El derecho nacional dice la verdad al individuo, o, para hablar correctamente, a la persona, al hombre que no es más que un hombre, al ciudadano que no es más que un ciudadano. Este hombre es lo que puede ser, hace lo que puede hacer, pero allí donde se acaban sus medios de acción acaban sus deberes y, por consiguiente, sus derechos. La política es una ciencia porque es un oficio, o, mejor aún, un arte—arte de servir el interés general—que supone instrucción, educación, aprendizaje, competencia, y no puede dejar de contar con las condiciones naturales de todas estas cosas. Asimismo, ha de excluir a los intrigantes y los aventureros. Debe ejercerse a plena luz. Admitido así, ha de ofrecer garantías de gestión útil al mismo tiempo que compensaciones e indemnidades legítimas. El quid está en interesar en el honor, en la abnegación y, si cabe decirlo, en el desinterés.

Ya hemos visto con qué dificultades tropieza la idea de un poder fundado en el nacimiento cuando la discusión se sostiene con el lenguaje individualista del siglo pasado. Pero hablemos el lenguaje del derecho nacional, y todo se allana, se alumbra, y las fuerzas del discurso y sus naturales analogías trabajan en nuestro favor. Se advierte que, si la nación está compuesta de familias, una familia o varias la dirigen. Si el nacimiento es el carácter de mayor importancia en el fenómeno nacional, si todo depende de él en primer término, ¿cómo este elemento primordial de la nación estaría ausente del Estado? Ambos elementos se complementan, en lugar de contradecirse. Si el Estado quiere salvaguardar el elemento nato de la nación, ha de tener como objeto esencial la salvaguardia de las familias y le interesa ser él mismo una familia: entre las necesidades a que debe responder y el elemento nativo del poder nato, hay, actuantes, afinidades esenciales.

Este cambio del punto de vista cambia, pues, las objeciones

en facilidades, lo contradictorio se convierte en complementario y la democracia aparece, por contraste, como la más perniciosa paradoja que pueda aplicarse a la prosecución del bien público.

La acción política y cívica pasa de la zona de los individuos a la zona de las familias; hay que tener en cuenta nuestras familias profesionales: militares, comerciantes, industriales, marítimas, obreras, a las que la naturaleza forja y dispersa como todas las demás cosas, ya que ninguna de ellas es algo fijo ni cerrado, por más que los hábitos históricos conserven en ellas naturalmente, y aun iba a decir que voluptuosamente, a la mayoría de sus miembros como en el lugar del menor esfuerzo o del esfuerzo más fácil y más fructuoso. ¿Hallaremos acaso en este orden un clan de familias políticas? Empecemos por llamarlas políticas. Es justo dar una denominación honrosa cuando el oficio es confesado y se ejerce con preparación y adecuación. No hay duda de que en nuestro país (verdad es que acaso menos que en otros) un cierto número de familias nobles y burguesas sobresalen entre las demás perpetuando, con su patrimonio, además de un sentido nacional afinado, un vivo espíritu del servicio público y unos hábitos de clientela y de mando local o regional. Allí donde el individuo que vivía de la política era un intruso, a menudo peligroso, la familia dedicada a la política sabe lo que se hace y, mediante su perduración, prueba que da tanto como recibe. No disimula su obra, sino que la publica. No le dice al pueblo que reina ni gobierna, sino reconoce que lo administra, lo gobierna y que de este modo le sirve. Caracterizadas por la educación recibida y transmitida, por la tradición conservada, por el rango moral mantenido, tales familias sostienen la carga, llenan sus deberes y suben al poder parcial o total según los países. Estos elementos de aristocracia, ¿representan una tendencia a la Monarquía? Esto suele decirse, pero no es así, sino todo lo contrario. Si en Francia hubiera un fuerte vivero de tales familias políticas estables, habría menos probabilidades para el gobierno de uno solo que para una República aristocrática. Pero es otra cosa lo que encontramos: en el número importante, pero limitadísimo, de las familias señoriales o capaces de serlo, encontramos una que, desde hace mil años, las domina, las disciplina, las guía y las reduce al bien del país. Drumont la llamaba la familia-jefe. Y como la situación de la familia-jefe está en relación directa con las conveniencias del interés nacional, el derecho nacional tiende a pedir de esta familia que asegure la dirección en jefe del servicio público y a entregarle el mando único de que el espíritu público manifiesta sentir una aguda necesidad.

¿Dudaremos a pesar de todo? ¿Nos preguntaremos aún qué será mejor, si el mando de muchas familias o el de una sola? Bajo el gobierno de toda aristocracia republicana, el sentimiento público corre el riesgo de disolverse en las competencias de las dinastías de Capuletos y Montescos, harto fácilmente armadas unas contra otras; el bien público zozobra pronto en estas rivalidades de intereses, cuyo mal está en que muchas veces son tan respetables y legítimos los unos como los otros y sólo la voluntad de un jefe puede dirimir la contienda. El sentimiento nacional francés no ha tendido jamás a ser una república de príncipes o de ciudades, como Alemania o Italia. Salvo en ciertos casos privilegiados que más adelante indicaremos, la República aristocrática no es más que la razón social de una rivalidad entre familias-jefes a las que ningún principio superior obliga a ponerse de acuerdo: "¡ausencia de un príncipe!" La República burguesa presenta en Francia el mismo vicio: nuestros intereses económicos varían muchísimo de región a región y, si se les permite constituir el Gobierno, es decir, combatirse los unos a los otros, sin otra ley que su libertad, ésta nos lleva al borde de la Estigia como la cola de la hidra de La Fontaine: ¡otra vez la "ausencia de príncipe"! Si no tiene en cuenta este peligro, un Gobierno constituído merced a continuas negociaciones entre firmas rivales, cada una de las cuales quiere todo cuanto puede obtener, oscilará fácil y pesadamente del pro al contra y nunca será otra cosa que el signo de una diferencia en la sustracción de los totales de las fuerzas en lucha. Al término de esta lucha sorda, el país quedará gobernado por la pequeña diferencia que separa una minoría de una mayoría: miseria o barullo... ¡El príncipe, el príncipe, el jefe!

Por el contrario, sustituyamos la rivalidad de diez, cien o mil familias-jefes por el reinado de una sola designada, no por

ella misma, sino por las relaciones que sostiene con la nación. Adoptemos la familia-jefe que encarna el trabajo político, el esfuerzo nacional, la función unificadora y conservadora de que ha salido toda la nación. No hay discusión honrada posible: es la familia de los Capeto-Borbón-Orleans. No hay competencia posible. No es que nosotros la escojamos, sino que la historia de la Patria nos la da tal cual es. Hay un punto de vista nacional en el que todo el mundo puede accidentalmente situarse, pero es justamente aquel en que se mantiene siempre y vive como en su elemento una estirpe que por espacio de mil años ha tenido como oficio el llevar a cabo la unión y la dirección del país. En él se circunscriben su orden de función y su plan de acción, el campo sensorial de su inteligencia y la misma línea de su vida. Está especializada en él profesional y secularmente, ya que no tiene otro oficio ni otro interés que la protección y el desenvolvimiento del país que *es suyo*. Al fin, la idea más amplia de la nación halla el cobijo necesario a su seguridad, y el derecho nacional, su depositario, su funcionario, en la cabeza y el consejo de un personaje a quien su puesto mismo vincula al máximo de provecho y bien públicos: el Rey.

Porque no basta con el gobierno de la familia real. En virtud de las razones irrefutables que han militado ya en favor de la unidad, la Monarquía que el Estado necesita se impone en la más alta de sus cimas: la familia-jefe necesita un jefe a su vez, pero escogido y designado en su seno tal como ella misma lo ha sido, no por la elección del presente, sino en virtud de las selecciones del pasado, no por el sufragio de todos ni de algunos, no por la suerte, sino en virtud de una regla de utilidad. Desde el punto de vista de la nación, lo mejor es que el primogénito sea sin discusiones el primero que ocupe el Trono, y tras él quien de él nazca en este orden de primogenitura. Importa que así ocurra a fin de que, en el correr de los tiempos, en cuanto se diga el "*Rey ha muerto*", pueda decirse "*¡Viva el Rey!*", y que el mundo entero esté acostumbrado a que se le diga, como lo hacían nuestros legistas de Tolosa y de París, que "*el Rey de Francia no muere*". Síndico nato de todas las familias, símbolo nato de todos los oficios, federador nato de todas las provincias, que en él saludaban a su unificador,

representa al frente de la nación todo cuanto ésta tiene de constante e idéntico, todo aquello que, salido de la profundidad original, quiere y puede tener la garantía de áureas cunas futuras.

No cabe imaginar un poder más digno de gratitud y merecedor de esperanza, ni más conforme a las exigencias de la razón. Ni el mando ni la obediencia están aquí solicitados al absurdo modo que lo son en las democracias, como tampoco se imponen del violento modo que se usa en las tiranías. Todo aquello que la nación puede contener de augusto y de venerable, a un tiempo que de juvenil anhelo, el heredero del Poder Real lo evoca y representa. Su oficio verdadero consiste en invitar a lo más selecto de su generación a colaborar con él en favor de un progreso dentro del orden que obtenga el asentimiento práctico de la casi unanimidad del país.

Y esto ¿cómo? Por una parte, no hay que perder de vista sus Consejos que vigilan en su nombre la Administración, y, por otra, las representaciones de los intereses locales y profesionales sucesivamente federadas y confederadas. Nuestros padres decían: "Al rey con sus Consejos", el gobierno; "al pueblo en sus Estados", la representación. Esta dirá lo que la contenta y lo que la desplace, o hará ver qué es lo que falta y qué lo que sobra. Aquéllos se ocuparán de conformar a estas manifestaciones las exigencias del bien general. La confusión democrática acaba, pues, de este modo. No más acumular las distintas funciones de representación y de gobierno en un sistema contradictorio en el que un mismo ser se cree, contra toda razón, gobernante y gobernado, soberano y súbdito [1].

Quien medite en ello, echará de ver cómo la doble vía de los Estados locales o profesionales y de los Consejos reales abre a un tiempo a la actividad política del país, a los talentos administrativos de los individuos, una amplia carrera: sería ri-

1. Jules Lachelier (citado por M. Jacques Chevalier) decía. "La soberanía del pueblo reemplaza la autoridad de la razón por la voluntad común, cuyo carácter es ser insegura y caprichosa. El gran error de la democracia consiste en confundir a súbdito y soberano, en olvidar que la verdadera libertad consiste esencialmente en obedecer sólo a la razón, en subordinar la forma (o alma) a la materia, lo uno a lo múltiple. La democracia representa el trastrueque de todos los principios, el pecado contra el espíritu." Lo que ya es mucho decir para un discípulo de Kant.

dículo considerarla estrecha, si se tiene en cuenta la extensión del Estado moderno. Lo cierto es que el resto del país puede desentenderse de inútiles cuidados; por fin se ve libre de la política; de la de los políticos, claro. Todos los que no votan y no quieren hacerlo, todos los que se ocupan de producir y de trabajar sin que les tiente la idea de vivir de una elección, todos los que integran esa inmensa y fuerte masa del país a la que de ningún modo puede representar un jefe elegido (hechura de un partido al que se debe), todos cuantos no pertenecen a ningún partido o no pertenecen más que al de la raza y del suelo patrio, en una palabra, el *país nato,* la nación, se ven naturalmente reflejados en el jefe nato, que no es, a su vez, más que un producto de esta *naturaleza nacional* antigua y más durable que una voluntad nacional de ocasión y pasajera. Lo que esta masa quiere en todo momento es que no la opriman, tener paz, no tener que sufrir ninguna guerra inútil y vivir, vivir ante todo, pero vivir orgullosamente de lo que es y de lo que crea, como decía Proudhon. Fácilmente consideraría la necesidad de deliberar sobre los asuntos generales que ella ni conoce, y sobre los que no tiene discernimiento, como una necesidad artificial comparable a un narcótico importado de Inglaterra y vendido en Europa para negocio de sus fabricantes [1]. Esta masa

1. Fustel de Coulanges dejó entre sus papeles una nota que dice así: "Si imaginamos a todo un pueblo ocupándose de política y desde el primero al último de sus miembros, desde el más ilustrado hasta el más ignorante, desde el más interesado en el mantenimiento del éstado actual de cosas hasta el más interesado en acabar con él, poseído de la manía de discutir los negocios públicos y de intervenir en el gobierno; si observamos los efectos que esta verdadera enfermedad causa en la existencia de millares de seres humanos; si calculamos la perturbación que introduce en cada vida, las ideas falsas que hace nacer en muchedumbre de espíritus, los sentimientos perversos y las pasiones de odio que incuba en legión de almas; si echamos cuenta del tiempo que se quita al trabajo, de las discusiones, las pérdidas de energía, las amistades rotas, la anudación de amistades ficticias y de afectos que en realidad no son más que odios, la delación, la desaparición de la lealtad, de la seguridad y aun de la cortesía, la introducción del mal gusto en el lenguaje, en el estilo, en el arte; la división irremediable de la sociedad; la desconfianza, la indisciplina, el enervamiento y la debilitación de un pueblo, con las derrotas que son consecuencia inevitable de ella; la desaparición del verdadero patriotismo y hasta del verdadero valor, las culpas que es inexcusable que cometa alternativamente cada partido, según va llegando al poder en condiciones siempre análogas; los desastres y el precio con que hay que pagarlas; si se calcula todo esto, forzoso es decirse que esta especie de enfermédad es la más funesta y la más peligrosa epidemia que pueda caer sobre un pueblo, que no hay ninguna otra que aseste peores golpes a la vida privada y a la pública, a la existencia material y a la moral, a la conciencia y a la inteligencia, y que, en una palabra, nunca hubo en el mundo un despotismo tan dañino." (Citado por Paul Guiraud en su libro *Fustel de Coulanges,* pág. 244, en nota.)

apolítica puede muy bien ser, en cambio, una auténtica selección social. Lo esencial de ella concuerda con lo esencial del poder real en el desdén por la falacia de la soberanía popular, la agitación de los Parlamentos que la explotan, las disputas y las competencias por el primer puesto, que, para bien del pueblo, "la Monarquía secuestra", como decía Renan, pero que envenena a la República, como lo patentiza la historia entera de los inquilinos del Elíseo. En resumen y sobre todo, esta masa trabajadora y ahorrativa desconfía cada vez más ante los esfuerzos de una alta finanza internacional que ha rapiñado el oro y capta, gracias a él, la opinión, y que, valiéndose de esta opinión esclavizada, crea un régimen con el que sojuzga al país: la Monarquía nacional recobra la severa figura de gendarme y de juez, que constituyó su aspecto más popular, frente al oro inconfesable y frente a la agitación ruinosa y la verborrea infecunda. Cuanto haga en favor de la independencia del Estado, de la inflexible justicia y el respeto del orden material y moral, será tenido por poco y por muy bueno por los individuos y por las distintas clases. Lo que la antigua Monarquía poseyó, no de más ciertamente, pero sí plenamente y en grande, o sea el sentidó agudo y fino de la buena licencia que es tolerable y el del desorden que una rápida acción de policía debe atajar prestamente, este sentido—repetimos—todo el mundo lo echa muy de menos y lo desea, por lo que, en cuanto reapareciera, sería gozosamente aclamado por el instinto natural del país.

El único enemigo que antaño hubiera podido interponérsele en razón de que el Poder Real había tenido la desgracia de abandonarse a él, el error revolucionario, felizmente va de vencida en todos los medios ilustrados. Lo único que podrá sobrevivir de la democracia será un deseo de demofilia fraternal; la quiebra del liberalismo habrá servido para aficionarnos a

los sentimientos de tolerancia y de curiosidad que pueden imperar gustosamente en una sociedad refinada, a condición de que no usurpen la menor parcela del gobierno del Estado.

De modo que, en nombre del Derecho nacional y bajo el imperio de las necesidades nacionales, el nacionalismo arrebata la soberanía al número inerte de los individuos y la devuelve a la nación que perdura y que trabaja y que el rey personifica y simboliza. Al llegar aquí, el lector republicano objeta: —¡Pero vuestro hombre-idea, vuestro hombre-nación, vuestro rey de Francia, concebido como una especie de dios francés, va a encarnar fatalmente un nacionalismo cerrado, exclusivo y belicoso! Cosa en la que el lector republicano, nutrido de falsos prejuicios, se equivocará una vez más. Estos no le dejan ver la realidad. Cabría temer un nacionalismo de esta suerte si el derecho nacional quedara abandonado al estado simple y bruto de instinto popular, pero es que nosotros lo desarrollamos íntegramente hasta hallar su medida y su perfección en el rey, en el derecho, el consejo, el poder personal del rey, con lo que se hace consciente, racional y responsable. Ya nada tiene de multitudinario, grosero ni bestial. Se ha humanizado. La historia y la estructura de la Monarquía patentizan que está demasiado interesada en el bien de la nación para dejar de manejar todos los frenos necesarios ante un caso de conflicto internacional. Muy fuerte ha de ser este carácter pacífico de la Monarquía cuando aparece aun en pueblos germánicos o mezclados a Germania: Luis XVI, al resistir a los republicanos de la Legislativa, no expresaba menor deseo de paz que el abrigado por Carlos I-IV de Austria-Hungría contra los pangermanistas que lo traicionaban. El mismo Guillermo II fué el último defensor de la paz frente a su feroz pueblo. En parte, puede provenir el fenómeno de que, en su ser íntimo, la Monarquía hereditaria es el más nacional y al mismo tiempo el más internacional de todos los poderes.

En efecto, a partir de la edad moderna, el régimen de matrimonios hace que penetre, en cada generación de las familias reinantes, en su Corte y, por ella, en el conjunto de la nación, como un reguero de sangre, de alma y de espíritu exteriores que hace que sus pueblos no puedan vivir con demasiada obstinación concentrados en sí mismos y que el espíritu

nacional no se estanque. Nuestra juventud nacionalista ha podido sentir dudas sobre la conveniencia y la oportunidad de esta costumbre, y la evolución moderna podría tender a restringirla o a suprimirla, como parecían anunciarlo ciertas innovaciones de la Corte de Inglaterra en 1914 y 1915, y, no obstante, no es nada seguro que la nueva costumbre sea mejor que la antigua. Los pueblos del mundo se comunican entre sí en virtud de la mano de obra, de las finanzas, de sus comerciantes y sus marinos; no hay mal ninguno en que se comuniquen también por la cumbre de las altas selecciones directivas, con tal de que el interés nacional permanezca defendido como lo es por el interés dinástico y con tal de que el corazón del país, representado por los grandes batallones de las clases medias, permanezca suficientemente fiel al espíritu del terruño. Será siempre deseable que estos intercambios aireadores procedan de acuerdo con las grandes líneas de las afinidades de cultura, de religión y de espíritu: tal matrimonio sajón o eslavo no resultó tan favorable a los reyes de París como tal unión florentina o madrileña, pero, bien que vigilado en su aplicación, el principio merece perdurar, porque contribuye también al equilibrio de los planos sociales, toda vez que una reina de cuna de pastora es menos apta que una reina nata a secundar el esfuerzo de su regia pareja; además, un lazo de parentesco entre los jefes de Estado, abanderados del derecho nacional respectivo, puede contribuir a la inteligencia, al acuerdo y la paz entre las naciones que conducen. El medio que preconizamos no siempre es útil, fracasa algunas veces y aun diremos que a menudo: ¿pero habremos ganado mucho cuando no preste el menor servicio en virtud de habérsele desterrado totalmente?

Un rey de Francia así dotado de numerosos elementos de comunicación con todas las Monarquías y las aristocracias del globo, tendría muchas más probabilidades que nuestros presidentes y sus ministros de realizar un designio de paz con orden y dignidad. Como no son ningunos charlatanes, los monárquicos no prometen que la guerra vaya a terminar. Tampoco preconizan, como los demócratas, este "guerra a la Guerra" lleno de gérmenes de lucha y que tanta sangre ha hecho derramar. Cuando las democracias se ven constreñidas a la ne-

cesidad de servir el derecho o el interés nacional, saben colmar la medida de hecatombe. La Historia demuestra que la Monarquía es una servidora más prudente, más razonable y más humana. Emprende las menos guerras posibles y las emprende lo más útilmente que se puede. Su última gran guerra en el siglo XVIII no fué la segunda guerra de los Siete Años, como se enseña comúnmente (porque su resultado fué fatal), sino que fué la grande y afortunada guerra de América, comenzada en 1778 y acabada en 1783 y sobre la que se prefiere no decir nada antes que pasar por el apuro de tener que decir que, si Luis XV perdió nuestras colonias, Luis XVI reparó la culpa de su abuelo, reemprendió la restauración del Imperio colonial, separó a Inglaterra de sus colonos y dejó establecida la amistad de París y de Wáshington. No faltaron filósofos que reprocharon acremente a la Monarquía esta obra del "gran Vergennes" [1] como una locura. También reprocharon al mismo ministro la ruptura de nuestras alianzas, pero, por el solo placer de destronar a Luis XVI, los discípulos de tales filósofos, adueñados de la Asamblea Legislativa, declararon, el 20 de abril de 1792, la guerra a Europa entera. El motivo de su crimen fué confesado públicamente por Brissot desde la tribuna de la Convención el 3 de abril de 1793, cuando, acusado por Robespierre de haber favorecido a Dumouriez "en contra de la libertad", restableció la verdad recordando que, en los Jacobinos, había sostenido y *probado* que la guerra era "el único medio" de poder acusar al rey y que la Constitución monárquica "no podía caer más que gracias a la guerra"; que tal parecer fué seguido por la Legislativa que "declaró la guerra por unanimidad y sin discusión." "Fué ella sola—añade Brissot—, fué esta Asamblea *quien, guiada por un principio de republicanismo, declaró la guerra a Austria.*" A Austria y al mundo entero. Guerra que duró veintitrés años y costó millones de muertos a la Humanidad. A Francia le costó su poderío marítimo en Trafalgar, en 1805, y su poderío continental, en 1815, en Waterloo. Tal es el "republicanismo". Tal el idealismo republicano. Quiere la paz de palabra, pero de hecho lleva a la guerra.

1. La frase no es de un francés, sino del americano Dr. William Guthrie, de Baltimore, al cual envío mi saludo desde estas páginas.

Cuando, treinta y tres años después de Waterloo, la República y sus revolucionarios volvieron al Poder, se dieron buena prisa en llevarnos de gran guerra en gran guerra —Crimea, Italia, Méjico—para acabar en la catástrofe de Sedán. Nacida en Sedán, y aterrada por el desastre, la tercera República cayó en el exceso opuesto, que se la aparecía como un puerto seguro: dedicada más cada día a no pensar sino en la paz a toda costa, aun a costa del desarme, se atrajo, al cabo de cuarenta y cuatro años, cuatro de una guerra inmensa, y aun no sabemos a qué nuevas operaciones sangrientas pueden arrastrarnos nuestros últimos años de paz democrática después del armisticio.

En cambio, en el único período no democrático, no republicano, del siglo XIX, desde 1815 a 1848, Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe supieron concertar el derecho nacional y la humanidad asegurando a los franceses una profunda paz. Sus limitadas empresas nos valieron ventajas, prestigio y provecho, tal como la expedición de España, la liberación de Grecia, el sitio de Amberes, la conquista de Argelia, verdaderas empresas de antiguo régimen, en las que sólo el Estado estaba en armas y no se movilizaba la masa del pueblo. Hay que leer este hermoso capítulo en la magnífica *Historia de Francia,* de Jacques Bainville. En estos tres reinados no hubo ninguna gran guerra, por más que la quisiera una parte del pueblo, la parte liberal y democrática.

Un Nepoleón III, elegido de la masa pacífica, hechura de los conservadores, tenía la obligación de mover guerra a Europa entera para aplicar las ideas democráticas y sostener los intereses de la "libertad". Aunque elegido por el mismo partido, Luis Felipe, príncipe real, pasó dieciocho años de su vida defendiendo la paz de Francia contra los caprichos guerreros de los hombres de la Revolución y del Imperio; si se quiere saber cómo lo logró, no hay que olvidar, ante todo, que aquel patriota tradicional halló el concurso del vigilante espíritu internacional que albergaban entonces otras dos testas coronadas: Victoria de Inglaterra y Leopoldo de Bélgica; los tres trabajaron por el mismo benéfico designio que sus Parlamentos estaban muy lejos de favorecer. Pero el rey de los franceses hubiera trabajado por él con menos éxito, y no hubie-

ra encontrado tan seguros colaboradores, si no hubiese tomado la precaución de poseer al mismo tiempo ciertos elementos indispensables para que le respetaran, tales como buenos y sólidos ejércitos, buenos y numerosos navíos, con los que ni los más poderosos sentían ningunas ganas de medir sus fuerzas en tierra ni en mar. Quien es lo bastante prudente para no abusar de la fuerza, debe ser bastante fuerte para poder dar el ejemplo de su prudencia.

Quien quiere asegurar la paz, ha de quererlo con decisión, pero debe ponerse en condiciones de que nadie le imponga la guerra: ni demasiado amante de su fuerza, ni embriagado por ella, se guarda de que nada lo arrastre más allá de lo que es de razón. Esta clase de razón difícilmente va unida a un poder que la imponga y la practique en tanto que la nación no dispone de una tradición de Estado y de una información de Estado, en tanto que no cuenta con los consejeros y agentes fuertemente especializados que el poder con doble carácter nacional e internacional del rey nato y suscita y multiplica. Ya hemos visto cómo la Monarquía francesa es legitimada por las necesidades esenciales del país. Si su derecho nacional necesitara un complemento de razón de ser y una comprobación en el exterior, nada habría más justo que invocar los servicios que su espíritu federador y moderador es capaz de rendir a la causa de los pueblos y de la paz.

"Conocer a Europa como un ciudadano conoce su ciudad", dirá Jules Lemaître hablando de Su Alteza el señor duque de Orleans, no es ninguna mala condición para llevar nuestros negocios algo menos mal que la cambiante cohorte de esos ministros, de los cuales, nueve entre diez, no saben ni una palabra de su oficio antes de dedicarse a él. En su curioso libro *The Purple or the red* (Púrpura real o rojo bolchevista), un escritor americano, Mr. Charles Hitchcook Sherrill, no ha podido dejar de expresar su admiración por la severa educación que reciben los jóvenes herederos de los viejos tronos de Europa. Sus funciones representan más cada día una sabiduría activa en medio de las democracias entregadas a la demencia y a la inercia. O las naciones, ebrias de sus intereses y sus pasiones, queriéndolo hacer todo *por* sí mismas y que todo sea *para* ellas solas, llevarán a las últimas consecuencias sus sueños

más ambiciosos—lo que forzosamente las hará sucumbir ante el endemoniado pensamiento de destruirse unas a otras, hasta que el globo se convierta en un desierto—, o el instinto de conservación hará que pidan de nuevo a la raza internacional de los reyes que tengan en alto las banderas de sus nacionalidades históricas para sostener su derecho, es decir, lo que les es necesario, y, en cuanto a lo demás, negociar las inteligencias y los acuerdos de la vida común. En el estado de división en que se halla el alma del mundo, hay poca esperanza de llegar de otro modo al concordato de una verdadera paz. Aun en esta dulce Francia, en donde hay inteligencia y espíritu de paz para dar y tomar, un nacionalismo enérgico, robustamente apoyado en las virtudes guerreras del país, se distinguirá apenas de un imperialismo revolucionario bonapartista si se confía a las zaragatas de los Gobiernos de partido y de los Gobiernos de opinión: en tales condiciones, una cierta exaltación popular y, por mejor decir, populachera, será inseparable de los movimientos patrióticos más sensatos: todo se decidirá febrilmente, sin clarividencia ni previsión del porvenir. Unicamente un Gobierno real tiene medios de actuar sobre la opinión y de cooperar con ella sin exasperarla ni excitarla peligrosamente. Sus capacidades de razón y de prudencia, de maniobra y de medida son casi ilimitadas, tal como las posibilidades de maleficio y de delirio en la República y la democracia. El poderío real va unido a la inteligencia que el sentido nacional aguijona, y las fuerzas del mal, siempre presentes en la vida, son reducidas al mínimo de acción nociva.

* * *

Los inmensos daños que se han seguido atestiguan en nuestros días que acaso sea ya tiempo de tener en cuenta tantas verdades, patentes pero desdeñadas. Son verdades generales abstractas, y tal como van pueden parecer un poco frías y alejadas de la vida. Con todo, ésta se las tropieza a cada paso. Cuanto se hace por evitarlas, lleva de nuevo a ellas. Los cambios de principio que aconsejan, deben hacerse sin más tardar. Porque apenas hay cambio limitándose a cambiar los hombres, y es inútil que los mismos hombres cambien, porque ninguno

escapa a la *constante* de la democracia histórica, que les impide hacer lo que quisieran o quisieran querer y les hace hacer lo que no quisieran o temen querer. Ello es tan cierto, que nuestros moderados y nuestros patriotas republicanos se encuentran exactamente allí donde se encontraban sus predecesores de la Asamblea nacional de 1871, de la buena Cámara de 1893-1898, de la reacción nacional de 1912-1914. Por no haber querido tener en cuenta la evidencia, por no haber tenido la buena voluntad y los buenos sentimientos que los animaban la base regular y el resistente apoyo de una Monarquía capaz de hacer perdurable el buen estado de espíritu del país, helos aquí sumidos de nuevo en una crisis de anarquía y de revolución que puede costar cara al país y a ellos mismos. ¡Quieran los dioses cambiar el augurio! Pero nos llevamos instintivamente las manos a los ojos tratando de no ver la mucha sangre que va a correr de nuevo.

Desde hace sesenta años, nuestros falsos prudentes han creído poder suplir la Monarquía mediante esas rectificaciones de personas, llevadas a cabo ora en la administración, ora en la Ley o merced a pequeños cambios de postura y de dirección. Cabe registrar estos esfuerzos de adaptación sin condenarlos demasiado a condición de sentir y hacer que todos sientan su inconsistencia e inanidad.

¿Quién ha dado más pasos hacia la derecha que el presidente de la República saliente? El Millerand de 1924 no se hubiera reconocido en el Millerand de 1894 si se le hubiera podido tropezar en la calle, y sus sueños del Elíseo perseguirían como a un fantasma inadmisible el recuerdo de sus campañas contra su predecesor Casimir-Périer; al amigo ferviente de Dreyfus, el que en 1899 amenazaba con separarse del gabinete Waldeck-Rousseau si Dreyfus no era inmediatamente indultado, le costaría trabajo reconocer en su espejo al ministro de la Guerra de 1912 que declaraba querer el restablecimiento del Ejército francés en el mismo estado en que se encontraba antes del *affaire* Dreyfus. Pero cayó. Si acaso sube de nuevo, no podrá ser más que a uno de los sillones desde los que nada durable ha podido hacer.

Otro famoso adaptador: boulangista en 1899, anarquista en 1900, reaccionario en 1910, colaborador de la ley de tres

años de 1913, de nuevo comunalista después de su Ministerio de 1915-17, M. Briand, ha resbalado otra vez hacia el acuerdo revolucionario con el Extranjero. Acaso cambie de nuevo todavía. Nunca hemos oído decir que sus transformaciones hayan servido a nadie más que a una clientela sospechosa de sórdidas intimidades.

Del todo distinto, casi opuesto, he aquí a uno de los antiguos compañeros de Briand, salido de la caverna de la guerra social y de droguería abortiva presidida por una bandera encenagada: M. Gustave Hervé prodiga hoy los consejos de repoblación, de patriotismo y de religión. ¿Qué es lo que va a hacer ahora que la muerte de M. Millerand lo ha dejado fuera del Estado? Y aunque fuera presidente de todo y de todos, ¿qué podría hacer sin la reforma de aquél? Cierto que quiere reformar la Constitución dentro de la República, lo mismo que, en 1913, se pretendía corregir el régimen electivo por medio de la panacea proporcionalista. *¡Adelante, adelante!*, le grita al oído la lógica de las cosas: Hervé se detendrá a dos metros de la meta.

Pero no se ha dado caso más significativo ni más instructivo que la aventura del trágico y doloroso Poincaré. Había llegado a ser el hombre de Francia, y ni las instituciones, ni las leyes, ni los partidos, ni los hombres del clan concurrente le han despojado de este título, ni lo han arrojado de tan hermoso puesto, sino que han sido el espíritu del régimen, la idea de República, su secreta vergüenza de haber dejado de parecer republicano ortodoxo.

Antes de la guerra, simbolizó la reacción contra el desarme, contra la incuria militar y contra el antipatriotismo. Dió la fórmula de la "unión sagrada". Unos puntos de vista exactos sobre Europa, Alemania y la paz lo distinguieron luego de Clemenceau. Su civismo indiscutido, su probidad intacta hacían de él algo aparte de Briand. Ante las dificultades de la paz, había habido que llamarle de nuevo a grandes gritos en 1921, y en 1922 quedaba casi impuesto como el hombre necesario por el anhelo de toda la derecha del país. Como él se había lamentado de su impotencia en el Elíseo, se le entregó el Quai d'Orsay. Desde allí empezó una política extranjera de

derecha; sus apoyos, sus sostenes, hasta sus consejos, no venían de otro lado entonces; el mundo republicano, casi por entero, mostrábase refractario a una política de acción enérgica en Alemania; el futuro presidente del Senado, hoy presidente de la República, M. Doumer, se pronunciaba ante sus electores del Gard contra "la política del Ruhr". Pero apenas hubo entrado en el Ruhr, M. Poincaré no pudo habituarse a su escolta de nacionalistas y monárquicos: mentalmente retrocedía, dudaba, hacía examen de conciencia, comenzaba a hacerse oposición a sí mismo.

Su entrada en el Ruhr es del 11 de enero de 1923: once días después de este golpe de audacia, sin día que le siguiera, le tendieron un lazo y cayó en él. Cayó en él tan de lleno como pudiera desearlo el sanguinario complot de los enemigos del interior y del exterior: la bala del 22 de enero que derribó a un héroe de la guerra, Marius Plateau, fué disparada de acuerdo por la anarquía, Alemania, los políticos y los policías del clan de Caillaux. Pero M. Poincaré no se dió cuenta de ello; no supo ver que querían encerrarlo en una alternativa que hiciera totalmente imposible la resurrección de la unión sagrada para lo del Ruhr. Con todo, la realidad política y moral, tal como el enemigo la había visto, era ésta: o el jefe del Gobierno hacía justicia, o se negaba a hacerla; si la hacía, entraría en lucha con su propia policía, con sus propios funcionarios, defendidos por todas las izquierdas, y Alemania se aprovecharía de las incidencias de una crisis así provocada; si negaba la justicia, si no se preocupaba de estudiar el macabro desfile de muertos—Marius Plateau, Gohary y Joseph Dumas—, si dejaba pasar sin reacción enérgica esta serie de asesinatos, de falsos suicidios, de falsas muertes súbitas, el enemigo descontaba una ruptura inevitable entre M. Poincaré y sus aliados de derecha. Desgraciadamente para él, M. Poincaré cerró los ojos. A pesar de ello, la ruptura soñada en Berlín no se produjo; los monárquicos patriotas se negaron a hacer lo que el enemigo deseaba; el enfriamiento fué apenas perceptible y quedó cubierto y disimulado merced a la decidida voluntad de los hombres de derecha. Pero se sintió cómo se distendía el lazo natural que había constituído la fuerza y la autoridad de la política del Ruhr y se reanudaron lazos nuevos con los hombres de la izquierda,

de lo que se resintió casi en seguida la política exterior, que apareció menos independiente de Inglaterra, menos decidida frente a Alemania y, sobre todo, indiferente e inaccesible a las ocasiones de obrar que ofrecían los acontecimientos. Las malas lenguas hablaron de un Ministerio Briand sin Briand. Así parecía, en efecto. Cuando la ocupación del Ruhr determinó en Alemania una recaída en ese caos espontáneo que siempre fué la providencia del mundo, la propicia coyuntura no fué utilizada por M. Poincaré, el cual permitió que Alemania se reconstituyera y dejó ver que a nada se atrevería para impedirlo.

Ante el éxito a medias de su puñalada trapera, el enemigo se atrevió a más, y, con todas las fuerzas y todas las complicidades administrativas que encontraba en Francia, armó el brazo en ese misterioso asesinato de Philippe Daudet que, tras haber impresionado por un momento a M. Poincaré, no le enseñó nada, sino que sirvió para acrecentar su temor de no encontrarse lo bastante cerca de las izquierdas. Murió nuestro Barrès, con lo que se apagó una fuente de sugestiones y advertencias que hubieran preservado a M. Poincaré de la suprema equivocación. Cada día más entregado a las fuerzas republicanas avanzadas que vuelven la espalda al progreso, M. Poincaré fué el pasmo del mundo permitiendo la fiscalización de nuestra política palatina por los ingleses y la acometida de los prusianos contra los separatistas y federalistas palatinos. Cuando las matanzas de Pirmasens y de Kaiserslautern fueron como la señal de muerte para la política francesa renana, el mundo anglosajón volvió a ser dueño de los asuntos de Europa y la diplomacia inglesa se desquitó con creces del fracaso de 1922 cumpliendo el juramento que habían hecho en diciembre de 1921 la Corona, el Parlamento y el pueblo de Inglaterra, acordes en el mismo programa: *si los franceses entran en el Ruhr, la libra subirá a cien francos.* M. Poincaré estuvo directísimamente informado de esta amenaza, inmediatamente puesta en práctica, ya que la libra empezó a subir. La ofensiva financiera hubiera debido dictar decisiones de energía y de rapidez. Menester era obrar de prisa y bien, para poner a Inglaterra en presencia de hechos consumados. No había que entregarse a la esperanza de una acción progresiva que procediera por pe-

queños golpes y persiguiera una política a largo plazo[1]. Una acción paciente copiada de los reyes de Francia hubiera exigido la Monarquía que M. Poincaré no pensaba en lo más mínimo restablecer, y, como no se había dado prisa, la ofensiva financiera lo alcanzó. Lo ganó en rapidez en el momento en que el esfuerzo mesurado y local sobre el Ruhr empezaba a dar frutos, y en este momento fué cuando se vió obligado a abandonarlo todo o a dar a entender que lo abandonaría. Las fuerzas de izquierda, arrogantes de nuevo, le impusieron verdaderas cascadas de concesiones al exterior. Él no se embarazó para llamar en su ayuda todas las virtudes subversivas y todas las ideas destructoras que la República entraña. Se optó por recurrir al Extranjero antes que atenerse a los planes financieros que las derechas aconsejaban. Los millones que hacían falta inmediata se hubieran conseguido con la venta o promesa de venta de los monopolios del Estado. M. Poincaré y sus consejeros prefirieron a este recurso nacional la hipoteca financiera y política de los americanos. Los que habían denunciado la finanza internacional le presentaron armas. Pero aquella finanza exigía que se aumentaran los impuestos, que se disminuyeran los empleos, que se cercenaran los sueldos de los funcionarios, todo lo cual presagiaba una enorme ola de descontento. M. Poincaré se abroqueló en heroísmo republicano; por lo menos, era preciso aplazar las elecciones; pero no, M. Poincaré se negó también, considerando el expediente dilatorio como "un abuso de confianza contra el sufragio universal". Como la ficción republicana pretende que todo acto razonable, toda idea justa han de ser necesariamente comprendidos y compartidos por el espíritu luminoso y el levantado corazón de todo elector, así habían de serlo los impuestos por el contribuyente y la supresión de empleos por el funcionario. Y como no era ni un héroe ni un santo y no estaba dispuesto a pagar más impuestos, ni a recibir menos pensiones, ni a perder el provecho de las funciones remuneradas que lo sostienen, el elector contestó a la confianza de M. Poincaré de la única manera que le era posible: votando en favor del campo enemigo y derribándolo, que es lo que los hombres de derecha habían previsto y predicho cuando le anunciaban que no lo derribarían, que lo dejarían que él mismo cayese al peso de sus ideas de izquierda o de sus hombres de izquierda, tal como sucedió.

1. El autor de estas líneas puede envanecerse de haber señalado, ya en setiembre de 1922, en *L'Action Française*, todo el valor de esta advertencia, más de un año antes de que los hechos la confirmaran.

Pero no es únicamente un hombre lo que cae, M. Poincaré, ni otro hombre, M. Millerand, sino todo un sistema, o, si se prefiere, toda una ilusión de bienandanzas nacionales lo que se desvanecía en el momento en que la situación de Francia y del mundo las hacían más necesarias: las relaciones con la Santa Sede y la reforma de las humanidades; una concepción de la cuestión alsaciana que tendía a descentralizar el resto del territorio según el modelo alsaciano y lorenés, en vez de someter a la Alsacia y la Lorena al uniforme derecho administrativo de la República; una revisión del estatuto de las Congregaciones que permitiera a algunas de ellas el establecimiento de noviciados y nutrir de personal nuestras florecientes y precarias misiones de Oriente; una legislación y una vida administrativa más flexibles, una vida civil más tolerante y, en fin, todo cuanto los espíritus moderados, cuando al mismo tiempo son patriotas y se preocupan del porvenir, pueden desear de orden, de fraternidad, de eficaz patriotismo en el Estado y en los detalles todos de la vida social en que el Estado participa. El nuevo sueño de República aristócrata y de República burguesa tuvo exactamente la misma suerte que el concebido por M. Méline en 1896 y antes por M. Thiers. Pero Thiers cayó por la aversión de la derecha monárquica y el Ministerio Méline por las impaciencias de los nacionalistas. Esta vez no hubo tal cosa. La reacción nacional y social había sido tan discreta y tan tímida, que empezó por olvidarse de ejercer el poder instalándose en la plaza Beauveau y terminó por abrir de par en par la puerta del poder a sus enemigos, a los peores de ellos. ¡Pobres, pobres republicanos nacionales! Se creían unos grandes políticos porque no se atrevían a nada ni pensaban en nada. Respondían a quienes les aconsejaban decisión y previsión, que "el sentido de lo posible" alumbraba su marcha, como si lo posible así concebido no fuera la insuficiencia misma y el camino fatal de la derrota.

La segunda experiencia Poincaré ha fracasado por sí misma, por obra y gracia propias, y la República ha fracasado

con ella. La República no tiene nada mejor que M. Poincaré. Su talento era la última carta del régimen. Esfumándose de este modo, probablemente por causas de fatiga ante unas amenazas más fuertes que él, pero, en fin, comoquiera que sea, envuelto en el más sorprendente remolino de imprevisión y de indecisiones que hayan preparado jamás la agonía de una influencia y la pérdida del gobierno, M. Poincaré merece ser contado como un excelente apologista de nuestras ideas, ya que no sólo ha hecho la demostración que no quería hacer, sino que ha hecho al mismo tiempo lo contrario de lo que pretendía. Él, que soñaba con demostrar la inanidad de nuestros temores y nuestras esperanzas, ha hecho todo lo contrario de su deseo de ver triunfantes, al fin, de un mismo golpe, la nación francesa y el régimen republicano. No podrá dolerse de que nosotros hayamos hecho el menor esfuerzo para alterar la pureza de la experiencia ni su valor demostrativo. Lo hemos ayudado con toda nuestra alma en la parte francesa de su ruda empresa. Lo hemos defendido contra sus amigos (según él, demasiado; lo preciso, según nosotros). El resultado indiscutible ha sido el que han dado y forzosamente debían dar las fuerzas que entraban en juego. ¿Contaba siquiera con un partido, fuera de nosotros? Desde el momento en que quiso prescindir de su política de derecha, de una política monárquica sin Monarquía, pero que hubiera llevado a la restauración de ésta, entregóse a las aventuras que comprometían la vida de Francia. Leamos de nuevo, en el libro I de *Kiel et Tanger* el error de los republicanos moderados. Releamos, en el capítulo V del nuevo *Kiel et Tanger,* el ocaso de la experiencia Poincaré. Lo mismo que en 1895, cuando los jóvenes ministros pretendieron llenar una función sin órgano; lo mismo que en 1913, cuando Sembat repetía *traed al Rey,* o, si no, poned fin a una política monárquica; derribad la República, y, si no, dejad de consideraros como los buenos gerentes de los asuntos de Francia, lo que ocurrió ayer se repite hoy, como se repetirá mañana. Los hombres no habrán vagado tanto, andado y cambiado tanto, más que para hallar de nuevo, a fin de cuentas, la misma verdad política esencial, comprobación de constantes que no pueden variar. Todo esfuerzo, violento o sutil, para sustraerse a la ley no habrá conseguido más, después de tanta experiencia, que consolidarla.

Mientras se debatían contra ella, ¿qué hacíamos nosotros? Pues repetir la advertencia. Nos esforzábamos en ilustrarla, en precisarla, en desarrollarla. Lo decimos sin vanidad, ya que nuestro mérito ha sido nulo, porque hubiera sido demasiado difícil equivocarse en una materia en la que, en verdad, es el error lo que hubiera requerido arte y talento.

Por lo demás, nunca me he hecho la ilusión de que una tan amplia amalgama de argumentos y experiencia, elaborada durante veinticinco años, pudiera desvanecer la leyenda de mis sofismas. ¡Hay tantas gentes interesadas en aferrarse a ella! Pero he podido comprobar que apenas han contestado cuando yo les decía y repetía: "¡Veamos, pues! Ya que el autor de la *Encuesta sobre la Monarquía* razona tan mal, o de tan mala fe, será posible y fácil el cazar al correr de la pluma, en un libro tan voluminoso, los argumentos deficientes, el razonamiento insidioso, las señales de duplicidad intelectual..." Y nadie ha recogido nunca honestamente el desafío.

Verdad es que los publicistas republicanos han creído cogerme en falta en un punto. Desde hace veinticinco años, se pasan de mano en mano el mismo trozo escandaloso sacado de las mismas páginas 476-477 y que, por su belleza, voy a recoger en el frontón de este pequeño monumento, pero no tal como lo han citado, truncado y mutilado, sino reponiéndolo tal como es, en su sitio y a su tenor.

Creyendo que yo aportaba una infalible receta de Constitución escrita, negro sobre blanco, o, como decía él, "un sistema armoniosamente combinado", un contradictor a quien yo había hecho ver las ventajas positivas, pero, como todo en el mundo, relativas de la Monarquía, me pidió unas seguridades absolutas, fijas, contractuales, jurídicas, contra la repetición del desastre de 1789-1793, porque—decía él con insistencia—*"lo que ocurrió una vez, puede repetirse"*... Natural era el contestar que, comoquiera que fuese, teníamos la experiencia, que hablaba, y que sus consejos luminosos habían de permitir escapar a la fatalidad de monótonas repeticiones. Pero mi hombre repetía: *"Contra el peligro de un rey que por su*

culpa nos trajera de nuevo una República tan repugnante como la que tenemos, ¿qué medio de defensa ha estudiado usted especialmente?..." Probablemente yo me hubiese puesto a estudiar estos medios de defensa después que la Monarquía restaurada hubiera sucedido a esta repugnante República; la restauración era y es previa a todo. Redactar artículos de Constitución para prevenir anticipadamente un peligro tan particular, se me figuraba como un lamentable pasatiempo. Contesté, pues, con cortesía, pero con una mezcla de buen y de mal humor, sazonado de un grano de impaciencia:

Si he entendido bien, no se trata de buscar responsabilidades ni siquiera causas. M. Copin-Albancelli viene a decir: —"A pesar de la excelencia teórica y práctica de la Monarquía, la Revolución se consumó. Supongamos que se restaura la Monarquía: ¿qué podría impedir el que la Revolución se repitiera?"

Como se me está hablando de una monarquía genuina, es decir, *tradicional, hereditaria, antiparlamentaria* y *descentralizada,* puedo prescindir de ocuparme de los funestos acontecimientos de 1830 y 1848, de los que no se me ha dicho palabra. De lo que se me habla es de 1789, de 1792, de 1793... He de hacer notar que estas catástrofes *fueron;* que son hechos; por consiguiente, hechos pasados; que, en aquellas fechas memorables, las fuerzas ante las que sucumbió el trono tenían un poder y una extensión enormes y que, de resultas de todo el período precedente, la resistencia del trono y de sus defensores había quedado reducida a un mínimo. Un concurso de fuerzas tan extraordinario, por una parte, y de desmayo por otra ¿volvería a repetirse? Es posible. Pero tampoco es imposible lo contrario. No obstante, si bien un historiador borracho de mala metafísica puede conmoverse ante este fantasma de la Revolución, al filósofo reflexivo le deja indiferente, porque, en fin de cuentas, aquella fué la única ocasión en que, en un espacio de más de ocho siglos y treinta y tres reinados, la Monarquía capeta resultó inferior a su papel. Frente al historiador idólatra e hipnotizado, esta Monarquía puede definirse como *una institución que no se cuartea ni se derrumba más que cada ochocientos años y cada treinta y tres reinados*; y aun para ello es menester que se produzca el más enorme de los huracanes humanos que jamás se haya visto desencadenarse. *Tantæ molis erat.*

Esta es la salida de tono colocada en su sitio. De todo este cuadro de ideas perfectamente razonables y medidas, toda la crítica republicana en gran pompa se ha creído en el caso de aislar las palabras "*una institución que no cae más que cada ochocientos años, cada treinta y tres reinados.*"

Lo siento por tratarse de un teorizante de la justicia, que supongo la desea también en crítica literaria, pero creo que fué M. Guy-Grand el primero que extrajo, en tiempos ya muy remotos, esta pequeña frase para ponerla al servicio de intereses más pequeños todavía. No podía dejar de imitarle Monsieur Parodi en *Tradicionalismo y Democracia.* Le siguió Thibaudet, que vale más, sólo que donde yo decía "salida de tono" él dijo "bromazo", lo que habrá que tenerle en cuenta. En fin, en el epílogo de un volumen electoral, bastante escandaloso desde el punto de vista de la inteligencia, pero certeramente titulado *La Política Republicana,* en el que M. Bouglé se ocupaba de los "sofismas de la reacción", la frase de los ochocientos años y los treinta y tres reinados, arrancada de su sitio y desprovista de su verdadero sentido, reaparece escoltada por este comentario: "¡Oh belleza del espíritu matemático aplicado a la historia de Francia!" He de decir a M. Bouglé que me parece un mal republicano. Un monárquico de buena fe jamás hubiera sometido el cerebro de un Delfín de Francia a semejante trato sofístico, y una conciencia respetuosa del régimen electivo no debería servir al elector soberano semejante información fraudulenta, semejante interesada mentira. Por lo demás, nada más honroso para nosotros que la obligación en que una vez más se ha visto el adversario de desnaturalizar y rebajar nuestras ideas para poder discutirlas. Nos acusa de sofistas y, cuando le conminamos a que cite dónde está el sofisma, he aquí de qué modo manipula los textos y los hechos.

¿Qué más respondieron? Nada. Me lanzaron algunos adjetivos calificativos. Yo no sólo era un sofista, sino también un mal profeta, y hasta un profeta de desgracias. Parece que mi *Encuesta* de 1900 fué un anuncio de la derrota de Francia, en vez de un anuncio de la victoria de 1914. Es fácil contestar que anunciamos la victoria cuando ésta nos pareció posible después de la reorganización material y moral de 1912, después de este "renacimiento del orgullo francés" cuyos artífices hemos sido. Predijimos la victoria en 1913, lo que ya está

bien[1], pero, antes de la experiencia Poincaré, tras el desastre dreyfusista, entre 1900 y 1909, 1909 y 1912, era conveniente y necesario decir, coincidiendo en esto con un general cuyo entusiasmo republicano nadie discutirá, M. de Gallifet: "*¡Ay, que no venga una guerra, porque estaríamos perdidos!*" Estampé estas palabras como epígrafe de un libro de *Kiel et Tanger*, y, precisamente repitiendo estos justos gritos de alarma, los buenos franceses hicieron imposible el mal irreparable que temían. No hay muchos de estos gritos de alarma en la *Encuesta*, pero puede decirse que de toda ella emana este obscuro y certero, generoso y útil espanto. Compasión me inspiran los ciegos y perversos que no hubieran sentido semejante terror en los tiempos en que desfilaban por el Ministerio de la Guerra los saboteadores de la defensa del país.

Quedaba el que alguien nos motejase de mal francés. Y no faltó. En aquella misma época en que hubiera sido insensato contar con la victoria, y cuando la amenaza de la catástrofe nacional se perfilaba sobre nuestra espantosa falta de preparación, tan consubstancialmente ligada al régimen que de nuevo nos lleva a ella a grandes pasos, examinamos el deber de una revolución monárquica, que la catástrofe o los prodromos de la catástrofe acabarían imponiendo, y nos objetamos a nosotros mismos en estos términos:

Alguien podrá decirnos: —¡Pero, entonces, usted da ya como inevitables las peores noticias! ¡Cuenta usted con los prusianos lo mismo que al día siguiente de Sedán, o con los aliados lo mismo que después de Waterloo!

Encarecemos al lector que no se deje desmontar por habilidades verbales que no son argumentos, sino simples tonterías. Algunas veces nos da pena de ver éstas expresadas por plumas dignas, bien intencionadas y que juzgan patriótico esta clase de lenguaje. Si hemos de replicar, repliquemos que *más vale echar cuenta de las malas noticias que hacerlas inevitables*, tal como hacen los insensatos que están en el Poder o sus inocentes colaboradores y cómplices de la derecha nacionalista o de la derecha reconocementera. Calcular que un régimen de tal modo forjado, de tal modo dirigido y tan débilmente atacado por la oposición conduce al país a la invasión extranjera y a la revolución, prevenir tales acontecimientos y, a sangre fría y con la cabeza tranquila, combinar algunos medios serios para impedir que todos estos males *que son seguros* resulten *mortales*, es el segundo de los deberes de los patriotas conscientes si son además clarividentes y saben que el primero de ellos es intentar lo imposible *para parar el tren antes de la catástrofe...*

No cabe que nosotros deseemos y esperemos el mal, pero tampoco podemos evitar que tantos errores políticos lo engendren. ¿Habrá que privarse de preverlo o evitar caritativamente que se contribuya a él?

[1] Ver *L'Allée des philosophes*: "Viendo venir la guerra."

No pudimos parar el tren antes de la catástrofe, pero contribuímos a detenerlo a alguna distancia del abismo en que la nación corría peligro de sucumbir. Sin poder impedir la guerra, obligamos a los poderes republicanos a prepararse a ella. Gracias, en parte, a nuestras advertencias, que nadie hubiera reemplazado, nos encontramos en disposición de no sucumbir brutalmente, de hacer frente y resistir; con algunos centenares de millares de pechos palpitantes se sustituyó en el Ejército el armamento que había descuidado un régimen de traición. Y ahora son los autores y los cómplices o los instigadores de esta traición, son hasta aquellos que en 1912 se preparaban para aprovecharse de la victoria enemiga, son los cómplices del *Bonnet Rouge*, los alemanes del interior, quienes nos reprochan el haber invocado contra la República la eventualidad de un Lang-Son, de un Sedán y de un Waterloo, a la que ella nos arrastraba y que ellos mismos fomentaron fríamente. El temor de semejante desdicha es motejado de criminal por quienes cometieron el doble crimen de atraerla formalmente y realizarla materialmente. Los legatarios y beneficiarios del Cuatro de setiembre, los teorizantes y practicantes de las revoluciones frente a la victoria enemiga, nos reprochan el haber planteado la cuestión de saber cómo sería posible salvar a Francia del mismo repetido abismo.

En estas condiciones, me ha parecido que no era digno de este libro cambiar una tilde de él. Tal como apareció antes de la guerra, así reaparece ahora, lo mismo que los opúsculos que lo completan: *Una campaña monárquica en el "Figaro"* y *Posi-*

bilidad del golpe de fuerza (1). Lo reedito sin miramiento a las pequeñas modificaciones que se han producido, ya en la actitud de las personas, ya en el matiz de los distintos aspectos de algunas cuestiones de segundo plano: la medida en que nuestra obra resulta anticuada es harto menguada para que deje de servir a subrayar la inquietante y dolorosa identidad de todo lo esencial de los acontecimientos, de las ideas, de las amenazas y de los problemas de hace veinte años con los acontecimientos, las ideas, las amenazas y los problemas de hoy. El asunto Dreyfus sigue siendo el lógico prefacio de la Gran Guerra. Él estableció, a partir de 1900, el dominio sin limitación de los cuatro Estados confederados —Judío, Protestante, Masón y Meteco—, y el fracaso de la experiencia Poincaré cede el sitio a la dominación de los extranjeros del interior. La victoria no disminuye en nada la importancia de la cuestión de la salvación de Francia. La amenaza alemana, atenuada al presente, resulta agravada y complicada con otras muchas amenazas para el porvenir. En fin, el problema de la vida nacional sigue entrañando las dos cuestiones insolubles para el régimen: *necesidad de autoridad,* que una República anárquica no puede emplear sino contra sus adversarios, sin que le sea posible aplicarla a sus partidarios, a pesar de ser éstos unos perturbadores natos, y *necesidad de libertades,* necesidad de autonomía, de economía, de descentralización rural, municipal y provincial, con que, una democracia naturalmente centralizadora, "estatista y derrochona", según frase de *Le Temps*, no es capaz de avenirse verdaderamente. La República moderada no ha podido descentralizar y la República radical centralizará. La República patriota no ha podido tener una política nacional sana y sensata. La República antipatriota nos trae de nuevo la política antinacional de extravagancia y de inercia. Esta nos empujará a los peores extremos en estos dos puntos en que la otra República ha hecho patente su impotencia para el bien.

Pues todo está aquí, todo consiste en estos dos puntos, a estos dos puntos se refiere todo. Autoridad arriba, libertades abajo; autoridad previsora, franquicias locales y profesionales... Mi viejo capítulo *Dictador y Rey,* decano de los de este viejo libro, planteó la doble cuestión ya en 1899, y hoy seguimos desafiando a la República a que la resuelva o la plantee siquiera [1]. De modo que todo continúa igual o todo vuelve.

1. Este segundo opúsculo se ha omitido en la presente traducción. (*N. del T.*)

Aquí oigo jóvenes voces leales y amigas como las de MM. Georges Suarez y Kessel replicando que soy yo quien fuerza este retorno de las ideas y de las cosas que fueron, que es por la arbitrariedad o las naturales obsesiones de mi espíritu y las voluntarias sutilidades de mi dialéctica. Así lo entienden ellos [2]. Y esto me hace concebir un inmenso deseo de llamar a estos muchachos, de cogerles las manos, de sentarlos, quieran que no, en la silla de operaciones y, adaptándoles las pinzas de párpados, sin las que nada conseguiríamos, examinar si no tendrán alguna catarata o nube en los órganos de visión... Pero no, ya sé que gozan de buena salud. ¡Que me place! Y su vista es clara. Hay otra cosa en su caso. Estos jóvenes han sido y volverán a ser admirables soldados. El deber cívico concreto lo cumplen a maravilla en los cuadros de su municipio, de su provincia, de su patria o de su profesión. Sólo, a despecho del cloroformo republicano, su buen sentido francés no les ha permitido aún acostumbrarse a la idea de que son, en parte alícuota, soberanos responsables de las cosas y de que la dirección del Estado depende de su voto y de su manera de pensar. Por tanto, son escépticos. Se ríen alegremente de todo. ¡Se ríen, los condenados! Se ríen del candidato y del elector, del elegible y del elegido, y se ríen por encima de todo de mi civismo y mi republicanismo ingenuo; el republicanismo que se ocupa con angustia, como yo hago, de los asuntos públicos y que se apasiona por ellos; este es el que les parece más ridículo de todos. ¿Yerran? Algo. ¿Aciertan? Mucho. ¡Ay, qué buenos, qué hermosos, qué excelentes súbditos para un rey! ¡Y cómo, sin saberlo, confirman con su despreocupación misma la verdad monárquica! Pero nos falta el Rey. Falta reconstruir la Corona. Por tanto, no hay quien

1. Véase, sobre el segundo punto, el libro que publiqué en 1904 en colaboración con M. Paul-Boncour, *La República y la descentralización,* reeditado por la N. L. N. en 1924.
2. Véase el maravilloso libro de MM. G. Suárez y J. Kessel *El 11 de Mayo.*

vele por nuestros intereses nacionales. El enemigo nos espía: ¿dónde está el amigo que nos defienda?

Estoy un poco resentido con MM. Suárez y Kessel por haberme concedido el honor de su atención sin concederlo a la triste realidad por mí señalada de que no hay quien vele al país enfermo ni quien lo proteja. Yo creo, jóvenes, que eso debiera interesaros. Es la guerra o la paz, la vida o la muerte. Vuestra vida o vuestra muerte, mucho más que la mía. ¿Cómo, pues, podéis perder el tiempo ocupándoos de un anciano sin importancia? ¿Qué os importan la clase de su espíritu y de su funcionamiento cerebral? No se trata de saber si el interlocutor de la *Encuesta* tiene o no talento, amabilidad y medida, sino de si tiene razón. Deberíais avergonzaros de substituir el sentido de su palabra con el retrato del hombre que habla, la lógica de la verdad que la psicología o la fisiología del lógico, hijo de un día y que otro día desaparecerá. ¿Es verdad que tengo los ojos azules? Acaso sí. MM. Suárez y Kessel me enteran de ello, pero, mientras veían y anotaban esta maravilla, de que no me lamento, han sido capaces de pasar de largo junto a la formidable pregunta: *La institución de una Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿es o no de salud pública?*

Con todo, se trata nada menos que de la salud de Francia: nuestra salud y la de todo lo que de nosotros puede renacer o sobrevivir.

APENDICES

AL DISCURSO PRELIMINAR

M. Paul Bénazet, escribía el 18 de julio de 1814 en *Le Matin*:

"Así es que, por más que se diga, la explicación de nuestra insuficiente preparación material está evidentemente, en parte principalísima, en la comparación de los créditos consagrados a la defensa nacional. —"Mientras que a partir de 1906, los alemanes gastaban 1.400 millones en armamento, como decía con mucha razón el otro día M. André Lefèvre, nosotros no gastábamos más que 700 millones. Por consiguiente, de haber habido algo de que sorprenderse, no hubiese sido de que tuviéramos un material de guerra menos perfeccionado, sino de que estuviéramos tan bien provistos como ellos habiendo gastado menos"...

"Escatimar los créditos de la defensa nacional para equilibrar un presupuesto es un procedimiento fácil. Durante muchos años, fué constantemente seguido a este lado de los Vosgos sin que nadie se preguntara si no llegaría un día en que fuera preciso llenar a toda prisa, mediante empréstitos o como fuera, el abismo que imprudentemente se abría.

"Porque, mientras nosotros reducíamos nuestros gastos, Alemania aumentaba los suyos. Para darse cuenta de ello, no hay más que echar una ojeada sobre los gráficos, en los que se destacan elocuentemente, a partir de 1900, los esfuerzos respectivos de las dos naciones. Por decirlo así, constituyen la tangible expresión de nuestro error.

"En nuestro país, dos ondas sucesivas, dos curvas descendentes, ¡ay!... Una que va de 1901 a 1905 y que bruscamente se interrumpe por el teatral golpe de Tánger. Después, durante dos años, viene un alza. Los ministros Berteaux y Etienne se ven obligados, con la aprobación de la Comisión de Presupuestos, a gastar más de 200 millones *fuera de presupuesto* para reaprovisionarnos precipitadamente.

"Esta advertencia tan cruel debería habernos servido de algo; por el contrario, desde 1906 a 1909 hay una nueva caída a la que corresponde del lado alemán una fuerte ondulación en sentido contrario.

Los gastos extraordinarios *verdaderos* de guerra caen en Francia de 137 millones en 1906 a 92 en 1907 y después a 60 en 1908 y a 66 en 1909.

"Hasta 1910 no vuelven a subir a 95 millones. Durante estos tres años, Alemania, lejos de imitarnos en nuestras reducciones, gastó:

En 1907......	193	millones contra	92	que gastamos	nosotros.
En 1908......	241	" "	60	"	"
En 1909......	215	" "	66	"	"

"Total, 361 millones más que nosotros. Con esta suma hubiéramos podido, lo mismo que ella y al mismo tiempo que ella, construir un material moderno en artillería pesada análogo al que es causa de su superioridad presente...

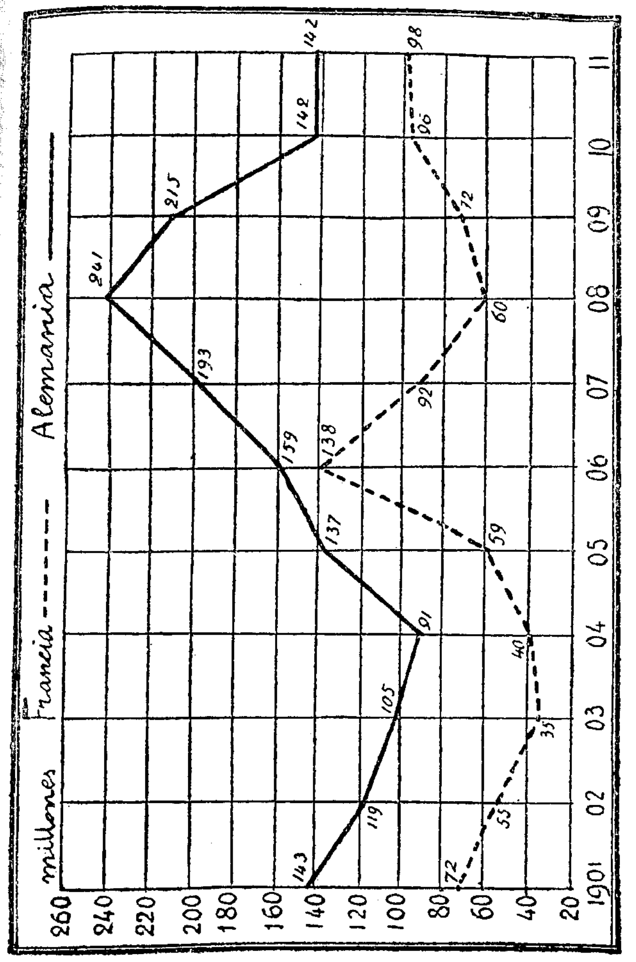


Gráfico comparativo de los gastos militares en Francia y en Alemania de 1901 a 1911

(Publicado por *Le Matin* el 18 de julio de 1914.)

1901-1913

LAS ECONOMIAS RUINOSAS

ALGUNAS CIFRAS SOBRE LOS CREDITOS MILITARES ANTES DE LA GUERRA

“La opinión pública, que es en este país soberana y que a menudo arrastra al Parlamento y a los ministros, ha ignorado durante mucho tiempo lo enorme del esfuerzo de nuestros vecinos.”

(Palabras del ministro de la Guerra en el Senado, el 13 de julio de 1914.)

NOMBRE de los ministros de la Guerra	I. CREDITOS PARA EL MATERIAL (en millones)				II. GASTOS DE UTILLAJE (en millones)			III. GASTOS MILITARES Extraord.	
	Para el año.	Solicitados por los servicios técnicos.	Solicitados por los ministros de la Guerra de acuerdo con el de Hacienda.	Votados por las Cámaras	Años	Francia.	Alemania.	Francia.	Alemania.
General André	1901	96	71	71	1901	—	—	72	143
—	1902	99	60	50	1902	—	—	55	119
—	1903	60	45	36	1903	31	130	35	105
—	1904	62	32	30	1904	32	130	40	91
—	1905	45	32	27	1905	57	130	59	137
Etienne	1906	59	59	26	1906	—	—	137	159
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
—	1908	[illegible]	72	57	1908	59	222	60	241
—	1909	99	75	66	1909	71	178	66	215
General Brun	1910	81	70	70	1910	99	126	95	142
Goiran Berteaux	1911	113	95	86	1911	93	128	98	142
Messimy / Millerand	1912	98	84	84	1912	135	216	—	—
Millerand / Etienne	1913	115	115	119	1913	—	—	—	—
		1150	943	798	Totales de los años indicados.	669	1505	809	1689

OBSERVACIONES

Los presupuestos se hacen habitualmente para el año que sigue, por lo que en las cifras de 1901-1906 hay que ver la responsabilidad de los ministros del año anterior con el resultado de los acontecimientos desarrollados durante el mismo. Explicado así el sentido de este cuadro, se ve que:

Desde 1900 a 1905 el Parlamento no para de reducir los créditos para el material, a pesar de la protesta del general de Négrier en 1904.

En 1905 se vota la Ley de dos años (21 de marzo); golpe de Tanger (31 de marzo).

En 1906, tardío aumento de los gastos fijados en el Presupuesto para 1907.

A partir de 1907, vuelve la incuria: el generalísimo Hagron y [illegible] Anexión de la Bosnia-Herzegovina, agitación y subversión del Oriente, despertar de todos los factores que trajeron la guerra de 1914.

De 1907 a 1908, los gastos extraordinarios reales de Guerra no dejan de disminuir entre nosotros y de aumentar en Alemania. Esta gasta 431 *millones más que nosotros bajo el Ministerio de Clemenceau.*

Con esta suma hubiéramos tenido lo que nos faltó en 1914: material de artillería pesada y municiones.

En 1911, el golpe de Agadir, la cesión del Congo por Caillaux despiertan al país: nombramiento de Joffre, vuelta al servicio de tres años. Con todo, el presupuesto total en 1913 sigue siendo de 1.100 *millones en Francia contra* 1.700 *millones en Alemania.*

¡Y ahora necesitamos encontrar *dos mil ochocientos millones por mes!* (Declaración de Ribot, de 24 de diciembre de 1914.)

Se notará que los Servicios Técnicos del Ministerio de la Guerra, en el transcurso de doce años, pidieron mil ciento cincuenta millones, o sea *trescientos cincuenta más de lo que se concedió.*

Pero los ministros de la Guerra y de Hacienda, es decir, los dos delegados del Parlamento en el Ministerio, habían reducido dichas peticiones en *doscientos siete millones* que las Cámaras redujeron aún más: *en ciento cuarenta y cinco millones...*

Por excepción, en 1913 las Cámaras votan cuatro millones más de lo que se les había pedido: ¡demasiado poco, demasiado tarde!

Nota.—Los cuadros 1 y 2 los hemos sacado del *Diario Oficial*, 1914, páginas 1208 y 1264 (sesiones de los días 13 y 14 de julio, discurso Messimy). El cuadro tercero lo hemos confeccionado siguiendo el artículo de monsieur Bénazet (*Matin* del 18 de julio de 1914.)

Este cuadro de las *Economías ruinosas* lo hemos sacado de *L'Action Française* de 26 de junio de 1916.

PREFACIO DE LA EDICION DE 1909

1900-1909

Quienes estén satisfechos de la vida, no tienen por qué abrir este libro que someto al juicio de todos los franceses descontentos. La *Encuesta sobre la Monarquía* se emprendió hace diez años a consecuencia de esas alarmas que despiertan en los ciudadanos el deseo de ver claro en el Estado a fin de darse cuenta de cómo están sus órganos y sus posiciones. Si la inquietud hubiera sido exagerada y superficial, estas páginas hubiesen envejecido pronto y no tendrían hoy ni lectores ni objeto. Pero lo que ha venido ocurriendo desde 1900 no ha disminuído nada los antiguos motivos de temor y nos ha descubierto, en cambio, nuevas miserias que entonces hubiera sido casi cruel prever.

I.—La cuestión

La crisis de 1899 levantó una formidable acusación. Palpamos todos la impotencia del régimen democrático y republicano para defender seriamente, contra sus propias fuerzas, los secretos del Estado, las sentencias de la Justicia y los servicios superiores del Ejército. Con todo, el optimismo todavía tenía respuestas para el porvenir. Cabía discutir nuestros asertos generales y afirmar que la catástrofe se había debido a faltas personales o a una de esas coincidencias de malos azares inevitables: una vez pasada la sacudida, el orden volvería a imponerse; por muy anarquista que fuera el partido vencedor, tenía necesariamente que mejorarse con la victoria y, trabajando por reparar sus propios descalabros, reconstituyendo las funciones debilitadas o destruídas, reharía, a falta de una unidad moral, el mínimo de armonía ciudadana que los jefes y los pueblos necesitan por igual.

Y ocurrió todo lo contrario, y ello ha constituído la sorpresa de esos diez extraños años que habrán acabado de perfilar la educación política de mi generación. Todos los Gobiernos del mundo se esfuerzan por asegurar la paz y el orden en el interior y la seguridad y la defensa en el exterior; el nuestro ha puesto su puntillo en descuidar la vigilancia de nuestras fronteras para poder dividir mejor a la nación. Entreteníase desde 1900 en abrir toda clase de viejas heridas arrojando las Congregaciones religiosas y eliminando la enseñanza confesional. El hombre de una mediocridad sin límites que le servía de presidente llegó a hacer el viaje a Roma expresamente para manifestar su ruptura con el Papado, es decir, con el cuerpo del Catolicismo francés. En el mismo momento en que se consumaba este designio, en virtud de la Ley de diciembre de 1905 que separaba la Iglesia del Estado, todos habíamos podido apreciar lo que este régimen de discordias interiores nos valía en la política europea: el ministro de Estado por excelencia, el encargado de los asuntos de la República en el exterior, acababa de caer en virtud de una amenaza del emperador Guillermo II. Esta "humillación sin precedente", como la califica un republicano, puso de manifiesto que, por espacio de cuatro años, nuestra diplomacia había estado negociando y estipulando en el aire y sin preocuparse para nada de nuestro poderío militar; y durante el mismo período el Ministerio de la Guerra habíase aplicado metódicamente a desorganizar las tropas. Ambos ramos habían comenzado desconociéndose mutuamente, pero luego empezaron a trabajar en sentido contrario: la política de Dreyfus en la calle Saint Dominique, y la política de Déroulède en el Quai d'Orsay, como decía agudamente M. Cochin. En cuanto a las dos Cámaras, nuestras soberanas legales, mantenidas totalmente aparte de la "política de altura" [1], prestaron el concurso más absoluto al general-ministro que reducía todo gasto militar, sembraba la desconfianza entre los oficiales y se hartaba de llenar de desconsideraciones al mando.

Los franceses no son tontos, y la lección que de esta aventura se desprendía la entendieron perfectamente todos, pero, lo mismo que las anteriores, de nada sirvió. Durante los tres o cuatro años que siguieron, nuestros navíos no cesaron de arder o de naufragar, nuestros cañones de reventar o de dar mal tiro y, a pesar de

1. Al enterarse de la dimisión de M. Delcassé, un definidor republicano, M. Ranc, escribió: "Esto le enseñará a hacer política de altura." La frase "humillación sin precedentes" es de M. André Tardieu, secretario de Embajada, encargado de la política extranjera en el principal periódico republicano, *Le Temps*.

ello, todo el mundo se quedó muy sorprendido cuando, a principios del invierno de 1908, nos enteramos de que nos habíamos quedado sin Marina. En 1898 y 1899, la Marina francesa venía inmediatamente después de la inglesa, y luego ha quedado por debajo de Alemania y de los Estados Unidos y seguida de cerca por el Japón que la alcanzará antes de que tengamos tiempo de hacer un esfuerzo que es superior a nuestras posibilidades: "—No nos queda más dinero para echarlo al mar."

Esto estaba previsto. Cuando el Estado quiere hacerlo todo en un terreno que no le importa sino secundariamente—la asistencia social y la enseñanza, por ejemplo—, cuando rechaza por sistema el concurso de los particulares en el orden de cosas en que son competentes, necesariamente ha de faltarle el dinero para llenar aquellos deberes que sólo a él incumben. Pero el sistema de las elecciones tiene sus exigencias. Nuestra República electiva no puede dejar de consagrar sus mayores gastos a la operación que le da la vida Esto cuesta caro. Sus pretendidas leyes sociales suponen una pesada carga sin proporcionar más que unas satisfacciones muy medianas a los interesados. Aplicadas con una inevitable injusticia—como hechas a la medida de la clientela del Parlamento—han servido para agravar el descontento general. Se agota el espíritu público. Se descorazona el patriotismo. La deserción, la insumisión, la indisciplina militar aumentan. Los servicios del Estado, cada vez más centralizados, suscitan la rebeldía y la coalición de los funcionarios. De todo ello se deriva un separatismo moral, entretanto llega la hora de que las crisis de separatismo local se repartan el territorio. El gobierno de unos agitadores ahítos sufre el asedio cada día más violento, natural y lógico de los agitadores hambrientos. Su tiranía contra los patriotas y las gentes de bien sólo puede medirse por su impotencia frente a la anarquía y al Extranjero. Por su debilidad y sus abusos de poder, ni la sociedad ni la nación esperan tener más tranquilidad. El porvenir está obscuro con obscuridad que penetra en todas partes y crece cada día.

Los más tristes presentimientos se han cumplido, pues, y los hombres de la edad de M. Rouvier pueden declarar que "Francia se está disolviendo". Menos accesible a la idea de la muerte de todo un pueblo, la generación más reciente empezará a preguntarse cuál es la causa precisa que disuelve una sociedad cuyos miembros distan de estar en trance de disolución, sino que por el contrario se sienten llenos de vigor y desbordan de vida. Siempre nos quedará tiempo de enjuiciar al país. Antes de acusarle, es justo, por lo menos, que examinemos cómo se le gobierna. Plantéase,

pues, la cuestión constitucional. La democracia republicana, ¿es o no apta para dirigir el interés nacional francés? Y, si la razón y la experiencia contestan que no, ¿cuál será la forma de Monarquía llamada a sustituir la República? ¿Cuál es la organización general llamada a sustituir la democracia?

II.—El método

El único mérito de la *Encuesta* que reimprimo completándola, consiste en plantear sin desfallecimientos esta cuestión previa de las relaciones entre el Estado y la patria.

Se estudian en sí mismas, mirando sólo a Francia, prescindiendo provisionalmente de la voluntad de los electores franceses. Está en juego la suerte de la nación, de la que su propia suerte depende. No se podía poner a votación el problema de la existencia nacional: había que someterlo al pensamiento de los patriotas. Si mucho significa el valor de sus diversas respuestas, el número de ellas resulta secundario en relación a esas necesidades políticas que no tienen nada que ver con las preferencias o las repugnancias personales. Me he esforzado en leer el cuadro de las realidades necesarias tal como los ojos lo ven y como la razón lo entiende.

Algunos conservadores no han visto sin pena cómo se sacrificaba el método que tan caro les era y en virtud del cual se acumulaban, entremezclados, los lamentos que la autoridad rebajada, la reivindicación de las libertades violadas y de los derechos desconocidos, las querellas de clase y los pleitos de religión. Sin que desdeñemos ninguno de los elementos así agitados y confundidos, ni el motivado interés que juntos despiertan, no me ha parecido ocioso ponerlos en orden.

Estos elementos, todos estos elementos preciosos, se encontrarán, hasta el último de ellos, esparcidos a través de nuestro estudio, pero cada uno en el lugar que le señala y le limita no su significación o su importancia, sino aquello que podría llamarse su número de orden en razón de su posición para el enjuiciamiento del problema. Reduciendo el problema político al común denominador de nuestro interés nacional, no se prescinde de ningún aspecto del mismo, sino que se aclaran todos. Los casos de conciencia, las crisis del interés privado, las dificultades sociales ganan en claridad cuando se las examina invariablemente desde el punto de vista que nos es común y en que se funda nuestra comunidad política: hay un área territorial llamada Francia, hay unos hombres llamados franceses ligados por veinte siglos de una misma vida común: hagamos una síntesis de nuestros problemas franceses *subjetivamente* a Francia.

Acaso este adverbio bárbaro haga entender a los espíritus cerrados o mal intencionados que no tenemos, ni mucho menos, el propósito de negar el orden intrínseco de estos problemas, ni la existencia de puntos de vista más generales. Lo que decimos es que no hay punto de vista *político* más general, que no hay cuadro político más amplio que la nación. Y la nación está en peligro, y es de esto de lo que estamos hablando y de lo que de ello se deriva.

III.—La adhesión a la Monarquía

Este método tuvo la ventaja de llenar tan por entero el terreno del patriotismo, que los republicanos no pudieron en adelante situarse en él a gusto porque los exponía al terrible reproche de que echaban de menos al rey o al peligro de echarlo de menos de veras, de sentirse atraídos a él por la magia de la verdad o por la dura cadena de las razones a las que nada se puede objetar. Todo aquel que ha aceptado la necesidad de poner el bien de la nación por encima de todo interés y de todo prejuicio, no ha tenido ya mucho que decir en favor de la República. Con sus fatales reticencias, los republicanos se han visto obligados a dejar vagar una sospecha de monarquismo sobre la idea de patria. Este resultado práctico sería el más hermoso título de honor de esta Encuesta, si no debiera tenerse en cuenta otro especialmente grato a todos los amigos de la verdad.

La verdad se habrá hecho sentir en sentido positivo, forjando sentimientos y conductas. Hemos visto a republicanos que abandonaban la República porque se les había demostrado que ésta no conviene a Francia. Yo no admitiré nunca que la patria pueda hundirse ni que perezca la civilización nacional, pero, comoquiera que sea, siempre sobrenadará, por encima del fondo del abismo, el hecho de que unas mentes francesas, antes de sucumbir, hayan designado con su nombre el bien y el mal del país y que, ya que no pudieron lo suficiente, intentaron lo necesario para librarse del mal y restaurar el bien. Por consiguiente, nuestra verdad no era ninguna pura abstracción, sino que tenía unas virtudes fértiles. Helas aquí comprobadas, demostradas y subrayadas por significativas conversiones. Las últimas páginas de este libro encierran un testimonio de ellas que pocos se hubieran atrevido a esperar: el hombre eminente y generoso, el patriota ilustre que al fundar la "Liga de la patria francesa" sentó el principio nacionalista, acabó reconociendo las últimas consecuencias de este principio, confesándose, por fin, conquistado por la evidencia de la razón. Lemaître fué el primero a quien, el 12 de noviembre de 1899, me atreví a hacer

llegar mis argumentos sobre la perfidia y la íntima debilidad del sistema republicano[1]. Y la adhesión final del maestro confirmó y coronó los cambios de frente ejemplares que a partir de aquel momento no cesaron de apoyar y exaltar nuestro obscuro esfuerzo de diez años.

Tengo que confesar que la "Liga de la patria francesa" comenzó por oponernos cierta resistencia, por lo demás sólo pasiva; el diálogo útil pudo iniciarse antes que con nadie con la *Action Française*, joven y enamorada de las ideas. La parte más animada de las páginas que van a leerse representa el cerco de la *Action Française* por un pensamiento monárquico. El autor no puede privarse de lanzar una mirada de satisfacción sobre esta fase de su trabajo. El modesto intérprete de la verdad política pudo hacerse la ilusión de estar desarrollando una operación militar según la progresión clásica de cerco, brecha y asalto.

Cuando yo era niño, me parecía que el más hermoso hecho de armas, en el que la bravura y la utilidad fuesen una misma cosa, sería aquel que consistiese en lanzarse al galope contra la batería enemiga para barrer de su puesto a los servidores de la misma y a los artilleros, y, después, en vez de cerrar inútilmente la boca de las piezas conquistadas, volverlas de golpe para que vomitaran desorden y muerte en las filas del adversario. Pero, cuando la *Action Française* se rindió a los asaltos del patriotismo y de la razón y se convirtió, de nacionalista republicana que era, en nacionalista pura y acabó por adherirse a la Monarquía, la verdad política ganó algo más que un simple material de combate. Aquel grupo de espíritus clarividentes, abnegados y tenaces no se limitó sólo a hacer llover las objeciones y la crítica sobre las ideas y el hecho republicanos. La "Conquita del Rey" hízose conquistadora y, si apabullaba al enemigo, era para alistarlo bajo sus banderas. Se unió a la doctrina militante la obra de propaganda y de recluta, obra que no cesará hasta el día en que la evolución de los espíritus y de las cosas sea completa. Cuando se ha compartido un error, es mucho más fácil analizarlo y confundirlo.

Muy pocas familias francesas, aun escogiéndolas entre las mejores, se han visto totalmente libres de este error, y pocas de ellas —ni aun entre los peores—han sido totalmente culpables. En el punto en que nos encontramos, nuestros padres y nuestros abuelos pueden ser amnistiados fácilmente. Monárquicos antiguos o nuevos, no tienen ya nada que echarse en cara sobre la equivocación personal de sus predecesores. Sólo los errores perduran, y esto es lo

1. En la *Gazette de France*. Primera carta a los Constituyentes.

que importa borrar y sustituir. Para un cierto número de franceses que desde hace diez años están combatiendo juntos, ya es un hecho. Esta reconciliación general, este recíproco olvido de los crímenes pasados en el aborrecimiento común de los errores supervivientes y en el común amor a una verdad eterna (o consubstancial a toda la duración de Francia) han forjado el estado de espíritu en virtud del cual conviven y se ponen de acuerdo legitimistas de raza y sobrinos-nietos de convencionales regicidas, incrédulos y católicos. Es la regla de la *Action Française* que puede extenderse a Francia entera.

IV.—Antes de la "Encuesta sobre la Monarquía"

En esta *Encuesta* todo el mundo ha tenido la palabra y, si el adversario es a veces tratado en ella tan bien como el amigo, no presta menores servicios. Ni preferencias de rango ni de grupo, ni tampoco el prejuicio contrario. El primero que se encuentra, a continuación de nuestros dos grandes monárquicos desterrados, es el rey de Francia. Y, junto a él, poetas, artistas, filósofos, unos de edad avanzada y otros casi adolescentes en la época en que recibí sus respuestas a mi cuestionario. Lo único que se pedía a unos y a otros era que demostrasen haber meditado verdaderamente su respuesta y atenerse a condiciones, que no suelen ser comunes, de seriedad y competencia. Por lo que hace a la elección de las personas a quienes había que interrogar, el único juez fuí yo, puesto que alguien debía serlo, y ¿habré de lamentar el no haberme fiado de títulos y diplomas? Lo que se llama comúnmente el pueblo, no falta, por más que se haya dicho, en esta reunión de Constituyentes. Al lado de un Bourget y de un Barrès, Fanfournot, el hombre de suburbio de *Les Déracinés*, hace oír su grito y dice su palabra seriamente tomada en consideración: a él debo la convicción de que "Francia es amiga de la mano dura" y de que lo que quiere ante todo es autoridad. Verdad grande que ha habido que defender frente a diputados y gentes de campanillas.

Alguien ha querido hacerme el honor de atribuirme un sistema, pero yo no he inventado nada. Mi objetivo, la Monarquía francesa, preexistía ya, toda vez que ha creado a Francia que, a su vez, nos ha creado a nosotros. Las naciones europeas que han tenido la suerte de conservar una dinastía al frente de ellas bastarían para recordarnos el modelo de este género de institución, si los franceses fuesen tan olvidadizos como se ha dicho. Pero hay que hacerles justicia y admirar en ellos lo que el conde de Lur-Saluces ha calificado acertadamente de milagro; honremos esta

perduración, a través de un siglo, del sólido núcleo monárquico. Por haberse conservado la tradición de fidelidad a nuestro rey en muchos hogares franceses de toda condición, lo único que yo he tenido que hacer ha sido recoger la chispa que de ellos brotaba. Por lo que hace a la manera de comprender esta tradición, se ha conservado purísima gracias a nuestros príncipes, el conde de Chambord, el conde de París y el duque de Orleans. Muchos de sus fieles, al frente de los cuales tengo el deber de citar a mi maestro directo, el marqués de la Tour du Pin La Charce, han cuidado de tener al día la concordancia entre la lección desprendida de las desgracias públicas que se sucedían y nuestros principios generales que el tiempo exalta y consagra, lejos de alterarlos.

La aportación personal es aquí de crítica y de ejecución. Un punto hubo en el que abrevié de razones, porque no íbamos a volver a las interminables discusiones sobre la constitución de la antigua Francia o las leyes fundamentales del Reino. La política monárquica no tiene por qué aceptar el peso de las ideas, muy distintas y a menudo opuestas, que los diferentes teorizantes jurídicos y otros han elaborado sobre la Monarquía en el transcurso de los tiempos. En efecto; de lo que yo hablo es de la Monarquía, no de la idea que las gentes se han hecho de ella; de la institución monárquica, no del sentimiento que pudieron tener de ella el conde Adalberto, el senescal Felipe Pot o el cronista Saint Simón. Yo estoy hablando de una cosa. No se trata de saber cómo ha sido entendida la realidad monárquica, ni lo que se ha deseado que fuera, ni lo que ella misma ha podido creerse, sino lo que ha sido de hecho mientras consiguió realizar su obra peculiar. Las tesis de derecho han variado mucho, pero el resultado de la experiencia histórica es constante, y por el resultado es por lo que yo defino la función. Yo repaso las eras de prosperidad nacional, en que un buen resultado ha dado testimonio de la bondad de la causa que lo producía, y también de las horas de crisis en que se comprometió todo. Sírveme esto de contraprueba, pero la prueba se basa en la sucesión de los testimonios orgánicos y positivos. Tal cual era aun en los períodos en que el régimen ha sido acusado de desviación, la Monarquía creó y conservó a Francia, y ésta ha venido a menos, siempre, sin la Monarquía. Este es el terreno firme de que no he querido moverme.

No pretendo negar la pasión personal puesta en esta discusión. Era la época en que un amigo, gran helenista, al enviar la edición de los trozos escogidos de un griego antiguo al autor de la *Encuesta sobre la Monarquía*, lo llamaba, con doctísima gentileza, Τῷ μάλ ἀγχινόω τῶν πολιτικῶν ἐρευνητῇ [1]. Mi preocupación de las investigaciones de política no era cosa nueva, sino que empecé a aplicarla a la estructura del Estado francés contemporáneo en cuanto dos o tres breves estancias en el extranjero me hicieron sentir el grado de desestima a que nuestro valor político había llegado. Las guerras turco-griega e hispano-americana fueron el primer pasto de un espíritu hambriento de ejemplos que seguir y que esquivar, de buenos modelos y de tipos funestos. Vino después, como una inmensa lección de cosas, el *affaire* Dreyfus que abrió nuevos caminos a la reflexión y amplió los anteriores puntos de vista y, sobre todo, fué un estímulo en virtud del espectáculo del desorden del Estado y de la opinión; el Estado, inseguro de sus derechos y de sus deberes; la opinión, turbulenta, irritada y agitada, y los mismos patriotas apelotonándose para gritar sin una idea precisa, tan anarquistas de hecho como sus enemigos.

Yendo y viniendo entre los grupos, yo les murmuraba al oído, al principio mal, después un poco mejor, las enseñanzas que yo había recibido, la aplicación que de ellas hacía, la perfecta y profunda comprobación que de ellas aportaban a diario los acontecimientos, comparables a fieles criados. Esta palabra monárquica, al caer en medio de republicanos alarmados, causaba una sorpresa indescriptible. Los antiguos números de *L'Action Française* y de la *Gazette de France* del mismo tiempo conservan una muestra de las discusiones mantenidas en esta atmósfera electrizada, paralelamente a los encuentros más directos de Longchamps y de Armenonville, del proceso de Rennes y del Tribunal Supremo. No se habían disipado las emociones, antes al contrario se esperaban otras nuevas, y trabajábamos en la elección municipal, tan curiosamente significativa, de mayo de 1900, cuando M. Lucien Moreau, en una conferencia dada en la "Asociación nacionalista de la juventud francesa", expuso la substancia y la encadenación de las predicciones del amigo que él designaba con el nombre de "un político monárquico". No podemos excusarnos de reproducir aquí un extracto de esta hermosa exposición. Sólo ella puede dar una idea general del estado de espíritu del público, al que, algo más tarde, en julio del mismo año, debían ofrecerse las conversaciones y las cartas de la *Encuesta sobre la Monarquía*.

1. Se puede traducir con bastante exactitud por "el muy realista investigador político", ya que en este caso, la palabra ἀγχίνοος indica aplicación del espíritu al objeto, más que presencia de espíritu propiamente dicha.

V.—La "Política monárquica"

M. Lucien Moreau había tenido la bondad de seguir la exposición de mi pensamiento tal como la desarrollé en la *Cocarde*, en *Le Soleil* y en la *Revue encyclopédique Larousse* (después *Revue Universelle*), en donde luego nos encontramos. Cuando él dió su conferencia, ya había yo publicado también un folleto sobre la idea de la descentralización, comentario de *Les Déracinés* de Maurice Barrès, y un librito bastante denso, *Tres ideas políticas*: *Chateaubriand, Michelet, Sainte Beuve,* verdadero cuaderno de notas al que las juveniles mentes anarquistas y socialistas que integraban el primitivo grupo de la *Action Française* hicieron el honor de una atentísima lectura. Aparte la serie de "los Constituyentes" que estaba en curso de publicación, había publicado en la *Gazette de France* un análisis de la democracia considerada esencialmente como un mal y como un mal en su ocaso [1]. Además, mi monografía sobre el gobierno de Francia por cuatro naciones o cuatro Estados (los judíos, los protestantes, los francmasones y los metecos), titulada *Los Monod pintados por sí mismos*: *Historia natural y social de una familia de protestantes extranjeros en la Francia contemporánea,* empezada en junio de 1897 y publicada por intervalos, a menudo muy largos, había ido ilustrando con viñetas recreativas las desagradables verdades por mí enunciadas. En fin, el documento titulado *Dictador y Rey,* que va extractado en el apéndice de este volumen, estaba ya en circulación, aunque no tenía que aparecer hasta agosto de 1903. Tal era el cuerpo de trabajos y estudios que M. Lucien Moreau resumió a sus oyentes [2]. Estos, lo mismo que él, habían perdido por completo su fe republicana, pero, si aspiraban a la Monarquía, era sin saberlo o sin quererlo, porque, como a él mismo, el olvidado nombre de rey los alarmaba.

Es de notar el tono curiosamente irrespetuoso, a veces incluso desafiador hasta la agresión, que el joven conferenciante empleó para abordar y tratar la cuestión religiosa. El lenguaje de la *Encuesta* revela otras disposiciones análogas. Hoy no se hablaría así del Catolicismo en la *Action Française*. Por una parte, la perse-

1. Artículos reunidos más tarde en *L'Action Française*. (15 de junio de 1902) con el título de "El legajo de una discusión".
2. El texto de la conferencia de M. Lucien Moreau se publicó en *L'Action Française* de los días 1 y 15 de mayo de 1900. El autor ha tenido la amabilidad de poner sus notas a mi disposición.

cución republicana y, por otra, la idea monárquica, han hecho su obra [1].

M. Lucien Moreau se expresaba así:

"El objeto de nuestras conferencias que consiste, como todos sabéis, en adquirir clara conciencia de nuestro nacionalismo, nos impone los temas más diversos Por una parte, tenemos que estudiar ciertos hechos y ciertos personajes característicos de nuestra Historia y buscar juntos su significación respectiva. No necesito recordaros la apasionante lección que nos dió el otro día nuestro presidente Barrès y el trazo seguro y exacto con que nos señaló el desenvolvimiento y el sentido del drama boulangista, y también sabéis que Stendhal y Bonaparte serán dentro de poco estudiados ante vosotros. Pero, además, tenemos que estudiar el pensamiento político de todos los franceses de este siglo que han pensado de verdad. No tenemos por qué ocuparnos aquí de Hugo, de Michelet, de Lamartine o de sus discípulos, por mucho que en algún momento hayan brillado por su sentimiento o por su fantasía. Los maestros que vamos a abordar son unos espíritus positivos que nuestros pedagogos suelen desconocer, calumniar o desfigurar: ¿necesitaré citar a J. de Maistre, Bonald, Balzac, Le Play, Sainte Beuve, Auguste Comte, Taine, Fustel de Coulanges, Renan? Sólo ellos podrán darnos, contra los "intelectuales", las armas de que nos hablaba nuestro presidente..."

Tras dejar sentado que lo que más faltaba a los intelectuales de la época era la inteligencia, es decir, la ordenación de sus ideas y sus principios, y que su carácter distintivo era una profunda "miseria lógica", el conferenciante aborda el tema:

"Decía yo cierto día a un hombre generosísimo, una de las lumbreras del partido dreyfusista, que podría hallar, particularmente en los estudios de M. Charles Maurras, una clara exposición de las aspiraciones nacionalistas. Mi interlocutor, que sabía que yo no era monárquico, pensó dejar refutado en seguida mi nacionalismo diciéndome: "¡Pero si Maurras es monárquico y escribe en la *Gazette de France*! En vista de lo cual, me esforcé en explicarle que una diferencia de método no supone necesariamente que se tengan objetivos distintos. Evidentemente, M. Maurras es monárquico y nosotros no lo somos. Pero ¿por qué no lo somos? ¿Acaso por misticismo, o, como dice M. Joseph Reinach, por "religión republicana"? ¿Hemos entregado quizás a este nuevo pontífice toda nuestra libertad de examen? Y si algunos de los nuestros no sólo sintieran gratitud hacia la antigua Monarquía por los servicios que prestara a la Francia de antaño, sino que supusieran que todavía puede prestárselos a la Francia de hoy y de mañana, ¿acaso dudarían en

1. Sobre el desarrollo de nuestra política religiosa, se puede consultar *L'Action Française* de 1.º de febrero de 1908, páginas 239 y siguientes, y *Le Correspondant* de 10 de junio del mismo año.—Eminentes eclesiásticos no pararon mientes en la primitiva corteza; véase el libro del presbítero Maignen *Catolicismo, nacionalismo, revolución,* París, 1900.

hacerse monárquicos? Entonces merecerían que se les aplicaran los sarcasmos que M. Maurras dirigía a M. Arthur Ranc:

"Una turba de pertigueros y sacristanes mal disfrazados emplea en provecho de la revolución un sistema usado antaño por los clérigos y los monjes. Para estos nuevos fanáticos, Francia ha hallado su fin moral y su destino sobrenatural, no en la devoción particular a Nuestra Señora, sino en los actos generadores, continuadores y propagadores de la revolución, en la función reveladora de las ideas revolucionarias. Esto es lo que la hace amable, considerable y, por tanto, digna de que se la defienda. Fuera de esto, Francia no es más que un territorio como los otros. Si somos buenos filósofos, no tiene por qué interesarnos más que la India o la Mongolia. Oigamos a M Ranc. Cuando por casualidad, o negligencia, o torpeza, se deja arrebatar hasta el punto de que puede salir de su pluma el nombre de la patria, M. Ranc tiene buen cuidado de recobrarse en seguida y de corregirse: "Francia...—escribe—. *Sí, la Francia grande y la República fuerte,* PERO *la Francia de la Revolución y la República que representa en el mundo el derecho y la justicia..."* FRANCIA, PERO..., FRANCIA, SI..., FRANCIA, A CONDICIÓN DE QUE... *Con poca diferencia, no hablaban de otro modo los pontífices más celosos de las prerrogativas del poder espiritual. No contentos con atar y desatar las almas, querían juzgar a las naciones. M. Ranc tenía madera de un gran obispo. Más religioso que político, más sectario que ciudadano, ofrece sus anhelos a la idea de derecho y de justicia, hija putativa de la revolución, no a Francia. Una Francia contrarrevolucionaria carecería de valor para él. Una revolución no francesa, y hasta antifrancesa, con tal de que se inspirara en los mismos principios, le arrancaría, sin duda, los mismos acentos de entusiasmo"* [1].

Nosotros, ante todo, somos franceses y lo somos sin condiciones. La República no puede tener valor a nuestros ojos más que como un medio de asegurar la prosperidad intelectual y material de Francia. Nos dicen que este medio nada vale y que hay otro mejor. ¿Vamos a negarnos a examinar y comparar?

M. Lucien Moreau contesta que semejante negativa no tendría excusa. El político realista que él analiza "elimina constantemente de la especulación positiva esos simulacros de pensamiento, esas llamadas al corazón más o menos disfrazadas, esos sentimientos sistematizados, esas hipótesis gratuitas que, como sabemos de sobra, han constituído todo el fondo de la argumentación dreyfusista. Tiene, pues, que proporcionarnos armas seguras. Las que necesitamos nosotros, que procuramos razonar, contra ellos, que son unos idólatras".

...Nos hallamos ante un francés clásico enamorado de la sola razón, refractario a todo misticismo. Nadie puede sorprenderse de

1. *Action Française,* n.º 7, 15 de octubre de 1899, pág. 308.

verle contraponer nuestras ideas tradicionales a lo que él llama "ideas suizas", a la metafísica liberal, al iluminismo revolucionario, a la idolatría democrática.

Hace mucho tiempo que nuestro autor muestra afición a citar, como a sus primeros maestros intelectuales, a espíritus tan desprendidos de la superstición liberal y romántica como Taine, como Renan, como MM. Anatole France (¡ah!, el de antes del *Affaire*), Maurice Barrès y Paul Bourget. Pero lo esencial es que nuestro amigo es un naturalista [1] y un nacionalista, y creo haberos demostrado las razones que abonan el que se lo aprobemos. Él ha creado, para aplicarla a Sainte Beuve, una fórmula que debería servirnos de divisa a todos nosotros que, libres de las supersticiones de nuestros padres, nos esforzamos por restaurar la tradición nacional: me refiero al "empirismo organizador" [2].

"Este empirismo—nos dice—*enseña y profesa que el orden de las sociedades, cualquiera que sea el modo de obtenerlo, importa más que la libertad de las personas, puesto que aquél es el fundamento de ésta. En vez de exaltar la igualdad, aunque sea delante de la ley, su atención se dirige instintiva, pero también metódicamente, al cúmulo de diferencias naturales que no pueden dejar de llamar la atención a una mirada de analista...*

"El empirismo organizador apenas excluye nada de cuanto es tradicional o "vieja Francia", como no sea acaso los excesos del sentimiento cristiano. Pero puede decirse que la misma Iglesia neutraliza estos grandes excesos, o los combate, puesto que jamás ha dejado de condenar las sectas ignorantinas o iconoclastas nacidas de la lectura de los libros judíos. En una palabra, este empirismo no presenta nada de sectario ni violenta a nadie. Parecido a la higiene, le basta con que fenezcan cuantos no hacen caso de él, personas o sociedades [3].

De modo que el punto de vista está muy claro. Lo primero que hay que asegurar es la prosperidad del Estado: esta es—nos dice—la máxima fundamental de la política. Y en otro sitio alaba a Le Play por haber dejado sentado cuál es el criterio experimental de las sociedades, que no es otro que el de "su prosperidad":

"Un teorizante naturalista, sin desdeñar la idea de justicia, y manteniéndola en su sitio y rango, le asignaría, de todos modos, como base y fundamento, las ideas de utilidad y conveniencia. —¿Qué es lo que conviene a la prosperidad y a la subsistencia de un determinado grupo social?— *Esto es lo que se preguntará un teorizante naturalista y científico, que, en cambio, no se preguntará nunca: —¿Cómo podrá realizarse dentro del Estado tal o tal derecho del hombre o del ciudadano?"*

1. "Un naturalista", es decir, un observador de la naturaleza, de ningún modo un optimista a lo Rousseau y menos un fatalista a la turca. (Nota de M. Lucien Moreau.)

2. *Tres ideas políticas: Chateaubriand, Michelet, Sainte-Beuve.* Ed. Champion, 1898. Reimpreso en *Romanticismo y Revolución,* 1 vol. en 8.º, *Nouvelle Librairie Nationale,* 1922. (Nota de 1923.)

3. *Tres ideas políticas.*

Así llegamos a las críticas mediante las que este empirismo fulminará los elementos corrosivos de la revolución.

"En lo que menos pensaron nuestros revolucionarios fué en "lo que pudiera convenir a la prosperidad y a la subsistencia de nuestra nación"; acaso sea Ernest Renán quien mejor lo haya demostrado en esta página admirable:

—No conservando más que una sola desigualdad, la de la fortuna; no dejando en pie más que un solo gigante, el Estado, y veinticinco millones de enanos; creando un centro poderoso, París, en medio de un desierto intelectual, las provincias; transformando todos nuestros servicios sociales en administración; deteniendo el desenvolvimiento de las colonias y dejando así cerrada la única salida por la que los Estados modernos pueden escapar a los problemas del socialismo, la revolución ha creado una nación cuyo porvenir es poco seguro, una nación en la que sólo la riqueza tiene valor, en donde la nobleza necesariamente tiene que decaer. Un código de leyes que parece hecho para un ciudadano ideal que naciera niño expósito y muriera solterón; un código que convierte en simplemente vitalicias todas las cosas, en el que los hijos resultan un inconveniente para el padre, en el que queda prohibida toda obra colectiva y perpetua, en el que las unidades morales, que son las verdaderas, quedan disueltas a cada fallecimiento, en el que el hombre prudente es el egoísta que se arregla mejor para tener los menos deberes posibles, en el que se concibe la propiedad no como una cosa moral, sino como la equivalencia de un goce siempre apreciable en dinero; semejante código, digo, sólo puede engendrar debilidad y pequeñez... Con su mezquina concepción de la familia y de la propiedad, los tristes liquidadores de la bancarrota de la revolución, en los últimos años del siglo XVIII, dejaron preparado un mundo de pigmeos y rebeldes...

¿Quiere esto decir que el autor del Código civil participaba de las ilusiones revolucionarias? Haría falta ignorar que Napoleón se propuso precisamente debilitar las antiguas familias francesas a fin de asegurar su dominio y fortalecer el Estado constituyendo alrededor de él una nueva aristocracia hereditaria. Es digna de recordarse esta carta a José Bonaparte que tan claramente descubre el objetivo que Napoleón perseguía:

"Quiero tener en París cien familias que hayan subido junto con el trono y que sean las únicas que tengan importancia, puesto que no serán más que unos fideicomisos y que lo que no sea suyo va a diseminarse por efecto del Código civil. Establece el Código civil en Nápoles y, así, todo lo que no esté unido a ti va a quedar destruído en pocos años y lo que quieras conservar se consolidará.

"Esta es la gran ventaja del Código civil. Tienes que establecerlo ahí y él consolidará tu poder, ya que, gracias a él, todo lo que no es fideicomiso cae y no quedan otras grandes casas que las que tu erijas en feudos. ESTO ES LO QUE ME HA HECHO PREDICAR UN CÓDIGO CIVIL Y ME HA IMPULSADO A DICTARLO. (Carta de Napoleón I al rey de Nápoles, José Bonaparte, de 5 de junio de 1806.)

No se trataba, pues, de emancipar a los individuos, como les gusta repetir a los liberales admiradores del Código civil. De lo que se trataba era de destruir todo Estado particular dentro del Estado napoleónico, y precisamente por esto las instituciones consulares abolieron en Francia toda posibilidad de asociación. Monsieur Maurras nos demuestra cómo:

"1.° *Las asociaciones profesionales fueron expresamente prohibidas;*

"2.° *Las asociaciones confesionales y religiosas quedaron sometidas a una vigilante policía del Estado, de modo que dependieran para todo de su administración;*

"3.° *La beneficencia, convertida en un servicio público, tenían que dirigirla y realizarla empleados del Estado;*

"4.° *La ciencia, en virtud del secuestro del Instituto y de la Universidad, quedó reducida a análoga domesticidad del Estado;*

"5.° *Las provincias, después del seccionamiento departamental de 1789, estaban y seguían estando abolidas;*

"6.° *Cuanto a los municipios, la mayoría de ellos se sentían harto pequeños para atreverse a ser algo diferente del Estado. Los grandes, ocupados militarmente, eran administrados del mismo modo y tenían que recibir todo impulso de aquél;*

"7.° *En fin, las familias recibieron un estatuto invariable e inflexible, propio para limitar su existencia al tiempo necesario para procrear hijos y nutrirlos. Apenas crecidos, los jóvenes ciudadanos obtenían de la ley un derecho sobre la fortuna paterna. El hijo de la nueva familia francesa, cuando es único, recibe a su mayoría de edad todas las municiones que le hacen falta para guerrear contra sus progenitores. Y si no es hijo único, la odiosa guerra se hace doble: primero la querella es entre hijos y padres y después entre hermanos.*

"Esta divergencia moral se complicó con divisiones económicas. A cada partición, el interés de uno solo pudo exigir la total conversión en dinero de los muebles e inmuebles, de suerte que el fenómeno de liquidación que se produjo en 1793 para el conjunto de la raza francesa tenía que repetirse, en adelante, de edad en edad en períodos fijos, con caracteres más reducidos, pero innumerables, para cada una de las familias de la nación.

"En ejecución de las voluntades del año VIII, se hizo difícil y raro que una empresa cualquiera durara más allá de la vida de su fundador. La generación que desaparecía ya no legaba a la superviviente operaciones que proseguir y que completar. Creadas y deshechas sin cesar, formadas y disueltas casi a un tiempo, las asociaciones de poderes, las concentraciones de riquezas quedaban así en la imposibilidad de hacer la más pequeña sombra al Estado. Del mismo modo que sólo él perduraba, sólo él ejercía un verdadero poderío." (LOS MONOD PINTADOS POR SÍ MISMOS, *L'Action Française* de 1 de enero de 1900.)

Así fué cómo, al llegar la Restauración, "la opinión liberal" se puso a combatir la omnipotencia del Estado, pero ocurrió que este

esfuerzo tendía, no a devolver a los ciudadanos las libertades que les hubieran sido útiles, sino tan sólo a anular la fuerza propia del Estado:

"Parecía que el primer deber de una opinión liberal debería haber consistido en arrancar, por fin, al Estado todas las funciones ciudadanas y privadas que había inútilmente usurpado, pero no fué así. Con lo que se encarnizaron los liberales fué con la función peculiar del Estado. No atacaron para nada ni la enseñanza de Estado, ni la asistencia pública de Estado, ni las otras administraciones de Estado, sino que se limitaron a barrenar la autoridad de aquél en los grandes asuntos de política extranjera e interior, precisamente aquello que debe llamarse su poder privativo. Sancionaron la anulación cívica, la muerte civil de los franceses, preconizaron el Estado cesáreo, considerado como gendarme y despensero de la democracia, como mercader, como enfermero y maestro de escuela, como administrador y curador universal. Sólo que a la primitiva calamidad añadieron una segunda que fué la religión de la indocilidad política, la rebeldía sistemática y ritual contra los Gobiernos que gobernaran, la firme resolución de debilitar, de empequeñecer, de destruir al Estado en el ejercicio de sus más justas regalías..." (LOS MONOD.)

El Parlamento servía a los liberales como medio para aniquilar el Estado, del mismo modo que el Código civil, por falta de las instituciones complementarias que Napoleón soñaba, tuvo como consecuencia la ruina de los ciudadanos.

"Amiel ha conocido y descrito la enfermedad de un alma en la que la fuerza y la vivacidad de la crítica, la constancia y la voluntad de dominio, precediendo vida y acción, habían disminuido el poder de actuar y de vivir. La enfermedad liberal y parlamentaria es la enfermedad de Amiel extendida al cuerpo del Estado. Las Cámaras critican las menores resoluciones y las menores tendencias del Gobierno y éste pierde el tiempo en discutir esta crítica previa; a la larga, ya ni siquiera intenta, tal como haría el ser sano, oponer a sus vanos censores una voluntad positiva. Sus fuerzas vivas las absorben las discusiones con la oposición y llega a confundir la necesidad de sostenerse frente a los asaltos de ésta con su oficio de administrar y gobernar al país. Lo poco de inteligencia y de energía práctica no tocado de ataxia o de parálisis se malgasta así en bajas maniobras de defensa ministerial. El Estado languidece y se disuelve; la administración se le escapa; la burocracia centralizada, igualitaria y uniforme del Consulado niega su concurso al desenvolvimiento nacional y no sirve más que para dividir y debilitar la nación, toda vez que, por inexistencia de un Estado, no funciona más que en provecho de intereses sucesivos, variables o divergentes, todos ellos particulares, misteriosos y difícilmente confesables" (LOS MONOD).

Demasiado sabemos qué progresos ha hecho desde 1815 a nuestros días la enfermedad, y los resultados saltan a la vista. Los hallamos claramente revelados en los primeros capítulos de *Los*

Monod; nuestro Estado ha perdido la fuerza, nuestros ciudadanos, aislados, están a merced, primero de la Administración y, después, de cualquier otra colectividad solidaria, como los protestantes, los masones y los judíos.

El realismo político opone a esta libertad revolucionaria que aniquila al Estado y al ciudadano la concepción de las libertades tradicionales del país.

Si reconocemos lo bien fundado de esta crítica de nuestras instituciones, si estimamos que los ciudadanos son oprimidos por la Administración y que el Estado resulta impotente, sacaremos con el autor la conclusión de que importa a la vez limitar y definir las atribuciones del Estado y fortificarlo contra toda sedición individual y colectiva. Tendremos, pues, que reconocer que necesitamos "reaccionar hasta lograr la salud" [1] contra el mal revolucionario, que tenemos que devolver al Estado su fuerza y a las asociaciones sus libertades:

"Reconstitución de las provincias, autonomía de las Universidades, supresión de la partición de las herencias por igual, reinstauración de poderosos patrimonios industriales y territoriales, autonomía sindical, autonomía confesional: he aquí exactamente lo que nuestro pasado aconseja, lo que falta a nuestro presente, lo que reclama nuestro porvenir." (*Gazette de France*, 17 de marzo de 1900) [2].

Con un Estado fuerte y unas asociaciones poderosas, el sueño de Mirabeau podría realizarse, aquel sueño "en que el legislador se contentase con apelar al interés individual, con depararle los medios necesarios para actuar y con dirigirle invenciblemente hacia el interés general para la mayor conveniencia de todos los resortes políticos..." En otros términos, según el deseo de Auguste Comte, un régimen así podría *"valerse de los impulsos personales para remedio de las dolencias sociales"*, concediendo a los particulares todas las libertades compatibles con el bien público.

1. *Tres ideas políticas.*
2. Programa idéntico había sido indicado mucho antes por el autor de la *Encuesta sobre la Monarquía* en un artículo sobre la Monarquía de julio y su historiador M. Thureau-Dangin: "Reformas orgánicas... Reformas esenciales... Lo que no pudo emprender tal Ministerio clarividente de la Restauración. Reformas esenciales que preconizan los primeros teorizantes del monarquismo, Maistre y Bonald, y de las que, más tarde, y tras haberlas laicizado lo bastante, se constituyó en defensor el profundo filósofo del *Sistema de política positiva*". El Gobierno de julio se aseguró el Ejército. Pudo, de querer, revisar el Código civil y atenuar, por ejemplo, alguno de los peligros de la ley de partición por igual de las herencias, abolir el Concordato o modificarlo, afrontar de nuevo el problema de la descentralización en aquel punto en que los hombres de 1788 lo habían dejado... Pero su espíritu se había conservado liberal, o, lo que es lo mismo, revolucionario." (*Revue hebdomadaire* de 16 de diciembre de 1893.)

Ciertas franquicias locales figuran en la primera línea de estas libertades que el interés de todos reclama. Nuestros ciudadanos de ningún modo mejor podrán ejercitarse en el espíritu político que cuando se trate de sus intereses más inmediatos y, además, la Administración resultará tanto menos gravosa, tanto menos irresponsable, menos anónima y tiránica, cuanto menos complicada sea y esté menos distante y menos centralizada. Por consiguiente, el empirismo organizador implica la descentralización. Yo quisiera poder exponer cómo, de qué modo realista entiende la descentralización que otros conciben de una manera harto quimérica y casi mística [1]. En efecto, para nuestro amigo, no se trata de sustituir unas subdivisiones artificiales con otras, sino de resucitar las circunscripciones naturales de Francia, y habría que encargar de semejante tarea a geógrafos mejor que a políticos, porque la historia del siglo XIX demuestra a saciedad la impotencia de los recortes administrativos para crear agrupaciones homogéneas que equivalgan exactamente a esas comunidades que nacen espontáneamente de la naturaleza de las cosas.

El conferenciante se remite aquí a las campañas de Barrès en *La Cocarde* (1894-1895) y en *Les Déracinés*, a los libros de Bourget (*Outre-Mer*, etc.), a las conferencias de Frédéric Amouretti (Escuela parisiense del Felibraje) y a la obra de M. Foncin, (*Le Pays de France*), e indica las aplicaciones del mismo principio a los problemas conexos de las Universidades y de la Iglesia añadiendo:

"La autonomía sindical forma parte también del número de las libertades que más necesitamos. Sólo ella puede garantizar a la vez la defensa del trabajo y la seguridad del capital. Como siempre, se trata de conceder a unas colectividades los medios necesarios para la defensa de sus intereses, al mismo tiempo que se dirige a éstos hacia el interés general. Se trata de poner remedio a la precaria situación del obrero aislado por el Código civil y despojado por él de todo medio de resistir a lo que los liberales ortodoxos llaman el libre juego de la oferta y la demanda, que, en realidad, es la omnipotencia, no del capital, sino de capitales irresponsables y anónimos. Y se trata, al mismo tiempo, de dar al obrero intereses que defender que identifiquen su conveniencia particular con la conveniencia pública y lo sustraigan a la influencia de los organizadores de huelgas electorales. ¿Se nos echará en cara que pretendemos restaurar las antiguas corporaciones? También queremos restaurar otras muchas instituciones antiguas: todas aquellas cuya destrucción, según testifican pensadores como Auguste Comte, Taine y Renán, ha sido causa de la decadencia del Estado francés y, bajo el nombre de libertad, de la auténtica servidumbre de todos los ciudadanos.

1. Alusión a los señores Clemenceau, Léopold Lacour y otros descentralizadores de la escuela republicana. Véase la *Idea de descentralización*, pág. 17 y siguientes, 31 y siguientes.

Entre las libertades que están haciendo falta, incluímos asimismo la libertad de testar que ha de permitir la reconstrucción de nuestras disueltas familias: todas estas reconstrucciones de hecho deben conspirar al restablecimiento de los elementos psicológicos de un patriotismo concreto. Los intereses privados que atan a los hombres a la suerte de la patria deben sentirse directamente si se quiere que el sentimiento patriótico sea real, vivo y efectivo. Nada sería más peligroso que el reducir el patriotismo a un "acto de fe noblemente desinteresado", porque resultaría harto precario.

Generosos sentimientos, últimos restos de las tradiciones antiguas, fuerzan aún a este acto de fe a la mayoría de los franceses. Pero, sin referirnos a la propaganda de los anarquistas y los internacionalistas, que, sin duda, recluta sólo un pequeño número de adeptos, no podemos menos de reconocer que buen número de espíritus comienzan a sentir las consecuencias del absurdo liberalismo de este siglo; ya no hablan de Francia más que con toda clase de peros y otras condicionales: como M. Ranc, no hablan de Francia más que *a condición* de algo. Si queremos que de nuevo se invoque a Francia sin condiciones, poniéndola por encima de los ídolos metafísicos, lo mismo que de la opinión de esto que suele llamarse la Europa civilizada, tenemos que mostrar por todas partes, bajo una Francia abstracta, la realidad francesa, es decir la sangre y el suelo franceses, las tradiciones naturales y el campo nacional, o, para repetir la noble frase de vuestro presidente Maurice Barrès, "nuestra tierra y nuestros muertos".

Tal tiene que ser la propaganda nacionalista, si ha de tener un sentido. Debe hacer comprender que los franceses contemporáneos "*son los usufructuarios, no los propietarios, de su capital nacional*". Tendrá que defender a veces este capital contra sus caprichos efímeros tal como—según la frase grata a M. Maurras—se defiende la caza contra los cazadores, la pesca contra los pescadores o el trabajo contra los trabajadores mismos.

Una política nacional tendrá, pues, por programa la multiplicación y fortificación de instituciones capaces de interesar al mayor número posible de organismos vivos en el mantenimiento de la integridad nacional y, después, en el aumento del poderío nacional (ya que un país declina cuando no progresa). Provincias, municipios, familias, Universidades, Sindicatos, Congregaciones religiosas, es menester que todos estos grupos tengan lo suyo y lo administren libremente bajo la simple vigilancia del Estado. Si el Estado tiene que hacerse administrador de provincias, magistrado municipal, padre de familia, maestro de escuela, patrón, arzobispo y arcipreste [1], para llenar todas estas funciones, y ello de manera

1. El Estado, que se ha separado de la Iglesia, no ha dejado por ello de seguir asumiendo la cura de almas que el sentido común reserva a los clérigos. Su política religiosa anticatólica ha cambio de eje, de instrumento. Procede contra los obispos y los sacerdotes por medio de los tribunales en vez de llamarlos a sus despachos y ante el Consejo de Estado. Pero la intención y el resultado son los mismos: la ambición

imperfecta, costosa y a menudo vejatoria, descuidará sus funciones naturales que consisten en garantizar el orden y la seguridad en el interior y en el exterior, razón por la que sólo la descentralización puede asegurar sus respectivos derechos tanto al Estado como a los ciudadanos.

"Me equivocaría mucho—añade M. Moreau—si hubiera un nacionalista que no reconociera en todo esto sus propias ideas. En todo caso, éstas parecerán inspiradas por el más sano realismo y nada es más opuesto a la vacía y mística elocuencia de tantos pretendidos librepensadores." El conferenciante llega aquí al punto delicado. De acuerdo con el monárquico en lo de la ordenación deseable para Francia, ¿cómo concederle que la Monarquía pueda realizar este bien y, sobre todo, que sólo ella sea capaz de hacerlo?

Me queda por abordar el medio que se propone a quienes de buen grado querrían aplicar esta filosofía política. No hay duda de que aquí me resulta más difícil conservar a nuestro autor el título de realista, que tan bien merecido tiene en otros terrenos, ya que se declara monárquico, y, a mi entender, si bien no tengo ninguna objeción teórica que presentar contra la Monarquía, no creo nada en la posibilidad de una restauración, ni que, si esta restauración fuese posible, pudiera, en las circunstancias actuales, llevar a cabo las reformas que acabamos de resumir...

Harto sabemos todos que, en teoría, una sola persona, por muy vulgar que sea, es más capaz de iniciativa inteligente que una asamblea deliberante. También sabemos que la herencia es, natural e históricamente, un principio de sucesión preferible a la elección de jefe de Estado: lógicamente, ya que al jefe del Estado le importa, por interés dinástico, no derrochar un capital que es, no vitalicio, sino hereditario; e históricamente, ya que el antiguo régimen no ha ofrecido jamás una sucesión de personas tan mediocres como MM. Grévy, Carnot, Périer, Faure y Loubet [1]. Pero—repitámoslo—no creemos que hoy sea adaptable a Francia otro régimen que la República, por lo que debemos probar a sacar de ella el mejor partido posible confiando nuestros intereses a gentes capaces de mejorarla.

Nos limitaremos, pues, a examinar rápidamente, para aprovecharnos de ellas, las críticas dirigidas a los distintos "Constituyentes" republicanos.

Los reformadores pueden clasificarse en parlamentarios y plebiscitarios. Unos y otros—por lo menos, dentro del partido nacionalista—tratan, en mayor o menor grado, de fortalecer el poder ejecutivo para sustraerlo a la impotencia charlatana y a la corrupción del parlamento. Todos estamos de acuerdo en esto sin disputa. Pero hay no poco matices intermediarios entre el sistema de Déroulède y el de MM. Lemaître y Ch. Benoist. Pues a unos y a otros nuestro autor les predica que ninguna República ha sido ni puede ser nunca gobernada más que por una oligarquía. Y nosotros ya no tenemos aristocracia hereditaria, y toda Francia está de acuerdo con él en rechazar la idea de una oligarquía clerical. En este punto M. Maurras es muy preciso:

de ejercer un poder espiritual y las persecuciones que de ello se derivan no han podido variar.

1. M. Lucien Moreau me hace notar que, en 1909, hace falta añadir el nombre de M. Fallières, que dista, por cierto, de descomponer la lista. *Voto por el más tonto*, sigue siendo una de las mejores frases atribuidas a M. Clemenceau. Tanto como al pobre M. Carnot, es aplicable a la serie de los seis presidentes.

"*No creo*—dice—*que una sociedad de solteros, ocupada en grandes finalidades espirituales, como es la Iglesia, esté indicada para ejercer el poder temporal en un gran país. Su gobierno sería mediocre o malo.*" (*Gazette de France* de 23 de noviembre de 1899 y de 29 de enero de 1900.)

Parece, pues, que la única oligarquía que es posible que tengamos (ya que el común de los ciudadanos está pulverizado por las instituciones) es precisamente la plutocracia judío-masónica, plutocracia de naturaleza cosmopolita que no conoce otros intereses fuera de los financieros o metafísicos y no se preocupa más, por lo mismo, que de "*un mínimo de estabilidad política y de orden aparente*". Pero me equivoco: hay todavía otra forma de oligarquía que, precisamente, estamos viendo superpuesta en nuestro país, a la anterior, y es lo que se llama gobierno de los partidos; pero esta forma parece también la más detestable de todas, porque, para perdurar, se ve obligada a "entregar al Estado al saqueo del mayor número". Todos sabéis cómo el saqueo del presupuesto es para nuestros diputados el principal instrumento de poderío. Tal saqueo es una necesidad para un Estado democrático que debe mantener a diario su popularidad y, por consiguiente, multiplicar sin medida las dádivas de toda especie.

Además, también se puede objetar a los plebiscitarios, como a todos los demócratas, que la misma necesidad hace imposible toda medida descentralizadora, puesto que, según confesión de los más prácticos manipuladores del sufragio universal, se necesita una administración fuertemente centralizada para obtener "buenas elecciones". La tendencia de todo sistema electivo, si bien lo miramos, resulta, pues, opuesta a todas las reformas que acabamos de considerar como indicadas para aminorar la opresión administrativa. En efecto, todo organismo independiente del Estado—administraciones regionales, municipios, familias, universidades, sindicatos y congregaciones—al que se consultara sobre los intereses del Estado, es capaz, en nombre de intereses particulares y, por tanto, mejor sentidos, de oponerse, en razón directa de su propia fuerza, a los designios del poder central. Y éste, aunque estuviera representado por el mejor de los dictadores, y precisamente porque este dictador se sentiría útil al país, no podría resignarse tranquilamente a suicidarse, porque sería un puro suicidio, hablando propiamente, el que un poder electivo, tras privarse de los medios de organizar administrativamente las elecciones, se pusiera a favorecer organismos distintos de él, capaces de hacer

las elecciones en contra suya. De modo que siempre tropezaríamos con la opresión administrativa, siempre acompañada de la impotencia del Estado...

"Son éstas — termina diciendo como conclusión M. Lucien Moreau—unas graves objeciones. Inspíranse en una concepción poco optimista, pero, a mi entender, casi exacta del régimen electivo. Bueno es que invitemos a nuestros Constituyentes a que las mediten y a que nos presenten algún remedio eficaz y aceptable, que para nosotros vendría a ser una misma cosa, ¿no es cierto?, cualesquiera que sean nuestras concepciones propias y nuestras personales preferencias. Todavía no sabemos cuál es la solución que podría satisfacernos, pero siquiera conocemos ya los términos del problema."

El problema estaba resuelto, porque, al declararse "franceses ante todo y sin condiciones", ya no era posible sustraerse a las exigencias del bien de Francia. M. Moreau convirtióse en un monárquico militante y tras él la mayor parte de los muchos jóvenes que lo escuchaban el 29 de marzo de 1900 en el primer piso del Café Procopio. Las objeciones, las repugnancias mismas pierden toda significación en cuanto se entra en contacto con este "olvidado nombre del rey". Sorprendido uno, al principio, de despertarse un buen día siendo monárquico, en seguida se maravilla de no haberlo sido siempre. La satisfacción de la inteligencia y del patriotismo se mezcla, en efecto, con un sentimiento de bienestar, de alivio, de facilidad para pensar y para vivir que deriva de una preexistente armonía entre la institución real y el instinto del hombre y el sentido de las cosas en nuestro país. Esta satisfacción de respirar por fin una atmósfera tranquila se hace tanto más sensible cuanto que las ideas contrarias engendraban un estado de irritación, de protesta, de perpetua censura, que hacían imposibles a la vez el reposo y el progreso. La democracia es la envidia; la República es la división y el odio. Ni una ni otra aceptan el presente ni el pasado y no consiguen representarse para nuestro futuro otra cosa que utopías siempre bastante simples y a menudo groseras. El alma republicana, incesantemente agitada sin objeto y sin esperanza, equivale a un compendio de la anarquía intensa a que la República somete al conjunto del país y sus elementos constitutivos. E, inversamente, esta paz interior cuyo disfrute gozan los monárquicos, y que monsieur Jules Lemaître ha descrito recreándose en ello, constituye como una especie de anticipo de la profunda paz pública que la Monarquía tiende a realizar. Sin aminorar los movimientos de la vida francesa, es capaz de distribuirlos según su orden, el único

que concilia en vez de contraponer, el único que utiliza en vez de malgastar.

La variedad natural de nuestras fuerzas económicas, regionales y morales representa un argumento temible contra un Estado francés privado de su rey, porque la unidad de todo ello no puede existir ni durar sino a costa de las más duras mutilaciones impuestas a cada uno por todos, consentidas a todos por cada uno. Pero el riesgo se desvanece y la dificultad se resuelve restaurando el Reino, porque el Estado Central dispone en él de vida propia, no hecha de los jirones de cada Estado particular: todo lo admite y respeta, lo puede armonizar y utilizar todo. Ya en cada uno de nosotros la simple idea del Rey dispone el pensamiento a rebuscar y descubrir aquellos puntos sobre que debe basarse el acuerdo, la línea en la que las acciones comunes resultan posibles; en fin, una área espaciosa en la que cimentar la construcción futura.

Este nacionalismo integral así concebido presentaba un aspecto de útil novedad, pero que corría el riesgo de acabar representando una flaqueza. Era esencial el que todos palpasen cuanto estos pensamientos envolvían de tradición impersonal. Acepté, pues, con el mayor gusto y la mayor gratitud el encargo de M. Janicot, director de *La Gazette de France,* en mayo de 1900, de dirigirme a Bruselas para recoger los juicios y las afirmaciones de M. André Buffet, jefe del Gabinete político del Príncipe, y del conde Eugène de Lur-Saluces, presidente de los Comités monárquicos del Suroeste, ambos condenados a destierro para servicio y gloria de nuestras ideas.

VI.—Progresos ulteriores

Sus respuestas y las que fuí reuniendo después constituyen lo esencial de este libro que el lector juzgará. Pero como datan de diez años, conviene preguntarse con respecto a ellas, tal como hemos hecho con el problema que las motivó, en qué han venido a parar con el tiempo y cuál será el valor en 1909 de una doctrina de la Monarquía hereditaria y tradicional, antiparlamentaria y descentralizada que se formuló en 1900.

Su persistencia y los prosélitos que ha conseguido predispondrán, sin duda, a su favor. Pero, prescindiendo de esos testimonios adjetivos, que son de gran valor, hay que afirmar ante todo que esta doctrina se sostiene. Permanece en pie por su propia fuerza y no ha entrado en liza ningún nuevo elemento que la contradiga. El tiempo, al transcurrir, como el sol al alzarse, no ha hecho

más que añadir claridades a su luz. Los motivos para aceptarla y propagarla se han hecho mucho más graves, más apremiantes y más numerosos. Mejor conocida que antaño, amigos y enemigos trabajan más en su favor. Las circunstancias propicias se multiplican. Y los acontecimientos la corroboran con una serie de notables confirmaciones.

—*Muy sensato es todo esto*—me decía un socialista a quien yo daba a conocer nuestros primeros trabajos—; *sólo que usted razona como si no debiera producirse ninguna transformación...*

En efecto. El factor de las transformaciones económicas he de reconocer que había sido dado de lado absoluta y deliberadamente en estas páginas. En primer lugar, me hubiera parecido poco correcto razonar sobre la regulación del orden público en virtud de hipótesis relativas a transformaciones que necesitan del orden público para realizarse con provecho. Se nos dice que pertenecen al futuro, pero todas distan de ser probables y algunas parecen más que dudosas; en todo caso, habría que esperarlas durante cierto lapso de tiempo, y el retorno que yo preconizo a la Monarquía obedece a la amenaza de desdichas que no han de hacerse esperar. Marx ha podido exponerse a las rectificaciones de hecho que Bernstein ha creído observar. Un sistema filosófico puede correr estas aventuras, pero a un Estado le están prohibidas. Además, yo estaba persuadido, y continúo estándolo, de que el fenómeno económico y el fenómeno político son dos cosas distintas y hay que empezar por distinguirlas, sobre todo cuando se piensa estudiar más tarde las relaciones que entre sí mantienen. Lo específico de las leyes políticas y la autonomía de su estudio es uno de los fundamentos de esta máxima, "*Política ante todo*", que nos guía en todas nuestras actuaciones. En tercer lugar, en fin, me parecía que toda repercusión de la economía en la política habría de fortificar nuestras doctrinas en vez de debilitarlas, cualquiera que fuese el sentido en que la evolución se produjese, lo mismo, por ejemplo, si la propiedad individual persistía, como ha persistido, que si la propiedad colectiva hacía todos los progresos que ha hecho y más que pudiera hacer.

Estos diez años han presenciado no pocas transformaciones económicas, y bien profundas, sobre todo en Inglaterra, en Italia, en Bélgica, en Austria-Hungría y en Alemania: ¿cuál ha sido su repercusión política? ¿Qué tipo de gobierno ha salido ganador? ¿Cuál ha perdido terreno? Los hechos nos reponden. En cada uno de dichos países, o bien la autoridad monárquica ha conservado toda su integridad, o bien ha ganado terreno sobre el elemento republicano

democrático representado por los Parlamentos. Roma, Viena y Berlín han sido los puntos de partida de experiencias sociales del más alto interés, sea del jefe del Estado, sea de la cooperación libre: en ningún sitio han disminuído la autoridad, los servicios y las funciones del rey o del emperador. Hemos asistido a un crecimiento considerable del poder monárquico en los dos pueblos parlamentarios y liberales por excelencia, Bélgica e Inglaterra [1], que son también los pueblos en los que el socialismo municipal y las grandes cooperativas federadas han aportado un elemento de verdadera novedad a la economía general. Transformación económica, aumento del poder real. No establezco una ley, pero registro los hechos propios a tranquilizar los espíritus a quienes inquieta el sentido de la evolución. Acaso no haya ningún ligamen entre la evolución social y la Monarquía, pero ciertamente tampoco hay ninguna oposición entre ambos términos y aun, mirándolo de más cerca, se descubrirían afinidades complementarias entre ellos. Por lo demás, poco importa. Lo esencial es que no sea precisamente un favorito de Carlos Stuart, sino un ministro de Eduardo VII, miembro de un Gabinete radical y colega de un ministro socialista, quien ha proclamado en alta voz, en el más inconstitucional de los discursos, la precedencia política de la Corona sobre la Cámara de los Comunes.

Se puede pensar lo que se quiera del discurso de Mr. Haldane. Lo cierto es que ha sido pronunciado. No necesitamos más contra los que, prescindiendo de la cuestión de utilidad o necesidad, se limitan a oponer lo que creen poder llamar su modernidad a lo que llaman nuestro arcaísmo, cuando los arcaizantes son ellos. Su manera de pensar data de 1848. Viven de lo que se decía y se pensaba entonces. Pero las transformaciones industriales del maquinismo que han hecho sentir sus efectos en el último medio siglo determinaron este período de prosperidad europea sin ejemplo bajo un régimen de reacción monárquica y autoritaria que bastan a calificar los nombres de Bismarck, de Cavour, de Disraëli, de Cánovas del Castillo y de Stambouloff. Stambouloff que creó la fuerza búlgara, Cánovas que restableció la vida de España, Disraëli que elevó el Imperio británico a su apogeo, Cavour y Bismarck, forjadores de la Alemania y la Italia modernas, fueron todos ministros de

1. *L'Action Française* de 1.º de abril de 1903 reprodujo y comentó un importante y curioso estudio publicado en un órgano de la democracia católica belga, *Le XX Siècle*, sobre el crecimiento del poder real en Bélgica. Sobre el crecimiento del poder real en Inglaterra, *L'Action Française* de 15 de mayo siguiente tradujo también y comentó un artículo singularmente probante e instructivo de M. Sydney Lowe en *The nineteenth Century and after*.

reyes. Los grandes Estados que han operado su unidad, no la han conseguido sino bajo la Monarquía. Los pequeños que se han emancipado de una dominación extranjera se han aprovechado del breve ejemplo de Grecia y pasado rápidamente la inútil etapa republicana para agruparse bajo jefes únicos, y la mayor parte de ellos adoptando el régimen sucesorio practicado desde siempre por la Casa de Francia. En Bulgaria y Rumania, el benéfico resultado de la obra monárquica ha podido seguirse en vivo por la crónica de los últimos treinta años.

Ora los hijos suceden tranquilamente a los padres, ora, como en España, la elevación del príncipe llegado a mayoría pone fin a una regencia difícil. Han tenido lugar atentados o verdaderas revoluciones, especialmente en Servia y en Turquía, pero a nadie se le ha ocurrido constituirse en República. No se ha rozado la constitución monárquica. No se habla ya de la Duma rusa si no es para dejar sentados el fracaso radical de las dos primeras y el celo monárquico de la tercera. Noruega se ha separado de Suecia y ha querido darse un rey por las tres razones explícitas de que quería la paz en el interior, alianzas en Europa y administración barata. El joven príncipe, sacado de una familia real influyente por sus lazos de parentesco con toda Europa y famosa también por las victorias de su jefe sobre los parlamentarios daneses, ha querido reinar bajo el nombre más antiguo y más tradicional que ha podido descubrir en la historia de la Edad Media [1]. La misma nebulosa americana parece orientarse claramente hacia una dictadura imperial; a medida que disminuyen las distancias geográficas y que sus condiciones de existencia se aproximan a las de Europa, busca la autoridad como una necesidad cada vez más preciosa y la tradición como un ornamento de que el Nuevo Mundo no podrá prescindir.

El viejo estado de espíritu republicano decrece en el mundo entero. La soberanía política, mirada y deseada como fin en 1848, baja al papel de medio. El sufragio universal era un medio para Bismarck y lo es también, evidentemente, para Francisco José. Los pueblos se muestran de la opinión de sus príncipes: los únicos problemas políticos por que parecen apasionarse en nuestros días son de orden nacional o de orden social. Caída la democracia en universal descrédito, estaba reservado a conservadores franceses como M. Sangnier o M. Piou el recoger lo poco que subsiste de este cuerpo muerto. Con Gambetta, Ferry y Waldeck-Rousseau, nuestros repu-

1. El más reciente de los reyes de Europa, Fernando I, ha tomado el título de zar de los búlgaros (y no de Bulgaria) por la razón expresa de que tal era el título de sus predecesores medievales. En 1830, la fórmula hubiera contenido una alusión al "derecho popular" electivo.

blicanos se habían desprendido parcialmente de ella. Su República, en aquello que tuvo de viviente, no fué más que la expresión de un protectorado concedido desde Londres o Berlín al dominio de los extranjeros o semiextranjeros del interior. Actúa entre estos últimos un elemento de autoridad y de herencia que no puede escapar a los espíritus atentos. Los republicanos que siguen abrigando el amor de Francia, acaban por desear que esta oligarquía extranjera, que emplea entre nosotros y en contra nuestra los resortes de la democracia, sea sustituída por una aristocracia o una burguesía indígenas; pero los franceses que no han olvidado la historia y la geografía objetan que éste es un sueño imposible y acaban proclamando la necesidad de un jefe único—dictador, cónsul, presidente—, que los más clarividentes llaman sencillamente el Rey.

Los revolucionarios no son los últimos en dar prueba de esta evolución de la inteligencia y del senttido práctico. Cuando el socialista austríaco Kautsky hizo notar en 1903 que en ningún país se ha derramado más sangre proletaria que en la República francesa durante los últimos doce años [1], nuestros periódicos más avanzados lo aplaudieron de un modo sorprendente. El año siguiente, en el Congreso de Amsterdam, M. Jaurès, que hacía la defensa de la República, tuvo que soportar un cruel martirio: "—En cierta medida—le decía Bebel—tengo que ser el abogado de la Monarquía frente a usted... La Monarquía no puede lanzarse a fondo en la lucha de clases. Tiene necesariamente que contar con el pueblo. En todas las repúblicas se registra la intervención de las tropas en las huelgas. También el Gobierno francés es un Gobierno de clase." El abogado de la República tuvo que abandonar el duro terreno de los hechos y refugiarse en la apología de los móviles democráticos. Pero esta confusión de la política y de la moral no resultó favorable a la tesis: si M. Jaurès invocaba la majestad del sufragio universal, Bebel le respondía: "Os lo dió Bonaparte"; si el orador celebraba las virtudes de la forma republicana, el implacable germano respondía: "Os la dió Bismarck, que hizo prisionero a vuestro emperador." Todo lo más, M. Jaurès creía hacer un gran daño a la Monarquía alegando que ésta tiende al bien del pueblo, no por amor, no por deber, sino "por egoísmo". "¿Por egoísmo inteligente? ¡De modo que la Monarquía es un régimen que hace el bien ajeno sin quererlo y contentándose con buscar el suyo propio!" Es lo que *L'Action Française* había dicho siempre [2].

1. *Le Socialiste* de abril de 1903.
2. En *Le Figaro* de 22 de agosto de 1904 M. Paul-Boncour consideró ciertas tesis del Congreso de Amsterdam como "un eco inesperado" de nuestras doctrinas.

La intervención de M. Guesde hizo ver que su grupo era tan ajeno como la socialdemocracia alemana a los sentimientos republicanos de M. Jaurès: "¿En qué, os pregunto, la forma republicana favorecería la emancipación del proletariado? Cuando hayáis salvado la República, no habréis hecho nada por el proletariado. Si por ella debe éste abandonar sus intereses propios siempre que esté en peligro, la República resulta el peor de los Gobiernos." Estas últimas palabras, prescindiendo de la condicional que ponía, fueron largamente comentadas por los congresistas fuera de la sesión. "¡La República es el peor de los Gobiernos!" Guesde había añadido, aludiendo a proyectos de ley que todavía no se han logrado: "Está en estudio un proyecto de retiros obreros que no concede a éstos la décima parte de lo que la Monarquía de los Hohenzollern concede a los obreros alemanes."

Una nueva escuela, representada por MM. Georges Sorel y Hubert Lagardelle, ha desplegado no poca energía y espíritu de continuidad en renovar y vulgarizar las antiguas críticas de Proudhon y de Marx, de MM. Lafargue y Guesde, con relación a la "revolución burguesa" de 1789, de la que deriva el parlamentarismo francés. La misma escuela ha hecho percibir totalmente la oposición que hay entre el régimen sindicalista, basado en un interés social común, y el régimen democrático, fundado, en derecho, en la voluntad o la opinión del individuo. Los rápidos progresos del movimiento sindical han acarreado y propagado, junto con este sentimiento, las ideas más hostiles a la democracia. Esta es tratada como una enemiga de primer orden. El partido gobernante, por muy radical-socialista que se llamara y por más que sus miembros se hubieran reclutado entre antiguos profesos del socialismo, estaba obligado a defender a tiros las leyes de las Cámaras, hijas de la elección, y las decisiones de los despachos centrales contra la ofensiva de los sindicalistas unidos. Así es cómo los directores de la masa obrera han dado un paso más; ya no se limitan a apuntar contra el régimen y el personal del Parlamento, o la legislación democrática; casi prescinden de los hombres contra los cuales se alzaron mayores cóleras en el mundo sindicalista—M. Clemenceau o M. Briand—: los obreros parisienses más revolucionarios han colgado de la ventana de la Bolsa del Trabajo el busto mismo de la República.

Esta memorable ejecución, que tuvo lugar en la plaza de Chateau d'Eau el lunes 3 de agosto de 1908, iniciaba la separación de las masas revolucionarias y el Estado republicano. Contenía también promesas que los acontecimientos no han dejado después de cumplir. No ha habido crisis social que no haya acusado y confirmado de un mes a otro este odio de la clase obrera contra el régimen; ni un conflicto económico que no haya acabado planteando el problema de las perturbaciones que el régimen origina. Y, por una coincidencia digna de admiración, a partir de la misma fecha, una altiva juventud, reclutada en todas las clases del país, viene apasionándose por las ideas de Monarquía y se consagra a propagarlas. El grupo recién nacido de los *Camelots du Roi* pone en ello tanta resolución, que, en pocos meses, desde el Barrio Latino, tomado como centro, hasta los confines del territorio, todas las reacciones del patriotismo se han producido al grito de "¡Viva el Rey!" La propaganda de hecho se ve estimulada con numerosas condenas de multa y prisión, soportadas con heroica constancia. Y todo ello revestido de formas tan vivas, que se empieza a reprochar a los monárquicos que prefieren la acción material a la discusión razonada. Esto no deja de tener gracia: porque nadie hubiera sospechado que se nos hiciera este cumplido cuando, hace diez años, amigos y enemigos coincidían en apabullarnos aplicándonos el mote de teorizantes.

SOBRE UN PUNTO DEL VOCABULARIO

CONTRARIAMENTE al único uso legítimo que ha quedado restablecido feliz y definitivamente desde hace diez años, al jefe de la Casa de Francia, único heredero de nuestros reyes, se le llama en todas las páginas que siguen "Señor duque de Orleans".

El verdadero título era el de Monseñor el duque de Orleans.

Habiéndonos impuesto la obligación de publicar las piezas que siguen en su matiz exacto, creemos que hemos de conservar, a título de curiosidad, esta errata. Pero, al consignarla al comienzo de la obra, conviene excusarla y explicarla.

¡Cuántos excelentes monárquicos, de los más tradicionales, de los más devotos, de los más fieles, han caído en este error antes que nosotros! Uno de ellos nos declaraba hace justamente quince años: "Mi padre decía: el señor conde de Chambord; yo he dicho siempre: el señor conde de París; mi hijo dirá, si Dios quiere: el señor duque de Orleans." El buen hombre no tenía en cuenta que el título del conde de París y el de Monseñor el duque de Orleans son títulos oficiales que los príncipes recibieron el día de su nacimiento, mientras que el título de conde de Chambord era una especie de apodo o de nombre de fantasía adoptado por quien se llamaba, en realidad, duque de Burdeos o Enrique V. Estaba perfectamente bien decir: el *señor* conde de Chambord, pero se hubiera tenido que decir *Monseñor* el duque de Burdeos, como ya se dice siempre Monseñor el duque de Orleans.

Compadeceré a quienes no vean utilidad alguna en estas observaciones. Uno que entendía algo en psicología de la autoridad, Napoleón, decía a Roederer, hablando de José, su hermano:

> No quiere que se le llame Monseñor ni príncipe. Escribe y dice a sus amigos que no quiere que haya ningún cambio entre ellos; esto escribe a Madame de Stael y a otros. Cree que esto resulta muy grande y generoso. Pero la grandiosidad, la generosidad consiste en no suponer que unos vanos nombres, unos títulos dados por bien de la forma de un sistema político, pueden cambiar algo

a las relaciones de amistad, de familia o de sociedad. A mí me llaman *Sire,* y me dan el nombre de Majestad imperial sin que a nadie en mi casa le haya cruzado por el pensamiento la idea de que yo me había convertido en otro hombre o me creía tal. Todos estos títulos forman parte de un sistema y esto es lo que los hace necesarios.

A él le ha parecido extraño que yo atribuyera el título de Monseñor a cierto número de puestos, por ejemplo, a los Mariscales del imperio, y multitud de gente protesta de esto como de una cosa inútil y absurda. Usted mismo, M. Roederer (*poniéndose frente a mí*), usted mismo no me hace el favor de creer que tengo algo de talento, un átomo de talento. No obstante, debería usted ver por qué hago que den trato de Monseñor a los Mariscales de Francia, es decir, a los hombres más apegados a los principios republicanos; ha sido para asegurar a la dignidad imperial el título de Majestad. Se han sentido en la imposibilidad de negarse a dármelo, o de darlo a disgusto, al ver que ellos mismos recibían un título considerable. Usted no me hace la gracia de concederme un poco de inteligencia y de buen sentido, ¿eh?; ¿no es verdad que no me cree usted en mi cabal juicio? [1].

"Usted no me hace la gracia de concederme un poco de inteligencia y de buen sentido..." "¿No es verdad que no me cree usted en mi cabal juicio?" Lo que Napoleón preguntaba tan burlonamente a Roederer, el género humano entero, con esta suma de experiencias que registra la tradición, podría repetírselo a los personajillos que afectan desdén para las calificaciones cuyas razones no se les alcanzan.

1. Del diario de Roederer, publicado por Maurice Vitrac.

EL PRIMER LIBRO

DE

LA ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA

(CON NUESTROS DESTERRADOS)

El mando de muchos no es bueno. Debe haber un solo jefe.

(Palabras de Ulises, el más sensato de todos los griegos.—HOMERO, *Iliada,* II, 204-5.)

No pocos franceses a quienes no puedo dejar de considerar como buenos franceses, porque no tienen conciencia de la malicia que entraña su atolondramiento, hablan hoy de un partido o de un sistema político como podrían hacerlo de un caballo de carreras, y ponen toda su curiosidad en preguntarse: —¿Llegará el primero?

La afición a adivinar, la de las apuestas y acaso también la esperanza o el deseo de un provecho personal inmediato, les hacen perder de vista todas sus posibilidades de ciudadanos: se olvidan de que pueden actuar y, por consiguiente, transformar la suerte, por lo que se limitan a contemplar los acontecimientos en vez de forjarlos, y apuntan los golpes en vez de darlos, como podrían. Yo aviso a esta clase de espectadores ociosos y pasivos que las hojas que aquí siguen no están escritas para ellos. No me sentiría capaz de dedicarlas más que a ciudadanos verdaderos. Dirígense únicamente a una selección ciudadana acongojada por el evidente peligro nacional.

Para esta selección, por dicha bastante numerosa, lo interesante y lo que apasiona no es el pronosticar cuál de las "personas de bien" o cuál de los "nacionalistas" tiene alguna posibilidad de triunfar primero, porque el azar es el único dueño de la suerte: ante las opuestas ideas y los partidos competidores, lo único que a esta selección importa es descubrir dónde radica la conveniencia pública. Con una trágica solicitud rebusca qué hombre, qué régimen dará satisfacción a las condiciones *físicas* de nuestro bienestar y, sintiéndose más

fuerte que las causas que determinan nuestra ruina, les disputará la patria.

A mi entender, sólo la Monarquía dispone de un poder lo bastante vivo, bastante regular y bastante duradero y, por tanto, suficientemente penetrante, para llevar a cabo la difícil salvación de Francia. Pero, siempre que alguien afirma estas virtudes de la Corona, los mejores espíritus piden que se la defina: —¿Pero en qué consiste realmente la Monarquía?— Y como no hay cosa más fácil que dar esta definición o contestar a las objeciones que suscita, se sigue de ello que, cuando uno ha replicado a todo, le objetan en seguida: —¿Está usted bien seguro? Esta Monarquía es la de usted, la Monarquía tal como usted la concibe, pero ¿es de veras la Monarquía?

¡Son tantos los amigos que, lo mismo en París que en provincias, me han apremiado con la misma duda! No podía aguantar más y me puse a buscar para ellos respuestas oficiales que pudieran dejarles satisfechos.

La opinión monárquica tiene dos representantes a los que dan relieve a un tiempo la confianza del príncipe y la estima de sus amigos y el odio y el rencor de los enemigos de la nación. El destierro que soportan, las funciones que ejercen, las aprobaciones que a diario reciben, confieren a los dos condenados por el Tribunal Supremo una autoridad que nadie puede poner en duda.

He ido, pues, a ver a M. André Buffet, jefe del Gabinete político del señor duque de Orleans, y al conde de Lur-Saluces, presidente de los Comités monárquicos del Suroeste. Uno y otro residen en Bruselas. He aquí el resumen de sus declaraciones.

CON M. ANDRÉ BUFFET

I

LOS RETRATOS

Faubourg Saint-Gilles, a diez minutos de la Estación del Mediodía, es una larga calle muy recta, sombreada aquí y allá por álamos, tilos y fresnos, verdeantes ramilletes que desbordan de pequeños jardines alineados. A unos pasos, la casa de **M. Buffet.**

Es de ladrillo rojo y piedra azul, alta, estrecha, profunda y en todo parecida a aquellas que un ejército de albañiles no cesa de levantar en todos los confines de Bruselas. Y, con todo, apenas se franquea el umbral de la puerta, se hacen perceptibles otro gusto, otra atmósfera: aquí se respira el aire de Francia.

En el saloncillo en que me introducen, un bronce de *Mignon* encima de la chimenea evoca elocuentemente las melancolías del destierro, pero, sobre una mesa de roble, a la luz lluviosa y brillante que penetra por el ventanal, las fotografías de la familia real recuerdan con quién y por amor de quién se soporta este injusto destierro. Aquí están el señor duque de Orleans y la señora condesa de París. En medio de ellos, y de perfil, el conde de París preside este mudo consejo de la Casa de Francia. De igual modo, en la dirección de una Monarquía histórica el alma de los muertos ilumina las resoluciones de los vivos.

Los retratos tienen sendas dedicatorias. Examino con curiosidad los autógrafos y me entretengo en relacionarlos con la fisonomía. Al noble acento de los rasgos se corresponde con perfecta exactitud el movimiento de una gran escritura ele-

gante y generosa. Resolución, finura, evidentes virtudes afloran de los cuadritos de frío cartón. Pero, a despecho de esta cosa patente, ¡cuántos misterios guardan las cuatro pequeñas imágenes! ¡Cuánto pasado y cuánto porvenir! Para un patriota francés ¡qué magnífica e inquietante procesión de sueños!

"De este grupo de hombres y de mujeres, particularmente de aquel que es el jefe de todos, dependen los destinos de un inmenso imperio, la suerte de una gran nación. Y no se diga que esta dependencia no será efectiva hasta que llegue a reinar Felipe VIII: esta familia Capeta, aun estando desterrada, tal vez precisamente por estarlo, es la depositaria de la fortuna francesa.

"Si los príncipes siguen indefinidamente fuera de Francia, o alejados del Trono, será que hay grandes probabilidades históricas de que nosotros mismos como pueblo hemos de estar alejados de los verdaderos movimientos de la vida.

"Los movimientos opuestos, los de la muerte, han comenzado ya. Los agentes de la descomposición destruyen y se reparten nuestro cuerpo político. Sólo la realeza puede oponerse a su obra e impedir que las fuerzas de la anarquía nos hagan retroceder a los elementos primitivos..."

Para avivar estas reflexiones había yo cogido el retrato del conde de París, junto con el del señor duque de Orleans; mis pensamientos iban de hijo a padre, de padre a hijo, así confrontados por la mirada, esforzándose en penetrar dentro de uno y de otro para formularme las relaciones de sucesión entre ambos príncipes.

El padre fué un gran talento. Movidos por el fundado odio que los mediocres sienten por quienes están por encima de ellos, Thiers y los discípulos de Thiers no han perdonado nunca al conde de París. Las burlas y las injurias de esos pequeños ambiciosos y de esos grandísimos tontos constituyen hoy para él uno de esos homenajes al revés que tan preciosos son para la historia. Nacido en medio de los horrores revolucionarios y parlamentarios, este príncipe supo encontrar el espíritu de la tradición monárquica tal como el conde de Chambord la definiera. Heredero de Enrique V, Felipe VII nos legó,

a falta de un reinado efectivo, teorías tan profundas acerca de la Monarquía nacional, que todos los espíritus competentes las admiran y saborean.

¡Qué educación política y qué pura tradición hubo de traspasar semejante padre a su hijo! Pero el señor duque de Orleans difiere en un punto importantísimo de su predecesor: él no es un teorizante; pero Francia ya no necesita a un teorizante: toda la teoría está hecha y sólo hace falta aplicarla.

Una especie de providencia dinástica hizo casi siempre aparecer en la serie de los Capetos, generadores y ordenadores de Francia, los caracteres apropiados a las necesidades de cada momento. Según todos aquellos que lo conocen, el señor duque de Orleans parece indicado para *realizar* las ideas políticas que ha heredado con la sangre. Joven, hombre de aire libre más que de gabinete, necesita el trabajo y las ocupaciones de la vida activa. Gran cazador, tirador perfecto y navegante apasionado, tiene esta resistencia, este espíritu de empresa y esta concepción ágil y rápida que son esenciales al hombre de acción. Puesto que su padre y su tío-abuelo meditaron durante tres cuartos de siglo por él, él obrará, ateniéndose a sus reflexiones, por ellos dos.

M. ANDRÉ BUFFET

La puerta se abre. Aparece M. André Buffet: otro argumento viviente de la política real.

En efecto, nada nos hace ver mejor el decidido gusto del príncipe por la acción como la deliberada elección, el favor constante de que M. Buffet goza. En el Tribunal Supremo hemos visto a este lorenés de cuarenta y tres años que aparenta apenas treinta y seis. El cabello corto y negro, el bigote duro, los hombros sólidos le daban un aire mucho más militar que abogadil. Es verdad que regía su elocuencia por la razón, pero una razón esencialmente práctica e inspirada por una indomable energía: ni Déroulède ni Guérin lo superaron en esto. ¡Cuántas veces, en la cárcel, se trató de separar a André Buffet del partido de la Monarquía! Paul Déroulède le decía: —¡Pero si usted es plebiscitario! —¿Plebiscitario yo?— André

Buffet iba a lanzarse ya sobre Déroulède. Este explicaba:

—De doctrina, seguramente no, pero la doctrina importa menos que el temperamento, y el temperamento de usted es plebiscitario.— M. Déroulède quería decir con esto: —Usted es enérgico y no le gustan ni las pequeñas habilidades de pasillo, ni la inútil palabrería de la tribuna, ni las equívocas negociaciones que en los salones florecen.

Entendida así, la apreciación era justa. La palabra de André Buffet tiene algo de acción. Parece que se pinta en su rostro al mismo tiempo que resuena en su voz. Su perfil de medalla antigua—nariz y frente de la más pura estirpe griega, mentón romano—refleja, al animarse, el calor, la animación, la vivacidad, la jocundidad de la vieja Galia; un gran gesto afirmativo mide y precisa el discurso; a veces es un nervioso paseo lo que da vida y movimiento a la idea a los ojos del interlocutor; y nada resulta tan sorprendente como el oír expresadas unas ideas tan discretas a través de una elocuencia tan apasionada.

Tras preguntarme por tantos amigos comunes como se ha visto obligado a dejar en París, André Buffet se pone a mi disposición.

—Hable usted—me dice—; contestaré a todas sus preguntas: no hay una sola cuestión política que la Monarquía no deba afrontar, "porque es capaz de resolverlas todas".

Yo contesto que tal es mi convicción, y como André Buffet me estrecha a preguntas sobre el estado de la opinión en París y en provincias, le digo:

—La opinión no ha cambiado después del año último. Usted sabe mejor que yo cómo estaba la opinión entonces, cuando usted sostenía ante el Tribunal Supremo la *política de la audacia*, la *política del reto*... Estas son palabras de usted Se ha sido audaz contra Francia, se la ha desafiado, y Francia querría hoy que alguien fuera lo bastante audaz en favor suyo y desafiara a sus enemigos en su nombre...

M. André Buffet aprueba con su silencio. Yo me acuerdo de un ejemplo y añado:

—El mismo día en que salí para Bruselas, un joven nacionalista de los suburbios me daba, en un lenguaje brutal, la fórmula abreviada de todos los anhelos de la nación:

—¿*Francia*?—me decía—*¿Francia? No es republicana, ni bonapartista, ni monárquica. ¿Quiere usted saber lo que es? Francia es amiga de la mano dura.*

Como buen parisiense, M. André Buffet no ignora el *argot*, y la malsonante palabra *poignarde*[1] no le choca, y hasta añade:

—Amiga de la mano dura...; acaso sea esto...

"Creo, en efecto, que Francia, enloquecida, enervada, desorientada, se sentirá, por su mal, inclinada a declararse en favor del primer gobierno de *buen puño* que se le antoje patriota, es decir, antijudío, es decir, opuesto al partido de Dreyfus. Francia, su cabeza y su corazón, el pueblo y las clases selectas, aspira a que se la gobierne; quiere un régimen fuerte. Pero ¿ve usted?: a menudo lo más opuesto a la verdadera fuerza, es precisamente la apariencia de la fuerza. ¡Quiera Dios que Francia no se deje engañar por esta apariencia! La experiencia sería mortal.

"Por lo demás, tengo la convicción de que esta experiencia no se intentará nunca. Pruébalo la historia de estos últimos años. Francia es un enfermo que tiene miedo del cirujano, y por esto todo el mundo se le acerca a hablarle de multitud de charlatanes, de empíricos, y de fabricantes de *curalotodo*. Ella escucha encantada todo lo que le dicen, pero espera y no se decide. Entretanto, el mal se agrava, el dolor apremia y amenaza el fin: es absolutamente preciso resolverse a la intervención. Yo hago votos por que Francia se resuelva a ella a tiempo."

M. Buffet se calla.

1. La palabra usada en el original francés, *poignarde*, y, sustantivamente, *poignardise*, es de difícil adaptación al castellano en este caso con su sentido literal. En 1791, el pueblo llamó *chevaliers du poignard* (caballeros del puñal) a los realistas que se reunieron, armados, en las Tullerías el 28 de febrero. El mismo nombre se dió a una sociedad contrarrevolucionaria formada en el Mediodía de Francia después del 9 termidor. Pero el sentido con que aquí se usa, sin conexión con estos antecedentes históricos, ni con el literal de puñal, sino con el de la palabra que etimológicamente da origen a este último (*poing*, puño: puñal, lo que se lleva en el puño), se corresponde con un sentido de autoridad, de mano fuerte para el gobierno. (*N. del T.*)

—Entonces—digo yo—, la Monarquía ¿será este régimen fuerte que Francia *necesita?*

—Sólo ella puede serlo necesariamente.

"Lo admirable en la Monarquía es la ductilidad, la variedad de su fuerza.

"Parlamentaria o plebiscitaria, una República depende del talento y del ánimo de sus partidarios. Pero un soberano hereditario está harto directamente interesado en el bien público para gobernar sólo según su humor o según un sistema. Es el cerebro, el centro nervioso de la nación. Tiembla por el peligro común y aspira a la común prosperidad. Su ser íntimo, su función necesaria y natural o, si usted prefiere usar el lenguaje de los geómetras, su *posición,* le obligan a adaptarse a las necesidades del bien público. No hay duda de que puede equivocarse en la interpretación de estas necesidades, pero trata de descubrirlas, no puede dejar de hacerlo y, una vez advertido el error, *su mismo interés* le induce a rectificarlo..."

—En este momento no hay error posible—interrumpo yo.

—No, no lo hay. Las circunstancias actuales han de hacer a la Monarquía "de mano dura", como dice su amigo.

"Digamos, si usted quiere, autoritaria. Nada más fácil para la Monarquía. Como no depende en lo más mínimo de la elección y no se siente obligada a halagar la opinión con inútiles excesos, la Monarquía tiene a la vez la fuerza necesaria para ser lo inexorable que convenga y la capacidad, más rara aún, de moderar una represión harto justa.

"Se oprime al Ejército y se traiciona a la nación. Usted conoce por sus discursos y sus cartas al señor duque de Orleans: el príncipe es un soldado; no sabe separar los dos términos pueblo y ejército. Acuérdese usted de sus palabras: *"No vengaré más que las injurias hechas a la Patria"*; pero esté usted seguro de que estas injurias las vengará.

"¿Quiere usted la medida exacta de una represión monárquica?:

"Hará todo lo que sea preciso. Nada más que lo preciso. Pero todo lo preciso."

LA MONARQUÍA PARLAMENTARIA

Yo objeto:

—Sí, pero ¿y el parlamentarismo?

M. Buffet empieza por sonreírse. Me mira unos segundos como impaciente y después, inclinando la cabeza, con aire zumbón me dice:

—¡La Monarquía parlamentaria! ¡También usted! ¿Es que puede usted creer en ella?

—No creo en ella, pero en Francia sí se cree, o se finge creer. Este es el más grave de todos los daños que se nos causan ante la opinión.

—¡Parlamentaria, parlamentaria!

Y, encogiéndose de hombros, André Buffet, recorre de arriba a abajo el salón. Siento que está, más aún que indignado, molesto:

—¡Haría mucha falta acabar con esta palabra! La Monarquía es representativa y no parlamentaria. Un rey que reina y gobierna: ¿está bastante claro?

—Clarísimo—le digo—: sólo que la diferencia no la entiende la generalidad de las gentes.

Y M. André Buffet, continuando sus paseos, murmura: "¡Parlamentaria!"; y, volviéndose un poco bruscamente, prosigue:

—¿Quiere usted que le diga la verdad sobre este punto, no teórica, sino práctica? La he aprendido de mi padre, cuyas lecciones y recuerdos me sirven de experiencia.

"¡Pues bien!: En el estado en que se encuentra la Europa occidental, yo no veo ninguna constitución que en *su texto,* letra o espíritu pueda tenerse por parlamentaria o antiparlamentaria: sólo por el uso de una constitución, por su funcionamiento, se la podrá tener por una u otra. Casi en todas partes hay Parlamentos encargados de votar los créditos. ¿Dirá usted que existe el parlamentarismo en cada uno de los países que tienen un Parlamento? Pues Alemania lo tiene. ¿Y acaso está castigada por el parlamentarismo? No, ¿verdad?

"¿La Constitución establece una exacta división de poderes?

Sí: el control, para las asambleas; para el jefe del poder, el gobierno efectivo... Pero esto será una distribución en el papel. Hay países en donde el parlamentarismo ejercita menos derechos de los que le confieren en su texto explícito las leyes constitucionales. Y, por el contrario, hay otros en los que el parlamentarismo se ha arrogado derechos infinitamente más vastos que los que la Constitución le atribuye.

"¿De dónde proceden estas diferencias entre el texto y la práctica? Débense, ni más ni menos, al carácter del jefe del poder. No me refiero sólo a su carácter personal, sino al carácter de los principios a que obedece. Un presidente de República, hechura del parlamentarismo, está inerme contra el Parlamento, cualesquiera que sean los poderes legales que se le confieran. Por el contrario, un príncipe hereditario concentra en sí, por su misma esencia, el máximo de poderes efectivos contra esta calamidad."

—Sí, pero—digo yo a M. Buffet—: ¿en qué consiste, según usted, el parlamentarismo?

—Ninguna de las definiciones que de él se dan me satisface. La única que encuentro algo satisfactoria es esta: *Es parlamentario todo aquel que prefiere las explicaciones a una actitud.*

"En política, explicar equivale a disfrazar, a engañar. Las explicaciones no las entienden nunca más que aquellos a quienes interesa entenderlas. El pueblo sólo entiende bien las *actitudes.*

"Cuando se habla ante el pueblo, es para engañarlo y, por este medio, servirse de él. La impopularidad del parlamentarismo deriva de que el pueblo se ha dado cuenta de la maniobra y, si no la comprende en todos sus detalles, la *percibe* y deja de creer en él. Lo que ayer aparecía como una habilidad, se ha convertido en una tontería. Hábil o tonto, el parlamentarismo es invariablemente una cosa rastrera y equívoca.

"Una Monarquía nacional rechaza naturalmente tales combinaciones. En Francia, el poder no debe hacerse oír más que excepcionalmente: debe ser *visto.* Cuando se le ve, se le sigue. Pero cuando habla, la gente se para, no entiende nada de sus explicaciones, se turba, discute lo que dice y le abandona.

"La Monarquía francesa halló un día su propia definición. Una definición perfecta. Es la frase de Enrique IV antes de la batalla de Ivry: *Estad pendientes de mi penacho blanco, porque siempre lo hallaréis en el camino de la gloria y del honor.* ¿Hay algo más netamente antiparlamentario, o más monárquico, ni más francés?..."

—¡Oh!—corto yo, resuelto a jugar hasta el fin mi papel de abogado del diablo—: ¡Enrique IV está un poco lejos!

M. André Buffet se me acerca:

—En serio: ¿es que la Monarquía, tal como la había preparado el conde de París, le parece a usted un sucedáneo del parlamentarismo?

—Por desgracia, tuvo demasiado esta reputación.

M. Buffet insiste:

—Pero ¿la merecía?

Y sigue desenvolviendo su pensamiento:

"Usted trata a los enemigos del parlamentarismo. ¿Qué es lo que quieren? Quieren asegurar la independencia del poder central, quieren darle estabilidad, unidad de pensamiento, duración y fuerza. Quieren libertarle de la dominación indiscreta, irresponsable, tumultuaria, de las asambleas, fácilmente anárquicas y a veces hasta opuestas al sentimiento o el interés de la nación... ¿No es esto?"

—Exactamente.

—¡Pues bien!: El conde París no quería ni más ni menos que esto. Había hallado el medio práctico de devolver al Estado su libertad. Medio sencillísimo: debía votarse el presupuesto para un período de años; las deliberaciones anuales del Parlamento no versarían más que sobre las modificaciones y las novedades que hubiera que introducir en el presupuesto primitivo, sobre los créditos, en una palabra. Ahorro de tiempo, de palabras, de entorpecimientos, de vanas querellas: si se la mira de cerca, reforma capital.

—Pero reforma técnica. Y el pueblo no es ningún gran técnico. No mira las cosas de cerca... Al conde de París ni siquiera lo escucharon, por muy lamentable que esto haya sido.

—Muy lamentable. M. Charles Benoist se ha dolido un día de que su amigo Jules Lemaître lo hubiera despojado de su Constitución. Nosotros podríamos quejarnos también (si la idea

monárquica no fuera patrimonio de todos) de que M. Déroulède haya cogido al conde de París sus ideas sobre la preparación de las leyes. Cuando las Cámaras o el Gobierno necesitan una ley, no son ellos quienes deben hacerla, sino que deben pedírsela a los especialistas, a los legistas de profesión, es decir, al Consejo de Estado. Este heredero de los Consejos administrativos del antiguo régimen trabajará conforme a las normas que se le indiquen, hasta tanto que sus dos clientes, el Gobierno y las Cámaras, queden satisfechos de su obra. He aquí el medio—y el único—de evitar también las equivocaciones, las contradicciones y los olvidos que abundan en el trabajo legislativo contemporáneo. ¿Y era parlamentarismo esto?

”¿Y la descentralización? ¿Acaso era parlamentaria la Monarquía, tan fuertemente descentralizada, del conde de París? Acuérdese usted de su fórmula admirable: *El Municipio libre...*

—...*en el Estado libre,* completo yo. No puedo retenerme de acabar el pensamiento y la frase de M. Buffet, porque se refiere a la cuestión que más me preocupa. Pero él prosigue:

—Sí, el Estado libre. ¿Y qué quiere decir esto sino el Estado fuerte, el Estado desembarazado del parasitismo parlamentario, el Estado soberano en su fuero propio, emancipado del yugo anárquico de los diputados, controlado por ellos, pero no dominado, el Estado libre y dueño de sí, la autoridad central únicamente subordinada al interés general? M. Judet decía un día en *Le Petit Journal*:

> Una lamentable tendencia de nuestra época consiste en mantener hasta lo insoportable las prerrogativas del Estado en los más pequeños detalles de la administración, que lo hacen odioso, al mismo tiempo que se le debilita por la cima en aquello que tiene de más esencial, de más necesario. Y sería precisamente el movimiento inverso lo que conseguiría nuestra unión, si fuéramos prudentes y previsores. Despojemos al Estado de sus mínimos pero desagradables privilegios, que no son más que un instrumento de tiranía local en manos de funcionarios exagerados y omnipotentes, pero apretemos más y más el haz invencible de las fuerzas que corresponden a la misión superior del Estado y que le permiten garantizar nuestra seguridad colectiva, nuestro orgullo nacional y nuestra grandeza exterior.

”Lo que M. Judet pedía en 1897 (estas líneas datan de los

comienzos del *affaire Dreyfus*), el conde de París lo pedía y lo articulaba en 1885. ¡El príncipe estaba de vuelta de los mecanismos constitucionales de la Restauración y del Gobierno de julio, mecanismos calcados sobre los ingleses, pero importados en un país que no tiene las instituciones y las costumbres de Inglaterra!

”La concepción del conde de París derivaba de la antigua Monarquía. Pero en ella se acordaban y conciliaban la política de un Richelieu con la de un Suger, la Monarquía republicana y comunalista de la Edad Media con el régimen unitario y nacionalista de los Borbones: libertad civil y administrativa. Firme autoridad política. El Estado es dueño de los negocios del Estado; las asociaciones locales, profesionales o confesionales son dueñas de sus asuntos particulares.

”¿Hay régimen más autoritario, es decir, más potente para la salvación y el progreso nacional?

”¿Pero hay régimen más libre y más respetuoso de la condición de los individuos? Estos hallan en la libertad y la vitalidad garantizada a sus agrupaciones respectivas todas las seguridades que puedan apetecer y todos los apoyos que necesiten.

—Entonces, ¿¡vivan los municipios!?

—¡Y las provincias y las asociaciones, y los organismos de todo orden!—replica M. Buffet—. ¡Viva la Francia organizada! Pero ¡abajo la anarquía, es decir, la República!

Y, como yo aprobase con todas mis fuerzas semejante concepción gubernamental, M. André Buffet añade:

UN CESAR CON FUEROS

—Los nacionalistas no piden otra cosa en sus sueños más completos. Me han contado una certera frase que pinta su estado de espíritu. Es de un nacionalista a quien preguntaban cuál sería el régimen que él preferiría y contestó tranquilamente: "UN CÉSAR CON FUEROS". Por *César* entendía una autoridad enérgica y, por *fueros*, libertades comunales y provinciales.

Pero este nacionalista hablaba español y latín[1]. Hablando

1. En el texto francés se dice literalmente *Un César avec des fueros.* (*N. del T.*)

francés, hubiera dicho, poco más o menos, como el conde de París: *Estado libre, Municipio libre*:

"Municipios libres;

"Asambleas nacionales reducidas a su papel de representantes, es decir, de controladoras;

"Un Estado lo más fuerte posible, es decir, dotado de un jefe hereditario.

"Este es el triple elemento de la Monarquía francesa."

II

TEÓRICO Y PRÁCTICO

Tras estas palabras, hubiera podido retirarme, porque, en resumidas cuentas, lo que yo había pedido a M. Buffet era una definición, y acababa de dármela lo más precisa posible. El más autorizado de todos los lugartenientes del rey me anunciaba o me confirmaba que la futura Monarquía nacional consistiría esencialmente:

1.° En la herencia del poder, es decir, en su fuerza y su duración paralelas a la fuerza y a la duración de la nación;

2.° En la eliminación del parlamentarismo, incompatible con la libertad y la responsabilidad del jefe del Estado;

3.° En la descentralización territorial, administrativa, profesional, moral y religiosa.

Yo no tenía, pues, más que retirarme. Pero la seducción del espíritu de M. Buffet es tal, que no es fácil renunciar a su trato una vez que se ha penetrado en su intimidad.

Mi estancia en Bruselas se prolongaba. A mi primera visita al Faubourg Saint-Gilles, siguieron una segunda y una tercera. Ora en el pequeño salón, frente a las efigies reales, ora en el jardín, en el que M. Buffet se entretiene en cultivar plantas que le envían de Francia, no cesaba éste de desenvolver ante mí, en conjunto y en detalle, tal como se los exponía al príncipe, que repetidamente los ha aprobado, ciertos puntos de vista de su claro espíritu sobre la organización nacional.

Pocas cabezas habrá más atrevidas y moderadas a la vez: "Créame usted—se complace en repetir—: hay que ser a la vez práctico y teórico. Nunca me arredraré de plantear un problema en los términos más abstractos, pero procuraré siempre comprobar la solución del mismo en la experiencia. Aun en esta experiencia imaginaria que consiste en un ejemplo bien escogido. Un ejemplo, si se le escoge y desenvuelve con precisión, es la contraprueba de todo sistema. Bien están las teorías, pero, antes de aplicarlas, asegurémonos de que no tienen nada de impracticables."

Lo acabado de su espíritu positivo tenía necesariamente que aumentar la simpatía intelectual que M. André Buffet me había inspirado.

Habíamos hablado ya de la esencia de la Monarquía; ahora teníamos que ocuparnos de las reformas que se requieren. Lo uno exige lo otro. Inútilmente se esperará ninguna reforma en tanto que perdure la República, pero querer traer la Monarquía y no querer ninguna reforma es como trazar un triángulo y negarse a admitir que la suma de los ángulos es igual a dos rectas.

"La primera preocupación del Rey será, naturalmente, garantizar el bien público. Desde luego, habrá que conservar, pero esta conservación se hará naturalmente. Por el solo hecho de que habremos dejado de vivir en República y de que la Monarquía *sea*, desaparecerán multitud de cuestiones irritantes y de arduas dificultades.

"Fijaos, por ejemplo, en ese grande y terrible problema de la subordinación de lo militar a lo civil, que es mortal para toda República. Esta cuestión sólo puede plantearse bajo la República; bajo la Monarquía no existe siquiera, porque en ella el poder político no está dividido, sino que se mantiene indiviso e indivisible, enteramente concentrado en el jefe del Ejército, enteramente concentrado en el jefe del Estado, es decir: en el rey. ¿Objetáis acaso que el presidente encarna, entre nosotros, el antiguo poder real? Sí, en la Constitución, en un trozo de papel. ¡Pero de hecho!

"Y, a diferencia de un soldado dictador o presidente, los intereses que el rey representa no son exclusivamente milita-

res. Es un soldado, pero no solamente soldado, sino ciudadano, y el primero de todos ellos. Un rey de Francia puede perfectamente hacer que un civil administre sus ejércitos de tierra y mar, según costumbre del antiguo régimen, que no por ello quedarán sometidos a un poder civil, toda vez que el poder supremo conserva su esencia militar, puesto que se vincula a la persona del rey.

"Eliminad la República y automáticamente quedará eliminado este problema, con tantos otros de una gravedad no menos amenazadora. La Monarquía es la paz pública. Esta paz hace posibles todas las reformas. ¿Qué digo? Las necesita para sostenerse."

Cierto día este punto de vista tuvo una singular precisión.

LA MONARQUIA REFORMADORA

"Sí—dijo M. Buffet—. La Monarquía es esencialmente reformadora. Sólo ella lo es. Pero ¿se da usted cuenta de por qué?

"Yo no ceso de pensar para mis adentros en la mayor de las ventajas de la Monarquía. En razón de que perdura y hace perdurar las cosas a su alrededor, en razón de que garantiza con toda su fuerza las leyes que necesita promulgar, puede mostrarse osada y, en alguna medida, *aventurada, sin grandes riesgos.*

"Fíjese usted bien en lo que estamos viendo en materia de impuestos. La menor reforma asusta. ¿Por qué? Porque toda medida parece anunciar otras medidas dirigidas en el mismo sentido y porque nunca se sabe en dónde se detendrá el poder una vez puesto a resbalar por la pendiente que sea. El poder republicano es débil por definición, es limitado y cambiante, es irresponsable, porque es colectivo. Los límites que establece, las barreras que levanta no tienen nada de fijo y cambian sin cesar. Está en su naturaleza el que los arrasen fuerzas irresistibles. Es un sistema de gobierno que va siempre más lejos de donde quiere ir: sus menores inclinaciones resultan temibles. Todo es en él peligroso y sospechoso. Por tanto, nada hace.

"Por el contrario, en una Monarquía, en la que la estabilidad está doblemente asegurada por la persona del príncipe y por el sistema de sucesión hereditaria, los contribuyentes, cuando se les pide que acepten tal o cual sacrificio, tienen una doble garantía de que, una vez realizado éste, se hallarán prácticamente a cubierto de nuevas demandas. El Fisco no rodará por pendientes fatales. Una voluntad soberana, una autoridad viviente, estarán alerta para regularlo todo, moderarlo todo, y para frenar cuando haga falta.

"Obtener concesiones en el orden fiscal sin alarmar por ello a la opinión, garantizar la propiedad contra la revolución socialista que la amenaza, al tiempo que se obtenga de ella la equitativa aportación que haga falta; interponerse, negociar sin tregua entre el pobre y el rico, el que tiene y el que no tiene, para obtener del primero lo que puede ceder de grado y para dar satisfacción al segundo en la medida de sus necesidades, ¿no es esto la obra maestra de toda política fiscal? Pues sólo la Monarquía puede realizarla.

"¿Prefiere usted que pasemos a otro orden de cosas, a otros ejemplos?"

INCAPACIDAD DE LA REPÚBLICA PARA DESCENTRALIZAR

"He seguido con una curiosidad que usted puede adivinar la gran encuesta sobre la descentralización, empezada y llevada a feliz término en el transcurso de este invierno y esta primavera por el periódico republicano más antiguo, *Le National.*

"Lo primero que me ha sorprendido ha sido una cosa. Parte de los hombres políticos interrogados sobre la necesidad de ampliar los poderes de los consejeros locales o de crear grandes circunscripciones más o menos autónomas, han respondido con una especie de indignación, como si se les hubiera invitado a despedazar la patria. Tal indignación puede ser exagerada o fingida. ¿Pero quién no ve que, estando bajo la República, es decir, sin un jefe permanente, la prudencia patriótica se sentirá en el deber de descentralizar con mucha más tacañería de lo que cabría osar bajo un régimen monárquico? Sólo un rey, un poder estable y hereditario, puede responder de la unidad de la patria...

"Por nada del mundo, un rey de Francia dejaría comprometer la obra de sus más antiguos predecesores. Su misma razón de ser, su función capital, consiste en sostenerla. Él existe para velar por la integridad de esta obra. Pero, mientras exista, puede, en cada momento adoptar las medidas que ella exija, y por esto, tiene la posibilidad de conceder cuanto quiera. Las numerosas franquicias que desde su altura pueda otorgar suponen, por parte de quienes se aprovechen de ellas, el constante reconocimiento del poder unitario, personal y real que las defiende, las otorga y las garantiza. Si surge un peligro nacional, se desvanecen naturalmente, o, por mejor decir, siendo, como son, una expresión natural de las variedades nacionales, ceden ante la necesidad suprema de salvar a la nación. Jefe del Ejército, órgano vivo de las necesidades del bien público, el rey no ha de hacer más que dar una señal, y todos los poderes de Francia se reconcentran en su mano.

Una República, menos dúctil y también menos fuerte, está obligada a adoptar en tiempo de paz las mismas precauciones que en tiempos de una guerra europea; bajo su imperio, los ciudadanos viven en un perpetuo estado de sitio. Es fatal, pues, una descentralización parsimoniosa y más verbal que auténtica. Pero una descentralización así de ficticia, ¿bastaría acaso a ese país excesivamente concentrado, excesivamente encuadrado, excesivamente reglamentado que está ahogándose por todo este modo de vivir?

"No lo creo. Es preciso hacer una amplia descentralización [1]. De modo que la Francia republicana no puede escoger más que

1. Durante una de mis últimas visitas, M. André Buffet, volviendo a este tema capital, me enseñó en el mismo *National* las conclusiones del primer *Congreso de la Federación regionalista francesa* que acababa de celebrarse en París (julio de 1900) bajo la presidencia de M. Charles Le Goffic, el conocido escritor bretón. De las discusiones parece desprenderse que hay que establecer el acuerdo para un programa mínimo de cierta limitación. El pronóstico de M. Buffet resulta, pues, comprobado una vez más. Pero, a pesar de ser un poco desvaídos, ciertos programas desarrollados en el primer Congreso comportan detalles peligrosos, tales como la capitidisminución política del distrito; y no se hará obra de descentralización seria empequeñeciendo el distrito, destruyéndolo en provecho del cantón, sino, al contrario, dándole desenvolvimiento, como me hacía observar M. André Buffet, de acuerdo con las autoridades competentes en este asunto: el poeta Mistral, el geógrafo P. Foncin, M. Frédéric Amouretti, M. Jules Angot des Rotours, etc.

entre estos términos: o dejarse atrofiar por la centralización y morir víctima de una congestión parisiense, o, en el caso de obtener una descentralización suficiente, exponerse a profundas desgarraduras que podrían tener como consecuencia una verdadera guerra civil.

"*Si no se quiere que Francia perezca asfixiada, hay que descentralizarla, pero hay que conservar la centralización si no se quiere estar temblando por la unidad francesa.* Yo no tengo la desgracia de ser republicano, pero, si lo fuera, no sabría cómo salirme de esta dura alternativa. La Monarquía nacional concilia fácilmente ambos términos, pero sólo ella es capaz de hacerlo.

"Un rey puede a la vez mantener la unidad y aflojar las riendas a las variedades nacionales. Tiene bastante fuerza para defender aquélla y salvar éstas de sus propios excesos.

"Francia es la obra política de la Monarquía. Sin rey—usted lo ve—corre el riesgo de asfixiarse o de romperse en veinte pedazos."

Yo guardo silencio, por no hallar objeción posible. M. Buffet continúa:

"Por lo que hace a la segunda hipótesis, estoy tranquilo ¡porque Francia no morirá de una descentralización, ciertamente! Los republicanos se guardarán muy bien de descentralizar. Aunque quisieran, no pueden hacerlo. Vea usted, si no, los lamentables fracasos de las Comisiones instituídas por MM. Ribot y Barthou.

"No pueden descentralizar porque no existen, perduran y gobiernan más que gracias a la centralización. En efecto, todo poder republicano nace de la elección y, si quiere mantenerse en la elección siguiente, el electo, ministro o diputado, necesita tener bien cogido a su elector. Y ¿quién tiene cogido al elector? El funcionario. Y ¿quién tiene cogido al funcionario? El elegido, ministro o diputado, mediante la cadena administrativa. Descentralizar la administración equivale, pues, a cortar en dos o tres trozos esta cadena de seguridad, es devolver al funcionario una parte de independencia y al elector la libertad correspondiente. El ministro y el diputado pierden así sus instrumentos electorales. Puede usted estar seguro de que no renunciarán a ellos más que a la fuerza. Nunca prescin-

dirán, por su gusto, del funcionario-criado. Estas gentes no son ningunos suicidas.

"Confiese usted que la Monarquía hereditaria, libre del yugo de la elección, tendría para esto otras facilidades. Tendría la *posibilidad* de descentralizarse. El interés nacional y, por consiguiente, su interés propio se lo impondrían a las claras como un *deber.*"

Y diciendo esto, M. André Buffet se quedó pensativo. "Descentralizar... Esto es tan importante hoy como pudo serlo, en el siglo XII, contribuir a la constitución de los Municipios; en el XIII, reglamentar la vida corporativa; en el XVII, humillar a la casa de Austria y, en nuestros días, reconquistar nuestro Mosela y nuestro Rhin. Descentralizar = reconstruir a Francia."

LA VIDA LOCAL.—LA PROPIEDAD.—LA FAMILIA

"Usted es del Midi y yo soy del Este, pero, sobre este punto, ambos tenemos necesariamente las mismas ideas, puesto que, bajo formas muy diversas, hemos presenciado las mismas calamidades. Hay que reconstruir una vida local. Hay que rehacer la propiedad terrícola, condición de la vida local. Hay que rehacer la familia, de la que depende todo.

"Para rehacer la familia, algunos monárquicos se contentarían con establecer una absoluta libertad de testar. Yo no soy de su opinión.

"Esta libertad ha desaparecido de las costumbres. Nuestros padres de familia pueden disponer de una parte (la cuarta, por lo menos) de su fortuna, y son pocos los que usan de este derecho. Y, si se usara mucho, me temo que, en vez de reconstituir con ello la familia, se la destruyera sembrando en su seno toda clase de divisiones. No debemos enemistar a los hijos de un mismo padre por unos deleznables intereses materiales.

"Con todo, si bien veo este hecho, advierto asimismo los desastrosos efectos de la legislación vigente. Nuestro sistema sucesorio tiene como consecuencia el pulverizar la propiedad y hacer que los hijos se sientan ajenos a su patrimonio, generaliza la afición al funcionariado, hace que se abandone, se divida y se venda la tierra, què se la *liquide*, en una palabra. Suprimiendo al propietario terrícola, suprime la más importante de las fuerzas sociales y nacionales.

"El Manifiesto de San Remo demuestra cuán grande es la solicitud del príncipe para estos problemas. El duque de Orleans sabe que la fuerza de Francia radica, como él dice, en la *incorporación del individuo al terruño.* El mejor medio de restaurar esta completa unión del ciudadano y de la propiedad territorial consistiría, a mi entender, en convertir ésta en un individuo. La tierra ha de tener su personalidad moral. No se trata, no, de otorgarle privilegios y derechos, sino de proteger su vitalidad. Suprimiríase aquel artículo del Código que establece que nadie está obligado a aceptar un indiviso. El jefe de familia podría, sin amenguar la herencia de ninguno de sus hijos, legar a uno solo su *autoridad* sobre la tierra y, así, sólo el nuevo jefe de familia podría solicitar que el proindiviso cesara. Voy aún más lejos, con lo que emparejo con aquellos amigos nuestros que preconizan la libertad de testar. Si no admito esta libertad para la trasmisión de toda propiedad mobiliaria, ni siquiera para los inmuebles desprovistos de valor moral y político, en *cuanto se refiere a la tierra* yo quisiera que todo jefe de familia tuviera el derecho de legar a uno solo de sus hijos, no sólo su autoridad sobre una finca indivisa, sino hasta la entera propiedad de sus tierras. Yo quisiera que se restableciera en este aspecto y en este sentido el derecho de sustitución.

"En efecto, la propiedad rural no es sólo una riqueza individual, una fortuna personal, sino que, como ha dicho el poeta [1], "es grandísimo honor poseer una tierra".

"La propiedad rural es una institución política y me atrevería a decir que es bien y capital nacional. A este título merece que la ley la defienda, la proteja y la fortalezca. Note usted que no había de haber en esto ningún equívoco. Todos verían la cosa tal cual es. El propietario rural comprendería fácilmente que no se trata de favorecer, de mejorar, ni de perjudicar a ninguno de sus hijos, sino de asegurar la integridad de

1. CHARLES DE POMAIROLS, *Regards intimes.*

una fuerza local, de perpetuar las familias, los nombres, los patrimonios—tanto moral como materialmente—.

"Estoy pensando, sobre todo, en las pequeñas fincas rurales. Cuando la división no las ha castigado demasiado, sus propietarios, conocidos como tales desde varias generaciones, son los más importantes, los más considerados del pueblo y de la comarca. Un Gobierno digno de este nombre se apoyaría en esta fuerte raza autóctona que, en vez de combatir su influencia, no desperdiciaría ocasión de distinguirla y honrarla.

"En cuanto a los grandes propietarios, la Monarquía francesa no se contentaría con predicarles la *residencia,* sino que se la impondría como un puesto de honor. El rey Luis XIV fué el primer causante de la disolución monárquica al centralizar absorbiendo y desarraigando; procuró destruir toda influencia que no fuese la suya y, para acabar con las ajenas, atrajo a los grandes del Reino a su corte. En cambio, las personas caídas en desgracia eran invitadas a retirarse a sus tierras, con lo que vivir lejos de Versalles tenía la apariencia de haber caído en desgracia. Yo quisiera que la Monarquía empleara el sistema opuesto: *el del destierro en la Corte.*"

André Buffet se para un instante. Con el índice en alto, la cabeza erguida, repite la frase: —Sí, el destierro en la Corte.

"Sería, en efecto, de la mayor importancia el que se supiera en la Monarquía de mañana que, si el pequeño vizconde que, para su entretenimiento, no repara en daños, ha sido llamado a París, es para que deje de dañar al prójimo.

"En provincias, la independencia, o, lo que es lo mismo, la autoridad y la confianza del rey. En la Corte, la desconfianza, la vigilancia del soberano, la reducción a la impotencia de dañar y (salvo ciertos casos muy concretos) un a modo de estar en desgracia...

"Que el rey de Francia hiciera algunos escarmientos de este género y el abandono de la vida rural no tardaría en parecer ante la opinión pública un verdadero venir a menos moral. Todo el mundo vería en la deserción de las comarcas una abdicación política. Por ganas de agradar o por pundonor, gran número de desarraigados voluntarios volverían así a sus casas solares."

UNA POLITICA REAL: LOS OBREROS AGRICOLAS

—Pero, para lograr esto—digo yo a M. Buffet—, más que la instauración de una Monarquía es precisa la intervención personal del rey.

—¡Pero esta intervención no podría faltar! Le respondo de ello—repone sonriente.

"El señor duque de Orleans está especialmente resuelto a la defensa de los intereses rurales. El discurso de San Remo, que hay que leer una y otra vez, anuncia claramente una política terrícola, una política campesina, una política de influencia rural, orientada en el sentido del renacimiento agrícola de nuestras provincias. Para este renacimiento se tentarán todos los medios: estímulos de mil clases a nuestros productores, riguroso castigo de los especuladores parásitos...

"Los Sindicatos agrícolas, las Cajas de crédito agrícola hallarán en el rey de Francia una enérgica protección. Pero a los judíos entregados a un escandaloso tráfico de las propiedades se les parará los pies en este saqueo mediante una exacta legislación. La tierra francesa se ligará a familias bien arraigadas al terruño. También el trabajo de la tierra, hoy precario y aventurado, se hará estable.

"Desde que el propietario ha dejado de residir y de gastar sus ingresos en sus propias tierras, no se emplea al jornalero nada más que para trabajos de utilidad inmediata y sólo en las épocas de los grandes trabajos rústicos. Caído así en la categoría de una mercancía cualquiera, el trabajo de los campos soporta pesadas holganzas. Puede decirse que un jornalero agrícola está parado de ciento cincuenta a doscientos días al año.

"Unas costumbres nuevas que impusieran la residencia al propietario y restablecieran la comunidad de intereses entre el patrono y el obrero harían que éste volviera a ser un colaborador, como lo fué antaño, no lo que es hoy: un proveedor mecánico. Renacería la confianza recíproca. Las dificultades irían a medias. Uno ayudaría al otro. Habría un mutuo socorro. Gran número de males, consecuencia del absentismo, se remediarían fácilmente. La vida rural volvería a ser cómoda y agra-

dable no sólo para los pequeños propietarios, sino para los mismos asalariados. La vida de los campos reflorecería de nuevo.

"De esto—fíjese usted bien—derivaríase un resultado de primer orden, y es éste: que el éxodo de los campesinos a las ciudades se detendría."

Al llegar a este punto, no supe retenerme de pedir a monsieur Buffet que hiciera llegar al príncipe mi respetuosa felicitación. El régimen contemporáneo desconoce al obrero del campo. Bajo la República, nadie se ocupa más que del obrero urbano. El campesino es un paria. Salvo en período electoral, no se tiene para él más que desdén. Él no es *pueblo*. El *pueblo* es el obrero de la gran industria. Hasta los funcionarios que enseñan economía política se hacen cómplices de los políticos a este respecto; para ellos la clase de los *consumidores*, que es la única que goza de la benevolencia de dichos caballeros, no la forman más que los obreros industriales y de núcleos urbanos. El campesino es tratado como si no consumiera o no fuese más que un animal de producto...

—Esta gran injusticia me ha indignado siempre—contesta M. Buffet—. No obstante, no debe darse pie a que adversarios de mala fe digan que la política del señor duque de Orleans sacrifica la industria a la agricultura y abandona a los obreros para favorecer a los campesinos. Vamos a ver cómo la verdad es muy distinta.

LA POLITICA REAL: LOS OBREROS INDUSTRIALES.— LA ASOCIACIÓN

"Porque, en realidad, la política monárquica se aplica a tratar estos diversos problemas contemporáneos siguiendo un riguroso método científico. Si empieza preocupándose del campesino, es, entre otras mil razones, porque no hay ningún otro medio para llegar al obrero.

"No se puede mejorar la condición de los obreros si no se mejora previamente la condición de los campesinos, porque el malestar de los campos hace que afluyan a las puertas de las ciudades verdaderos ejércitos de nuevos aspirantes al trabajo industrial, y estos recién llegados ocasionan una competencia

que aumenta sin cesar y resulta cada vez más desastrosa. Si se logra detener dicho éxodo, se detiene, a la vez, el aumento de la competencia entre los trabajadores. Se ofrece menos trabajo y se pide más, con lo que el precio del salario crece naturalmente. De la restauración del campo depende, como usted ve, la suerte del habitante de las ciudades: desde este punto de vista, hemos vuelto por completo a los tiempos de Sully, cuya política acaso tenía algo de bueno.

"Sé perfectamente lo que van a decir. Si el campo cesa de facilitar nuevos contingentes obreros, vendrán fatalmente otros del extranjero. —¿Fatalmente? Habría que verlo. Si esta afluencia amenazara al trabajo nacional, se empezaría por nivelar la competencia entre el productor extranjero parásito de nuestro suelo y el productor indígena. Y, si el acceso de exóticos continuara, podrían tomarse las medidas de protección necesarias."

—Esto—dije yo—es un comienzo de socialismo, o, por lo menos, de proteccionismo o intervencionismo. ¡Qué dirán nuestros librecambistas!

—Estas palabras terminadas en *ismo*—replica M. Buffet—son las más vacías del mundo. Las gentes se matan por ellas y, si se las analiza de cerca, se descubre que casi nunca corresponden a ninguna realidad. La Inglaterra librecambista tiene la aduana más feroz del universo... En muchos casos, esta intervención del Estado, que es costumbre condenar, constituye una simple medida de humanidad, sin la que la vida resultaría casi imposible.

"Quienes no se pagan de palabras tienen en cuenta que las cuestiones llamadas sociales, económicas o morales se reducen casi siempre a una cuestión política. Así ocurre con el problema de la intervención del Estado. Lo que vale el Estado que interviene, vale su intervención. Ésta resulta absurda y desastrosa si el Estado vive entregado a las competencias y subastas de la demagogia o si vive enfeudado a los explotadores cosmopolitas de la nación.

"Puede, por el contrario, ser bienhechora y útil si el Estado, emancipado de la finanza internacional, está por igual libre de la tiranía caprichosa de las turbas y de sus cortesanos.

"Una Monarquía nacional realizará en estos dos aspectos la

plena libertad del Estado, el cual, siendo perfectamente libre puede, a mi entender, en algunos casos (yo no digo que deba hacerlo siempre) intervenir en los conflictos del capital y el trabajo, sea en su calidad de juez, sea como jefe de la policía nacional. Prevenir ciertos males y reprimirlos todos, me parece que son las dos funciones del Estado.

"El derecho de los obreros a la huelga es indiscutible, pero tienen otros derechos más que el de holgar. Tenen un derecho no menos real y menos respetable a que no se les excite, se les explote y se les engañe por agentes ajenos a su profesión. El noventa y nueve por ciento de las huelgas actuales son de orden político y no económico: todo fautor de desórdenes políticos en la esfera económica debería sufrir un castigo ejemplar. Porque una de las funciones del Estado es defender de los perturbadores la pujanza, la autonomía y el progreso del trabajo nacional. Pero otra función le es propia y es corolario de ésta: velar por las condiciones generales de la salud y el desarrollo de la raza. Y, cuando estas condiciones generales se ven amenazadas, debe intervenir.

"La limitación de las horas de trabajo para el niño se comprende perfectamente, pero no la admito para el obrero adulto, cuya dignidad ofende y cuya actividad detiene. Los obreros franceses no merecen que se les haga así de menos. Ellos mismos perciben que en esto habría para ellos una temible disminución moral y económica.

"Por lo demás, estas intervenciones directas deberían ser lo menos frecuentes posible. El Estado ha de descargarse lo más que pueda de todas las funciones de este género de las Asociaciones profesionales, morales y religiosas, a las que vigila y controla desde muy alto, pero dejándolas obrar a su guisa y siguiendo sus inspiraciones espontáneas. El sueño de ciertos demócratas, el de los socialistas de Estado, consiste en hacer asumir al Poder central una carga creciente de funciones y deberes: todo lo transformarían en servicio público. Por el contrario, inspirándose en el principio de la descentralización, la Monarquía restringe cada vez más el número de los servicios de esta clase. Transforma en provecho de la iniciativa individual y en favor de las asociaciones y comunidades, ciertos servicios que el Estado retiene inútilmente hoy. Por ejemplo, la instrucción pública. Y si resulta ventajoso (ya todo el mundo está de acuerdo en ello) el devolver este servicio, sea a los municipios, sea a la corporación universitaria autonomizada, no hay razón ninguna para hacer que el Estado asuma tales otros servicios ruinosos. Porque los obreros sufrirían las consecuencias de la ruina del Estado más aún que los capitalistas.

"El papel del Estado consiste en estimular lo mejor que pueda los esfuerzos de las asociaciones mutualistas para la organización de los retiros obreros. La República, a través de sus oradores, inunda estas asociaciones de buenas palabras, pero las retiene bajo una severa tutela. La Monarquía, en cambio, las emanciparía.

"El señor duque de Orleans se propone, en efecto, exhumar y seguir en este orden de cosas las grandes ideas del conde de Chambord y del conde de París. Es preciso que el obrero halle en la asociación un principio de resistencia, de seguridad y de progreso legítimo. Pero sólo la Monarquía puede favorecer plenamente la asociación. Una República no puede mirar las asociaciones sin un movimiento de inquietud y hasta de alarma, y ello ha de ser necesariamente así: "*Las Repúblicas necesitan ejercer sobre las asociaciones cuyo carácter no es exclusivamente comercial una vigilancia más estrecha que las Monarquías.*" Estas palabras son de un republicano, M. Eugène Pierre, secretario general de la Presidencia de la Cámara de los diputados. La República es, en efecto, un poder colectivo y débil y teme a todo otro poder colectivo que tiende a dominar, sobre todo cuando, como en el caso de las sociedades obreras, este nuevo poder procede de las masas profundas de la nación. Los jefes de una república se dirán siempre —¿Y si, al asociarse estas gentes, fueran a concertarse para dejar de votar?

"Inquietud ésta perfectamente extraña a la Monarquía, ya que el príncipe hereditario está por encima de los caprichos de la elección, por lo que no puede temer a las asociaciones más que a partir del momento en que pudieran resultar peligrosas para la pública tranquilidad."

LA POLÍTICA REAL: LIBERTAD RELIGIOSA Y FILOSÓFICA

Engolfado en el gran tema de la asociación, M. Buffet prosigue:

"Esto se hace particularmente patente en materia de asociación religiosa. Las Congregaciones y, de un modo más general, la Iglesia hacen que la República no pueda dormir tranquila. No hay preocupación mayor en la República que la de impedir las intromisiones del clericalismo. Se pone en ello todo el celo posible, pero la antigua Monarquía hacía menos ruido y conseguía mucho más.

"No tengo ningún reparo, yo, católico, y católico practicante, en recordar la política anticlerical de la Monarquía desde San Luis hasta Carlos X. Aquella Monarquía nacional era religiosa y respetuosa del derecho de asociación. Manteníase muy por encima de las innumerables comunidades locales o morales que constituían la vida del país. Pero no soportó nunca, no digo ya una usurpación, ni siquiera la sombra de una usurpación en sus prerrogativas temporales.

"Vea usted, en contraste, la República. Grosera hasta la insolencia con los obispos sucesores de los Apóstoles, hostil y quisquillosa con los monjes y los religiosos de cualquier clase de hábito, la República ha tolerado no obstante... ¿qué digo?: ha deseado, ha provocado, ha negociado y mendigado de la Curia romana una intervención que el más débil y timorato de los príncipes de la Casa de Francia no hubiera aguantado ni siquiera en pensamiento. La Santa Sede ha sido invocada en los asuntos de Francia no para lo espiritual, ni siquiera para decidir en algún punto litigioso que participara de la disciplina eclesiástica y del derecho público, sino para disponer soberanamente del deber político, del deber civil de los católicos franceses, en cuanto católicos y en cuanto franceses.

"A mí me sorprendió, casi tanto como la docilidad de ciertos católicos, la tranquilidad republicana y la indiscreción romana. Y creo que los monárquicos, con su actitud deferente, pero intransigente, han salvado en Francia el porvenir del

Catolicismo. Si hubieran obedecido, como se les instaba a que lo hicieran, tal vez la Iglesia estuviera perdida en Francia, porque, en adelante, se la hubiera representado como a insaciable dominadora de las conciencias que gana los corazones y después los espíritus para llegar a la tiranía más perfecta. Felizmente, ha habido grandes obispos que han contestado a los dignatarios romanos su *Non possumus*. Felizmente, lo mejor del clero, lo mejor de los fieles han sabido mantener sus derechos. Lo mismo que en Alemania en tiempos de Windthorst, los monárquicos franceses, tan generosos como prudentes, han sabido salvarse, y con ellos salvar a los suyos, del reproche de servilismo político. Nadie podrá escribir en adelante que los católicos de Francia son súbditos de un soberano extranjero. No tenemos otro soberano en la tierra que el nieto de San Luis, no tenemos otra patria terrestre más que Francia."

Y, sorprendiendo en mi cara una sonrisa de placer, M. Buffet añade:

"Por lo demás, no crea usted que esta pobre tentativa de adhesionismo nos haya indispuesto en lo más mínimo con la Iglesia. La mayor parte de los monárquicos son católicos fervientes, como lo fueron el conde de Chambord y el conde de París y como lo es también el duque de Orleans. Los católicos son harto modestos cuando piden la igualdad política, porque tienen derecho a un trato privilegiado, siendo, como son, en Francia, los más, los más antiguos y los más interesados en el desenvolvimiento interior y exterior del país.

"La Iglesia católica tiene, por derecho histórico y por derecho nacional, un privilegio manifiesto sobre las otras confesiones. No hay motivo para envidiarle ninguna prueba de honor y de dignidad que se le tribute. A falta de fe, impondríase una tradición de respeto aun a los monárquicos no católicos. ¿No es así?"

En vez de asentir, me pareció útil preguntar, al llegar a este punto, tan seriamente como hubiera podido hacerlo el mismo M. Ranc, si los no católicos, principalmente los paganos, los ateos, panteístas o positivistas, no serían quemados públicamente bajo el reinado de Felipe VIII.

—No lo creo—replicó con no menos seriedad M. André Buffet—. Hasta estoy seguro de que el Estado reclutará sus

funcionarios entre los franceses de cualquier creencia. ¿Que uno de aquéllos cumple con su deber? ¿Tiene en su esfera los talentos que hacen falta? Pues el Estado no tendrá por qué salirse de este terreno. Buena o mala, la Inquisición religiosa, que los reyes de Francia no aceptaron nunca, supone una unidad de conciencia que se ha perdido. El rey de Francia no pedirá a los franceses otra unidad moral que la que se deriva del civismo y del patriotismo.

—Pero, interrumpo yo, ¿y las confesiones que precisamente alteran este patriotismo, falsean el sentimiento cívico y fomentan un estado de espíritu anárquico?

—En este caso, tales confesiones se hacen culpables de un crimen, pero de un crimen de derecho común. Por ejemplo: ha habido protestantes que se han portado muy mal durante el *affaire* Dreyfus. Pues por dreyfusianos es por lo que se les hubiera podido perseguir. Pero no echemos en olvido los hermosos ejemplos de firmeza y patriotismo dados por el comandante Lauth o por M. André Lebon, protestantes ambos, en sus deposiciones de Rennes y del Tribunal de casación. Uno y otro supieron despojarse de las pasiones de su secta para cumplir, respectivamente, su deber militar y su deber civil.

—Pero ¿no sería conveniente que, por lo menos, el Estado vigilara unos grupos religiosos tan proclives como lo es este a la anarquía revolucionaria?...

—El Estado vigila a todo el mundo: esta es su primera regalía. Lo ve todo y lo sabe todo, y por lo mismo puede sacar buen partido de todos. No olvidemos esta moraleja del gran siglo:

> El Monarca prudente y sabio
> de sus menores súbditos sabe sacar provecho
> y conoce los diversos talentos:
> Nada es inútil a las personas de seso.

—¡Bien, bien!—digo yo—: ¿y los judíos?

—Los judíos—contesta M. André Buffet, cuyos negros ojos brillan de ingeniosa malicia—, los peores judíos pueden servir a su modo.

"La República se ha convertido en su respetuosa servidora, pero antaño los respetuosos, los temblorosos servidores de la Monarquía nacional eran ellos. Usted sabe de sobra la antipatía personal, fundamental y, por así decirlo, física, que esta gentecilla inspira al señor duque de Orleans: pues, a pesar de ello, éste se ha declarado enemigo de las querellas de raza y de religión. Nada de violencias inútiles. ¿Para qué? Lo que hace falta es abolir el régimen anárquico y cosmopolita de los judíos, y no colgar o despedazar a algunos pobres (¡o ricos!) diablos.

"Vaya, que bastará con una buena ley sobre la tierra, una exacta policía económica y financiera y, sin duda también, con una revisión completa de los registros de empadronamiento y de las cartas de naturalización. Los bandidos judíos pasarán por el tamiz en su calidad de bandidos, y los judíos extranjeros en su calidad de extranjeros.

"Dejemos esto: la cuestión judía es, ciertamente, una cuestión económica y étnica y se regulará desde este doble punto de vista. No tiene nada de cuestión religiosa, moral ni filosófica. Filosófica, moral y religiosamente, todo es digno de consideración, porque en este momento hay de todo: en la conciencia francesa coexisten las ideas más diferentes. No hay que hacer más que dejar que el tiempo haga su obra, no sin conceder una preferencia muy natural a las ideas filosóficas y morales que unen a los hombres y facilitan las funciones políticas y nacionales del Estado. Así lo exige la naturaleza misma de la Monarquía.

"En cuanto a las disposiciones personales del señor duque de Orleans, esta anécdota se las aclarará a usted: Un tren muy mañanero, el tren del destierro, acababa de dejarme todo soñoliento en Bruselas. Un periodista belga me abordó en la misma estación y allí mismo me tomó unas declaraciones. Usted comprenderá que, en semejante estado y a aquella hora, no puse mucho cuidado en sopesar los términos de aquéllas. Al día siguiente, leyendo mis palabras, ya bien despierto, sentí cierta inquietud y temí haber exagerado, por mi crudeza de lenguaje, la tolerancia religiosa del señor duque de Orleans. Pero apenas había llegado a Londres a ver al príncipe, cuando éste me habló de mis declaraciones para felicitarme por ellas.

Entre tres o cuatrocientos recortes de periódicos que se había hecho leer, había conservado precisamente aquél.

"—*¡Está muy bien!*—decía al tiempo que releía el artículo—. *Al fin se sabrá que yo haré respetar las convicciones de todos: no hay otra distinción que la de buenos y malos franceses.*

"El positivista Ritti, que ha fundado, en contra de las capillitas más o menos científicas y literarias, una "Liga para la defensa de la libertad espiritual", podría, como usted ve, contar entre los suyos al joven jefe de la Casa de Francia.

LA POLITICA REAL: SU PERSONAL

M. Buffet añade:

—Entre las normas que el señor duque de Orleans se encontró, en cierto modo, en su cuna, aquella que acaso le es más grata de todas y que ha heredado del conde de París, que a su vez la heredara del conde de Chambord, se resume en este axioma:

"No hay ni debe haber un partido monárquico."

"El monarquismo existe tal como debe existir: como estado de opinión, como movimiento, pero no puede ser un partido. La razón de ello es muy sencilla. El rey de Francia no puede ser el rey de un partido, porque es enemigo de los bandos. Los detesta todos como otros tantos obstáculos a la unidad de la patria. Los monárquicos no se han ocultado nunca que su fidelidad no les daba derecho más que a la simpatía personal de su príncipe, pero ésta no les otorga ninguna hipoteca para el porvenir. Su recompensa no puede consistir más que en el bien público, cuyos fieles promotores habrán sido.

"¿Quiere usted conocer el pensamiento íntegro de un hombre a quien la prensa republicana ha calumniado vilmente en este punto, como en tantos otros? ¡Pues bien!: yo consideraría como una desgracia para la Corona el cambio total, inmediato, del personal, de los funcionarios, aun de orden administrativo.

"¿Por qué ciertos republicanos de hoy no iban a ser buenos administradores bajo el régimen de mañana? Si Francia

se encuentra tan mal administrada es porque unas instituciones detestables han impedido a unos hombres, a veces eminentes y bien intencionados, que dieran toda su medida y todo el fruto que podrían dar. Lo que más me pasma en la República es la espantosa dilapidación de talentos a que ha dado lugar en treinta años. Se han gastado en vano enérgicas voluntades y brillantes y sólidos pensamientos: ¡Francia no ha sacado, ni podía sacar, nada de ellos!"

La "Liga de la Patria francesa"

"¡Qué lástima que los hombres de la *Patrie Française* no hayan comprendido esta verdad! Sin duda, tienen razón cuando quieren expulsar al personal dreyfusante, judío y masónico que deshonra y traiciona a Francia. Pero andarían menos acertados si no advirtieran que el personal renovado estará expuesto, por la fuerza de las cosas, a culpas que acaso sean peores.

"¿Pero de veras no lo advierten? ¿La alta y fina inteligencia de un Lemaître, la ardiente sensibilidad francesa de un Coppée pueden hurtarse a una visión tan clara? Y, si lo ven, ¿por qué obran lo mismo que si no lo vieran?

"Dos verdades hay de que se olvida demasiado esta grande y buena "Liga del Bien público". La primera emana del conde de París: *"Las instituciones han corrompido a los hombres"*, y lo que aquí es pasado puede ponerse lo mismo en presente que en futuro. Ello será en tanto que dure la República. La segunda creo que emana de Dantón: *"No se destruye más que aquello que se sustituye."* Ni Coppée ni Lemaître acabarán con la tiranía de nuestros comunes adversarios en tanto no tengan una doctrina completa y un régimen orgánico que oponerle.

Los Bonaparte

"En cambio, hay una doctrina bonapartista que consiste en que el pueblo elija al príncipe. Es el hombre, el individuo, a quien el plebiscito aclama y eleva. Por consiguiente, el príncipe, para ser elegido, debe hacerse ver, mostrarse, convertirse en alguien aplaudido y popular. Pero Francia no conoce a

ninguno de los pretendientes bonapartistas. ¿Pero es que son dos? ¿Y en qué consisten sus diferencias de carácter o de programa? Nadie lo sabe, y hasta parece que ellos se esfuercen en que todo el mundo lo ignore.

"¿Príncipe Luis? ¿Príncipe Víctor? ¿Dos personalidades o dos entidades? Si son entidad, ¿en qué consiste ésta? ¿Y en qué su respectiva personalidad? Yo admiro una contradicción tan palmaria entre el principio generador del plebiscito, que es la popularidad, y la política de los príncipes plebiscitarios... Mas ¿acaso existe esta política? Si existe, está muy disimulada. O es una pura intriga, o no es nada. ¡En un reciente manifiesto, uno de los príncipes Bonaparte se felicitaba de haber estado haciéndose el muerto!

"La gran ambición del partido bonapartista, su pretensión conocida, consiste, hoy por hoy, en modificar su emblema y sustituir en él el águila por el topo. Yo no conozco al príncipe Víctor y no puedo juzgarle, pero sí digo que su partido se aplica a reprensentarlo en público como tal.

"Si el sentimiento plebiscitario es tan vivo como afirman algunas personas de buena intención, pero extraviadas, yo advierto a los bonapartistas que el señor duque de Orleans ocupa ante la opinión el sitio de un Bonaparte."

Paul Déroulède

—¡Pero—digo yo—tenemos a ese condenado de Déroulède!

—Condenado, si usted se empeña; en todo caso, el mejor de los condenados. Él podrá representar una amenaza de perdición irreparable para su país, pero crea usted que es con la mejor intención del mundo.

"Yo siento un gran afecto por Paul Déroulède, que ha conquistado toda mi amistad en nuestra común prisión. Su bondad como hombre privado, su generosidad como hombre público, su valentía, su elocuencia, su audacia, le han conquistado adhesiones y admiraciones. ¡Fuerzas santas, preciosas a la Patria! ¿Por qué las emplea él contra la conveniencia nacional?

"Yo me imagino a un Déroulède monárquico, Déroulède parangonando la Monarquía con la República ante el Tribunal

Supremo. En virtud de su misma teoría, el régimen dictatorial sería precario y pasajero. Por el contrario, las instituciones de la Monarquía serían sólidas, permanentes y tradicionales: ¿por qué no las habrá formulado él, que tan bien se expresa?

"Y no es que a él le importe personalmente el poder. En nuestras conversaciones de prisión, Déroulède me ha contado cómo había ido a ofrecer a muchos personajes políticos el puesto de hombre a quien plebiscitar que él no quería para sí. Me lo ha dicho y lo creo. Déroulède es de este temple.

"Desgraciadamente, y por causa de un malentendido de orden intelectual, Déroulède es el *hombre de un hombre*: tanto si este hombre fuese él mismo, como si fuese otro, Déroulède cree que el Elegido de la democracia tendría capacidad bastante para normalizar cada situación política que se presentase. Porque—dice él—el pueblo no se equivoca. El sufragio pone de manifiesto cuál es la tendencia de la nación y cuál la política útil a los intereses nacionales. Infunde en quienes designa su infalible instinto director. Una vez plebiscitado, el general Boulanger habría recibido la inspiración popular, toda vez que su poder hubiese emanado del mismo pueblo. Por consiguiente, no cabía que se equivocara. Hubiérase convertido, por gracia de estado, en un político... Por lo demás, el jefe plebiscitado no tiene que consultar a sus electores en las cuestiones de detalle, porque es un conductor en un camino previamente trazado.

"He aquí, tan fielmente como puedo reproducirla en substancia, la teoría que Déroulède me ha expuesto muchas veces. Me preguntará usted, sin duda, quién establecería la distinción entre los detalles sobre los que no se debe consultar al pueblo y el conjunto en que el pueblo debe ser soberano. Pero no nos detengamos en esto. Sin duda, me preguntaría usted si el pueblo de 1852 no se equivocó en grande cuando adoptó con el segundo de los Bonaparte esa política italiana y alemana de las nacionalidades que nos condujo a Sedán. Tampoco me detengo en esto.

"Porque es bien claro, en efecto: 1.°, que un dictador elegido en plebiscito decidiría lo mismo sobre el conjunto que sobre el detalle, y 2.°, que no es menos claro que eso de la infali-

bilidad del pueblo es una quimera absurda que no puede aceptar ningún hombre serio. Vamos derechamente a lo esencial. Yo doy por sentado que el dictador es un hombre de bien, un Déroulède. Acaba de ser elegido. ¿Cuál será su política? Si sueña en su reelección, le interesa convertirse en servidor de las pasiones populares y de los errores de la mayoría. Pero, si no piensa en ella, se expone a que lo sustituya cualquiera que sepa adular errores y pasiones, ordinariamente dueños del pueblo soberano. Si piensa en ello, pierde al país. Y si no, pierde el poder, y unos competidores indignos se encargarán de consumar, cuando se haya ido, la pérdida de la patria. Su patriotismo le obligará, pues, a un golpe de Estado, y, si no lo da, faltará a sus deberes para con la patria, pero, dándolo, probará que la violencia y la perturbación revolucionarias entran en la lógica absoluta del régimen plebiscitario.

—Por lo demás—insiste M. Buffet—, si Déroulède es derouledista, porque no se puede plebiscitar más que a él, y si Francia tiene que hacerse derouledista como él, ¿qué será de la nación cuando Déroulède desaparezca? Muerto él, el régimen se para... *Pero ¿y Francia?* El derouledismo no responde a esta cuestión, presente de continuo en la mente de un monárquico, que puede gritar siempre, en cambio: *El Rey ha muerto; ¡Viva el Rey!*

"La República de Déroulède sería necesariamente, no por culpa de las personas, sino de las instituciones, una República empeorada [1].

"Como nuestro amigo M. Frédéric Amouretti ha hecho notar muchas veces, la crisis electoral de la Presidencia causa, cada cuatro años, en los Estados Unidos, un período de inercia cuya duración varía entre doce y dieciocho meses. ¡Doce o dieciocho meses de impotencia periódica por cuatro años de ejercicio presidencial! Imaginaos nuestra Exposición de 1900 repitiéndose cada cuatro años. Todo se para; ni política interior, ni política exterior. El presidente, *como buen candidato,* evita el mostrar en nada la menor preferencia, por temor a enajenarse en su reelección el menor grupo de electores. El desdichado fluctúa; ya no dirige.

"Y aun, y durante mucho tiempo, los Estados Unidos, aislados al otro lado del planeta, no conocerán ninguna de las pesadas obligaciones políticas que pesan sobre los pueblos europeos [2]. ¡Pero Francia! Sus intereses, lo mismo dentro que fuera, exigen el máximo de estabilidad, de continuidad y, a un tiempo mismo, de valentía, de iniciativa. Pues esta iniciativa y este espíritu de conservación requieren por igual un poder director constante. Toda interrupción y todo corte serían funestos. So pretexto de acabar con la anarquía parlamentaria y de restaurar el orden, Paul Déroulède llevaría la anarquía al grado máximo y convertiría el desorden en una institución.

"Me da pena que Déroulède se pierda en unos sueños tan mal fundados y, sobre todo, me da pena el que un hombre que sirve a Francia con toda su alma la sirva tan mal."

Generosas y conformes al puro espíritu caballeresco, estas lamentaciones sobre la suerte de M. Déroulède me parecieron desproporcionadas al asunto, y bruscamente di a entender a M. André Buffet el sentimiento que me inspiraban:

—Deje usted, deje usted, interrumpo—. Su Déroulède es un elemento divisor.

—Se equivoca usted: el elemento divisor no es Déroulède, sino la República, a la que él se aferra obstinadamente.

"Déroulède sufre, como todos los republicanos, la ineluctable, la cruel ley republicana, que es la ley del exclusivismo. La

1. En el texto francés, la palabra *empirée* (empeorada) permite hacer, aun con la protesta de no querer hacerlo, un retruécano a base de *empire* (imperio), oportuno al tratar de Déroulède, que coincidía con los partidarios del imperio bonapartista en la fómula del plebiscito. (*Nota del T.*)

2. La evolución americana ha resultado más rápida de lo que pensaban los monárquicos franceses. Así es como hemos podido ver modificarse los fenómenos propios del régimen electivo. Como brillantes hechos de guerra habían valido en 1896 a Mr. Roosevelt una brillante popularidad, los políticos lo relegaron a la vicepresidencia de la Unión. El asesinato del presidente Mac Kinley le devolvió la presidencia por una especie de principio hereditario. Luego lo reeligieron. Ahora acaba de constituirse en gran elector de Mr. Taft. Una especie de César sobrepónese a las instituciones republicanas en el mismo instante en que América empieza a adquirir el aspecto de Estado político completo en el mundo. Este sincronismo confirma con harta claridad nuestras ideas para que haga falta insistir en ello. (Nota de 1909.)

sufre como los cuerpos obedecen a la fuerza de la atracción, su voluntad no puede resistir a ella.

"Yo comprendo su apasionamiento de monárquico, pero ¿cómo es que los mejores amigos de Déroulède, que son republicanos, echan en cara a este hombre, cuyo carácter y cuyo patriotismo no se discuten, que carece de clarividencia y de espíritu político? ¿Por qué se califica de *increíble* esa carta a Georges Thiébaud?"[1].

—Ha humillado al candidato que patrocinaba—interrumpo yo—. Ha pretendido servirse de un hombre inteligente y enérgico como de un peón para el juego de damas de su política. ¿Y para obtener qué?: el más completo de los fracasos electorales.

—Este es el reproche de los amigos de Thiébaud, pero a mi entender no tienen razón. Lo que Déroulède ha hecho, lo han hecho antes todos los republicanos y lo harán todos aún en el porvenir. Déroulède, una vez situado en el plano republicano, no podía moverse de otro modo. Déroulède no dependía de sí mismo, sino del espíritu republicano; su política se desenvuelve, pues, normalmente y acabará siendo, usted lo verá, cada vez más "particularista", ya que la República no puede ser otra cosa que el gobierno de una secta, de un partido, y que todo republicano se ve constreñido, si sus intenciones no han de resultar sospechosas, a precauciones, a exclusiones y a protestas de desconfianza.

"Mire: estos días pasados me venía a la memoria un recuerdo de prisión al releer la famosa carta de Déroulède a Thiébaud. Unos días después de haber venido a constituirse prisionero, me tropecé en un pasillo a Marcel Habert, al que acompañaba su abogado M. Chenu. Al verme, me preguntó si podía darle una cerilla; petición sencillísima e inocentísima

1. Véase *Le Drapeau* de 22 de julio de 1900. En esta carta, Déroulède hablaba como un príncipe: "...Seguid, a pesar de todo. Yo acepto toda mi parte de responsabilidad en esta campaña. Usted no la ha querido: yo soy quien se la pidió. Si sale derrotado, no será usted el vencido, sino yo." En el mismo documento se leían, además estas, palabras: "Quería yo también aprovecharme de esta circunstancia electoral para separar claramente a los nacionalistas republicanos de todos esos *nacionalistas sin epíteto* que creen poder ocultar bajo esta expresión tan democrática y tan clara sus secretas aspiraciones monárquicas." (Nota de 1909.)

¿no? y que él me hizo bromeando con reticencias y reservas políticas: —"*Es muy comprometido*—me decía—, *comprometidísimo, esto que estoy haciendo.*" —*En broma, en broma*—le contesté—*acaba usted de darme la verdadera fórmula del régimen que ustedes nos prometen.* Si yo necesitara una cerilla, y hasta un cigarro, se lo pediría a usted sin tantos miramientos, y aun si lo que le pidiera fuese su voto o su apoyo para conseguir el bien público, tampoco me sentiría comprometido en lo más mínimo. Esta es la diferencia que hay entre nosotros, los monárquicos, que no podemos sentirnos comprometidos por nada ni por nadie, y ustedes, republicanos, que se sienten comprometidos por todo y que a menudo hasta temen serlo por una nonada.

"Pero es que esta desconfianza no es ninguna novedad, sino una necesidad republicana que, bajo la República, se ha dado en todo tiempo. ¿Quiere usted que se lo demuestre con unas anécdotas más o menos personales? Hace unos quince años, un subprefecto de Mirecourt fué dimitido por el delito de haber estrechado la mano a uno de mis hermanos al encontrarlo en la calle. Otro subprefecto de Mirecourt se hizo excusar discretamente cerca de mi padre, que era senador, por no haberle visitado (visita que, por lo demás, es una obligación de los funcionarios administrativos para con los miembros de las asambleas, en virtud de unos reglamentos que siguen vigentes, pero que nadie observa). Según él, había pedido permiso al ministro para hacer la visita, y como respuesta recibió la prohibición de hacerla, acompañada de severas observaciones acerca de lo inconveniente de su petición. En 1885, y siendo candidato en los Vosgos, fuí, acompañado de mi amigo y compañero de lista M. Bouloumié, a casa de un elector influyente del distrito de Neufchâteau que era republicano. El recibimiento que nos hizo, si bien correcto en la forma, en el fondo fué más bien frío; no nos ocultó que no obtendríamos nunca sus votos. ¿Y sabe usted qué pasó?: pues que el desgraciado fué denunciado por haber recibido nuestra visita; él no era funcionario, pero tenía un sobrino-nieto en el Registro de Marsella y ¡cuál no sería mi sorpresa al recibir dos meses después una carta alarmadísima en que me comunicaba las amenazas que el Gobierno había hecho a su sobrino y me pedía que le diese *un*

certificado de que nos había recibido muy mal! El incidente me resultó tan original, que me interesé en la cosa y no dudé en enviarle, con objeto de hacerle el favor que me pedía, una carta escrita en términos muy vivos, en que le decía que no me podía explicar su petición después de las insolentas maneras que había empleado con nosotros, que él se había conducido con nosotros como un hombre perfectamente mal educado y que no cabía pedir un certificado a quien había despedido de su casa. Supongo fundadamente que el buen hombre quedó contento, porque no oí hablar más de él. Tal es la desconfianza de los republicanos entre sí.

"¿Y cuál es la razón de esto? Pues que un republicano no puede creer en el republicanismo de su vecino en el que no ve —y tal vez con ello se juzga él a sí mismo—más que una simulación. Bajo otros gobiernos, los funcionarios sostenían las mejores y más correctas relaciones personales con los más decididos adversarios del régimen. Pero hoy, si no quiere resultar sospechoso. hace falta que el republicano, y sobre todo el neorepublicano, haya dado prendas de cierta especie, haya cometido algún acto que lo enajene por completo a los otros partidos."

—Pero—pregunto yo—¿qué acto, qué prenda le bastarán?

—Permítame usted que le conteste con un nuevo recuerdo. Yo he luchado mucho en provincias; los parisienses no conocen lo bastante el verdadero rostro de la República en provincias, que es todavía menos agradable que el otro: enséñeselo usted. En 1889, un elector conservador, pero de opiniones republicanas, vino a verme y me expresó con gran franqueza cuánto sentía no poder votar por mí. —*Llámese usted republicano*—me dijo—*y somos muchos los que, tras esta declaración, podríamos votarle. —Pero si yo no soy republicano. —Llámeselo usted de todos modos. —Yo no hago esto; no diré nunca más que lo que pienso, y, aunque así no fuera, se equivoca usted figurándose que, si lo dijese, me creerían. No me bastaría con decirlo, sino que necesitaría demostrarlo, cometer alguna infamia que me cerrara para siempre la puerta de otros medios. ¿Es esto lo que me aconseja usted que haga? No, ¿verdad? Entonces déjeme usted que me quede lamentándome de no poder tener su voto.*

"Ya veo que me he ido un poco lejos de Déroulède, que era sobre quien usted me preguntaba. Déroulède, nacionalista, se ve obligado a defenderse de toda alianza nacional, caso natural y fatal en un republicano. Hoy pone él la República por encima de todo. ¡Mejor! Porque, en adelante, seremos sólo los monárquicos quienes digamos: "Ante todo, Francia" y quienes conjuremos a todos los partidos nacionales a unirse en contra del extranjero. Cada vez será más exacto lo que usted ha dicho: que sólo nosotros representamos el *nacionalismo integral.*

Nacionalistas y antisemitas: Drumont, Thiébaud, Barrès

"Pero esta gran oposición nacionalista ¿resultará tan derrochadora como la República parlamentaria? Y tantos talentos de primer orden ¿se verán condenados a desaparecer antes de que Francia los utilice?

"Aquí tenemos a Drumont. Drumont es uno de los hombres que mayor influencia habrán ejercido en su época. El cuarto de siglo que va de 1886, fecha de la aparición de *La Francia judía,* a 1909 le pertenece. Y no está acabado, además, el período. En esta incubación del antisemitismo, en la que ciertamente no han escaseado las brutalidades, los errores de detalle, las exageraciones, las cóleras y las crueldades generosas, Drumont ha sabido dar vida a una gran idea. Los detalles se olvidan, pero la abstracción dura en el alma del pueblo y la idea antisemita fué arrojada en ella con decisión.

"Pero, siendo, como es, tan osado por naturaleza, ¿por qué Drumont no se atreve ni a estudiar siquiera, ni a mencionar, nuestra solución monárquica del antisemitismo? El señor duque de Orleans ha contestado siempre con franqueza, y a menudo con vehemencia, a las preguntas que *La Libre Parole* acostumbra a hacer, al revés de Déroulède, que guarda un silencio excesivamente prudente. Un patriota como Drumont, o como ese Jules Guérin, a quien yo envío desde aquí un recuerdo de simpatía y de admiración, deberían darse cuenta de que sólo la nación organizada puede arreglar las cuentas a los judíos. Y la nación organizada es la Monarquía.

"Aquí tenemos a Thiébaud. Espíritu claro, aunque un poco

caprichoso, palabra enérgica, impetuosa, cálida, acaso sea, con su concisión y su ardor totalmente romanos, el primer polemista político de nuestro tiempo. ¿Cree usted que tan hermosos dones hayan dado un resultado digno de ellos?"

—¡El boulangismo es su obra!—contesto yo.

—Yo he sido antiboulangista, muy antiboulangista—contesta M. André Buffet—, y sigo siéndolo. Como soy monárquico, me horroriza la dictadura personal. Con todo, el boulangismo fué, prescindiendo de detalles, la afirmación popular de la necesidad de un jefe, la declaración de los derechos del pueblo a ser guiado, la manifestación del deseo, de la necesidad y el gusto autoritario de los franceses.

"¡Sentimiento innegable! ¿Y cómo Thiébaud no verá que sólo la herencia monárquica es capaz de dar a este sentimiento una forma concreta y sólida? A él le gusta hablar de las federaciones y de la anarquía célticas, que, según él, reaparecieron bajo forma feudal después que la invasión de los bárbaros acabó con la administración romana. Y observa cómo hoy reaparecen bajo forma parlamentaria, judía y protestante: verdadero feudalismo eclesiástico. Sí, buen número de pequeñas fuerzas que se dibujaban ya a fines del siglo XVI están corroyendo la unidad moral y política de nuestro país. ¡Y Thiébaud no se decide a aplicar a este mal antiguo el antiguo remedio que por dos veces lo curó: nuestra Monarquía capeta de los Felipe-Augusto y los Enrique IV!

"¿Qué invoca él contra la oligarquía? La democracia. Pero la democracia pura es un poder completamente negativo. No es capaz más que de destruir: por ejemplo, agotar nuestros recursos económicos tras haber debilitado nuestra fuerza política. El hombre que se convierta en leal servidor de la democracia, la perderá y, juntamente con ella, se perderá él con el país.

"Todo lo que puede lograrse contra la oligarquía reinante es, y ello a costa de un espantoso derroche de esfuerzos y a través de dificultades infinitas, promover un personal nuevo, una nueva oligarquía de gentes menos averiadas que nuestros déspotas contemporáneos. Pero, suponiendo que durara, puede apostarse que no tardaría mucho en sufrir las consecuencias de los mismos males, o que daría lugar a otros equivalentes, aunque distintos. Estos cambios de personal no me interesan. Un monárquico no piensa más que en la patria, es decir, en el interés más general, y este interés sólo lo representa bien un rey.

"¡Y Barrès! Huelga el elogio del escritor, y, a mayor abundamiento, el hombre es amigo de usted. En su magnífico *Appel au soldat* inserta unas palabras que un publicista de extrema derecha no contradiría, pero que también podría firmar uno de extrema izquierda: tan por igual concretan las dolencias del país y el remedio a que éste secretamente aspira:

"*Francia*—dice—*pasará del antiguo liberalismo a un proteccionismo general que su instinto de enfermo reclama.*

"Nadie ha definido mejor la crisis que atravesamos y el sentido en que es muy probable que pudiera resolverse. Pero, planteado así el problema y con la solución indicada, más las ideas harto conocidas del autor de los *Déracinés* sobre la descentralización, me sería facilísimo deducir de su fórmula, con rigor matemático, la fórmula de la Monarquía nacional y demostrar sin dificultad ninguna que sólo ésta corresponde a aquélla.

"Pero la inteligencia de Maurice Barrès es demasiado despierta para que haga falta explicarle nada y demasiado patriota para que pueda no rendirse a las evidentes necesidades del bien público. ¡Y Maurice Barrès no duda; sin vacilación ninguna se aparta de la idea de Monarquía!

"Se lo confieso a usted: esto es mi escándalo y mi pasmo. La Historia futura no podrá explicarse todas estas complicaciones.

Los republicanos moderados: M. Méline, los melinistas y monsieur Rambaud.

"En el grupo oportunista hay, sin duda, odiosos bandidos dignos de castigo; ¿pero cree usted que el sector que se llama republicano moderado no representa importantes fuerzas francesas?

"Yo he combatido siempre en nuestra común provincia a M. Méline y a sus amigos de la pléyade vosguiana, MM. Krantz

y Boucher, porque su política ha participado a menudo del espíritu sectario de Jules Ferry y por representar, además, la anarquía republicana con los peligros que de ella se derivan. Pero personalmente los estimo: tienen la tenacidad del vosguiano, saben lo que quieren y se mantienen firmemente fieles a esta voluntad en el orden económico y político. En su obra hallo algo sano: el gusto de la tierra lorenesa, uno de los buenos sabores de Francia.

"Pero estas cualidades individuales han sido siempre desmentidas, neutralizadas y, en cierto modo, anuladas por obra del mecanismo republicano. ¿Volverán algún día al poder? Acuérdese usted de cómo los arrojaron de él. Todo el Viejo Partido Republicano, todos los genuinos partidarios del Catecismo de los Derechos del Hombre se aliaron a un traidor y al partido de un traidor para derribarlos. Y una vez volvieran a ser ministros, ¿estarían ya libres del mismo perpetuo riesgo? De modo que su obra, en la República, está condenada a resultar corta e imperfecta y casi inútil.

"Antes de su debilidad dreyfusista, M. Anatole France había explicado en la Academia de qué modo la presencia y la ausencia de un monarca dan la clave del éxito y el fracaso de un Lesseps.

"En Francia—dijo—la voluntad lenta, sorda, a veces obscura, pero continua y soberana, que sostuvo la obra de Suez, no existía ya para asegurarla contra los violentos ataques de las pasiones, de los instintos y los azares, para defenderla de ella misma y para moderar una nueva empresa más arriesgada que la primera... Nada había ya en la débil, difusa y cambiante dirección de los negocios públicos que fuese capaz ni de contener los apetitos de una banda de financieros, de aventureros y de políticos del saqueo, ni de detener ese pánico instintivo de las turbas que, en un momento, lo derriba todo. Y todo se hundió [1].

"Página admirable que si M. Méline y sus amigos releyeran a diario, podrían aplicar a su caso. ¡También ellos necesitarían un monarca! ¡También ellos necesitarían que una voluntad *continua* y *soberana* los sostuviera! El régimen que sirven está en esto por debajo del Segundo Imperio, que, en medida

1. ANATOLE FRANCE, *Discurso de recepción en la Academia francesa.*

corta, pero cierta, era una Monarquía, aunque no una Monarquía nacional. Estos caballeros exponen lo mejor de sí mismos a desaparecer [2] en las oscilaciones y en las futuras bancarrotas del régimen tan bien representado hoy por su obra maestra..."

—¡Panamá, Panamá!

M. André Buffet sonríe sin decir nada y prosigue:

"M. Méline, especialmente, parece no darse cuenta de su melancólico destino. Su aplicación a los intereses permanentes de la agricultura hubiera podido darle el sentimiento exacto de los intereses permanentes de la patria. Más aún que la agricultura, necesita la patria de una política continuada. En el mejor de los casos, la República equivale en Francia a un perpetuo salto de dados sobre el tapete verde del Gobierno. Por tanto, los movimientos de una política republicana serán necesariamente cada vez más incoherentes. Dejad que esta ataxia prospere y llegaremos a la anarquía pura.

"Uno de los colegas más distinguidos de M. Méline, M. Rambaud, miembro del Instituto y profesor de la Sorbona, hacía notar un día que Rusia, en el espacio de tres cuartos de siglo, no había tenido más que *tres* ministros de Negocios Extranjeros (esto era antes de la muerte del conde de Muravieff): y nosotros en treinta años hemos tenido treinta y nueve cambios completos de Ministerio. Y el mismo M. Rambaud, al tener que ocuparse en *Le Matin* de las analogías existentes entre Francia y Polonia, ha hecho notar cómo este desgraciado Estado constituía en realidad una República. Pues si las palabras encierran algún sentido, el historiador que ha sacado estas atinadas observaciones de la realidad tiene muchos motivos para temblar por nuestro porvenir nacional."

—Entonces—pregunto yo a M. Buffet—¿por qué M. Ram-

2. M. André Buffet me hizo otra observación en este mismo sentido: "¿No habría que decir—dijo—otro tanto de la excelente obra de M. Deschanel en favor de las cooperativas y las mutualidades? Él es su protector y su patrono político: patronato necesario, protectorado que yo llamaría indispensable, pero ¿quién protegerá al protector y patrocinará al patrono contra los caprichos y fluctuaciones del elemento democrático y republicano de que él mismo depende? Esta es la eterna cuestión que se plantea en estos asuntos.

baud no es monárquico? ¿Por qué todos los espíritus moderados y prudentes como él no forman una Liga antirrepublicana? Una Monarquía nacional opondría a tantas y tan temibles Monarquías europeas un poderío exterior digno del nombre francés. ¡Ellos lo saben de sobra!

—Reconozco que el prejuicio republicano no debería existir para tales espíritus. Este prejuicio es ya caduco. Pero se sienten atados por una especie de lealismo sentimental. Lo que yo tengo curiosidad de saber es si serán capaces de sacrificar a su país a esta debilidad.

"En resumen, estos espíritus moderados representan en cierto modo la razón, la reflexión y el saber del pueblo francés. Son la cabeza del país, pero, por faltar el rey, esta cabeza resulta débil y sin acción verdadera. "Dadme una palanca lo bastante fuerte y un punto de apoyo, decía Arquímedes, y levantaré el mundo." Todos estos talentos son como otras tantas palancas que no quieren tener el punto de apoyo necesario.

"Los otros, los llamados más específicamente nacionalistas, representan una protesta legítima, generosa y patriótica; vienen a ser como la exaltación y la exasperación de nuestra sensibilidad, pero yo entiendo que ésta, por no haber rey, se malogra al azar y se derrocha en vano, falta de dirección. Muestran tal vaguedad en la doctrina y tal indecisión en la práctica, que de lo único de que son capaces es de protestar. Encarnan una cólera, pero no una razón.

"Yo no soy capaz de desear que unos acontecimientos demasiado duros vengan, por fin, a demostrar plenamente a unos y a otros la necesidad de la Monarquía nacional que a todos nos hace igualmente falta. Preferiría que se rindieran a esta idea a menos costa para Francia, en virtud del solo esfuerzo de su clarividencia y su generosidad. Podrían así ahorrarnos revoluciones y guerras y largos años de decadencia silenciosa. Tarde o temprano, a buen o a mal precio, vendrá el día de la verdad política.

"Pero diga usted bien a todo el mundo—y en esto creo poder hablar en nombre del señor duque de Orleans—, diga usted por todas partes que, lo mismo si tarda que si viene pronto,

el rey de Francia no podría reinar en nombre de un partido. "*Todo lo que es nacional es nuestro.*" Lo ha dicho él. Esto quiere decir que todos los talentos, todos los méritos, todas las dedicaciones serán, no digo ya acogidos, sino buscados y solicitados. Se les honrará y recompensará según merecen. Sólo una dinastía apoyada en nueve siglos de esplendor histórico puede premiar y distinguir como es debido a los grandes servidores de Francia." Yo lo sostuve frente al Tribunal Supremo: "*Un presidente de la República no es nada. Un dictador es demasiado. O mejor dicho: no es bastante, porque el dictador es, ante todo, él mismo y no Francia.*"

"Para personificar a la patria, a la Patria entera, nos hace falta un rey."

CONCLUSIÓN

...Me pareció al llegar aquí que las últimas palabras de M. André Buffet venían a ser una conclusión de nuestras conversaciones. Me había dado satisfacción completa. En la medida de lo posible en un tema parecido, el ilustre desterrado acababa de definirme la esencia de la naturaleza de la Monarquía francesa y de los principios de la próxima restauración.

Pero cuando iba a decir adiós al jardín del Faubourg Saint-Gilles, M. André Buffet me evocó un triste recuerdo, el recuerdo de su padre. El ilustre presidente de la Asamblea Nacional fué para su hijo, en los días de su mocedad, maestro en los primeros elementos de la ciencia política. Una expresiva y triste frase que aquel gran ciudadano gustaba de repetir en sus últimos días me parece muy propia para hacer meditar a todos los buenos franceses. Hela aquí:

"*Desde hace algún tiempo*—decía M. Buffet a su hijo—, *una duda, una duda profunda y creciente, no cesa de atormentarme. Después de tantas desdichas pasadas, frente a tantas crisis presentes y tantas otras como se preparan, llego a preguntarme si Francia podrá salvarse todavía...*"

M. André Buffet me repetía estas palabras con una voz

grave. La emoción lo detuvo. Pero reanudó en seguida con idéntico acento la trágica profecía del hombre de Estado:

"Sin embargo, creo que la salvación de Francia es aún posible. Pero he aquí la última certeza de mi vida: si Francia ha de salvarse, no la salvará más que la Monarquía."

Me despido de M. Buffet y me alejo preocupado por una coincidencia: aquel joven nacionalista de los suburbios, cuya curiosa frase sobre la Francia "amiga de la mano dura" había yo citado a M. André Buffet, este joven, digo, que acababa de convertirse a la Monarquía, me había formulado en muchas ocasiones el mismo pensamiento de M. Buffet padre en términos más crudos:

"Si la Monarquía es o no posible en Francia, yo no lo sé. Yo no sé más que una cosa: que sin la Monarquía estamos *reventados*."

Ni M. Buffet padre, ni M. Buffet hijo dijeron esta malsonante palabra. Malsonante, pero fuerte. Al bajar de la frente de los sabios al ardiente tumulto de las muchedumbres, ciertas verdades adquieren pronto peso, volumen y energía. Sólo así pueden actuar sobre la realidad.

¡Ojalá nuestras verdades se realicen lo antes posible! Porque son la última esperanza de la patria [1].

1. Permítasenos recordar aquí que el himno de los "Camelots du Roi" en 1909 empieza a dar satisfacción parcial a este voto de 1900. La verdad baja de la frente de los sabios a este cuplé relativo a la República:

Et l'on s'en f...
Et l'on s'en f...

CON EL CONDE DE LUR-SALUCES

No me pareció que tenía que esperar a terminar mis conferencias con M. André Buffet para ir a visitar a su compañero de lucha y de destierro. Gustábame, por el contrario, compartir entre el jefe del gabinete político del señor duque de Orleans y el jefe de los Comités monárquicos del Suroeste todas mis horas de discusión y de investigación política, y, así, la luz de las palabras que recogía se doblaba para mí. La mañana o la tarde transcurrían generalmente en Faubourg Saint-Gilles, pero, por la noche, me subía por unas amplias y nuevas avenidas al barrio llamado de Leopoldo, hasta el domicilio del conde Eugène de Lur-Saluces. También aquí frondosos árboles se alzan en ramilletes por entre las masas de piedra azul y de ladrillo rojo. Frescos jardines y grandes parques avizóranse al extremo de las veredas y despliegan una frondosidad verdosa sobre el horizonte. También aquí, traspuesto el dintel, el visitante francés advierte en la disposición, en la forma y en la atmósfera de todas las cosas un sentimiento y un gusto que no son belgas.

Aunque ligados por una amistad fuerte y estrecha y viviendo en una intimidad casi diaria, pocos hombres presentarán un contraste más claro que estos dos monárquicos unidos por la misma suerte. No se parecen ni por fuera ni por dentro, tan cierto es que la Monarquía francesa concilia todas las variedades del temperamento nacional.

Viendo a M. Buffet ir y venir tempestuosamente, lanzarse sobre las objeciones y llevarse por delante las opiniones ajenas como si fueran reductos, se le confiaría de buen grado el mando de un regimiento: el Regimiento de la Gascuña o del Lan-

guedoc. Tiene el tono y el aire de un militar nacido en el Sur del Loire. Pero, como ya es sabido, es de los Vosgos y abogado. En cambio, M. de Lur-Saluces, jefe de escuadrón retirado [1], tiene el porte de un filósofo y, aunque es meridional, o tal vez precisamente por ser del Mediodía, de Montesquieu, es un filósofo silencioso y concentrado. Sin melancolía ni tristeza, pero sin vanos ensueños, es un contemplativo y parece siempre absorbido por algún problema.

Pero habla sin ambages y con precisión. Los monárquicos de la Gironda recuerdan la vigorosa y sabia campaña que tuvo como resultado el segundo pacto de Burdeos. Los lectores del *Reveil Français* saben que escribe con elegancia, pureza y vigor. Lo mismo escribiendo que hablando, M. de Saluces sugiere más que dice, reserva más que indica. Con todo, si se le trata, pronto se advierte que las artes le son familiares y las ciencias le están abiertas. Apenas hay un museo de Europa, desde Atenas y Constantinopla hasta Londres y Amberes, que no haya visitado y profundizado al detalle. Otro tanto hay que decir de las bibliotecas. Le gustan los libros, creo que todos, pero sobre todo los de Historia. En Historia su gusto es apasionado y su saber erudito, pero saber agradable y sin ostentación ni aparato. Si hoy es la esperanza de cuantos soñamos en una Monarquía protectora de toda cultura superior, acaso en tiempos menos agitados que los nuestros M. de Saluces hubiera sido un simple curioso, un puro aficionado de las cosas bellas.

Pero no. Aparte la Estética, otro demonio lo posee y en todo tiempo lo hubiese influído: es la carerra militar y la vida de oficial; fueron ellas las que movieron su inteligencia a sus investigaciones de filosofía política. Este caso resulta menos excepcional de lo que podría creerse. M. de Wollmar en Alemania, Dragomiroff en Rusia y, entre nosotros, el marqués de la Tour du Pin La Charce se han visto arrastrados por el ejercicio y el hábito de la profesión militar, casi tanto como por su íntima afición, a meditar sobre los principios y las leyes de la *organización,* en los que a menudo hacen interesantes descubrimientos, porque, ateos o místicos, siguen de ordinario un método realista directamente inspirado en la experiencia.

1. Salió de la Escuela Militar a los veinte años para la campaña de 1870. Tomó parte, entre otras, en la batalla de Coulmiers.

La vida militar no da un cuadro completo de la vida de un pueblo, pero en todo momento despierta una idea exacta de la misma. Da de ella una imagen sumaria, un resumen vigoroso, significativo y elocuente; adquiérese en ella el sentido adivinador del *orden* y de sus medios más seguros. Todo lo esencial, y sólo lo esencial, del mecanismo de las sociedades se hace sensible en el movimiento y, con más razón, en el manejo de las tropas armadas. Como a ojos vistas, se perciben los porqués y los cómos, a poco que uno se aplique a ello con espíritu de continuidad y de meditación. Nada faltaba a M. de Saluces para llegar a ser un excelente teorizador político; el rigor de sus teorías se templaba anticipadamente tanto por su gusto de la acción real como por sus curiosidades y sus lecturas.

Libros en corto número, pero escogidos y reveladores, aparecen esparcidos en el salón en que M. de Saluces me recibe en la planta baja del hotelito que ocupa desde hace cinco meses. Entre montones de revistas y algunos números de *La Libre Parole,* veo *La reforma intelectual y moral de Francia* entreabierta; se la ve abundantemente señalada y tiene los márgenes llenos de notas a lápiz; este diálogo entre Ernest Renán y el conde de Lur-Saluces no carecerá de interés. Al lado, la *Introducción al positivismo,* del jesuíta Grüber, y el *Auguste Comte conservador,* de Léon Kuhn. Estas obras de libre y profana especulación se codean con otros volúmenes más pequeños—éstos, más al alcance de la mano—, que, por su formato y encuadernación, denuncian la literatura sagrada: me salta a los ojos el título de una *Imitación de Jesucristo,* recordándome que mi interlocutor es un creyente firmísimo al mismo tiempo que el espíritu más libre, aquel, entre todos los monárquicos, con el que los gentiles del nacionalismo y del socialismo se entienden mejor.

En fin, un *Código administrativo y político de Bélgica* y una copiosísima encuesta sobre *El estado independiente del Congo* demuestran que el desterrado emplea su duro ocio en ponerse al corriente de las prácticas de sus huéspedes, nuestros vecinos.

La conversación con M. de Saluces adquirió, como era natural, un sesgo muy distinto del que tuvo la sostenida con M. Buffet. Con este último mantuve el más vivaz y pintoresco de los diálogos, y culpa mía es si los lectores no lo han percibido. Aquí, en cambio, tuve una exposición precisa, concreta y encadenada como un teorema. Mi interlocutor salía al paso de todas mis preguntas. Las preveía y las contestaba, en cierto modo, como desde tiempo inmemorial, tal como pueden serlo las relaciones esenciales de las ideas y de las cosas. El sistema formaba un bloque, pero un bloque jaspeado y matizado con extrema finura.

He aquí el amplio cuadro de historia política cuyas primicias gocé al preguntar a M. de Saluces *qué es lo que era*, exacta y esencialmente, *la Monarquía.*

NATURALEZA DE LA MONARQUIA

"Sin duda, se cae en infinitos errores al discurrir sobre la naturaleza de la Monarquía. Para algunos pobres de espíritu, volver a la Monarquía consiste simplemente en instalar en el Elíseo a la persona del rey. Sustituyen a M. Loubet con Felipe VIII atribuyéndole poco más o menos las mismas funciones.

"Otros hacen a la Monarquía una injuria más grosera aún: le confían la custodia de una caja de caudales, la suya. El rey es, para ellos, el patrono y garante supremo de la Bolsa. Con este título lo invocan, a voz más bien baja, por miedo de atraer la curiosidad de los socialistas...

"Otros, en fin, y son tal vez los más, conciben la Monarquía como un salto atrás, como una galvanización de instituciones caducas, como una resurrección pura y simple del pasado.

"Pero nada de esto es cierto. Por una parte, Francia no necesita para nada un rey inoperante. Por otra, necesita algo más que un simple gendarme. Defensor natural de todo interés legítimo, un rey de Francia tiene deberes superiores.

"Su papel no puede consistir en intentar la absurda obra, que sería desastrosa si no fuera imposible, consistente en pretender forzar a un país a que reviviera su vida al revés. No cabe detener la evolución de un pueblo, lo mismo que no es posible detener la de un cuerpo vivo: el papel del poder es el de regularizarla y dirigirla sin coartarla, de modo que resulte fecunda.

"Este sería el papel de la Monarquía. El rey tendría que convertirse en el iniciador y director necesario de profundas reformas que la salvación de nuestro país exige imperiosamente.

LA BASE DE TODA REFORMA

"Tenemos que recobrarnos de un gran atraso de rutina, de error y de anarquía. Desde hace cien años no se ha emprendido seria y metódicamente reforma alguna. ¿Y por qué? Pues porque el país, durante este período, no ha tenido una base fija. Una transformación feliz y duradera no se produce más que contando con algún punto de apoyo que no cambie. Mecánicos ingeniosos podrán haber procurado corregir tal elemento defectuoso, pero, en cuanto ponían la mano en él, se desplazaban y alteraban lo mismo los otros elementos del sistema; por consiguiente, la reforma intentada no tenía otro resultado que el de extender un desorden al que precisamente se quería poner fin.

"La Monarquía es un centro fijo. No cabe compararla mejor que a uno de estos pivotes que, sin ser inmóviles, no se mueven de su sitio mientras que el resto del aparato se mueve. Cuando hayamos restablecido el pivote, la antigua evolución regular y feliz podrá reanudarse.

"*—Todos juntos, y cuando queráis reanudaremos el gran movimiento de 1789.*" Esta invitación del conde de Chambord a Francia me parece trazar el programa de la Monarquía futura.

"Por lo demás, bien se ve que, frente a la situación actual, la idea de que ha habido una equivocación, de que la revolución ha arrastrado al país a un camino equivocado y que hace falta volver al punto de partida, para rectificar el error, se abre más paso cada día entre una multitud de buenos espíritus exentos de todo prejuicio.

"¿No ha sido esta idea, o por lo menos algo parecido, la que

quiso expresar el primer número de *L'Action Française,* que enarbolaba su "ante todo, reacción"? [1].

"Sí, reacción ante todo, es decir, retorno a la bifurcación en que nos equivocamos de camino, pero para reanudar el verdadero camino del progreso continuo y de los normales desenvolvimientos, no para volverse atrás ni retornar al pasado.

ALGUNOS INDICIOS HISTÓRICOS

"De hecho, el pivote real ha sido lo que durante ocho siglos ha permitido la duración de Francia. Apoyados en la Monarquía, nuestros padres dominaron las dificultades más graves y las más agudas crisis: la Monarquía hacía posible la solución, lo mismo si se trataba de problemas religiosos, como en las guerras de religión, o de problemas políticos, como en la guerra de los Cien años.

"La historia, nótese que digo la *historia,* de Juana de Arco, en aquello que tiene de más auténtico, confirma esta idea. Yo no sé si usted ve en la historia de Juana de Arco un hecho milagroso. Para mí lo sobrenatural es patente en ella. Pero, milagrosa o no, natural o sobrenatural, es una historia monárquica. La Monarquía fué el centro normal, constante y hasta único de la misión (diga usted función, si lo prefiere) de Juana de Arco. Vese en ella *la solución de una gran crisis francesa por medio de la Monarquía.*

"El patriotismo de Juana de Arco es monarquismo. Una vez que ha logrado hacer consagrar a Carlos VII en Reims, considera como terminada su carrera. Pero ¿cuál había sido su primer cuidado desde el momento en que llegó a Bourges? Reconocer y designar "al verdadero rey". Fueron sus propias palabras. Se comprende que, luego que el gentil Delfín quedó señalado a sus pueblos en virtud de la unción, Santa Juana quisiera retirarse. Y, en efecto, ya sin ella, la Monarquía reconstituída reconquistó poco a poco a Francia y bajo Carlos VII y sus sucesores no cesó de fortificarla y engrandecerla."

1. *Action Française* de 1 de agosto de 1899.

LA REVOLUCIÓN

Pero, previendo una objeción, M. de Lur-Saluces se anticipa:

"Confieso que Luis XVI ha sido el primero y el único de su estirpe que no estuvo a la altura de las circunstancias y, si el rey mártir no hubiera pagado esta culpa con su propia sangre, diría que en 1789 la autoridad política sufrió un culpable eclipse. Cuando Mirabeau gritaba no sé qué especie de equivalente a aquel apóstrofe que la leyenda le atribuye: "...*No saldremos de esto más que por la fuerza de las bayonetas*", se asegura que se volvió a sus vecinos y les dijo en voz baja: "*Pero hace falta que las bayonetas vengan: ¡estamos... perdidos!*

"Y es verdaderamente sensible que las bayonetas no salieran en aquel momento. El poder real flaqueó en sus prerrogativas naturales. Y, una vez herida la Monarquía, lo que era un feliz y tranquilo movimiento de reformas perdió su natural pivote, se desvió, se hizo anárquico y revolucionario. En virtud de la Constitución del año VIII, en la que Bonaparte condensó todo el jacobinismo, la Revolución desembocó exactamente en lo que más se oponía a los anhelos que la inspiraron, en este abominable cesarismo administrativo, gobierno anónimo e irresponsable, que ha originado en Francia estos dos órdenes de decadencia:

"El rebajamiento, la debilitación y la eliminación final del ciudadano.

"El rebajamiento, la debilitación y la desorganización final del Estado.

LIBERTAD, AUTORIDAD, RESPONSABILIDAD

"Estos dos órdenes de decadencia originados por la Revolución tienen como causa próxima el instrumento revolucionario por excelencia: *la centralización.* Centralizar consiste (cualquiera que sea el nombre que se le dé) en cargar en el poder central toda la responsabilidad, y, para hacer frente a ella, el poder necesita absorber todas las libertades y reclamar para

él toda la autoridad, ya que las tres cosas van juntas: autoridad, libertad y responsabilidad son términos que representan los diferentes aspectos de una realidad, las diversas relaciones de una misma idea.

"La antigua Monarquía tuvo excusa en buscar en la centralización una fuerza que creyó indispensable para luchar contra la poderosa Casa de Austria en el exterior y, en el interior, contra las facciones políticas y religiosas que destrozaban al país. Pero la Monarquía se dió perfecta cuenta de que había ido demasiado lejos en este camino; el rey Luis XVI juzgó necesario descargar al poder real de una parte de las responsabilidades que lo aplastaban y pretendió hacer revivir antiguos organismos que tendían a atrofiarse, de modo que pudiera transmitirles, con una parte de responsabilidad, la parte correspondiente de autoridad y de libertad. No hay duda de que, al provocar la reunión de la Asamblea de los notables, su objetivo era hacer revivir las antiguas provincias y devolverles su función de antaño en el gobierno del país.

"En la descripción, tan llena de encantos y de finas y profundas observaciones, que M. Maurice Barrès nos ha hecho del Valle del Mosela, no ha dejado de hacer notar los indicios que halló en Lorena de este ensayo de reconstitución. "Saint-Phlin podría añadir—dice—que las ideas nacionales tuvieron un intento de reanimación de 1786 a 1789: esta pequeña nación mal informada esperó un gobierno indígena por medio de *una asamblea provincial*" (*L'Appel au soldat*).

LA CENTRALIZACIÓN, ENEMIGA DEL PODER CENTRAL

"Cuando la revolución pudo operar las reformas necesarias, por el contrario, agravó el mal haciendo desaparecer los últimos vestigios de la organización—provincias, asociaciones, etcétera—, confiscando en provecho del poder central toda autoridad y libertad, pero asumiendo por esto mismo toda la responsabilidad, con lo que la revolución debilitó el poder central, lejos de fortificarlo. Aquel funesto presente fué la causa de la inestabilidad de que ha sufrido el poder central durante el siglo XIX.

"Desde hace cien años, el poder central se halla en la situación de un atleta que levanta un peso muy fuerte y que lo sostiene a brazo alzado hasta el momento en que, fallándole los músculos, vese obligado a dejarlo caer. El poder central ha dejado caer a menudo su carga. Esto ha ocurrido, hasta 1870, cada quince o dieciocho años, y, desde que estamos bajo la República, ocurre cada ocho o nueve meses. No son ya revoluciones, sino simples caídas de Ministerio. Estos reiterados cambios dentro del régimen actual parecen menos importantes y menos trágicos que antaño, en razón de que el ser que sostiene el peso de las responsabilidades es ficticio e impersonal, lo que equivale a decir que sus responsabilidades son ilusorias y que, de hecho, estamos viviendo en pura anarquía.

"Parece que hasta aquí no nos hayamos dado bien cuenta de los términos del problema que hay que resolver. Ora so pretexto de defender la libertad, ora para devolver al país la seguridad y el orden, lo único que se ha hecho ha sido complicar de una manera más o menos hábil los engranajes del poder central, ya con el designio de entorpecer su acción, ya, por el contrario, buscando el hacerla más eficaz, y así es como, en estado de perpetua inestabilidad, no acabamos de oscilar entre la anarquía y la tiranía. No se ha comprendido que importaba menos el desplegar talentos de sutil relojero en la confección del mecanismo del poder central, que el descargarlo del formidable peso de responsabilidades que, de todos modos, era el único en llevar y bajo el que acababa siempre por sucumbir. No se ha visto que era preciso dejarle la parte que le correspondía y repartir el resto sobre otros hombros... Hay que tener bien en cuenta que la duración del antiguo régimen debióse a la descentralización: el feudalismo; los municipios, luego; después, las corporaciones religiosas, obreras y de otras clases, las universidades y los parlamentos fueron otros tantos organismos medianeros entre el poder central y el individuo y que tenían su parte de responsabilidad y de libertad.

"Se dirá, sin duda, que quiero volver a un orden de cosas hoy desaparecido. Hay que anticiparse a las objeciones, incluso a las más tontas. Es indiscutible que las antiguas instituciones tuvieron antaño su razón de ser; desempeñaron entonces un papel útil, por cuanto correspondían a las condiciones de la

existencia social y a las ideas y las necesidades del tiempo. Pero no porque una cosa haya funcionado bien una vez, hay que querer restablecerla. No hay fusil que haya proporcionado más victorias que el fusil de piedra, y, a pesar de ello, no se le ocurrirá a nadie dárselo a la infantería francesa y quitarle sus Lebels. Pero hará falta, en cambio, dejarle un fusil, y de análogo modo es menester dejar que, en lugar de los antiguos organismos que facilitaron la descentralización, se formen otros adecuados a las necesidades actuales y que la faciliten a su vez.

CENTRALIZACIÓN MILITAR

"Nótese, con todo, que en la antigua organización había un grave elemento de desorden. Cada uno de estos organismos particulares (señor feudal, municipio, corporación y hasta abadía) disponía en cierta medida de fuerza militar, de lo que se derivaban guerras interiores harto frecuentes.

"La fuerza militar debe hallarse enteramente en manos del soberano: hay en esto un género de responsabilidad que él tiene que reservarse. Tiene que conservar bajo su sola autoridad el ejército del país. Sólo él tendrá la iniciativa del empleo que debe dársele. En realidad, como los alemanes dicen, "el rey debe ser el jefe de guerra". El Ejército es entre sus manos como una potente espada con la que protege al país del enemigo de fuera y defiende en el interior los derechos y la libertad de todos.

DESCENTRALIZACIÓN PARA LO DEMÁS

"Exceptuado el orden militar, todos los grados de todos los órdenes de la jerarquía política, administrativa, jurídica y civil deben descentralizarse, es decir, implicar una cierta suma de libertad (con relación al poder), de autoridad (con relación al público) y de responsabilidad (con relación a uno y otro).

"Los diversos órganos, de creación más o menos espontánea, que se escalonen entre el poder central y los individuos deben funcionar bajo una *vigilancia* más que *bajo una dirección* y dar la medida de su utilidad y su actividad bienhechoras más por los resultados que de ellos se obtengan que por su docilidad y su ciega sumisión a las circulares emanadas de arriba. Yo estimo que la solución del problema de la alianza de la autoridad y la libertad debe buscarse en este equitativo reparto de las responsabilidades. Se sorprenderá usted tal vez si le digo que he sacado esta concepción del estado político y social de un país de mis experiencias militares. ¡Tan cierto es que el mismo Ejército, elemento centralizador y centralizado por excelencia, puede suscitar, desde ciertos puntos de vista, la idea clara de la descentralización!

"¿Cuál es el Ejército en donde la autoridad tiene más fuerza o es menos discutida? Sin duda, el ejército prusiano. ¡Pues bien!: estudie usted los principios sobre los que se basa su admirable organización y se convencerá de que este Ejército tan fuerte y tan disciplinado es el más descentralizado de todos. Su cuerpo de oficiales es, en cierto modo, autónomo y se recluta a sí mismo, y, a mayor abundamiento, en todos los grados del mando, cada oficial tiene su parte de responsabilidad con la parte correspondiente de autoridad e iniciativa, palabra que en el lenguaje militar sustituye la de libertad. Si no temiera alargar desmesuradamente esta conversación, me sería fácil mostrar con ejemplos el equilibrio, la fuerza y, al mismo tiempo, la elasticidad que da a las instituciones militares de Prusia la aplicación de semejante principio. Ahora se han decidido, en una medida harto restringida todavía, a introducirlo en el Ejército francés, y, ciertamente, esta es la más fecunda de todas las imitaciones que nos hemos creído en el caso de hacer de nuestros vecinos desde 1870. Un simple capitán es responsable de su compañía y de su escuadrón. Lo administra y lo instruye según sus ideas: lo único que se le pide es el buen resultado. Yo sé muy bien, por experiencia, hasta qué punto semejante sistema desarrolla en los oficiales el espíritu de iniciativa. Igualmente fortalece entre la tropa la disciplina y el espíritu de cuerpo.

"¿Y por qué este sistema, que resulta excelente en la vida militar, no iba a ampliarse a los servicios públicos? Cuando las responsabilidades estuvieran mejor establecidas, la autoridad

se haría más activa, de lo que se seguirían, de modo espontáneo, no pocos progresos: nuestros engranajes mejorarían con una simplificación que todas las Comisiones parlamentarias del mundo y todos los Gabinetes ministeriales no pueden ni imaginar.

"Tomemos por ejemplo la Universidad. ¿No cree usted que le interesaría mucho verse emancipada de la tutela administrativa, recobrar su autonomía y hasta dejar crecer a su lado otras Universidades con derechos equivalentes a los suyos, es decir, otros tantos organismos con la responsabilidad de la instrucción en Francia, con la libertad de escoger sus programas y sus métodos y la autoridad necesaria para imponerlos e imponer las sanciones que hicieran falta?

ABOLICIÓN DE REGLAMENTACIONES Y SECCIONAMIENTOS.—DESTRUCCIONES NECESARIAS

"Al mismo tiempo que se acabe con la reglamentación uniforme, brutal y anónima y que se la sustituya por un juego de libertades, de autoridad y de responsabilidades vivas, habrá que librar a Francia del seccionamiento contra natura que entorpece sus movimientos. ¡Fuera la cuadrícula arbitraria y simétrica! Lo vivo no es simétrico; lo natural es siempre variado. Por lo demás, esta variedad y esta carencia de simetría no excluyen el orden: pruébalo la misma naturaleza, en que tan admirablemente se muestra. Si una mujer se ahoga, el primer cuidado del médico es aflojarle el corsé; rigurosamente enconsertada por las instituciones consulares, Francia necesita poder respirar. Pues las instituciones de la Corona significan el rompimiento de este aparato compresivo. Sustituirán las circunscripciones arbitrarias con circunscripciones naturales, aquellas que marcan la naturaleza del país y el carácter permanente de sus moradores.

"Hay muchos descentralizadores que sólo piensan en aumentar el poder de los prefectos, sin imponer a éstos el menor aumento de responsabilidad. Otros no tienden más que a hacer desaparecer aquí y allá pequeños órganos de transmisión que juzgan inútiles, dejando, en cambio, subsistir el mecanismo

de la vieja ortopedia. La Monarquía francesa será menos timorata.

"Hay que suprimir los departamentos, porque casi ninguno responde a nada real. Hay que substituírlos con regiones mucho más vastas. No faltarán tontos que digan que pretendemos resucitar las antiguas provincias. Cierto es que, si en algún sitio los intereses antiguos y los nuevos coinciden, donde la forma del territorio, la ley de las relaciones y el trazado de los caminos producen un conjunto que coincida con la delimitación del antiguo régimen, no habría razón para oponerse por ningún apriorismo a esta concordancia histórica. Si todavía existen una Bretaña, una Provenza, una Borgoña y una Normandía, trataremos a estas provincias lo mismo que a las otras reconociendo su existencia, ya que ¿a qué razón violar, en su daño, el derecho natural?

"Pero, cuando se presente el caso, nos atendremos a lo contrario; estamos dispuestísimos a ello. Los ferrocarriles han creado naturalmente nuevos centros, nuevas regiones; y cien años de rebeldía sistemática contra la naturaleza de las cosas habrán servido por lo menos para enseñar a Francia que no se debe mutilar la realidad. La sumisión a las realidades que comprueban la estadística y la geografía se impone a cualquier política tradicional y, por consiguiente, a la monárquica. Esta destruirá lo artificial, lo ficticio, y resucitará lo natural y lo eterno.

LAS COMARCAS DE FRANCIA

"Al libertar, por segunda vez, los municipios, al constituir grandes regiones, la Monarquía tampoco podrá desdeñar estas naturales y admirables subdivisiones de las provincias, que constituían antaño las comarcas y que han sobrevivido más o menos en todas partes: Quercy, Limagne, Agenais, Médoc, Bigorre, Armagnac, etc. Me dice usted que un geógrafo de gran distinción, que, por lo demás, es enemigo nuestro en política, M. Foncin, inspector general de la Universidad, ha hecho una ardida e ingeniosa defensa de la división por comarcas; él

podrá defenderse y hacer todas las reservas que quiera, pero lo que en este sentido enseña M. Foncin va directamente contra la destructora obra revolucionaria.

"Opone al compás democrático e igualitario del Consulado, la constitución real de la patria, que es exactamente lo que nosotros hacemos por nuestro lado. Por consiguiente, de corazón y de pensamiento, ya que no de voluntad, M. Foncin está con nosotros. Está con nosotros a pesar suyo; en cambio, a nosotros no nos cuesta nada darle nuestra aprobación: los monárquicos consideramos como una obligación y un placer el no distinguir a los hombres por el color de sus ideas; aplaudimos a todos los buenos servidores del país, y donde vemos el mérito allí vamos a buscarlo. Como ha dicho el señor duque de Orleans en su discurso de York House: *"Todo lo nacional es nuestro; no tenemos por qué temer ningún concurso, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde venga."*

"Una Francia así dividida naturalmente, tendría unos administradores designados naturalmente tanto a la elección del soberano como a la del sufragio popular. Según observaba el constituyente Thouret, "un plan de división de un gran imperio equivale casi por sí solo a una Constitución." Los intereses de cada región tendrían más fuerza que las intrigas de una Corte o que los caprichos de un pueblo. Ellos designarían sus representantes útiles y sus delegados competentes. Pero la responsabilidad inherente al cargo de cada uno, una vez bien definida, permitiría que los abusos y las culpas fuesen reprimidos con certeza y rigor tanto por parte del pueblo como por parte del rey.

METÓDICA PRUDENCIA EN LAS MUTACIONES

"Esto quiere decir que los nuevos organismos que deben crearse no han de nacer de la improvisación de un decreto, sino que han de ser obra de las fuerzas vivas del país, vueltas a su libertad de acción, de tal modo que *la función venga por sí misma a crear el órgano.* De modo que la obra de un Gobierno reformador no se concibe como se concibe la de una asamblea de políticos trascendentes reunidos alrededor de un tapete verde y que forjan en el papel y de primera intención, casi en sus menores detalles, la Constitución destinada a hacer la eterna felicidad del país. Mejor nos representamos esta obra como la de un soberano que sigue atentamente y a diario el trabajo espontáneo de las fuerzas del país y, a medida que ve crearse y tomar consistencia a los nuevos organismos, les va entregando poco a poco su parte de autoridad, de libertad y de responsabilidad, limitándose desde aquel momento a vigilar el uso que de ellas hacen y a corregir los descarríos posibles.

LAS ASOCIACIONES

"Se ha dicho a menudo que al francés le importa mucho más la igualdad que la libertad, y yo no creo que se le pueda inferir mayor injuria. Si no gusta o no aprecia la libertad, tal vez no sea más que por temor de la responsabilidad, sentimiento que no es muy atractivo, por cierto.

Y, con todo, es muy excusable. En el estado de aislamiento a que le reduce el individualismo revolucionario, se siente demasiado perdido en medio de los hombres y demasiado débil para asumir ninguna responsabilidad seria. Para devolverle la afición a responder de sí mismo, hay que poner a su disposición una fuerza poderosa y yo creo que la asociación puede darle una fuerza de esta clase. Cuanto más libertad y, por consiguiente, más poder se dé a las asociaciones, más probabilidades tendrá la iniciativa del ciudadano de desenvolverse y afinarse. De este modo *"la constitución voluntaria y regulada de corporaciones libres se convertiría en uno de los elementos más poderosos de orden y armonía social"*. Esta observación es del conde de Chambord, el cual añadía: *"Las corporaciones podrían tener parte en la organización del Municipio y ser una de las bases del sufragio."* Fíjese usted en que estas instrucciones del conde de Chambord datan del 20 de abril de 1865. Todos los franceses reformadores y los que fingen serlo, incluídos M. Waldeck-Rousseau en sus *Cuestiones sociales* y su joven secretario, M. J. Paul-Boncour[1], en su *Fede-*

1. M. Paul-Boncour ha publicado después, en colaboración con el

ralismo económico, plagian antiguas concepciones del conde de Chambord. No ha habido príncipe peor conocido que éste: pasó por un anticuado y se anticipaba en cuarenta años a sus contemporáneos.

"Nadie puede olvidar tampoco que el conde de París hizo de la asociación el objeto de sus meditaciones preferidas. Recuerde usted sus trabajos sobre la libertad de asociación y las Trade Union inglesas. También él se anticipaba a su tiempo. Por lo que hace al señor duque de Orleans, en varias circunstancias, y sobre todo en su último discurso de York House, ha afirmado la completa conformidad de sus ideas con las de sus augustos predecesores. ¡Qué lúcida previsión la de todos estos príncipes de la Casa de Francia! Estaban designados para volver a ser los padres de la patria. Su pensamiento se iba naturalmente a las cuestiones más delicadas, aun antes de plantearse en el espíritu público.

REORGANIZACIÓN DE LAS FAMILIAS FRANCESAS

"En el orden natural (que yo llamo plan divino), la familia es la primera entre todas las asociaciones, la más directa, la menos artificial y la que menos depende del capricho de los hombres. Con todo, la familia francesa ha sufrido mucho del régimen anárquico que la Revolución le asignara, y la misma Francia ha sufrido mucho por falta de una buena constitución de la familia. La Corona restablecerá necesariamente en ella el triple uso de la libertad, la autoridad y la responsabilidad, sin el que nuestra estirpe está amenazada de caer en una terrible debilitación.

LAS FAMILIAS Y LA TRADICIÓN

"La familia puede considerarse como el vehículo natural de la tradición. Cuando está sólidamente constituída, lo que

autor de la *Encuesta sobre la Monarquía,* una interesantísima colección de textos titulada *La República y la descentralización.* (Nota de 1909.) *La República y la descentralización* ha sido reeditada en 1924 por la *Nouvelle Librairie Nationale* (un volumen en 16.º). (*Nota del editor.*)

un hombre haya podido hacer de útil no muere con él, sino que se transmite con la sangre y el nombre a su descendencia. El fruto de antiguos esfuerzos, unido al esfuerzo actual, hace éste más eficaz y afortunado, de lo que se deriva para el bien público un gran provecho. Todas las cosas adquieren así un gran aire de solidez y de fuerza. La tradición viva se convierte entonces, según la bella expresión de un gran escritor monárquico, M. Paul Bourget, en "*ese genio de la perduración que asienta lo que es sobre todo lo que fué*". En otros términos: lo mismo que en la caída de los cuerpos, se produce una adición creciente, una aceleración continua. Las fuerzas reunidas en un instante dado se aumentan con todas las fuerzas acumuladas durante los instantes que lo precedieron.

"Para hacer sensible la bienhechora acción de la transmisión hereditaria, echad cuenta de lo que ocurre cuando llega a faltar: los cuerpos políticos pasan de un período de actividad a una crisis de esterilidad. Como en el ingenioso mecanismo de Atwood, una vez quitado este acelerador, el movimiento, de acelerado que era, se hace uniforme, es decir, una simple manifestación de la inercia: la pieza motriz podría continuar su curso durante eternidades, que este tiempo infinito no añadiría para nada el menor átomo de energía a su movimiento que duraría y se desarrollaría sin ganar nada.

"En el principio de transmisión hereditaria hay un elemento de aceleración metódica que permite a las fuerzas humanas producir, sin desperdiciar nada, sus mayores resultados. Francia sería insensata si no supiese añadir a su trabajo actual todo el esfuerzo capitalizado de los franceses de antaño. Es menester que las familias vuelvan a ser aptas para merecer y desmerecer lo mismo que los individuos.

LA IGUALDAD EN FRANCIA

Se objeta una vez más a estas verdades que son inaplicables porque el francés—aseguran—es igualitario. Pero ¿lo es tanto como todo esto? ¿Lo es tanto como para ir contra su conveniencia y contra la conveniencia pública? Yo no veo que los franceses sean igualitarios en la trasmisión de los patrimo-

nios materiales. Admiten las desigualdades hereditarias de la fortuna: ¿por qué no han de admitir que una herencia de honor y consideración conquistada en el servicio del país cree otras semejantes y hasta más legítimas?

"Hasta voy más lejos. Los franceses de hoy se lamentan de que el dinero lo sea todo, pero ello es la consecuencia de un régimen de igualdad democrática en el que el dinero necesariamente tiene que ser amo absoluto. Mientras no se llegue a realizar la quimera del reparto igualitario de la riqueza, sólo el dinero continuará diferenciando a los hombres entre sí. Todo se compra, hasta el talento y la gloria. Hay un solo poder capaz de equilibrar el poder del dinero, y es el que no tenga su origen en él, el que sea de orden moral y no de orden material. Al lado de las herencias materiales que dependen de la naturaleza, reconozca la ley las herencias morales que la naturaleza sabe también constituir, y pronto Turcaret, ya sea de Israel o de Judá, encontrará la horma de su zapato.

UNA GRAN HERENCIA PERDIDA

Para que se me entienda mejor, me serviré de un brillante ejemplo: el del teniente coronel Marchand. Es evidente que este joven oficial se ha portado como un caballero, en toda la fuerza de la expresión. Es certísimo, pues, que los hijos de Marchand, si los tuviera, serían posesores, al mismo tiempo que de la casa y las fincas de su padre, de un patrimonio moral de incomparable valor. Pues la ley francesa registrará la herencia material de los hijos de Marchand, pero no tendrá para nada en cuenta el otro patrimonio superior: dejará que se borre y se desvanezca. Legalmente, nada distinguirá a los hijos del héroe de los demás ciudadanos, bastantes en número, que llevan en Francia el nombre de Marchand; por consiguiente, éste habrá conquistado en vano un sólido título de gloria: la ley francesa lo desconoce. Supone gratuitamente que el honor es algo absolutamente personal. Desconoce la verdad psicológica de que los hechos gloriosos del padre espolean a los hijos a no mostrarse indignos de él...

"La Monarquía hubiera creado a Marchand conde o barón, y este título nobiliario daría, en algún modo, forma tangible a esta herencia de honor asegurándola a la descendencia del Africano durante una serie de generaciones, salvo el caso improbable, pero posible, de demérito. Entre todos los privilegios de la nobleza, sólo uno es esencial, y no consiste más que en tener más deberes que los otros ciudadanos. Todos los demás privilegios son accesorios y, por así decirlo, superfluos. Sin aquél, no hay nobleza. "Nobleza obliga", se decía antaño. ¿No resulta urgente el reorganizar este privilegio de asumir tan noble obligación y no advertirán todos que hay en este sentimiento una fuerza preciosa para el país?

"Sería un crimen privarle de ella.

NOBLEZA ABIERTA

"Concebida de este modo, la nobleza debe ser una institución abierta. Abierta a todos. Constantemente se renueva: si una estirpe viene a menos, se reabsorbe y desaparece. El patrimonio honorífico se disipa como otro patrimonio cualquiera: es menester un esfuerzo para sostenerlo; un gran título mal sostenido es una vergüenza. Pero cuando, por el contrario, una sangre fecunda afirma en un hombre cualquiera una fuerza de originalidad creadora, desinteresada y generosa, entonces la ley o, mejor dicho, el rey, ley viviente, reconoce y sienta el hecho entregando, como una estampilla, la carta de ennoblecimiento.

"Cuanto a la nobleza de origen fiscal, la nobleza comprada, es una broma indigna, una torpe imitación de la auténtica, cuyo principio niega, aun cuando trata de usurparlo. La nobleza no se compra; se crea a sí misma, y el poder real se limita a reconocerla una vez creada. ¿Acaso la nobleza del Imperio no existía ya antes de que Napoleón le diera sus títulos? ¿Qué otra cosa hizo éste sino reconocer y consagrar su existencia bautizándola con el nombre mismo de las victorias que había conseguido?

"Ya usted ve: aun en esto, la política monárquica no fuerza los hechos; limítase a dejar que la naturaleza obre.

LIBERTAD DEL JEFE DE FAMILIA

"Puesto que hemos hablado de la familia, permítame usted que le haga ver en los ataques que ha sufrido a partir de la Revolución una prueba más de la estrecha solidaridad que existe entre esas tres ideas de autoridad, responsabilidad y libertad. ¿De qué modo—y desde el comienzo—se ha realizado el ataque a este organismo esencial de la sociedad: la familia? Pues disminuyendo las *responsabilidades* de su jefe, limitándolas a la duración de su existencia y obligándole a deshacer a la hora de su muerte la obra de su vida. Para ello ha hecho falta arrebatarle una *libertad*: la de testar, es decir, de disponer de sus bienes a su arbitrio o para el mejor provecho de los intereses de la familia cuya carga tuvo encomendada; con lo que, al mismo tiempo, se ha disminuído su *autoridad* libertando a los hijos del temor de desmerecer.

"Evidentemente, yo no pretendo que se impida a nadie el repartir por igual su patrimonio entre sus descendientes, pero sí quisiera que se permitiese a los partidarios de la partición desigual el testar según su manera de entender los deberes paternales. Creo funesta la partición igualitaria. La Historia enseña que, cuando los ingleses quisieron debilitar a Irlanda o destruir las riquezas de los colonos franceses de Bourbón, les impusieron el sistema establecido por el Código Napoleón, pero se guardaron muy bien de aplicarlo en su país. Nuestros conciudadanos harían muy discretamente si meditaran sobre este punto. El papel de la Corona no podría consistir en imponerles un sistema, pero no hay duda de que hará todo lo posible para ilustrarlos y para dar a los más advertidos las facilidades necesarias. Ya usted ve que, como siempre, nos parece que el remedio consiste, no en la compresión, sino en la libertad.

"Pero todavía se ha cometido un atentado más grave contra la familia. Se ha tratado de arrebatar al jefe una *responsabilidad* que le era más propia que otra ninguna: la de la educación de los hijos; para ello, se le ha privado de una libertad, la de escoger a los maestros a quienes él quisiera encomendarla, con lo que otra vez su autoridad se ha visto grandemente empequeñecida.

"La Monarquía devolverá al jefe de familia, junto con la libertad de testar, o los equivalentes de la misma, el derecho correspondiente a su deber de educador. Este es sagrado y en tal esfera debe reinar la más completa libertad. Acaso aun llegue a convenir que el Estado renuncie en favor de los Municipios a una parte de sus establecimientos de instrucción primaria. La ley belga dispone que haya en cada Municipio una escuela por lo menos y deja a los Municipios completamente dueños de escoger y organizar la escuela a su gusto, pero, como es debido, bajo su responsabilidad.

CONCLUSIÓN

"Ninguna autoridad sobre los ciudadanos sin una libertad equivalente con relación al poder central, pero nada de libertad sin una suma de responsabilidad equivalente a ella. Tal es la norma que el buen sentido, la tradición y la ciencia política habrán de imponer a los reorganizadores, cualesquiera que sean, del nuevo reino de Francia. A través de esta norma, cabe hacer posibles todas las condiciones que el bien común requiere. Sin ellas, no veo ni puedo ver nada más que una miserable anarquía."

No añadiré una sola palabra, no trazaré una sola línea de explicación. Algunos ciudadanos franceses, no aventureros en busca de una circunscripción a la que manejar, sino unos ciudadanos preocupados tan sólo del bien público y a los cuales yo ensalzaba las excelencias de la Monarquía, me preguntaban: —Pero ¿qué es la Monarquía?— Yo fuí a preguntárselo a quien tenía títulos para contestar a la pregunta. Nuestros dos desterrados, uno tras otro, lo han hecho. Uno tras otro han ilustrado su definición de la Monarquía nacional. Yo la he traído aquí textualmente y me he esforzado cuanto he podido para ponerla al alcance de todos aquellos a quienes interesa, es decir, al común de los buenos ciudadanos.

Acaso esta selección ciudadana a la que yo quería ofre-

cer la encuesta sobre la Monarquía nos diga lo que piensa de esta pregunta que desde ahora se plantea ante ella:

La institución de una Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿es o no de salud pública?

FIN DEL LIBRO PRIMERO

CARTA DEL

SEÑOR DUQUE DE ORLEANS

AL AUTOR DE

LA ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA

Marienbad, 18 agosto 1900.

Mi querido Maurras:

Con el interés más vivo he seguido su "Encuesta sobre la Monarquía" y las declaraciones que le han hecho Buffet y Lur-Saluces.

Todos mis amigos pueden diferir sobre matices de opinión o interpretaciones de las reformas indispensables; están en su derecho; pero lo que de hoy en adelante quedará sentado es la profunda unidad de la concepción monárquica, esencialmente reformadora. Reformar para conservar: este es todo mi programa.

No he de pronunciarme sobre el detalle. Un príncipe que tuviera la pretensión de regularlo por anticipado, sería bien poca cosa. Pero un príncipe que no se declarara sobre los principios, no sería nada.

Me he explicado ya sobre algunas cuestiones esenciales a la vitalidad del país. He defendido al Ejército, honor y salvaguardia de Francia. He denunciado el cosmopolitismo judío y francmasón, perdición y deshonra del país.

Pero hay otras cuestiones sobre las que los franceses tienen derecho a pedirme una declaración neta y categórica. Cuéntase entre ellas la más obsesionante para usted: la descentralización.

¡La descentralización! Es la economía y la libertad; es el mejor contrapeso, al mismo tiempo que la más sólida defensa, de la autoridad. De ella, pues, dependen el porvenir y la salvación de Francia. Ningún poder débil sería capaz de descentralizar. Apoyado en el Ejército nacional, constituyendo por mí mismo un poder central enérgico y fuerte en cuanto tradicional, soy el único capacitado para resucitar la vida espontánea

en la ciudad y en el campo y para librar a Francia de la opresión administrativa que la ahoga.

La descentralización depende en parte del poder real y del sentimiento que la anime, así como de la dirección que el rey pueda imprimir por sí mismo, pero es también un problema de organización política y geográfica. Voy a dedicar a este punto la preferencia en mis meditaciones. La cuestión será sometida inmediatamente a estudio, con la firme voluntad no sólo de llegar a buen término, sino de llegar a él rápidamente. Quiero que entretanto se sepa.

Y créame, mi querido Maurras,

su muy affmo.,

FELIPE

EL SEGUNDO LIBRO

DE

LA ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA

(LAS RESPUESTAS)

El segundo libro de la "Encuesta", en su primitiva edición, tenía los siguientes epígrafes que reproducimos como otros tantos documentos útiles para indicar la orientación de la obra.

"Vuelvo a abrir mi carta para felicitar a usted por los comienzos de la *Encuesta.* ¡Esto es alta política! No sabrá usted nunca lo que fué el conde de París y qué rey hubiera sido. El príncipe no tuvo tantos adversarios más que a causa de su superioridad. Se le calumnió sistemáticamente como se calumnia hoy al duque de Orleans, como se calumnió a Luis XVI, como se calumnió a Luis XVIII y después a Carlos X y después al conde de Chambord.

"No hemos defendido lo bastante a nuestros príncipes. Usted lo hace, y hace usted muy bien."

(Carta de PAUL BOURGET al autor de la *Encuesta*, de 1.º de agosto de 1900.)

Axioma elemental de la sociología estática: la sociedad humana se compone de familias y no de individuos.

AUGUSTE COMTE

El principio de la elección aplicado a todo, es falso: Francia se desengañará de él.

BALZAC

¿Creerá usted que en la fiebre de los primeros días me sentí casi legitimista y que todavía me siento muy tentado de declararme tal si se me demuestra bien que la trasmisión hereditaria del poder es él único medio de escapar al cesarismo, consecuencia fatal de la democracia tal como se la entiende en Francia?

RENÁN

(Carta de 14 de enero de 1852 sobre el golpe de Estado.)

La Monarquía nos muestra "una nación concentrada en un individuo o, si se prefiere, en una familia y alcanzando por este medio el más alto grado de conciencia nacional, ya que ninguna conciencia puede igualarse a la que dimana de un cerebro".

RENAN (Diálogos filosóficos)

Y allí, en el caos de las razas mezcladas y de las sociedades que crujían, hubo un hombre que por su ascendiente supo reunir alrededor de él un grupo de fieles, arrojar a los extranjeros, domeñar a los malhechores, restablecer la seguridad, restaurar la agricultura, fundar la patria y que transmitió como una propiedad, a sus descendientes su oficio de "Justicia" hereditario y de general nato. En virtud de esta delegación permanente, queda sustraído a las competencias un gran oficio público, vinculado en una familia y secuestrado en unas manos seguras; en adelante, la nación poseerá un centro vivo y cada derecho hallará un protector visible.

TAINE (*Orígenes de la Francia contemporánea*)

La unidad nacional se mantendrá merced a la herencia de la función suprema...

La función del jefe del Estado es hereditaria de varón a varón por orden de primogenitura.

LOUIS VEUILLOT

Se cometió alegremente la torpeza capital de someter a la masa la cuestión que es menos capaz de resolver: la cuestión de la forma de gobierno y la elección de soberano. El párvulo de diez años a quien imprudentemente se habían concedido los derechos de la mayoría de edad, empezó a hacer tonterías. ¿Quién podía sorprenderse? Se le pedía discernimiento a esa turba que en un día mismo es capaz de mostrarse sensible al charlatanismo más grosero y acoger tontamente todas las calumnias. Pensaban que una nación puede estar dotada de un cerebro permanente sin una dinastía. De aquí una lamentable disminución de la razón central; el "*sensorium commune*" de la nación quedó reducido a casi nada.

Con preciosas cualidades de valor, de generosidad, de elevación, la mejor dotada de las naciones, si ha dejado rebajar demasiado su centro de gravedad intelectual y moral, vive teniendo sus destinos pendientes del capricho de una opinión media inferior a los alcances del soberano más mediocre llamado al trono por el azar de la herencia.

RENÁN (*Discurso de la Academia,* 1889.)

La *Encuesta sobre la Monarquía* comprende dos partes distintas [1].

I

En la parte primera, se plantea y se resuelve esta pregunta:

—¿Qué es la Monarquía?

La cuestión, de importancia demasiado grande para dejarla abandonada al juicio particular, ha sido sometida a los dos

1. La publicación de la *Encuesta sobre la Monarquía* en la *Gazette de France* se escalona de fines de julio a mediados de noviembre de 1900.

franceses que, por sus funciones, y asimismo por su condición de proscritos, ocupan los primeros puestos cerca del jefe de la Casa de Francia. Condenados a diez años de destierro por un tribunal compuesto de masones, de judíos y de protestantes, André Buffet y Lur-Saluces merecieron esta pena, con el honor que comporta, por su fidelidad a la causa de la Monarquía.

Interrogados ambos acerca de cómo conciben la naturaleza de una monarquía nacional, contestaron con dos series de respuestas de una absoluta concordancia.

La Monarquía ha de ser fuerte.

Su fuerza es, pues, incompatible con las intromisiones del parlamentarismo, que rechazará necesariamente, y, libre de ellas, podrá emprender las reformas que la nación ha reclamado en vano, durante treinta años, de sus pretendidos mandatarios en el orden político y en el económico.

¿Qué reformas serán éstas?

Como el Estado habrá recobrado la fuerza que le es propia, el ciudadano tendrá que recobrar la suya. El Estado volverá a ser libre en su área: habrá que hacer que el ciudadano lo sea en la que le corresponde.

La descentralización y la libertad de asociación son la condición indispensable de las libertades civiles, sin las que no puede haber vida, ni mucho menos vida próspera, para una nación. Tanto según M. Buffet como según el conde de Lur-Saluces, la Monarquía tradicional y hereditaria será antiparlamentaria y descentralizada, y mis interlocutores me hacían palpar con la mano cómo la descentralización y la eliminación de los excesos del Parlamento son imposibles sin la Monarquía hereditaria y tradicional.

II

Al testimonio de los dos jefes realistas, avalorado con la autoridad matemática de la razón, quiso el jefe de la Casa de Francia añadir la consagración de sus reales palabras: en efecto, el señor duque de Orleans me escribió el 18 de agosto, desde Marienbad, esa admirable carta sobre "la unidad profunda de la concepción realista" tal como queda patente desde las primeras páginas de la *Encuesta.*

Concepción reformadora: "*Reformar para conservar;* es todo mi programa." Concepción nacionalista: el príncipe recuerda sobre este punto su defensa del Ejército francés "*contra el cosmopolitismo judío y francmasón*". Concepción de la autoridad: aquí denuncia la insuficiencia de un "*poder débil*". Concepción de respeto a todos los intereses y todos los derechos: anuncia una política decididamente, francamente descentralizadora.

III

Así precisada, por esta carta del señor duque de Orleans, la esencia de la Monarquía, restábanos a nosotros el presentar a los buenos franceses una monarquía en tales términos definida. Entonces yo he formulado esta pregunta: *La institución de una monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿es o no de salud pública?*

Hubiéramos podido buscar la respuesta por nuestras solas fuerzas, con un análisis profundo de la situación en que Francia se debate. Hubiéramos podido también recurrir al buen sentido de cualquiera. Pero nos ha parecido mejor ser fieles al método de las autoridades y de las competencias técnicas. Para resolver un problema de matemática, se recurre a los matemáticos; a los químicos, para esclarecer una cuestión de química; a los médicos, para los asuntos de higiene y de medicina. Tratábase en nuestro caso de la más difícil de las cuestiones políticas, y, en consecuencia, nos hemos dirigido en primer lugar a los especialistas de la investigación o de la ciencia política, a aquellos que han meditado el problema nacionalista francés, no como funcionarios, no como candidatos, sino como filósofos e investigadores independientes. El principio de la división del trabajo nos ordenaba proceder de este modo. Sin acepción de situación o de edad, todo espíritu libre que se ha distinguido en esta área del pensamiento ha sido solicitado para que nos expusiera su punto de vista personal, cualquiera que éste fuese.

Porque, si bien es cierto que el sentimiento impetuoso, ciego, magnífico, se nos aparece como el creador necesario de todos los impulsos fuertes de la Historia, la dirección de esta misma fuerza corresponde a la inteligencia. Nunca será excesiva la

minuciosidad que pongamos al consultar a los pensadores destacados en tan alta esfera, porque sus experiencias tienen un precio incalculable. Pero, al mismo tiempo, nos hubiera parecido mal desdeñar el criterio de los artistas y los poetas, y a él reservamos una parte importante. Son ellos la voz de la nación. La vivacidad del instinto ilumina la inteligencia: ¿quién podría decir el valor de las intuiciones de un Forain, por ejemplo?

El eminente autor de los *Ensayos de psicología contemporánea,* M. Paul Bourget, de la Academia Francesa, ha sido el primero en contestarme; su carta es del 19 de agosto. La segunda respuesta es de M. Maurice Barrès. Sucesivamente fueron contestando los señores Hugues Rebell, Gustave Boucher, Henri Vaugeois, Lucien Moreau, Charles Le Goffic, Henri Bordeaux, Jacques Bainville, Jules Caplain-Cortambert, Lionel des Rieux, Louis Dimier, Léon de Montesquiou, Eugène Ledrain, Sully Prudhomme, Copin-Albancelli, Albert Jacquin, Albert Arnavielle, Forain y Frédéric Amouretti.

Amigos o adversarios, cada uno ha expuesto su punto de vista; a éste sigue el nuestro. Un solo favor solicitamos del público, nuestro juez común: y es su atención continuada. Trátase nada menos que de la salvación de la patria.

IV

No pocos hechos nacionales e internacionales, políticos, militares, económicos, se han producido al tiempo que trazábamos el libro segundo de la *Encuesta sobre la Monarquía.* ¡Y ni uno sólo ha dejado de confirmar alguna de nuestras conclusiones! Si no he de malgastar tiempo mostrando por ello sorpresa alguna, es que necesariamente tenía que ser así y siempre ocurrirá lo mismo y nada tiene que sorprendernos en este sentido. Lo maravilloso, lo sorprendente, es que uno de los muertos ilustres cuya autoridad se ha invocado aquí haya escogido este momento para dejar la tumba y venir a ratificar no sólo lo que hemos escrito apoyándonos en él, sino las deducciones que habíamos sacado de su obra.

Honoré de Balzac escribió, en setiembre de 1832, en Aix-les-Bains (donde vivía junto a la marquesa de Castries y, nuevo

Spinoza, perseguía en la meditación de áridos problemas un refugio contra el amor), un pequeño tratado de veinte páginas titulado *Du gouvernement moderne,* que, desconocido durante mucho tiempo, acaba de ser lanzado al público. En la *Grande Revue* de 1 de diciembre de 1900, M. de Lovenjoul, que poseía el manuscrito, ha dado la primera edición del tratado en cuestión. Cuantos lean sus páginas tendrán que admirar la previsión y la sabiduría de aquel espíritu altamente deductivo que en ellas campean. Y los lectores de nuestra *Encuesta* reconocerán la exactitud con que habíamos espigado, en este o en aquel pasaje, estas lecciones de Balzac que nos eran totalmente desconocidas.

Balzac escribe sobre el individualismo lo siguiente: "Hacer depender de *cada uno* la base de la seguridad, no es un procedimiento tan discreto como hacer depender la base de la seguridad de las *instituciones.*" Y sobre el parlamentarismo, que él llama ministerialismo constitucional, dice: "El ministerialismo constitucional no se librará jamás de este dilema, cruel para quienes esperan de él frutos muy distintos: O la nación se verá sometida durante largo tiempo al despotismo de un hombre de talento y volverá a encontrarse con la autoridad de un monarca bajo otra forma, pero sin ninguna de las ventajas que supone la herencia; serán casos de fortuna insólita que ella pagará periódicamente. O, por el contrario, cambiará de ministros a menudo, en cuyo caso será materialmente imposible que prospere, porque no hay nada peor en administración que el *cambio de sistemas.* Y sabido es que cada ministro tiene su plan, y el más mediocre no renunciará a crear el suyo, bueno o malo. Además, no es posible que un ministro efímero *se dedique a la vez a las intrigas necesarias para sostenerse y a los asuntos del Estado.* Llega al poder de paso, lanza un empréstito para salir de apuros, acrecienta la deuda y a menudo se va cuando empieza a saber algo de la ciencia de gobernar..."

Coincidencias de pensamiento como esta tienen el mayor valor para nosotros que apenas nos hemos propuesto aquí otra cosa que condensar la experiencia y el pensamiento de las más claras inteligencias. Que nuestros conciudadanos saquen de ellos el mayor provecho posible.

CARTA DE M. PAUL BOURGET

DE LA ACADEMIA FRANCESA

TOCABA a M. Paul Bourget el ser el primero en opinar, porque, desde hace por lo menos diez años, su público, que no es sólo francés ni europeo, sino universal, ha hallado y aplaudido en este psicólogo y moralista tan perfectamente enterado en los casos individuales, un pensamiento político de una fuerza y una lucidez poco comunes.

A menudo hemos citado en nuestros trabajos [1] las curiosas investigaciones de *Outre-Mer* y las justísimas conclusiones de este hermoso libro en favor de la reconstitución de la familia, del municipio, de la provincia, de las asociaciones, de la Universidad y, en general, de todas las puras tradiciones nacionales. No han caído en olvido. En las afirmaciones de M. Paul Bourget hay una precisión, una fuerza, que las libran de él; llevan en sí mismas los argumentos probatorios. Se plantean y se explican a un tiempo. No es posible desentenderse de ellas más que voluntariamente y por obstinación en el error. Si se acepta que la política es una ciencia, que vive y se nutre de razones, las fórmulas de M. Paul Bourget *cuentan*.

Su autoridad ha crecido todavía el invierno último al aparecer los dos primeros volúmenes de sus obras completas: refundidos, completados y reforzados página a página, nos muestran los nuevos aspectos y los últimos resultados de los análisis políticos de M. Paul Bourget, puntos de admiración y de atenta meditación para todo espíritu libre. Ningún escritor francés que disponga de la plenitud de su uso de razón se ha desinte-

1. Mi libro *Trois idées politiques* está dedicado a M. Paul Bourget "en recuerdo de las acertadas conclusiones de *Outre-Mer*".

resado de ellos. Hubiera sido una suerte de locura en mí el no pedir la opinión, o por lo menos el consejo y las indicaciones, de M. Paul Bourget. Nuestra *Encuesta* ha ido a buscarlo al extranjero. La respuesta nos llega de Inglaterra.

Douvres, 19 agosto 1900.

Mi querido amigo:

Me pide V. mi impresión sobre la encuesta que ha publicado en la *Gazette de France*. No creo que pueda haber dos opiniones sobre este interesante trabajo. Se puede aceptar o rechazar sus ideas —ya sabe V. que, por lo que a mí hace, estoy ganado por ellas desde hace mucho tiempo—, pero es imposible no reconocer la fuerza de pensamiento político que MM. André Buffet y de Lur-Saluces han puesto de manifiesto al exponérselas a usted. Dichos señores se han mostrado como perfectos conocedores de la Francia contemporánea, al mismo tiempo que como teorizantes de primer orden, como realistas con una doctrina: la clara doctrina de conservación y de reparación que se desprende, con precisión idéntica, de los tratados de Bonald y de los estudios de costumbres de Balzac, de las monografías de Le Play y de la vasta obra histórica de Taine, los mayores genios de filosofía social en la Francia del siglo XIX, que—los cuatro a la vez—coinciden en idéntica conclusión definitivamente condenatoria de los falsos dogmas del 89.

Si yo tuviera que señalar una distintiva característica de esta encuesta, diría que su rasgo saliente es éste: el empleo de los buenos métodos intelectuales que usaron también los cuatro adversarios de la Revolución que acabo de citar. Ello demuestra una vez más esta verdad que espero ha de sentar algún día un talento tan vigoroso como el de usted, esto es: que *la solución monárquica es la única que se armoniza con las enseñanzas más recientes de la Ciencia*. Es muy de notar, ciertamente, el que todas las hipótesis en que se ha basado la Revolución resulten absolutamente contradictorias de las realidades que nuestra filosofía de la naturaleza, apoyada en la experiencia, nos señala hoy como las leyes más probables de la salud pública. Citemos sólo algunos ejemplos de evidencia absoluta. La Ciencia nos muestra, como una de las leyes más constantemente comprobadas, que todo desarrollo de la vida se hace por *continuidad*. Aplicando este principio a lo que ya Rivarol llamaba el Cuerpo social, se verá que es exactamente el reverso de la medalla de esa ley del número o, para expresarse en lenguaje electoral, de la soberanía del pueblo, que coloca el origen del poder en la mayoría presente y, por tanto, impide necesariamente al país toda

actividad sostenida. ¿Qué más nos dice la Ciencia? Que otra de las leyes del desenvolvimiento de la vida es la *selección*, es decir, la herencia fija. ¿Qué hay de más contrario a este principio, en el orden social, que la igualdad? ¿Qué más nos dice la Ciencia? Que uno de los factores más poderosos de la personalidad humana es la *raza*, esta energía acumulada por nuestros antepasados, por esos muertos que—empleando la lúcida imagen de M. de Vogüé—diríamos que hablan en nosotros. Nada más opuesto a este principio que la fórmula de los *Derechos del hombre* que coloca como primer elemento del problema gubernamental al hombre en sí, la más vacía, la más irreal de las abstracciones... Sería facilísimo proseguir esta serie de comparaciones demostrando sin dificultad que el ideal democrático no es, ni en conjunto ni en detalle, más que un resumen de errores, todos igualmente groseros. Ensáyese una crítica análoga sobre la fórmula monárquica. ¿Qué hallamos entonces? Limitándonos a los tres puntos que acabamos de enunciar, ¿qué es la vinculación del poder real en una misma familia sino la garantía de *continuidad?* ¿Qué representan la nobleza abierta—como lo fué siempre—, las promociones aristocráticas del antiguo régimen, más que la *selección* organizada? ¿Qué significa la apelación a la *raza?* Y así en todo lo demás.

Esta armonía de la doctrina monárquica con las verdades establecidas hoy por la Ciencia es uno de los hechos tranquilizadores de la triste época que atravesamos. Está tan preñado de consecuencias como lo estuvo antaño la armonía de la forma republicana con la filosofía de Rousseau. El que un hombre como Taine haya llegado, sólo por el estudio de los documentos y con una psicología estrictamente experimental, a una visión de la Revolución idéntica a la de Bonald, es, en la historia de la conciencia francesa, un acontecimiento enorme cuyo alcance comienza a manifestarse. Estamos viendo crecer a nuestro alrededor una generación aleccionada por la Historia y que va buscando la vitalidad nacional donde ella está: en *la Francia más profunda*. Esta generación debe forzosamente llegar a lo que usted ha llamado, con precisa expresión, el nacionalismo integral, es decir, a la Monarquía. Era muy útil el demostrar a aquellos de entre estos jóvenes—los obreros del mañana—, todavía vacilantes, que el programa de la restauración monárquica es el más amplio, el de más sólidas bases, el más inteligente de cuantos se ofrecen hoy a los buenos franceses. Esto es lo que debemos a MM. André Buffet y de Lur-Saluces y a usted. Permítame que lo felicite por ello y que me repita suyo afectísimo compañero,

PAUL BOURGET

Semejante carta [1] no debería desmerecer con ningún comentario, pero, así y todo, resulta difícil prescindir de subrayar su serena audacia.

Si las armonías del régimen monárquico y de la ciencia no han sido jamás puestas de relieve con tanta fuerza, tampoco nunca se ha puesto de manifiesto con tanta sencillez un desdén tan perfecto a los diversos prejuicios que llenan las mentes francesas. M. Paul Bourget prepara un tratado completo del *Error francés*. En él quedarán al desnudo las causas intelectuales de nuestra degeneración moral y física. Las líneas que acabamos de leer hacen presentir la obra magistral; serán también el breviario de cuantos son monárquicos por razón y por reflexión.

La necesidad de la Monarquía se demuestra como un teorema. Una vez sentada como postulado la voluntad de conservar nuestra patria francesa, todo se encadena, todo se deduce en un movimiento irrefrenable. La fantasía, las preferencias propias, no pueden tener parte en ello: si os habéis resuelto a ser patriotas, tendréis, necesariamente, que ser monárquicos. Pero si

1. Son de notar en el lenguaje de M. Paul Bourget algunas expresiones de esa filosofía organicista que se esfuerza en mezclar la ciencia social con la biología, filosofía que nosotros combatimos *en sí misma* cuando es manifiesta. Aquí no la recusamos, porque, a nuestro entender—y las subsiguientes obras de M. Paul Bourget lo comprueban—, en la carta que acabamos de transcribir campea mucho más un vocabulario organicista que un organicismo efectivo. Las analogías de la sociedad y de los organismos humanos son lo bastante fuertes para que resulte legítima la aproximación de estos dos órdenes de cosas en la expresión. Con todo, es preciso notar que, en el comentario que sigue, y haciendo nuestras todas las conclusiones de M. Paul Bourget, hemos reemplazado, con el fin de motivar cada una de ellas, la metáfora fisiológica de aquél con consideraciones de orden histórico y de orden moral. Como no hemos cambiado ni una sola palabra de este texto, que data ya de nueve años, nuestros lectores podrán darse cuenta de la continuidad de nuestro pensamiento que algunos de nuestros contradictores han puesto en duda.

A propósito de nuestro pretendido organicismo, consúltese la revista *L'Action Française*, de 15 de mayo de 1908: "Un agresor". Sobre la evolución filosófica de M. Paul Bourget a este propósito y sobre el grado de importancia que él concede al vocabulario biológico, debe leerse su prefacio a la tercera edición de los *Limites de la biologie* del profesor Grasset. M. Paul Bourget ha recogido este prefacio en su libro *Sociologie et Littérature*: "De la vraie méthode scientifique". (Nota de 1909.)

os halláis encaminados de este modo hacia la Monarquía, no podéis torceros hacia el liberalismo, hacia el democratismo o sus sucedáneos. Lo exige la lógica. Hay que atenerse a ésta y llegar hasta donde nos lleve. *Raza, selección, continuidad;* estas ideas redentoras, lógica y racionalmente ordenadas, exigen la reconstitución, la restauración y la reorganización completa de Francia.

Con sólo unas palabras de tono sencillísimo y de acento discreto, ¡qué carnicería hace M. Paul Bourget en el principio igualitario! Pero no es M. Paul Bourget quien habla. Es la irresistible necesidad científica lo que se expresa por su boca. El loco iluminismo de las gentes del Terror, decía: *¡La fraternidad o la muerte!* La ciencia política plantea un dilema un poco diferente, pero certísimo, cuando dice al pueblo: *¡La desigualdad o la decadencia, la desigualdad o la anarquía, la desigualdad o la muerte!*

Los pueblos escogerán, pero, para el que tenga una voluntad de vivir, la elección está ya hecha. No pueden escoger a capricho y tienen, o que someterse a unas leyes inexorables, o dimitir de toda voluntad de perduración.

Se podrán eludir o disimular estas leyes profundas de la política natural; pero no se puede desvirtuarlas en sí mismas ni ocultarlas a la mirada tranquila y penetrante de un analista como M. Paul Bourget. M. Paul Bourget sabe que "el ideal democrático" es falso, no en sus detalles y sus accidentes, sino en su principio y en su esencia. Una democracia es necesariamente amorfa y atómica, o deja de ser una democracia. Una democracia no se organiza, porque la idea de organización, en cualquier grado que sea, excluye, también en cualquier grado, la idea de igualdad: organizar es diferenciar y es, en consecuencia, establecer grados y jerarquías [1]. Ningún orden puede ser igualitario, como no sea en los tipos más humildes y más primarios de la vida política, en sociedades muy pobres y limpias de toda complejidad.

En un Estado poderoso, vasto, rico y complejo como el nuestro, es indiscutible que cada uno de sus componentes ha de go-

1. Este punto fué examinado por mí en una serie de artículos de la *Gazette de France* que *L'Action Française* reprodujo más tarde con el título: "Le dossier d'une discussion". (Nota de 1909.)

zar de la mayor cantidad posible de derechos, pero nadie puede hacer que tales derechos sean iguales cuando corresponden a situaciones naturalmente distintas. De consiguiente, cuando la ley proclama esta igualdad, *la ley miente*, y, como los hechos cotidianos ponen en evidencia esta mentira y hacen que el ciudadano pierda el respeto que debería tener al régimen político de su país, en lógica consecuencia, el ciudadano va cayendo poco a poco en un estado de espíritu permanente de anarquía y de insurrección.

La Monarquía, como la Ciencia, es realista. No se paga de palabras. Ve las cosas como son y toma en cuenta aun las más pequeñas. Si la democracia fuese, como suele decirse, un hecho económico, y si existiera realmente un estado democrático de la sociedad, la Monarquía, como la Ciencia, tendría en cuenta esta realidad escrupulosamente. Pero la democracia, como ya hemos dicho, no es más que una mentira. Lo que existe en Francia desde la funesta declaración de los derechos del hombre es un estado de espíritu democrático, verdadero nido de groseros errores. Asimismo, desde la Constitución del año VIII, hay un conjunto de instituciones tendentes a realizar este estado de espíritu democrático, nido de desventuras, causa de ruinas. Estas instituciones "criminales", según la exacta definición de Bourget, procuran desde hace cien años debilitar, porque no pueden destruirlas totalmente, la familia, la asociación, el municipio, la provincia y, en una palabra, todo cuanto ayuda y hace fuerte al individuo, todo cuanto no limita al ciudadano a un liviano derecho personal.

Cada una de las debilidades de la Francia moderna se deriva de esas instituciones como de su causa primera. A ellas se debe la importancia del estado judío entre nosotros. A ellas la de la comunidad protestante. A ellas la fuerza de nuestros metecos cosmopolitas. A ellas también la hegemonía del Estado Monod: si unas vigorosas familias francesas hubieran continuado uniendo sus raíces y sus copas frondosas por debajo y por encima del territorio nacional, jamás hubiéramos visto a la descendencia de un pequeño pastor suizo reinando, como reina hoy día, sobre el Estado francés. Pero ha sido suprimida la nobleza autóctona y una oligarquía extranjera ha venido a ocupar su lugar. Sólo se podrá destruir ésta a condición de reemplazarla

por otra nobleza, verdaderamente salida de las entrañas de la nación.

Las costumbres, si bien debilitadas por las instituciones, han reaccionado como han podido contra la igualdad democrática. Sería ridículo pretender que nuestras costumbres son democráticas. Por el contrario, cualquier observador atento verá cómo las diferencias de clase se marcan y se acentúan en Francia de día en día. Los socialistas se dan cuenta de ello. Y no se privan de decirlo. M. Ernest Lavisse ha registrado el hecho. M. Paul Bourget, en su novela *El lujo de los demás*, se ha entretenido en describir las numerosas capas que encierra en sí un pequeño grupo de la burguesía parisiense. Mejor que nadie sabe él que la democracia no es más que una palabra venenosa, representada por un sistema político contra natura.

He aquí el enemigo: un tal sistema político. No hay duda de que la República es la más visible consecuencia del mismo. Pero, si se respetara la democracia, se dejarían vivas todas las raíces del sentimiento republicano. La República no tardaría en reaparecer y la fuerza francesa en debilitarse y agotarse. El mal es la democracia. La democracia es la muerte. Tenía que ser un maestro de la ciencia política quien nos precaviera contra toda complacencia con ella. Demos las gracias a Paul Bourget por el eminente servicio que de este modo ha hecho a la causa de la Corona nacional. Nos ha hecho ver que en ella está la salvación, precisamente porque ella significa la oposición radical a la democracia, al mal y a la muerte.

Poco después de haber aparecido su magnífica carta, el jefe de la Casa de Francia felicitaba por ella a M. Paul Bourget en otra de la que destacamos las siguientes líneas:

"Como dice usted muy bien, la ciencia histórica y natural y la doctrina monárquica están de perfecto acuerdo. La demostración que usted hace de esta verdad no dejará de impresionar a los espíritus reflexivos y sinceros...

Sólo el poder legítimo y tradicional puede ser autoritario sin convertirse en despótico y violento. Jamás podrían dirigirse al rey de Francia las palabras vindicativas con que Montalembert ponía en guardia al jefe del Poder contra la borrachera de la victoria y los deslumbramientos de la dictadura."

LO QUE DIJO LA PRENSA

La egregia felicitación dirigida a M. Paul Bourget tardó un poco en hacerse pública. Pero las palabras del eminente académico, que coincidían con la carta que el Príncipe acababa de escribir desde Marienbad al autor de la *Encuesta sobre la Monarquía,* pusieron en movimiento a los periódicos de la República, que durante tres meses seguidos no pararon de comentar, de discutir y, a veces, de denigrar las doctrinas expuestas por nuestros dos consultados y por nosotros mismos.

Las líneas que a continuación transcribimos, aparecidas en la *Gazzette de France,* darán una idea de las objeciones principales formuladas por aquéllos [1].

Le Temps

I.—*Le Temps* no ha comentado el domingo último la carta con que el señor duque de Orleans me ha honrado. Quería conocer antes la impresión que produciría. *Le Temps* asegura que esta impresión ha sido nula. Con todo, el lunes, a la hora misma en que *Le Temps* insertaba su artículo, eran conocidas las impresiones de *L'Aurore,* de *La Petite République,* de *La Lanterne,* del *Radical,* del *Voltaire,* del *Petit Bleu*... *Le Siècle* hasta anunciaba la carta del duque de Orleans a la cabecera de sus titulares de los hechos del día más sobresalientes, dedicaba largos comentarios a esta carta y, en una palabra, como casi toda la prensa parisiense, como el mismo *Le Temps,* la reproducía *in extenso.* Todo esto no significa nada para *Le Temps.*

1. *Gazette de France* de 6 de setiembre de 1900.

Vacío absoluto, dice él. Tal juicio referido a la prensa republicana me parece demasiado duro.

II.—Muy amable, por el contrario, para el movimiento de ideas realistas que condescienden en encontrar "ingenioso y original", *Le Temps* se ha equivocado tal vez sobre el sentido auténtico de este movimiento.

III.—En la tradición realista, es de notar una parte de sentimiento puro y hasta de puro misticismo. Los realistas que se inspiran en el método positivo se guardan muy bien de combatir este sentimiento, aun cuando se presenta con caracteres místicos. Pero no dejan de hacer notar que los efectos de este misticismo, de este sentimiento, son comprobados, corroborados, por la crítica racional. Esto es lo que M. Paul Bourget, en particular, señalaba hace ya doce años en uno de sus libros; esto es lo que, en su carta tantas veces citada, indicaba de nuevo al subrayar las concordancias de la doctrina monárquica con las enseñanzas más recientes de la ciencia, las concordancias Bonald-Taine, Le Play-Balzac, y yo añado, en algunos aspectos, Bonald-Comte-Renan.

Contraprueba: el iluminismo revolucionario, base cierta del sentimiento democrático y republicano, está en manifiesto y completo desacuerdo con todos los puntos de vista de política positiva.

IV.—No eliminamos nada de la tradición monárquica. Añadimos a ella algunos refuerzos. De todos modos, por lo que toca al "derecho divino", que *Le Temps* nos acusa de dejar arrinconado, he de decir que no hace falta que nos tomemos semejante trabajo. La *Gazette de France* ha llevado a cabo esta obra saludable, y lo ha hecho perfectamente y desde el principio. No hay un derecho divino propio de la realeza. En efecto, para quien cree en Dios, todos los derechos son divinos. Los derechos propios de la realeza son derechos históricos.

V.—*"No es el orden establecido por Dios, según la concepción de Bossuet, lo que presupone la necesidad de la Monarquía, sino la Ciencia."* En esto hay algunos errores. Bossuet admite la República cuando la halla en conformidad con la Historia, con la Geografía y, en una palabra, con los caracteres de un pueblo determinado. El orden divino, para Bossuet, es el conjunto de las condiciones naturales determinadas por Dios y que, conocidas por nosotros, constituyen el orden de la Ciencia. Hasta desponjándolo de su aparato teológico, la *Politique tirèe de l'Écriture sainte* es un libro de muy sólida base científica. Todos los teorizantes políticos lo reconocen. Auguste Comte lo ha incluído en su biblioteca positivista.

VI.—Después de estas explicaciones, empeñarse en que hay oposición entre los legitimistas místicos y los monárquicos positivistas resulta caprichoso; los segundos se limitan a suscribir las tesis de los primeros, y ello por razones que, además, no eran extrañas a éstos. No se podría imaginar una compenetración más completa.

VII.—La acogida dispensada por *toda* la prensa realista de nuestras provincias demuestra el acuerdo reinante entre los tradicionalistas antiguos y los nuevos.

VIII.—Conseguida la restauración (*Le Temps* se ve obligado a hacer esta hipótesis), ¿podría subsistir este acuerdo?

—No—dice *Le Temps*—. Todo el pasado de la Monarquía se opondría a ello. Conviene transcribir sus palabras: "En cuanto al público imparcial que escucha gustoso todas las opiniones, que no va a la política con apriorismos, que no es republicano por iluminismo *y preferiría la Monarquía si se le demostrara que es preferible,* vese obligado a concebirla no según la interpretación arbitraria de algunos escritores que no representan más que a sí mismos, sino conforme a su realidad, a su tradición, al aspecto que ha tenido siempre y que necesariamente tendría otra vez." Y *Le Temps* afirma que, "en su tradición", en "el aspecto que ha tenido siempre", la Monarquía francesa fué clerical. Tal afirmación es un audaz atrevimiento contra la Historia. Por el contrario, era creencia admitida hasta ahora que, desde Felipe Augusto al mismo Carlos X, la Monarquía francesa había sido muy religiosa, pero vivamente anticlerical. *Le Temps* ha modificado esto.

IX.—*Le Temps* dice que el rey necesitaría para gobernar "un partido, un personal". Partido y personal no son palabras sinónimas. Aunque *Le Temps* nos acusa de ser más originales que sólidos y de proceder por afirmaciones más que por demostraciones, hemos explicado y demostrado hasta la saciedad la diferencia de estas dos palabras.

Si *Le Temps* me hubiese hecho el honor de seguir con aten-

ción lo que yo he dicho del mecanismo de la Monarquía hereditaria, comprendería de qué modo un soberano que representa a su dinastía pone *necesariamente* el mayor cuidado en destruir los partidos y disolver las facciones. Un rey de Francia necesitará, para gobernar, del concurso de todas las competencias y de todos los talentos, vengan del partido que vinieren. El conde de Chambord y el conde de París no han cesado de repetirlo. "Todo cuanto es nacional es nuestro", ha declarado el duque de Orleans. Estas palabras egregias no son simples promesas. Corresponden a una de las necesidades de la Monarquía, tal como la proclamaba M. André Buffet al hablarme del personal de la restauración. Sobre esta cuestión del personal, remito *Le Temps* a la respuesta de M. Buffet.

X.—El rey puede equivocarse, dice *Le Temps.* ¿Son infalibles acaso sus ochocientos soberanos? La posibilidad de error es el coeficiente común de toda obra humana. De consiguiente, se la puede desdeñar en sí. Pero lo que no puede dejar de tenerse en cuenta es el estudio de los errores propios de cada posición humana. Yo he demostrado que, en su posición, el soberano dinástico está más interesado que nadie en evitar el error, y, si lo comete, en advertirlo, y, cuando lo ha advertido, en corregirlo.

Le Temps puede replicar que, por lo menos, ochocientos pareceres se neutralizan los unos a los otros y que todo su esfuerzo común se resuelve en una cierta inercia, y que, si esta inercia no opera ningún bien, tampoco puede causar ningún gran mal. Aquí cogemos al vuelo la equivocación de *Le Temps* y de todos los oportunistas parlamentarios. La inercia no conserva nada.

Por el contrario, la vida de un gran país como Francia supone en cada instante una infinidad de decisiones, de opciones, de iniciativas rápidas y continuas, que son imposibles con la República. Este es un tipo de gobierno puramente crítico. En tiempo normal, la rutina administrativa es, con ella, fatalmente la soberana de todos los despachos. En los momentos de crisis, las reformas precipitadas e inconexas toman un carácter tan revolucionario que lo ponen todo en peligro.

El gobierno de uno solo puede tener sus errores, pero éstos se pueden reparar fácilmente en cuanto se adviertan; por el contrario, el sistema republicano no rectifica las equivocaciones

en que cae, pero comete otras nuevas casi infaliblemente en cuanto deja su apatía. *Inconsciente* y *abúlico* en cuanto es impersonal, nos arrastra a la rutina, de la que no escapa más que para caer en la revolución.

XI.—"*Resulta demasiado aventurado el poner los propios destinos en manos de un hombre.*"

Frente a esta objeción cabe decir que los monárquicos no pretenden hacer depender de un hombre los destinos de las familias francesas, sino de una familia, de un linaje. El sistema dinástico da justamente por resultado el alejar las contingencias, los "riesgos" inherentes al gobierno de uno, que, condicionado de este modo, viene a constituir no sólo el mejor de los regímenes posibles para la Francia moderna, sino el único que, empírica y lógicamente, nos conviene. El ejemplo del Segundo Imperio y de sus guerras *dinásticas* no prueba nada. Pocas cosas son menos *dinásticas,* en el sentido estricto de esta palabra, que las guerras de Napoleón III. Precisamente, el Imperio tenía que procurarse a cualquier precio los medios de proporcionar ininterrumpidamente al espíritu público motivos de exaltación o de derivación porque, de derecho y de hecho, estaba fundado sobre el plebiscito.

XII.—M. Paul Bourget afirma que *sólo la Monarquía asegura la continuidad y la selección.*

Le Temps objeta:

1.° "Lo que asegura la selección es la abolición de las castas, conquista de la Revolución."

A.—La Revolución no ha abolido ninguna casta, es decir, ninguna clase cerrada, inasequible, ya que la nobleza francesa ha sido siempre abierta y la selección de los individuos ha sido, por lo tanto, hacedera siempre.

B.—De consiguiente, la abolición de la nobleza, "conquista de la Revolución", no ha asegurado ninguna selección individual; pero en cambio ha impedido la selección de las familias, lo que constituye un daño positivo.

2.° "En cuanto a la continuidad política, una dinastía hereditaria sólo la asegura en apariencia. No sólo los príncipes que se suceden unos a otros no se parecen entre sí (¿en qué se parece, por ejemplo, Luis XVI a Luis XIV o a Enrique IV?), sino que un príncipe mismo puede ser muy versátil, y así se

ha visto a Luis XV dudar—según la voluntad o el capricho de sus favoritas—entre la alianza con Austria o con Prusia."

No desbarremos. Los miembros de la Convención fueron más justos que *Le Temps* con la política exterior de Francia en el siglo XVIII [1]. La peor favorita del peor de los príncipes ha sido siempre menos funesta que los caprichos parlamentarios o dictatoriales de la soberanía nacional. Ni una sola vez en un reinado larguísimo (1715-1774) se han producido desastres comparables a las tres invasiones de 1814, 1815 y 1870. ¡De qué pequeñez resulta Rosbach comparado a Sedán y a Waterloo, o a la unificación de Alemania y de Italia, lindas obras del Imperio liberal y de la democracia liberal!

En política debe mirarse, no a la moralidad de los reyes, ni siquiera a su gloria, sino a los frutos de su reinado. Luis XV, aumentó el territorio francés con Córcega y la Lorena. He aquí su rasgo de continuidad de Capeto: el *nacionalismo*. Nuestros soberanos, aun aquellos que ofrecen entre sí mayores diferencias, tienen un parecido común en esto: en que, bien que mal, con buen o mal reinado, aumentaron nuestro capital nacional y, como dicen nuestros labriegos, *han hecho mejoras*.

Y si Luis XVI es, aparentemente, una excepción de la regla, ¿no es justo también recordar lo que a su reinado debieron los Ejércitos de mar y tierra? Si cedió de modo tan lamentable frente a los enemigos del interior, preparó, en cambio, todos los elementos de la defensa nacional contra el enemigo de fuera. Sus ejércitos fueron una obra maestra en el género. Luis XVI fué el organizador de victorias, más aún que el gran Carnot. Y, en este aspecto, la obra de este pobre rey es digna de la de un Enrique IV y de un Luis XIV. Por lo demás, si se pretende negar la continuidad dinástica de los Capetos, ¿cómo se

1. Es prodigioso que este trastrueque de alianzas, obra maestra de la diplomacia del siglo XVIII, haya sido *juzgado* tan severamente por un periódico como *Le Temps* al finalizar el siglo XIX. Por el contrario, nunca se había afirmado mejor la continuidad (la verdadera, dúctil, viviente) de la Monarquía. Cuando Berlín es una amenaza mayor que Viena, la Monarquía se ha aliado con Viena, de acuerdo con *el espíritu* de la política de Richelieu. Hubiera bastado con seguir en este sentido para evitar a Sedán. La Corona francesa lo comprendió así, pero la opinión francesa no. M. Jacques Bainville ha dilucidado maravillosamente este punto en sus lecciones de 1906-1907 del *Institut d'Action Française*. Véase el Apéndice I. (Nota de 1909.)

explica la formación territorial de Francia? ¿Cree *Le Temps* que ha sido espontánea? Ya sería mucho leer un error más en *Le Temps*.

XIII.—*Le Temps* añade: "La *Gazette de France* considera el interés de Italia como diametralmente opuesto al de la dinastía de Saboya. De consiguiente... la Monarquía no es ninguna panacea."

1.° Al hablar de Monarquía, nos referimos ordinariamente a la Monarquía en Francia, no a la Monarquía en Italia. 2.° Si un día la dinastía de los Hohenzollern anexionase a Francia a Prusia, consideraríamos el interés de esta dinastía antinacional como diametralmente opuesto al interés de Francia. ¿Cree *Le Temps* que por ello se desmentiría mucho nuestra doctrina de la Monarquía nacional? 3.° No hemos dicho jamás que el interés de los Estados del Rey de Cerdeña fuese diametralmente opuesto al interés de la Casa de Saboya, que, por derecho nacional e histórico, es soberana de dichos Estados. 4.° Y, en fin, si bien la política de la Casa de Saboya en Italia y los verdaderos intereses italianos son opuestos, no es menos cierto que el interés de dicha Casa radica, evidentemente, en procurar ponerse de acuerdo con el interés del pueblo. ¿Es fácil este acuerdo? Para no referirnos más que a la cuestión romana, ¿no hay en ella una imposibilidad radical? Y, aun sin tener en cuenta a los católicos, ¿acaso no está condenado Víctor Manuel III a una política anárquica y revolucionaria? [1].

Cuestión de hechos. En Italia se plantea así. La situación francesa es completamente distinta. Yo no soy un realista italiano.

XIV.—"La Monarquía *ha muerto*", afirma *Le Temps* para terminar. Hubiera podido comenzar por esto. ¿Pero qué es morir para una institución? Y, si se emplea esta palabra, ¿en qué podrá impedir la reviviscencia de los hechos? Las libertades locales también *habían muerto*. Y hoy todo reclama un

1. A treinta y cinco años de distancia, los acontecimientos que culminan en el Pacto de Letrán pregonan la conseguida fusión de los intereses de la Casa de Saboya con el superior interés del pueblo italiano; este hecho no hace más que confirmar la tesis principal del autor, o sea, la coincidencia del interés dinástico con el interes nacional, aun en casos de aparente oposición, y la facilidad de adaptación de una dinastía a las conveniencias de la nación que representa. (*N. del T.*)

poder lo bastante fuerte para hacerlas revivir. La libertad corporativa *había muerto* con la Revolución, y hoy la tierra de Francia vuelve a cubrirse de tantos sindicatos y asociaciones como catedrales tuvo en la Edad Media.

¿Se ha extinguido acaso la raza de los Capetos? ¿No la representa hoy un príncipe de treinta años? ¿Han desaparecido de Francia los monárquicos? ¿Acaso no están tan vivos y son tan activos como en otros días? ¿No muestran, con evidencia mayor cada día, a los espíritus reflexivos y libres la necesidad de la Monarquía? ¿No se aproximan cada día más a nosotros? Pues, si es así, ¿qué quiere decir *Le Temps* con esto de la Monarquía "muerta" y "suicidada"? Su razonamiento antropomórfico no se acomoda en nada a los principios positivos. Me tomo la libertad de recordárselo.

L'Éclair [1]

I.—Afirma *L'Éclair* que *reformar para conservar* es también programa de la República. No obstante, *L'Éclair* reconoce con nosotros cada mañana que las reformas no vienen y que la salud pública, la conservación nacional, están cada día mas amenazadas. ¿Ocurre esto último por una causa meramente fortuita? *L'Éclair* puede creerlo así, pero nosotros estamos dispuestos a demostrarle cuando quiera que lo que él toma por accidental está íntimamente ligado a la esencia misma del régimen republicano.

II.—*L'Éclair* se pregunta cómo sería posible introducir la descentralización en nuestra constitución política. No hay más que un medio: la Monarquía. En tanto que el Poder central dependa de la elección, su interés personal y capitalísimo—esto es, electoral—consistirá en tener *bien cogidos* a los funcionarios de todas las categorías y en contar con el mayor número posible de ellos. Un poder hereditario, no dependiente de unas elecciones, es menos esclavo de inquietudes de esta

1. Reproducimos las objeciones de los tres periódicos que siguen, como testimonio, primero, del amplio movimiento de Prensa que comenzó a haber en torno de la *Encuesta*. Prueban, además, que la defensiva oficial tropezó en seguida con su tope: los argumentos con que ya entonces la acorralábamos no hay que retocarlos, porque no han sido contestados. (Nota de 1909.).

clase. Mejor: está completamente libre de ellas. De consiguiente, *puede* lo que no puede hacer la República: descentralizar.

La Gironde

I.—La ciudad de Marienbad no está en Alemania. Antes de dar vagas lecciones de Gramática, le conviene a *La Gironde* ponerse al corriente de la Geografía. II.—No fué la Convención, sino la Asamblea constituyente, quien hizo la división departamental del territorio francés. Tampoco les vendrían mal unas lecciones de Historia a los ilustrados redactores políticos de *La Gironde*. III.—No hemos hablado jamás de restablecer las "antiguas provincias". M. de Lur-Saluces se ha expresado con toda claridad sobre este punto. Y yo agrego que sus explicaciones concuerdan con los postulados más racionales de la ciencia geográfica y económica.

Le Petit Comtois

I.—*Le Petit Comtois* reconoce que hay que considerar la descentralización como una reforma capital. Pero agrega: "Permítasenos añadir nuestra creencia de que la República está perfectamente capacitada para llevar a cabo esta capital reforma." No. Semejante creencia está reñida con la razón. Ya he razonado el porqué en la respuesta a *L'Éclair*.

II.—*Le Petit Comtois* añade: "Los monárquicos, que han tenido el poder en sus manos hasta 1878, especialmente en la Asamblea nacional, se han guardado muy bien de acordarse, entonces, de que la descentralización formaba parte de su programa a fines del Segundo Imperio, porque, dueños del Estado, les resultaba más cómodo desdecirse de sus doctrinas para asegurar así su dominio..." *Erras, amice*... La Ley de los Consejos generales, la más descentralizadora del siglo, nuestra ley de 1871, fué obra de los diputados monárquicos; pero, como éstos fueron lo bastante cándidos para no restablecer al mismo tiempo la Monarquía, que era quien únicamente podía dar vida al texto de dicha ley, los resultados de ésta han sido insignificantes.

CARTA DE M. MAURICE BARRÈS

No hace falta recordar la autoridad generalmente reconocida a las opiniones políticas de Maurice Barrès. Hace doce años trató de dotar de un cerebro al boulangismo, entonces triunfante. Yo creo que algunos judíos de la camarilla del general contrarrestaron sus primeros esfuerzos. Elegido diputado de Nancy a los veintiséis años, asistió a las vergüenzas del Panamá y pudo contemplar el crecimiento de algunas figuras. Fué el primero en pronunciar, en 1890, el nombre del nacionalismo: nacionalismo literario y filosófico (protección y defensa del pensamiento francés), nacionalismo económico (protección del trabajo francés), nacionalismo político (defensa del país).

Sus artículos del *Figaro* y del *Journal* iniciaron la larga serie de estudios nacionalistas que prosiguió después en la *Cocarde,* cuya dirección desempeñó durante seis meses. Este delicioso y magnífico periodiquillo revolucionario, en el cual sólo faltaron algunos oportunistas (ya que fraternizaban en él realistas, bonapartistas, socialistas y anarquistas), es coetáneo de la detención y de la primera condena del traidor Dreyfus. Acaso a la luz de este acontecimiento, el pensamiento de Barrès se concentró desde entonces sobre dos problemas: la defensa contra el Extranjero y la conservación y desarrollo de las antiguas esencias francesas.

Su novela *Les Déracinés*[1] aporta una primera solución. Barrès incorpora al nacionalismo el provincialismo. Ante las desgracias de toda clase que deben sufrir los siete jóvenes loreneses trasplantados a París, se aprecian cumplidamente algu-

1. *Los desarraigados.*

nas de las consecuencias propias de la centralización. El lector tiene que reconocer con el autor el carácter de las necesidades esenciales de la planta humana, hija de un terruño y de un clima particulares y necesitada de correlación con las que la han precedido. Una política local, una política tradicional: esto es lo que Francia necesita.

Le hace falta, además, una política de autoridad: este es el sentido del volumen que sigue a los *Déracinés, L'Appel au soldat*[1]. Pero nuestros lectores están familiarizados con los títulos y las ideas directivas de estos hermosos libros y es igualmente superfluo el recordar la inteligente y valentísima actitud de Maurice Barrès en el segundo asunto Dreyfus. Durante algún tiempo, antes del nacimiento de la "Ligue de la Patrie Française" y de la "Action Française", y bastante antes del refuerzo que fueron los Jules Soury, los Jules Lemaître, los François Coppée, Maurice Barrès batalló casi solo con los intelectuales antipatriotas. No han olvidado éstos el artículo sangriento que denunció su traición, ni las consecuencias de las admirables cartas de Rennes, en las que se proyectaron, como sobre una pantalla de lívida luz, los rictus criminosos de los Dreyfus, de los Picquart, de los Trarieux y de los Bertulus.

Fruto de ello, un amplio y copioso montón de odios bajunos se acumuló contra el autor de *L'Appel au soldat*. Antes de cederle la palabra y de exponer a las necesarias discrepancias de nuestros lectores a este republicano cesarista, a este plebiscitario, a este amigo político de Déroulède, he querido recordar los eminentes servicios rendidos por él a la causa de la patria.

Mi querido amigo:

He leído con el más vivo interés las dos importantes opiniones por usted recogidas, y no habría de costarme mucho el explicar mi coincidencia en muchos puntos. Para limitarme a lo esencial, diré que coincido con ustedes en que es indispensable el que un cerebro gobierne el Estado.

Dos siglos de mal gobierno han hecho caer a los franceses en el error, de que yo mismo he participado durante algún tiempo, de

1. *La llamada al soldado.*

creer que lo mejor para una nación era el tener la menos cantidad de gobierno posible. Esta es la doctrina que M. Grévy, por ejemplo, predicaba habitualmente en el Elíseo. ¿Quién podrá hoy desconocer lo que pueden, en cualquier orden de los servicios públicos, unos directores competentes, una voluntad inteligente, un plan reflexivo y continuado? El republicano Rousseau llega hasta declarar que, ante el peligro, la "dictadura" es de derecho, ya que sólo ella puede salvar al país.

Me explico perfectamente el que una inteligencia que juzga *in abstracto* adopte el sistema monárquico que ha creado el territorio francés y que encomian, todavía muy cerca de nosotros, los Bonald, los Balzac, los Le Play, el Renán de un bello libro[1], los Bourget. Tales adhesiones tienen un gran peso en el laboratorio del teórico. Pero en el orden de los hechos, para que la Monarquía fuese posible, sería menester que hubiera en Francia una familia que arrastrara en favor de su nombre a la mayoría (si no la totalidad), la gran mayoría de los electores. Y esto no existe.

Y no solamente no tenéis esta familia, que poseen Alemania o Rusia y a la que estos países se apegan con una adhesión instintiva, religiosa en cierto modo, sino que os falta también una aristocracia (cuerpo indispensable, a lo que creo, de vuestra Monarquía tradicional). Por lo menos, el conde de Chambord, el conde de París, el duque de Orleans muestran, con todo y estar lejos del trono, un sentido histórico que no tenía Luis XV ni, mucho menos, Luis XVI. ¡Pero la aristocracia! ¿Qué queda de aquellos nobles que, casi cómicamente, anularon sus prerrogativas la noche del 4 de agosto? Ni siquiera saben librarse de los advenedizos que poco a poco van degradándolos ignominiosamente.

No es que para mí la historia de Francia haya comenzado hace un siglo, pero tampoco puedo desentenderme de sus períodos más recientes. Nuestros conciudadanos han sacado de ellos un estado de espíritu que les hace reservar para el principio republicano esa fuerza sentimental que otros pueblos otorgan al principio hereditario y sin la que no puede subsistir ningún Gobierno.

Ya que no podéis lograr que lo que os parece razonable sea aceptado por todos, ¿por qué no procuráis que lo que la mayoría acepta se haga razonable? En la cima del Estado, la autoridad; en la base y en los grupos, la descentralización: he aquí unas reformas compatibles con el sistema republicano y que garantizarían el desarrollo de las fuerzas francesas, hoy gravemente debilitadas.

Es su afectísimo,

MAURICE BARRÈS

1. La *Réforme intelectuelle et morale de la France*, Ch. M.

Era inevitable que las dos "importantes opiniones" de André Buffet y del conde de Lur-Saluces impresionaran el pensamiento de Maurice Barrès y que estos tres cerebros coincidieran "en muchos puntos".

M. Maurice Barrès acepta las libertades locales y profesionales y, en el Estado, una autoridad fuerte. Ambas aceptaciones son preciosas. La segunda corresponde a un sentimiento general, porque, si bien es cierto que la centralización no es sentida por la masa más que como un malestar indefinido, esta misma masa siente con claridad y reclama con pasión la autoridad y la responsabilidad del poder. Quiere sentirse gobernada. Porque advierte que la debilidad de la nación es una consecuencia, no sólo directa, sino completamente evidente, de la anarquía política.

Barrès, y con él toda la gran masa del pueblo francés, va más lejos todavía. Llegan a admitir que, por lo menos *ante el peligro,* el gobierno más fuerte es el gobierno de uno solo, que, en dicho caso, consideran como de derecho. Esta autoridad de uno solo—*que es la única que conviene al bien público*—la llaman, con Rousseau, "la dictadura". Podrían, si quisieran, llamarla también Mon-Arquía.

Lo que ellos propugnan no es nuestra Monarquía hereditaria (cuyo nombre se escribe de corrido). Y ni siquiera es, ni mucho menos, la dictadura de los antiguos romanos.

Los dictadores romanos, magistrados designados por uno de los Cónsules y por el Senado, no eran una emanación directa del sufragio de los ciudadanos y ni siquiera eran hechura de un régimen electivo. El Patriciado, y, por tanto, un elemento político hereditario, concurría a designarlos. Ya tendremos ocasión de medir el valor *práctico* de esta diferencia.

Pero permítasenos insistir en la palabra *práctico*. En treinta años de práctica pura, y de traspiés en traspiés, el sistema republicano ha conducido al país a la ruina. Es necesario, pues, establecer, mediante una visión de conjunto y una investigación directa, cuáles son las causas de las desgracias nacionales y al mismo tiempo las condiciones indispensables de salud pública. Si no nos equivocamos en nuestra manera de ver estas causas y en apreciar tales condiciones (y Maurice Barrès no

nos señala ninguna equivocación), una teoría elaborada con tal método se convertirá en regla práctica incontrovertible. Los prácticos podrán apartarse de ella, pero cada una de sus desviaciones será a costa de un revés nuevo. Es una verdad abstracta y teórica que dos y dos son cuatro, y cuatro y cuatro, ocho: yo no creo que el financiero más positivista pueda olvidarla sin exponerse a contratiempos. En bien mismo de lo práctico, no desdeñemos los estudios del teorizante.

Es verdad que Barrès nos objeta que somos nosotros quienes los descuidamos. Por trabajar en la reconstitución de la Monarquía hereditaria, desdeñamos, según él, el hecho de que ya no hay en Francia "una familia que concentre en favor suyo la mayoría, la gran mayoría de los electores". Podríamos contestar a Barrès que estamos lejos de desdeñar esta realidad, toda vez que nos esforzamos cuanto podemos en modificarla. Pero esta respuesta olería a retórico, y a retórico parlamentario. Sería brusca, tajante y ligera. Barrès merece que se le conteste de otro modo.

Le diré, pues, sencillamente, que el problema me parece mal planteado. El zar Nicolás y el emperador Guillermo no ocupan los tronos de Alemania y de Rusia porque cuenten con la mayoría de los electores de su país [1], sino que, al contrario, cuentan con esta mayoría porque ocupan el Trono. Sentemos en él a nuestro rey. El poder real, como todos los poderes, es anterior a la aceptación y al asentimiento de los electores: es un hecho, y yo entiendo por esta palabra un fenómeno de fuerza, la manifestación de una energía política más o menos sancionada por las circunstancias y más o menos confirmada por los hechos. Cuando hablamos de restaurar en Francia la Monarquía hereditaria, pretendemos determinar un hecho de esta naturaleza.

Y no hay un solo ejemplo en la Historia de una iniciativa feliz (quiero decir, positiva y creadora, no destructiva ni puramente defensiva) que haya sido tomada por una mayoría. El

1. En Polonia, donde la Monarquía era electiva, ocurría lo contrario; por esto no se habla de Polonia más que en tiempo pasado. Al exagerar la independencia individual, los polacos de ayer comprometieron la independencia de su nación.

camino normal de todo progreso es bien diferente: la voluntad, la decisión, la iniciativa, salen de un grupo reducido; el asentimiento o la aceptación, de la mayoría. A las minorías pertenece la virtud, la audacia, el poder y la concepción. Habitualmente inerte, indiferente y torpe, la mayoría está sujeta a pánicos cuyos efectos inmediatos son a veces convenientes, pero de una conveniencia invariablemente estéril si no va acompañada de alguna impulsión directora. Por ejemplo, las elecciones de 1871, hechas en medio del pánico de la guerra y de la *Commune,* dieron muy buenos resultados, pero estos resultados no sirvieron para organizar nada, porque faltó una minoría selecta con ideas directivas y voluntad firme para rehacer la Monarquía.

No tenemos, pues, por qué preocuparnos de conquistar una mayoría, porque la mayoría vendrá a nosotros por sí misma. Me parecen posibles dos cosas: o las amenazadoras corrientes naturales llevarán automáticamente, como en 1871, como en 1849, a la mayoría nacional a desear una restauración, o bien un golpe de Estado militar derribará la República y restaurará la Monarquía, porque nuestra propaganda, anticipándose a la ruina, habrá logrado que una minoría selecta se haya declarado monárquica, y esta minoría consciente habrá hecho sentir desde los altos puestos su influencia directora.

En el primero de los casos, la adhesión de la mayoría queda lograda por definición. En el segundo, la adhesión se impone por la fuerza apoyada en la persuasión: el poder espiritual de la selección convertida al monarquismo, la autoridad de sus componentes, la influencia intrínseca de una concepción verdadera, vendrán a justificar, después de haberlo provocado, el arranque del brazo secular en favor de la Corona.

Objeta Barrès: —¿Pero en qué queda, en tal caso, la voluntad de la mayoría? —¡Ah!, pues en lo mismo en que viene a quedar en presencia del cirujano que cuenta para operar con el consentimiento de la razón. Recuerde Barrès las lecciones de toda la Historia. Agrupe las diversas sugestiones de su psicología tan fina y tan profunda: la mayoría está siempre en favor del gobierno establecido en cuanto éste consigue asegurar el orden y hacerse respetar. Y esto será lo que haga el duque de Orleans. ¿En qué se apoyará para lograrlo?, pregunta Barrès. Se apoyará, necesariamente, en el Ejército, y esto basta. Porque si la Monarquía no puede aceptar un programa democrático, no es indispensable que el día de su advenimiento se encuentre con una aristocracia ya constituída. El porvenir de la aristocracia (entendida ésta en el sentido más amplio) depende de la restauración monárquica, pero la restauración monárquica no depende para nada de la aristocracia. El rey la reorganizará con aquellos de sus elementos antiguos que han sabido conservar su vitalidad, la energía y el honor, aumentándolos con los nuevos elementos dispersos y todavía amorfos que las selecciones francesas habrán de ofrecerle.

Voy más lejos aún: si bien lo mira Barrès, se dará cuenta de que el vigor de una organización aristocrática en la Francia contemporánea no sería ningún fenómeno favorable a la restauración de la Monarquía. Antes al contrario, podría ser causa favorable al matenimiento de una República. La decadencia de la aristocracia es un hecho certísimo; pero, si no hubiera tal decadencia y por el contrario contáramos con una aristocracia floreciente, una aristocracia organizada, arraigada, fuertemente unida a los destinos de Francia, ello podría representar una gran fuente de vida y de prosperidad para el régimen republicano.

Todas las Repúblicas prósperas, todas las Repúblicas en su tiempo de prosperidad, han sido aristocráticas. Basta con citar a Venecia, a Roma, y el período orgánico de Atenas. Cuando una República tiende a las formas democráticas, se convierte —de un régimen de producción regular y coordinada que era— en un régimen de puro consumo. Vienen el botín y el reparto de los recursos morales y físicos del Estado. Los intereses particulares suplantan el interés general; parásitos, viven de él y, ni queriéndolo, pueden servirle: una divergencia funesta, que crece todos los días, estalla entre los ciudadanos, que desde aquel momento quedan entregados a la tiranía de las facciones (a menudo representadas por el nombre de un hombre) y expuestos, como último resultado, a la conquista extranjera, precedida o seguida de un agotamiento general.

No cuesta gran trabajo el explicarse esta carrera de las Repúblicas democráticas. Pero ¿de dónde proviene la prosperidad de las repúblicas aristocráticas? De una causa constan-

te, aunque misteriosa. Las Repúblicas patricias se rigen por la ley de los Estados prósperos. Esta ley es la herencia.

Lo mismo da que el poder supremo esté concentrado en una familia o repartido entre muchas, porque el efecto primero del régimen hereditario es nacionalizar su poder. La dinastía reinante, o, si existen en número necesario, las familias preponderantes, unidas con estrechos vínculos por su interés propio a los intereses más profundos del Estado, procuran, como es humano, su interés particular, pero, al servirlo, sirven además, y al mismo tiempo, el interés general. Esta es una de las cosas más sutiles de la política natural. Hay que empezar por comprenderla bien. Porque, una vez comprendida, se explica perfectamente la prosperidad o la decadencia de los Estados según vivan o no en conformidad con la ley de la herencia. ¿Cuenta el interés general con un órgano o con órganos poderosos interesados por su propia conveniencia en defenderlo? El Estado monárquico y poliárquico podrá marchar, pero, si faltan tales órganos, falta todo, por no haber una dirección orgánica continuada.

Si existieran en Francia algunos millares de grandes seculares familias nacionales organizadas a la manera del Estado Monod [1], que es antinacional, sería posible la República Francesa. Hasta podría llegar a ser floreciente. Observemos, de paso, que pareció posible una república en nuestro país, ya a mediados del siglo XVI, ya en el tiempo de la Fronda [2]. Al mostrarme la decadencia de la aristocracia, Barrès me muestra la imposibilidad actual de una República próspera, poderosa, o siquiera decentemente viable...

Él quiere establecer en ella una autoridad gubernamental

1. Sí, pero no tenemos ni hemos tenido nunca unas familias "organizadas a la manera del Estado Monod", es decir, capaces de confederarse entre ellas y de este modo regir el Estado. ¿A qué es debido esto? En la época en que llevaba a cabo mi *Encuesta sobre la Monarquía*, no había pensado mucho sobre este problema que me he planteado y resuelto más tarde, particularmente en una serie de conferencias en el "Institut d'Action française" sobre la derrota de la aristocracia ateniense y en mi *Dilèmme de Marc Sagnier*, páginas 49, 50, 51, 55, 56 y 57. (Nota de 1909). Páginas 57 a 61 de la edición definitiva, *La Démocratie religieuse*. (*Nota del editor*.)

2. FUSTEL DE COULANGES, según sus notas póstumas, recogidas por M. Paul Guirau.

enérgica. Pero ¿cómo se las arreglaría para nacionalizar esta autoridad, o, dicho de otra manera, para que ésta se aplicase de modo espontáneo, natural, habitual, no sólo en los arranques de buena voluntad, sino a cada hora, a cada minuto, a procurar el bien público?

M. Waldeck-Rousseau, y antes de él M. Constans, han sido cada uno una especie de dictadores. ¿Parlamentarios? Pase. Pero ¿qué seguridad hay de que la masa no sea conquistada un día u otro por los errores o por la corrupción de su Parlamento? La Historia nos enseña que hay que tener previsto este caso. Mediante una figura más cordial o de colores un poco más vivos, un Waldeck, un Constans pueden ser plebiscitados. Las funestas instituciones del Consulado, la abominable política de las nacionalidades europeas, fueron plebiscitadas en la persona de Napoleón III. ¿Y de qué sirve aumentar los poderes de la autoridad central si ésta se ejerce en provecho y al servicio de los judíos, de los Monod y de todo cuanto es extranjero?

Cuando la representación nacional está sabiamente combinada (sírvame de apoyo M. Charles Benoist), la elección puede, al fin y al cabo, expresar la suma exacta de los intereses particulares representados, pero sería una gran equivocación el concebir el interés general como una simple suma de intereses particulares. Es esto, sí, pero es también otra cosa, como el agua es oxígeno e hidrógeno con algo más, o sea la disposición de estos componentes. La noción del interés general lleva en sí hasta un elemento material nuevo o que no se encuentra más que en dosis insensibles en la suma de los intereses particulares: es la inquietud y el presentimiento de lo por venir. Los intereses particulares son de orden inmediato. En política, miran a lo presente. Por el contrario, el interés general de un gran Estado entraña en cada momento el sacrificio de un bien inmediato en razón y beneficio de posteriores desenvolvimientos. Cuando llega a ocurrir que una aristocracia directora une estrechamente la propiedad y la herencia, el territorio y la sangre, el interés general puede aún serle sensible, calculable, accesible. Nada de esto ocurre en la Francia de 1900. Pero hay que buscar lo equivalente, si los franceses de 1900 tienen algún deseo de conducir a su patria más allá de la hora que pasa.

Para encauzar este deseo son menester unos jefes hereditarios. Y restablecer un jefe sería cosa de un momento, mientras que habría que esperar siglos para conseguir la reconstitución racional de una aristocracia nacional.

Lejos, pues, de *permitir reformas,* según cree Barrès, el sistema democrático republicano no asegura siquiera el nacionalismo de los depositarios de un poder efectivo. Por la fuerza misma de las cosas, están a menudo para alquilar y para vender. Hállanse de continuo a merced de las desorientaciones de la opinión. Aumentar sus poderes es acrecer los riesgos que habrá de correr la nación: por un dictador patriota, nos hallamos expuestos a ver aclamados cuatro o cinco antipatriotas. ¿Aclamaría un día Francia a su enemigo jurado? ¡Cómo ver con calma semejante hipótesis!

Me pregunta Barrès por qué no procuramos *hacer razonable el sistema que la mayoría acepta.* Pero ¿cómo tratar de hacer razonable lo que va contra la razón? Fortificar el Estado dejándole a un tiempo la facultad de revolverse contra la Patria es un sistema que creemos incompatible siempre con el sentido común. No emprendamos una tarea superior a las fuerzas humanas y hasta a un poder divino. Porque se trata de una imposibilidad pura y simple.

¿El voto de la mayoría? ¿Está seguro Barrès de que se trata de la opinión explícita y consciente? *La fuerza del sentimiento,* de que también me habla, ha de oponernos, sin duda, nuevos obstáculos y dificultades, pero no es ningún absurdo pensar que serán vencidos. Si no lo son, *las fuerzas francesas, cada día más debilitadas,* como dice Barrès, no se limitarán a dejar destruir a Francia: como la debilidad habrá alcanzado los cerebros, serán ellas mismas las que contribuyan a la obra destructora. Ya lo hemos visto en el "affaire Dreyfus", cuya lección ha sido demasiado olvidada.

Puesto que Barrès reconoce en el duque de Orleans, lo mismo que en el conde de París y en el conde de Chambord, *el sentido histórico de la función real*[1], sería una hermosura, y con-

1. Luis XV y Luis XVI, a quienes niega este sentido, estuvieron tal vez menos desprovistos de él de lo que supone. A Luis XVI habría que contarle la reorganización militar y marítima que llevó a cabo. En cuanto a Luis XV, su obra diplomática, alguno de cuyos aspectos es

venientísimo, que el joven organizador de las doctrinas nacionalistas terminara la educación de la conciencia francesa dándole a conocer al Príncipe que personaliza en sí todas estas verdades y todos nuestros destinos en lo que tienen de afortunados. La política autoritaria de Maurice Barrès supone, siendo nacionalista como es, a un rey en la cima del Estado. Su política descentralizadora exige igualmente este rey: M. Buffet y M. de Saluces lo han demostrado con claridad suficiente. Hay en Francia una difusa intuición del peligro común, del mismo modo que hay un deseo de salud pública y además un violento apetito de sentirse gobernados. Aproveche Maurice Barrès estas sagradas fuerzas naturales según la verdadera conveniencia de la patria. Tal vez algunos centenares de imbéciles le criticarán por ello. Pero yo le prometo la aclamación unánime de sus hijos, y, si es sensible a ello, el placer de llevar a cabo una obra difícil, pero grande.

Vivimos en medio de las ambiciones más miserables. Acuñemos en oro puro la medalla de estas pasiones y quedará el recuerdo de que tuvieron una virtud.

Después de nueve años

No logré convencer a Maurice Barrès. Unos meses más tarde, en la inauguración de las comidas de *L'Appel au Soldat,* el 7 de febrero de 1901, pronunciaba estas palabras, demasiado notables para no ser transcritas aquí: "¡Qué mediocridad doctrinal la de nuestros adversarios internacionalistas! Su bagaje no puede ser utilizado más que para los comicios agrícolas. Es un orfeón pasado de moda. Yo quisiera que todos los hombres que estudian leyeran la ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA... Yo no soy monárquico, pero me parece imposible que haya un libro de literatura política en que se unan más elementos de satisfacción para la razón y la alta cultura. (*Action Française,* del 15 de febrero de 1901.)

muy considerable. ¡A ella debemos Córcega y la Lorena, Barrès! Si usted se mostraba ingrato, yo me mostré distraído. (Nota de 1909.)

CARTA DE M. HUGUES REBELL[1]

QUIENES estén al corriente de la literatura moderna comprenderán fácilmente el que me haya dirigido a M. Hugues Rebell después de a M. Maurice Barrès. El autor de *La Nichina,* de *La Câlineuse,* y de *La Camorra* tiene un puesto, desde hace mucho años, entre los jóvenes capitanes de la intelectualidad francesa. Y no sólo en razón de sus libros de cuentos, tan pintorescos y voluptuosos, enriquecidos por las sensaciones de la energía y del amor. La belleza y fecundidad de su fuerza creadora, su imaginación afortunada y fácil, su gusto amplio, complejo y armonioso, van acompañados de otros dones de muy distinto carácter, casi opuestos a los primeros y casi tan desarrollados como ellos: espíritu crítico, facultad de abstracción y de generalización y capacidad de justipreciar a un tiempo mismo sentimientos e intereses.

M. Hugues Rebell se reveló desde sus primeros pasos como un filósofo político. Diez años hace que publicó su curioso ensayo sobre la *Unión de las tres aristocracias* (la aristocracia de la raza y las de la inteligencia y el dinero) que es un precioso y original testimonio de cuánto puede el verdadero talento aplicado a la defensa de la verdad.

A mayor abundamiento, el concienzudo estudio de la filosofía de Nietzsche a que M. Hugues Rebell se ha dedicado, lo ha confirmado en la doctrina tradicional de los pensadores franceses; Nietzsche es, con Goethe y Schopenhauer, uno de esos alemanes que no tienen reparo en llegar a afirmar y probar la superioridad del modelo clásico francés sobre el genio

1. M. Hugues Rebell falleció el 6 de marzo de 1905, a los treinta y siete años de edad.

de su propia familia étnica. Estas confesiones del germano fueron muy provechosas para M. Hugues Rebell, pero éste no ha asimilado de Nietzsche ni la extravagancia romántica de las concepciones ni el giro bíblico de la inspiración.

M. Hugues Rebell es un antiprotestante nato. Sus *Cantos de la lluvia y del sol* están llenos de invectivas contra la cohorte lúgubre de los ministros, de los pastores y los predicantes: "¡Amigos, amigos míos! ¿Qué día quemaremos en la plaza pública la *Institución Cristiana?* ¿Cuándo cubriremos de lodo la efigie de Calvino?" Es de notar que semejantes frenesíes no son frecuentes en M. Rebell. Para ello, es menester que un nombre harto odioso le cruce por la imaginación. El estilo que le es grato tiene, por el contrario, un tono dulce, una luz moderada y fina, un ritmo sencillo e igual. Tal estudio de crítica aparecido en esta o en la otra revista, tal *Carta a un católico* (serie de observaciones dirigidas a nuestros "reconocementeros") [1], dan idea de esta manera, muy francesa.

Espíritu audaz y libre, antidemócrata por gusto y por reflexión, pero demasiado superior a la política al uso, M. Hugues Rebell era monárquico desde hace mucho tiempo. ¡Cuántas veces hemos deplorado juntos la debilidad o la inercia de un "partido" que desconoce sus magníficos recursos! ¡Qué de gestiones hemos hechó los dos! ¡Qué lamentables conversaciones con gentes que el rumor público nos asignaba por jefes, hemos sostenido y soportado! Estas fatigas pasadas, aun habiendo sido un poco inútiles, no desanimaron nunca a Hugues Rebell, pero la revelación de un Buffet y de un Lur-Saluces, esta repentina aparición de verdaderos jefes, no podían dejarlo indiferente.

A este propósito me ha escrito la hermosa carta que sigue:

Mi querido amigo:

Su encuesta sobre la Monarquía debe llenar de gozo a cuantos ven en el restablecimiento de la monarquía nacional el único medio de salvar a Francia. Viene, como la luz, a disipar las tinieblas que nos envuelven y a revelar nuestra verdadera existencia. El partido monárquico ya no es la tropa de soñadores que podía parecer a algunos hasta ahora. Ya nadie podrá decirnos: "¿A dónde vais?, ¿cuál es vuestra bandera?, ¿qué pretendéis?" A todas estas pre-

guntas que dicta una prudencia ciega y santa, puesto que no hay más que una sola manera de ser monárquico, se encargan de contestar M. André Buffet y el conde de Lur-Saluces, como hombres que prefieren los hechos a las palabras, la realidad a las utopías, las construcciones sólidas a lo improvisado y a los paraísos engañosos de la democracia.

Lo primero que sorprende en esta encuesta es la naturalidad, la sencilla campechanía de las explicaciones. M. Buffet y el conde de Lur-Saluces hubieran podido, como Bossuet, como Joseph de Maistre, sacar sus argumentos de la filosofía y ofrecernos unas sabias demostraciones. Pero han pensado acertadamente que no había que probar ya lo que la experiencia demuestra a diario, que los desórdenes de estos últimos años son bastante elocuentes por sí mismos y que, para defender una causa tan clara, no hacía falta más que presentarla bien.

A través de sus palabras precisas, la Monarquía aparece joven y vivida; no es una de estas viejas cataplasmas que nuestros salvadores modernos nos ofrecen a diario: mitad americanas, mitad inglesas, mitad plebiscitarias, mitad autoritaristas; no, es algo nuevo cuya novedad, con todo, no puede sorprendernos, porque le hallamos los rasgos familiares que nuestros antepasados veneraban, el perfil mismo de la patria.

Es en vano que la República se pavonee de encarnar la patria; para nosotros no es más que bastardía y usurpación. Viene del país de Utopía, pero no por ello resulta menos extranjera. Ella misma se siente extraña a nuestro hogar. ¿Acaso todo nuestro arte, nuestra literatura, nuestros monumentos, nuestras costumbres, todo lo que es francés, no proclama muy alto la sabiduría y la autoridad de nuestros reyes? La República no puede entroncarse más que con nuestras flaquezas y nuestras culpas; ¿qué hombre, si no es un insensato o el último de los ignorantes, se atreverá a comparar la vida magnífica y gloriosa que fué la de la Monarquía francesa, este gran esfuerzo, este dilatado ahorro de cerca de diez siglos, con el inmundo derroche del 89 y del 70, a aquellos diez años de motín, de guillotina y de proscripciones, a estos treinta años de desorden y vergüenza?

Un escritor español, que, por cierto, no es de los nuestros, me decía hace poco: "¡Cómo ha cambiado París! Echo de menos su lujo, su elegancia, su alegría de antaño." Es cierto. París está desconocido, las ciudades francesas están desconocidas. La República, que no es capaz más que de levantar sus palacios de cartón, se lanza con rabia contra todo lo que es noble y durable, contra todo lo que recuerda el esplendor de nuestro pasado, contra los castillos

y los jardines de los reyes. ¡Se siente ante todo ello tan pequeña! Pero no le basta con afear y entristecer nuestras calles; lo que, por encima de todo, quiere hacer suyo, lo que quiere transformar, es el alma y la vida francesas.

Un día en que Guillermo II insistía con Bismarck para conocer unas conversaciones políticas que se habían sostenido en casa de este último, el canciller le contestó: "Majestad, los derechos del emperador se detienen en el salón de la princesa de Bismarck." Guillermo II no replicó. Contrariamente a lo que ocurre con los poderes absolutos, los derechos de la República comienzan en el dintel de la intimidad de cada uno de nosotros. Sabe de sobra que es demasiado antifrancesa para poder gobernar sin una inquisición de cada momento. Y ni siquiera lo oculta. Hace tiempo que ha renunciado a las hipocresías de los comienzos: lo mismo los jacobinos como M. Brisson, que los socialistas como M. Guesde, quieren borrar de sus programas respectivos aquella libertad con que embaucaban a las turbas y que, por lo demás, no ha existido nunca más que en sus discursos y sobre sus monumentos. Ocupado en vigilar a cada ciudadano, en ejercer su tiranía sobre todos los funcionarios, con la pretensión de imponer su doctrina con exclusión de otra cualquiera, y de controlar nuestra fortuna, nuestras costumbres, nuestro pensamiento, el Estado republicano, que quiere serlo todo: profesor, médico, higienista, sacerdote, censor; el Estado republicano, que quita hoy su puesto a los padres al arrancarles la educación de los hijos, y que mañana acaso (pues hay que esperar de él cualquier locura) se hará nodriza y ama de niños; el Estado republicano no puede, ciertamente, tener tiempo de ser simplemente él mismo, de llenar sus funciones de Estado, es decir, de velar por los intereses generales, por el poder y la gloria del país.

Aunque pudiera, no querría. Interesadísimo como es cuando se trata de su propia fortuna, es de una generosidad sin límites cuando de la fortuna del país se trata. Entonces ya no es francés, sino humanitario, ya no es un jefe, sino un apóstol, algo así como un Robert-Macaire iluminado. Cuida de sus asuntos propios con un cierto buen sentido, pero, en cuanto ha cerrado su caja, se olvida de las pasiones humanas, habla de las "encrucijadas de la Historia" (?), de la "fraternidad universal", de la "paz general". Todas las tonterías sentimentales de los sanguinarios jacobinos le vienen a la memoria. Se desquita en sus actos públicos de su vida privada.

¿Cómo, pues, en su completa ignorancia de la historia de los pueblos, en su instintivo menosprecio de todo aquello que no se refiere a su persona y a sus bienes, cómo podría adivinar que el

movimiento nacionalista, tanto en Francia como en el resto de Europa, lo mismo entre los cristianos que entre los judíos, es el gran hecho histórico de este siglo? ¿Cómo puede saber que las razas humanas se perfeccionan lo mismo que las razas animales, gracias al celo de los educadores por eliminar cualquier principio extraño, una vez que el tipo, tras múltiples cruces, está creado y que la estima de la propia raza se ha convertido en él en el instinto mismo de la vida? Este buen republicano es "intelectual", es sabio, del mismo modo que es liberal: sólo de palabra.

Persuadámonos, pues, de que es tanto más peligroso cuanto más se ocupa del bien público, porque su "*bien público*" es cuanto hay de más opuesto a los intereses de la raza. Por ejemplo: el bien público es la supresión del Ejército. Más de una vez ha procurado la realización de su sueño. Ha empezado por confeccionar unas leyes militares, las más funestas de todas, las que tienden a reemplazar al soldado de profesión, de calidad, por una turba inexperta y a convertir una carrera especial y llena de honor en algo penoso y común a todos. Tras esto, ha abierto las filas del Ejército a los extraños, a la raza que, como no tiene una patria que defender, no puede ser, en los campamentos, más que un enemigo o un desorganizador.

Será la Corona quien restablezca en su dignidad al Ejército entregándolo de nuevo a los soldados y a los franceses. Asimismo, devolverá al país estos grandes cuerpos del Estado que sólo deben estar en manos de franceses: la magistratura y la Universidad. La República humanitaria ha podido confiar a extranjeros que desconocían nuestra lengua y nuestro espíritu la misión de instruir a nuestra infancia; la Monarquía nacional velará por el tesoro de nuestra conciencia como sobre nuestros demás bienes. Del dinero que sirve hoy para la propaganda jacobina, para las escuelas revolucionarias y para los derroches privados, sacará una retribución decorosa para el profesor y para el oficial, los primeros servidores de la patria, a los cuales la generosa República no otorga siquiera el sueldo del último viajante de novedades.

Ciertamente, la tarea de la Monarquía es vasta, pero M. Buffet y el conde de Lur-Saluces nos han demostrado que es perfectamente realizable por la sencilla razón de que es perfectamente razonable. ¿Acaso las dos palabras que la resumen—libertad, autoridad—no constituyen la condición esencial del bienestar de los individuos y de la forma de una sociedad? La República da a los seres libertades inútiles y les niega las libertades necesarias. La República tiene la tiranía social y la indiferencia política de los poderes amenazados, la República desdeña el mérito personal y no

cuida en sus servidores más que su fanatismo... De consiguiente, la Monarquía no tiene más que hacer, en todo, lo contrario exactamente de la Bestia para estar segura de seguir el buen camino.

¡Ojalá nos sea dado, mi querido amigo, contemplar pronto las bienandanzas de la Monarquía! Por más que la locura es contagiosa, abrigo todavía la esperanza de que los dos o tres mil fanáticos (porque no son más) que procuran arrastrar a Francia hacia sus insensateces y sus quimeras no triunfarán del buen sentido de nuestra raza. ¡Oh, qué hermoso día aquel en que podamos, en pleno París, lanzar, con todo el pueblo, desengañado al fin, el viejo grito de nuestros abuelos: ¡Viva el rey!

HUGES REBELL

He aquí unos conceptos irreprochables que todo realista ilustrado y consciente suscribirá gozosamente. ¡Y qué sinónimo tan hermoso ha encontrado M. Hugues Rebell al nombre de la República democrática! Taine había dicho *"el cocodrilo"*. Pero ¿por qué el cocodrilo más que el camello, el asno o la víbora? Bajeza, majadería, vaciedad, todo esto es republicano democrático. Nuestro amigo ha hallado un apodo más sintético que ningún otro. Ha dicho simplemente *"la Bestia"*, y todo el mundo ha reconocido en seguida al funesto animal.

CARTA DE M. GUSTAVE BOUCHER

ALGUNOS nacionalistas se vanaglorian a veces de realizar en el seno de los "antiguos partidos" y en provecho de la República, verdaderas pescas milagrosas. Nos guardaremos bien de dudar de tales adhesiones, que no nos costaría ningún trabajo explicar en detalle. Si la República no es muy seductora, es, en cambio, una realidad, y más de un candidato impaciente calcula que una profesión de fe republicana impulsará su carrera, abreviará sus esperas o le valdrá acaso fuertes contingentes de nuevos electores. Probablemente, el cálculo es falso. André Buffet me lo demostraba, y, a mayor abundamiento, los hechos se han encargado de hacernos ver cómo, si a los realistas se les tiene miedo, a los "reconocementeros" se los desprecia.

Hay, pues, motivos para pensar que semejante cálculo político, inexacto en sí mismo y desmentido sin cesar por la experiencia, no tiene hoy demasiado crédito. Aun la candidez de las personas más simples tiene sus límites, y los prosélitos del sistema republicano no se hacen grandes ilusiones sobre el valor y la extensión de sus conquistas, ya que no hablan de ellas más que muy a medias palabras.

Por nuestra parte, si la fortuna favorece la obra emprendida, seguiremos el procedimiento contrario: cada vez que podamos gloriarnos de haber hecho un prosélito de la Monarquía, dejaremos consignado su nombre, su filiación y la calidad de los prosélitos. Y a ello añadiremos los motivos exactos de su evolución. Esto es más franco y claro e instructivo, además.

Acaba de darse el caso. Yo no había escrito a M. Gustave Boucher, director del *Pays Poitevin,* organizador de los Con-

gresos etnográficos de Francia. Me acuso hasta de no haberle hecho conocer directamente las páginas de la ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA. Gracias a nuestro distinguido colega M. Edmond Béraud, redactor jefe de la *Revue de l'Ouest,* antiguo colaborador de la *Gazette de France,* que se ha distinguido por una ardiente y generosa propaganda de nuestra encuesta, M. Gustave Boucher ha declarado su adhesión al programa de la monarquía nacional. La *Revue de l'Ouest,* en su número de 25 de agosto, insertó la carta de M. Gustave Boucher; gustosamente alteré el orden de lo que veníamos publicando para reproducir sin tardanza este noble documento, fruto de la lógica y de la buena fe.

M. Gustave Boucher es un devoto ardiente de nuestras tradiciones. Joven, activo, consagrado a las ideas que le son caras, ha provocado y sistematizado en las provincias del Oeste un vivísimo movimiento de renacimiento regional. Desde los productos más modestos del arte doméstico hasta los rasgos locales de la antigua liturgia, nada han olvidado M. Gustave Boucher y sus colaboradores de la *Tradition* de cuanto forma la venerable faz de nuestra vieja Francia. Sus congresos, sus exposiciones, sus fiestas populares, así como los estudios literarios y artísticos aparecidos en el *Pays Poitevin,* están impregnados de un sentimiento grande y fecundo de este dulce pasado nacional. En más de una ocasión yo he reconocido el valor de los trabajos de M. Gustave Boucher, cuando éste era todavía un infeliz republicano lleno de la voluntad de descubrir, bajo los barnices cosmopolitas, la fuerte substancia francesa. Hoy ya es realista. Yo le felicito por ello de todo corazón.

Niort, 24 agosto 1900.

A M. Edmond Béraud, redactor jefe
de la *Revue de l'Ouest*

Mi querido amigo:

Acabo de leer, con apasionado interés, la encuesta sobre la Monarquía que mi amigo Charles Maurras ha publicado recientemente en la *Gazette de France* y que ha llegado a mi conocimiento gracias a la atención de usted.

Sácase de este estudio que el señor duque de Orleans y sus consejeros basan la salvación de Francia en el regionalismo, doctrina de la que debe emanar, efectivamente, todo renacimiento nacional, toda libertad, toda autoridad, toda justicia.

Me permito enviar a usted un artículo aparecido en el *Pays Poitevin* de marzo de 1899. Si se toma usted la molestia de confrontarlo con las declaraciones de los señores Buffet y de Lur-Saluces, quedará sorprendido, como me sorprendí yo mismo, de la absoluta coincidencia de puntos de vista entre los regionalistas militantes y los consejeros del Príncipe. Soy demasiado lógico para no sacar una conclusión práctica de esta coincidencia.

En el artículo que le envío, expresaba ya mi convencimiento de la impotencia republicana para implantar esta reforma salvadora: "El triunfo del regionalismo... lo asegurará un hombre que encarne en sí el genio francés, y no una colectividad incapaz de cualquier arranque."

Esta impotencia parlamentaria yo la he oído proclamar hace algunos días, en el Congreso regionalista de París, por dos veteranos de la República, los señores Charles Beauquier y Edmond Thiaudière.

Si la salvación de Francia—según confesión de hombres de todos los partidos—está en el regionalismo; si, por otra parte, la República jacobina y el cesarismo son incompatibles con esta fórmula gubernamental; si, en fin, el duque de Orleans es el único pretendiente cuyo programa incluye, en estos momentos, la organización regionalista del país, a los regionalistas patriotas no les queda más que hacer una cosa: abrazar lisa y llanamente la causa monárquica.

¡Francia sobre todo!

¡Y viva el Rey!

Su afectísimo,

GUSTAVE BOUCHER,
Fundador
de los Congresos de la "Tradición nacional".
Director del *Pays Poitevin.*

M. Edmond Béraud ha acompañado esta carta de la reproducción del artículo en que Gustave Boucher afirmaba, en marzo de 1899, la incapacidad de la República para descentralizar, y pedía, para acometer esta gran obra, *un hombre.*

"¿Quién será este hombre? ¿Presidente, Emperador, Rey, Dictador? ¿Es uno de los actuales pretendientes? ¿Es el salvador que esperan algunos, guardado por la Providencia para

restaurar la Francia de Carlomagno y de San Luis? Sólo Dios lo sabe. Sea lo que fuere, sólo vivirá el régimen, republicano o monárquico, que haya comprendido y hecho suyas las teorías regionalistas; vivirá con la gratitud de todos los franceses libres de la argolla centralizadora y burocrática, de la opresión de las sectas, del despotismo del Estado."

De consiguiente, M. Gustave Boucher ha resuelto los problemas que se planteaba a sí mismo hace año y medio. Claramente ha visto que la condición indispensable de las reformas descentralizadoras es la Monarquía. ¡Profunda y clara verdad que no supieron ver los conservadores de la Asamblea nacional en 1871! La *Gazette de France* no dejó de repetirles en los momentos del proyecto de Raudot: —Traigamos antes la Monarquía, establezcamos esta permanente posibilidad de reformas, y las reformas saldrán necesariamente de ella... Se prefirió forjar la ley de los Consejos generales, y así fué como, "con el arado puesto delante de los bueyes", esta excelente institución no sirvió para nada.

Treinta años de amarga experiencia, acaso nos han hecho pagar ya lo bastante esta culpa. Mas es menester repetirlo a todos nuestros reformadores: —Que traten de hacer viables las reformas, que establezcan, ante todo, el órgano y el medio de llevarlas a cabo, en una palabra: que empiecen por traer la Monarquía. ¿Sois antiparlamentarios? La Monarquía. ¿Antisemitas? La Monarquía. ¿Antidreyfusistas? La Monarquía. ¿Queréis devolver sus privilegios y sus prerrogativas a la Iglesia? La Monarquía. ¿Queréis evitar las intromisiones clericales? ¡La Monarquía también!

Ella es condición común de toda obra de salvación, de todo progreso. Algún bromista tal vez diga que la presentamos como una panacea, pero yo he demostrado cien veces que es el plano geométrico de todas las reformas necesarias a nuestro país. Con ella, todo es posible; sin ella, no lo es nada. He aquí lo que M. Gustave Boucher ha comprendido admirablemente y lo que su ejemplo hará comprender a otros muchos [1].

1. Véase el Apéndice II.

CARTA DE M. HENRI VAUGEOIS

Director hoy de la revista *L'Action Française* y secretario adjunto de la *Liga de la Patria francesa,* M. Henri Vaugeois era profesor de filosofía en el colegio de Coulommiers cuando estalló el "affaire" Dreyfus. Además era secretario del *Bulletin de l'Union pour l'Action morale,* la revista fundada por M. Paul Desjardins para la conversión de los franceses al moralismo liberal y protestante. También era uno de los fieles discípulos de M. Gabriel Séailles, el cual, con su pretensión de arrastrar a las Musas y las Gracias decentes al vergonzoso culto de Calvino, ha sabido comprometer de curioso modo en esta aventura la memoria de Leonardo.

Tal era, hace tres años, M. Henri Vaugeois. O, hablando más exactamente, esta era su atmósfera y estas eran sus relaciones. Pero escapaba a ellas por ciertos rasgos de su espíritu y más aún de su sensibilidad. Sus compañeros de la "Vida nueva"—me refiero a los auténticos y buenos—observaban en él mil gérmenes de discrepancia. Los devotos de la pintura y de la escultura edificantes se preguntaban a veces hasta qué punto aquel diablo de hombre era un santo de su comunión. No obstante, M. Vaugeois estaba apegado a estos grupos. Hallábalos vivaces, enamorados de las ideas. Los Sylvain Pitt, los Letellier, los Deherme, figuras revolucionarias, pero muy interesantes, proporcionaban a su espíritu voluptuoso unos placeres intelectuales tan frecuentes y tan raros, que olvidaba por ellos los escrúpulos que otras veces experimentaba.

Cuando M. Henri Vaugeois habla de este tiempo anterior al "affaire" Dreyfus, acostumbra decir bromeando: "*—Cuando yo era dreyfusista...*"

Su dreyfusismo era completamente teórico, quimérico y utópico. De la teología dreyfusiana, M. Henri Vaugeois sólo tenía las ideas. De los sentimientos no tenía ni un átomo. Así fué que, cuando estalló el histórico "affaire", cuando el verdadero Dreyfus fué conocido, cuando la defensa nacional y la existencia nacional se vieron amenazadas, cuando la Patria, cuando nuestra tierra materna apareció a merced de algunos judíos alemanes y de cómplices cuya tontería o cuya malicia los hacía indignos de llamarse franceses, M. Vaugeois oyó y escuchó el aviso de su ser más profundo. La vida anterior de sus padres pudo más que sus relaciones, sus amistades y hasta que sus gustos: hijo de francés y de francesa, ambos católicos, comprendió que, para él, Francia debía estar por encima de todo.

Y, de acuerdo con su amigo M. Maurice Pujo, provocó en la *Unión para la Acción moral* una escisión violenta. Mientras M. Paul Desjardins, a impulso de la curiosa mezcla de necedad que informa todo su talento, pero no sin secreta lógica, mantenía a la mayor parte de los miembros de su cofradía en la corriente de ideas dreyfusianas que conduce necesariamente a ser dreyfusista, M. Vaugeois se esforzaba en organizar el partido de la inteligencia francesa.

Aquel joven profesor casi desconocido (los artículos del *Bulletin de l'Union pour l'Action morale* son anónimos), aquel neófito de la religión nacional, comprendía que era necesario combatir a los enemigos de la nación con sus propias armas antes de combatirlos desde otro terreno. La iniciativa de la *Ligue de la Patrie Française* a él se debe, o, para ser más exactos, trabajaba en ella por su lado mientras M. Gabriel Syveton, por una parte, y, por otra, M. Maurice Barrès, con todos sus muchos amigos, laboraban también por ella a su modo y dentro de sus círculos respectivos.

El primitivo proyecto de M. Vaugeois era publicar un libro de reproche y corrección fraternos, cada uno de cuyos capítulos hubiera sido personalmente dedicado a algún dreyfusista conocido. M. Léouzon Le Duc, M. Dehodencq y M. Maurice Pujo participaban en este proyecto desde abril o mayo de 1898. Hasta parece que se contaba con la alta adhesión de M. Godefroy Cavaignac.

Pronto el proyecto tomó otra forma. Si se hubieran atenido a la primitiva, acaso la evolución política de M. Vaugeois hubiera sido todavía más rápida. El agrupar y coordinar por escrito las razones del nacionalismo es una prueba peligrosa para un espíritu filosófico, si está lleno de las ideas de 1789, liberales o democráticas. Se puede muy bien ser liberal y demócrata y no ser nacionalista; nada más sencillo. También se puede ser, al mismo tiempo que nacionalista, demócrata y liberal, a condición de guardarse de remontar hasta los orígenes, hasta la razón profunda de este sentimiento. Pero hay algo que es totalmente imposible: ser filósofo, o simplemente proclive a la reflexión, y mezclar al nacionalismo las supersticiones democrático-liberales. La inteligencia consciente se rige por unas leyes rigurosas que imponen escoger entre unos y otros principios.

Lanzado, en cambio, a la acción, M. Henri Vaugeois aplazó este análisis filosófico. Pero lo aplazado no fué perdido. Había nacido la *Patrie Française*. El éxito que tuvo no correspondía, aun siendo notable, a lo que habían esperado algunos de sus fundadores. Parecíales la empresa heroica en un sentido, incompleta en otro. Esperaban no algo mejor, pero sí otra cosa, del poder espiritual de los veinticuatro académicos unidos en una misma afirmación de fe patriótica. M. Vaugeois advirtió, viendo y oyendo a aquellos maestros, la extrema diversidad de las opiniones sobre los puntos orgánicos de la vida nacional. Sobre uno o dos puntos había un generoso acuerdo. Pero, si este acuerdo podía bastar acaso para conseguir algunos éxitos electorales, ¿era suficiente para marcar nuevos rumbos a la política francesa?

Secundado fraternalmente por su amigo el comandante Caplain, ayudado y aconsejado por el coronel de Villebois-Mareuil, decidióse, en junio de 1899, a la fundación de la *Action Française* [1]. En la conferencia inaugural, hubo un incidente. M. Henri Vaugeois habló, como suele, en términos bastante calurosos de la persona de Déroulède, y M. de Mahy, que presidía la reunión, protestó contra una apología de la dictadura que, a decir verdad, al orador no se le había pasado por las mientes.

1. *L'Action Française*, fascículo de 80 a 100 páginas, en 16.º, aparece dos veces al mes. París, 143, rue d'Aboukir. (Nota de 1900.)

M. Henri Vaugeois es de aquellos que han sabido siempre distinguir en Déroulède el carácter del hombre y las ideas del político. La tempestad se aquietó y la revista naciente dió mucho que hablar.

L'Action Française ha publicado, según orden cronológico [1], los admirables artículos de Villebois-Mareuil sobre el proceso de Rennes, "El Nacionalismo" de nuestro colega Maurice Spronck, elegido después consejero municipal del Gros-Caillou [2], mis "Monod pintados por sí mismos", las cartas de Liebknecht sobre el "affaire" Dreyfus, las conferencias de M. Copin-Albancelli sobre la francmasonería, de M. Lucien Moreau sobre la política monárquica, de M. Jean de Mitty sobre Stendhal, de M. Xavier de Magallon sobre Villebois-Mareuil, una importante carta a Maurice Barrès sobre la esencia del nacionalismo, la "Encuesta sobre el protestantismo" y otros muchos trabajos de filosofía política que demuestran un gran esfuerzo de la joven Francia para conseguir su restablecimiento.

Es interesante anotar que los dreyfusistas han fundado ya contra esta *Action Française* de Henri Vaugeois dos revistas de propaganda: *L'Union Démocratique* y *L'Œuvre sociale*. Ahora se habla de una tercera que acaso sea la buena, porque, hasta este momento el adversario no ha hecho nada que valga mucho la pena. M. Henri Vaugeois no ha hallado todavía en su camino ningún obstáculo serio. Es verdad que, en cambio, sostenía en su interior una lucha bastante dramática.

M. Henri Vaugeois nos la ha descrito. Esta descripción, que aquí sigue, me dispensa de tributar ningún elogio al talento del escritor, a su estilo sensual y rápido, a su lenguaje flexible, avalorado por los más vivos y más sutiles matices, con curiosas ironías en sordina. Pero sí diré que quienes oyeron a M. Henri Vaugeois en la "Asociación nacionalista de la juventud" reconocen unánimemente en él sobresalientes dotes de orador y conferenciante.

Réstame prevenir a los lectores contra la influencia exagerada que M. Vaugeois me atribuye en esta crisis espiritual, de la que sólo he sido un intérprete, ora para traducir al lenguaje de hoy los antiguos axiomas de la doctrina monárquica, ora para explicar la lección de cosas que esta doctrina hace más asequible.

1. Cada uno de los números de *L'Action Française* va encabezado por una gran "Nota política" de M. Henri Vaugeois.
2. Diputado hoy por el distrito 7.º de París. (Nota de 1909.)

He aquí la carta de Vaugeois:

Mi querido amigo:

Tendrá usted que perdonar la indiscreción de la extensión que habrá de tener esta carta. Hubiera yo querido poder dejar sentadas en términos breves las impresiones que, sobre su encuesta, ha querido usted pedirme. Pero no sé cómo lograrlo: sus diálogos con los señores André Buffet y conde de Lur-Saluces, las importantes cartas que está usted recibiendo desde hace algunos días, los comentarios luminosos e incontrovertibles en que usted las encuadra, sus conversaciones diarias, en una palabra, y esta lucha infatigable, fácil, sonriente contra la masa de nuestras débiles objeciones—objeciones de republicano nacionalista, es decir, desquiciado—, todo esto, digo, para quienquiera que sepa el peso que tiene una inteligencia entera y libre en nuestra sociedad nerviosa, todo esto constituye una especie de acontecimiento.

Tengo curiosidad de comprobar dentro de unas semanas si este poder de la prensa que hemos apreciado en el "affaire" Dreyfus vale para extender y vulgarizar ideas sólidas como ha valido para difundir vagas sentimentalidades y enormes mentiras: si así fuera (que mucho lo dudo, querido amigo), pronto tendría usted a su lado este nuevo y vivaz partido monárquico en que usted sueña. Todo cuanto en Francia quiere la claridad, la fuerza soberana y la vivacidad de las concepciones, le seguiría... Veríamos repetirse, contra otras supersticiones, y casi en sentido contrario, la maravillosa campaña de los enciclopedistas... Pero ¡ay!, ¿es que todavía están los tiempos para empresas de filósofo? En todo caso, prefiero creerlo, razón por la que voy a contestarle tratando de dejar anotadas solamente—y tal como yo las veo—, para que usted las tenga en cuenta si le parece oportuno, las coincidencias y las divergencias psicológicas o morales que quedan en pie, después de su encuesta, entre las veleidades de los franceses de hoy que son republicanos y los objetivos concretos de la política del señor duque de Orleans.

Es menester que el descendiente de nuestros reyes—si realmente abriga el temible propósito de reconstruir su Casa (la ciudadela que defendió durante tanto tiempo a Francia)—sepa cuán pobres recursos ha de encontrar entre nosotros, qué irreductibles, ciegas y casi físicas potencias habrán de oponérsele, y acaso hasta a sus sucesores todavía. Pero la Historia no se hace a poco precio.

I

La primera atracción que tienen para mí las ideas monárquicas, tal como quedan expuestas en las declaraciones de los señores André Buffet y de Lur-Saluces, es su indiscutible seriedad. Quiero decir con esto que ningún adversario podría, por mucha que fuese su mala voluntad, empequeñecer ni ridiculizar de algún modo los sentimientos políticos de sus dos nobles interlocutores. Estos sentimientos se les puede desdeñar o se les puede temer, envidiarlos en secreto como inaccesibles o desconocerlos profundamnte en su raíz misma, pero no es posible burlarse de ellos como de una cosa disparatada, porque se les ve perdurar, perpetuamente corroborados y mantenidos como se ven por una sutil experiencia, es decir, por la razón.

Atrevámonos a confesarlo: después de estos dos últimos años, hay para nosotros, nacionalistas, en esta seriedad, limpia de toda exaltación, una especie de sorpresa y una tranquilidad. Teníamos fiebre—"fiebre francesa", dice nuestro amigo Barrés—; ¡pero la fiebre es fea! Y estas gentes que, no obstante, quieren lo mismo que nosotros, no la sufren. Tal vez es porque saben mejor que nosotros cuáles son las condiciones de la restauración de Francia que con tanto afán buscamos todos, y porque, conociéndolas y ateniéndose a ellas, pueden trabajar con continuidad, más seguros de sí mismos y menos dependientes que nosotros de las variaciones del momento.

¿Quién no se ha dado cuenta de ello? El nacionalismo es una protesta, una rebeldía instintiva contra un error político evidente: el clásico error revolucionario de los "Derechos del Hombre" que ha enzarzado al Estado con los legistas de un Dreyfus y dado en espectáculo a Europa a una Francia enredada en el más ridículo y más insoluble de los procesos de *chantage*. Pero la verdad contrapuesta a este lamentable error no la formula el nacionalismo. No podría, además.

Hasta en épocas normales, cuando todo está en su sitio, una verdad política—es decir, una ley reguladora de la más compleja de las ciencias, la de las relaciones posibles entre los hombres agrupados en sociedad—no puede ser apreciada claramente por un gran número de aquellos mismos que han de experimentarla. La multitud no comprende nada y, sobre todo, no prevé nada: por consiguiente, al pie de la letra, *nada quiere*. Y el partido antidreyfusista es una multitud y es necesario que siga siéndolo y que siga oyéndose su clamor, potente sólo en razón de su volumen. Hemos de reconocer que en vano se pediría a este partido otra cosa que sus voces y sus incoherentes llamadas a la ayuda de Juan y de Pedro.

Todavía creemos hoy en la utilidad de las *Ligas*. Y, no obstante, nos basta con pensar en el porvenir para comprobar toda su insuficiencia. En el simple deseo de encontrarse juntos unos con otros, muy a menudo, en gran número, en manifestaciones de cólera o de entusiasmo comunes, no puede hallarse el motivo que decida a ningún hombre de buen sentido a abandonar por mucho tiempo sus asuntos privados para "entregarse a la política". Un instinto oscuro, pero fuerte, hace adivinar al pueblo reunido en torno de nuestros oradores patriotas que se esfuerzan en hablar "para él" y en sacar de sus sentimientos un programa de reformas, que en todo esto hay, por lo menos, un poco de ligereza. Y aparece claramente la insuficiencia del método democrático para salir de la anarquía puesta de manifiesto por el dreyfusismo.

Pero ¿cómo repudiar el sistema democrático si uno se empeña en seguir pasando por republicano? No todas las personas que frecuentan reuniones y conferencias, durante estos meses de significativas luchas entre nacionalistas y dreyfusistas, tienen tiempo o capacidad de analizar las dos doctrinas remontándose hasta el principio secreto de cada una de ellas; no todas han podido darse cuenta tan exactamente como M. Charles Dupuy [1] del ligamen natural que hay entre el espíritu republicano profundo y el desprecio del militar, por una parte, y entre la simpatía al Ejército y el sentimiento monárquico, por otra. De todos modos, no cabe dudar de que han adivinado que en el fondo de la política nacionalista republicana quedaba un grandísimo problema sin resolver, problema que se procuraba aplazar y sobre el que los más sinceros de entre nosotros tenían que cerrar los ojos, so pena de revisar todo su pasado, todas sus convicciones, todos sus hábitos de jóvenes franceses llegados a madurez después de las fechas del 4 de setiembre y del 16 de mayo.

Pues bien, mi querido amigo: esta fatal revisión, esta ineluctable disolución en nuestras conciencias de lo que pudiera llamarse "la religión revolucionaria" sólo podía ser apresurada por el ejemplo de un monárquico como usted, por el ejemplo que nos ofrecía de una inteligencia tan libre de los viejos misticismos como de los nuevos, a la que tenía tan sin cuidado el famoso "derecho divino" como el "contrato social". Nos hacía usted presentir un perfecto positivismo.

1. M. Charles Dupuy acababa de calificar de "milagro" la política en virtud de la que se había conseguido la coexistencia de República y Ejército. (Nota de 1909.)

Pero aun este positivismo presentábase sin dureza, sin sequedad: y esto era algo que le agradecíamos infinitamente. En efecto, es evidentísimo que si nos hemos desengañado con pena de la fe política del liberalismo, que constituyó para nuestros padres un legítimo esfuerzo hacia el porvenir, una afirmación nueva, no hemos podido renunciar a ella por una simple negación y por un retorno desengañado hacia un autoritarismo brutal y escéptico. No. Lo que el liberalismo de nuestros padres vió en el *régimen moderno* era un conjunto de garantías para sus inclinaciones generosas: en el Gobierno de las asambleas fruto de la elección y deliberantes, en la Administración centralizada, en la Educación y hasta la Beneficencia pública monopolizadas por el Estado, y laicas, vieron los medios de asegura en Francia un cierto afinamiento de civilización y de costumbres. Se preocupaban, sobre todo, del individuo queriendo a la vez respetar sus derechos, satisfacer sus necesidades, consultar su opinión, "libertar" sus instintos (presuntamente buenos, en general), en una palabra, hacerle la vida fácil y agradable. Eran unos moralistas o educadores optimistas hasta en política.

Los comprendemos perfectamente. Creemos, como ellos, que el desarrollo de las energías individuales es deseable, y admiramos la planta humana y queremos su crecimiento. Pero no la vemos independientemente del terreno en que se enraiza, que es la sociedad. Vemos cómo nace de muy distintas maneras, cuán desigual es, cuán frágil. Vemos que cada individuo reclama un cultivo apropiado; que su libertad, que no es más que su fuerza, es variable de hecho y necesita, consiguientemente, ser definida, especificada, en derecho, para que tenga un sitio en el orden social. No invocamos ya los *Derechos del Hombre*, sino que esperamos *los actos* de los hombres. En una palabra: distinguimos la Moral de la Política, el Bien en sí del Bien propio para tal ser en tales o tales circunstancias; para el francés contemporáneo en Francia, por ejemplo. No nos movemos en el área de lo absoluto, sino de lo relativo.

Pero en cuanto nos salimos de lo absoluto, de "lo ideal", la política republicana baja de nivel: enteramente tejida de abstracciones, al ponerse en contacto con las necesidades de hecho, se hace mediocre y no puede ser de otro modo, so pena de locura. Pronto nos pareció el *oportunismo* la sola actitud sostenible para los republicanos que se han declarado nacionalistas, esto es, resignados a tener en cuenta la experiencia, una experiencia tan decisiva como el "*affaire*" Dreyfus. Nuestra *Patria Française* hallóse constreñida a orientarse hacia la insignificante prudencia de M. Méline y de los parlamentarios moderados, estos hombres que ni siquiera supieron levantarse y lanzarse a fondo contra la caterva judía.

Usted conoce, mi querido amigo, mi repugnancia personal por esta triste salida. Por temperamento y por educación, soy un radical. No puedo admitir que se sea republicano y demócrata a medias. Durante la crisis Dreyfus, un solo hombre me ha parecido obrar con plena generosidad y con toda sinceridad, afrontando riesgos y peligros, en el sentido de la tradición, de la lógica republicana. Ya he confesado a usted mi profunda admiración por la personalidad exquisitamente noble del único ministro de la Guerra que el Ejército ha podido sentir enteramente consagrado a su defensa, M. Godefroy Cavaignac. También le he dicho ya cómo, a mi modo de ver, en ese asunto de la "falsificación" Henry, M. Cavaignac no había hecho más que obrar conforme a esta lógica apasionada de republicano radical que pretende gobernar con la verdad verdadera y no con la mentira, incompatible con un régimen en que el público, armado de la prensa, puede meterse en todo, y cómo la única culpa del ministro atacado fué el no haber tenido tras él, o en su mano, el poder personal fuerte que hubiese hecho falta para plantar cara a las turbas y hacerlas inclinarse ante la doble verdad de hecho enteramente divulgada: la equivocación de Henry, el crimen de Dreyfus.

Sólo un hombre, pues, parecía poder restaurar la nueva República, jerarquizada y nacional, y este hombre era M. Godefroy Cavaignac.

Pero han hablado los hechos y han demostrado que semejante renovación del régimen no dependía para nada de la voluntad de un ciudadano, por muy alta y pura y autorizada de tradiciones republicanas que esta voluntad fuese.

¿En qué quedamos, pues, y qué conclusión hay que sacar del drama del 1.º de setiembre de 1898? Una sola: este régimen moderno, en que la ley no puede hacer más que reinar nominalmente, y en el que la conciencia de un hombre de bien no encuentra medio de triunfar, ¡estando en el Poder!, un régimen tal es *destructor del Poder mismo, de su libertad y de su responsabilidad.*

Precisamente su generoso deseo de ver reinar un poco de razón y de justicia entre ellos, será lo que aparte más y más cada día a los franceses del gobierno anónimo. La razón y la justicia no podrán coincidir jamás con el interés del país, ni con ningún otro interés positivo, si no es en los actos de una Persona; esta es desde ahora nuestra convicción.

II

¿Iremos, pues, a desembocar en el cesarismo? No, ni tampoco en el Imperio napoleónico, que ha sido en Francia su expresión más tolerable. No escapan a nadie que sienta de nuevo la necesidad en que se encuentran los ciudadanos de un gran país de encarnar a un tiempo el Poder y la Patria misma en un ser vivo, en un hombre, los riesgos que esta práctica entraña. Hay que disminuir estos riesgos lo más posible, y es necesario que la voluntad a la que los destinos del Estado se confíen no nos sea ajena ni por sus móviles ni por sus antecedentes; menester es que no sea lo imprevisto ni lo desconocido. Necesítase una tradición y, de consiguiente, una familia, y no el capricho de un advenedizo.

No voy a insistir, mi querido amigo, sobre el curioso trabajo de eliminación[1] y de crítica histórica con que ha demostrado usted que la única persona que hoy representa para Francia el Poder natural, enraizado, nacional, es el heredero del trono de los Capetos. No voy a discutir, porque no son discutibles, las ventajas intrínsecas de la Monarquía tradicional, reformista y, ante todo, descentralizadora, cuyo plan puede usted en adelante presentarnos como voluntad del señor duque de Orleans. *"Restaurar la vida espontánea en las ciudades y en los campos, arrancar a Francia de la estrechez administrativa que la ahoga..."* ¿Acaso no es este anhelo de vuestro Príncipe el de todos los teorizantes modernos que han comprendido, siguiendo a Le Play, a Renán y a Taine, y con los Bourget, los Barrès, los Mistral, los Jules Soury, las causas de nuestra presente debilidad económica?

Pero la dificultad es otra. Ni para mí ni para ninguno de aquellos que os escuchan y os siguen en estos momentos con patriótica atención, no se trata tan sólo de saber si ha anunciado usted esta ley política particular, compleja, única que, como decíamos hace unos instantes, la masa francesa *siente,* pero sin comprenderla, y

1. Alusión a la serie de los "Constituyentes" aparecida en la *Gazette de France* en 1889 y 1900 y acaso también a este pasaje de una "Carta a Henri Vaugeois" que yo acababa de publicar (*Action Française* del 15 de junio de 1900): "¿Cómo queréis derribar la odiosa constitución anárquica, plutocrática y democrática... sin la ayuda de un poder personal vigoroso? ¿Y cómo podría ser vigoroso este poder si no fuese permanente? ¿Y cómo podría ser permanente sin fundarse en cosa distinta de la elección? Y, quitando la elección, ¿hay algo más que la herencia o la suerte? Y el azar, ¿no es mucho más peligroso que la herencia? Y, una vez admitida la herencia, ¿cabe que se beneficie de ella otra familia más que la de los Capetos?... etc. (Nota de 1909.)

que sintetiza las necesidades de su vida como nación; no se trata de averiguar si la salvación de Francia está en la Monarquía y su ruina en la medio-república democrática y parlamentaria con que se encontró por casualidad, y a falta de cosa mejor, en 1875: lo que se trata de saber es si, en la práctica, el retorno del Rey es posible.

Me doy cuenta cabal, mi querido amigo, de todo lo que tiene de tonto semejante pregunta. Es el sofisma que paralizaría cualquier acción si a él nos atuviéramos. No ignoro que, en la vida en sociedad, casi totalmente dominada y movida por la palabra, los hombres empiezan a hacer posible un suceso, aunque sea un crimen, en el momento mismo en que enuncian la concepción del mismo.

Y sé muy bien que, en definitiva, no hay nada más manejable que esos pobres rebaños y que basta con diez hombres para mover a diez mil. No voy, pues, a objetaros que la "opinión" está casi enteramente en contra nuestra o, por lo menos, en contra de la idea que se ha hecho de la Monarquía. Pienso en los directores de la opinión. Repito que sólo con que hubiera diez que siguieran a usted, yo le diría: "¡Adelante, y acaso no tardéis en triunfar!" Pero ¿cómo tener a estos diez? Ya no es la masa, es la selección; ya no es el instinto, sino la "inteligencia" francesa actual, cuya prodigiosa lentitud y cuya profunda opacidad yo quisiera recordarle; es la resistencia real de la clase "cultivada" a las delicadas y fuertes intuiciones históricas que usted abriga lo que yo quisiera hacerle medir en estos momentos.

El dominio de Francia está por entero repartido entre dos categorías de burgueses directores: los políticos y los pedantes. Sólo ellos hablan, leen y opinan. Los industriales, los comerciantes, los agricultores y los soldados—es decir, los únicos ciudadanos cuyos ojos podrían abrirse y ver lo absurdo del régimen por el manejo que ejercen de intereses positivos de que son responsables—no creerán nunca posible—y ello es un bien, porque representa en ellos un síntoma de buen sentido conservador—un cambio de las instituciones llevado a cabo por ellos o según su opinión.

Sí, querido amigo, este es el gran obstáculo: por un azar, por un capricho cínico de lo que llamamos el destino, resulta que son los elementos tradicionalmente conservadores—que nosotros somos los primeros en admirar—quienes consolidan y dan aplomo a las instituciones antinacionales que estamos criticando. El desbarajuste democrático crece de día en día. Francia ha perdido, con su constitución monárquica, mucho de su ágil y recia salud; ha ido debilitándose y afeándose. Si piensa envejecer, no le queda, en cam-

bio, ninguna esperanza ni barrunto de poder vivir más que a base de prudentes abstenciones. ¿Y quién nos dice que no tiene razón?

Repito, pues: contra esta apatía de la masa, ¿qué pueden daros los directores? ¡Escritores! ¡Políticos! ¡Hombres de acción! ¡Pensadores! ¿Se da usted bien cuenta?

No hablemos de los primeros: amañan sus elecciones y no se apasionan ni tienen arranque más que contra los curas. Pero ¿y los pensadores? Usted no ignora que la multiplicación absurda de libros y de escribidores ha creado un ambiente tal, que lo más probable es que los espíritus probos y enteros, los no lisiados, que es de creer nazcan hoy en tan gran número como hace cien años, se ahoguen en él. Resulta de ello que, en el siglo XIX, salvo raras coincidencias, la notoriedad exalta casi siempre a hombres talentosos, pero no a hombres nacidos para conducir e iluminar a los otros. ¿A quién, pues, vamos a pedirle, en estos momentos, que despierte, aguijone y domine la opinión francesa?

En fin; no voy a hablar a usted de la fuerza material del mundo de nuestros días: el dinero, que está en manos de los internacionalistas y que, en su circulación, borra cada día más las fronteras, las patrias, las civilizaciones locales naturales, delicadas y vivaces; el dinero, que mata el arte en provecho del *confort* más adocenado y alza hoteles en lugar de palacios. Tampoco le hablaré de la otra gran fuerza, la inmaterial: la imaginación, que se desvía y corre en la misma dirección: hacia el colectivismo y sus horrores.

No quiero recordarle más que esto: los franceses más apasionados hoy por la política, es decir, los demócratas, adoran estas dos fuerzas, por las que están poseídos casi religiosamente, como por una nueva revelación, y que las defenderán contra nosotros con un frenesí ciego: la lucha con estos locos acaso tenga que ser cruenta.

¿Qué hacer, pues? Usted no quiere forzar las cosas. Otros podrán seducir más fácilmente que usted, porque mienten. Usted trata de enseñar...

Le felicita y estrecha su mano,

HENRI VAUGEOIS

Vemos, pues, cómo M. Henri Vaugeois no discute el que la institución monárquica sea la salvación, sino que, dudando de que la salvación sea posible, me hace la lista minuciosa de los obstáculos y me presenta la medida exacta de las dificultades.

Yo encuentro que M. Vaugeois se queda corto. Sí: la selección, la intelectualidad, por su "lentitud", por su "opacidad",

nos oponen una resistencia considerable. Sí: los intereses de los políticos están en contra de los intereses de la conveniencia pública, y no son menos hostiles los intereses de los pedantes. Y sí otra vez: lo que Henri Vaugeois llama los "elementos tradicionalmente conservadores", apoya, hoy por hoy, las instituciones antinacionales: industriales, agricultores, comerciantes están ciegos y no saben ver la enfermedad que nos corroe y, naturalmente, no son capaces de adivinar donde está el único remedio eficaz. Y, si su inercia es una prueba lo bastante fuerte de lo incapaces que son las masas francesas contemporáneas, hasta en sus respectivas selecciones, para prever y prevenir y, consiguientemente, para gobernar; si con ello se demuestra una vez más la imopsibilidad de una República próspera, ¡qué espantosos y nuevos obstáculos, a base de debilidades y de indecisión, no se opondrán al restablecimiento de la Monarquía! Pero ¿se quiere una prueba más decisiva? Ved la indiferencia, la apatía y la resignación de la Iglesia. En los eclesiásticos y entre sus amigos directos es donde con más frecuencia encuentro este tipo de la aprobación mitigada: *—Sí, tiene V. razón, pero ¿cómo iba a convertirse todo esto en realidad?*

El medio de conseguirlo nacerá por sí mismo si verdaderamente tenemos razón. Paréceme que no hay una idea clara de lo que es *tener razón* en política. No se trata aquí de una simple razón abstracta vagamente susceptible de ser confirmada por rebuscas ulteriores. Cuando Lamarck tenía razón en contra de los naturalistas de su época, ello significaba que las investigaciones futuras confirmarían sus puntos de vista, pero esta confirmación hubiera podido retrasarse lo mismo cuatro siglos que mucho más. Menos de un siglo después de Aristóteles, Aristarco de Samos decía que la tierra no era el ombligo del mundo y que era ella la que daba vueltas alrededor del sol, y hasta el siglo XVI de nuestra era la experiencia no le ha dado la razón. Pero—¿quién no lo reconocerá?—, como que la experimentación política se contrae a objetos infinitamente más próximos, se confirma mucho más pronto.

Tener razón en este punto, es presentir qué es lo que compromete el interés general; es señalar con el dedo la herida todavía insensible e inadvertida; es apuntar un peligro públi-

co, no de orden especulativo, sino apremiante y próximo; es profetizarlo, en el bueno y etimológico sentido de la palabra. M. Thiers tuvo a menudo razón, en 1863, en 1865 y en julio de 1870 contra la política exterior del Segundo Imperio. ¿Qué quería decir esto? Que su prudencia se adelantaba un poco a los acontecimientos y que, por algunos síntomas que todos advertían, pero que él había descifrado exactamente, intuyó lo que forzosamente tenía que ocurrir. Las circunstancias le proveyeron, pues, de facilidades incalculables, pero previstas, para derribar el imperio de Napoleón III.

Acostumbrémonos, pues, si tenemos razón, a contar con las mutaciones favorables del tiempo. En razón de los acontecimientos que no puede dejar de traer consigo, es nuestro aliado más fuerte y natural: el tiempo, en nuestra República, nos trae indefectiblemente nuevos wilsonismos, nuevos boulangismos, nuevos Panamás, nuevos "affaires" Dreyfus, y todo esto no es aún más que una mínima parte de lo que semejante colaborador tiene que darnos. Sepamos esperar y, durante la espera, tengamos la gallardía y la discreción de estar dispuestos, de organizarnos y de ejercitarnos. Llegará un momento, como ha ocurrido ya, en que a los republicanos les faltará de pronto el crédito de la masa conservadora: si entonces sabemos actuar como presuntos herederos, esta masa se volverá hacia nosotros con todo su crédito y toda su fuerza. No tendremos que hacer más que acogerla. Cuando esté maduro el fruto y sople el viento, se nos vendrá solo a las manos.

Habla usted de dinero. Cierto que hay una finanza cosmopolita, anárquica y desarraigada. ¡Pero hay también una riqueza industrial y agrícola! Y ésta es necesariamente patriota en su entraña. Y no está escrito que unos recortes de papel hayan de poder a la tierra materna y al trabajo francés. Esta riqueza nacional puede corromperse o descarriarse durante algún tiempo. Pero la detestable política financiera de la República y el conjunto de su sistema económico han de hallar fatalmente su sanción. Esta sanción será un hecho.

El pecado hace olvidar las penas. Pero la ruina puede determinar el arrepentimiento. Si, por su afición a las especulaciones y a los toma y daca vergonzosos, el dinero nos es contrario, un día u otro estará con nosotros por miedo.

Habla usted de la imaginación y el ensueño colectivistas. ¡Ah!, ¿pero cree usted que no sirven para nada? El violento contraste entre esta pálida quimera y la dura realidad, ¿no va a determinar por este lado los más agudos ramalazos de anarquía? Ninguna responsabilidad nos alcanzará por estos desórdenes, que no serán obra nuestra, pero que no habremos podido evitar y, al ser un hecho, abonarán a quienes los hayan anunciado. Si estamos organizados, sacaremos de ello—y con nosotros la patria—un provecho moral.

No hago cuenta más que de los peligros internos. Pero hay otros. Aunque, según la pintoresca frase de Bismarck, importa a Europa el dejar que los franceses se cuezan en su propia salsa, el vasto plan de una consunción insensible y automática de Francia es ya antiguo. A medida que el tiempo pasa, va perdiendo fuerza. Cualquier azar puede malograrlo. En una palabra, puede estallar la guerra y entonces las campañas dreyfusistas darán sus últimos frutos y el internacionalismo obrero hará sus primeras manifestaciones decisivas. Estos días hemos visto, por la huelga de los puertos, en qué condiciones tendríamos que ir a la guerra y con qué clase de peligros interiores habría que conducirla. Este punto negro de nuestro horizonte no es demasiado tranquilizador. Pero tendrá unas consecuencias universales que alcanzarán y sufrirán todos. A todos interesará librarse de ellas lo más pronto y lo mejor posible. ¡Qué de reacciones saludables puede engendrar este sentimiento!

Bien que la guerra desastrosa estalle en estas condiciones. Bien que cualquier día nos despertemos al mismo nivel de Portugal o de Servia... Pero no creo que ninguna alma noble y generosa deje de rebelarse a la idea de constituirse voluntariamente en heredera de estas catástrofes públicas, por grande que sea la amenaza de ellas o por muy fatal que su consumación parezca.

Por ello yo apelo directamente a esta misma generosidad. Le pido que dé de sí, puesto que recursos no le faltan. ¡Que haga la Monarquía antes y no después de la catástrofe! Como el Señor de Abraham, Vaugeois me pide diez justos para triunfar: yo le contesto en el mismo estilo, que no hay más que dar con el pie para que salgan legiones. Es muy posible que

el espectáculo de su propia evolución política, visto por dentro, le dé idea de la enormidad prodigiosa de los obstáculos vencidos, pero yo, que he contemplado esta evolución desde fuera, entiendo que ha sido de una facilidad, de una sencillez y de una rapidez grandísimas. Me atribuye a mí el mérito de ello, porque no ve que todo a nuestro alrededor unía su voz y su admonición a mi voz y a mis admoniciones.

¡No hace falta más que concretar una breve síntesis! *Los elementos los tenemos.* La Monarquía debe ser tradicional: se marca hoy precisamente una novísima orientación de los espíritus favorable a la tradición nacional y, como Barrès dice, a las sugestiones de nuestra tierra y de nuestros muertos. La Monarquía debe ser hereditaria; hay también un movimiento favorable a la reconstitución de la familia, fundamento de la herencia. La Monarquía debe ser antiparlamentaria: el partido nacionalista, casi en su totalidad, se pronuncia contra el parlamentarismo y en favor de un gobierno con nombres, personal, responsable. En fin, la Monarquía debe ser descentralizadora: un poderoso movimiento anticentralista dibújase y crece de día en día en nuestro país.

Hacer comprender que la Monarquía es todo esto y que sólo ella puede realizarlo todo a la vez: he aquí las líneas generales de nuestra obra. La creo muy sencilla. Un pequeño grupo basta para acometerla. Si es activo, inteligente y resuelto, puede provocar y conquistar por lo menos el asentimiento del Ejército francés, en el que los elementos monárquicos abundan...

¡El Ejército! A mí no me parece tan mal como a otros la dificultad extrema que parece que hay para decidirlo a intervenir: cuanto menos fácil sea conseguir su intervención, menos probable será el que se repita... Yo deseo un alzamiento militar, pero no deseo más que uno, con la condición de que éste sea el bueno.

Y, una vez restablecida la Monarquía, todo va por sus pasos contados. La docilidad cívica, lamentable hoy, conviértese en una prenda de duración, una garantía de reformas. La gran obra comienza. Tras siglo y medio de un trabajo que, para mí, carece de interés (porque ha sido puramente crítico y destructor y le bastaba con deshacer) empezaremos al fin a construir, a organizar, a hacer, a crear. ¡Y qué magnífica materia es la Francia contemporánea para unos buenos artífices, laboriosos y conscientes! Está a merced del más audaz: si hay un puñado de hombres clarividentes que sepan unir a la audacia su clarividencia, estoy convencido de que Europa verá elevarse, sorprendida, en un cuarto de siglo, el monumento más esplendoroso e imprevisto del poderío francés, al fin restablecido en su orden inmutable y en la armonía de su belleza. Este país rico y valeroso volvería, por fin, a tener su administración natural y la organización normal de sus poderes. Volvería a existir Francia.

Para conseguir esto, mi querido Vaugeois, todo es lícito. Y hasta me atrevo a escribir, todo es laudable y obligatorio. Mas, a este propósito, ¿de dónde saca usted que yo rechazo "la violencia"? "*Se vuelve como se puede*", ha dicho un día el jefe de la Casa de Francia. Y a Francia hay que restaurarla también cómo se pueda. Sólo estoy convencido de que toda tentativa en el orden político será consecutiva a la articulación de un poder espiritual monárquico. La tarea que me he impuesto, y la que debería imponerse usted, es ni más ni menos que el dejar consolidada esta altísima autoridad científica, agrupar los elementos que se requieren y presentarlos a todos los franceses conscientes. Si espera al fin del mundo, no estará de humor de confeccionar sonetos ni de poner música a

> ...acrósticos indolentes
> de un áureo estilo en que baila la languidez del sol.

Milita usted en política, y milita apasionadamente. Nuestra competencia política defínese por las mismas leyes de la división del trabajo. El público supone en nosotros espacio y libertad para la meditación. Nos concede, nos otorga esta libertad y este espacio. Por ello, mientras él trabaja, nosotros meditamos.

El fruto de nuestras meditaciones es la verdad, o, si usted lo prefiere, *nuestra verdad.* Pero ya que, en lo tocante a la esencia de esta verdad, entre nosotros no hay discusión, y, puesto que usted me concede que no hay dos verdades políticas en Francia, sino una sola, que es la Monarquía, no nos

queda que hacer más que una cosa, que es decirlo, sin preocuparnos de más.

De este modo viviremos nuestra vida. Habremos llenado nuestra natural función.

Después de nueve años

Al estrecharnos la mano, como dice al final de su carta, Vaugeois no se despedía definitivamente de nosotros. Tampoco la idea monárquica lo abandonaba a él. La colección de *L'Action Française*, a partir de finales del verano de 1900, resume el diagrama viviente de sus perplejidades. No es un combate de la luz contra las tinieblas: es el esfuerzo de una llama ardiente para poner en duda su propio calor. Tan pronto alega, para impresionarse a sí mismo, "el poderío de los sentimientos" invocado por Barrès como grandes obstáculos que se oponen a la instauración de la Monarquía, como se duele del apego que Jules Lemaître manifiesta a "la idealista Declaración de los derechos del hombre".

En diciembre de 1900, explicando ante el Consejo superior de Instrucción pública por qué no había querido tomar posesión de su puesto universitario, declaraba sin ambages "que no podía incorporarse a la Universidad en tanto que ésta, cuando menos a través de sus elementos directores, estuviera ligada y adicta al poder actual", ya que él, Vaugeois, por patriotismo y por convencimiento, no puede menos de discutir a fondo este poder, es decir, la República: "No puedo menos de preguntar si..., al separar a nuestra nación de una familia, de una dinastía cuyos intereses se confundían con los nuestros, no hemos preparado la disolución de la patria". Y, para terminar, añadía: "He llegado a un punto en que ya no tengo derecho de hacerme pasar por un servidor adicto del Estado republicano".

En *L'Action Française* del 15 de marzo de 1901, Vaugeois, ampliando las críticas del plebiscito déroulédiano (que ya eran cosa antigua en él), rechazaba la República como cosa inevitablemente "protestante y suiza". En 1 de abril, defendía la disciplina católica como factor del orden tradicional. En el fascículo del 15 de abril, escribe, comentando el "viva el rey" de un joven escritor dreyfusista convertido al monarquismo, M. Joachim Gasquet: "Si el nacionalismo no puede imponerse y vencer más que siendo integral, no por esto vamos a retroceder. En *L'Action Française*, será integral." El 15 de junio, en el prólogo a una conferencia dada por él mismo y presidida por Barrès, dice: "Barrès sigue siendo republicano... Yo, en cambio, estoy convencido de que la ordenación nacional a que aspiramos no podrá ser un hecho ni mantenerse más que a base de la institución monárquica." En el transcurso de esta conferencia añade que acepta "cada día con una confianza mayor y con más satisfacción de espíritu la hipótesis de una nueva articulación de la patria que fuese sencillamente la antigua ordenación de la Monarquía". En 26 de junio de 1901, el conde Eugène de Lur-Saluces era castigado con seis años de destierro por sentencia del Tribunal Supremo, a la que precedieron unas declaraciones del procesado de una precisión magnífica. Y Vaugeois rinde homenaje a esta confesión de una "mente en completo acuerdo consigo misma y con la naturaleza propia de las cosas de Francia, con la historia del reino de Francia". A 1 de agosto de 1901, cuando la oposición demostró que la única cosa que le importaba eran sus carteles de propaganda electoral, Vaugeois escribe: "nosotros prescindiremos de carteles". Porque la *Action Française* "está consagrada al nacionalismo integral". Hay "un principio verdadero, que es la Monarquía". "Nosotros vamos a lanzarnos a la lucha contra la ignorancia y los prejuicios de nuestros contemporáneos, a fin de fijar, por lo menos en un puñado de cerebros jóvenes, el principio monárquico."

En fin, el 1 de noviembre, *L'Action Française* insertaba, tomándolo de la *Gazette de France*, el relato del viaje hecho por Vaugeois, el mes antes, a Carlsruhe, titulado así: "Un francés con el duque de Orleans" [1]. Es una página admirable, alguno de cuyos párrafos no podemos dejar de transcribir aquí:

"Acabo de experimentar en el viaje de París a Carlsruhe, de que regreso, la más viva emoción que hoy pueda sentir un francés. Y al mismo tiempo he comprendido la mayor verdad que pueda caber en cerebro humano, a la edad en que lo que empieza a inte-

1. En venta en la *Gazette de France*: 1 bis, rue Baillif, París.

resarnos por encima de todo es nuestra propia historia humana, con el secreto de nuestras luchas y de nuestros pasatiempos, de nuestras guerras y de nuestras sociedades.

Una sociedad que se llama Francia ha sido posible, creada y desarticulada y puede ser rehecha otra vez: esto es lo que me ha conmovido. A esta sociedad, a otra sociedad cualquiera, sólo le hace falta un jefe que la conciba, que la quiera y, que no haya sido escogido por ella: esto es lo que he comprendido. Y Francia tiene un jefe, un verdadero rey que sus hados protectores le imponen. Yo he visto a este rey que vive y quiere reinar: ¿no basta esto para confortarnos y merecer nuestro agradecimiento?

...Monárquico ya lo era yo en virtud de un análisis riguroso, y en adelante indiscutible a mis ojos, de las condiciones indispensables para un orden francés a que me había visto compelido durante la crisis dreyfusista. Me repugnaba la sola idea de aceptar, ni siquiera provisionalmente, el "hecho republicano", es decir, el anarquismo indeciso e hipócrita formulado a medias en nuestros códigos y en nuestras Constituciones judaico-protestantes del siglo XIX.

...Pero todavía faltaba algo. No hay especulación tan interesante como el comprenderse a sí mismo y comprender al propio país, darse claramente cuenta de los rasgos esenciales de la constitución de Francia tal como la Historia y la Geografía la han modelado, comprobar y subrayar a diario las innumerables disposiciones físicas, psicológicas y morales que inclinan a los franceses, hoy más que nunca, a no concebir la sociedad política más que en la forma monárquica. Pero, en momentos en que se impone la lucha, cada vez más implacable, contra los locos que desorganizan a nuestra patria y que, en sus sueños monstruosos, ni siquiera saben ya distinguirla de esta especie de Humanidad-fantasma que los obsesiona, la especulación es sólo un placer muy mediano. Ya no le basta a uno el estar en posesión de la verdad: lo que busca es la victoria, y lo que quiere, en fin de cuentas, es la vuelta del rey de Francia.

Pero entonces se plantea una cuestión singularmente dramática; una cuestión de hecho: ¿qué rey nos espera? Y este rey, del cual Francia no tiene la menor idea, ¿conoce él, por su parte, a los franceses de hoy? ¿Sabrá, cuando menos, adivinarlos lo bastante para ofrecerles el don de esta armónica ordenación, de esta constitución natural que los más conscientes comienzan a definirse ya por sí mismos y a exponerla a los demás, pero que sólo el rey podría hacer que todos aceptasen por la fuerza prestigiosa y sin discusión del principio hereditario?

...Vagaba yo alrededor de las siete por los corredores del hotel Germania. Acababa de despedirme del conde Jean de Sabran-Pontevès, cuyas habitaciones, contiguas a las del Príncipe, habían sido, como en días anteriores, un lugar de irresistible atracción para los realistas llegados a Carlsruhe: ¡qué placer este de volver a hallar, en una ciudad alemana, el fuego, los constantes destellos de la conversación de un hombre de corazón y mente tan franceses!

Iba ya a marcharme para regresar a mi hotel, cuando me enteré de que, como las audiencias de la tarde se habían acabado, el Señor pasaría probablemente, al salir de su salón de recibir, por el corredor del primer piso en donde yo me hallaba. En el mismo instante me sentí convertido en una de esas unidades de la buena muchedumbre parisiense que en todo tiempo han tenido la pasión de "ver pasar" y aclamar a su soberano, a su patria encarnada y viviente en una figura humana. La aclamación es uno de esos bellos y perdurables movimientos instintivos de que los puritanos hipócritas a quienes debemos la mentira de un "ideal" republicano han pretendido privarnos. Yo me sentía próximo a gritar sin reparo ninguno: "¡Viva el Rey!" Pero ¡ay!, que ni yo, ni el Príncipe mismo, estábamos en nuestra casa, y había que callarse.

...El ruido leve de una puerta que se abre: el Príncipe salía de sus habitaciones para dirigirse a las de M. de Fonscolombe, miembro de su séquito. Tenía en la mano unos papeles cuya lectura parecía acabar de terminar.

La impresión que, a primera vista, me causó toda su actitud fué la de una extrema seriedad. Era un hombre a quien yo sorprendía trabajando y abstraído por sus pensamientos, pero, en cuanto dió un paso por el corredor y su cabeza quedó a plena luz, tuve una de estas completas e indiscutibles certezas que ciertos rostros nos dan con respecto a la calidad del ser interior que revelan. La fuerza, y una fuerza consciente de sí misma, una fuerza que, siendo, evidentemente, impetuosa e irresistible en su nacimiento, se deja hoy administrar, con maravillosa facilidad, onda por onda, por decirlo así, y minuto a minuto, según el claro dictamen de la mente. ¡Qué tranquila, qué abierta y qué infinitamente benévola y amistosa para todo lo de este mundo se revela la inteligencia que brilla en estos ojos juveniles!

¿Qué andamos buscando? ¿Un hombre de realidades? ¿Un príncipe que nos libre del sombrío misticismo judío de la Revolución? ¿Un príncipe que restablezca en nuestros compatriotas todos el sentido de las bellas desigualdades, es decir, de las potencialidades y los triunfos que componen la figura de una sociedad civilizada? ¡Pues no busquemos más! El nuevo rey de Francia irradia la sabiduría que buscamos."

A continuación viene la descripción de la audiencia, que podrá leerse en el folleto publicado por la *Gazette*. Debemos transcribir sus últimas palabras, por las consecuencias que tuvieron. Dicen así:

"El príncipe, sabedor de cuáles son, en París, mis preferencias y cuáles los amigos de mi tentativa de *L'Action Française*, me pregunta afectuosamente por muchos de ellos... Me habla de nuestro eminente maestro Bourget y de sus estudios de *Outre-Mer*. Y, de pronto, sonriendo y mirándome fijamente, pregunta: ¿Y Barrès?

Al salir de la estancia del Príncipe, cerca de las seis de la tarde, sentíame lleno de una gran certeza y de una alegre voluntad. Sentíame *seguro de haber acertado al seguir hasta las últimas consecuencias mi propio pensamiento*, a través de tres años de continuados esfuerzos para ver claro en él, para precisar y apreciar sus movimientos espontáneos. Al fin comprendía mi propio nacionalismo."

Comprender el propio nacionalismo, el propio patriotismo, la propia cualidad y posición de francés, tanto ante Europa o el mundo como ante la Francia eterna y ante los problemas políticos y sociales de la Francia moderna, es el resultado inmediato, casi repentino, de la adhesión a la Monarquía; pero Vaugeois no experimentó el sentimiento decisivo de ello hasta hallarse en presencia del Príncipe.

El 15 de diciembre siguiente escribió a M. Godefroy Cavaignac ("a quien debía el ser nacionalista" y que precisamente acababa de protestar contra el herveismo naciente en la Universidad) una bellísima carta abierta para invitar al ex ministro de la Guerra a que viese de cerca las razones que tenía *L'Action Française* "para no oponer en adelante al anarquismo moral *humanitario* de las *selecciones docentes* otra cosa que una institución política: la Monarquía francesa". La carta quedó incontestada. M. Cavaignac fué derrotado en las elecciones de 1902. Murió algo después. Al parecer, durante sus últimos años, estaba dejando de creer en la posibilidad de una República *francesa*.

Desde entonces comenzó una nueva vida política para M. Henri Vaugeois y para *L'Action Française*. No es este el lugar de describirla, pero, a través de todo su desenvolvimiento

y de todos sus progresos, la organización que preside M. Henri Vaugeois ha continuado convirtiendo a republicanos en monárquicos valiéndose de las mismas razones que habían decidido su propia evolución. Progresivamente, han ido uniéndose a la revista una Liga de *Action Française*, un servicio de conferencias, un Instituto y, como remate, un periódico diario; todos estos órganos han conquistado nuevos monárquicos estimulando los intereses de nuestra nacionalidad amenazada por fuera y medio sumergida por la afluencia de extranjeros en el interior.

Este planteamiento del problema, ¿es el acertado? Los acontecimientos, en el transcurso de los nueve últimos años, no han cesado de confirmarlo, y muchos franceses se han convencido con las razones que esgrime *L'Action Française*. Esta triunfa allí donde todos los demás métodos habían alcanzado sólo resultados insignificantes o nulos. El éxito es, en el terreno de la acción, una prueba de verdad. Y aquí el éxito es tal, que permite esperarlo todo y atreverse a todo.

CARTA DE M. LUCIEN MOREAU

SECRETARIO de Redacción, para lo literario, de la *Revue encyclopédique Larousse,* redactor de *L'Action Française,* M. Lucien Moreau es demasiado joven aún para tener historia. Pero, como su amigo M. Henri Vaugeois, ha pasado—y en ella sigue—por la más interesante de las crisis políticas y filosóficas.

No la describiré yo, porque lo hace él mismo perfectamente. De origen radical, se encontró, a su salida de la Sorbona, en plena vorágine de ideas anarquistas. La enseñanza del Estado, aun aquella que se da en las más altas cátedras, contribuye a desarrollar en los jóvenes, ya sea la más completa indiferencia para la cosa pública, ya las ideas revolucionarias puras, de modo que nuestras Facultades de Letras son semillero de anarquismo o de diletantismo. Nuestro hombre es de un espíritu demasiado abierto, demasiado curioso y observador, para encerrarse en una torre de marfil y, al mismo tiempo, posee un sentido lógico tan recto, que no podía dejar de sacar hasta las últimas consecuencias de los principios de 1789 y de la religión de Hugo y de Michelet. En cambio, las componendas interesadas no le importaban: ni buscaba una circunscripción donde lo eligieran, ni aspiraba tampoco a ningún empleo público. Le atraía la política, pero no podía dedicarse a ella con los apetitos y los gustos de un político.

Y la política, en cuanto condición común y superior de la prosperidad nacional y de su propio desarrollo personal, le parecía ya una cosa tan seria, que, insensiblemente, mezclaba a ella las más importantes cuestiones de principio. Permítaseme mostrarlo con un hecho insignificante en apariencia: opuesto

a todos los manejos de los dreyfusistas contra el Estado, hasta el punto de haber contribuído a la suscripción en favor de Madame Henry, se negó, con todo, a firmar el programa de la *Patrie Française*, a lo que le invitaban algunos de sus mejores amigos, a pesar de que M. Barrès y M. Lemaître tenían desde hacía mucho tiempo su admiración y sus simpatías.

¿A qué se debía esta negativa? Por lo que yo he podido observar, a un enorme deseo de claridad y de precisión. El programa de la nueva y poderosa Liga le parecía vago y como impregnado de un liberalismo y un democratismo igualmente nocivos. En cambio, una mañana de octubre último, y sin que nadie le hubiese requerido, M. Lucien Moreau llamaba a la puerta de *L'Action Française*, que estaba entonces en el tercer mes de su vida, y entregaba un habilidoso y profundo artículo dedicado a M. Jules Lemaître, en el que discutía si el "affaire" Dreyfus era o no "una simple cuestión de hecho". Con una facilidad, una lucidez y una elocuencia raras, mostraba qué elementos de vida y de muerte se ocultaban bajo la miserable anécdota dreyfusiana y cómo este "affaire" patentizaba hasta la saciedad que un verdadero cisma religioso ha de dividir actualmente el espíritu francés.

A partir de aquel día, la colaboración de M. Lucien Moreau no ha faltado nunca en *L'Action Française*, para la que ha sido valiosísima. Su inteligencia, clara y metódica, su estilo sobrio, cortante, informado por estas fórmulas de filosofía positiva que definen, en cierta manera, indefectiblemente, no sé qué especie de ardor seco, qué clase de violencia fría, un desprecio absoluto de todo lo que no es la razón, una capacidad casi increíble de desdén y de expresar el más leve matiz de éste, todos estos varios dones prestan a los artículos de M. Lucien Moreau una fisionomía y un mérito singularísimos. No podemos decir que sea uno de los nuestros, pero por ello mismo importa más el dejar consignados sus méritos indiscutibles antes de entrar a discutir las ideas que sostiene.

Con las primeras líneas de la carta de M. Lucien Moreau se convencerá el lector del enorme interés que han despertado las declaraciones de MM. André Buffet y de Lur-Saluces: ellas han descubierto a los espíritus libres que nuestras disquisiciones sobre la Monarquía descentralizada no eran, ni mucho

menos, fruto de la fantasía de un solitario, sino la síntesis de la opinión general de los grupos monárquicos desde hace tres cuartos de siglo por lo menos. La carta con la que la egregia autoridad del señor duque de Orleans vino a sancionar este hecho evidente es posterior en muchos días a las consideraciones de M. Lucien Moreau, que, en virtud de aquélla, resultan singularmente corroboradas.

Mi querido amigo:

De hoy en adelante, sabemos ya que, con usted, no hay que tratar de una concepción puramente teórica de la Monarquía. Dos personas de las más autorizadas de su partido se han mostrado de completo acuerdo con sus principios, con los principios, podríamos decir, de cuantos, con libertad de espíritu, han meditado sobre la política. Es un hecho considerable para nosotros que, hasta ahora, catalogábamos a usted entre los utopistas. Le concedíamos ya[1] —no lo habrá usted olvidado— que su Monarquía hubiera sido un régimen excelente para la mentalidad general y para la prosperidad material de nuestro país. Pero, en cambio, entendíamos que este régimen se correspondía tan poco con el criterio de vuestros prácticos[2] como con el sentimiento de nuestros conciudadanos.

Tengo amigos que no conceden una gran importancia a este sentimiento o, como suele decirse, a la "voluntad popular", y no porque sus antecedentes los predispongan en favor de un régimen autoritario. Republicanos de origen, pero más alejados que la generación precedente de las supervivencias antiguas, desde su juventud habían descubierto que la ética espiritualista y liberal no tiene más sólidos fundamentos de razón que la vieja moral cristiana[3] y han salido de la Universidad hechos unos verdaderos nihilistas, hasta tal punto, que se escandalizaron de las sentencias nacionalistas que ya había manifestado Barrès, del cual habían sido primero entusiastas por su independencia. Un cúmulo de circunstancias, que coincidieron con su descubrimiento de que los princi-

1. En la conferencia dada por M. Lucien Moreau en la Asociación nacionalista de la juventud y que está resumida en la introducción de este libro.

2. Expresión del vocabulario positivista contrapuesta a la de "teorizador". Equivale a la de "hombre de Estado".—*Ch. M.*

3. Se trata aquí de la "razón pura" en sentido humanitario y kantiano: famosa nebulosidad sobre la que, por espacio de un siglo, se ha pretendido construir una moral independiente. (*Nota de M. Lucien Moreau.*)

pales libertarios, siempre poco reflexivos, resultaban a menudo poco inteligentes, los desengañaron en algunos años de un estado de espíritu que antes habían tenido como superior. Pronto *Les Déracinés* les hicieron comprender la génesis de tal estado de espíritu. Y, por otro lado, M. Paul Bourget les indicaba en dónde podrían hallar de nuevo las verdades salvadoras que les habían sido arrebatadas.

En el momento en que algunas inducciones temerarias desembocaron, al comenzar 1898, en la crisis propiamente dreyfusiana, un cierto número de jóvenes anarquistas estaban estudiando a Comte, a Taine, a Le Play y a Balzac. Ellos que ya habían aprendido pronto a aborrecer los desvaríos democráticos, iban así librándose poco a poco de la ilusión liberal. El robusto pensamiento de aquellos grandes hombres, los acontecimientos que a diario los confirman, esta crítica abstracta y esta comprobación en la realidad, nos llevaron a comprender la indiscutible legitimidad de un Estado fuerte. El papel de éste limítase a "la protección de la comunidad contra el extranjero y de los particulares en sus mutuas relaciones". En el desempeño de esta doble función no debe hallar ninguna resistencia, pero el interés general no consiente que se inmiscuya en las que le son ajenas.

Un espíritu positivo no le pide al Estado que realice este o el otro "ideal"; le pide sólo su propia continuidad; no quiere saber nada de ninguna especie de conformismo moral: reclama todas las libertades que pueden servirle y no reserva al Estado más que la libertad política, que no le sirve para nada. Le distinguen especialmente una tendencia descentralizadora y su adhesión a la fórmula comtista de la "supresión de los presupuestos teóricos" [1]. Y ello, porque no puede menos de deplorar por igual la ruinosa debilidad del Estado y la increíble tiranía de la Administración. Puesto que una y otra son consecuencia de los principios de 1789, renuncia, tan a gusto como el mismo Renán, a estos dogmas mentirosos.

Estas fueron las conclusiones a que llegaron, en el transcurso del "affaire" Dreyfus, unos espíritus en los que no quedaba ninguna supervivencia de carácter teológico. Un texto significativo precisará mejor, por la fuerza del contraste, su carácter distintivo. Es del

1. Los presupuestos teóricos, según Auguste Comte, son los presupuestos de Instrucción pública y de Cultos. Creo con Comte, y con M. Paul Bourget, que ni la enseñanza ni el culto son incumbencias del Estado, y que deben ser autónomos. Tras una bien pensada ley de Asociaciones que permita a la Iglesia y a las Universidades desenvolverse libremente, lo procedente es la supresión de los presupuestos de Instrucción y Cultos.—*Ch. M.*

más ingenuo de los Monod, el cual no hace mucho decía estas palabras: "No puedo prescindir de subrayar la admirable unanimidad con que, salvo raras excepciones, todos los *filósofos* de Francia han demostrado su idealismo durante nuestra gran crisis, es decir, su adhesión a la noble causa de la justicia y del bien, *en tanto que los historiadores* se dividían en dos clases: *los que todo lo cifran, superficialmente, en el culto del orden exterior, de la prosperidad material y de las apariencias*, y los que merecen también el nombre de filósofos" [1].

¿No es verdad que este divertido galimatías descubre un espíritu prisionero de mil supersticiones? ¿Es un filósofo cualquier visionario que se recrea entre hipótesis gratuitas y postulados inútiles? Entonces, este nombre vendría de perlas a los pensadores de tres al cuarto que desdeñan las leyes históricas, a los teócratas de cualquier procedencia que no comprenden los fines puramente temporales del Estado, a los humanitaristas para quienes nada importan las necesidades contemporáneas, a los mesianistas que sueñan en una "naturaleza mejor", en suma: a todos los enemigos "del orden exterior, de la prosperidad material y de las apariencias". Pero estos tres objetivos—orden, prosperidad, buenas apariencias—son precisamente los únicos de que los partidarios conscientes de la libertad de las conciencias quieren que el Estado se ocupe. Sólo una teocracia podrá tener otros objetivos, y "nuestra gran crisis", como dice M. Stapfer con tanta familiaridad, nos ha hecho comprender que lo que más repugnamos en el Estado son las intromisiones de carácter teocrático. Definidas así las cosas, preferiremos siempre al pedantismo legalista un arbitrismo inteligente.

Creo, mi querido amigo, que esta manera de ver las cosas es idéntica a la de usted. Esta es la razón por la que yo no puedo oponer ningún argumento a sus conclusiones teóricas. Y estoy tan convencido como usted de que la *Declaración de los Derechos del Hombre* es un "cúmulo de groseros errores" y la Constitución del año VIII "un semillero de ruinas". Teníamos, pues, que coincidir en la aquiescencia a las certeras críticas del régimen actual que se deben, principalmente, a los señores Charles Benoist y Léouzon-Leduc. Sólo me ha sorprendido que M. Benoist no haya advertido que las aberraciones de nuestro parlamentarismo tienen su fuente

1. Discurso de M. Paul Stapfer, "vicepresidente de la sección de Burdeos" en la asamblea de la "Liga francesa para la defensa de los derechos del hombre y del ciudadano" de 2 de junio de 1900.—*L. M.*—M. Paul Stapfer pertenece, por su madre, María Monod, al Estado Monod. Es primo hermano de M. Gabriel Monod, uno de los fautores de la doctrina dreyfusiana.—*Ch. M.*

en su propia naturaleza y no en ningún azar maravilloso, y que M. Léouzon-Leduc haya coronado su incisiva *Demi-République* con un acto de fe casi derouledi ano en la infalibilidad de la democracia.

¿Coincidiré, pues, también con usted en que la institución de una Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada es "de salud pública"? Me guardaré de afirmarlo, en primer lugar, porque no estoy seguro de que no haya ningún otro medio de salvación (aunque los republicanos no paran un momento de postular la "perfección" del género humano) y, segundamente, porque no creo que nadie pueda instaurar una Monarquía con aquellas características.

Verdad es que usted acaba de demostrar que los principios de la política positiva informan el pensamiento de dos monárquicos tan influyentes como los señores Buffet y de Lur-Saluces. Y la adhesión de estos dos espíritus vigorosos y clarividentes, a un tiempo hombres de acción, prestaría a tales principios, si por ventura les hiciera falta, una autoridad nueva. El perfecto conocimiento del estado de espíritu de los franceses de hoy, patentizado por M. Buffet, me había sorprendido desde su proceso ante el Tribunal Supremo. Como apenas leo periódicos monárquicos, no conocía a M. de Lur-Saluces más que a través de algunos comentarios de retórica liberal en torno del Pacto de Burdeos, y no podía sospechar que hubiese en él un teorizador tan vigoroso. La existencia de semejantes consejeros cerca del señor duque de Orleans obliga a los hombres de buena fe a hacerse otra idea de sus propósitos políticos.

Mas ¿de qué pueden servir tales propósitos ante tantas cosas, tantas resistencias físicas como fácilmente se adivinan? Usted no admite la existencia de un partido monárquico, pero, por lo menos, hay un conjunto de personas que anhelan la restauración de la Monarquía. Pues bien: porque algunas de estas personas, y entre ellas los principales lugartenientes de vuestro Príncipe, conciben exactamente lo mismo que nosotros las reformas indispensables, ¿dejará de ser verdad que el grueso del "partido" está compuesto por viejos parlamentarios con su clientela, por una parte, y de hidalgüelos desposeídos, por otra, y, finalmente, de clericales anticuados? En cuanto a estos últimos, reconozco que los más peligrosos, por más "romanos", se han pasado, por orden superior, a la República; aparte esto, usted sabe que yo no tengo la menor aversión hacia el clero cuando no se inmiscuye en lo temporal. Pero ¿y esta aristocracia inútil, retirada de la vida pública desde hace casi tres cuartos de siglos, que ya no tiene ninguna tradición, que liquida sus propiedades territoriales y se disputa las cadenas de Israel? ¿Y todos esos cortesanos profesionales del liberalismo, cuando no de la democracia; en una palabra, esos monárquicos que, en otro sentido de Paul Bert, son "herederos también del 1789"? ¿Acaso no creen todos ellos—quién por servicios verdaderos, quién por haber sabido mantener su mal humor—tener una hipoteca sobre una posible Restauración? Unos y otros se aliarían contra M. André Buffet en cuanto se tratase de aplicar su criterio tan ponderado, tan perfectamente acertado, sobre los grandes intereses administrativos, religiosos y económicos. Correrían al lado del rey, y el rey, sitiado, no podría gobernar contra todos ellos y contra los manejos democráticos y en conformidad con los intereses permanentes de la Monarquía. Añadamos aún que la descentralización disgustaría a la casta de los funcionarios. ¿En qué se apoyaría, pues, en sus comienzos, el nuevo régimen para llevar a cabo las reformas que, de poder realizarse, acabarían, a la larga, por afirmarlo en todo el país? Los apuros inmediatos, ¿no darían al traste con los mejores propósitos? ¿No nos encontraríamos con que habíamos traído una Monarquía parlamentaria? A fin de cuentas, no nos quedaría entre las manos más que el principio hereditario: sin duda, una garantía importante a los ojos de los psicólogos.

Ya ve usted que no tengo ninguna objeción teórica contra su Monarquía y la de sus dos desterrados. Y si no la creo factible, ya acabo de decirle el porqué: puede resumirse en lo que hay de retrógrado en la mayor parte de los monárquicos. A decir verdad, los republicanos no están mucho menos atrasados y usted ha sabido demostrar que serían totalmente incapaces de acometer la obra de que venimos hablando. ¿Cómo confiar ni en unos ni en otros? A los nacionalistas como yo, nos corresponde todavía una actitud expectante y crítica. Nuestro único papel es ir favoreciendo al día cualquier empresa de tendencias nacionales. Por ello mismo, deseamos la difusión de la *Encuesta* y que ella conquiste para la política positiva a aquellos a quienes la escolástica liberal no haya privado por completo del sentimiento de la realidad.

Afectuosamente suyo, mi querido amigo,

LUCIEN MOREAU

Porque es radicalmente opuesto al error liberal y a la verborrea democrática, porque se da cuenta de los peligros nacionales, M. Lucien Moreau es de los que aceptan que está planteado el problema constitucional. Ha visto que los republicanos son incapaces de salvar los principios elementales de todo orden público. Los encuentra tan anticuados y tan retrógrados como los componentes más antiguos de los partidos más viejos.

Prevé, hasta aquel límite en que se puede ver con cierta seguridad, que el solo principio del régimen republicano hace casi imposible toda reforma.

Podría producirse un milagro: M. Lucien Moreau no lo espera. Pero, calculista prudente, se pregunta si nuestros cálculos son completamente exactos. ¡Ah, pues que los compruebe o que pida a los peritos republicanos que hagan de ellos una crítica exacta! Más arriba he mostrado[1] la consistencia que tienen las críticas de *Le Temps*, por lo demás muy ingeniosas. Siquiera *Le Temps* ha hablado, que es un gran mérito. Ordinariamente, nuestros adversarios, tanto nacionalistas como radicales, guardan un silencio malévolo que los más exaltados rompen para injuriarnos.

Pero acaso me habré olvidado de algún factor... He aquí, en resumen, la dubitativa esperanza a que se agarra mi amigo. Cuelga del altar del azar y la suerte los restos de su esperanza. Reconozcamos que, hasta el presente, estas divinidades, que son grandes, se han ocupado muy poco de los asuntos de la tercera República. A lo mejor, la República acaba teniendo razón contra la razón misma llevando a cabo una obra feliz a pesar de su propia constitución. Si admito en hipótesis esta posibilidad, es porque no debemos perder nunca el sentimiento de que todo es posible... incluso lo imposible. Pero no olvidemos que si la lógica, por su parte, lleva a conclusiones antirepublicanas, ¿es que, por ventura, la experiencia de treinta difíciles y vergonzosos años no añade nuevos cargos contra la República? Entonces, si tras el juicio de la razón, tampoco hacemos caso de las enseñanzas de la experiencia, ¿qué podrá determinar y regular en adelante nuestras actividades? Esperar una República buena, o una República menos mala, es empeñarse en esperar algo contra los dictados coincidentes de nuestra memoria y nuestra inteligencia. Es esperar esforzándose en no pensar entretanto. En el fondo, es no esperar nada.

Más claro aún. Me parece que, para un pensador político y para un buen ciudadano, eso de "imponerse una actitud puramente crítica y expectante", como pretende M. Lucien Moreau, equivale a proclamar en sí, dentro de su propia ciudad inte-

1. Página 291 y siguientes.

rior, una auténtica República democrática. Y esto significa renunciar a la dirección y hasta al movimiento de la propia vida.

Comprendo que se dude en convertirse a la Monarquía, pero no comprendo que se soporte, ni por un instante, la menor aproximación, el menor ligamen mental y moral con el hecho republicano cuando se le juzga absurdo en sí mismo y contraproducente en la práctica. En sus objeciones a la Monarquía, M. Lucien Moreau abulta un poco los "defectos" y las "tachas" de los monárquicos viejos. Yo he de dejar exactamente anotado cuanto en igual sentido pueda decirse, y ello ayudará a nuestros amigos a darse cuenta de los perjuicios que les han causado las menores intimidades de algunos de ellos, ya sea con Israel, ya con el resto de la sociedad cosmopolita. Se imponen separaciones y cortes casi quirúrgicos, urgentemente; creo que ahora sean cosa sencilla y pronta, gracias al provechoso espíritu de antisemitismo que M. Edouard Drumont, por un lado, y, por otro, el jefe de la Casa de Francia han despertado o renovado en todas las viejas familias de nuestro país.

M. Lucien Moreau me objeta que, si no existe un partido monárquico, hay, por lo menos, monárquicos, y que Felipe VIII tendría que gobernar con ellos. Tal vez. Y, para abreviar esta discusión, acepto la hipótesis, a pesar de que también podría no aceptarla y decir a M. Lucien Moreau, como a *Le Temps*, que la Monarquía es natural, necesaria y orgánicamente enemiga del gobierno de partidos.

"Hay monárquicos y son retrógrados, clericales y parlamentarios." La *Gazette de France* ha replicado siempre de una manera sencillísima a esta objeción: ¿Desconfiáis del personal monárquico? ¡Pues haceos monárquicos! Puesto que aceptáis la tesis de la Monarquía y el conjunto de sus instituciones, puesto que lo único que teméis es ver surgir una Monarquía mitigada y contradictoria, una Monarquía parlamentaria y centralizada, y todo ello a causa de los actuales monárquicos, haceos monárquicos vosotros y el peligro de todo aquello amenguará a proporción.

El monarquismo no es un grupo cerrado. Entra en él quien quiere. Proclame usted los principios, que es lo que importa, y haga usted que los proclamen cuantos más mejor y que apor-

ten sus mismos puntos de vista, y el esfuerzo mecánico, la influencia "física" del personal que usted teme será, consiguientemente, compensada y neutralizada. Asegurará usted con ello a los proyectos del duque de Orleans, a los planes de André Buffet y de Lur-Saluces, una nueva fuerza de realización. Contribuirá a la reforma nacional en la medida en que pueden hacerlo los buenos ciudadanos.

Bajo la República, esta medida es nula. La República francesa podría definirse como una permanente imposibilidad de reformas, una permanente conspiración contra el bien público. La Monarquía hace posibles este bien y estas reformas. Enemigo como soy del charlatanismo electoral, no voy a caer en el charlatanismo filosófico y me guardaré de decir que una monarquía sea incapaz de error, que en ella no pueda verse licenciado el mejor ministro y que la buena voluntad y la clarividencia del príncipe no puedan ser nunca víctimas de la ignorancia y de la astucia ambientes. Pero añado algo mucho más importante y que no cabe discutir: afirmo que la clarividencia y la buena voluntad *funcionales,* más aún que *personales,* del príncipe, son de tal naturaleza en una monarquía, que se establece una afinidad natural entre el bien público y él. No está obligado, pero se siente inducido, hasta a la fuerza, a oír la opinión de los buenos ciudadanos y de los ciudadanos ilustrados, a solicitarla.

Lo que Lucien Moreau llama "resistencias físicas" y que yo sólo llamo dificultades, estos obstáculos a nuestras reformas—repito—, este personal parlamentario o clerical, y hasta, si cabe aliar los términos, este personal realista-filosemita, por el mismo orden natural de una monarquía francesa, serían difícilmente soportados por ésta y acabaría combatiéndolos y aniquilándolos.

La Monarquía es la conciencia y la voluntad nacionales. Si la Monarquía es vencida en este combate, podrá decirse que toda fuerza francesa es vencida con ella. No hemos llegado aún a tanto. Pero, aun llegando a ello, el primer deber de las fuerzas nacionalistas sería, en tanto cuanto les quedase alguna esperanza de triunfo, el trabajar de nuevo por el único órgano capaz de alcanzar los objetivos que desean. Establezcamos este órgano del interés público. Puesto que nos vemos privados de poner a contribución, ni en la más mínima parte, nuestra actividad, nuestro valor, nuestra inteligencia; puesto que este medio, este órgano esencial y primordial hace falta, empecemos por crearlo, pongámonos a forjarlo. Suponiendo que no dé inmediatamente los frutos que esperamos de él, ¡por lo menos lo tendremos!, contaremos con este instrumental indispensable: podrá aplazarse la obra, pero la habremos hecho *posible* y de nosotros dependerá el apresurar su ejecución. Porque, una vez conseguida la Monarquía, podremos colaborar con todos los franceses patriotas y clarividentes para hacer de ella el uso más directo y provechoso. Pero lo primero es que la Monarquía exista. Y, para que exista, es menester que la inteligencia francesa declare solemnemente que es necesaria. Una vez más: esta es la tarea de M. Lucien Moreau, de todos los cerebros de su fuerza y su claridad.

Después de nueve años

Mientras que, como hemos visto, Henri Vaugeois abrazó la causa monárquica en agosto de 1901, la colección de *L'Action Française* no presenta una señal explícita de la conversión de Lucien Moreau hasta el 15 de octubre de 1903. Aparece en el epílogo de un sagaz estudio del "Testimonio de Barrès".

Tal vez nunca se ha hecho ver tan claramente la distinción entre el orden político y el orden estético o moral. Repitiéndose la pregunta que había formulado el príncipe al final de la audiencia de Carlsruhe: "¿Y Barrès?", pero con objeto de investigar si el autor de *Amori et dolori* tendría que prescindir del más pequeño "matiz de su sensibilidad" el día en que se decidiese por la Monarquía, Lucien Moreau dirigía al autor de la *Encuesta* esta respuesta admirable que merece citarse por su decisión, su discreción y su firmeza: "...Usted, exigente y duro teorizante, nunca ha pedido tanto. Pide usted que le sacrifiquemos una pretendida libertad política, la ficción de un sueño. Invita usted a transformaciones juzgadas necesarias. Señala, sin que nadie le haya refutado, qué medios serían eficaces a este fin. Tales medios son difíciles. Pero los otros no valen nada: los últimos años lo han probado. En una palabra, usted expone las

conclusiones a que ha llegado, pero deja a cada uno en libertad de espíritu y no exige que empecemos, como dicen algunos en serio, por reformarnos a nosotros mismos. Le doy gracias por haberme hecho comprender que *o hay que renunciar a toda mejora fundamental en nuestro país o restaurar la Monarquía.*"

Estas últimas palabras se han convertido en uno de los adagios usuales de *L'Action Française.*

CARTA DE M. CHARLES LE GOFFIC

MONSIEUR Henri Vaugeois pertenece a un tiempo a la *Liga de la Patria Francesa* y a la *Acción Francesa.* M. Lucien Moreau es sólo de la *Acción Francesa.* M. Charles Le Goffic no pertenece a ninguno de estos dos grupos y hasta ha habido un momento en que estuvo a punto de ingresar en una de las Ligas contrarias.

Su caso me hace pensar en ese conjunto de inteligencias nobles y de almas rectas que la propaganda de los amigos del traidor Dreyfus ha logrado perturbar, no sé, realmente, cómo: M. Charles Le Goffic ha creído y cree todavía que la libertad individual y las garantías ciudadanas ¡se han visto amenazadas en la persona de M. Picquart! De todos modos, esta creencia —de la que no hace falta que yo diga si me parece una equivocación lamentable—ha sido, en M. Charles Le Goffic, de una notable, excepcional y feliz esterilidad, puesto que no ha engendrado en él el menor olvido de la patria ni de nuestros deberes con ella, ningún sentimiento de recelo en contra del Ejército, ninguna pasión antirreligiosa. En plena crisis revolucionaria, el alma antigua de la Bretaña lo poseía, lo mantenía fiel, en lo principal, a la tradición de los abuelos.

La obra y la vida enteras de M. Charles Le Goffic parecen sin reserva dedicadas a la vieja tierra de su provincia. Hijo de un librero de Lannion especializado en editar en lengua bretona a los bardos del país, M. Charles Le Goffic no es, con todo, un bretón puro, y tengo entendido que, por línea materna, desciende de una familia de gondoleros venecianos venidos al Trianon para figurar en las fiestas de María Antonieta. De Venecia o de Lannion, sus abuelos parecían acordarse para ha-

cerlo nacer poeta. No es ahora ocasión—pero la he tenido cien veces y volveré a tenerla muchas más—de proclamar la admiración y la simpatía de todos nuestros literatos por la poesía de M. Charles Le Goffic. Aunque de inspiración bretona, raras veces se ha expresado en la lengua de los bardos, sino en el francés más dulce y limpio. Grave y encantadora, profunda y tierna, amiga fiel del recuerdo, la poesía de *Amor bretón* y del *Bosque dormido* evoca el lamento de las mujeres de los marinos volando sobre las aguas como un vuelo de gaviotas:

> Las bretonas de tierno corazón
> lloran al borde del mar...

Arómala el perfume penetrante, salobre, de los lirios y los claveles salvajes de las riberas en otoño; canta una larga y antigua tristeza, los deseos íntimos y los sueños infatigables de una raza aventurera y resignada... Con todo, no nos hubiéramos dirigido a M. Charles Le Goffic si no fuese más que por su lira, ni aun siendo ésta bretona y de tan delicioso son.

Pero es que, además, M. Le Goffic se ha constituído, en su provincia, en defensor y, como dicen en el Mediodía, en mantenedor de cuanto ella tiene de peculiar. M. André Buffet me señalaba, durante una de nuestras conversaciones, lo considerable de la intervención de M. Charles Le Goffic en el Congreso regionalista celebrado en París, durante el mes de julio, en la Exposición: presidió la sesión de apertura y no cesó de sostener en la asamblea la causa de la reconstrucción francesa por la descentralización. Estos días últimos, tomaba parte, en Guingamp, en las largas y brillantes sesiones de la *Unión regionalista bretona*, uno de cuyos principales y más activos organizadores ha sido.

Si el poeta se mantiene en él muy cercano a la imaginación y a la sensibilidad de su país, hay también un Le Goffic crítico, economista y hasta político, que no ignora una sola de las necesidades de sus conciudadanos y que trabaja generosamente en satisfacerlas. Quiero señalar uno de sus libros—*Sur la côte*—, que no es tan sólo una serie de cuadros pintorescos, hábiles y bien vistos, sino también un repertorio de observaciones utilísimo y, al mismo tiempo, un excelente conjunto de pro-

yectos y de postulados de reformas. Por otra parte, no hay más que hojear las novelas de M. Charles Le Goffic, particularmente *Payse* y *Morgane*, para apreciar lo vivo de su sentimiento de solicitud cívica en relación con los más pequeños intereses bretones. Hasta el panceltismo—un panceltismo completamente francés o en provecho de Francia—atrae y encanta a Le Goffic.

La Academia Francesa le ha premiado repetidas veces por sus poemas y sus trabajos de crítica o de economía. En la promoción de 14 de julio último, fué nombrado caballero de la Legión de Honor.

Como puede verse, era casi obligado en mí el tener a monsieur Charles Le Goffic al corriente de mi encuesta sobre la Monarquía. Su respuesta a la misma ha sido espontánea, una de las primeras que recibí de mis amigos. Todavía no había publicado ni la opinión de M. Paul Bourget ni la de M. Barrès. Todavía el señor duque de Orleans no me había escrito su carta. Pero como tenía que pedir a M. Le Goffic que me autorizase a dar publicidad a la suya y él estaba de viaje, mi petición tuvo que andar siguiéndole a Trégastel y a Guingamp, y esta es la razón del retraso con que aparece. Es una carta íntima y yo he querido mantenerle este carácter para que se percibiera mejor la verdad de su acento:

"Trégastel, 20 de agosto de 1900.

Mi querido Maurras:

He leído su encuesta con verdadera pasión; sería el ideal, lo soñado, un Gobierno semejante. Y, en cuanto a construcción, es de una precisión de líneas verdaderamente admirable. Si la Monarquía fuera a realizar semejante programa—y pudiera hacerlo—, ni un solo ciudadano podría dejar de aceptarla ahora mismo. Pero, con la mejor voluntad del mundo, ¿cree usted que realmente podría y que, teniendo que dominar mil resistencias locales, no sería su primera preocupación el centralizar hasta el límite, el apretar todavía los tornillos y atenazarnos definitivamente?

Además, soslaya usted demasiado en su encuesta la cuestión del personal monárquico. Y este es el punto principal para las tres cuartas partes de franceses que experimentan una alegre satisfacción democrática en sentirse iguales a los noblezuelos que tan al-

tivamente los trataron antaño y en hacerles notar esta igualdad llenándolos de afrentas. La simple idea de que todos esos condes, vizcondes, marqueses, semilla de antiguo régimen, pudieran levantar cabeza y nacerse dueños otra vez de la situación, esta sola idea les es insoportable. Estoy convencido de que aceptarían mucho más a gusto la fórmula napoleónica que puede prescindir de apoyos tan comprometedores y darse un aire democrático. Y ello es sensible, porque a mí me gusta tan poco como a usted una democracia de careta cesárea.

Queda, además, la cuestión clerical. Usted me conoce; usted sabe que yo no soy un comecuras, que, católico, respeto profundamente la religión católica y que quiero que todo ciudadano pueda ir libremente a oír misa si gusta. Pero también quiero que puedan dejar de ir, si no les acomoda[1]. Luis Felipe (inmediatamente después de la Restauración) pensaba esto mismo. Pero la fecha del 16 de mayo —fecha que vivirá siempre en la memoria del país—planteó, o, mejor dicho, volvió a plantear la cuestión clerical, y jamás la alianza, la famosa alianza del trono y el altar, se había manifestado con tanto impudor. Inquisición en la vida pública, en la vida privada, denuncias, inclusiones en el Indice, ¡todas las cuerdas de la lira! Mi hermano, por haber cantado la Marsellesa, fué despedido (estaba empleado en la Administración de contribuciones), y yo, que tenía entonces trece o catorce años, por una niñería publicada en el periódico comarcal, fuí excomulgado desde el púlpito. Tres curas vinieron a casa a amenazar a mi madre y, como ella los echó, la boicotearon. Nuestro almacén fué declarado infrecuentable. Y lo que nos ocurrió a nosotros ocurrió a otras cien familias de la región.

Estas cosas no las ha olvidado el país, y por nada del mundo quiere que se repitan, y una restauración monárquica parece amenazarnos con ellas. Digo "parece" porque tanto usted como los señores Buffet y de Lur-Saluces obran de buena fe. Pero los hombres nada pueden contra la lógica de las cosas, y, fatalmente, una restauración monárquica daría la señal de una reacción clerical.

En lo que toca al puro principio monárquico, la razón está con usted. En lo referente a la orientación del país hacia un orden de cosas descentralizador, también. Y asimismo cuando afirma que la

1. M. Le Goffic escribía, sobre la misma cuestión, en una carta anterior, lo siguiente:
"No soy enemigo del clero, de ningún modo. Al contrario. Lo quiero libre, respetado, considerado, pero a condición de que no caiga tampoco en los excesos que él mismo reprocha, con motivo, a los francmasones."

mayoría de los republicanos actuales sólo son republicanos de sentimiento: es que es duro tener que renunciar a la fe de toda una vida. Por lo que a mí hace, nada detestaría tanto como pasar por renegado. Me dirá usted que me pago de palabras. Y es mucha verdad que, si uno tomase la opinión como regla y la opinión se equivocase, estaría condenado a andar equivocado toda la vida con ella. Admitamos que ahora se equivoca: ¿quién se lo da a entender? ¿Y cree usted que el país seguiría dócilmente a quienes se presentaran a él con la lis monárquica en la mano? La pobre flor inmaculada ya no florece en nuestros jardines. Ni siquiera en los campos. El partido orleanista o legitimista ha sido hasta ahora un Estado Mayor sin tropas. Con razón o sin ella, mucho me temo que siga igual.

Muy afectuosamente suyo, querido Maurras,

CHARLES LE GOFFIC

Queda, pues, sentado que M. Le Goffic continúa siendo republicano, pero con poca fe republicana. Voy a pedirle que me permita no tener en cuenta las metáforas ingeniosas que cierran su carta. ¿Estado Mayor sin tropas? Siempre es el Estado Mayor quien recluta éstas. Un buen cuerpo de oficiales atrae a muchos soldados y, en todo caso, los hace aguerridos. En cuanto a la flor de lis, puede renacer como todas.

Multa renascentur quæ jam cecidere, cadentque
quæ nunc sunt in honore...

La necesidad inmutable asignó a cada necesidad las instituciones que la satisfacen. Francia necesita la Monarquía; si, por una razón u otra, no satisface esta necesidad, vendrá fatalmente (por inanición o por cualquier otra consecuencia de debilidad física) el fin de Francia.

¿Quiere M. Le Goffic que acabe realmente? ¿Puede consentirlo? Puesto que lo prevé lo mismo que nosotros, ¿por qué no trata de evitarlo? Puede hacerlo, en la medida de sus fuerzas. Le es dado ejercer con provecho su función de miembro del poder espiritual de Francia enseñando francamente a sus conciudadanos las verdades que por sí mismos no pueden alcanzar. Su propio mérito le señala un puesto entre quienes meditativamente se desvelan pensando en el porvenir de la nación. Además, sus éxitos le dan autoridad. Tiene competencia y crédito.

¿Por qué no usa de ambos? M. Le Goffic tendrá que reconocer que la lealtad republicana tiene su límite natural en la lealtad francesa.

¿Que la opinión se engaña? Pues que la desengañe él. ¿Que los monárquicos tenemos razón en la doctrina? Pues que no se lo calle. Las dificultades existentes para la restauración nacional amenguarán a proporción.

Por lo demás, pronto voy a tener ocasión de explayarme sobre esta cuestión de las dificultades prácticas para contestar a otro de mis corresponsales. Entonces se verá cómo, si bien la *ejecución* del programa monárquico puede suponer para los franceses un verdadero esfuerzo, éste es, en cambio, el único provechoso, el único eficaz, el único susceptible de llegar a buen término; representa, pues, literalmente, el menor esfuerzo... Pero, por hoy, prefiero dedicarme a resolver las otras objeciones que hace M. Le Goffic relativas a lo que habría de ocurrir al día siguiente de una restauración monárquica.

1.º ¿La restauración sería, en verdad, "¿señal de una reacción clerical"? Hay que reconocer que el recuerdo del bonapartista Fourton pesa sobre la concepción monárquica, por extraño que esto parezca. En repetidas ocasiones he expuesto ya cuál es la verdadera tradición de la Monarquía: religiosa, pero anticlerical. Y, con M. Maurice Talmeya, tengo que hacer notar que sólo un poder religioso puede ser sanamente anticlerical. Y aun añado que un poder fuerte, celoso de su autoridad, difícilmente soportaría las intromisiones temporales de una vasta asociación religiosa tan poderosa ya en lo espiritual: va en ello algo de su propia vida.

M. Lucien Moreau, cuando me presentaba la misma objeción de M. Le Goffic, la resolvía en parte al subrayar cómo la política siciliana impuesta desde Roma a los franceses [1] apartaba de los años primeros, de los años críticos de la Monarquía, a los más fogosos, intemperantes y peligrosos de nuestros teócratas ultramontanos. Católico y respetuoso del Catolicismo,

1. Atribuíase por aquel entonces a la influencia del siciliano cardenal Rampolla la iniciativa de la política "reconocementera". (Nota de 1909.)

M. Le Goffic vería sencillamente el Estado judío, protestante y masónico substituído por un Estado católico como él y como él respetuoso con el Catolicismo. La "logia de las cosas" marcharía, pues, de completo acuerdo con el pensamiento de los señores André Buffet y de Lur-Saluces, y la voluntad, sobradamente conocida, del señor duque de Orleans podría corregir, si necesario fuera, las deformaciones posibles de dicha lógica.

2.º Tanto para esta primera objeción, como para la segunda, que se refiere al personal, la respuesta dada a M. Lucien Moreau puede servir para M. Charles Le Goffic. No creo que haya motivo para pedir garantías y seguridades contra una posible reacción clerical nobiliaria. Cuando se restaure el respeto al Catolicismo, lo restaurado serán las tradiciones nacionales. Y si, como el dictamen de la objetividad científica lo aconseja, se va al restablecimiento de *una* nobleza, será la selección auténtica de la nación lo que forme la aristocracia.

Pero cabe dudar aún: entonces, lo que procede es tomarse por sí mismos estas inútiles seguridades y estas superfluas garantías que parecen indispensables. Ello es bien fácil: hacerse de los nuestros. Hacerse monárquico. Colóquese usted, querido Le Goffic, de acuerdo con sus posibilidades y su talento, en primera fila de nuestras tropas reorganizadas. De este modo, el personal monárquico lo serán usted y los amigos que su ejemplo arrastre. Tendría que ser cosa del diablo, si, de este modo, no se incorporaban a las concepciones del nuevo régimen siquiera algunos de sus puntos de vista y de sus repugnancias.

3.º La descentralización. M. Le Goffic prevé que habría que "dominar mil resistencias locales". Teme que, por ello, el poder se sienta obligado a "atenazar definitivamente" unas iniciativas preciosas. Quisiera darle unas explicaciones y al mismo tiempo contestar a muchas objeciones que la carta del señor duque de Orleans ha levantado en los periódicos de París y de provincias.

El nuevo poder, como cualquier poder nuevo, tendría que vencer ciertas resistencias. Los prefectos, subprefectos, comi-

sarios de policía y, con el nombre que se les dé, todos los agentes de la Administración propiamente dicha, tendrían que conjurar, junto con el Ejército, los desórdenes, el motín y la insurrección. Tal estado de cosas, que en las regiones más revueltas podría llegar al borde del estado de sitio, es, por definición, un estado transitorio. Se contrae a un momento determinado de la vida pública, pero no afecta al concepto mismo de esta vida. Es el juego momentáneo de una institución, pero no la institución misma. Me sorprende que M. Charles Le Goffic no haya notado esta diferencia.

Diferencia tanto más de notar cuanto que este estado de disciplina rigurosa puede hermanarse bastante bien con una completísima descentralización. La enseñanza, la beneficencia y la mayor parte de los otros grandes servicios públicos pueden ser confiados (bajo un riguroso control de hecho) a la iniciativa privada en los mismos momentos en que se redoblarían la prevención y la vigilancia en materia de política general. Un poder constitucional débil es hipócrita. Necesita valerse de medios disimulados y cautelosos y, por consiguiente, el concurso de miriadas de funcionarios que estén a su merced, para asegurarse el que le obedezcan y, simplemente, que le soporten. Un poder que sea lo bastante resuelto para reprimir y castigar, no tiene que preocuparse de estas triquiñuelas ni que rebajarse a estas pequeñas astucias. Le basta con imponerse y, seguro de su fuerza, puede mostrarse generoso.

Pero prescindamos, para simplificar, de la idea de una descentralización coincidente con los comienzos mismos de la restauración. Pues bien: yo digo que, en esta era crítica y en lo más apretado de la necesaria compresión, por el solo hecho de que el rey hubiera subido a su trono, la descentralización habría dado un gran paso, porque se habría hecho *posible* y, bajo la República, no lo es.

"Un republicano" se burla elegantemente de mí, en *Lyon républicain*, por haber yo subordinado la descentralización a la institución monárquica. Pero se guarda muy bien de decir a sus lectores la razón precisa por la que subordino, en efecto, la una a la otra. Mi contradictor (parisiense y lionés, porque junta estas dos cualidades) reconoce que la República no ha podido descentralizar y que es difícil que lo haga y que, para conseguirlo, serían menester diez años de una acción enérgica. Y concluye con estas palabras: "¿Qué Gobierno sería capaz de engolfarse durante diez años en esta tarea ingrata y ruda?" Otro "republicano" que escribe en el *Propagateur Picard*, periódico de Montdidier, declara al señor duque de Orleans que la obra de la descentralización es "un trabajo de Hércules" y que el "excelente" programa del joven príncipe es audacísimo. Yo replico a estos dos republicanos que uno y otro están en lo cierto. Pero que se quedan a la mitad del camino. Tiene razón el *Lyon républicain* cuando dice que la República no se atreverá, en muchísimo tiempo, a descentralizar; sólo que debería decir que no se atreverá nunca. En cuanto al *Propagateur Picard*, si bien tiene razón cuando admira "la audacia del descendiente de Enrique IV", debería advertir que es una audacia fundamentada que está en proporción al vigor de un poder real enérgico.

Cuando el señor duque de Orleans se dignaba escribirme estas palabras: *"Sólo yo estoy en potencia de resucitar la vida espontánea en la ciudad y en el campo..."*, sentaba una verdad rigurosa de la que es fácil darse cuenta con un poco de reflexión. Yo la he explicado en *L'Éclair*, de París, y en el *Petit Comtois* de Besançon. Voy a insistir en la explicación, en obsequio del *Propagateur Picard* y de *Lyon républicain*, ya que M. Charles Le Goffic me ha dado pie para ello.

Lo mismo si es parlamentaria que si es plebiscitaria, una República no es capaz de descentralizar. Pongamos los puntos sobre la íes. Yo no digo que no haya ninguna República descentralizada. Sé que existen la de Suiza y la de los Estados Unidos. Digo que una República, parlamentaria o plebiscitaria, no es capaz de pasar del estado de centralización a la descentralización. Y ello por una razón fácil de comprender: *en ella, los grandes poderes públicos son electivos*. De consiguiente, el Gobierno, cualquiera que sea, tiene interés, para que le reelijan, en mantener bajo su férula, cuantos más mejor, a los administradores de los servicios públicos; o sea, dicho en otras palabras, en centralizar. Cuantos más funcionarios adictos tenga, con mayores probabilidades de disponer de sus electores contará este poder central electivo, ya que los funcionarios son el mejor intermediario entre los electores y él. Lejos, pues,

de que *pueda querer* descentralizar, un gobierno electivo tiene que querer justamente lo contrario: en efecto, el término natural de una República democrática es el socialismo de Estado democrático, la obra cumbre de la centralización y el funcionarismo.

Supongamos una revolución, o cualquier otro fenómeno de anarquía espontánea que impusiera la descentralización; pues bien: si, tras la revolución, el Gobierno continuase siendo electivo, el movimiento centralizador recomenzaría, por efecto inevitable de la institución electiva. Esta necesidad electoral se siente en Suiza y en los Estados Unidos, en donde, desde hace algunos años, se han votado medidas centralizadoras en gran número. Se las suele juzgar como resultado del maquinismo y de los ferrocarriles [1]. Pero el análisis que acabamos de hacer enseña que nacen, como el fruto de la flor, del órgano esencial de la democracia, que es la elección. Substituid, en una gran parte del organismo político, la elección con la herencia, y hacéis *posible* el movimiento inverso, la reacción higiénica hacia la descentralización. Que es lo que se trataba de demostrar.

M. Le Goffic puede insistir aún y decirme: Bien; mediante la restauración, la reforma deja de ser imposible, pero ¿qué garantía tenemos de que lo posible se convierta en un hecho? Replico que tenemos diversas garantías. En primer lugar, las augustas palabras y las tradiciones monárquicas. M. Pierre de Nouvión, el cual ha gritado "¡a ése, a ése!" desde *Le National* acusando al señor duque de Orleans de haberle arrebatado el programa de la descentralización, nos ha divertido muchísimo por la viveza y la sinceridad de su grito. Pero no podrá evitar que el conde de París y el conde de Chambord (fundador del diario lionés *La Décentralisation*) hayan sido descentralizadores bastante antes que M. de Nouvion y hasta antes que M. Paul Émile [2]. Tampoco podrá evitar que nos acordemos de que, apenas derribado el primer Imperio, antes de que el bonapartista Carrel pudiera pensar en ello, los más realistas

1. Pura broma. El maquinismo y los medios de comunicación son importantísimos en Bélgica: en cambio, la descentralización es allí extremada.

2. Actual director de *Le National*, fundado por Armand Carrel.

entre los realistas, los *ultra*, un Bonald, un Villèle, clamaban por la desaparición de las instituciones del año VIII, y, si no lo consiguieron, queda, en compensación, el hecho de que las principales leyes descentralizadoras del siglo dimanan de la Restauración, del Gobierno de julio y de la Asamblea de Burdeos, es decir, del monarquismo o de la Monarquía. He aquí una primera categoría de garantías.

La segunda es quizás mucho más importante todavía. La descentralización sería casi un hecho fatal producido mecánicamente por la abolición del parlamentarismo y por la substitución del poder central electivo por un poder central hereditario. Precisamente porque el restablecimiento del orden público obligaría a medidas de energía, sería inexcusable, en buena psicología política, pagar estas medidas a buen precio. Y los franceses cobrarían en libertades auténticas la equivalencia de las libertades nominales a que hubiesen renunciado.

Un amigo mío acostumbra a decir familiarmente que la descentralización será el hueso que roer arrojado a la democracia y al liberalismo. Esta irrespetuosa expresión encierra algo de verdad. A pesar de los pesares, treinta años de régimen deliberante han acostumbrado a una pequeña minoría de nuestros conciudadanos a cierta actividad cívica. Cuéntanse en esta minoría cierto número de pillastres y tunantes punibles, de gentuza que requiere vigilancia. Pero también hay buena gente. Pues bien: la descentralización daría pie a emplear provechosamente su celo y sus luces. Los Consejos comunales, los Consejos de distrito, los Consejos regionales, las Cámaras profesionales, las Comisiones económicas, serían para ellos unos inapreciables derivativos. Mezclados con las capacidades auténticas, dirigidos y controlados por el poder real, nuestros amables políticos se maravillarán viendo los servicios que presten a la comunidad. De esta manera sacó Bonaparte de entre los jacobinos de la Convención excelentes dependientes a sus órdenes.

Pero he aquí, finalmente, la tercera garantía de que la descentralización (que la Monarquía habría hecho posible y que sería, transitoriamente, utilísima para la Monarquía misma) se llevaría a cabo como fuese, pero indefectiblemente: *la descentralización es indispensable al país*. De ella "depende", dice

el señor duque de Orleans, "el porvenir y la salvación de Francia". ¿Y qué sería la Monarquía si este órgano vivo del bien general no tuviera un sentido especial de la providencia cívica? La República que M. Anatole France definió cierto día como "la ausencia de príncipe" [1] nos priva de este órgano y de este sentido. Y una vez recobrado este sentido, recobrado el órgano, ¿cómo quiere usted, mi querido Le Goffic, que no funcionasen conforme a su propia naturaleza? Puesto que el rey encarna el instinto conservador de la nación, concédale usted la misma percepción y el mismo anhelo que el instinto que guía y conduce a la universidad de los seres vivientes: sabrá advertir los gérmenes de muerte o de enfermedad introducidos en el cuerpo del país, deseará para él la vida y la salud. Será, pues—y "el mismo día", como dice nuestro príncipe—, descentralizador ferviente.

¿No le llama a usted la atención el hecho de que, en su destierro, el jefe de la Casa de Francia tenga una visión tan clara de las necesidades apremiantes del país? Un político se hubiera preocupado de lo que el país desea o cree desear. Un rey piensa, ante todo, en lo que es necesario o útil, con independencia de los deseos, porque para esto es el cerebro, el sistema nervioso central de la nación.

El señor duque de Orleans es nuestro rey genuino.

1. *L'Orme du Mail*, disputa del abate Lantaigne y del profesor Bergeret.

CARTA DE M. HENRY BORDEAUX

MONSIEUR Henry Bordeaux lleva, como solía decirse antaño, la batuta de la crítica en la *Revue hebdomadaire*. Pero se le ama más que se le teme, porque sus juicios son del más bondadoso de los jueces.

Hojeando sus volúmenes de ensayos, de notas y de estudios —*Almas modernas, Sentimientos e ideas de nuestro tiempo, Los escritores y las costumbres*—, se observa en seguida cuán estrechamente se juntan en él un recio espíritu, curioso y al corriente de todo, y una delicada sensibilidad, siempre inclinada a la simpatía. No le basta el comprenderlo casi todo y necesita amarlo, y en ello se deleita. Sólo la fealdad moral le repugna. Transige con la fealdad puramente estética y hasta la perdona por poco que le parezca lo suficientemente sincera. Este es el hombre. Adora las letras y las artes porque ve en ellas un esfuerzo, valeroso, enérgico o tierno, del género humano, pero no necesita predicarse a sí mismo que la humanidad es digna de ser amada o respetada por haber inventado las letras y las artes. La misantropía es inconcebible para M. Henry Bordeaux, y, sin ser un Alcestes, se le puede calificar de complaciente. La palabra justa es que es benévolo. Es un cristiano según la mente de Juan de Pathmos. "Amémonos los unos a los otros." El empieza el primero y a todos quiere.

Su simpatía universal nada tiene de disolvente, porque se apoya en un pensamiento muy firme. En rigor, M. Henry Bordeaux es de aquellos que podrían prescindir de principios por la rectitud natural de sus sentimientos que, a mayor abundamiento, se aquilatan con todas las condiciones favorables. Vive en provincias y, según creo, en familia y en el campo. Ha sido,

si es que no sigue siéndolo, alcalde de su pequeña villa. Su reflexivo espíritu ha estudiado de cerca, con sostenida atención, todos los aspectos prácticos del problema de la descentralización. La meditación y el estudio se reparten esta existencia apacible y envidiable. Es de los nuestros en la medida en que puede serlo, pero es, ante todo, de los suyos, de los que se parecen a él y que, por sentir y reaccionar lo mismo que él, son sus semejantes por especial designio y predestinación. La grave y hermosa carta que sigue basta para pintarlo.

Cognin, junto a Chambéry (Saboya),
1 de setiembre de 1900

Mi querido amigo:

Su encuesta sobre la Monarquía es a un tiempo mismo social y política. Por ello, nadie que se preocupe del porvenir de nuestra dulce Francia puede mirarla con indiferencia.

Es indiscutible que, en la Francia del siglo XIX, no ha cesado de desarrollarse la anarquía intelectual y moral que, con la democracia, ha penetrado en nuestro gobierno. Taine hizo responsable de ello sólo a la Revolución. Pero ¿acaso no tenía que derivarse lo mismo de esas prodigiosas transformaciones introducidas de pronto en las relaciones económicas y sociales por los descubrimientos de una ciencia que despierta más deseos aún que bienestar proporciona, que substituye las antiguas creencias con la fe en el progreso y las ideas desinteresadas con las pasiones prácticas, y que crea un nuevo mundo inquieto y agitado? ¿Y no hay que tener un poco de indulgencia para nuestra época maravillada, que, ante este crecimiento de las fuerzas físicas, no ha sentido la necesidad de fortificar su ideal moral?

El desorden de las mentes y de los corazones es lo que ha provocado, o por lo menos ha aumentado, el desorden en el gobierno. Importa, pues, ordenar los sentimientos y las ideas. El individuo necesita un principio director, y éste debe ser la persuasión de que todo egoísmo es estéril, de que el hombre no puede aislarse, sino unirse estrechamente a su raza, a su país. En la familia, hay que fortificar la autoridad del cabeza de la misma dejándolo dueño de la libre disposición de sus bienes y de la educación de los hijos. En la sociedad, importa inyectar más fraternidad y, para esto, proporcionar a los hombres ocasiones de conocerse y ayudarse mutuamente por el desarrollo de las vidas local, municipal y provincial y mediante la libertad de asociación. Y, para terminar, las costumbres o el Gobierno han de proporcionar al pueblo *sus representantes naturales,* esta latente aristocracia de la inteligencia, de la honradez y de la fortuna que tiene más deberes que derechos, pero que debe ser puesta en condiciones de llenar sus deberes sociales, cosa de que se la aparta hoy deliberadamente.

¿Sólo la Monarquía hereditaria es capaz de llevar a cabo esta transformación moral y social? Usted así lo asegura. Pero es sabido que el poder de uno solo es un hecho que no puede nacer más que de una tradición no interrumpida—y la nuestra lo fué trágicamente—o del consentimiento unánime y espontáneo. ¿Conseguiría hoy este carácter? ¿Y qué asentimiento general e indispensable le sería posible obtener?

Lo que está fuera de toda duda es que la organización propiamente democrática es contra natura. El número no debe decidir; a lo sumo, puede controlar. Pero la forma republicana no está en litigio. Ha habido Repúblicas prósperas: las aristocráticas. Usted mismo reconoce, en su respuesta a Maurice Barrès, que una aristocracia organizada daría grandes posibilidades de vida al régimen republicano. ¿Por qué no ha de poder organizarse? Y el que, en efecto, llegara a organizarse, ¿sería más sorprendente que la resurrección del sentimiento monárquico en Francia?

Cuenta usted, mi querido amigo, con mi sincero afecto.

HENRY BORDEAUX

Voy a seguir línea a línea la interesante carta de M. Henry Bordeaux.

Sin duda alguna, las maravillas del siglo XIX, el maquinismo, la facilidad de las comunicaciones, han contribuído al desequilibrio de nuestro pueblo. Pero tengamos en cuenta que "esas prodigiosas transformaciones introducidas de pronto en las relaciones económicas y sociales" no se han circunscrito al suelo francés. Otros pueblos han recibido las mismas novedades y las soportan mejor. ¿Por qué así?

M. Bordeaux no es hombre que vaya a buscar a este hecho explicaciones fabulosas y antropomórficas, tales como la juventud o la vejez de los pueblos, la edad más o menos avanzada de una civilización. Tendrá que reconocer, como Taine, que es que allá existían y que aquí faltaban las instituciones que permiten a una sociedad humana el soportar los cambios, aun siendo lentos y parciales, y con mucho más motivo si son

bruscos y generales. M. de Lur-Saluces ha hablado del "sostén" necesario de las reformas y las evoluciones; no perdamos de vista este principio. Para que pueda moverse, conviene que un pueblo tenga sólidos puntos de apoyo. Si no los tiene y cualquier fuerza natural le obliga al movimiento, son incalculables los trastornos que se le originan.

Resulta, pues, que, en última instancia, sigue siendo la anarquía revolucionaria la causa de los males públicos. Las ideas revolucionarias no sólo destruyeron cuanto existía, sino que el crédito y la fuerza de que han gozado han impedido durante mucho tiempo toda reconstitución. Estoy, pues, completamente de acuerdo con M. Bordeaux cuando atribuye una parte del desorden político al desorden reinante en las mentes y en los corazones. Creo como él que hace falta "ordenar los sentimientos y las ideas". Pero es claro que no se va a ordenar la mente y el corazón de cuarenta millones de franceses con una simple propaganda literaria o filosófica. El desorden revolucionario, basado en una filosofía individualista, tiene, además, casi tantos cómplices, como mediocres, envidiosos, tontos y pillos pueda haber en Francia. Es mucho. Si no interviene una minoría selecta y generosa, si no emplea ésta todos los medios superiores de que puede disponer, la curación de esta ataxia nacional puede considerarse como un hermoso sueño, pero como un sueño, ni más ni menos.

Una de las más importantes máximas de M. de la Tour du Pin es la de que el orden no nace espontáneamente en la sociedad. Una autoridad le precede y le engendra. Sin esta autoridad generadora y directiva, pueden echarse a perder las mejores disposiciones, o volverse contra el bien público. De modo que los principios que encomia M. Henry Bordeaux—"todo egoísmo es estéril", "el hombre no puede aislarse"—son excelentes en sí, pero insuficientes. ¿Cómo dirigir una parte del *altruísmo* de tal o cual obrero según las conveniencias de su raza y de su país? ¿Por ventura la adhesión al Sindicato, el entusiasmo por el grupo profesional, no son fenómenos de altruismo y de asociación que pueden ser muy generosos? [1].

1. Permítaseme hacer notar aquí que el desarrollo del sindicalismo y la *moral* de guerra social, formulada después por M. Georges Sorel y sus discípulos, ha confirmado bastante bien esta afirmación. (Nota de 1909.)

Y, no obstante, el político, el filósofo, el hombre de Estado, sentirán la necesidad de poner límites—más exactamente, fronteras—a este generoso movimiento. El mismo bien necesita ser encauzado. Repito que es indispensable una autoridad. Sólo un poder político tiene los medios de llevar a cabo las reformas sociales que enumera M. Bordeaux, desde la reconstitución de la familia hasta el sistema de una genuina representación nacional.

La cuestión mental, la cuestión moral, la cuestión social, todo queda reducido así a una cuestión política. Y, según M. Henry Bordeaux, el poder político no puede ser democrático. ¿Será, pues, aristocrático, según su gusto? Yo dije a Barrès que las Repúblicas viables y prósperas son aristocráticas. ¿Cómo ha podido M. Henry Bordeaux sacar de esto una objeción? "Una aritocracia organizada daría grandes posibilidades de vida al régimen republicano. ¿Por qué no ha de poder organizarse?" Puede perfectamente, aunque las dificultades para ello son inmensas; puede organizarse en una larguísima serie de etapas: pero, entretanto que esta aristocracia se organiza, ¿cómo y de qué vivirá el país?

Temo mucho que M. Bordeaux no se ilusione, a propósito de la aristocracia, con una idea falaz que sería digna de M. Henri Bérenger [1]. "Aristocracia de la inteligencia, de la honradez y de la fortuna", dice. Pero se olvida de la aristocracia de la sangre, que es el eje y el tronco sólidos de las otras tres. Propiamente hablando, aristocracia quiere decir herencia. Una aristocracia es provechosa, no porque se componga de gentes benéficas, o discretas, o ricas, sino porque se transmite con la sangre, porque está ligada al porvenir de la patria por el interés hereditario. Una aristocracia hereditaria y dueña de una gran parte del capital de la República [2] llena la misma función que una dinastía. Buscando su propio bien, hace el público. Reúne las cualidades de un soberano dinástico: previsión, cálculo, prudencia, moderación. Para que la República dure y pros-

1. M. Bérenger es autor de un libro, por lo demás curioso, que se titula *La aristocracia intelectual.*

2. A condición de que este capital sea muy homogéneo. (Nota de 1909.)

pere, hace falta que esta poliarquía dinástica tenga importancia y poderío suficientes en el Estado para conducir y regular las veleidades del público. Cuando éste se sobrepone y el patriciado se empequeñece, la República se empequeñece paralelamente. Se inclina a la democracia y, por ella, a la tiranía, tan pronto demagógica, tan pronto cesárea. Todos estos recuerdos de la historia romana están corroborados por la historia repetida de las repúblicas griegas, italianas, americanas e incluso helvéticas. ¿Será preciso que detallemos? ¡Pero si el simple análisis demuestra, a simple vista, lo imposible que es el que ningún Estado, monárquico o poliárquico, sea próspero si no le asiste un órgano, único o vario, del interés general!

Una aristocracia, tal como acabamos de definirla, no se improvisa. Es hija de las edades. Los primeros reyes de Roma y de Atenas dejaron eupátridas [1] y patricios, a lo que se debió la altura alcanzada en sus comienzos por la República de Atenas y la solidez de la República romana. Fustel creyó que esto mismo hubiera podido darse entre nosotros si, una vez acabada la unidad nacional, por ejemplo bajo Francisco I o en el tiempo de la Fronda, la nobleza francesa hubiese proclamado la República [2]. No hay la menor paridad con nuestro caso. La República ha surgido tras la desorganización política de la nobleza. ¿En qué va a apoyarse?

La República, fiel a la ley republicana que implica la gobernación de un corto número, la República en Francia habrá de apoyarse en los únicos grupos hereditarios que conserven alguna cohesión. Tendrá la osamenta que le señalaba M. Henri

1. Entre ellos fueron elegidos por sorteo los arcontes durante mucho tiempo.

2. El desarrollo de mis análisis me ha hecho temer—repito—que aquí haya un error. Por la variedad de su territorio y de sus costumbres, Francia escapaba a la regla de las Repúblicas prósperas. En efecto, esta regla es doble. No basta con que exista una fuerte aristocracia dueña de una gran parte del capital de la República. Hace falta también que este interés general sea homogéneo, sencillo, sensible. En Roma, era la tierra que había que colonizar. En Venecia, en Cartago, era el comercio y la dominación del mar. En Atenas, la complejidad de la situación, proclamada especialmente por el falso Jenofonte, producía una gran heterogeneidad de intereses, de lo que se derivó el fracaso de la aristocracia ateniense, dividida entre la tierra y el mar. Un vistazo sobre el mapa de Francia enseña cuán parecida es su situación a la de Atenas. (Nota de 1909.)

Brisson [1]: las familias judías, las familias protestantes, el Estado meteco o Monod, el mundo masónico. Estas oligarquías, fuertemente unidas en medio de la desorganización nacional, son los dueños que fatalmente nos dan las leyes de la física política. Antes de que la "latente aristocracia de la inteligencia, de la honradez y de la fortuna" haya comenzado a organizarse según los deseos de M. Henri Bordeaux, aquellos grupos, nacidos de una selección al revés, asegurarán su dominio sobre nuestro país.

Pero podrán dominarlo y administrarlo: lo que no podrán será llenar las funciones de un órgano del bien público, porque semejante oligarquía es profundamente internacional. Los masones son cosmopolitas; los protestantes, suizos, ingleses y alemanes; los judíos son judíos, los Monod, sencillamente monodianos. Seguros en su traición y en su unión, que no es fruto de su voluntad, sino producto de hondas necesidades históricas, esas tres o cuatro grandes Casas antifrancesas se reparten a Francia y, lo que no pueden quedarse para ellas, se lo entregan a la canalla o al extranjero.

No creo yo que esta aristocracia de conquista pueda seducir a M. Henry Bordeaux. Pero no hay otra. Y, con todo, necesitamos una, inmediatamente, y que ya esté lista, si se quiere inyectar vida al régimen republicano. En 1875, Fustel de Coulanges supuso que iba a formarse de golpe. La calculaba en cinco millones de cabezas. Y la describía tal como él hubiera querido que fuese. Pero no surgió, y todas sus supuestas virtudes han quedado inéditas. Las instituciones del año VIII han dividido demasiado a los franceses para permitirles un renacimiento tan espontáneo del espíritu cívico en lo que éste tiene de más delicado, de más fuerte y de más profundo.

M. Bordeaux me dice: "Este fenómeno (de una organización de la aristocracia), ¿sería más sorprendente que la resurrección del espíritu monárquico?"

1. En un consejo de ministros celebrado en setiembre de 1898, como los últimos adversarios de la revisión del proceso Dreyfus (MM. Cavaignac y Tillaye) denunciasen el poderío de los judíos, de los protestantes y de los francmasones, M. Brisson, presidente del Consejo y ministro del Interior, defendió enérgicamente a los tres grupos acusados y exclamó que los judíos, los protestantes y los francmasones eran la *osamenta del régimen republicano*.

Perdón. Yo no he hablado de resucitar el *sentimiento* monárquico, sino de restaurar *el hecho* de la Monarquía. Hay que comparar cosas comparables, sentimientos con sentimientos, hechos con hechos. Lo que resultaría lentísimo sería el resucitar el *hecho aristocrático* sin el concurso de un rey. Pero el *hecho monárquico,* como yo le decía a Barrès, puede, por el contrario, restablecerse en poquísimo tiempo, mediante el apoyo de la selección intelectual y de la selección armada a favor de cualquier agitación imprevista, pero inevitable. Toda tradición ha tenido un comienzo, y los sentimientos de fidelidad monárquica, por muy atrás que se remonten, no se remontan indefinidamente: lo que empezó una vez puede empezarse de nuevo; lo que tuvo un punto de partida puede tener otro. Una vez restaurada la Monarquía en Francia, incumbiría a quienes en la actualidad laboran por el bien público, y que laboran en vano, el seguir trabajando, pero ya con eficacia: se consagrarían a servir al príncipe y a informarlo y, al mismo tiempo, a ilustrar a la masa de la nación. No hay duda de que pueden fracasar en este doble oficio, pero también pueden triunfar. Y la hipótesis monárquica es la única que contiene esta posibilidad de triunfo.

M. Henry Bordeaux dice: "usted así lo asegura". Si no encuentra que mis pruebas bastan, estoy dispuesto a reforzarlas.

CARTA DE M. JACQUES BAINVILLE

MONSIEUR Jacques Bainville ha nacido hacia 1878; no tiene, pues, más que veintidós años, dato que hay que tener en cuenta al hablar de él, no para pasarle alguna deficiencia o irreflexión, sino para mejor admirar en lo que valen la extraordinaria seriedad y la madurez poco común de su talento.

A sus años, es ya autor de un estudio sobre Luis II de Baviera; en este voluminoso libro, que ha dedicado a Barrès, M. Bainville relata fríamente la existencia del soberano idealista "explotado hasta ahora por cuantos románticos retrasados cuentan las letras francesas". Y ha ejecutado el plan de su obra con un rigor, una ciencia, una tranquila ecuanimidad de pensamiento y de estilo que sorprenderán a unos y harán temblar también a otros. A los veinte años, y del primer embate, ha hecho lo que se consigue difícilmente a los cuarenta, después de mucho trabajo y con gran talento: un sólido libro de historia. No conozco otro ejemplo de tan vastas lecturas puestas al servicio de una crítica tan sagaz y de tanta facilidad literaria.

Las conclusiones de la obra de M. Jacques Bainville nos permiten definir su estado de espíritu como una doble reacción contra lo que él llama "el veneno romántico" y contra las ideas revolucionarias. En Alemania—dice ingeniosamente—el romanticismo "apenas había sido más que un remedio heroico, y tan peligroso como el mismo mal, contra las ideas revolucionarias importadas por nuestros Ejércitos". El daño y su remedio eran igualmente contrarios a la constitución de una Alemania fuerte. La reducción de Baviera en provecho de Prusia, la decadencia de los Wittelsbach en provecho de los Hohenzollern, el

empequeñecimiento de Luis II en provecho de Guillermo I, son fenómenos históricos que ilustran perfectamente, como las consecuencias que ponen de manifiesto la causa que las produce, la perversidad política de cierta filosofía. Pero, espíritu desconfiado y prudentemente crítico, M. Jacques Bainville se guarda muy bien de expresar crudamente estas analogías y concordancias, temeroso de que lo tomen por un simbolista. Ante todo, quiere ser un historiador exacto, informado y minucioso.

Autor de numerosos artículos, publicados, ya en revistas literarias de juventud, ya en la *Revue des Revues*, M. Jacques Bainville es uno de los redactores más constantes de *L'Action Française,* en cuyas páginas se ha encargado de casi toda la bibliografía. Pero además publica en ellas notas polémicas dirigidas a los teólogos del liberalismo y a los doctrinarios de la democracia. Yo creo que este profundo aborrecimiento de los modernos enemigos públicos y de algunos viejos mentecatos es lo que ha hecho nacionalista a M. Bainville.

Pero, a los veinte años, no se puede ser nacionalista a medias: se toma partido por el nacionalismo integral. Esto, exactamente, es lo que él ha hecho. Juzguen nuestros lectores de la solidez y la claridad de las razones que nos da de su posición:

Querido señor Maurras:

A la apremiante pregunta que cierra su *Encuesta sobre la Monarquía,* ¿qué va a responder un francés razonable sino que el bien público se basa en la tradición, en la herencia, el antiparlamentarismo y la descentralización? ¿Y qué se puede objetar a estos cuatro principios que no esté inspirado por la locura revolucionaria o el error liberal? Y estas son dos dolencias de que a usted le consta que estoy libre.

No puedo, pues, hacer otra cosa que expresarle mi admiración por el programa, tan sólido como completo, que M. Buffet y M. de Lur-Saluces han expuesto a usted. Si existe una "Física social", no hay más remedio que reconocer que algunas de sus leyes, tan exactas y rigurosas como las de la Física natural, han sido enunciadas en esta *Encuesta.* ¡Y qué lamentables parecen a la luz de esta lógica, de esta inteligente percepción de las realidades, de este espíritu de orden gubernamental, la anarquía, el fanatismo, la miseria espiritual de los republicanos liberales!

Cosa admirable: la Monarquía está ya organizada antes de saber si el rey subirá nunca al trono. En cambio, después de treinta años de régimen republicano, los tristes augures que presiden nuestros destinos andan todavía prometiendo—como he leído el 25 de agosto último en *Le Temps*—que dentro de poco comenzará *un período de organización republicana.* Pero podemos estar tranquilos: tal desgracia no ocurrirá, porque los conceptos *organización* y *republicano-democrático* son antitéticos. Si de aquí a treinta años *Le Temps* sigue siendo un periódico oficial, estemos seguros de leer otra vez en sus columnas la misma promesa y los mismos grotescos vaticinios.

De todos modos, hay una objeción a la doctrina monárquica que muy a menudo he oído hacer, que he leído también con frecuencia y que, a causa de su misma sencillez, parece singularmente grave a muchas personas de talento. Es que—dicen—la mayoría de los franceses ya no son monárquicos, ni piensan en volver a serlo, y sin duda no volverán a serlo nunca más. Donosa respuesta a teorizantes como M. Buffet, M. de Lur-Saluces y usted, precisamente ocupados en convencer a los franceses de que desconocen el verdadero carácter de la realeza y de que ignoran el conjunto de las ideas políticas y sociales que supondría una restauración de la Monarquía tradicional. De consiguiente, el dar a conocer estas ideas magistralmente expuestas en su *Encuesta* es el principal deber de los monárquicos. Pero, además, ¿no le parece también necesario hacer que nuestros conciudadanos se enteren exactamente de lo que valen? Porque tengo sobrados motivos para creer que la descentralización, por ejemplo, si bien es igualmente necesaria para la prosperidad de todos, todavía no todos la sienten como una necesidad imperiosa, como una condición de vida. Temo que la palabra y la cosa no sigan pareciendo demasiado teóricas y demasiado alejadas al mayor número. Porque la cándida ignorancia de las masas no tiene límites y los filántropos se dan una gran maña en explotarla: pudiera ser que llegáramos a ver un día a los republicanos y partidarios de la Una e Indivisible afirmar a los electores que *descentralización* significa *suplicio en la guillotina,* al modo como los amigos del género humano, durante las calamidades públicas del siglo pasado, hicieron creer al pueblo que el *veto* suspensivo era el derecho que se concedía al rey de hacer colgar según le pluguiera a todos sus súbditos.

Importa, pues, a mi entender, el hacer comprensibles estas reformas generales aun al espíritu más sencillo, al menos inclinado a los intereses públicos, por medio de reformas particulares e inmediatas naturalmente derivadas de aquéllas. Este programa, vasto

y preciso a un tiempo, cuyas amplitud y armónica ordenación satisfacen plenamente a los espíritus formados por la cultura francesa, será menester, en un cierto sentido, *ilustrarlo* para uso de los humildes poco preparados para la reflexión y para la crítica y a quienes una imagen convence mejor que la más impecable concatenación de ideas. Acuérdese usted de que, al final del segundo Imperio, los republicanos, privados por su anarquía intelectual y sus divisiones intestinas de una doctrina fuerte y coherente, se habían ingeniado para escoger en el derecho público, administrativo o civil, algunos ejemplos de los abusos que todos los franceses estaban expuestos a sufrir a diario (tal la irresponsabilidad de los funcionarios) y que el Gobierno imperial no podía corregir sin atacar los principios mismos en que se apoyaba. Yo creo que hoy no sería difícil confeccionar un católogo de reformas que tuviesen la doble virtud de interesar directamente a un gran número de franceses y de no poder ser acometidas por los demócratas: ciertas simplificaciones en la organización judicial, la creación de registros hipotecarios para facilitar la transmisión de propiedades y el establecimiento de hipotecas; estos son ejemplos que escojo al azar, entre las cien cuestiones que se agitan actualmente. Los juristas y los economistas que se han mantenido fieles a la tradición nacional sabrán hallar los puntos sensibles y desarrollar, conforme a los principios mismos de la doctrina monárquica, estas cuestiones de detalle. Los republicanos que, con su política de partido, han debilitado a Francia, por lo menos nos han dado un ejemplo que imitar: como usted mismo ha hecho notar hace dos meses, la organización que son incapaces de dar a la patria saben adaptarla perfectamente a sus grupos. Y, aunque los monárquicos, según oportunamente recordaba M. Buffet, no forman ningún partido político, sino que representan una opinión nacional, sería conveniente seguir una táctica que tan buen resultado ha dado a quienes han sido los primeros en emplearla.

¡Qué rara eficacia encerrarían de este modo las teorías monárquicas, capaces lo mismo de satisfacer las más puras inteligencias especulativas que de contentar a los espíritus más prácticos! Esta doctrina se me aparece como la única capaz de realizar en Francia el indispensable *consensus omnium*. Una frase absurda de Thiers pretende que es la República "lo que menos nos divide". Treinta años de experiencia han probado copiosamente lo contrario. La unidad es una fuerza que pretenece hoy sólo a los monárquicos. Y—quiero decírselo como final—nada me ha parecido más admirable, ni mejor síntoma, en su *Encuesta* que el cabal acuerdo entre las declaraciones de M. Buffet y las de M. de Lur-Saluces. En adelante,

la gente enterada sabrá dónde están la incoherencia, los planes vacilantes, la endeblez lógica. Ahora lo que importa es trabajar para que todos los franceses de buen sentido y buena fe lo sepan y lo comprendan también.

Le ruego que acepte la reiteración de los sentimientos con que soy de usted affmo.,

JACQUES BAINVILLE

El espíritu práctico de M. Jacques Bainville no podía limitarse a una adhesión de teorizante. Es de los nuestros y su primera preocupación es indicarnos lo que, a su juicio, conviene preparar para reconquistar por lo menos una parte de la opinión nacional.

Su proyecto de reforma práctica me parece bien visto. La reforma judicial es indispensable, porque todo el mundo sufre de las fantasías de nuestra justicia. Pero, lo mismo que ocurre con la descentralización, "ningún poder débil", como dice el señor duque de Orleans, sería capaz de emprender esta reforma colosal. Es más imposible aún en una democracia parlamentaria, en la que la influencia de los oradores y los leguleyos alcanza naturalmente el máximo. No sólo serían infinitas las resistencias que habría que vencer, sino que hasta es imposible soñar siquiera en ello, porque, al romperlas, el mundo oficial arruinaría a la clase que le dota de sus órganos más necesarios. Un hecho revelador: el Elíseo, el palacio Borbón y el palacio del Luxemburgo están habitados por tres abogados [1]. Los monárquicos tenemos que hacer comprender a las gentes de la ciudad y del campo que, si bien es verdad que podríamos sufrir opresores más violentos, también lo es el que apenas hay explotadores más temibles que los "hombres de la Biblia y el Código", como los ha llamado Maurice Barrès.

Procúrese evitar un grave error posible. El juego de la discusión y de la lucha por las reformas de detalle no debe nunca hacer olvidar el punto central y el término único de nuestra acción. Este punto, este término, es la Monarquía, o, si se quiere, el

1. Los tres inquilinos han cambiado, pero no la profesión: tres abogados, Deschanel, Fallières y Loubet, han cedido el sitio a tres abogados, Brisson, Antonin Dubost y Fallières. (Nota de 1909.)

bien público y la grandeza nacional, uno y otra absolutamente dependientes de la Monarquía. De consiguiente, todo lo que no es la Monarquía, no es más que un medio, y como un medio deberá tratarse, y secundario. Recordaba yo últimamente el gran error de los monárquicos de 1871 que dictaron la ley de descentralización (o ley de los Consejos generales) antes de constituir el poder central enérgico, independiente y fuerte, o sea, monárquico, encargado de aplicar la ley. Consecuencia: dicha ley no ha sido aplicada jamás real y verdaderamente. Lo mismo ocurriría con una tentativa de reforma judicial sin la Monarquía. Tarde o temprano, descubriríase en ella alguna añagaza.

Con esta simple observación, que no quiero llamar reserva, acepto gustosísimo las sugerencias prácticas de M. Jacques Bainville. A despecho de su rara madurez, permítame éste saludar la gran novedad y la extrema juventud de los estados de espíritu que me ha hecho patentes. M. Jacques Bainville personifica para mí una de las primeras floraciones del vasto, lento y profundo trabajo operado en la savia filosófica francesa después de la Revolución y contra la Revolución. El espíritu crítico, los métodos reflexivos de la ciencia, un naturalismo libre de todo designio antirreligioso, al mismo tiempo que de todo designio religioso, estas son las causas esenciales de los últimos acontecimientos intelectuales; pero estos acontecimientos van a dar fruto a su vez, y, si la concordancia observada por M. Paul Bourget entre la tradición mítica y la tradición positiva no se encarna, a su hora, en algún hecho, habrá que creer que los dioses cambian de favoritos; en vez de prendarse de la juventud, del porvenir y del rosado oriente de un Jacques Bainville, estos dioses malhumorados preferirían las nieves de las viejas barbas republicanas.

Hipótesis increíble. Porque los dioses son personas decentes. Tienen luces y gusto.

CARTA DE M. J. CAPLAIN-CORTAMBERT

MONSIEUR Arthur Ranc ha dicho en *Le Radical* que la Redacción en pleno de *L'Action Française* ha desfilado por las columnas de nuestra *Encuesta*. Pues está equivocado. M. Ranc ha tomado sus deseos por realidades. Todavía le toca repetir, desde su atalaya democrática, su grito de *quantum ferrum!* Precisamente hoy voy a dar una carta de M. Jules Caplain-Cortambert, que es nada menos que director administrativo de *L'Action Française.*

Unos años antes de fundar *L'Action Française* con su amigo M. Henri Vaugeois, M. Caplain andaba, como teniente o capitán, por las guarniciones y los fuertes del Este. Camarada de promoción del marqués de Morès (1878), encarnaba muy bien ese nuevo tipo de oficial francés casi tan aficionado a la filosofía y a la ciencia como a las correrías militares, a las campañas y a las exploraciones. La cultura muy considerable que había adquirido en sus largas soledades de los Vosgos, le permitió dedicarse a estudios de organización militar cuando hubo pedido, en 1893, el retiro como capitán. Comandante de la reserva hoy, no creo que Caplain se haya considerado nunca como retirado, y el nombre de "militante" que se adjudican los socialistas cuadra perfectamente a este nacionalista siempre alerta.

La primera de sus intervenciones en nuestras luchas civiles data del principio del "affaire" Dreyfus, precisamente del 5 de enero de 1895. El día de la degradación del traidor, el capitán Caplain-Cortambert consiguió penetrar, de uniforme, con un destacamento de su regimiento, en el patio de la Escuela Mi-

litar, en donde debía desarrollarse la infamante tragedia. Contempló con sus propios ojos la vergüenza del miserable traidor judío. Y, a la salida del acto, se encontró con uno de sus camaradas de promoción, el comandante d'Attel, el cual lucía aquel día por vez primera su cuarto galón. M. d'Attel, que se encontraba rodeado de otras muchas personas, declaró sin rodeos ante M. Caplain-Cortambert, que Dreyfus acababa de hacer la célebre confesión de que, más tarde, el capitán Lebrun-Renaud tuvo que dar fe.

Tal declaración impresionó tan vivamente al capitán Caplain, que fué repitiéndola sin tardar a muchos de sus amigos. —Pero (he preguntado yo más de una vez a Caplain) ¿por qué no aportó usted este testimonio a nuestras polémicas de prensa, al Tribunal de Casación, al proceso de Rennes?— Y siempre me ha contestado textualmente: *—Porque no quise utilizar una información que había tenido como oficial...*

Si traslado aquí está respuesta es porque resume cabalmente la situación: estamos condenados a tropezarnos siempre con el pudor del oficial. El Ejército, el Estado, son atacados a diario sin el menor escrúpulo, y los defensores del Ejército y del Estado se sienten obligados, o por su situación, o por virtud, o por decoro, a todas las delicadezas de conciencia; este es uno de los secretos de nuestra debilidad.

Entretanto, M. Jules Caplain-Cortambert proseguía sus estudios técnicos. En 1898, un artículo que M. Henri Bérenger acababa de publicar en la *Revue Hebdomadaire* le dió ocasión a restablecer, en las páginas de la misma revista, importantes verdades militares; M. Jules Lemaître intervino en la polémica con un artículo en *Le Figaro,* y el coronel de Villebois-Mareuil puso digno remate a aquélla, desde *Le Soldat,* con una conclusión magistral. Estrechamente ligado después a todos los trabajos del heroico coronel, Caplain pasó a ser redactor del *Soldat* y a colaborar en la *Union de las Sociedades regimentales.* Su charla sobre los voluntarios del 92 según el libro de Camille Rousset fué el punto de partida de una importantísima serie de conferencias dadas en el Círculo del bulevar Sebastopol.

Algo más tarde, Caplain reunía en torno suyo, en su casita

de Passy, los elementos que más adelante debían constituir la *Action Française.* Allí encontré, junto al coronel de Villebois y a Henri Vaugeois, a MM. de Montesquiou, Antoine Baumann, el autor de admirables estudios sobre la vida social de nuestros días, Octave Tauxier, Lucien Cortambert, más tarde secretario de la *Action Française,* al director de *A bas les tyrans,* la ardiente hojilla antimasónica, a M. Copin-Albancelli y a tantos otros, en fin, que consagran hoy todo su talento a los postulados generales del nacionalismo.

Sin la muerte de Villebois-Mareuil, es probable que los estudios filosóficos del grupo de la *Action Française* se hubieran visto secundados y agrandados por iniciativas de otro orden. La "acción" teórica hubiera ido apoyada por una acción práctica, paralela aunque diferente. *L'Accion Française* de 1.º de mayo de 1900 contiene, a este propósito, informaciones concretísimas sobre los proyectos del coronel. Acaso alguien los exhume. No todos los audaces han muerto.

Tengo observado que, cuando se reúnen militares y pensadores, se opera una especie de inversión de valores: los sofistas adoptan el tono genuino del mando y los espadones se hacen argumentadores y críticos. Como puede verse por su carta, nuestro amigo Caplain-Cortambert no ha olvidado nada de sus hábitos profesionales y se expresa con la auténtica libertad de un soldado. Pero no cabe desconocer los curiosos y delicados repliegues de un pensamiento que quiere exponer todas las razones en que se apoya.

Mi querido amigo:

Su *Encuesta sobre la Monarquía* es una obra meritoria. Le digo esto tal como lo pienso, no porque no me sienta incrédulo ante algunas de sus afirmaciones—las de usted, las de M. Buffet, o de M. de Lur-Saluces, porque yo no distingo entre los tres, cosa que ni a usted ni a estos señores puede molestarles—, sino porque se atreve usted a decir muchas cosas que hasta ahora parecían verdaderas herejías a la mayoría de sus correligionarios. A menudo he podido comprobar, por ejemplo, su ignorancia de los trabajos de quien ha realizado un tan profundo estudio sobre las *Trade Unions.* ¿Desengañará usted al pueblo? ¿Convencerá a sus adversarios? Mucho lo dudo, porque presenta usted a sus ojos un motivo de

recusación: el ser monárquico. Sin duda, usted mismo se da cuenta de ello, pero sabe también que, antes de catequizar a los infieles, es necesario formar misioneros, y ha comenzado por esto, como era natural.

Me pide usted que le formule mis objeciones, lo que me embaraza no poco. ¿Cómo voy a llevarle la contraria a M. Buffet cuando condena nuestro parlamentarismo? ¿Cómo negarle a usted la razón cuando nos presenta la venida del duque de Orleans como el único remedio de las dolencias nacionales?

¿Acaso estoy yo seguro de que no la tenga? No puedo hacer más que repetir en tono de interrogación algunas de sus proposiciones. Por ejemplo: los contribuyentes, a los que se pida este sacrificio o el de más allá, ¿tendrán la garantía de que, tras haberlo aceptado, estarán a cubierto de toda persecución? O bien: el fisco, precisamente porque el rey, seguro del porvenir, podrá sentirse valiente y emprendedor sin grandes riesgos, ¿no se verá lanzado por pendientes fatales? O bien: al morir el rey, ¿se pondrán de acuerdo todos los franceses para aclamar al nuevo soberano? Acuérdese usted de las luchas entre legitimistas y orleanistas: ¿quién se hubiera atrevido a inclinar la balanza en favor de uno de los bandos?

Dice acertadamente el conde de Lur-Saluces: *El oficio del poder es regular la evolución del pueblo, dirigirla sin ponerle trabas, de modo que resulte fecunda.* Hubiera debido añadir que el poder no debe suplantar las iniciativas individuales que dan vida a la nación e impulsan, por tanto, su evolución.

El cargo más importante que cabe hacer contra un Gobierno parlamentario es precisamente el de que no regula ni dirige, sino que, por el contrario, se ve arrastrado por una corriente a menudo artificial porque es impersonal y anónima, emanada de la psicología de las turbas.

La demostración de esta verdad es uno de los lugares comunes familiares a los colaboradores de *L'Action Française,* cuya tendencia actual fué tan acertadamente definida desde el primer momento por Vaugeois: *Ante todo, reacción...*

Nosotros nos hemos propuesto coger la doctrina política en aquel punto en que el legislador abandonó el realismo—lo único fecundo—; pero, para no caer en el mismo error que nuestros padres, hemos de tener en cuenta los cambios introducidos en nuestro sentimiento político en virtud de este mismo error que ha durado ya más de un siglo.

Y usted no cuenta con que la ley reconoce la misma personalidad a todo individuo viviente, lo merezca o no, sea o no consciente de ello.

El hombre, a este modo de ver las cosas, es un hecho que tiene un valor intrínseco, sin que puedan influirlo ni el ambiente ni el origen. Tendrá usted que luchar contra la negación presente de la influencia moral de la herencia.

Y la herencia, si no del sentimiento, por lo menos de la capacidad de sentimiento, no está menos probada científicamente que la herencia morfológica, de la que no es más que una forma, para unos, y, para otros, una consecuencia. Concedo, pues, que la formación de una selección, de una aristocracia hereditaria, para decirlo de una vez, es un hecho cierto.

Por consiguiente, la transmisión hereditaria del poder es lógica y razonable *en sí.* Con todo, no hay que olvidar que la influencia de los cruces exóticos ha sido considerable en Francia en el siglo de vigencia de una ley estúpida que concede a los extranjeros una hospitalidad tan sin límites. Las clases directoras, sobre todo la aristocracia, se han modificado con esta afluencia excesiva de sangre extranjera. Naturalmente, el pueblo, por su pobreza, ha estado menos expuesto, e instintivamente advierte que él representa la Francia genuina, la raza autóctona, colocada así bajo la hegemonía de unas clases privilegiadas, en parte judaizadas y cosmopolitizadas en sangre e intereses. Esto explica la conducta de una gran parte de las clases directoras en el "affaire" que Thiébaud ha comparado con tanto acierto, por su utilidad para distinguir a los extranjeros de raza de los autóctonos, a la tintura de tornasol, que descubre en seguida los ácidos y las bases.

Los cruzamientos solos no bastan para determinar las variaciones individuales, cuya frecuencia ha llegado a hacer dudar a algunos de la estabilidad de la raza francesa. La influencia en la sociedad del *Yo* con mayúscula, como diría Izoulet, la profusión de hojas más o menos protestantes—y, de consiguiente, individualistas—, los métodos de selección artificial empleados desde hace tiempo por el Gobierno en nuestras escuelas, han "maltrecho", de diferentes modos, las circunvoluciones cerebrales de los jóvenes franceses y han creado una especie de atmósfera de individualismo que es adversa al establecimiento de un poder basado en la herencia.

No hay duda de que una reacción seria que una propaganda oral y escrita, y los hechos, estimulasen, podría, a la larga, modificar este estado de espíritu, si, por otro lado, las clases privilegiadas alcanzasen una sana comprensión de las tendencias y las necesidades del pueblo. Para esto harían falta muchos hombres del temple del conde de Sabran-Pontevès. Y todavía muchos mali-

ciosos, o tan sólo escépticos, no verían en ello más que una tentativa de restauración de intereses personales y no de restauración nacional.

Por consiguiente, mis objeciones tienen como base, por una parte, el natural desconocimiento que tenemos de lo que sería la teoría monárquica una vez encarnada en la persona del Príncipe, y, por otra, la incapacidad de los franceses de hoy para recobrar la fe monárquica sin una evolución recíproca de los partidos, que puede ser de muy lenta duración.

El conde de Lur-Saluces, a propósito de un juicio mío sobre la emigración (*Action Française* de 1.º de setiembre), me hace notar, en la *Gazette de France,* que la evolución de la Monarquía hacia la demofilia no es cosa de ayer. Cita, como prueba, cartas del conde de Chambord y del conde de París que demuestran, sin discusión posible, la continuidad de criterio de los representantes de la Monarquía.

Desgraciadamente, no me había sido posible, dado el tema del artículo de referencia, precisar ciertos puntos que han molestado —lo sé por cartas que he recibido— alguna susceptibilidad vendeana. Agradezco tanto más a M. de Lur-Saluces el haber reconocido mi buena fe, cuanto que ya estaba de acuerdo con él sobre lo añejo de dicha evolución jalonada por los nombres de Bonald, de Villèle y del conde de París. Por desgracia, la cabeza del partido realista no fué seguida por los simples aficionados a las jaurías de caza, a las bandas de los *jockeys,* los *famosos aficionados al polo, las buenas gentes confitadas en sus rancios sueños y un poco místicas* [1] y, en general, por los conservadores, monárquicos o no.

Para los efectos sociales, es esta cola, que desconoce la acción y es refractaria a los cambios, lo que constituye el partido monárquico; políticamente, es ella la combatida por el socialismo creciente por un prejuicio que tiene su razón de ser. Y lo que pasma a todo el mundo es su evolución que la encuesta de usted y la aprobación del duque de Orleans han hecho posible.

La apatía conformista o melancólica de los hijos de aquellos que se hacían matar heroicamente en Patay se sentirá sacudida merced a ello y se habrá hecho posible la discusión entre usted y algunos demócratas de buena fe que saben percibir ya en los actos de la muchedumbre *un disolvente de la asociación* [2].

Muy suyo,

J. CAPLAIN-CORTAMBERT

1. Palabras del conde de Lur-Saluces: "Nuestro monarquismo", artículo de la *Gazette de France* del 8 de setiembre de 1900.
2. G. DEHERME. *La cooperación de las ideas.*

1.º M. Caplain pregunta a M. André Buffet hasta qué punto la Corona sería una sólida garantía para el contribuyente: contestaré sencillamente que en la medida en que la Monarquía no será la República. La Monarquía no será un Gobierno "arrastrado por una corriente a menudo artificial, porque es impersonal y anónima, emanada de la psicología de las turbas". Estas palabras, que desgloso de la carta de M. Caplain, contestan perfectamente a su propia objeción. Un Gobierno personal y dinástico emprende un determinado camino y decide seguirlo hasta tal o cual límite *que previamente se ha marcado a sí mismo*: salvo accidente (y los accidentes es imposible calcularlos; sólo que, con República, son más desastrosos y más funestos que con Monarquía), tal decisión, tal designio, tal plan, son proseguidos hasta el fin de acuerdo con la voluntad que los ha concebido.

Un Gobierno personal y dinástico, consciente y estable, puede, pues, empeñar, en materia financiera, una palabra firme, una promesa cierta. Por el contrario, una multitud, por más que se disfrace de Gobierno, no puede hacerlo. Ella no guía, sino que la guían; energías ciegas la empujan. Su propio peso la arrastra a pendientes en las que se contraen compromisos de manera siempre (y necesariamente) acelerada. Cualquier tendencia audaz, cualquier innovación valiente, encierran así una amenaza o un peligro.

El contribuyente se dice: "Hoy me piden el doble; mañana me pedirán el triple." Si quien pide es un hombre responsable, obligado a la prudencia por su mismo interés y cuidadoso, *por su posición,* del bien público, el contribuyente le otorgará, sin duda, más crédito que a los arrebatos furiosos de una voluntad pública anónima e irresponsable.

2.º M. André Buffet no ha dicho que, muerto el rey, los franceses aclamasen sin discusión al nuevo soberano, sino que ha dicho que así se hace en el sistema monárquico. Antaño los franceses así lo hicieron y, gracias a esto, Francia existió y se desarrolló vigorosamente. Si queremos que se rehaga y prosiga su antiguo desarrollo, tenemos que restablecer el procedimiento. En cuanto a las primeras dificultades de hecho, el rey y los buenos ciudadanos se dedicarían a resolverlas.

3.º M. de Lur-Saluces no se ha olvidado de añadir que "el

poder no debe suplantar las iniciativas individuales"; al contrario, todas sus palabras giran alrededor de la necesidad de una descentralización, es decir, de dar libertad a estas iniciativas y favorecerlas.

4.° ¿Ha evolucionado el partido monárquico? Pregunta ociosa, porque "no hay ni debe haber tal partido monárquico". En cuanto a la opinión monárquica, la acogida que acaba de dispensar a nuestra *Encuesta* demuestra que siempre ha estado con nosotros. Es un hecho—y un hecho que honra a la dirección de la política real—que se ha eliminado a algunas personalidades molestas y que se han corregido ciertos defectos. Por otra parte, si los monárquicos, o sus figuras principales, han tenido sus defectos, ¿acaso los republicanos están libres de ellos? En lugar de hacernos unos a otros toda clase de recriminaciones desagradables, sería discreto que empleásemos nuestras fuerzas y nuestras energías en salvar de una vez al país.

5.° Y al país hay que salvarlo, tanto si quiere él como si no quiere. Además, quiere. Lo quiere más de lo que supone acaso M. Caplain. El país es solucionista. Estará enteramente, unánimemente, al lado de la primera de las soluciones que dé resultado. Pero son los discretos, los espíritus pensadores y filosóficos, quienes han de escoger la solución, para que sea buena y no aumente nuestros males. M. Caplain reconoce el valor intrínseco del principio de la herencia y enumera las dificultades con que se tropezará al tratar de hacerlo admitir. Pues, aunque fuera más difícil todavía, el bien público es imposible sin él. Lo he demostrado repetidamente y nadie me ha replicado en serio. ¿Cabe dudar, acaso, entre lo difícil y lo imposible? En vez de epilogar sobre el régimen hereditario, deberíamos esforzarnos en establecer un régimen compatible con la herencia.

6.° Si hubiera algo sano y que mereciese ser conservado en el sistema individualista, nos interesaría tenerlo en cuenta y conservarlo, lo que disminuiría a proporción las dificultades de nuestra obra. Pero el buen sentido, la razón, nos lo impide. No hemos de tener en cuenta el error más que para desengañar de él a nuestros conciudadanos. De esto se trata en *L'Action Française*, pero había que ser loco para creer que con libros, con artículos y conferencias pudiera llevarse a cabo empresa

semejante. Es inmensa: para llevarla a cabo, hacen falta todas las fuerzas del Poder. Hay, pues, que comenzar por entregárselas a la Monarquía.

7.° Mirémonos en un gran ejemplo de hoy. Los colectivistas persiguen una reforma mucho más complicada, difícil (hasta imposible), que la restauración de la herencia doméstica y política. Pretenden "socializar" los instrumentos de producción, y esto en un país de pequeña y mediana propiedad, como es Francia, que cuenta cerca de 20 millones de agricultores. Y no por ello nuestros colectivistas se han arredrado. ¿Por qué? Porque, bajo la inspiración de M. Jules Guesde, han adoptado el método conveniente y dicen: *ante todo, la conquista del poder,* porque saben que, una vez conquistado éste, todo se les allanaría, por lo menos durante algún tiempo.

Teniendo, como tiene, sobre ellos la superioridad de una concepción realista y científica, que cuenta con la colaboración de la naturaleza y del tiempo, y apoyada en ese gran sentimiento del peligro público y en ese deseo de salvación que han dado vida al nacionalismo, la Monarquía, una vez restaurada en Francia, vería abrirse ante ella un campo casi infinito.

8.° Se pregunta M. Caplain-Cortambert si las clases altas y la burguesía no se han contaminado mucho con sangre extranjera. Es una cuestión que cabe discutir, pero haciendo grandes distingos. Mas, como él mismo dice acertadamente, M. Georges Thiébaud nos ha proporcionado el medio de distinguir a nuestros extranjeros de nuestros autóctonos viendo cómo reaccionaron en el momento del "affaire" Dreyfus. Pues bien: que los nacionalistas recuerden la conducta de los monárquicos en esta ocasión. Precisamente, Vaugeois ha dejado sentado en *L'Action Française* cómo los monárquicos de nacimiento y de tradición fueron los primeros—natural y necesariamente—en reaccionar, y del modo más violento, contra el partido del traidor Dreyfus.

9.° ¿Y por qué la condición de monárquico podría ser un motivo de recusación para un francés que se ocupa de la política francesa? Algún día contaré a M. Caplain no cómo me hice monárquico, sino cómo, bajo qué presiones y en fuerza de qué evidencias acabadas, me vi obligado a apasionarme por las verdades monárquicas. En dos palabras: fué el "affaire"

Dreyfus lo que me hizo darme clara cuenta de por qué la República era impotente para resolver un negocio de Estado. Aquel "Ya no tenemos Estado", lacónica frase de M. Anatole France, cobró para mí todo su sentido, ya que la menor mirada que echase sobre Europa me enseñaba la necesidad en que nos hallábamos de tener un Estado precisamente ahora.

10. Y todavía entonces no se trataba más que de una voz de mi razón, pero convirtióse en cosa de sentimiento, se incorporó a todas mis pasiones de ciudadano y de francés, determinó todos mis actos de confianza y de esperanza, mis resoluciones y mis voliciones últimas, el día en que me puse a examinar la actitud del señor duque de Orleans durante el "affaire" Dreyfus. ¿Sabe usted de alguien, mi querido Caplain, cuya "reacción" haya sido más francesa que la del señor duque de Orleans?

Fué, ni más ni menos, el sentimiento mismo de la Francia eterna. El jefe de la Casa de Francia advirtió desde el primer momento el complot extranjero y señaló a los agentes cosmopolitas del mismo: los judíos. Dicho esto, ya no vaciló. Ninguna circunstancia le hizo dudar en su manera de ver el interés público más profundo. Sus declaraciones más firmes y graves datan del período más agitado del "affaire", de después de setiembre de 1898 [1]. Ninguno de los turbios sentimientos que arrastraron a tantas cabezas inseguras al dreyfusismo hizo mella en él. Sentía las cosas como rey y por todos. Sostenía la necesidad nacional y la razón de Estado. No entendía más que de lo que era su función en aquellos momentos históricos y de las reglas de su función. Durante aquellos tristes días en que tantos franceses conocieron horas de vacilación y de apuro, el Príncipe desterrado pudo decir, en el verdadero sentido de la frase, lo que decía Luis XIV desde el trono y en plena gloria: *El Estado soy yo.*

Entonces comprendí que él era, en efecto, el Estado desterrado.

Por esta señal reconocí al rey de Francia. ¿Cómo podrán dudar todavía los buenos ciudadanos ante una señal tan clara?

1. Es decir, después de la detención y la muerte del teniente coronel Henry. Véase la serie de los "Actos del Príncipe" en *La Monarchie Française*, 1 vol.; Librería Nacional. (Nota de 1909.)

CARTA DE M. LIONEL DES RIEUX

La *Encuesta sobre la Monarquía* no estaría completa si la cofradía de los poetas no tuviera en ella un eco de sus sentimientos y su modo de pensar. La verdadera política necesita el andar ingrávido, el movimiento alado que sólo la estética puede proporcionarle. Además, para rectificar las falsas ideas que por ahí corren, necesitamos del concurso de quienes saben apaciguar los ánimos, templar los vanos ardores y, con la sutil armonía de unos eufónicos sones concatenados, son capaces de domar las mentes más informes y penetrar la corteza de los corazones más groseros. La espumeante furia de un Pressensé puede ser incurable en muchos sentidos, pero no pocos de los lectores mismos de un Pressensé, sobre todo aquellos en quienes el error o la crasa ignorancia no derivan de un histerismo religioso ni de pura epilepsia, pueden ser sensibles a una armonía perfecta y, en virtud de ella, inclinarse a comprender el orden intelectual, la exactitud y la verdad de nuestros argumentos.

M. Lionel des Rieux es conocido bajo dos aspectos bastante distintos, aunque no incompatibles.

Un hermoso libro de versos, publicados sueltos primeramente y reunidos después en un volumen bajo el sintético título de *El coro de las Musas*, le conquistó la amistad y la admiración de cuantos conservan un sentido del estilo, de la lengua y del gusto clásico francés. Los lectores de Chénier, de Racine, de La Fontaine y de Ronsard reconocieron en seguida una inspiración y un aliento que les eran familiares. La "Antología", Sófocles y Horacio siguen siendo las puras fuentes, elegidas

entre las dos antigüedades, en las que M. Lionel des Rieux no ha cesado de buscar el alma misma de sus canciones. Anteriormente el respeto exageraba tal vez en él el sentimiento de la medida, alejándolo de las fecundas audacias lícitas; pero, andando el tiempo, ha sabido sobreponerse a este reparo, y su estro libertado, cada vez más ágil y fuerte, ha adquirido una gran amplitud. En *El coro de las Musas* se encuentran algunas de las mejores obras de la antigua Escuela romanista francesa [1].

Pero M. Lionel des Rieux no se ha contentado con sentir secretamente los fatales imperativos y las fructuosas leyes de la tradición, sino que las ha defendido con infinita sabiduría, energía y acierto. Se hizo notabilísima una campaña suya, de crítica, sostenida durante seis meses en las páginas de *L'Ermitage*. Predecíase a M. Lionel des Rieux un brillante porvenir de polemista literario. Su prosa fina, dura y erizada de pequeños sarcasmos envenenados, gustaba a todos los amigos convencidos de la verdad, porque el buen gusto de M. Lionel des Rieux no daba cuartel a los malos poetas. Su propio jefe de Redacción, poeta advenedizo, vino a caerle entre los dientes y lo devoró sin más cumplidos que a cualquier poetastro del semestre. Ya puede suponerse que aquella deliciosa campaña terminó como era de esperar: por falta de sitio donde continuarla; sucumbió, en cierto sentido, al peso de su propia perfección. Pero el nombre del poeta-crítico de *L'Ermitage* quedó vivísimo, por motivos diversos, en muchas memorias.

Poeta o crítico, M. Lionel des Rieux encarna para nosotros un estado de espíritu muy corriente en la nueva generación literaria, pero encarnado en él con vigor: el horror de la anarquía.

La idea de la Revolución lo llena de verdadera repugnancia. El vocabulario democrático, cuya inanidad le es conocida por haberlo analizado concienzudamente, le parece un galimatías de cotorras. Entiende que la naturaleza, en sus obras superio-

1. La escuela romanista francesa, grupo de poetas y escritores fundado en 1890 por MM. Jean Moréas, Raymond de La Tailhède, Ernest Raynaud, Maurice du Plessys y el autor de la *Encuesta sobre la Monarquía*. Proponíase restaurar el gusto y el espíritu de las letras clásicas.

res, en aquellas que están perfectamente logradas, procede por eliminación o por sacrificio, y que decir "organización", "orden" o "belleza", equivale a decir privilegio o patente y profunda desigualdad. De consiguiente, si el género humano, y concretamente la nación francesa, tienen interés en conservar cierta dignidad y en llevar a cabo alguna noble tarea, del género que sea, M. Lionel des Rieux lo condiciona a que el error liberal y la locura democrática sean previamente desenmascarados y repudiados. Algún necio lo tomará por un discípulo de Nietzsche, pero todos los enterados saben que este germano cruzado de eslavo no ha sido nunca más que nuestro condiscípulo: ha estado en la misma escuela que nosotros, y nacido, como ese pobre M. de Pressensé, en cuna protestante y bárbara, lleno del jugo de las más copiosas necedades, Nietzsche no siempre ha comprendido bien lo que nuestros maestros enseñaban: la juventud francesa lo ha dejado ya atrás, lo ha rectificado y espero que pronto lo hará olvidar.

No me parece indiscreto añadir que M. Lionel des Rieux pertenecía, por sus orígenes, al mundo bonapartista. El detalle no es inútil para la lectura del diálogo filosófico que encierra la ingeniosa carta que sigue.

Mi querido amigo:

Está cerca de mí en este momento un joven nacionalista al que he leído sus artículos de la *Gazette* y no ha podido menos de admirar la valentía y la profunda sabiduría de MM. Buffet y de Lur-Saluces y la armónica ordenación de sus declaraciones.

"—Todavía nunca se habían dado—me ha dicho—soluciones tan elegantes sobre la misión de la nobleza, el estado de los obreros agrícolas e industriales o la cuestión judía, en una palabra, sobre todos los problemas sociales de nuestros días. Pero, más que nada, alabo en estos señores el no haberse perdido en teorías huecas: no lleva Francia tan poco tiempo de República que no haya tomado un cierto gusto a la palabra "libertad"; esto es indiscutible. En lugar, pues, de borrar esta palabra, dichos señores prometen traducirla en realidades prácticas: tolerancia religiosa y filosófica, extensión de los derechos del testador, autonomía de los municipios, comarcas y provincias y, por este medio, desenvolvimiento del individuo, de la familia y de la nación. Esta es una política de rea-

lidades. Pero me parece que, porque no la haya seguido nuestra República, no es incompatible con todo régimen republicano."

—No se lo niego—le he respuesto—. Pero, si nos limitáramos a las reformas de que usted habla (y conste que no desconozco todo lo necesarias que son) no garantizaríamos al cuerpo social más que el libre juego de sus funciones esplánicas. Y esto puede bastar a un pólipo o a una Suiza, pero no a una Francia. Francia está hecha para una vida de relación; posee un genio único, una sola conciencia: necesita, pues, una voluntad única, un solo jefe.

¿Pretenderá alguien que nuestro presidente representa esta voluntad nacional? Ello no es cierto. Elegido por el Parlamento, de él depende (como demuestra hasta la saciedad M. Buffet). Y el Parlamento, ¿qué representa?: unos intereses locales, o más particulares aún, que pueden estar en contra del interés general.

Diputados y senadores emanan del subconsciente popular; son como sus reflejos: por tanto, son incapaces de encarnar una conciencia general, una voluntad nacional.

Pero, aun cuando la situación fuese otra, aunque tuviéramos, como los Estados Unidos, un presidente autorizado a imponer su voluntad, no bastaría. En efecto: un alcalde vive lo bastante para dirigir la construcción de una fuente-guardacantón, y un gobernador para dotar a su provincia de una red telefónica o de una ruta. Pero ¿cree usted que la duración de un Ministerio o el septenado de un presidente bastan siempre para llevar a buen término un designio político? Se requiere más tiempo para formar una Francia; incluso para pacificar las Filipinas hará falta más tiempo. La voluntad que anima una nación ha de poder durar tanto como la nación misma: se necesita una dinastía.

Aquí mi amigo me interrumpe:

—Me hace usted ver—dice—el error de un Déroulède y la debilidad congénita de toda República. Pero el Imperio, ¿no es tan hereditario como la Monarquía tradicional?

—Sí.

—Por otra parte, la Monarquía tradicional (usted lo admite, ¿no?) sólo podría ser restaurada en virtud de un golpe de fuerza o de un plebiscito, lo mismo que el Imperio.

—Lo concedo.

—Si ofrecen, pues, las mismas ventajas y cuentan con idénticos medios, ¿por qué quiere usted que me declare partidario de la Monarquía tradicional y no del Imperio?

—Juega usted con las palabras—replico—; ambos regímenes difieren profundamente, porque la apelación al pueblo — el plebiscito—, que sería completamente accidental para la Monarquía tradicional, es la misma esencia del Imperio.

—En derecho, es posible. Pero, de hecho, el plebiscito no ha sido más que una ficción gubernamental, comparable, en cierto modo, al derecho divino de los reyes. Puede reforzar la autoridad soberana, pero, como el emperador es libre para señalarle momento y objeto, no puede debilitarla. Mucho más peligroso es el parlamentarismo, con sus convocatorias obligatorias y la predeterminación de aquello en que es competente. Pues, si los Bonaparte son el plebiscito, con mayor motivo aún, como dice M. Thiébaud, los Orleans son el parlamentarismo.

—Esto es verdad. Pero "el conde de París (M. Buffet lo recuerda) ya estaba de vuelta de los mecanismos constitucionales de la Restauración y del Gobierno de julio, mecanismos calcados de los ingleses e importados a un país que no tiene las instituciones ni las costumbres inglesas. El pensamiento del conde de París se basaba en la antigua Monarquía". Y su hijo piensa como él: no hay nadie menos orleanista que este duque de Orleans.

—¡Que me place!—repone mi amigo—. Pero, si se enlaza de este modo con los últimos Borbones, ¿qué digo?, con Enrique IV, olvida lo que es la esencia misma de la Monarquía, que es una tradición efectiva, impersonal; hace acto de voluntad individual: actúa como un Bonaparte; esta flor de lis liba en las abejas.

—Por lo menos, reconozcamos que este Bonaparte, como usted dice, sabe lo que quiere y se atreve a decirlo. En cambio, ¿qué es lo que quieren un príncipe Víctor o un príncipe Luis?

—Acaso—responde mi amigo—lo mismo que el duque de Orleans, porque su programa no tiene nada que se oponga a su naturaleza, y bastaría con un Buffet o un Lur-Saluces para que esta posibilidad se trocase en certidumbre. Pero, no ya un príncipe Víctor o un príncipe Luis: cualquier desconocido sin el nombre prestigioso de Napoleón ni las antiguas glorias de la dinastía real, sin más atractivo que este de la novedad, siempre operante sobre nuestro pueblo, podría hacer suyas las mismas ideas. El enfermo ignora casi siempre qué médico fué el primero que, en un docto tratado, describió sus males y los remedios que a éstos podían darse. Su gratitud va enderezada sólo al que, adoctrinado con la salvadora enseñanza, sabe aplicarla rápida y adecuadamente y lo salva así de la muerte.

—Sea—digo—. Pero, si usted quiere a Francia, su obligación es llevar al salvador a su cabecera. Y ¿a dónde irá usted a buscarlo de primera intención? ¿A casa de un médico cualquiera, que acaso

ignore el tratamiento que usted cree ser el único bueno, o a casa del que no puede ignorarlo, porque es suyo?

—Empezaré por buscar a éste, pero, si tardase demasiado en contestar a mi llamada, me dirigiré a otro cualquiera.

Tal es, mi querido Maurras, la conclusión de este nacionalista: admite con nosotros que una República es, en la jerarquía de los Gobiernos, algo así como la ramificación de los protozoos en la serie animal; reconoce que Francia necesita de una voluntad soberana y hereditaria, es decir, una Monarquía. Pero le importan más los beneficios de este régimen que la persona a quien puedan deberse.

Esta cabeza juvenil está libre de no pocos errores, de no pocas dudas; déjeme usted que le dé las gracias por ello, tanto en su nombre como en el mío propio, y cuente usted siempre, mi querido amigo, con mi fraternal afecto.

LIONEL DES RIEUX

¡Ah! Lionel des Rieux, en su encuentro con el joven nacionalista, se muestra bastante más indulgente y abordable de lo que era en 1896 con los poetillas del Parnaso, del simbolismo y del arte decadente. ¡Qué de concesiones innecesarias le hace! ¡Cuántas herejías le deja escapar!

1.º La política realista de descentralización (doméstica, local y profesional) no sólo está "inaplicada" en la República [1], sino que es inaplicable, y esto por tres razones: *a*) La democracia, ley del número, excluye la calidad, condición de la organización [2]. *b*) Si, por milagro, la descentralización fuese un hecho, Francia, zamarreada a tirones de un lado y de otro por los grandes núcleos divergentes, acabaría por desaparecer como unidad política por falta de un órgano vivo y poderoso del interés general. *c*) La República democrática francesa no puede pasar del estado de centralización al de descentralización, porque falta un poder que quiera efectuar este cambio: ningún poder es capaz de quererlo, porque, dimanando de la elección, necesita de todos los recursos de la centralización para sostenerse; en otras palabras, para que le reelijan.

1. Verdad es que M. Lionel des Rieux dice: "*todo* régimen republicano". Pero ya he explicado, contestando a M. Henry Bordeaux, la imposibilidad de una República aristocrática en la Francia de hoy. Fatalmente, pues, la oligarquía democrática reinante ha de estar contaminada del *morbus democraticus*.

2. ¿Se votará por *orden*? ¿Se votará *por cabeza*? La cuestión ha sido planteada ya en los Congresos socialistas. ¡Y en ello está todo!

2.º No hay duda de que el Imperio puede ser, o hacerse, hereditario; pero no se inspira, ni siquiera de hecho, en la idea de la herencia, y esto constituye una enorme diferencia práctica: un poder que se siente hereditario es cosa distinta de un poder que se contenta con serlo de hecho. Si hay duda sobre esto, ¡compárese la política extranjera de Carlos X, de Luis XVIII y hasta de Luis-Felipe con la de los Napoleón!

No nos paremos en los detalles. Pase el que el Imperio tenga en favor suyo a Waldeck y los judíos, pase que esta alianza judía haya hecho perder al bonapartismo viejas simpatías militares y que el partido de Dreyfus le haya mostrado las suyas y que éstas hayan sido muy bien acogidas; estas anécdotas de la temporada pueden parecer ajenas a un pensador: pero ¿podrá consentir Rieux, conocedor del *morbus democraticus*, que delante de él se atribuyan "las mismas ventajas" al Imperio que a la Monarquía tradicional? El Imperio todavía puede ser menos descentralizador que la República, y las Comisiones imperiales de descentralización nombradas por Napoleón III sirvieron para lo mismo que sirven hoy las parecidas comisiones republicanamente instituídas por M. Ribot. Como representan una contradicción del conjunto de la mecánica del régimen, esto mismo las condena al aborto.

En rigor, un príncipe Bonaparte podría "querer" lo mismo que quiere el duque de Orleans. Pero se vería obligado a guardarse sus deseos tanto tiempo como durase su papel de pretendiente y, si llegaba a reinar, su reinado mismo. Del mismo modo que hay una tradición monárquica que se impone y domina todas las voluntades, hay también una tradición imperial. Esta se opone directamente a nuestra tradición descentralizadora: todo bonapartista serio conviene en ello. Es puramente *dictatorial*, en el sentido absurdo, antirromano e inhumano que los demócratas del matiz de M. Paul Déroulède dan a la palabra. Representa una serie de actos de autoridad y de golpes de Estado destinados, según la certera fórmula de M. Octave Tauxier, en *L'Action Française* [1], a combatir los

1. Número de 1 de setiembre de 1900.

efectos, pero para nada las causas, de la anarquía. Las causas de la anarquía, el Imperio las mantiene, las halaga, se prevale de ellas, saca de ellas su precaria fuerza.

¡Es una cosa muy sorprendente esta de que M. Ranc sea contrario al Imperio! El Imperio es el síndico de la democracia. Mantiene las instituciones del año VIII, obra del primer Cónsul, y su régimen individualista, infinito divisor de la fuerza francesa. El Imperio no es nacionalista más que de etiqueta y en apariencia: en realidad, como sus aliados dictatoriales, como Déroulède, encubre los tremendos enemigos del nacionalismo que se ocultan en los repliegues de su constitución. No siempre se da cuenta de su existencia, pero esto los hace todavía más peligrosos. Sistema ininteligente, contradictorio, precario, tiene como consecuencia, según M. Tauxier, a quien me complazco en citar, el fortalecer la anarquía reprimiéndola durante algunos años.

Sin dejar de hacer justicia a las glorias del Imperio, las más puras de entre ellas han sido exactamente el reverso del interés francés profundo. Ningún Borbón, ningún miembro de la familia Capeta, hubiera podido llegar, *fisiológicamente,* a concebir, o tolerar, la política exterior de Napoleón III, verdadero sueño de estudiante internacional. Menos aún, un hijo de aquella fuerte raza, Padre y Madre de nuestra nacionalidad, hubiera soñado nunca en anexionarnos cuarenta departamentos a la vez, el valor de diez grandes provincias: ¡y éste fué el sueño del gran hombre, del dinasta de la familia! Política de engrandecimiento desatentado y brutal o política de las nacionalidades en Europa; ambos sistemas se equivalen: romanticismo puro. Los soberanos de la familia Capeta han empleado en la formación de Francia la fuerza clásica, una especie de política romana, inspirada en el Senado de la Ciudad Eterna, y no sabrían fraguar su renovación de otro modo.

3.º Este genio de la tradición no ha impedido nunca a nuestros príncipes el desplegar sus planes originales. Sostenía, asistía, a aquellos que dejaron ver su rasgo personal, pero los libró de caer en ciertos errores: por ello, a pesar de haber hecho "acto de voluntad individual" Luis XIV, Enrique IV, Francisco I, Luis XII, Luis XI, Carlos VII, Carlos V, Felipe

el Bello, San Luis, Felipe Augusto, Luis VI, no tuvieron que hacer el milagro de la "flor de lis libando en las abejas".

¿Y qué representa el parlamentarismo en la tradición monárquica? Un simple y funesto error de sólo Luis XVIII. Pero, al pronunciar el nombre de Luis XVIII o el de Luis-Felipe, hay que hacer interesantes observaciones sobre el modo como estos príncipes supieron llevar, temperar, limitar la plaga.

Durante dieciocho años, la oposición de julio tuvo el mismo reproche en los labios: *el gobierno personal*; es, pues, un hecho, un hecho venturoso, el que Luis-Felipe gobernó personalmente y fué, hasta donde podía serlo, enemigo del parlamentarismo.

La tendencia personal del señor duque de Orleans es bastante conocida de los franceses. Por el tono de sus cartas y la dirección de toda su política, se demuestra tan poco parlamentario como Enrique IV. En cambio, no se sabe lo bastante de qué modo el mismo conde de París había abjurado, al fin, del parlamentarismo. Este gran príncipe oyó la voz de la experiencia. Consulte Lionel des Rieux el noble prefacio escrito por el conde de París para el volumen que contiene las cartas del primer duque de Orleans, hijo de Luis Felipe y padre suyo: allí podrá ver lo que Felipe VII pensaba de las ficciones constitucionales de modelo inglés [1].

Me da rubor insistir de este modo sobre los más menudos detalles de nuestras verdades políticas. Y me da reparo el repetir a tantas inteligencias fraternas el mismo sonsonete animándolas a la acción. Que me perdonen. A fuerza de declararse indiferente, uno acaba creyendo que lo es y hasta siéndolo. A fuerza de decir que no tenemos preferencias, acabaremos dejando a los enemigos de todo orden político (los demócratas, nacionalistas o no) y a los enemigos de todo porvenir francés (los dreyfusistas, demócratas o no) la exclusiva de la actividad y del éxito.

Lionel des Rieux oye a un buen francés que le dice: "Em-

1. Subrayamos estas palabras significativas aplicadas al régimen de julio: los "abusos ya visibles, del parlamentarismo" (p. V); "cuestiones de personas" que "dificultaban las medidas mejores y paralizaban la política más útil al país"; "el interés general pospuesto a consideraciones particulares"; "atmósfera artificial del país legal" (p. VI). (Nota de 1909.)

pezaré por dirigirme al duque de Orleans, pero, si tardase demasiado en contestar a mi llamada, me dirigiré a otro cualquiera" sin replicarle:

1.° Los Gobiernos útiles y reparadores no se escogen. Las circunstancias mandan: no hay más que uno solo.

2.° Puesto que piensa usted en llamar al Príncipe, llámelo de una vez. Si quiere usted que él le conteste, empiece usted por el principio: ¡llámelo!

No le perdonaría a mi querido Lionel des Rieux su negligencia si no hubiera descubierto esta preciosa fórmula de la bajeza del espíritu republicano: "*Una República es, en la jerarquía de los Gobiernos, algo así como la ramificación de los protozoos* en la serie animal..." Recomiendo esta definición a mis amigos. Es cosa de aprendérsela de memoria.

Después de nueve años

A pesar de todo, la Encuesta de 1900 no arrancó a Lionel des Rieux de su bonapartismo vacilante y confuso. Hasta mucho más tarde el poeta no me escribió estas líneas: "Para estar completamente de acuerdo con usted, no me faltaba más que dar un paso, y está dado." (Carta de 13 de enero de 1908, citada en *L'Action Française* de 1 de febrero siguiente, página 220, en nota.)

CARTA DE M. LOUIS DIMIER

Buen año para M. Louis Dimier, auxiliar de la Universidad y doctor en letras. Sus dos tesis de doctorado—*Le Primatice, pintor, escultor y arquitecto de los reyes de Francia* y *In philosophiae partem quae dicitur estheticae prolegomena*—le han valido una viva atención y muchos aplausos en la Sorbona y entre cuantos se interesan por la historia y la filosofía del arte. Cualquiera que sea la crítica de detalle que pueda oponerse a los puntos de vista de M. Dimier, hay que reconocer su novedad—dentro de un sentido tradicional—y su gran utilidad. Representan una sana reacción de la inteligencia francesa contra la exclusiva mezquindad y, diría yo, la barbarie verdaderamente gótica del sistema mantenido y desarrollado, no sin lucimiento ni sin vigor, sino, por el contrario, con erudición, celo y amor, por MM. Courajod, Palustre y sus discípulos. M. Louis Dimier ha rehabilitado ante ellos los derechos de la escuela clásica, que es, por más que se haga, la verdadera escuela del genio nacional. Jamás podrá desmentirse la afinidad de nuestro arte y de nuestro gusto con sus ilustres parientes de Roma y de Atenas.

Otro éxito reciente de M. Louis Dimier confina con la política. Su respuesta a la Encuesta sobre el Protestantismo motivó que el ex ministro M. Léon Bourgeois le dirigiera unos ataques tan tontos, tan furiosos y tan mal calculados, que todo el mundo quiso conocer el texto tratado de aquel modo [1]. Fué leído y todo el mundo se dió cuenta de que M. Louis Dimier había estudiado la cuestión del protestantismo con tanta mo-

1. Apareció en *L'Action Française* del 15 de mayo de 1900.

deración como sagacidad, ciencia y razón. Aquel pequeño tratado de veinte páginas, escrito al correr de la pluma, fué por ello más conocido y admirado. La admiración hubiera subido de punto, de conocerse exactamente el sector religioso a que pertenece M. Louis Dimier: al revés de mis corresponsales ordinarios, casi todos agnósticos y positivistas, M. Dimier es católico, un católico creyente, practicante, militante casi.

Como podrá apreciarse por la carta que sigue, los escritos de M. Louis Dimier respiran una perfecta libertad de espíritu.

8 de setiembre de 1900.

Mi querido amigo:

Plantea usted unas preguntas tan apremiantes que no se puede contestar a ellas así como así: "La restauración de la Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada—pregunta usted—¿es o no cosa de salud pública en Francia?" De salud pública, no sé, pero convengo en que la Monarquía que nos han presentado sus interviús de la *Gazette de France* es tentadora. Le diré, no obstante, que M. Buffet y M. de Lur-Saluces, a pesar del talento que despliegan, tal vez no hubieran conseguido hacerla ver tal si no hubiese defendido la misma causa que ellos un tercer orador, en el que usted pensaba sin decirlo, más elocuente que ellos y que todos: Dreyfus.

No lo neguemos: es por Dreyfus por lo que la pregunta se formula realmente. Sin Dreyfus, ¡cuántas gentes le han leído a usted que tal vez no lo hubiesen hecho!, para su mal, desde luego; pero, por lo menos, yo soy de aquellos que, no hace más que dos años, veían la monarquía de Borbón-Orleans como una vana antigualla, un cadáver que las ambiciones de algunas personas y el esnobismo de algunos desocupados galvanizaban un poco. Después de lo que hemos presenciado, ya no es lícito hablar de este modo.

En primer lugar, el régimen a que Francia se había adaptado desde hace veinticinco años y que no había lugar a no creer definitivo, tras haber disimulado durante mucho tiempo lamentables fermentos de anarquía y haber mantenido, mejor o peor, en medio de las persecuciones religiosas, ora realizadas a las claras, ora en secreto, una suficiente tradición de autoridad regular y un mínimo de espíritu de gobierno, ha caído de golpe en la anarquía pública y en la persecución universal. Esto ya casi lo habíamos visto con Boulanger y lo hemos visto del todo con Dreyfus. Anarquía pública

manifiesta por el apoyo que los anarquistas, los mismos que ponían bombas, prestan hoy al poder: gritos de "¡Viva Loubet, viva la anarquía!" en la fiesta revolucionaria de la plaza del Trono; persecución universal, por la asimilación a los clericales—materia perseguible—de cuanto aborrece a Dreyfus, es decir, la mayor parte de los franceses. Y así no hay política que pueda sostenerse; persecución y anarquía son lo contrario de cualquier Gobierno, y el Gobierno que cae en ellas abdica. Esto es lo que hace que cuantos entre nosotros piensan con libertad se pregunten si se ha abierto la sucesión del régimen presente.

El señor duque de Orleans se presenta para recogerla. Hay que confesar que nada le faltaría para esto. Posee el derecho histórico y sus lugartenientes acaban de expresarse de modo que hace desear que este derecho se convierta en realidad. Y hay todavía algo mejor, a mi entender: ha sido el único, entre todos los partidos caídos, en contestar debidamente al problema planteado por el "affaire" Dreyfus. El proceso del Tribunal Supremo señaló su respuesta a los aplausos de todos los buenos franceses sin distinción de partido.

¿Qué falta para que se le conteste a usted que sí? La exacta conformidad de los hechos con lo que usted desea para el futuro, o, si usted quiere, para hablar como todo el mundo, la dificultad de restablecer la Monarquía.

Antes del examen de los principios, a que usted—es evidente—se inclina ante todo, plantéase una cuestión, a mi entender, más importante. Lo que se sobrepone a todo en el mundo es la continuidad y el cuidado de evitar esto que se llama una revolución. Pues bien: después de veinticinco años de República, que no ha carecido, por lo menos, de los signos externos de un Gobierno regular, traer a un rey quiere decir una revolución. Si la República abdica, esta revolución se hace necesaria y, por lo tanto, natural. Pero, en lo que yo digo que el dreyfusismo implica para el régimen de abdicación real, ¿es la República quien abdica? Para asegurar esto último—lo que obligaría a contestar a usted con un sí—, hay que empezar por eliminar a tres hombres que dicen que no, cada uno a su modo: M. Méline, M. Déroulède y M. Lemaître. Cada uno de ellos promete separar la República del dreyfusismo y de la masonería (que son la misma cosa) partiendo de salvar en Francia, para mayor provecho de la continuidad y del orden, la tradición republicana comprometida.

M. Méline ofrece llevarnos de nuevo al régimen anterior a Dreyfus. No será la confianza en este primer remedio lo que me haga discutir con usted. La República que hemos conocido antes de lo de

Dreyfus, y siempre, estaba, si me atrevo a decirlo, preñada de dreyfusismo, aunque muchos de sus partidarios carecieran, afortunadamente, de lo que les hubiera hecha falta para convertirse a tiempo en unos dreyfusistas. Esta espantosa enfermedad no debe, de ningún modo, contarse como algo propio del régimen, sino como el resultado naturalísimo, aunque imprevisto, de gérmenes que, por lo demás, disimulaba apenas. La vuelta a un estado de cosas en que el mal ya se anunciaba no podría llamarse una curación.

Por lo que toca a M. Déroulède, sería inexcusable decir algo que significase poca estima de su generosidad y su valentía. Pero no por ello es menos cierto que su plebiscito no se tiene en pie, que su programa de Angulema es el vacío codificado, que su pretensión de detener—en el delirio del golpe de fuerza en que sueña—al señor duque de Orleans por su mano, es algo que confina con lo bufo. Aquí se impone un paréntesis para decir que esta ocurrencia suya da una buena ocasión de medir la consistencia de los derechos del príncipe. Una vez derribado el régimen, ¿por qué iba a substituirlo M. Déroulède mejor que otro,

mejor que Juan, mejor que yo?

¿Quién lo designa? ¿De dónde saca él esta señal exterior que impone la obediencia y de que el orden social no sabe prescindir? ¿Lo elegirá un plebiscito? ¿Va a hacer milagros? Por el contrario, y por objeciones que uno haga, el señor duque de Orleans puede afirmar: "Soy el heredero de cuarenta reyes." Y esto le da, por lo menos, el derecho de detener al otro [1].

Pero todo esto no puede ocurrir más que en la hipótesis de una revolución, que alguien, que es M. Lamaître, promete evitarnos, como usted sabe. M. Lamaître quiere un régimen nuevo, pero, al decir esto, no pretende nada que sea distinto de república y papeleta electoral. No es único en hablar de este modo. Toda la *Patrie française* lo acompaña con una constancia que enfurece a sus enemigos y exaspera a veces a sus amigos. Y ¿qué quiere usted? Esto es un hecho en el que es posible que haya poderosas razones para no obstinarse, pero que quienes, como yo, vemos las cosas desde fuera, estimamos considerable. Mi distinguido colega y amigo Fonsegrive escribió un día una frase cuyo examen—lo confieso—ha modificado profundamente mis ideas. No tengo a la mano el texto y cito de memoria: "Combatir la revolución revolucionariamente es trabajar en su favor", decía. Esto es lo que hace que, a mi juicio, haya un solo hombre en Francia que tenga el derecho de dar un golpe de Estado, y este hombre es el señor duque de Orleans, pero que más nos valdría aún que no se diese ninguno. Además, ¿por qué M. Lemaître y sus amigos no han de lograr hacer innecesario el retorno de la Monarquía que usted propugna?

1. Napoleón decía en 1804—hablando con Rœderer de su hermano José, a quien tuvo después la debilidad de hacer rey—, con un buen sentido clarísimo: "Yo he nacido en la miseria y él ha nacido, como yo, en la más extrema mediocridad, pero yo me he elevado por mis acciones y él ha seguido allí donde el nacimiento lo colocó. *Para reinar en Francia, hay que haber nacido en la grandeza, haber sido visto desde la infancia en un palacio, con guardias, o bien ser un hombre capaz de distinguirse por sí mismo entre todos los demás.* (Nota de 1909.)

Llego ahora a la discusión de las ventajas que ésta, una vez restablecida, nos traería, que es lo que sus eminentes interlocutores se han propuesto. Lo que prometen es para satisfacer a cuantos conserven, en nuestro país, algún gusto de lo concreto y de lo real. M. Buffet y M. de Lur-Saluces, comparados con nuestros doctores republicanos de cualquier clase y matiz, son Montesquieu comparado con Rousseau; la economía social y la investigación de los efectos y las causas junto a la metafísica de Exposición universal. Todo está dicho ya sobre esto y no quiero hacerme pesado. Pero hay un punto de que quiero hacer mención, tanto más gustoso cuanto que aquellos señores le dan particular importancia, hasta el punto de que la interviú de M. Lur-Saluces se limita a él casi exclusivamente: la descentralización.

Durante mucho tiempo se ha tenido la idea de que la política, por lo menos en aquello que encierra de más importante, consiste en los modos y procedimientos mediante los que se ejerce el poder, no en las prácticas mediante las que se delega. El camino que se estudiaba iba del príncipe a los súbditos, nunca de los súbditos al príncipe. ¿Qué nos harán pagar? ¿A qué nos obligarán? ¿Cómo nos defenderemos de lo arbitrario y de la *informata conscientia?* ¿Qué garantías se nos dan para la familia, la propiedad y la práctica de la religión? ¿Cómo hemos de ser juzgados, defendidos, vigilados, castigados y educados? Esto era lo que se tenía como esencial [1]. El personal gobernante y la manera de reclutarle eran cosas de menos importancia. De acuerdo con este punto de vista, la teoría de la Administración ha sido el objetivo principal de la mayor

1. Me tomo la libertad de recomendar aquí la importante observación de M. Dimier. Pero esta posición—la única práctica—del problema político o administrativo supone, si no un poder personal y hereditario, por lo menos una constitución muy fuerte del poder central. Es menester que este poder no sea discutido. Hace falta, pues, que, de hecho y de derecho, esté por encima de los demás poderes.

parte de los autores antiguos. Esto es lo que llena todas las páginas de *L'Esprit des Lois*. Ha sido preciso que un loco venido de Ginebra, destruyendo este punto de vista eterno, enseñase que, en política, nada vale nada, excepto la elección del Gobierno y la manera de delegarlo. ¿Qué cosa más sencilla y para qué quebrarse la cabeza? Hay reglas de esto sacadas de la Naturaleza y promulgadas después con el famoso nombre de "derechos del hombre". Si la elección se hace según las reglas, ¿no ha de marchar todo perfectamente, suceda lo que suceda? La última palabra de esta ciencia, inapreciable en cuanto, para profesarla, no hace falta saber nada de los hombres ni de las cosas, consiste en entregar al príncipe debidamente elegido todos los poderes. Un poco de lógica basta, unos gramos de filosofía y el dibujo de una urna electoral, y el mundo salvado para siempre. No sólo las costumbres, si que también las instituciones y la legislación, serán lo que ella imponga. Lo importante es que quienes regulen todo esto sean reclutados de una cierta manera.

¿Cómo? En el estudio de un punto tan capital se han consumido las vigilias de todos nuestros doctores de política moderna, invariablemente ocupados en decidir sobre el mejor sistema electoral. Del indirecto al censitario, del universal al restringido, de la lista al distrito, del profesional al plural, todo ha sido objeto de la más grave atención; se ha hablado de estas cosas como de la ciencia de las ciencias, como de la clave del orden social, como de la panacea universal. Los partidos no se han combatido más que por esto. La oposición esgrime ferozmente unas papeletas de votación cortadas de una manera distinta. En torno a la casuística del escrutinio, ha surgido la guerra civil. Unos se declaran plebiscitarios, otros quieren que se vote por oficios, otros la representación proporcional para las minorías, algunos no reclaman otra cosa que un papel idéntico para los votantes que haga imposible la delación, muchos se limitan a la vigilancia de las urnas; algunos, más avanzados, piden que se cambie la forma de éstas. Y, en tanto que la justicia inmutable y los derechos del hombre esperan el comienzo de su reino terrestre, los últimos perfeccionamientos en el arte de fabricar las urnas electorales, la administración y los negocios llevan el brillante camino que estamos viendo. En Bélgica, el voto de los ciudadanos es una maravilla de precisión. Debidamente encerrado en una celda, libre de las miradas indiscretas, cada uno perpetra clandestinamente el gran acto por medio del que se delega la soberanía nacional depositando en el centro blanco de un redondel una manchita obturadora. Es lo más completo a que se ha podido llegar, la última palabra, por ahora, de la ciencia del gobierno.

La *Gazette de France* nos descubre—dulce y bienhechora cosa—otros horizontes...

No nos ha hablado más que de las instituciones y las leyes, y esto no es pequeño mérito. Porque Francia es lo bastante grande y diversa para que sus habitantes tengan gustos e intereses diferentes, se ocupa—necesariamente—del modo de conseguir que leyes e instituciones no sean las mismas en todas partes. Esto es lo que se llama descentralizar. Yo casi preferiría que se dijera "federación", por lo mucho que importa evitar, hasta en las palabras, la superficialidad de las declaraciones corrientes. Que el descentralizar sea una necesidad, es algo en que todo el mundo está de acuerdo, aunque nadie haya hablado de ello todavía, en nombre de un posible Gobierno, con tan magnífica franqueza. Observe usted que no es sólo la provincia la que se mata con la hipertrofía del poder central sino la misma unidad del poder político, puesto que la coincidencia de voluntades tiranizada en todo no puede conducir más que a exasperar la resistencia y a engendrar, en último resultado, la guerra civil.

Esto es de todos los tiempos, pero hay algo que es especialmente del nuestro: la diversidad de creencias religiosas, fautora natural de las más vivas discordias cuando, fingiendo desconocerlas, se afecta no tenerlas en cuenta. Librepensadores y católicos, hombres de todas las creencias y de todos los sistemas, no pueden menos de coincidir en un punto: que la cuestión religiosa es en Francia, en ciertos aspectos, la más aguda de nuestra época, de tal modo que, quiérase o no, mezclada a todas las discusiones, las inyecta un veneno que sin ella ni sospecharíamos. Importa, pues, resolverla. ¿Y cómo podrá hacerse más que aflojando las ataduras que atan con una legislación general voluntades opuestas, a más de intereses diferentes?

¿Sólo la Monarquía es capaz de llevar a cabo una obra tan necesaria? En verdad, no estoy muy seguro de ello. Ella lo proyecta, y ya es bastante; no hay razón ninguna para no dar fe a su buen propósito, y reconozco que su propio interés ha de llevarla a realizarlo. ¿Pero no será análogo el interés de todo Gobierno que anhele la estabilidad conseguida por otros procedimientos que el de la captación electoral y cuyos miembros hayan dejado de hacer de la política un oficio?

Expone usted, sobre el espíritu de continuidad que nace de la herencia monárquica, argumentos que estoy muy lejos de despreciar.

> Estos pequeños reyes que elige por un año,
> viendo de tal manera limitado el poder,
> de los mejores planes malograrán el fruto...

Corneille era un gran político en verso; así lo juzga La Bruyère, pero ya usted conoce lo que escribe Montesquieu: "Como la República tenía unos jefes que cambiaban cada año y que se esforzaban en hacer sobresalir su magistratura a fin de conseguir otras..." Que es, ni más ni menos, lo contrario. ¿Cuál de los dos tiene razón?

En fin, mi querido amigo, pongo punto a esta carta que amenaza hacerse inacabable. Me asalta de dos modos la duda. Los términos con que usted formula su pregunta presuponen una demostración rigurosa de la necesidad actual de restablecer la Monarquía. Esta demostración no está acabada para mí. Mucho he escrito para decirle esto. Pero es que su pregunta iba acompañada de diez números de periódico. Esto le demostrará que los he leído y que le agradezco el envío.

Y créame siempre su affmo.

L. Dimier

El Estado republicano no ha sido capaz de resolver un asunto de Estado, asunto del traidor Dreyfus, de conformidad con sus propios intereses: "cuantos entre nosotros son libres para pensar" se preguntan si semejante Estado no está ya caído y si no ha quedado abierta la sucesión del régimen. M. Dimier se inclinaría a pensar que sí, a no ser el ofrecimiento de M. Lemaître y los directores de la *Patrie Française* de reconstituir el Estado republicano ahorrándonos una revolución.

¡Tampoco a mí me gustan las revoluciones! Y, aun cuando el régimen de la república francesa es demasiado discontinuo para que no le consideremos como un sistema de revolución crónica y de anarquía constitucional, yo también quisiera evitar el cambio brusco que teme M. Dimier. Pero, en realidad, esto sería pedir un imposible. No es sólo la República de M. Méline, sino toda República en Francia, y en este momento, lo que es, no por mero accidente, sino por propia naturaleza, una institución anárquica. Es facilísimo probarlo: es muy sencillo hacer ver, al mismo tiempo, cómo, entre todas las imposibilidades concebibles, la mayor es, ciertamente, la imposibilidad de una República tal como la presenta M. Jules Lemaître. Imposibilidad no sólo teórica, sino práctica. No sólo probabilísima, sino segura. Pronto voy a probarlo. M. Louis Dimier tendrá la bondad de tomar como suyas algunas de las respuestas a mi corresponsal siguiente.

Sobre la descentralización territorial, profesional y *confesional,* nuestro acuerdo es completo. M. Louis Dimier, católico, sienta tan claramente como M. Lucien Moreau, positivista, y en el mismo sentido que él, cuáles deben ser en este terreno las funciones propias del Estado. Y ambos, como puede verse, coinciden exactamente con M. André Buffet y el conde de Lur-Saluces. Y es que unos y otros han comenzado por ponerse de acuerdo con la realidad. No puede decirse otro tanto de todos los descentralizadores. Un Faguet o un Clemenceau demuestran, desde la primera palabra que escriben sobre el tema, una secreta indiferencia hacia la historia y la geografía del país, que parcelan, desmenuzan, constituyen y vuelven a constituir en el papel.

M. Louis Dimier termina muy hábilmente. Me quiere hacer escoger entre Corneille y Montesquieu. Quiere que diga cuál de los dos tiene razón. Pero ¿y si la tienen ambos? La contradicción es puramente aparente, y las frases citadas se refieren a objetos muy distintos. El uno habla de la primera Roma republicana, en la que los magistrados electivos eran muy honestos, y el otro, de la decadencia, en la que ya no lo eran nada. El uno condena, pues, tan justamente como el otro alaba.

Sí, Corneille está en lo justo cuando hace decir a Cinna, que había visto los últimos tiempos de la República, aquello de:

> Estos pequeños reyes que elige por un año,
> viendo de tal manera limitado el poder,
> de los mejores planes malograrán el fruto...

Porque, en tiempos de Cinna, así eran las magistraturas populares: simple, pero omnipotente expresión del régimen electivo: encarnación indolente, turbulenta, discontinua, de la voluntad de la plebe. Por el contrario, los magistrados anuales de que habla Montesquieu, que gobernaban con la ayuda y bajo la fiscalización y la dirección de un senado y de un patriciado poderosos, se encontraban, por ello mismo, afirmados en la línea, o, si se prefiere, en el plano del interés general romano: su emulación, y hasta sus intrigas, tenían más ventajas que otra cosa, al contrario de las intrigas y la emulación de sus sucesores que, más que nada, causaron inconvenientes, porque el

poder del senado y del patriciado había decaído por obra de la plebe y de su aliado habitual, el dinero.

No echemos en olvido una regla fundamental de la física política y procuremos comprenderla claramente: por importante que sea la cuestión *monarquía* o *poliarquía,* es secundaria: se subordina a la cuestión esencial de la constitución de las familias.

Una sociedad destinada a perpetuarse, a remontar la corriente del tiempo, necesita saber, ante todo, si cuenta con un grupo de familias lo bastante poderosas para constituir un instrumento duradero del interés público. ¿Existe este grupo? ¿La aristocracia está constituída sólidamente? En este caso, puede prosperar una república. En el caso contrario, si la aristocracia es débil, o está en formación, o en decadencia, si se halla dividida o desorganizada, una Monarquía dinástica representará siquiera este *mínimum* de herencia política indispensable a la nación. Pero, sin ella, es inútil: gobiernan las facciones, el dinero y la opinión se ponen de acuerdo o disputan para dominar el Estado, y éste viene a ser, cada vez más, pasto cierto de los intereses privados. Los ciudadanos comienzan a repartirse el patrimonio público. Pronto el Extranjero lo remata.

Después de nueve años

M. Louis Dimier abrazó la causa de la Monarquía, no podría decirse en qué fecha exacta: tan natural, graduada e insensiblemente se produjo el hecho. Su evolución ha sido referida en los siguientes términos: "Su respuesta a la *Encuesta* había sido más negativa que dubitativa. Empezaba por decir: *cuantos entre nosotros piensan con libertad se preguntan si se ha abierto la sucesión del régimen presente.* Pero en seguida añadía: *lo que se sobrepone a todo en el mundo es la continuidad y el cuidado de evitar esto que se llama una revolución.* Y como alguien, que era Jules Lemaître, prometía *separar la República del dreyfusismo y de la Masonería, evitando a un tiempo una revolución,* M. Dimier sacaba esta conclusión: *los términos con que usted formula su pregunta presuponen una demostración rigurosa de la necesidad actual de restablecer la Monarquía. Esta demostración no está acabada para mí.* Continuaba, pues, siendo "Patria francesa" y republicano. Pero no había terminado el año siguiente sin que aceptara formalmente, íntegramente, la tesis monárquica. Él, que no había puesto más que una objeción (la revolución, la fuerza), no iba a tardar en escribir, precisamente a propósito del obispo de Périgueux, Monseñor Delamaire: *Si creemos que no podemos servirnos de la fuerza, si desesperamos de apoderarnos de ella, digamos adiós a toda esperanza de restablecimiento del porvenir.*

M. Louis Dimier era profesor de filosofía del colegio de Valenciennes al producirse la expulsión de los RR. PP. Marianistas de dicha ciudad. El día del suceso, creyó que era un deber suyo el ir a despedirlos, lo que le valió que la prensa radical lo denunciase y los rigores de la autoridad universitaria. Dimitió su puesto y se vino a París a colaborar en la fundación de nuestro Instituto de "Action Française", del que es hoy secretario general.

CARTA DE M. LÉON DE MONTESQUIOU

MONSIEUR Léon de Montesquiou vivía consagrado a la música y a la jurisprudencia, entregado con pasión a su estudio, cuando el "affaire" Dreyfus vino a alterar su programa de vida. Doctor en Derecho, se olvidó de la Escuela; alumno del Conservatorio, empezó a pensar en otra clase de acordes. La crisis francesa le descubría un montón de desórdenes morales y políticos que no había tenido tiempo de sospechar siquiera.

No paró mientes él en el pequeño suceso, en la causa célebre. Lo que advirtió inmediatamente era que en el dreyfusismo había un elemento de psicología religiosa: es que, nacido antes que él, originario de los últimos episodios de la historia de Francia, el "affaire" amenazaba con prolongarse más allá del límite de su vida personal. Todos los expedientes parlamentarios y judiciales le parecieron pobres y vanos; el antisemitismo mismo, con sus importantes factores de raza y de tradición, parecíale como una explicación incompleta y un sistema insuficiente. Comprendió que un mal tan hondo era constitucional y que, para curarle, había que atacar factores de carácter muy general.

M. de Montesquiou ingresó, pues, en la *Action Française* donde, al tiempo que se luchaba al día contra la gangrena dreyfusista, se trataba de descubrir y de eliminar las fuerzas que la incubaban. Esta filosofía, fruto de inducciones y deducciones hechas en común, tenía que producir, en cuantos colaboraban en su elaboración, saludables corrientes de meditación. Tal vez, M. Léon de Montesquiou es, de todos ellos, aquel en quien la evolución se hace más sensible: desde su estudio so-

bre "La primacía de la salud pública" (en lugar de la primacía, o soberanía, del pueblo) al que dedica a "El llamado sufragio universal", y desde éste al artículo sobre el "Papel de una capital en un Estado democrático" (lo mismo que Littré, el Littré de antes de la Commune, que, después de ésta, se desdijo, M. Léon de Montesquiou abogaba por que se confiriesen a la población de París el rango y las funciones de una aristocracia directora), desde este último artículo—repito—al más reciente de todos, "Dos gritos, dos doctrinas", que señala vigorosamente la oculta antinomia del espíritu militar y de la religión democrática, se va observando el progreso de las ideas en el joven escritor, puede decirse que de un mes a otro.

Creo que la carta aguda y curiosa que me dirige significa un paso más que da hacia el realismo político; también nos hace apreciar cuál es, exactamente, la distancia que lo separa todavía del nacionalismo integral.

Mi querido amigo:

Todo lo que dice usted en su *Encuesta sobre la Monarquía* es tan lógico, tan irrefutable, que creo que hasta el espíritu más crítico no puede tener nada que objetarle. De modo que lo que voy a tratar de averiguar es, no si usted nos señala el camino de la salvación, sino tan sólo si hay posibilidad de que tomemos este camino.

A mi entender, el obstáculo radica principalmente en un estado de sensibilidad de la Francia contemporánea. Hasta en el momento preciso en que nuestra razón se somete plenamente a lo que usted dice, queda algo en nosotros que se rebela.—Al decir nosotros, quiero decir la mayoría de los franceses.—¿A qué es debido? No puedo explicármelo más que de este modo: hay en nosotros dos seres, uno *consciente,* que se manifiesta por la razón, y el otro *inconsciente,* que se manifiesta por medio de instintos, de sentimientos, de fenómenos que nos es difícil determinar, porque escapan, en gran parte, a nuestro análisis. Y yo creo que casi siempre estamos dominados por este inconsciente. Nuestra razón nos dicta que tomemos tal camino: nuestro instinto o nuestro sentimiento nos arrastran a otro. Es que en nosotros el ser inconsciente es mucho más viejo que el ser consciente, de modo que ha podido calar más hondo, hasta fundirse a nuestra sangre. Nuestro *inconsciente político*—permítame usted esta expresión—cuenta cien años de existencia, desde la Revolución. ¿Qué digo cien años? ¡Doscientos!, ya que todo el siglo XVIII contribuyó a formarlo. Y nuestra conciencia política data, sobre todo, del "affaire" Dreyfus. ¿Cómo pueden dos años anular la obra de doscientos?

Pues bien: este ser político inconsciente que vive en nosotros y nos domina rechaza la Monarquía, juzgándola—juzgar no es la palabra, puesto que la razón no cuenta—, presentándola como incompatible con todos los principios de que él está empapado y hecho: igualdad, libertad, etc. Usted nos demuestra que esta aprensión es infundada y absurda, porque estos principios, o bien son entendidos de una manera absoluta, en cuyo caso son principios de muerte, o bien se les entiende relativamente y, en este caso, la Monarquía los garantiza mejor que ningún otro régimen. La demostración llega a nuestro cerebro, pero allí se detiene.

Porque, así como hace falta mucho tiempo para crear un instinto, se necesita mucho para destruirlo. Una simple demostración de que es absurdo y de que sólo puede perjudicarnos, no basta. Dos siglos de funesta filosofía nos han intoxicado; ¿no cree usted que, para curarnos, sería necesario mucho tiempo? Acaso una sola cosa pudiera activar la curación: un peligro muy visible y muy inminente. Es posible, en efecto, que el instinto de conservación, contrarrestado por todos los instintos que nos matan, fuera entonces lo bastante fuerte para dominarlos. En este aspecto, el "affaire" Dreyfus, que ha despertado en nosotros este instinto vital, ha sido utilísimo, pero no ha bastado. ¿Y cómo desear que se presenten otros peligros nuevos a fin de activar esta obra de renovación, cómo desearlo cuando no sabemos si Francia lo resistiría?

Sin duda, usted ya comprende que si vengo a hablarle del estado de sensibilidad de Francia, no es, ciertamente, para divagar sobre psicología. Lo que nos interesa es la política; de consiguiente, a mi entender, hemos de ser, ante todo, realistas. Y yo creo que el ser realista, es reconocer que este estado de sensibilidad existe, que hay que contar con él, que es un hecho, en una palabra, y un hecho tan fuerte, que puede hasta—según yo creo—impedir la posibilidad de una restauración. ¿Qué haría falta, pues, a mi ver, para que la Monarquía fuese posible? Reformarnos cada uno de nosotros, y acaso esto sería, en efecto, la verdadera obra política sólida y durable. ¿Pero es que esta obra no es de mucha más duración que nuestra propia vida? Y, entretanto, ¿qué va a ser de Francia?

En resumen: yo creo que la fe monárquica ya no existe en nuestro país; que, para que reviviera, se necesitaría mucho tiempo y que, sin ella, la Monarquía no es posible. Y lo que nosotros necesitamos es actuar de una manera inmediata, porque el peligro apremia. Pero, para actuar inmediatamente, no disponemos más que de

una sola cosa: la fe que llamaré republicana, aunque la palabra sea impropia, puesto que esta fe nos inclina lo mismo hacia el Cesarismo que hacia la República. ¿No habrá medio de construir sobre esta fe republicana, si no una fortaleza sólida, por lo menos un atrincheramiento?

Muy cordialmente suyo, mi querido amigo.

LÉON DE MONTESQUIOU

Tal vez resulte un poco escandaloso el ver al joven conde Léon de Montesquiou-Fezensac mezclándose, él y los suyos (pues habla en plural), entre la "mayoría de los franceses". Puesto que es de aquellos que, según la bella definición de M. de Lur-Saluces, *tienen más deberes que los demás*, su función natural sería el alzarse delante de sus conciudadanos para enseñarlos y dirigirlos: en una palabra, para prestarles todos los servicios que, en el fondo de su corazón, esperan de él. De hecho, el ingrato plural que usa no es más que una palabra, y, en la *Action Française,* M. de Montesquiou hace, sin decirlo, lo que yo quisiera que hiciera y que dijese.

Todo cuanto observa del *consciente* y del *inconsciente político* es irreprochable. Pero yo apelo a nuestro común amigo M. Jules Caplain-Cortambert, el cual no quiere que la cola guíe la cabeza: ¿es lo insconsciente lo que ha de guiar lo consciente? ¿El órgano ciego el que gobierne el órgano dotado de vista? ¿El instinto el que dicte las decisiones de la inteligencia? Ya sé yo que es corriente el atribuir a quienes plantean de este modo el problema una especie de insensibilidad contra la naturaleza y un desconocimiento del poder del instinto, del antojo y de la animalidad en el hombre. La verdad es que no desconocen nada de esto. Saben perfectamente que toda fuerza es inconsciente, pero no echan en olvido que, en el orden humano, la dirección de estas fuerzas corresponde al pensamiento y a la razón y que, sin esta dirección, se despilfarran para su propio mal.

Imponer el orden que sea a unas energías desencadenadas es mucho menos fácil que el avenirse a desencadenarse con ellas. Pero hay que afrontar la dificultad y hay que vencerla. No hace falta más que captar y hacer servir a los fines del bien público algunos de los sentimientos fuertes que están hoy

más cerca de nosotros: el patriotismo, el temor de peligros públicos inminentes, el deseo de la salvación nacional.

Todo el mecanismo de la solución monárquica consiste en esto. Es verdad que "un peligro muy visible y muy inminente" aumentaría las fuerzas con que ya contamos. M. de Montesquiou no quiere un peligro semejante. Nosotros tampoco le queremos, pero le prevemos como fatal y quisiéramos que se adoptaran las medidas consiguientes.

También hay que notar, antes de proseguir, que las objeciones de M. de Montesquiou no son sólo aplicables al nacionalismo monárquico o integral: sirven también contra el nacionalismo antidemocrático de MM. Henri Vaugeois y Lucien Moreau, Henry Bordeaux y Jules Caplain-Cortambert. "Estos principios de igualdad, de libertad, etc.", se oponen, tanto como a la misma Monarquía, al establecimiento de una República fuerte, orgánica, *nacionalista* y, por ejemplo, capaz de tratar el "affaire" Dreyfus como cualquier Estado verdadero hubiera tratado este asunto de Estado. Y para que una tal República, la República de M. de Montesquiou, fuese posible, haría falta también "reformarnos cada uno de nosotros", y esta reforma no se hará nunca espontáneamente; el medio necesario, el órgano indispensable de esta reforma, es también la Monarquía.

¿Que la Monarquía no es posible? Pues bien: esta reforma lo es mucho menos todavía. Entretanto, M. de Montesquiou quiere actuar. Quiere actuar "de una manera inmediata", porque el peligro apremia. Bueno es saberlo. Pero, para conjurar este apremiante peligro, como no es posible construir "una fortaleza sólida", M. de Montesquiou admite que tenemos que construir "un atrincheramiento", por supuesto sin solidez.

Siempre hemos visto a los niños haciendo castillos en la arena, con los que quieren detener el mar. Se les dice que para esto haría falta un dique. Dicen que sí, pero siguen construyendo sus castillos de arena. ¿Nos atreveríamos a reñirlos por ello?

¡En cambio, los nacionalistas republicanos ni siquiera conseguirán construir el pequeño castillete de sus sueños! Se oponen grandes dificultades, no teóricas, sino prácticas, a que lleven a término este trabajo de niños. Prometí a M. Louis Di-

mier dejar sentada la razón de estas grandes dificultades de hecho, pero ahora he de pedir, tanto a M. Dimier como a M. de Montesquiou, un nuevo crédito. Hasta mañana.

Nueve años después

Ni las líneas que acaban de leerse, ni las que llenan el capítulo siguiente, tuvieron la fortuna de convencer a Léon de Montesquiou, y sólo un año más tarde, casi día por día, es decir, en agosto de 1901, en ocasión en que yo realizaba una nueva campaña en *Le Figaro,* me informó de su incorporación en estos términos: "He decidido." Esta decisión "largamente madurada y fundada", dice Vaugeois, sirvió de epílogo a la primera compilación de los estudios de Montesquiou, *La salud pública.*

Este libro, que resume tres años de vacilaciones, se compone de artículos y notas. Un capítulo final, al que no sigue ninguna anotación, resume a grandes rasgos el diálogo mantenido entre Montesquiou y el autor de la *Encuesta*, que al fin salió triunfante al comprobar Montesquiou "en sí mismo", como él dice, la verdad de estas afirmaciones: que *una vez asentada como postulado la voluntad de conservar la patria francesa, todo se concatena, todo se deduce en un irresistible movimiento; la fantasía, la elección misma, no tienen parte en ello; si uno se resuelve a ser patriota, será indispensablemente monárquico.* Montesquiou acaba su libro con estas palabras: *A todos estos artículos les falta una conclusión. Es que yo era impotente para dársela, porque no quería someterme a las leyes de la razón. Ahora me someto a ellas reconociendo que, desde el momento en que empezó a preocuparme la salud pública, y nada más que la salud pública, no podía sacar otra conclusión que la Monarquía.*

No quiero dejar de hablar de su libro sin recomendar a todos los espíritus reflexivos, y hasta a los simples curiosos, las notas que Montesquiou ha añadido a los diversos capítulos de *La salud pública.* Son verdaderamente extraordinarias por la sencillez desnuda y la recta voluntad que revelan. Una de ellas comienza de este modo: "De este artículo no hay que tomar en cuenta más que una cosa: que en él se pronuncian las palabras *salud pública...*" Y otra: "Yo hubiera querido suprimir este artículo, pero, pensándolo mejor, he creído que de un error confesado podían desprenderse algunas enseñanzas. Y confieso que aquí me había equivocado." La verdad política podía, desde aquel momento, repetir al autor de estas notas: *Tú no me hubieras buscado nunca si no me hubieras hallado.*

ADVERTENCIA A LAS PERSONAS PRACTICAS

Trátase ahora de saber quién de nosotros es más *práctico*. Sin duda, nadie habrá olvidado que M. Maurice Barrès nos reprochaba el no tener en cuenta los hechos para nada: "Puesto que no puede usted lograr que lo que le parece razonable se convierta en hacedero, ¿por qué no trata usted de que lo que la mayoría acepta se convierta en razonable?" En otros términos: unámonos para apoderarnos juntos del poder republicano. Y M. Louis Dimier, a su vez, formulaba un acto de fe y de esperanza en la República de M. Jules Lemaître. Finalmente, M. de Montesquiou me invita a levantar con él una trinchera contra las fuerzas unidas de los partidos antinacionales. A lo que yo he contestado que, en primer lugar, esta obra de arte militar amenazaría con ser harto frágil y que, además, sin duda sería absolutamente imposible construirla. No sólo la *República sana* sería una frágil defensa del orden y de la patria, sino que ahora y siempre será algo quimérico, sin existencia más que en el papel.

A todo partido que incluya este sistema en su programa, hay que cantarle el coro de *La gran duquesa*:

> Será vencido,
> vapuleado,
> roto, arrollado,
> mal dispersado;
> lo perseguirán,
> lo hostigarán...

Y, en verdad, por mucha caridad o amistad que sintamos hacia unos espíritus cuyas intenciones no pueden ser mejores,

¿cómo vamos a poder condenar los golpes justicieros del destino?

¡Les estará bien!
De lo que escogieron
será el fruto cierto.
¡Les estará bien!

Y perfectísimamente merecido. Ciertos errores son imperdonables y hasta inexcusables. Porque el más pequeño estudio del estado en que se encuentra el pueblo francés incapacita a todo hombre prudente para ciertas aventuras: puesto que las probabilidades examinadas anuncian unánimemente la derrota y que ningún cálculo serio permite esperar la menor victoria, no es lícito entrar en campaña en condiciones semejantes.

I

Las personas que se resignan a la República, es decir, que eliminan, por una parte, la restauración monárquica y, por otra, se ven obligadas a reconocer que no pueden contar, como los republicanos griegos, romanos, florentinos o helvéticos con una poderosa aristocracia nacional, se resignan, por este mismo hecho, al gobierno de los partidos. Pero trabajan, y no sin energía, para substituir el partido antinacional que detenta el poder por su propio partido, que es, sin discusión posible entre nosotros, el partido nacional. Veamos, pues, cuál es el porvenir de éste.

Háblase de un porvenir de carácter exclusivamente electoral, un porvenir nacido de la opinión: porque es infinitamente poco probable el que los jefes militares arriesguen jamás, ya sea su suerte y su honor, ya la suerte de Francia, en favor de una oposición que, carente de unas normas directoras generales y firmes, no tiene de común más que dos o tres buenos sentimientos. Un golpe de fuerza que se intentara en apoyo de este sector, pronto iría seguido de movimientos análogos, bien en favor de los adversarios, bien en favor de las subdivisiones del mismo sector. Y, en todo caso, lo que voy a decir acerca de la impotencia de este partido para conquistar el poder, se aplicaría—en el supuesto de que milagrosamente lo lograra—a la

imposibilidad en que había de encontrarse de conservarlo; sería menester un segundo milagro para que durasen los resultados del primero.

En efecto: reconocida la república democrática como el gobierno de un partido, pertenece en Francia, en la Francia de 1880 y de 1900, necesariamente y por una especie de derecho, al partido masónico internacional. Y le pertenecerá en tanto que la situación francesa no haya cambiado. Mas las causas que puedan determinar este deseado cambio no son conocidas todavía y no hay nada que haga creer que estén siquiera a punto de producirse.

Quienes son, *ante todo,* fieles a la República y sacrifican a esta fidelidad el porvenir político de su país, no pueden dejar de tener una cierta gratitud a la Francmasonería, puesto que tanto se complacen en la solidez, la firmeza, el espíritu de continuidad y los talentos, no diré políticos, sino administrativos, del personal que dicha sociedad secreta ha proporcionado a la República. En un país conservador, es decir, rico, apacible, amigo de una tranquilidad por lo menos aparente, una República abiertamente anárquica no hubiese durado: la francmasonería ha dado la apariencia y, para decirlo así, el decorado del orden material. Claro que, a cambio de este servicio, ha explotado al país en provecho propio, lo ha debilitado y arruinado, conforme a su religión liberal y democrática. Pero no es menos cierto que, *gracias a la masonería, la República aparece todavía como un Gobierno en algunos aspectos.*

Hacíalo yo notar, en noviembre de 1899, en una carta abierta [1] a M. Jules Lemaître, cuya brillante y generosa lucha contra la Francmasonería no había sido yo el último, ciertamente, en admirar. Pero al mismo tiempo le indicaba los escollos de su tarea precisando, lo más claramente posible, el oficio histórico de la Masonería en la República.

Dije yo entonces: "Si las calles son barridas en invierno y regadas en verano, si el correo circula, si los impuestos se cobran con regularidad, si los quintos son llamados a fecha fija y licenciados en la fecha establecida, si las mercancías pagan en

1. La primera de la serie de *Los Constituyentes,* comenzada el 12 de noviembre en la *Gazette de France.*

los puertos las tasas fijadas por la ley, si los prefectos administran, si los embajadores tratan y negocian, si, en una palabra, los asuntos corrientes son despachados de manera que Francia parece existir y que la República tiene hechura de Gobierno, crea usted, mi querido presidente, que se lo debemos a la oligarquía masónica. Bien o mal, ella se ha encargado de la sucesión de los Gobiernos regulares. Bien o mal, ella continúa sus funciones indispensables. Dispone de un personal experimentado. Mantenida y guiada por la plutocracia, suple la inestabilidad constitucional, forja una serie de planes políticos y administrativos, provee al mínimo de continuidad necesaria. ¿Se duele usted de que tantos senadores y tantos ministros sean francmasones? Alégrese usted de ello y dé gracias a la feliz mentira de estos cínicos. Gracias a ellos, son restituídas a la dirección del país las condiciones normales de la vida política: unidad de doctrina, unidad de planes secundarios, unidad de personal; gracias a ellos, las elecciones no son revolucionarias: vuelven a encontrarse los mismos hombres, y los mismos programas de iniciativa parlamentaria nos evitan el trastorno cuatrienal que nos prometía la Constitución. Quitemos este sólido lazo de la Masonería, apartemos el cimiento que sostiene los frágiles materiales del régimen republicano y, si no renunciamos al mismo tiempo a semejante régimen, caemos en tal estado de desorden, de división y de incoherencia, que el nombre de anarquía resulta demasiado suave para él.

"De consiguiente, a los ojos de un republicano, la Masonería puede parecer, en rigor, un gran mal, pero será *el mejor de los males,* como decía del ajenjo el discípulo de usted Jules Tellier. Para Francia tiene de malo que disimula los defectos de la República; para la República tiene de bueno el que la sostiene. Ha tenido el arte de hacer posible y casi respetable la anarquía. Nadie más que ella podría lograrlo ¿Por qué? Es bien sencillo: en Francia, fuera de ella, no hay nada. Ella es la única oligarquía constituída."

II

Estas últimas palabras no son completamente exactas. La Francmasonería no es la única oligarquía constituída en la República francesa, pero es la única cuyo dominio es posible.

Porque su gran rival, la Iglesia católica, dispone también de una organización poderosa, y muchos esperan, o temen, su transformación en oligarquía directora de la República. El venerable e ingenioso arzobispo de Aix pensaba tal vez en ello cuando exclamaba con pintoresco lenguaje: "No vivimos en República, sino en Francmasonería." Monseñor Gouthe-Soulard podía, en efecto, concebir una República no masónica, es decir, presidida por un obispo o su mandatario, con un senado de obispos o de clérigos, o de sus mandatarios, con una Cámara análoga, y una administración calcada en la de los antiguos Estados romanos... No creo que una sociedad de célibes, ocupada por grandes fines espirituales, como es la Iglesia, esté indicada para ejercer el poder temporal en un vasto país. Su gobierno sería mediocre o francamente malo. Y, en todo caso, en Francia no se quiere esta clase de gobierno.

Se lo decía yo también a M. Jules Lemaître: "Por enemigo que sea usted, querido señor presidente, de la oligarquía masónica, no es usted más partidario que nosotros de una oligarquía teocrática o clerical. Usted dice, con la sonrisa en los labios: Anticlerical, lo fué San Luis, y Enrique IV y Luis XIV, y todos nuestros reyes del antiguo régimen. El Gobierno de Luis-Felipe (¡y de Luis XVIII y de Carlos X!) lo fué también, y la inmensa mayoría de los católicos de Francia lo es todavía. *El cura, en su iglesia,* es, entre nosotros, una fórmula casi nacional."

Asimismo, para dar una idea justa de la desconfianza que despierta y merece la Francmasonería, M. Copin-Albancelli escribía su Apólogo de las Congregaciones: "El pueblo francés no se sentiría, ciertamente, tranquilo si viese su personal gobernante integrado del modo que voy a decir. Como presidente de la República, un fraile; como presidente del Senado, otro fraile; como presidente de la Cámara de diputados, un tercer fraile; en el Consejo de ministros, de los once, diez frailes, y, en una

palabra, una mayoría de frailes en el Senado y en la Cámara."

Estoy seguro de que M. Copin-Albancelli *no se sentiría, ciertamente, tranquilo* si su apólogo se realizase al pie de la letra. Ni nadie estaría tranquilo. Los más píos, los más deferentes, los más santos, imitarían a Luis IX pensando en salvar el orden civil de las ingerencias religiosas. Ojalá le hagan caso los demócratas cristianos, mi querido presidente; hágannos caso a M. Copin-Albancelli y a mí; su concepción de un nuevo Paraguay en Francia es una quimera. Ni hay, ni habrá, ni puede haber un partido católico constituído en nuestro país en oligarquía directora. O bien, extraño a la jerarquía de la Iglesia, morirá (como está muriendo hoy) por sus divisiones intestinas, o bien, unido a dicha jerarquía, dirigido por los obispos, los curas, los vicarios, los chantres, los sacristanes y los pertigueros lo derribará, en el momento de su primera manifestación, su espantosa impopularidad [1].

III

Siendo, como es, imposible el gobierno de los curas, porque las condiciones generales de nuestra Francia son demasiado diferentes de las de una Bretaña o una Bélgica, por ejemplo, y, si rechazan la Francmasonería—que, por su parte, sabe rechazarlos a ellos incondicionalmente—, ¿a qué organización podrán aferrarse los nacionalistas republicanos?

Sé que van a contestarme: a la nuestra. Contestación altiva. La Liga de la Patria Francesa se siente llamada a formar el partido de gobierno y la oligarquía directora que toda república necesita Pero ¡ay!, que abundan las razones de que una vocación tan noble sea ilusoria. El clero francés tiene cierto poder porque es antiguo, porque se remonta a catorce siglos, porque se basa en una disciplina severísima y, en una palabra, porque se apoya en doctrinas fuertes, coherentes, arraigadas en el espíritu y el corazón de gran número de nuestros compatriotas. Pues aun esta fuerza, enorme para otras cosas, resulta demasiado débil, en el dominio puramente político, para luchar contra la Masonería: ¿qué sería, de consiguiente, una organización recentísima, sin gran cohesión económica y a la que falta casi por completo la unidad de doctrinas? Se unirán las fuerzas para luchar contra el partido de Dreyfus. Pero, tras un éxito o un medio éxito en este terreno, vendrá la separación, porque lo exigirán así mil conveniencias y mil intereses divergentes. ¿Qué podrán contra estas fuerzas ni el patriotismo, ni el celo del bien público, sentimientos éstos respetabilísimos, pero un poco abstractos y fáciles de disfrazar, de rebajar, de desviar?

1. ¿Ha modificado este estado de cosas el aumento de las persecuciones sufridas por la Iglesia de Francia durante estos nueve años y su vuelta a la independencia mediante su separación del Estado? Roma aconseja a los católicos que se unan, pero no que formen un partido. Y ello es digno de ser meditado. (Nota de 1909.)

Miremos de más cerca la organización masónica. Su poderío data de un siglo. Presente siempre para favorecer la política de izquierda, cuenta en su activo, exhibe como otras tantas victorias, todos los desórdenes revolucionarios que han desorganizado y ensangrentado al país. Le basta esto para crear en favor suyo un grande y poderoso prejuicio. Esto, por lo que hace a las fuerzas de imaginación. Además, hay las realidades.

La Francmasonería (y yo comprendo en ella toda la oligarquía del mundo republicano ortodoxo que va desde M. Millerand a M. Ribot y que, de hacer falta, iría de M. Jaurès a M. Poincaré), esta Masonería, se apoya, en primer lugar, en un grupo semiétnico de más de medio millón de hombres: los protestantes; con tres siglos de existencia, albergando en lo más sensible de la carne y del alma los más vivaces rencores históricos, este grupo de hombres dista de ser un simple concurso de voluntades: significa una manera de ser, de pensar, de sentir y, por tanto, de obrar. Por encima de las fórmulas que invoca o de las decisiones que manifiesta, el protestante francés es incapaz de no obedecer a ciertas voces profundas del interés de su clan o de su tribu. Que este interés sea violentamente antifrancés, el asunto Dreyfus y, si hiciera falta, otros muchos asuntos semejantes lo demostrarían. Y que haya un acuerdo natural entre este interés y el de la Masonería, lo prueba también abundantemente nuestra historia contemporánea.

Pero no reina sólo el interés protestante en las logias. Este

coincide allí, para *solidarizarse* con ellos, según la fórmula de Thiébaud, con los intereses judíos. El mundo judío, más aún que el protestantismo, es una agrupación natural. Atribúyese él en nuestro país los derechos de una aristocracia, y, en cierto modo, ejerce sus funciones, en cuanto que abre y cierra la bolsa. Entre judíos, apenas hay necesidad de negociar las condiciones de una inteligencia. Su acuerdo sobre las grandes cuestiones que interesan a la comunidad judaica, y hasta a la comunidad no francesa, surge con absoluta espontaneidad. Una vez más, la naturaleza actúa por sí misma: mientras nosotros deliberamos para tomar nuestros acuerdos y constituir nuestras ligas, esta comunidad natural nos desafía y nos arrolla.

Otro concurso se junta a lo dicho: el del meteco [1] o extranjero domiciliado entre nosotros; la plutocracia europea, tan bien representada en París; los Gobiernos extranjeros, en fin. El extranjero, la gran banca cosmopolita y los diferentes huéspedes que prosperan bajo nuestro cielo, tienen todos algún interés en que ningún poder nacionalista fuerte dé a Francia organización, vigor y disciplina: sus poderes acuñados, batallones de oro o papel, tan fáciles de disimular como de utilizar, y de los que la República de los Reinach y de los Herz ha vivido siempre, están así puestos a la disposición de la Francmasonería contra todos los arranques del partido nacional.

IV

Y todavía no he contado un cuarto aliado de la Masonería que no es de desdeñar: la complicidad secreta, la complacencia oscura de cada uno de nuestros electores con la doctrina de esta Iglesia al revés.

¿Cuál es esta doctrina? La del menor esfuerzo. Por motivos muy elevados, e imposibles de contradecir razonablemente, nos-

1. Los metecos formaban en Atenas una categoría particular de habitantes colocados bajo la vigilancia de un magistrado. Cada uno de ellos venía obligado a escoger un patrono y un fiador entre los ciudadanos atenienses. Las mujeres de los metecos, en las procesiones de las Panateneas, sostenían un parasol abierto sobre las atenienses verdaderas. Esta era la ley de las Repúblicas aristocráticas de la antigüedad: sabían hacerse respetar de aquellos a quienes su generosidad daba asilo.

otros aconsejamos a los ciudadanos que prefieran a su interés individual el de la comunidad: por razones nulas, pero especiosas y, aparentemente, difíciles de discutir, la oligarquía republicana sobreexcita el interés individual contra el de la comunidad. Su política democrática promete la igualdad progresiva [1], y su política anárquica, una libertad infinita [2]. Una porción de hombres conscientes y valerosos es capaz de preferir la parte más difícil, pero, casi necesariamente, la multitud se lanza a lo más cómodo, a lo más sencillo. Para que la opinión y la elección no sigan la fácil inclinación de las muchedumbres, hace falta la amenaza evidente o el recuerdo doloroso de las peores desgracias.

El partido conservador del Dieciséis de Mayo representó ayer lo que hoy representan nuestros nacionalistas republicanos. *Teniendo, como tenían, el poder*, pero no queriendo hacer de él más que el empleo legal, es decir, sin usar más que de la presión moral (yo preferiría decir inmoral, porque la astucia es más odiosa que la peor de las brutalidades), los ministros del Mariscal sufrieron un gran desastre. ¡Qué será de los nacionalistas republicanos, los cuales precisamente se encuentran en la situación de conquistar un poder que no poseen!

El descontento, la moda, un aire de Fronda que pasa, la autoridad de ciertos jefes, la actividad de unos buenos cabecillas, pueden, sin duda, proporcionar algunos éxitos en las grandes ciudades. ¡Pero en los centros pequeños! ¡Y en el campo! La Administración reina en ellos como señora absoluta: dicta los votos o los suma, los atribuye o los distribuye. Además, la Prensa y, con la Prensa, la tribuna y los otros órganos de opinión, todos ellos nutridos por cajas opulentas, todos ellos mantenidos en una disciplina severa por el más espontáneo y el más natural de los acuerdos. Antes mismo de votar, estaréis perdidos.

1. En el área militar se encuentran buenos ejemplos para el caso: sólo en el período de 1900-1908, todo conspiró hacia el rebajamiento de la condición de los oficiales: se les ha facilitado ciertas uniones, se les ha expuesto a las denuncias de los inferiores, se les ha sometido a la delación política, se les han limitado las precedencias del decreto de Mesidor. Lo exigía así la pasión democrática o igualitaria. (Nota de 1909.)

2. La ley electoral del servicio de dos años se ha votado para conformarse a la anarquía democrática. (Nota de 1909.)

V

Permitan, pues, M. Jules Lemaître y sus amigos que les repitamos una verdad que salta a la vista y unos cálculos que ninguno de ellos ha querido discutir.

—Sois de ayer. Formáis el grupo más heterogéneo y más abigarrado que soñarse pueda; vuestros adeptos pertenecen a la clase discutidora, la más individualista y más dividida de toda la nación, la que tiene menos intereses comunes y más susceptibilidades y recelos recíprocos; sus recursos, empleados en la tierra o en la industria, están constituídos por rentas e ingresos de trabajo, y el apoyo material que pueden daros es incomparablemente menos útil que el que reciben vuestros competidores de los capitales de la Banca judía o de los fondos secretos del Estado masón; en fin, la doctrina heterogénea que estáis elaborando, especie de transacción entre las ideas revolucionarias y las necesidades de la salvación nacional, será infinitamente menos eficaz y determinante, porque además es menos clara, que el humanitarismo de los masones y de los anarquistas...

Una vez más ha podido creerse que la Francia moderna daría una aristocracia de cuatro o cinco millones de cabezas capaces de acción política. Esta esperanza era posible en 1875, pero han transcurrido veinticinco años y la experiencia está hecha: no ha nacido el menor espíritu político. Hemos asistido a un generoso movimiento de inquietud patriótica; este movimiento ha lanzado a los franceses mejores sobre las listas de la "Patria Francesa": alabémosle, pero admirémosle como a un monstruo que no sale de la oscuridad más que si la patria está de luto. Que no nos engañe. La inquietud pasó. O pasará sin que la fuerza de nuestros enemigos disminuyera, y hasta se habrá afirmado y consolidado. Os apoyáis en lo inestable; tomáis como sostén lo que necesita que le sostengan. Pedís a esta buena, vaga y amorfa aristocracia francesa, necesitada de un rey que le diese disciplina y organización política, le pedís precisamente aquello que menos tiene. A esta desbandada de individuos, a nuestra mezcla de pequeñas repúblicas, de intereses divergentes o contradictorios, que sólo un Príncipe,

un Protector (como decía Veuillot en 1871), sería capaz de coordinar, vosotros le proponéis que ordene, que discipline, que rija la democracia: pues bien, lo primero que haría falta sería que fuese capaz de regirse ella a sí misma.

No quiero hacer alusiones (que serían poco generosas) a los últimos fracasos, cuyas causas he expuesto o recordado ya y que son sencillísimas. Basta con verlas y aquilatarlas para establecer que, tanto práctica como teóricamente, no hay, *si se quiere ser nacionalista,* más que el partido del Nacionalismo integral, es decir, la Monarquía.

Pero se puede, es cierto, dejar de ser nacionalista. Se puede traicionar a Francia. Puede hacerse uno francmasón, oportunista o radical; pero hace falta que los francmasones, los radicales o los oportunistas lo reciban a uno bien. Y, como M. André Buffet indicaba tan acertadamente, la traición teórica no basta. Las acogidas de este género tienen un precio fijo. Se pagan con una infamia. Y los verdaderos nacionalistas son incapaces de ella. Una y mil veces, su único recurso es, pues, la Monarquía.

LA CARTA ABIERTA DE M. EUGÈNE LEDRAIN

Monsieur Ledrain me dirige desde *L'Éclair* una carta abierta. M. Ledrain no necesita presentación. A pesar de la severidad que revisten, los trabajos del sabio profesor de la Escuela del Louvre han pentrado en el mundo de las letras. Conocida es su traducción bella y salvaje de la Biblia. Pero, lo mismo que Ernest Renán y que Jules Soury, para los cuales el estudio de las razas y de las lenguas semíticas constituyó una preparación natural al estudio de los problemas contemporáneos, no se ha limitado a sus tareas favoritas, sino que se ha mezclado a la vida literaria y política de nuestro tiempo. M. Ledrain preside importantes sociedades republicanas o democráticas de fines instructivos y educativos y, durante el "affaire" Dreyfus, a él se han debido los mejores esclarecimientos sobre los caracteres distintivos de la campaña judía.

Algún historiador de la poesía tendrá que consignar algún día el extraordinario papel que M. Eugène Ledrain desempeñó cerca del editor del pasaje Choiseul. Cuanto ha salido de las prensas de Lemerre sufrió su examen minucioso y, durante largos años, formó, casi él solo, el tribunal que juzgaba a los pálidos poetas nacientes, por lo menos a aquellos que querían editarse con la marca del cavador. ¿Se lo han agradecido? Yo creo que, por el contrario, más bien se lo han pagado con vivos rencores, pero, como buen filósofo, ha tenido presente que esto es lo normal de la vida.

Vínole de aquellas ocupaciones su afición a la crítica literaria. Madame Juliette Adam le ofreció la ocasión de ejercerla abriéndole las páginas de su *Nouvelle Revue*. Los juicios de M. Ledrain sobre libros y autores no han sido nada implacables:

un gran saber autoriza a ser indulgente; pero, bajo la benevolencia inicial, no era difícil advertir la amargura, el secreto desconsuelo, el descorazonamiento de un espíritu que se daba perfecta cuenta de la universal decadencia francesa.

Podría hacerse un interesante estudio de la evolución del gusto en M. Ledrain. ¿Conservaría él hoy su actitud de ayer con los parnasianos? Durante mucho tiempo fué su favorecedor. Les pasaba casi todo. Pero, a medida que su razón se alumbraba con nuevas luces, iba apartándose, poco a poco, de nuestro siglo, y los maestros de antaño, particularmente los del tiempo de Luis XV, lo conquistaban de nuevo. ¡Y qué clarividencia le han prestado! Gracias a ella, M. Ledrain ha podido escribir verdades definitivas a cuenta de Michelet. Claro que sus críticas de Michelet le permitían exaltar a su querido Quinet. Pero tal vez su afición a Quinet desaparezca llevándose las últimas huellas de complacencia romántica del espíritu de M. Ledrain. Aquellos que aspiran a un renacimiento del genio clásico francés tendrán el mayor gusto en ponerse en más íntimo contacto con su pensamiento.

La carta abierta de M. Eugène Ledrain es una pequeña obra maestra de ironía y de discusión familiar. Creo que encierra toda la belleza que exige el género

y la gracia más fina...

Desgraciadamente, es imposible transcribirla íntegra. Ciertas alusiones un poco personales deben omitirse, toda vez que no tienen ninguna relación directa con nuestra encuesta. Las más intencionadas resultan aún demasiado benévolas. No obstante, una de ellas exige una respuesta. M. Ledrain quisiera saber en qué ha parado mi admiración por M. Anatole France. "¿Persiste usted en ella?", me pregunta. ¿Y por qué no?, arguyo. Quien, desde hace tres años, ha cambiado es Anatole France y no yo.

Siempre que M. Anatole France deja que su genio natural reaparezca y brille bajo la horrible envoltura del dreyfusismo, se ve con gusto el esplendor de esta grata luz. Desventuradamente, he traspuesto ya la hermosa edad en que el destino de los planetas parece depender de la perfecta medida

de un buen verso y, no obstante, todavía hoy me sería imposible releer, sin palidecer un poco de indignación, el juicio de M. Eugène Ledrain sobre algunos de los mejores versos de Anatole France, el final del poema de los *Ciervos*... No, no, sobre este punto que no se espere de mí la menor concesión. Los versos discutidos son divinos, y dentro de diez años, lo mismo que hace otros diez, M. Ledrain me hallará dispuesto a mantener la misma afirmación. ¿Quiere que, a mayor abundamiento, los cite en público? Pero, en este momento, lo que nos interesa es la política, más que un torneo poético.

Y cedo la palabra a mi armonioso censor.

...Acabo de recibir sus últimas interviús de la *Gazette de France*, sobre las que me complace opinar, no como político, sino un poco como pensador. No pertenezco a ningún grupo conocido ni a ninguna fracción del Parlamento, por lo que estoy reducido a la meditación de mi cuarto de trabajo, con mis libros—con los de usted—, conmigo mismo. Filosofemos, pues, un poco si quiere.

Nos expone usted en dos puntos—no es como en los sermones trinitarios de Bourdaloue—el programa de la Monarquía futura, según la sueña su propia mente, la de M. André Buffet y la del príncipe Felipe de Orleans.

Lo primero que adivino es que la próxima restauración será de *mano dura*. Si no me equivoco, la palabra es de usted y parece aceptada por M. Buffet y por el príncipe. Pero ¿cómo hará usted para realizar semejante ideal?...

Lo que yo saco de sus páginas-programa, enteramente aprobadas por el príncipe, es que todos han de ser hombres de mano dura, a la manera de Napoleón III en 1851 y 1852. La Constitución del 2 de diciembre quitaba a las Cámaras la iniciativa de las leyes y su confección para confiársela a un Consejo de Estado: es de creer que ustedes la adopten con entusiasmo y que, llegados al poder, restablezcan esta Constitución de la época consular.

...Sin duda, ha leído usted la *Historia del Segundo Imperio* de M. de la Gorce, uno de sus amigos políticos, obra que ha hecho premiar—justamente—la derecha de la Academia desde la aparición de los primeros volúmenes. Pues bien: el capítulo en que expone la Constitución de 1852 M. de la Gorce lo titula: *La Dictadura*. Así llamaban antaño a la *mano dura*, sobre la que, en verdad, no se edifica nunca nada que no sea muy efímero.

Un hombre de noble carácter, de encendida palabra, se extravió

por un instante en los vericuetos del régimen de 1852. Había aceptado formar parte de la Cámara de los neutros, entrar en aquella sala sin tribuna, donde se votaba en bloque el presupuesto elaborado fuera y las leyes enviadas por otra asamblea pagada y sumisa. Pero, en medio de aquel silencio universal, M. de Montalembert no tardó en estallar desde su banco. Y hubo un pánico general, y quizás un alivio, cuando se le oyó exclamar: "Yo quisiera defender al jefe del Gobierno actual de los peligros de la omnipotencia, contra la embriaguez de la victoria, contra los deslumbramientos de la dictadura, contra sus propios entusiasmos, contra sus consejeros imprudentes y sus aduladores, si es que los tiene. Y quisiera defenderos a todos vosotros, señores, del más grande de los peligros que acechan a los Cuerpos políticos, el descorazonamiento y el abandono de sí mismo. Hoy por hoy, bien lo advierto (lo tengo previsto) no me acompañaréis en mi abstención; me dejaréis solo, pero, tarde o temprano, haréis lo contrario. No sólo hay en vosotros los gérmenes de independencia que todo hombre honesto tiene en su conciencia, sino que, en vuestra organización misma, residen las condiciones básicas de toda independencia: la gratuidad y la elección. Estas condiciones os arrastrarán fatalmente algún día al terreno de la resistencia a unas instituciones adulteradas, a unas pretensiones abusivas. Sólo un favor os pido: ¡no me miréis mal por haberme anticipado a vosotros!"

Medite usted bien estas elevadas y vigorosas palabras contra la Constitución de sus sueños y hallará usted en el fondo de ellas el pensamiento de que la dictadura no puede apoyarse más que en el total aniquilamiento de las conciencias. Y las conciencias no mueren nunca por completo, ni el orgullo; en el momento mismo en que se les cree muertos, tienen terribles resurrecciones, explosiones formidables. Además, cuando un pueblo ha probado la libertad y la discusión libre, vuelve siempre a ellas. Se puede ser partidario de la *mana dura* cuando uno es el puño, pero no se continúa siéndolo mucho tiempo cuando hay que sufrirla. ¿No son ustedes mismos un ejemplo de ello? Como ustedes se imaginan poseer dentro de poco el poder, entre ocho o diez, son todos ustedes, con vistas a aquel momento, grandes partidarios de la *mano dura,* pero al mismo tiempo se revuelven como unos condenados contra quienes, hoy por hoy, les impiden reunirse, hablar, moverse a gusto. Yo, republicano perfectamente independiente, les veo y les juzgo desde fuera, mucho mejor que pueden hacerlo ustedes mismos.

Vuestro rey ha apartado de su lado a los viejos parlamentarios cuyas ideas usted condena. Lo mismo pasó en Israel. Los antiguos consejeros fueron arrinconados para substituirlos con otros más

jóvenes, más ardorosos y mucho menos prudentes. ¿Y qué ocurrió? Que hubo catástrofes. Nada más quimérico que vuestro sueño de restauración. Pero admitamos, por un momento, lo imposible: que, por una fatalidad imprevista, se restableciese la Monarquía. Merced sólo a vuestros liberales podría sostenerse conquistando a las gentes ilustradas y al pueblo: el atractivo y un buen equilibrio no se lo darían los hombres de la *mano dura.* Lo que se basa en la fuerza no puede sostenerse mucho tiempo sin que la torrentera lo arrastre. Así fué cómo la profecía de M. de Montalembert no tardó en cumplirse en el segundo Imperio [1].

El segundo punto de vuestro programa, igualmente aprobado por el príncipe, es la descentralización. ¿Se acuerda usted de cierto ágape de felibres en que se leyó un manifiesto que, si no era obra suya, contaba al menos con su aprobación? Hasta creo que era fruto de su colaboración con M. Amouretti. Pedían ustedes en él, osadamente, asambleas *soberanas* en Burdeos, en Nantes, etc... La palabra *soberanas* se decía, no hay que olvidarlo. Por lo que, les acusé de separatismo, cosa que estuvo a punto de hacer que se vertiera sangre, ya que M. Amouretti cogió una espada y yo le di, sobre el terreno, la réplica adecuada. Acaso después de aquella fecha ha atenuado usted la palabra *soberanas,* que me parece suena mal y que hubiera afilado el hacha de Richelieu y de Robespierre. Pero usted, y con usted su rey, pide "la descentralización territorial". ¡Cuántas palabras cuyo sentido me escapa! ¿Qué es, por ejemplo, la descentralización moral, la descentralización religiosa? ¿Queréis crear unas sectas, tantas sectas como antiguas provincias o actuales departamentos? Su pensamiento, que usted desarrollará sin duda, y el del príncipe, no los veo más que en una nebulosa muy brillante, pero muy insegura; con todo, usted lanza la palabra: descentralización. 1.º Apretemos la mano. 2.º Descentralicemos. He aquí vuestro programa.

Y, no obstante, la Monarquía tradicional que debería restaurar el príncipe Felipe de Orleans fué esencialmente unitaria. Cogió a Francia hecha pedazos, desmenuzada, en virtud del tratado de Verdún, y la reconstruyó, ayudada por los municipios y por el pueblo, pedazo por pedazo. Al ocaso de la Monarquía, en medio de las ver-

2. Hay en esto una pequeña inexactitud que no he subrayado en 1900, pero que hay que señalar: la profecía de Montalembert no se cumplió ni mucho menos y la conciencia de los elegidos del Cuerpo legislativo imperial no se vió arrastrada "al terreno de la resistencia". Fué el tirano Napoleón III quien, por sí y ante sí, creyó conveniente convertir su Imperio al liberalismo y al parlamentarismo que acabaron con él. (Nota de 1909.)

güenzas del reinado de Luis XV, añadíase todavía al gran manto del territorio un trozo que faltaba: la Lorena. Acabada su obra magnífica, la Monarquía cayó, como un fruto maduro, al soplo de la Revolución francesa. En vano se han hecho tentativas de restauración. Todas han abortado. ¿Por qué? Porque, estando ya hecha la unidad, lo que la había creado no tenía otra cosa que hacer que desaparecer. Nuestra supervivencia en el mundo no se comprende cuando ya hemos dado todo lo que podíamos dar.

Es inútil, mi querido Maurras, que se vuelva usted a derecha e izquierda con su ágil y sutil talento; no escapará usted a la ley histórica. No logrará usted que la realeza unitaria remonte el camino de sus orígenes, de la obra que ya cumplió. No podrá usted evitar que estos tiempos sean tiempos pasados.

Y además, ¿no cree usted que los dos puntos de su programa se contradicen? ¿Puede usted imaginarse una Monarquía de *mano dura,* apoyada en unos servidores de *mano dura,* y que, al mismo tiempo, sea descentralizadora? ¿No es esto el colmo de lo imposible? Quien es hombre de *mano dura* no comparte el poder con nadie y se conduce fatalmente como unitario.

Esto es cuanto tenía que decirle, encantado de controvertir con un hombre como usted y con un periódico tan cortés como la *Gazette de France.*

E. LEDRAIN

1. Así es cómo, en el mismo periódico en que M. Georges Thiébaud suele calificar a los monárquicos de parlamentarios incorregibles, M. Ledrain se duele de descubrir en nosotros una inclinación inmoderada hacia la "dictadura" y la "mano fuerte".

2. Hay que advertir a M. Ledrain que se ha equivocado acerca de la paternidad de estas hermosas palabras "puño" y "mano dura". Débense, no a mí, sino—como puede verse en las páginas de la *Encuesta*—a un "joven nacionalista de los arrabales" que pronto tendré el gusto de presentar a M. Ledrain y a los lectores de la *Gazette,* ya que he recibido una interesante carta suya en contestación a nuestro cuestionario. Monsieur Ledrain me hace demasiado favor al atribuirme una clase de invención verbal que no me corresponde en lo más mínimo.

3. Es conveniente releer estas palabras del joven nacionalista de los arrabales. Yo las he consignado como "fórmula sintética de los anhelos de la nación".

"*¿Francia*—dijo—, *Francia? No es republicana, ni bonapartista, ni monárquica. ¿Quiere usted saber lo que es? ¡Francia es amiga de la mano dura!*"

Plantéase aquí una cuestión de hecho. ¿Hay, entre los franceses de 1900, un estado de espíritu favorable a una política de mano dura? ¿La Francia de hoy quiere realmente un buen puño que la dirija? ¿Siente la necesidad de un Gobierno enérgico que la saque del desorden y de la anarquía en que vive?

Si M. Ledrain me responde que no, aquí me quedo en el desarrollo de la tesis. En cuyo caso habré de rogar a su ingenioso colaborador, M. Georges Thiébaud, que haga mis veces para poner de relieve ante M. Ledrain lo que todos los nacionalistas consideran como una de las necesidades del momento. Necesidades que no son únicamente reales, sino que, además, se las siente. No sólo Francia necesita de alguien, sino que tiene conciencia de esta necesidad, y es un deseo; este *alguien* es llamado de todos lados. Y a este alguien no sólo lo desea la masa de la nación, sino que los más autorizados definidores del nacionalismo coinciden en que se le debe llamar. La irresponsabilidad, el anonimato, la incuria, la inestabilidad del poder parlamentario republicano hacen indispensable una enérgica intervención personal. Ni en el gran público, ni en la selección intelectual que yo he consultado, nadie me ha negado todavía estos extremos de hecho.

4. Ellos han sido los puntos de partida de la *Encuesta.* Pregunté al jefe del Secretariado político del señor duque de Orleans si, siendo de tal suerte las circunstancias, la Monarquía podría adaptarse fácilmente a ellas. Y M. Buffet me ha contestado: "Las circunstancias actuales exigen una Monarquía de *buen puño,* como dice su amigo. Si usted quiere, digamos una Monarquía autoritaria."

5. *Autoridad, Monarquía autoritaria*: he aquí cómo traducen los jefes monárquicos (lo mismo M. de Saluces que Monsieur Buffet) las palabras *mano dura* y partidario de una política de mano dura. M. Eugène Ledrain traduce de otro modo: él traduce *dictadura.*

6. Pero la palabra no me asusta. Hablemos de la dictadura, sin decir ninguna de las tonterías habituales tanto en sus enemigos como en sus partidarios. La dictadura era, en Roma, una magistratura perfectamente regular: en tanto se

mantuvo la fuerza del patriciado, condición indispensable del régimen republicano, funcionó sin daño para el interés público. En las situaciones difíciles, un ciudadano era investido, por un cónsul y por el Senado, de una autoridad sin límites; pasado el trance, el dictador se reintegraba a la vida común. Nada más útil, pero, al mismo tiempo, nada más peligroso, ni más delicado, en verdad, que esta institución de una especie de monarquía temporal. Precisamente, una de las ventajas de la realeza es el hacerla innecesaria. El príncipe hereditario, acuciado por el público interés, de que él es órgano y representación viva, advierte cuándo debe asumir la dictadura, en virtud de lo que las circunstancias demandan, y cuándo debe deponerla, según lo que ellas aconsejen. Si desdeña esta advertencia natural, sufre el castigo de la experiencia, y, por lo mismo, todo le induce a tenerla en cuenta. Esta alternativa de autoridad y libertad, en exacta correspondencia con los tiempos, llena la historia entera de Francia.

7. Sentado esto, es fácil comprender que la idea de una dictadura perpetua (o de una monarquía autoritaria a perpetuidad) es de una inepcia brutal. No sé yo si el mismo desterrado de San Sebastián se atrevería a declararse partidario de ella. No porque la quinina corte la fiebre, querría nadie hacer de ella base de su alimentación.

Pero ¿me negará, en cambio, M. Ledrain que la autoridad, o, como él dice, la mano fuerte, o la dictadura, han tenido su utilidad política? Parece que Enrique IV y Luis XI fueron hombres "de buen puño", unos "dictadores", y la Francia que ellos hicieron, o rehicieron, reconoce de buen grado que debería ponerlos en un altar, como a padres y salvadores. Por más que M. Ledrain afirme que la autoridad no crea nada, aquí tenemos algo que ella creó, una obra bastante hermosa por cierto: nada menos que Francia.

8. M. André Buffet me ha dicho: "*Lo admirable en la Monarquía es la ductilidad, la variedad de su fuerza.*" Bastaría esto para diferenciarla del Segundo Imperio, de que M. Ledrain me habla. En el momento en que se convirtió de autoritario en liberal, el Segundo Imperio tuvo que llevar a cabo una revolución contra sí mismo. Es indiscutible que concitó en contra suya fuerzas inmensas. Pero el príncipe era físicamente

incapaz de aguantar solo el enorme conjunto de las responsabilidades que asumía.

9. El encadenamiento de la controversia entablada nos lleva, pues, a plantear el problema constitucional, como se lo plantea todo el mundo. Nos imaginamos los primeros actos reales como actos de justicia y de reparación, pero, una vez terminado este primer período, ¿cómo imaginarse la constitución normal del reino, las relaciones de autoridad y libertad? Dedúcese, claramente, de las respuestas del jefe del Secretariado político del señor duque de Orleans sobre este punto, que la vieja fórmula liberal parlamentaria no reaparecerá para nada.

10. Pero ¿en qué consiste esta vieja fórmula liberal parlamentaria que rechazan por igual el desdén del público y la reflexión de los más discretos? Habría que ponerse de acuerdo para definirla antes de discutir sus méritos.

El parlamentarismo es una institución inglesa de nacimiento y que se ha conservado inglesa a despecho de lo mucho que se la ha trasplantado: es el Gobierno de las Cámaras, o mejor dicho, de una Cámara. La de los Comunes es la que *gobierna*: según observa certeramente M. Amouretti—al cual M. Ledrain me permitirá, a pesar de todo, citar ante él—, la Corona y los pares sólo disponen de un poder de control [1]. Este es el parlamentarismo en estado puro, tal como triunfa en Inglaterra, por razones que dependen del fondo de la historia inglesa, y tal como fracasa en todos los otros países en que se ha adoptado el sistema inglés. En Francia, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe, dóciles a este sistema, se vieron obligados a incurrir, de hecho, en un sinnúmero de usurpaciones disimuladas (conste que no se lo reprocho), tan pronto para administrar debidamente al país, y, a veces, hasta para salvarle. La República parlamentaria de 1875, creada y votada por liberales anglómanos, es de la misma desgraciada especie; si,

1. Esto se aplicaba al derecho constitucional inglés tal como era definido, más, tal vez, que practicado, en vida de la reina Victoria. Bajo Eduardo VII vemos insinuarse otras definiciones. Un ministro de la Guerra, miembro de un gabinete liberal, lord Haldane, ha ampliado singularmente la teoría de los derechos de la Corona en el reciente discurso a que hace referencia nuestra Introducción. (Nota de 1909.)

en la práctica, ha resultado más perniciosa todavía, se debe, evidentemente, a la falta de un patriciado, sobre todo a la falta de un príncipe que, de vez en cuando, se saliera de la legalidad para entrar en los carriles del bien público.

Pero, como dice M. André Buffet, ¿vamos a denunciar el parlamentarismo "en cada uno de los países dotados de un parlamento?" Y M. Buffet se contesta a sí mismo que "Alemania tiene un Parlamento, sin verse castigada por la calamidad parlamentaria". ¿Por qué? Pues porque en Alemania se ha tenido en cuenta la situación alemana, se ha tenido presente que no se podían importar las instituciones, las costumbres, la historia inglesa, como se importa el texto de una Constitución. Allí se ha hecho, pues, lo contrario del sistema inglés: en Alemania, es la Corona quien gobierna y es el Parlamento el que controla, ¡y qué poco todavía!

Tan tonto sería calcar lo de Alemania como copiar de Inglaterra el sistema de la futura Monarquía francesa: la situación francesa es original, y dará, por lo mismo, instituciones originales. No obstante, ¿quién no advierte que, entre el régimen británico y el germánico, es este último el que se aviene mejor con el estado actual de Francia, con el temperamento de los franceses, con la política que aconseja nuestra situación en Europa? Más amenazado que en Inglaterra, nuestro poder central, director militar y diplomático de la nación, debe ser más independiente, para que pueda defendernos con más energía. Basta con abrir una historia de Francia o con mirar un mapa para que salten a la vista las razones que para ello hay.

11. Además, hoy, los liberales parlamentarios, aun aquellos de que M. Ledrain nos habla con una indulgencia llena de cariño, no parecen muy deseosos de gobernar, sino únicamente de controlar los actos gubernamentales. Si no he comprendido mal su pensamiento, limítase a esto. Pero ¿lo he comprendido bien? Porque una de las cosas que hay que reprochar al pensamiento de estos caballeros es su falta de claridad. Parece como si, deliberadamente, evitaran la precisión. Con M. Ledrain, que es un pensador, da gusto discutir, porque concreta los asuntos de que trata y porque, con él, la discusión, por acerada que sea, propende al acuerdo; pero me desagradan

esos abogados que discuten para embarullar las cuestiones.

12. Experimento por estos señores el mismo sentimiento de todo el país, que los detesta. El país, que conoce hoy su esterilidad, se acuerda del mal que antaño le hicieron, del que se han señalado no pocas huellas a través de la *Encuesta*. Si M. Eugène Ledrain no se acuerda ya de él, el país guarda, en cambio, el recuerdo del 16 de mayo. No fueron, ciertamente, realistas de *mano dura* los culpables del 16 de mayo, sino parlamentarios, liberales. Los partidarios más acérrimos del parlamentarismo y del liberalismo tentaron aquel día la más cómica y más cándida de las aventuras aplicando sus talentos a preparar, en fin de cuentas, *un golpe de Estado legal*. El fracaso vasto, completo y resonante nada les ha enseñado ni ha hecho que se olviden de nada, pero sepan que a ellos no se les olvida. Un monárquico ha dicho, dirigiéndose a los torpes fautores del Dieciséis de mayo: "Escribid la historia, señores, pero no os mezcléis en hacerla" [1]. Escribirla, la han escrito muy bien. Pues que la escriban mejor todavía, porque siempre es posible, y que nos dejen trabajar en paz.

13. Treinta años de República parlamentaria han puesto de manifiesto un hecho importantísimo: el parlamentarismo, que debilita al Estado, no proporciona al ciudadano las garantías particulares que éste necesita. De consiguiente, el parlamentarismo falla en la consecución de su propio objetivo. La historia del Dieciséis de mayo es aleccionadora precisamente porque presenta contra la derecha una demostración análoga a la que nos proporciona contra la izquierda la larga historia de las vejaciones religiosas, de las mezquindades políticas cometidas por los oportunistas y los radicales que han venido a ser hoy tan impopulares como los hombres del Dieciséis de mayo. El que una Asamblea ocupe el lugar del Príncipe no basta para garantizar la libertad de las personas ni la seguridad de los bienes. Lo mismo da el que la Asamblea reinante esté compuesta de francmasones o de doctrinarios de la tolerancia, de hombres íntegros o de pillastres: la pasión política no dejará de arrastrarla, por una necesidad orgánica, a toda clase de menudos delitos en provecho de un partido, en

1. La frase es de M. de Pontmartin. (Nota de 1909.)

detrimento de los particulares y, de consiguiente, contra el Estado mismo. Será inútil que cambie la composición de las Asambleas. Su funcionamiento natural no puede cambiar. Está fuera de toda duda, porque lo confirman la experiencia y el análisis, que el parlamentarismo no es, ni mucho menos, "el paladión de la libertad".

14. Es exactamente todo lo contrario. Aun yéndole a la mano un príncipe, el parlamentarismo resultará siempre el régimen de la competencia de los partidos, cuando no de la guerra civil. Significará la opresión de los menos. Los jefes del parlamentarismo no representarán nunca más que partidos, capillitas, rivalidades personales, querellas de clan. ¿Interesa a alguien el desarrollar entre los franceses un régimen de clan, el minúsculo espíritu de partido? Nadie lo cree así. En la restauración próxima, todo el mundo implorará del Gobierno la unión, la paz, la desaparición de estas discordias. La feliz impopularidad del parlamentarismo permitirá al príncipe proceder a ello con extrema facilidad. La pacificación será cosa sencilla en la mayor parte de los feudos electorales que, poco a poco, perderán toda su importancia.

15. Henos ya, pues, prescindiendo del parlamentarismo. La repugnancia del pueblo y la impaciencia del príncipe han acabado con él. Interesa, por tanto, tener prevista la institución o el conjunto de instituciones que en el nuevo régimen podrán fortalecer la independencia de cada uno frente a las eventuales usurpaciones del Estado. ¿Qué garantías tendrán las personas? ¿Qué garantías la propiedad?

No voy a sorprender a un sabio como M. Eugène Ledrain al decirle que la primera de estas necesarias garantías será precisamente la desaparición del parlamentarismo[1]. El Estado contemporáneo sufre la competencia de este antagonista que se entremete sin cesar en sus funciones estatales; el Estado no puede cumplir, de consiguiente, más que una pequeñísima parte de la función que le es propia. Por no poder dirigir

1. Y no hago cuenta de la desaparición de una serie de pequeñas tiranías locales, fortalecidas o simplemente nacidas de la influencia anónima de los diputados y de los senadores. Sobre esto, que impropiamente ha venido a llamarse el feudalismo parlamentario, véase el párrafo 14 del presente capítulo y desenvuélvanse todas las consecuencias del mismo.

libre y continuadamente sus grandes intereses, el Estado contemporáneo se dedica a otros mil menesteres de suplemento. Y se hace, por ejemplo, fabricante de cerillas o vendedor de tabaco. Es maestro de escuela y enfermero de hospital. Entreténese a ratos hasta en funciones de sacristán. Tal es el Estado moderno en Francia: distraído constantemente de sus funciones específicas, de su esfera profesional, sustituye sin tregua, con su propia acción, la iniciativa de los ciudadanos y de las agrupaciones ciudadanas. Cada día inventa una nueva manera de perturbarlos o de molestarlos.

Al arrancar al Parlamento los poderes que éste ha usurpado, la restauración monárquica se los devolverá a la Corona, que es la legítima depositaria de los mismos, y las altas cuestiones políticas dependerán entonces de este altísimo poder competente.

Pero, simultáneamente, como los negocios del Estado habrán vuelto al Estado a que pertenecen, los asuntos privados, por una necesidad inversa, volverán maquinalmente a manos de los particulares. Cada día que pase, el Estado tendrá menos interés en retenerlos en sus manos, porque tendrá cosas más importantes que hacer y un interés grande en desentenderse de ellos[2]. Según la máxima romana, *de minimis non curabit.*

16. Tal resultado se alcanzará en la simple hipótesis de una restricción del parlamentarismo por el solo hecho de un mayor desarrollo de las funciones normales del Estado, pero este desarrollo podrá ser proseguido sistemáticamente. Este es el programa de una monarquía descentralizada. Para asegurarse mejor la gestión de los intereses superiores, tiene buen cuidado de no conservar entre sus manos más que la dirección de éstos. La diplomacia, los ejércitos de tierra y mar, y, en un grado menor, la organización general de la Hacienda, dependerán de ella por medio de mecanismos rigurosos y directos. Todo lo demás—clero y Universidad, municipios, distritos y provincias, Beneficencia pública y sociedades jurídicas—gozará de autonomía. Respecto a estos puntos no se reservará más que un derecho de vigilancia, alta policía, arbitraje y magistratura suprema. Los grupos locales o profesionales, las aso-

2. Recuérdese, para lo referente al mecanismo de estas necesidades, la respuesta a M. Charles Le Goffic.

ciaciones confesionales, las ciudades y comarcas, serán otras tantas organizaciones espontáneas que se administren a sí mismas, coordinadas desde la cima por el poder real.

17. Me echa en cara M. Ledrain el que yo haya abogado antaño por la entrega de la soberanía a estas organizaciones. Guardaríame yo muy bien de retirar o atenuar nada de lo dicho. El concepto de soberanía no excluye la limitación. Mientras los ciudadanos no hayan recobrado el hábito de ocuparse de los asuntos que les son propios, el poder central velará por el buen funcionamiento de estas autonomías soberanas. Por lo tanto, habrá de defenderlas, en contra de ellas mismas, de los peligros de la usurpación y mostrarles, siempre que venga a cuento, que, si bien son reinas *en su orden de cosas peculiar*, no son nada fuera de él.

La autonomía provincial es posible a condición de no aplicarse más que a los asuntos propios de la provincia. Las franquicias de una gran colectividad religiosa o sabia no valen más que dentro del orden científico o religioso.

Dirá M. Ledrain que estas fronteras son dificilísimas de marcar, y es verdad. Ningún texto legal las trazaría explícitamente. Hace falta para ello un poder viviente, un árbitro consciente, responsable y nominal; un rey, en suma. Sin un rey, nunca habrá en Francia libertad de asociación, puesto que no hay ningún medio legislativo para señalar el momento en que una asociación, por el poder adquirido o por la dirección que emprenda, se convierte en una amenaza para el poder público. Es verdad que cualquiera de ellas puede acaparar este poder, como ha ocurrido entre nosotros con la francmasonería, pero entonces la asociación dominante querría tener el dominio ella sola aniquilaría a todas sus competidoras. Un poder real, capaz de reducirlas a sus propios límites siempre que haga falta, puede, por el contrario, aceptarlas todas a discreción.

Sub rege, res publica, dice una antigua máxima del derecho francés. El rey es el árbitro, el jefe, el protector de las *repúblicas* yuxtapuestas, conjugadas, mezcladas, compenetradas en la complejidad del *reino* de Francia, por toda la extensión del *imperio* francés. (El nuevo régimen será sintético: hará suyo y empleará todo el vocabulario político de nuestro tiempo dando a cada término una acepción definida.)

18. Este es el bien de que las colectividades de toda clase—repitámoslo: las repúblicas—serán deudoras al rey, sólo al rey. Y, a su vez, estas repúblicas librarán al rey de una serie de obligaciones y cuidados, de modo que él pueda ocuparse con más libertad de dirigir los intereses generales de la nación.

¿Cuál será el provecho de los particulares en este nuevo orden de cosas? El reparto más racional del trabajo civil y político (las funciones del Estado, para el Estado; las funciones secundarias, para las organizaciones secundarias) aumentará necesariamente el bienestar de la comunidad y, por tanto, de los ciudadanos. Esto es de toda evidencia. Lo que hay que poner de relieve es que el ciudadano recobraría, por fin, su realidad política. Del vago sujeto administrado, saldría, al fin, el ciudadano verdadero. El Estado central estaría tan alejado de él como puede estarlo de un ciudadano americano. Sus molestias actuales disminuirían: por este lado, habría conquistado una suma considerable de libertad negativa.

Además, y esto sería ya libertad positiva, el poder de cada ciudadano aumentaría según la importancia de los Cuerpos y colectividades en que participase. Ya he tenido ocasión de afirmarlo, pero necesito repetirlo: el espíritu de Cuerpo es la más firme y la más invulnerable de las defensas ciudadanas. Un príncipe puede tropezar con él una vez y por excepción: en la generalidad infinita de los casos corrientes, norma de la vida política, el príncipe evita el molestar y descontentar esta clase de personalidades colectivas. Lo exige su propio interés. Cualquier atentado a las franquicias de una colectividad es sufrido por tan gran número de gentes y puede provocar rencores tan extendidos, que es mejor para un príncipe no exponerse a ello.

19. El ejercicio de la libertad política, tal como se practica hoy, tiene algo de absurdo y hasta de triste. El ciudadano vota sobre cuestiones alejadísimas de él, que él ignora y que le dejan indiferente: jamás los acontecimientos muy generales en que colabora tienen huellas de su colaboración. Ya puede decírsele que todo depende de él, que él puede comprobar a diario que no depende nada. Podrá votar sobre la paz y la guerra, la diplomacia y la religión, la alta legislación finan-

ciera, el libre cambio o el proteccionismo, pero sabe perfectamente que, en realidad, nada de todo esto depende de él; de lo que, además, si es discreto, se felicita íntimamente.

Con todo, el régimen de la República parlamentaria y centralizada supone un caso en que el ciudadano puede obtener garantías contra el Estado: es cuando el ciudadano se hace agente electoral y cliente regular de alguna potencia electiva. Mas tal modo de clientela es una triste esclavitud. El hombre deja en ella de ser dueño de sí mismo. Todo servicio que recibe presupone una cantidad de servicios que él ha prestado a su vez y que no puede ni confesar, porque han sido hechos a expensas de su libertad y de su dignidad. Algún estadístico debería calcular la perturbación que esta forma de vida política causa necesariamente en la vida económica de una nación; ¡cuánto esfuerzo perdido, qué cantidad de útiles energías dispersada!

20. Si el ejercicio de las libertades civiles, bien sean locales o profesionales, tiene, por el contrario, como campo de acción una esfera reducida, familiar, todos pueden en ella dar a conocer sus aspiraciones, fijar sus preferencias, insertar algo de su vida y de su pensamiento. El ciudadano puede sentirse elemento activo de la vida de la ciudad. Su poder es concreto, lo emplea, siente su empleo, ve sus efectos.

Razón por la que, en la Monarquía descentralizada, basta con ser de una ciudad, de una provincia, de un gremio, para disfrutar, por tres o cuatro conceptos diferentes, de las garantías más sólidas contra los excesos del poder.

21. No hay que decir que ciudades, provincias, asociaciones, todas estas soberanías, son representativas. Sus Consejos, que se eligen (y es de sobra sabido cómo la elección profesional da resultados superiores a los de la elección política), son, de este modo, Consejos soberanos. Constituyen verdaderos senados especializados o locales. Digámoslo exactamente: son unos "Estados", no generales, sino particulares, como la antigua Francia los ha conocido, en tan gran número.

¿Quién no echa de ver que, como el valor de cada uno de estos Estados es técnico y definido, será fortísimo en lo suyo y para la defensa de los suyos? ¿Quién no comprenderá que esta fuerza, por ser concreta y técnica, será torpísima y, por

lo tanto, débil para cuanto se salga de lo suyo y se inmiscuya en la dirección general de la nación?

22. Sin duda, M. Eugène Ledrain habrá comprendido, por esta exposición, que él mismo me invitaba a desarrollar, que la mayor parte de sus objeciones quedan ya resueltas en ella. Vea cómo la palabra "descentralización" no tiene únicamente un sentido territorial. Asimismo, para hacer la descentralización religiosa, no hace falta establecer tantas sectas como cantones: basta con substituir la tutela administrativa impuesta a las Iglesias con una simple vigilancia. Y se descentralizan las costumbres al procurar la reducción del número y de la importancia de los funcionarios, cuando se acostumbra a los ciudadanos a no confiar para todo en el Estado y cuando, en fin, se substituye, en la medida de lo posible, la administración mecánica con una administración espontánea.

23. M. Ledrain advertirá asimismo que no hay la menor sombra de oposición entre una fuerte autoridad real y las autoridades secundarias surgidas en todas partes por obra de la descentralización, ya que estos dos órdenes de autoridad no tienen ni la misma competencia ni los mismos puntos de aplicación. Adáptanse, por el contrario, a dos series de objetivos muy distintos. Digo una vez más que el rey, para resolver soberanamente todos los casos de verdadera competencia real, tendrá gran interés en respetar, y hasta diría en multiplicar, todos los casos especiales que no reclamen necesariamente su autoridad. Y, a la recíproca, no será pequeño el interés que el ciudadano tenga en respetar el fuero real para ser respetado, a su vez, en su fuero civil.

24. No habrá "desmenuzamiento", ya que el rey seguirá siendo jefe de un ejército centralizado y de todos los grandes servicios nacionales. Además, como ninguna de las pequeñas repúblicas locales o profesionales formará un círculo cerrado, cada una de estas organizaciones penetrará, en cierto modo, en las vecinas, cada ciudadano pertenecerá a agrupaciones muy diversas.

25. ¿Cuál sería la función de la Monarquía? M. Ledrain se ha figurado meterme en un atolladero al alegar esa "ley histórica" de que los órganos desaparecen al acabar su cometido. La Monarquía—dice—ha terminado "su obra magnífica": ha hecho

a Francia; no tiene ya ninguna razón de ser; hoy, su presencia sería incomprensible.

Muchas cosas tendría yo que preguntar a M. Ledrain. En primer lugar, ¿qué entiende él por terminación de Francia? ¿Estaba Francia tan terminada como todo esto en 1789? ¿Está terminada hoy? Yo veo más allá de nuestras fronteras no pocas poblaciones de lengua y de civilización francesas que una política continuada y discreta, una política de audacia y de contemporización a lo Capeto, podría, andando el tiempo, agregar a nuestro dominio político. Y hasta veo, en las márgenes del Rin, más de una Marca germánica cuya anexión progresiva y lenta transformación en Marcas francesas tendrían asimismo su utilidad.

Francia parece terminada en el momento de caer la Monarquía, porque, en efecto, una vez desaparecida ésta, Francia ha dejado de crecer y de perfilarse. Pero habría que saber si la Monarquía ha desaparecido porque Francia no tenía que crecer más o si a Francia le han faltado los medios de crecimiento al faltarle la Monarquía. Resuelto como estoy a eliminar de mi concepción de la Historia todo misticismo, confieso que no comprendo nada de la primera explicación, la explicación de M. Ledrain. Nadie puede saber lo que hubiera ocurrido si la fuerte Casa de Francia hubiese continuado velando sobre nuestras transformaciones históricas, pero parece bastante probable que la misma causa engendrara los mismos efectos. Efectos de grandeza y gloria. Efectos de un sabio y continuado desenvolvimiento.

Escribe M. Ledrain: "Todavía en el ocaso de la Monarquía, entre las vergüenzas del reinado de Luis XV, añadíase al manto del territorio un trozo que faltaba: la Lorena." Yo pregunto a M. Ledrain si por ventura no le falta algo hoy a nuestra Lorena.

Le pregunto también, si, en el interior, la Francia tan bien arquitecturada por los Capetos no empieza a descomponerse desde su caída. Unificada y todo, ¿acaso no se desune un poco cada día? Hemos visto la extrema centralización destruyendo todas las pequeñas unidades locales y morales que componen a Francia y substituyendo a nuestros ciudadanos con simples administrados. Pero la misma Administración vese corroída por

las ingerencias del parlamentarismo, que, para que no falte nada, introduce en el Estado político propiamente dicho la inestabilidad, la irresponsabilidad, la división y la anarquía. El régimen republicano democrático, generador y nutridor de cien querellas intestinas, ha destruído la unidad moral del país. ¡Mientras un Consejo socialista internacional, integrado por proletarios alemanes y belgas, establece su autoridad sobre el proletariado francés, la *capitis diminutio* del mundo militar, la debilitación progresiva y sistemática de nuestro Ejército, abren nuestras fronteras a las organizaciones militares del extranjero!

26. Tras la guerra de América, el mediocre y desventurado Luis XVI legaba a la Revolución acaso el más florido de los ejércitos franceses que fueron jamás. En cambio, frente a Inglaterra (la antigua rival de sus predecesores), o frente a Italia y Alemania (nuevas potencias instauradas o soportadas por la democracia revolucionaria), ¿qué ejército, qué situación, qué Francia, en una palabra, encontrará Felipe VIII cuando venga y haga el triste inventario de lo que le hayan legado nuestras revoluciones? M. Eugène Ledrain gusta de una discreta jovialidad, pero yo le ruego que no bromee ahora. No me pregunte más en qué consistirá la función del órgano monárquico restaurado: no será tarea lo que falte. Económica, diplomática y militarmente, tendrá demasiadas cosas que hacer, porque, en los tres aspectos, tendrá, piedra a piedra, que reconstruir una Francia.

Post scriptum.—La carta de M. Ledrain y mi contestación, que acaba de leerse, aparecieron en la *Gazette de France* los días 5 y 6 de octubre de 1900; M. Ledrain replicó en *L'Éclair* del 15 de octubre siguiente. Bastará, para hacerse una idea de la parte política de su artículo, tan espiritual y cortés como el anterior, con el párrafo siguiente:

> "Mas, cualesquiera que sean mis sentimientos hacia M. Maurras, no le sorprenderé al decirle que su respuesta no me ha convencido. Creo que podríamos estar luchando eternamente uno contra otro sin convencernos jamás."

De modo que M. Ledrain ha seguido en su puesto. Yo me

mantengo igualmente en el mío, partidario de la Monarquía y deseoso de que sea autoritaria cuando las necesidades del tiempo exigen autoridad. ¿Y hace falta la autoridad en los días que corremos? Esta cuestión previa es lo que cabe discutir. Pero, si se contesta afirmativamente, tengo razón yo; si negativamente, ¿será difícil demostrar a quien tal haga, que se equivoca?

OPINIÓN DE M. SULLY PRUDHHOMME

MIEMBRO DE LA ACADEMIA FRANCESA

La *Crónica de los libros* [1], nueva revista de bibliografía general, da a conocer la opinión que a M. Sully Prudhomme, miembro de la Academia Francesa y del Consejo de la Orden de la Legión de Honor, ha merecido la *Encuesta sobre la Monarquía.* Y ha sido M. Édouard Champion, hijo segundo del conocido editor del mismo apellido, quien ha recogido las palabras de M. Sully.

Con sus diecisiete años, su rostro bermejo y los mechones de pelo claro que levantan el reborde de su puntiagudo fieltro, M. Édouard Champion no vacila ante nada. Sería capaz de afrontar el Universo entero. Intrépidamente, ha presentado al poeta solitario de Châtenay, su vecino de campo, una lista de preguntas sobre todas las cuestiones de que hoy se habla, desde la reforma de la ortografía hasta las reglas de la moral y de la prosodia. Tiernamente querido por el autor de *Justice* y de *Bonheur*, no lo ha dejado en paz sin que le diera sobre cada punto consultado, ya una respuesta positiva, ya una categórica negativa de mayores explicaciones. Pero el hábil ingenio de M. Édouard Champion no se ha contentado con las respuestas; se ha empeñado en que fueran garantizadas, y, dócil a la omnipotencia juvenil, M. Sully Prudhomme ha dado en los siguientes términos el vistobueno y el *imprimatur* que se le pedía.

1. Jacques de Nouvion, director.

Châtenay, 30 setiembre.

Mi querido Eduardo:

Con vivo interés y no poca confusión he leído el elogioso resumen que usted ha hecho de nuestras conversaciones. El lector sabrá distinguir las vivacidades y las sorpresas de un diálogo íntimo. Por lo demás, nada tengo que rectificar de su artículo; tan sólo hubiese querido poder hilvanar mejor estas palabras lanzadas al azar de la improvisación.

Muchas gracias y un cordial apretón de manos.

SULLY PRUDHOMME

El hecho de que un joven bachiller, uno de los ingenios más vivos y precoces de su generación, al hablar con un maestro del arte poética, se haya acordado de pedirle su parecer sobre la fuerza de la teoría monárquica, es algo que no puede dejar de ser para nosotros un gran motivo de confianza. Por lo menos, es un claro indicio de la próxima orientación del espíritu público. Recibamos como a mensajeros de la esperanza a estos nuevos colaboradores cuyos diecisiete años están en sazón para seguir y rodear a un príncipe de treinta.

En cuanto a los juicios de M. Sully Prudhomme, no creo que haya que entretenerse en ponderar el alto valor que encierran. Cualquiera que sea el sentido en que se pronuncie, todo el mundo habrá de escucharlo con respeto. M. Sully Prudhomme figura, por sus méritos propios, en el gran Consejo del pensamiento contemporáneo. No es un simple tañedor de laúd. Y su poesía, a la que debemos hermosísimos ejemplos del lamento desesperado y tierno (reléase el inmortal suspiro de la *Agonía*), ha reflejado asimismo todo cuanto el espanto y la curiosidad del espíritu humano hacen concebir sobre los misterios de la tierra o del cielo. Antes de ser poeta, y para alimentar el vigor de su poesía, M. Sully Prudhomme ha querido someterse a los métodos de la ciencia y se ha hecho matemático, físico, moralista y sociólogo. Ha estudiado la historia de las conjeturas y de las doctrinas. Su obra poética, tan cara a las inteligencias meditativas, siente los efectos de tal profusión de estudios. En ellos han ganado su lenguaje y su estilo una precisión a menudo maravillosa. Sólo M. Sully Prudhomme

es capaz de encerrar en un cuarteto el más abstruso argumento de filosofía escolástica:

> Anselmo, tu fe tiembla y tu razón la asiste.
> Toda perfección en tu Dios se concibe;
> la existencia lo es; preciso es, pues, que exista.
> Concebirlo perfecto, es exigir que sea [1].

No atribuyo, ciertamente, ningún mérito particular a esta poesía por definir rigurosamente, ya sea el argumento ontológico, ya el mecanismo de la aerostación. Pero el que tenga tal grado de exactitud, es prueba evidente de la inteligencia y del gran saber del poeta. Un príncipe sacaría provecho de consultarlo. El vulgo debe escucharlo religiosamente. Para mí es un grato deber el entresacar de su conversación con M. Édouard Champion todo lo que se refiere a la *Encuesta sobre la Monarquía.*

... ...

Por naturaleza, el hombre es un animal político.

ARISTÓTELES

Como veo encima de la mesa cargada de libros la *Encuesta sobre la Monarquía* de Charles Maurras, interrogo a M. Sully Prudhomme: ¿Cuál es, a punto fijo, el interés de una cuestión política para quien ha sabido construirse una filosofía de la Historia?

"¿No es acaso la Historia la más decepcionadora de las ciencias? Es la más humana, aquella en que nuestra personalidad toma mayor parte. La Historia escapa a la medida: las experiencias nada prueban, porque las condiciones en que cada una se realiza son siempre contingentes, susceptibles siempre de cambio. Si hay un elemento seguro, es el que el hombre lleva consigo, y estas son las condiciones psicológicas de la Historia."

M. Sully Prudhomme se susbtrae, pues, a las cuestiones prácticas. Conténtase con confesar que es descentralizador. Y descentralizador, ¿cómo? Confiesa que no lo sabe. Y el poeta levanta un altar respetuoso a la Buena Suerte.

1. *Le Bonheur.*

Por lo que hace al conjunto de las doctrinas políticas, me remite a su prefacio de la *Biblia de la Humanidad* de Michelet; además, antaño había escrito un volumen entero sobre la *Posesión del hombre por el hombre*, cuyo manuscrito se ha perdido:

"Puede considerarse al hombre—dice—desde dos puntos de vista muy distintos. Considéralo la ciencia como un ser determinado al mismo título que los animales y las plantas: en el hombre ve unos órganos múltiples, adecuados a diversas funciones y que tienen, entre sí, sumisiones recíprocas *para el mayor bien y el desenvolvimiento del individuo. Esta concepción realista, que es la de la ciencia, es, en política, propiamente monárquica: es la sumisión del humilde al superior, de lo que vale menos a lo que vale más, la sumisión de los órganos a una cabeza, un cerebro. Positivismo y monarquismo son doctrinas paralelas. Esto es obvio.*"

Pero M. Sully Prudhomme añade—y estas son sus propias palabras:

"*Por mi gusto, yo preferiría, ciertamente, el dejar a otros la preocupación de los asuntos públicos y poder confiar mi libertad a unos sabios.* Desgraciadamente, la aristocracia, *que nuestra historia parece haber designado para libertar a los soñadores de las tareas políticas,* traiciona su misión. Ha empleado su ascendiente en someterse a aquellos cuyo trabajo y cuya paz tenía la misión de proteger. El sufragio universal es la revancha de los *burlados contra el abuso;* pero no por ello es menos peligroso."

Resume aquí M. Sully Prudhomme su teoría de la posesión del hombre por el hombre, es decir, de unas voluntades por otras, ya sea por medio de la violencia, que vicia el consentimiento por la alternativa de ceder o de morir, sea por el ascendiente que subyuga la voluntad, sea por el contrato libremente discutido, sea por el amor que seduce.

M. Sully Prudhomme afirma la realidad de estos principios. Lamenta no poder escribir algún día la historia de la civilización (una historia que él concibe parecida a la de la libertad por A. Chalamel) y me presenta, como un ejemplo, y en singular recorrido, el mundo de la fuerza y de los instintos que personifica el bárbaro; al galorromano que conserva los principios del derecho; la Iglesia dominando por el amor, y, en fin, la aparición de la ascendencia del monarca. Después, la revuelta del pueblo, que hace, contra el poder de la ascendencia, la Revolución.

Añade M. Sully Prudhomme que, en virtud de nuestro temperamento y nuestra educación, nos inclinamos naturalmente a ampliar cualquiera que sea de estas categorías. Filósofo, sabe perfectamente en qué sitio y dentro de qué orden clasificará tal o cual

doctrina, y esto le basta: M. Sully Prudhomme no tenía ninguna necesidad de hacer exámenes de conciencia política.

... ...

ÉDOUARD CHAMPION

Ya hemos visto cómo M. Édouard Champion ha hecho autentificar esta conversación; pero, en verdad, no hacía ninguna falta. Las líneas que acabamos de leer llevan en sí mismas la prueba: tienen el sello de ese giro familiar, de ese abandono, propios de los poetas y de los sabios. Sin duda, los lectores habrán recogido un rasgo de negligencia platónica que resalta al comienzo del quinto párrafo. Afirma en él M. Sully Prudhomme que el hombre puede ser considerado bajo dos aspectos distintos, y en seguida declara el primero de ellos, pero se olvida del segundo... No es más que un pequeño olvido, y no hubiera habido cosa más fácil que completar el pensamiento del preguntado. Tras haber contemplado al hombre desde el punto de vista de la ciencia, M. Sully Prudhomme le hubiera, sin duda, contemplado desde el de la moralidad, de continuar el orden lógico de su discurso.

—El hombre (hubiera dicho) no es tan sólo el esclavo de las leyes del mundo, sino que, en cierta manera, es, al mismo tiempo, su dios. Este dios, atrincherado en el cielo interior de su conciencia, dispone de una incoercible e inviolable majestad. Nadie es capaz de manderle, ni él es capaz de obedecer a nadie. "No llaméis a nadie vuestro dueño, porque no tenéis más que un solo dueño, que está en los cielos." El protestantismo, Rousseau y Kant y la Revolución francesa han aplicado a la política estas palabras de San Mateo.

De este modo hubiera hablado M. Sully Prudhomme. Al no atribuirle palabras semejantes, M. Champion ha querido respetar la exactitud histórica de la conversación por él relatada. Y, de este modo, no sólo ha conservado todo el sabor de la misma, sino que ha librado al poeta que le es caro de una ré-
petar la exactitud histórica de la conversación por él relatada.
to, con argüirle que el orden de la política y el orden de la conciencia son cosas distintas. La conciencia humana persigue fines espirituales, tiende a la salvación individual. La política,

limitada a lo temporal, busca la vida próspera de la comunidad; determina las condiciones generales del bien público en las agrupaciones naturales formadas por los hombres. Depende, pues, como estos mismos grupos, de un conjunto de leyes naturales. Presupuestas, pues, estas leyes, que ella se esfuerza en discernir y formular con toda la claridad de la ciencia, traza e ilumina el camino de los políticos, casi del mismo modo como la fisiología, la patología y la terapéutica inspiran y dirigen la acción de los médicos.

Esto, por lo que hace al segundo aspecto del hombre. En cuanto al primero, sobre el que se ha expresado con términos precisos, M. Sully Prudhomme no vacila en reconocer que el sistema monárquico es, evidentemente, el que la ciencia aconseja como mejor, único. Este republicano, este gran dignatario de la República, llega al punto de dejar sentada sin reservas ni reticencias la verdad que había dejado sentada antes que él, en una carta inolvidable, su compañero de Academia Francesa, el monárquico M. Paul Bourget. *Para el mayor bien y el desenvolvimiento del individuo,* el monarquismo viene propuesto, aconsejado y hasta impuesto por *la ciencia.*

¿Hace falta confrontar ambos textos?

M. SULLY PRUDHOMME	M. PAUL BOURGET
...Esta concepción realista, que es la de la ciencia, es, en política, propiamente monárquica. ...Es la sumisión del humilde al superior, de lo que vale menos a lo que vale más, la sumisión de los órganos a una cabeza, un cerebro. Positivismo y monarquismo son doctrinas paralelas. Esto es obvio.	...La solución monárquica es la única en armonía con las enseñanzas más recientes de la ciencia. ...Todas las hipótesis en que se ha basado la Revolución resultan absolutamente opuestas a las condiciones que nuestra filosofía de la naturaleza, basada en la experiencia, nos señala hoy como las leyes más probables del bien público.

¡Afortunada y aleccionadora concordancia! Se la brindo a M. Arthur Ranc para sus reflexiones.

Según M. Paul Bourget, el monarquismo se corresponde con las leyes más probables del bien público. Según M. Sully Prudhomme, el monarquismo aplica la ley de las recíprocas sumisiones "para el mayor bien y el desenvolvimiento del individuo". M. Sully Prudhomme parece, pues, más partidario todavía de la teoría monárquica que M. Paul Bourget. Para M. Bourget, es la nación; para M. Sully Prudhomme, es cada uno de los individuos—elementos de la nación—, quien, en última instancia, se beneficiaría con la institución monárquica. ¿Habla sólo en teoría? Pues también M. Bourget habla teóricamente. El que, en teoría, un monárquico y un republicano, discurriendo en el terreno de la razón, de la ciencia y de la inteligencia, coincidan tan por completo en condenar la democracia, el sistema electivo y la República; que el teórico de procedencia republicana hasta parezca pujar sobre el teórico monárquico, es un hecho de gran importancia; es un hecho (dejo la palabra a M. Bourget) *tan preñado de consecuencias como antaño lo fué la concordancia de la forma republicana con la filosofía de Rousseau.*

Ruego a los lectores y, con ellos, a todos nuestros amigos, y hasta a nuestros enemigos, que mediten seriamente sobre las consecuencias de este gran hecho: M. Paul Bourget, en virtud de la historia natural y de la historia política, M. Sully Prudhomme, en razón de la historia natural y de la economía política [1], desembocan en el resultado de coincidir científicamente, es decir, sin intervención de su voluntad, por la pura necesidad de la evidencia, por el solo método del libre raciocinio.

Cierto ¡es un gran hecho, rico en preciosas verdades, ricas ellas, a su vez, de una infinidad de otros hechos nuevos! ¿Qué es, comparada a esto, la decadencia de algunas familias de aristócratas judaizados o de nobles náufragos en la gota de agua del parlamentarismo? Esta aristocracia que, según la dura expresión del poeta, "ha traicionado su misión", no tiene ser real. Lo único que hay que hacer con ella es negarla. En torno al

1. Notad las curiosas palabras: "Dejar a otros la preocupación de los asuntos públicos", "poder confiar la propia libertad a unos sabios, libertar al soñador de la tarea política". Ya que no me ha sido posible comentarlas, quiero siquiera indicar que demuestran cómo M. Sully Prudhomme se da cuenta de las deducciones políticas que hay que sacar del principio económico de la división del trabajo.

jefe de la dinastía Capeta, no viven ni vivirán más que las familias que han sabido mantenerse fieles a los mandatos de su tradición y de su función. La justicia del rey, invocada por el pueblo, sabrá liberarnos de los nuevos salteadores feudales, llámense parlamentarios o judíos.

CARTA DE M. COPIN-ALBANCELLI

Monsieur Copin-Albancelli, director de *A bas les tyrans* [1], realiza desde hace mucho tiempo la más vivaz y valiente campaña contra la Francmasonería. Conoce perfectamente a los tiranos, puesto que ha cruzado por las logias y ha podido sorprender algunos secretos de la conspiración europea y planetaria organizada en contra del Catolicismo y de Francia. Como él suele decir, ha comprobado *de visu* "la suplantación del poder político francés por el poder francmasónico cosmopolita" y ha apreciado el mecanismo que ha hecho posible esta suplantación.

Lo insólito es que M. Copin-Albancelli se ha decidido a decir y escribir en público lo que sabía atreviéndose a violar el temible juramento con que se había ligado el día de su iniciación. Pocos son los que han tenido este patriótico valor. El temor cierra algunas bocas y otras permanecen cerradas por el más inocente de los escrúpulos, y, so pretexto de honor y de deber, son infieles a su honor de patriotas y a su deber de franceses. En las condiciones en que se presta, el juramento masónico no obliga a ninguna conciencia, pero, para sentir cabalmente que es nulo, hace falta un espíritu penetrante y un carácter muy firme.

"No lamento más que una cosa—dice M. Copin-Albancelli— y es el no tener un millón más de cosas que decir sobre la francmasonería que lo que he dicho y lo que me queda por decir todavía. Por mi país ultrajado y traicionado por ella, no dudaría ni un segundo en traicionar todos los secretos que ella

1. *Abajo los tiranos*. Hoy, *La Bastilla antimasónica*. (Nota de 1909.)

me hubiese confiado, aunque, no una vez, sino cien, tuviera que costarme la cabeza."

M. Copin-Albancelli no esperó a las convulsiones del "affaire" Dreyfus para procurar poner en guardia a sus compatriotas; dos años antes de la condenación del traidor y cinco antes de la campaña del partido de la traición, M. Copin-Albancelli publicaba en la Librería Académica su obra sobre *La cuestión religiosa y la francmasonería*. Pero, en los períodos de relativa calma, los avisos de los prudentes caen en el vacío; nadie quiere escucharlos. Hicieron falta estos tres años de guerra civil en pequeño para que algunos franceses de las categorías más selectas empezaran a abrir los ojos. Un tributo de justicia hay que rendir a M. Jules Lemaître: apenas hubo conocido la francmasonería, ésta despertó su curiosidad, su inquietud, y en seguida su indignación patriótica. Informado por el mismo M. Copin-Albancelli y por su amigo M. Louis Dasté, codirector de *A bas les tyrans*, M. Lemaître comenzó aquella bella serie de artículos que provocó tan cómicos furores y que revelaban a todo el mundo lo que no conocía más que un pequeño grupo escogido: baterías y contactos secretos, santos y señas, marañas y maldades de la secta.

¿Quién hubiera podido pensar que M. Jules Lemaître iba a ser el sucesor, el propagandista y el continuador de Claudio Jannet? Pero todo es posible, y los escépticos, los faltos de aliento, los que lo quitan a los otros, no son más que imaginaciones perezosas o malos observadores, incapaces de advertir los cambios profundos que a su alrededor se operan. En cambio, quienes desde hace diez años han visto cambiar tantas cosas y trastornarse tantas relaciones y han adquirido la costumbre de reflexionar sobre estos enormes vaivenes, están prontos a atreverse a todo, ya que ningún designio les parece excesivo. Tienen el sentimiento de las posibilidades infinitas. Yo quisiera que M. Copin-Albancelli comunicara este sentimiento a M. Jules Lemaître, ya que él está lleno del mismo, como puede advertirse en el acento y el fondo de su carta.

Carta admirable, permítame que se lo diga. Sabíamos ya que M. Copin-Albancelli era un polemista consumado, un historiador de notable malicia y vivamente jocundo en la descripción de las trastiendas y los dobles fondos. En su carta se re-

vela filósofo y político tan clarividente como sincero. Con todo, he estado a punto de pedir a Copin-Albancelli una ligera modificación de los términos de una frase del párrafo vigésimo de su hermosa carta. Mejor pensado, no lo hice, porque importa que los monárquicos sepan por qué ignominiosos procedimientos la superstición republicana se defiende de la verdad monárquica. Ya nos había advertido M. Lucien Moreau, en su conferencia de marzo último en la *Asociación nacionalista de la juventud*, de las calumnias, groseras pero habilidosas, que se trata de hacer circular contra el jefe de la Casa de Francia; la *Gazette de France* reprodujo esta conferencia tan instructiva y, en los primeros días de nuestra *Encuesta*, publicó también unas líneas de la importante carta que me había dirigido, acerca del mismo tema, uno de los espíritus más ilustres de nuestro tiempo, al cual pido me autorice a recordar aquí estas palabras:

> Vuelvo a abrir mi carta para felicitar a usted por los comienzos de la *Encuesta*. ¡Esto es alta política! Nunca se sabrá lo que fué el conde de París y qué rey hubiera sido. La frase sobre Thiers es la misma justicia. El príncipe no tuvo tantos adversarios más que a causa de su superioridad. *Se le calumnió sistemáticamente, como se calumnia hoy al duque de Orleans,* como se calumnió a Luis XVI, después a Luis XVIII, después a Carlos X y después al conde de Chambord.
>
> *No hemos defendido lo bastante a nuestros príncipes. Usted lo hace, y hace usted muy bien.*

M. Copin-Albancelli tiene un juicio demasiado independiente y un corazón demasiado puesto en su sitio para que, a cuenta de su carta, emprenda yo una defensa del señor duque de Orleans. Él mismo dice que desconfía de las mentirosas leyendas: reflexione sobre la historia pública de aquél y ella bastará para hacerle advertir hasta la saciedad a qué punto son insensatas las dos o tres calumnias en circulación.

Mi querido Maurras:

En el número de *L'Action Française* del 1.° de junio pasado invitaba yo a Vaugeois a emprender, tras su encuesta sobre el protestantismo, otra encuesta sobre la orientación política que necesitamos.

Todos estamos de acuerdo—le decía—en que hay algo que hacer por Francia, pero ¿en qué ha de consistir? Aquí el acuerdo acaba. Y, no obstante, menester es que nos entendamos... o perecemos.

"¿Qué tal estaría, pues, que empleáramos el recurso de que se echa mano cuando el médico habitual de un enfermo ha llegado al límite de cuantó puede hacer? ¿Qué tal estaría el llamar a varios doctores a consulta?

"Puesto que es preciso hacer algo y que no nos entendemos sobre este *algo,* hay que invitar a cierto número de escritores políticos y de pensadores a que digan su opinión y, sobre todo, las razones en que la fundan."

Lo que a mí me parecía útil se lo ha parecido a usted también, pero usted no se ha contentado con pensarlo, sino que ha puesto manos a la obra con la iniciativa de esta *Encuesta,* en la que yo me contenté con pensar durante unas horas [1].

Guiado por sus convicciones, le ha señalado usted como último objetivo la política de la Monarquía. Le felicito por ello, si bien yo todavía sigo siendo republicano. Porque, de hecho, la política monárquica es hoy algo completamente desconocido de la nación. Y, si se quiere que la nación escoja, hace falta que antes conozca lo que ha de escoger.

Nuestros jacobinos exclamarán: No tiene que escoger nada. La nación está ya poseída por nuestra República y debe someterse a esta posesión.

Pero, si no nos dejamos impresionar por los alaridos de los jacobinos y miramos las cosas tal como son, advertiremos que tiende a precisarse cada día más un pensamiento, obscuro aún, en el espíritu de un cierto número de aquellos que, abrigando un real y sincero deseo de mantenerse republicanos, quieren, no obstante, *ante todo,* mantenerse buenos franceses.

A consecuencia de la abominable manera como han sido dirigidos, desde hace veinticinco años, los asuntos públicos por los *gigolos* políticos, que, so color de gobernar la República, no pensaban más que en que ella los mantuviera, está a punto de producirse un hecho de considerable importancia. Desde hoy, en la conciencia de un gran número de excelentes republicanos está planteada una lucha que pone frente a frente su republicanismo y su patriotismo, ya que éste se ve obligado a rebelarse contra aquél, de tal

1. He de decir que mi amigo Henri Vaugeois no me dió a conocer nunca este deseo de M. Copin-Albancelli. Ya se ha visto en el prefacio cómo la idea de la *Encuesta sobre la Monarquía* me fué sugerida por M. Janicot, director de la *Gazette de France;* en el preámbulo del Apéndice III se verá cuál fué el primer germen de esta idea.

suerte que todo viene a estar sujeto a discusión en el fondo de cada uno de ellos, no por deliberada voluntad de ellos mismos, sino—lo que es más grave—en virtud del instinto de conservación nacional que en ellos habla. Y, al decir que todo viene a estar sujeto a revisión en su espíritu, quiero decir: hasta la forma de gobierno.

Su magistral encuesta sobre la Monarquía y las impresionantes consultas de los señores André Buffet y de Lur-Saluces vienen, pues, en momento oportuno.

¿Quiere esto decir que estemos nosotros cerca de prestar nuestra adhesión al sistema de Monarquía nacional que sueña usted con sus amigos? Hasta ahora, no. Pero ¿qué prueba esto? Sencillamente, que acaso tiene usted que reforzar más, que completar aún, su argumentación y sus alegatos.

Por mi parte, hay ciertos puntos que me gustaría verle profundizar.

Veo con claridad, por ejemplo, que la Monarquía es el gobierno más capaz de luchar con éxito contra los males que actualmente nos corroen, males nacidos por obra y gracia del sistema republicano parlamentario y de que, por una consecuencia natural, este sistema es incapaz de defendernos. Dichos males son: el judío, el francmasón, el exceso de centralización, el fanatismo y la dictadura de la ignorancia instaurada por ese dogma imbécil de la igualdad, que, en razón de su propia imbecilidad, no ha sido capaz de producir hasta ahora más que el odio de unos ciudadanos contra otros.

Pero son posibles otros males que actualmente no padecemos y que vendrían naturalmente con una Monarquía. Por ejemplo, éste: un mal rey.

¿Qué garantía nos ofrece su sistema contra esta plaga de las monarquías: el mal rey?

Me contestará usted que, como el interés del rey es el mismo de la nación, el rey se verá obligado siempre a servir a ésta, toda vez que este será el único modo que tenga de servir su personal interés.

Con todo, usted no ignora que no pocas gentes, ya sea por pasión, ya por torpeza, yerran sobre sus verdaderos intereses y los sirven pésimamente. Su rey puede ser uno de estos.

Así como hoy son ciertos republicanos quienes están matando la República, fueron los reyes quienes mataron la Monarquía; y el primero de sus matadores, Luis XIV, fué, al mismo tiempo, un gran monarca. Lo que ocurrió una vez, puede repetirse. Se lo pregunto una vez más: ¿qué garantías defensivas tiene usted previstas contra el peligro de un rey que por sus errores nos llevase de nuevo a

una República tan repugnante como esta, y cuál es el resultado completo de sus estudios para obtenerlas?

Admitiendo que el pretendiente actual fuese a ser un rey insuficiente o un rey únicamente preocupado de sus placeres, como pretende una reputación de la que—dicho sea de paso—no me fío mucho, porque tenemos demasiados periódicos para estar bien informados, ¿cómo y de qué manera estaríamos, y estaría él mismo, a cubierto de sus debilidades?

Ya sé: cuenta usted con la descentralización, imposible en una República parlamentaria y posible en una Monarquía nacional. Pero ¿en qué consistirá vuestra descentralización? ¿En provecho de quién se organizará? ¿En qué medida se ejercerá? En una palabra: ¿cuál es el detalle de vuestro plan de descentralización?

Por otro lado, como la igualdad no es más que una de esas ideas abominablemente hipócritas que tanta habilidad se dan los judíos para arrojar como un fermento de discordia en medio de los ciudadanos de un país, es evidente que el ritmo natural de una vida política normal produciría la jerarquización y, en la cima de la jerarquía, asentaría una aristocracia. ¿Cómo formaríais vosotros esta aristocracia? Habla usted de la herencia. Entiendo que, en efecto, el principio de herencia interviene necesariamente en la constitución de una aristocracia. Pero ¿hasta qué punto? Comprendo que el recuerdo del nombre y de las grandes gestas llevadas a cabo por un ciudadano se perpetúe en sus descendientes. Pero ¿cree usted que los privilegios con que la nación recompense los servicios prestados deben ser todos hereditarios? ¿En qué medida lo serían?

Entre los descendientes de nuestros antiguos nobles, hay un cierto número que no han conservado nada de lo que de grande les habían transmitido sus ascendientes y que no se distinguen del resto de los ciudadanos más que por una vanidad cómica. ¿Qué rango asignaría usted a estos degenerados en su aristocracia?

Tuvimos antaño una nobleza de toga. ¿Por qué no íbamos a tener hoy una nobleza obrera?

Acaso me diga usted, mi querido amigo, que le hago unas preguntas que están fuera de lugar. Yo creo, por el contrario, que no podrá usted hacer cosa mejor, en bien de su causa, que tenerlas en cuenta. Porque, el día en que usted presentase al país un sistema que respondiera de una manera total a lo que usted mismo llama los prejuicios antimonárquicos, prejuicios que quizás carecen de fundamento, pero que no por ello están menos universalmente extendidos, este día habría usted ganado casi los dos tercios de la partida.

Yo no creo, como nuestro amigo Vaugeois, que las *fuerzas de sentimiento* del país estén todavía del lado republicano. A estas horas, las fuerzas de sentimiento de Francia están baldías. Francia no tiene ya objeto alguno de amor. Lo que es absolutamente opuesto a su propia naturaleza, y es incontestable que, más temprano o más tarde, sonará para ella la hora psicológica. Pero me figuro que, escarmentada por las repetidas desilusiones que ha venido sufriendo desde hace un siglo, no se entregará más que a quien, antes de ilusionarla, haya sabido convencerla.

A menudo le he oído a usted decir a sus contradictores: ¡Traed la Monarquía! A lo que yo contesto: comience usted por traer monárquicos. No deje usted ningún resquicio a ninguna objeción; oblíguenos a rendirnos a la razón. Se ha consagrado usted a mostrarnos todos los aspectos buenos de la Monarquía: muestre también valientemente los que tiene malos—porque los tiene como todo lo humano—y háganos ver al mismo tiempo cómo su sistema, armoniosamente combinado, sabe defenderse de sus propios peligros. Sois vosotros señores monárquicos, vosotros y vuestros reyes, quienes, con los errores de vuestros padres, aniquilasteis la Monarquía. A vosotros os toca rehacerla, si ello entra todavía en la ley de la evolución histórica, a fuerza de paciencia, de razón, de abnegación a vuestra causa y a la de Francia, de servicios y méritos.

Cosa que sería harto difícil... si no tuvierais tantos colaboradores en el campo enemigo. Pero allí están—entre dreyfusistas, radicales, panamistas, francmasones, pastores y judíos—un montón de seres de una suciedad moral y de una corrupción de espíritu tales, que la atmósfera republicana está completamente infestada por ellos.

—Pues bien—me dirá usted—: ante semejante estado de cosas, ¿le es a usted lícito no pronunciarse? No, no me es lícito hacerlo, porque cada uno tiene su tarea. Mientras espero que acabe usted de convencernos—o que, por el contrario, no lo logre usted—, nosotros seguiremos, en *A bas les tyrans!,* a toque de carga, sin cansarnos, agitando, contra la francmasonería, a guisa de bandera, ante la pequeñísima porción de público sobre la que ejercemos alguna acción, las grandes ideas de deber, de honor, de amor patrio, de irreductible odio a los traidores, de revuelta santa contra las dictaduras hipócritas y enmascaradas.

Haciendo esta labor, ¿trabajaremos en pro de la Monarquía o de la República? Yo no lo sé. El poder oculto que sojuzga a nuestro país desde hace veinte años y que lo arrastra más abajo cada día parece haberse encargado de probar que nada que sea grande puede ser ya compatible con la República en Francia. Sí: reconoz-

co que tiene usted motivos para decirme esto, cosa de la que yo sufro profundamente. Al punto, que llego a decirme:

—¡Por la Monarquía o por la República, poco importa! ¡Con tal de que sea por Francia!

P. COPIN ALBANCELLI

Quiero no recoger de esta carta nada de lo que nos da la razón, nada de lo que apoya nuestra esperanza. El tiempo empleado en celebrar el triunfo sería tiempo perdido. M. Copin-Albancelli me dice que mis alegatos no son ni bastante claros ni bastante completos. Trataré de aclararlos, de completarlos, y hasta estoy dispuesto a comenzarlos de nuevo. Todo esto es fácil en el punto a que hemos llegado.

Contestemos a algunas preguntas. ¿En provecho de quién se organizará la descentralización? A esto contesto: en provecho de todas las *realidades* nacionales. En esto se distinguen del resto de los partidarios de la descentralización los que, además de serlo, son también monárquicos [1]. Ellos no proceden de un sistema, sino del estudio analítico de la Francia contemporánea. Allí donde hay un grupo espontáneo y natural, allí debe haber libertad. Este es nuestro principio. ¿Y en qué medida se ejerce aquélla? En la que permitan la seguridad del Estado y la independencia de la nación. La labor política propiamente dicha queda *especializada* en un órgano propio: el Monarca y sus consejeros. De consiguiente, todo lo que no es propiamente político queda especializado en otros órganos, bien sean locales, profesionales o confesionales. La Monarquía descentralizada establecerá en la nación una división del trabajo conforme, en resumidas cuentas, a la naturaleza y la razón. No le será difícil a M. Copin-Albancelli el deducir de este principio el detalle de las consecuencias que encierra.

¿Todos los privilegios, todas las recompensas, todos los honores han de ser hereditarios? Parece que, prácticamente, esto había de ser difícil. Cuando menos, constituiría otro género de locura. Extender demasiado los beneficios de la herencia, haría caer en el mismo error en que cayeron los ministros de Luis XV que ennoblecieron a tanta gente a la vez, que se abrieron nuevas y profundas barreras entre las diferentes categorías de la nobleza y que la aristocracia llegó a desacreditarse; descrédito que llevó a una reacción no menos deplorable, traducida en la funesta ordenanza de Saint-Germain, una de las causas inmediatas de la Revolución. En esto no hay más que puras cuestiones de tacto y, como dice M. Copin-Albancelli, de "medida": el rey, en sus Consejos, es decir, rodeado de cuanto Francia puede sumar de espíritus maduros, será el mejor juez de estos delicados asuntos. En los momentos presentes, no podemos más que especular sobre la tradición y los principios, pero el rey habrá de tener en cuenta las circunstancias.

1. M. Pierre de Nouvion escribía con mucha inocencia en su periódico *Le National* que *todos* los republicanos son descentralizadores. Aconsejo a M. de Nouvion, que cree haber preguntado a todos los suyos, que vaya a visitar a M. Joseph Reinach. M. Reinach le enseñará todo lo que hay de "reaccionario" en los postulados de la descentralización.

¿Qué vendrán a ser, en esta aristocracia, los degenerados? Lo que acaban siendo en la naturaleza. La eliminación: este es su destino natural. M. de Lur-Saluces se ha explicado muy claramente sobre este punto en el primer libro de la *Encuesta*.

"¿Por qué no íbamos a tener hoy una nobleza obrera?" Sí, ¿por qué no? A fines del siglo XIII y comienzos del XIV, gracias a unas nuevas condiciones económicas y políticas, una nueva clase, la de los hombres de leyes, adquirió de pronto una influencia considerable. Este fué el germen de la nobleza de toga, tras la nobleza de espada. Para ayudar a esta clase a obtener de derecho, es decir, en la opinión, la importancia que había adquirido en la realidad, la Corona prodigó, hasta el exceso tal vez, los beneficios de todo orden. Tenía un interés esencial en asegurarse el apoyo de aquellos hombres nuevos.

Unas circunstancias análogas, como las que se presentan hoy, despertarían necesariamente el mismo interés. Nace una clase poderosa. Merced a los progresos del maquinismo, hay unas profesiones, unos oficios, unos equipos de hombres, cuya importancia crece de día en día. Esta nueva clase no tiene en el Estado un rango proporcionado a su influencia. Es porque nuestro Estado carece de fuerza, como carece de luces. Organizad el Estado consciente y poderoso, es decir, montad la Monarquía hereditaria: entonces verá y se atreverá; sabrá desde aquel momento adónde debe extender su protección, y nadie confundirá sus complacencias con una justa y nueva aristocracia del trabajo.

con tantas bajezas de orden electoral repartidas sin discernimiento entre los muñidores políticos del mundo obrero por los fantasmas de ministro que presiden el régimen republicano.

¿El punto débil de la Monarquía? ¿El mal rey? Con mucho gusto estudiaría aquí estos temas si no me preocupara un poco un simple escrúpulo de método. Fíjese M. Copin-Albancelli: cuando yo he señalado los defectos de la República, no me refería a la República terrorista ni a la *Commune;* al denunciar las deficiencias de las Asambleas, no pensaba particularmente ni en la Convención, ni en el Club de los jacobinos; es la esencia, no el accidente del parlamentarismo; es la esencia, no el accidente de la República, lo que he criticado; de consiguiente, no tengo por qué defender el accidente, sino la esencia, el ritmo ordinario de la Monarquía.

Resultará siempre fácil cosa el oponer una buena asamblea o una buena república a un mal rey. Pero esto es un juego. Y, cuando se ha contestado a él contraponiendo a una mala asamblea, a una mala república, un buen rey, ¿se ha adelantado mucho en la ciencia política? No me cansaré de repetir que no hay que comparar más que las cosas comparables, los buenos reyes con las buenas repúblicas y con las buenas asambleas, los reyes malos con las asambleas y las repúblicas malas, de manera que ambas partes puedan prescindir de epítetos que se compensan (como, en la operación de la división, se prescinde—y se les borra a un tiempo—de los ceros del divisor y del dividendo) y que acabemos por limitarnos a oponer la Monarquía, ni más ni menos, a la República, ni más ni menos.

Pero, ya que insisten, dejemos de desdeñar los epítetos: es bastante fácil darse cuenta de que un mal rey, consciente, responsable y con un nombre propio, temeroso, al menos, por su vida, si no por el porvenir de su dinastía, se encuentra, por la fuerza misma de las cosas, infinitamente más limitado en sus caprichos que un poder colectivo e inconsciente, en el que las responsabilidades fragmentadas se atomizan facilísimamente sobre un gran número de cabezas. De modo que treinta tiranos son más de temer que uno solo, y ochocientos tiranos (si están organizados de modo que les permita actuar) más de temer que treinta. Pues los veinticinco mil tiranos de la francmasonería que han realizado (hasta establecer un gobierno oculto) la perfección del anonimato republicano, realizan así—diga si no M. Copin-Albancelli—la funesta perfección de la irresponsabilidad en la tiranía.

A un espíritu recto le repugna anunciar el paraíso en la tierra: lo qe la Monarquía representa no es un gobierno perfecto, sino un gobierno normal. Podemos estar seguros de que con Monarquía habrá malos ministros, pero la fuerza de la institución monárquica es tal, que la malicia de estos malos servidores se hace en ella sensible más pronto y se corrige más fácilmente que en régimen republicano, y el rey experimenta en ella, como una impresión física, lo mucho que le importa substituirlos.

Cierto que el rey se podrá equivocar (porque el rey es un hombre) sobre su verdadero interés, pero este error, como todo error político, traerá alguna perturbación, y, a diferencia del régimen actual, al que la experiencia no puede servir de nada, se aprovechará de la desgracia, que provocará unas rectificaciones, unas reacciones, unas reformas. Comparad, si hacen falta ejemplos que ilustren estas consideraciones, la política de la República francesa después de Sedán con la política de la Monarquía prusiana después de Jena. Medid también la espantosa inutilidad del "affaire" Dreyfus en cuanto lección política: una Monarquía se hubiera aprovechado de él, suponiendo que este asunto hubiera podido producirse bajo una Monarquía.

Incluso será posible, a pesar de toda la excelencia de la sangre capeta, que se dé un mal rey. Descarto la hipótesis de la locura y de la imbecilidad, contingencia que todas las monarquías del mundo han afrontado resolviéndola con el establecimiento de una regencia: si el rey malo no está privado de sus facultades intelectuales, su maldad se verá contenida y moderada por el sentimiento humanísimo de la responsabilidad personal en que incurre; a la violencia puede responder la violencia; a los excesos del poder, la revuelta y las dificultades de todo género... Los teólogos hablan de la gracia de estado; por lo menos, es indiscutible que hay unas virtudes propias de la posición que se ocupa. Por su posición, un mal rey es siempre mucho menos *él mismo* que lo que podría desear. Además, habría que aclarar si príncipes moralmente bastante malos

no se han convertido, en razón misma de sus vicios, en grandes bienhechores de sus pueblos. El juego psicológico de su ambición, de su avidez, a menudo se ha confundido con la línea del bien público, *porque ésta representaba la línea del menor esfuerzo.*

Vamos al argumento de la revolución: Luis XIV, gran rey, corruptor de la monarquía, y Luis XV, rey disoluto, dinasta egoísta y limitado, y Luis XVI, excesivamente inferior a esta pesada herencia... No acabaríamos nunca de analizar, por años que empleáramos en ello y por muchos tomos que le dedicáramos, la inmensa acumulación de crueles calamidades europeas y francesas que determinaron la Revolución. No voy a prevalerme del hecho de que M. Copin-Albancelli se haya pronunciado tan vivamente en contra de la francmasonería para llamar su atención sobre los complots de la masonería cosmopolita que contribuyeron a la común caída del Trono y de la nación. Si he entendido bien, no se trata de buscar responsabilidades, ni siquiera causas. M. Copin-Albancelli viene a decirme: "A pesar de la excelencia teórica y práctica de la Monarquía, la Revolución se consumó. Supongamos que se restaura la Monarquía: ¿qué podría impedir el que la Revolución se repitiera?"

Como se me está hablando de una monarquía genuina, es decir, *tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada,* puedo prescindir de ocuparme de los funestos acontecimientos de 1830 y 1848, de los que no se me ha dicho palabra. De lo que se me habla es de 1789, de 1792, de 1793... He de hacer notar que estas catástrofes *fueron,* que son hechos, por consiguiente hechos pasados; que, en aquellas fechas memorables, las fuerzas ante las que sucumbió el trono tenían un poder y una extensión enormes, y que, de resultas de todo el período precedente, la resistencia del Trono y de sus defensores había quedado reducida al mínimo. Un concurso de fuerzas tan extraordinario, por una parte, y de desmayo, por otra, ¿volvería a repetirse? Es posible. Pero tampoco es imposible lo contrario. No obstante, si bien un historiador borracho de mala metafísica puede conmoverse ante este fantasma de la Revolución, al filósofo reflexivo le deja indiferente, porque, en fin de cuentas, aquella fué la única ocasión en que, en un espacio de más de ocho siglos y treinta y tres reinados, la Monarquía ca-

peta resultó inferior a su papel. Frente al historiador idólatra e hipnotizado, esta Monarquía puede definirse como *una institución que no se cuartea ni se derrumba más que cada ochocientos años y cada treinta y tres reinados,* y aun para ello es menester que se produzca el más enorme de los huracanes humanos que jamás se haya visto desencadenarse. *Tantæ molis erat...* [1].

Si la reconstruímos, pues, metódicamente, esta admirable fortaleza podrá resistir presiones y choques mucho más fuertes que los deleznables mecanismos constitucionales que nos ofrecen, acá y allá, modestos reformadores. ¿Estará a prueba de tiempo, que todo lo gasta? ¿Será resistente para siempre? Estas son unas preguntas trascendentes. No conviene formulárselas a los hombres. Humanamente, nacionalmente, no estamos seguros más que de una cosa: la Monarquía reconstituirá a Francia y, sin la Monarquía, Francia perecerá.

Y permítame añadir M. Copin-Albancelli que aun una monarquía transitoria sería un beneficio incomparable. Quienes hayan leído la historia de la Restauración, y hasta la del Gobierno de julio, no olvidarán nunca que nuestro capital nacional—moral, económico o militar—data de estos treinta y tres fecundos años: con la marcha del último rey, se cierra nuestro gran período de producción y comienza el tiempo de puro consumo y de ruina.

Después de nueve años

El antiguo director de *Abajo los tiranos* y fundador de *La Bastilla Antimasónica,* que dirige, ¿podría llamarse aún republicano? No lo creo. Si bien no ha manifestado una adhesión explícita a la Monarquía, parece que no deja de ir acercándose a ella cada día. Y aun puede afirmarse sin miedo, que, hoy, M. Copin-Albancelli no aludiría a las estúpidas calumnias lanzadas por los "reconocementeros" y los judíos contra el here-

1. En su libro *Traditionalisme et Démocratie,* M. D. Parodi, y, en los *Anales de la Juventud laica,* M. G. Guy-Grand, se han mostrado sorprendidos del tono paradójico de esta respuesta mía. Pero ¿cómo no han reparado en la paradoja de la objeción? No hay más remedio que mezclar la metafísica con la historia para contestar a una mezcla de historia y metafísica. (Nota de 1909.)

dero de nuestros reyes. El autor de *El Poder oculto contra Francia* sabe perfectamente de lo que son capaces el espíritu de las sectas y el odio de partido. Y está también al cabo de la calle sobre lo que la pequeñez de espíritu del mundo conservador permite tramar a los osados en contra de la verdad impersonal y el honor de sus jefes.

CARTA DE M. ALBERT JACQUIN

EN el primer libro de la *Encuesta sobre la Monarquía*, se lee:

"Un joven nacionalista de los arrabales me daba, en un lenguaje brutal, la fórmula compendiada de todas las aspiraciones de la nación: —*¿Francia*—me decía—, *Francia? No es republicana, ni bonapartista, ni monárquica. ¿Quiere usted saber qué es? ¡Francia es amiga de la mano dura!*"

La frase hizo fortuna. Se ha hablado mucho de *Francia de mano dura*, y se recordará que M. Eugène Ledrain me atribuyó la invención del concepto. Ya rectifiqué a M. Ledrain, que me hacía con ello demasiado favor. ¿Cómo iba yo a inventar la menor cosa en materia tan seria y tan delicada? No hay nada en nuestra *Encuesta* que sea convencional, porque no podemos perder tiempo en forjar alegorías ni en evocar personas mitológicas. Todo en ella es escrupulosamente histórico y perfectamente auténtico. El nacionalista de arrabal existe, contesté yo a la incredulidad de M. Ledrain. Prometí darlo a conocer, y aquí está.

Pregúntase, no obstante, M. Albert Jacquin si tiene mucho derecho a ser llamado arrabalero, puesto que nació en el corazón de París y, aun cuando ahora vive en los arrabales, sigue sintiéndose ciudadano de los barrios medios de la gran ciudad... De las afueras o de la ciudad, M. Jacquin es uno de los más curiosos ejemplares de la fiebre nacionalista que agita en nuestros días a las grandes ciudades de Francia.

No voy a llamarlo "un hijo del pueblo", porque todos lo somos. Pero él se enorgullece de haber comenzado sus estudios

en la escuela municipal. Desde ésta, pasa, como becario del Estado, a un colegio departamental; se gradúa bachiller en Ciencias después de serios estudios y ocupan toda la última parte de su primera juventud trabajos de física y de química. Sólo graves indisposiciones pudieron obligarle a interrumpirlos.

Una reflexión precoz; la voluntad determinada de mirar cara a cara las cuestiones económicas y políticas que se debatían en las reuniones populares a que él asistía; la resolución de no aceptar como verdad nada que sus ojos no hubieran comprobado debidamente; ese matiz de espíritu crítico, verdaderamente cartesiano, que nace espontáneamente de la aplicación a las ciencias; y, finalmente, los consejos, la ayuda y la influencia personal de M. Henri Vaugeois, que había sido su profesor de filosofía, fueron inclinando progresivamente el pensamiento de M. Albert Jacquin hacia la forma socialista del nacionalismo. M. Ranc ha sido a sus ojos como una especie de *takata,* de brujo canaco, un poco cómico, sin duda, pero pernicioso al mismo tiempo. Por el contrario, no creo exagerar afirmando que la teoría monárquica se aparece a M. Albert Jacquin como la síntesis del nacionalismo integral y del socialismo racional. Pero su carta pintará mejor que mis palabras su estado de espíritu.

M. Albert Jacquin es secretario de redacción de *A bas les tyrans,* la revista antimasónica que dirigen los señores Copin-Albancelli y Louis Dasté [1].

Mi querido amigo:

El régimen de que disfrutamos ha probado demasiado bien lo que vale para que necesitemos repetir una vez más: hace falta otra cosa. Salvo algunos alucinados, completamente hipnotizados por una palabra: República—tan por completo, que son incapaces de comprender la significación real de los acontecimientos actuales—, todo el mundo está de acuerdo en un punto: hay que cambiar esto.

Esto, quiere decir, en su concisión, todo lo que no marcha bien. *Esto,* es el marasmo en que se debaten nuestro comercio y nuestra industria. *Esto,* es nuestro prestigio exterior reducido a cero; *esto,* son las justas reivindicaciones del obrero explotadas como medio de

1. M. Albert Jacquin murió el 21 de setiembre de 1903.

propaganda electoral por los políticos. *Esto,* en una palabra, es el régimen republicano parlamentario que, en el momento de su institución, nos prometía una Francia decente, una Francia fuerte, una Francia unida, una Francia respetada por respetable y que, después de treinta años de actuación, nos "sirve" una Francia tal, que las palabras decencia, fuerza, concordia, respeto, no pueden pronunciarse sin que un clamor universal nos eche a la cara: Panamá, Fachoda, Tribunal Supremo...

Hay, pues, que cambiar esto. He aquí en lo que estamos todos de acuerdo. Pero, por un rasgo de nuestro carácter, en el momento de tomar la iniciativa del movimiento de reforma, todos dudan y lo dejan para después, esperando vagamente "que las cosas se arreglen solas".

... ...

El hombre, el ciudadano que, por encima de todo, se interesa por el progreso económico e intelectual de su país, se ve naturalmente arrastrado, cuando piensa en las condiciones que pueden determinar la prosperidad de una nación, a esta conclusión:

—El régimen gubernamental debe ser "función" del país.

Concepto que, por lo demás, está resumido en la frase de Joseph de Maistre:

"¿Qué es una Constitución? ¿Acaso no es la solución del problema siguiente?:

"Dadas *la población,* las costumbres, la religión, la situación geográfica, las relaciones políticas, la riqueza, las buenas y las malas cualidades de una nación cualquiera, hallar las leyes que le convienen" (*Considerations sur la France,* cap. VI, al final.)

Pues bien: en estos momentos, hay un hecho innegable. Y es que esto no marcha, que Francia está enferma, para emplear una expresión popular. Y como la vida de nuestro país está íntimamente ligada al buen funcionamiento de su organismo político, puede sacarse la conclusión de que no hay duda de que este organismo está dañado. Dos preguntas surgen entonces: ¿la enfermedad carece de gravedad y proviene de una causa accidental—por ejemplo, mala aplicación de los principios de la Constitución—, o, por el contrario, es mortal: tara incurable, imposibilidad de aplicar los principios de la Constitución porque son inaplicables?

En el primer caso, unas prudentes reformas permitirían devolver todo su vigor a nuestro Gobierno y, por lo tanto, a nuestro país. En el segundo, no hay lugar a dudas: si el régimen actual, por su misma aplicación, no puede hacer otra cosa que una obra de debilitación, como lo que importa salvar es el país, conviene sacrificar a éste el régimen.

He aquí, a mi entender, los primeros problemas que debe plantearse todo buen ciudadano. No hay que decir que me refiero al republicano en el verdadero sentido de la palabra, al republicano para el cual *república* significa todavía cosa pública y no designa esta divinidad obscura a la que nuestros ministeriales, en general, y M. Ranc, en particular, rinden un culto tan ferviente que, a poco más, no dudarían en sacrificar al país en el altar de su querida diosa.

La Constitución que nos gobierna a la hora presente se basa esencialmente en los famosos principios de 1789. Principios inmortales, como a menudo han dicho, sobre todo aquellos que no los conocen más que de oídas—que es, por desgracia, el caso de la mayor parte de electores—. Yo, por mi parte, no estoy lejos de considerarlos como obra de inmortales, en efecto, ya que, si bien se les examina, suponen, para ponerlos en práctica íntegramente, tanta nobleza o sencillez de carácter, tanta abnegación cándida, tan completo olvido de las condiciones de la vida material, que me parecen indicados para regir una asamblea de héroes, de semidioses, más que una aglomeración de habitantes de nuestro globo sublunar. Verdad es—y este punto tiene su valor, dado uno de los rasgos distintivos del carácter francés—que, cuando se promulgaron, era de muy buen tono el jugar a los héroes antiguos.

Perdóneme, mi querido amigo, que bromee en estas circunstancias. Pero es que tengo unas ganas furiosas de reírme después de haber leído un artículo de M. Ranc y cuando oigo a mi alrededor, a cada instante, pronunciadas por gente de todas clases, de todas condiciones, de diversa cultura, frases como éstas:

Si yo fuera el Gobierno, ya veríais si esto tenía que marchar... Pero yo no soy el Gobierno...

...Lo que nos falta es un hombre de mano dura...

... ...

...¡Bah!, decid lo que queráis, pero no me negaréis que, para recibir a los soberanos extranjeros, hubiese estado mejor que M. Loubet un rey o un emperador rodeado de la nobleza...

... ...

Sí, chico, es uno de la alta, de la de verdad, no un cursi...

...Otro que ha querido hacer más que los demás y se ha roto las narices. Le está bien; no tenía más que estarse en su sitio...

... ...

Usted, joven, tiene que sufrir un examen, o desea un empleo público: lo esencial no es que tenga usted capacidad, *sino contar con protecciones.*

... ...

...La ley..., la ley... ¡Hay tantas maneras de doblegar la ley...

Prohibido el paso: hay un cartel que lo prohibe...

... ...

Semejantes cosas, que todo el mundo dice, que todo el mundo oye, pero que nadie escribe, pintan mejor el estado de espíritu de un pueblo, que todas las declamaciones de un demagogo atacado de fiebre electoral.

Pruébannos, mucho mejor que todos los análisis de profundos psicólogos, que los franceses se mantienen fieles tanto a los buenos como a los malos caracteres de su tipo histórico: respetuosos de la fuerza, de la autoridad, aun siendo anónima; miedosos ante la menor responsabilidad; profundamente embebidos en el sentido de la desigualdad; siempre inclinados a infringir la ley, ya por interés, ya simplemente por gusto.

De lo que saco la conclusión, *a pesar mío,* de que el régimen republicano parlamentario, basado sobre la idea de libertad y sobre la de igualdad, que implican como consecuencia natural la idea de responsabilidad, no está adecuado al carácter francés. Por consiguiente, deja de cumplirse una de las condiciones fijadas por Joseph de Maistre.

Por otra parte, la centralización a todo pasto, iniciada—justo es decirlo—por Luis XIV, proseguida por sus sucesores y empeorada todavía por el régimen actual, nos prueba hasta la saciedad que no se tienen en cuenta para nada las condiciones geográficas, económicas e históricas de nuestro país. La centralización, que tendría su razón de ser si las condiciones predichas fuesen las mismas para toda Francia, es absurda, porque las diferencias entre el hombre del Norte y el del Sur, entre la vida de bretones y loreneses, entre la del obrero y la del campesino, son demasiado grandes para que se pueda aplicarles con provecho las mismas leyes.

De aquí viene la incoherencia de la conducta de nuestros gobernantes. De aquí los fallos súbitos del Estado, su impotencia ante ciertos problemas. Un solo ejemplo entre mil: la venta de los vinos a bajo precio, que apasiona actualmente al Midi y que tiene al Norte perfectamente sin cuidado.

De aquí también todos los escándalos parlamentarios: el pueblo, al que tantas veces han dicho que la República parlamentaria le daría la felicidad, elige como diputado a quien le hace mejores promesas, y luego, para cumplir una ínfima parte de tales promesas, hay que sacrificar, necesariamente, el interés general al interés particular, con lo que la reelección queda asegurada, pero se mata al país.

Por consiguiente, el mal que sufrimos radica en la Constitución misma del régimen. Sólo una operación radical puede traer, primero, una mejoría y, después, la duración.

La comprobación de estos extremos me tiene harto perplejo al tratar de oponer unas objeciones *teóricas* al programa monárquico que usted nos presenta.

¿Cómo no coincidir con M. Buffet cuando nos dice que sólo la herencia puede asegurar la estabilidad gubernamental, la unidad de pensamiento, la continuidad, la fuerza que el régimen republicano parlamentario no *puede* tener, en razón de su misma constitución?

¿Qué contestar a M. de Lur-Saluces cuando nos declara que "el papel de un rey de Francia no podría consistir en hacernos dar un salto atrás, en asentar de nuevo unas instituciones anticuadas, en la reconstrucción pura y simple del pasado, en acometer el absurdo intento de forzar al país a continuar su vida a la inversa, sino que el papel del Poder consiste en regularizar, en dirigir la evolución del pueblo sin entorpecerla, de modo que resulte fecunda? ¡Si todo esto es puro socialismo racional!

Cuando usted nos presenta un régimen de descentralización, cuando reclama la autonomía universitaria, la autonomía religiosa, la autonomía municipal y regional; cuando propugna la libertad de asociación, en tanto cuanto asociación económica; cuando disputa a los diputados todo derecho que no sea el del control reservando la confección de las leyes a unas capacidades más verdaderas que las que deben su origen al resultado de una campaña electoral; sobre todo, cuando nos habla de un Gobierno responsable con el que sea posible entenderse, responde a los deseos que abrigamos todos los republicanos nacionalistas, deseosos, ante todo, de la buena marcha de la cosa pública.

No, las objeciones que pueden oponérsele no son de orden teórico, ciertamente, sino puramente prácticas, dimanantes de las condiciones del ambiente actual, y *pueden, por tanto, variar y hasta desaparecer si estas condiciones cambian.*

Entre las más importantes, he de citar, como observador imparcial, la falsa noción o, mejor dicho, la total ignorancia del pueblo de las concepciones monárquicas. Y de esta ignorancia no tiene él la culpa. De niño, en la escuela, las impresiones recibidas le han presentado la realeza como síntesis del "capricho de una persona".

Y, si bien el pueblo gusta de la autoridad y respeta la fuerza, ello es cuando la autoridad se ejerce con justicia, cuando la fuerza está al servicio de una buena causa. El capricho y la arbitrariedad le sublevan.

La primera impresión ha ido acentuándose luego. Los discursos, las fiestas, los periódicos, lo han confirmado en aquella idea. En una palabra: para el pueblo, la Corona, según la pintoresca expresión de uno de sus hijos, "es la Bastilla abierta de nuevo, es el solideo, es el feudalismo".

He aquí una de las objeciones que usted—lo sé perfectamente—rebatirá con facilidad. Dirá usted: "no hay más que instruir al pueblo". Y esto es difícil, en los momentos presentes sobre todo.

He aquí otra objeción. Como hace notar M. de Lur-Saluces, las ideas directoras de la masa han realizado, desde hace un siglo, un gran progreso que hay que tener muy en cuenta. El avance del socialismo, por ejemplo, es innegable. La fórmula: *a cada uno según su rendimiento social, según su capacidad de llevarlo a cabo,* es aceptada por todos. *Fuera inútiles,* será probablemente la consigna que más adeptos reúna.

Por otra parte, si todo espíritu justiciero encuentra bien que se dé una distinción a quien ha prestado algún servicio ejemplar; si admitimos, por el interés general, que el recuerdo de este hecho se perpetúe en su descendencia, no es menos cierto—dada la evolución que antes hemos señalado—que las ventajas materiales concedidas a un miembro de la colectividad como recompensa nacional deben extinguirse con él.

Y tengo mucho miedo, mi querido amigo, de que una restauración no tuviese, como primera consecuencia, el devolvernos todos los inútiles, todos los visionarios que desde hace tanto tiempo esperan el retorno del rey para dorar de nuevo sus blasones, y algunos de los cuales—hay que decirlo—no han esperado a este retorno para dorarlos con el oro judío.

Que el pretendiente, puesto que quiere estar en íntimo contacto con el pueblo de Francia, declare bien alto su voluntad, su decidida voluntad de no contar entre los suyos más que a quienes sean capaces de hacer algo útil para Francia; que rechace enérgicamente a todos aquellos a quienes fustigaba tan elocuentemente, hace unos meses, el vizconde de Bruc, y, si pierde con ello algunas inutilidades, hará crecer notablemente, en cambio, el número de los que dicen en estos momentos: *Esto no marcha; antes marchábamos mejor.*

Pero ¿podrá y querrá hacerlo?

Muy cordialmente suyo.

ALBERT JACQUIN

Según acostumbramos en esta *Encuesta,* dedicaremos pocas palabras a la complacencia que nos causa la adhesión de monsieur Albert Jacquin a lo esencial de nuestras ideas. Su espíritu alerta advierte que la filosofía de Joseph de Maistre es la más laica del mundo y que las *Consideraciones sobre Fran-*

cia son, ante todo, un libro de ciencia política pura. No es único en esto M. Jacquin, pero ¿qué sorpresa puede haber en ello? Esta evolución era inevitable. De lo que había que sorprenderse un poco era de lo contrario, de los antiguos prejuicios. Ahora se vuelve a la visión serena de una límpida verdad, y esto es todo.

Pero he de exhortar a M. Albert Jacquin a que continúe su estudio y el espigueo de las ideas en curso. Las *palabras* por él recogidas son de lo más característico. Si quisiera reunir en un pequeño volumen estos apotegmas de la reflexión popular, realizaría uno de los planes acariciados por Gustavo Flaubert. El autor de *Bouvard et Pécuchet* quería, por lo menos, formarse un *Diccionario de las ideas mostrencas*. Unos cuadernos de reflexiones análogas a las coleccionadas más arriba serían utilísimos a un historiador de las costumbres, y el político los tendría como libro de cabecera.

En cuanto a las objeciones formuladas por M. Jacquin, no al principio, sino a la *práctica* de una política monárquica, confiesa que pueden variar junto con el ambiente en que se incuban. Este ambiente varía a diario. Vivimos en un mundo de opiniones que se descomponen sin cesar. A nosotros nos toca apresurar la descomposición.

Hay un punto en que, sin el menor *distingo*, debemos ser de la opinión de M. Jacquin: nuestro gran enemigo es la ignorancia del pueblo. Le han rellenado metódicamente la cabeza con los prejuicios más tontos. Sí: "Bastilla", "solideo", "feudalismo", son las bobadas que le han hecho tragarse. Pero, con todo, ¿tan difícil será el explicar que lo que pretendemos destruir por medio de la Monarquía nacional es un feudalismo plutocrático y religioso—judíos, protestantes, francmasones? ¿Que el solideo, o, mejor dicho, tratándose de quien se trata, el casquete que hay que hacer trizas hoy es el que cubre la venerable cabeza de M. Ranc, canónigo u obispo de las Logias? Y, en una palabra, ¿que la Bastilla del parlamentarismo, del burocratismo, de la administración ejercida en provecho de un partido anónimo e irresponsable constituye, hoy por hoy, la mayor de las amenazas contra el poder del Estado y contra la seguridad de cada uno de nosotros? Pruebe M. Jacquin ir a decir esto al pueblo y verá si éste le entiende bien.

El pueblo, ha dicho él mismo, quiere un puño fuerte. Con ello, el pueblo manifiesta su anhelo de una autoridad enérgica cuyo advenimiento reclama, con tal que haya de emplearse en provecho del bien común. El pueblo es, pues, sin saberlo, tan monárquico como nosotros. Y aunque no lo fuera, aun cuando no sintiera la necesidad de la Monarquía, esta necesidad no dejaría de estar en el secreto de su estructura natural y volvería siempre a hacerse sentir conscientemente al menor recrudecimiento de nuestras desdichas. De consiguiente, tarde o temprano, el pueblo estará con nosotros: la misión de los monárquicos, es decir, de todo nacionalista sensato, es lograr que esto ocurra muy pronto, a fin de evitar las catástrofes que se están mascando.

En el delicado problema de la reconstitución de una aristocracia M. Jacquin quisiera que sólo el honor fuese hereditario y no las remuneraciones. Quisiera él evitar que la epidemia de *hijos de papá*, que arruina el régimen republicano, se extendiera también a la Monarquía restaurada. Creo que puede estar tranquilo. "Más deberes que los demás": esta habrá de ser la nota característica de los futuros nobles, según M. de Saluces. No es bastante conocido cuáles eran a este respecto las prácticas de la vieja Monarquía: júzgaselas, no siquiera a través de las que prevalecieron entre 1650 y 1789 (período constitutivo del antiguo régimen), sino por los nueve o diez años que precedieron inmediatamente a la Revolución. Se juzga de aquellas prácticas por la ordenanza de Saint Germain, falta grave, pero exagerada. La verdad es que la antigua Monarquía nacional admitió siempre, hasta Luis XVI, el que todos los ciudadanos pudieran llegar a todos los puestos, al mismo tiempo que evitaba en lo posible las causas de decadencia de los nobles.

Favoreció la herencia profesional, no para dar a los hijos de los grandes los primeros puestos, sino para que las leyes y las costumbres animaran a los hijos a proseguir la profesión de sus padres, cualquiera que fuese el rango jerárquico que la capacidad o la suerte tuviera que asignarles en esta profesión. Gracias a la herencia profesional, que no era la de rangos y dignidades, se formó la selección de familias a que debió la vieja Francia, de siglo en siglo, un personal tan notable de ofi-

ciales, magistrados, diplomáticos y artesanos, todos ellos sobresalientes en toda clase de industrias y oficios.

Anoto de paso que los publicistas republicanos no comprenden nada en este punto de la herencia, tal como lo han tratado M. de Lur-Saluces y M. Paul Bourget. Los señores Fonsegrive, en sus artículos de *La Quinzaine*, Deherme, en la *Coopération des idées*, y Evariste Carrance, en buen número de periódicos meridionales, han creído todos que se trataba de la herencia fisiológica, de la distinción personal y del talento, y exclaman a coro: "Las leyes de la herencia son poco conocidas, etc..." ¡Pero si no se trata de las leyes de la herencia fisiológica!

No se trata de asegurar fisiológicamente al servicio del Estado, de generación en generación, un núcleo de individuos más distinguidos que el común de los ciudadanos: trátase de utilizar las aptitudes particulares, especiales y técnicas que, en el grado que sea, van unidas a la sangre y, sobre todo, a la tradición oral y a la educación. No se trata del *grado* que alcancen estas aptitudes, sino de su *calidad*, o, si se prefiere, de su orientación por la costumbre. Es fácil de comprender el que unos individuos ya especializados en el ejercicio de una profesión produzcan, en general y por término medio, individuos polarizados, por decirlo así, en el mismo sentido. Se nace juez o mercader, militar, agricultor o marino [1], y, cuando se ha nacido esto o lo otro, se encuentra uno, no sólo por naturaleza, sino por posición, más capaz de llenar útilmente la correspondiente función: un hijo de diplomático, o de comerciante, encontrará en las conversaciones de su padre, en el círculo de su familia y de sus gentes, en la tradición y la costumbre que lo han de rodear y sostener, los medios mejores para progresar con más rapidez que otro cualquiera, ya sea en el comercio, ya en la diplomacia. La carrera familiar le habrá permitido en-

1. Nuestros grandes franceses del siglo XVII entendían muy bien esta realidad de la herencia "profesional" aplicada a la Monarquía, y decían con acierto: *el oficio de rey*. El largo ejercicio de la función real en una familia adapta los vástagos de ésta a dicha función. Grande o pequeño, mediocre, limitado o de inteligencia vigorosa, el príncipe, lo mismo que el mercader, el militar, el magistrado, el campesino o el marino, es una variedad social del tipo de hombre.

contrar la línea *del menor esfuerzo* y del resultado más eficaz, es decir, del mayor rendimiento humano.

Por el triple juego de la herencia física, civil y económica, crea, pues, la naturaleza más de prisa, con menos gastos y con más perfección, un comerciante o un diplomático en una raza de comerciantes o de diplomáticos que lo haría en una raza de viñadores o de militares. Ante esto, surge una pregunta en seguida: ¿Se beneficiará el Estado de estas facilidades espontáneas? ¿Utilizará este precioso y gratuito concurso de la fuerza de las cosas? ¿Captará para sí la fuerza de las fuentes naturales? ¿Estimulará a los hijos a que perseveren en las empresas paternas en provecho propio y de la comunidad?

El Estado moderno, el Estado democrático y republicano, locamente despreocupado de sus intereses, se niega a hacerlo. Estimula, por el contrario, esas migraciones en el interior que, de clase en clase, destruyen las familias profesionales y, como consecuencia, debilitan nuestra diplomacia, lo mismo que nuestro Ejército y nuestra Marina, nuestra Agricultura y nuestras artes, nuestro comercio y nuestra industria. Los especialistas se forman a más alto precio, *triunfan* mucho más tarde y, en una palabra, resultan de un tejido infinitamente menos resistente que antaño [1]: a fuertes apropiaciones y adaptaciones históricas, han sucedido apropiaciones o adaptaciones exclusivamente personales, superficiales y pasajeras.

Un Estado monárquico, que empieza él por estar fundado en la herencia profesional, no perdonaría medio para impulsarla en todos los estamentos. No hay que decir que este impulso no encierra ningún supuesto de forzar. Tratamos de prescindir de un sistema extravagante, no de substituirlo por un sistema de extravagancias en un sentido opuesto. La política realista propia de la Monarquía tiene dos principios: dejar ante todo libre acción a la Naturaleza; después, servirse de ella. Comúnmente, la Naturaleza procede por imitación y repetición, pero tiene también sus sorpresas, sus caprichos, sus iniciativas, en cuyo caso actúa con un gran vigor. Cuando se en-

1. De aquí viene la *gerontocracia*, o reino de los viejos. La herencia profesional capacita a un joven para suceder rápidamente a su padre, que, por lo común, está dispuesto, a su vez, a cederle el sitio. Esto rejuvenece todos los cuadros sociales.

tretiene en hacer surgir un guerrero en una estirpe de apacibles magistrados, o un marino en una familia de viñadores, la vocación nueva se manifiesta lo bastante fuerte y está asistida por una voluntad lo bastante firme para que desaparezcan todas las resistencias. Pero en estas resistencias, en estas dificultades, hay una cosa buena. Son como una prueba y examen natural que abre paso a los fuertes, pero que rechaza a los débiles devolviéndolos a su condición hereditaria, que les conviene más, porque les garantiza defensa y apoyo.

Como final, M. Jacquin expresa un gran deseo: el de que los *inútiles* no se acerquen al trono. Yo le acompañaré en este deseo, con tal de que M. Albert Jacquin me conceda que hay muchas clases de utilidad. Un diamante es útil, una obra maestra del arte o de la razón humana tiene también su utilidad; la esfera de lo útil no se limita al cocido ni a las judías con tocino. Estoy seguro de que M. Jacquin, por el bien del pueblo francés, por el mismo brillo de Francia, desea que el rey de Francia tenga una corte, lo más brillante, lo más gloriosa posible. A mi entender, ninguna fuerza ni ninguna elegancia del presente, ninguna gloria del pasado, unas y otras íntimamente unidas en torno del Jefe, estará de más para devolver a nuestra raza un esplendor desvanecido hace mucho tiempo.

Con estas importantes reservas, no niego la necesidad de apartar a los inútiles, si los hay, que no creo que los haya, porque esos inútiles, como observa el mismo M. Jacquin, se han judaizado a más y mejor, y todos sabemos que el señor duque de Orleans no soporta el menor *faetor judaicus*.

M. Jacquin me dirá: —Pero, ¿y si, a pesar de todo, algún inútil no judaizado se obstina en estorbar al lado del príncipe?

—Entonces—replicaré yo a M. Jacquin—, usted y yo iremos a pedir del príncipe, en nombre de los intereses generales del país, que arroje de su lado a estos inútiles. La gestión podrá resultar extremadamente fácil y afortunada o dificilísima. Si fracasamos una vez, podremos repetirla. Y, si somos perseverantes, el príncipe, órgano del interés general, aunque nos haya negado una vez lo pedido, acabará por oírnos. En cualquier caso, al intentar nuestro objeto, intentaremos una cosa posible, razonable y sensata. No afrontaremos un fracaso cierto,

necesario y natural como los desdichados que se van a pedir a la República que sea nacionalista y decente y a la democracia que se organice.

Desengañar a un príncipe es posible, pero es imposible hacer que lo blanco sea negro, que el triángulo sea cuadrado, la anarquía previsora y prudente y el igualitarismo adecuado a la naturaleza y al sentido común.

La diferencia entre monárquicos y republicanos es esta. Hay que medirla con exactitud.

Post-scriptum.—La siguiente anécdota que M. de Claye oyó referir al difunto duque de Broglie, sirve para ilustrar cuanto venimos diciendo acerca de la herencia profesional.

"Un día, en 1791, Madame Roland vió llegar a su marido que salía del primer Consejo a que había asistido como ministro y en el que se había tratado de una desavenencia diplomática con Austria. Como ninguno de los ministros entendía de lo que se trataba, el rey Luis XVI les había explicado el punto en litigio. Ingenuo como siempre, Roland se admiraba de haber hallado en el rey, en lugar de un ser "embrutecido por el ejercicio del poder absoluto", un hombre, un francés más al corriente de los intereses de Francia que sus ministros de ocasión, adeptos del *Contrato Social.* —Grandísimo tonto, le dijo familiarmente Madame Roland: *si, en su puesto, él no supiera de esto mucho más que todos vosotros juntos, sería el último de los imbéciles.*

CARTA DE M. ALBERT ARNAVIELLE

Mi viejo y excelente amigo, mi hermano en Gay Saber, el poeta languedociano Albert Arnavielle me autoriza a publicar la carta que espontáneamente me ha dirigido.

Si contiene epítetos excesivamente halagadores para mí, y de que el lector clarividente sabrá hacer caso omiso sin necesidad de que yo se lo pida, tiene, en cambio, un tono y un fondo tan hermosos como puros. Esta carta posee la poesía, la pasión, el buen sentido de todo cuanto fluye espontáneamente del alma del pueblo, del pueblo activo y organizado.

Confieso que esta carta no hubiera perdido nada de su encanto para el mayor número de nuestros lectores si yo me hubiera limitado a dar de ella una traducción aproximada: pero tiene que permitírseme el que al mismo tiempo dé su texto en sana y robusta lengua de oc. Esta *Encuesta sobre la Monarquía,* que está tocando a su fin, ha sido una obra de piedad nacional y de salud pública: página a página, la he ido consagrando al total renacimiento de la antigua patria francesa. Permítaseme ahora dedicar una pequeña parte de ella a las fuerzas y virtudes de mi patria chica, a la sonora belleza de la lengua que cantó junto a mi cuna. Acaso no sería yo monárquico, ni tradicionista, ni nacionalista, ni siquiera patriota, sin las enseñanzas en esta lengua dadas por el divino canto de Mistral.

Además, Arnavielle es uno de nuestros maestros. Su nombre, sus versos y sus discursos, que tantas veces sonaron honrosamente junto a Mistral, son conocidos desde el Medoc y las colinas del Limosín hasta más allá del Ródano y hasta del Var, hasta los Pirineos y los Alpes. Del océano gascón a nuestro mar latino, el aplauso popular es su estela. Pero Arnavielle es un cevenés. Aunque vive en Montpelier, toda su vida intelec-

tual gira en torno de su viejo Alais nativo. En su carta se verá cómo se confunden su pueblo y la comarca que lo rodea con todos los sentimientos profundos de que está animado.

Albert Arnavielle es un simple empleado de ferrocarriles que, valiéndose del vasto *Tesoro del felibrismo* de Mistral y del amplio ciclo de las publicaciones históricas y filosóficas referentes a su lengua y a su región, ha adquirido una extensa y profunda cultura. El verdadero saber, que, por cierto, no consiste en saber muchas cosas, sino en saber con exactitud, completa y debidamente, es decir, con ilación, concatenación y armonía; la verdadera educación integral, aquella que se adquiere mediante el afinamiento y la perfección de los primeros elementos naturales, este saber, esta perfección han conseguido —bien puede decirse—una de sus obras más acabadas en la persona de Albert Arnavielle.

De todo ello, éste ha salido poeta. Sus versos, llenos de colorido y patetismo, no tienen nada de la frialdad ni de la sequedad de esos parnasianos que tuvieron en nuestro Midi más de un mal imitador. Son sencillos y francos. Pero, en verdad, el verdadero éxito de Arnavielle es, acaso, su elocuencia. Elocuencia práctica y, si cabe decirlo, sagrada, que transporta a las muchedumbres y las ilumina. La palabra de Arnavielle, en cuanto éste sube a la tribuna, empieza por iluminarlo a él mismo y lo transporta. Su rostro trigueño cobra los rojizos reflejos del bronce herido por el sol; su voz de cigarra rústica sube a hendir el cielo como un grito de esperanza y de amor. Le llaman *el árabe,* a causa de su color y de las líneas de su rostro, pero, en cuanto se le oye, se le llama *el apóstol,* y éste es el título que el mismo Mistral le otorgó un día delante de mí. Y otro día me dijo: —*Arnavielle es el santo del felibrismo.*

Y, al tiempo que me contaba una vida sorprendente de propagandista, de organizador, de instructor, treinta años de trabajos y de arengas para la conservación de nuestra lengua y de nuestras antiguas costumbres, una carrera de infatigable dedicación a la Copa mística [1] hacia la que convergen los sue-

1. Alusión al simbólico canto de Mistral: "Copa santa y desbordante,—derrama para los corazones los recuerdos—los santos transportes y el espíritu de los fuertes..." (*N. del T.*)

ños latinos, pensando en la vil sonrisa con que algunos ignaros pagan este celo piadoso, yo me felicitaba a mí mismo de sentirme camarada de Arnavielle no sólo como felibre-mantenedor, sino, además, como monárquico.

Tanto sobre este punto como sobre el otro, Arnavielle no puede abrir la boca sin que salga de ella una especie de cántico. Oigámosle [1].

Montpelier.

Mi querido felibre y buen amigo:

Menester es—pese a todo—que yo venga a darle las gracias en mi lengua cevenesa, real [2], por el envío que se me está haciendo desde el 29 de julio de los números de la *Gazette de France* que publican su espléndida *Encuesta sobre la Monarquía.* Estas gracias se las envío a usted lleno del fuego de mi corazón de amigo, de felibre y de monárquico. No podría explicarle con palabras la emoción que he experimentado a lo largo de esta soberbia defensa de nuestra causa, la única verdadera, la única nacional. Ciertamente, no se había hecho aún nada semejante en su favor, y aquí no sabemos explicarnos cómo el fascículo publicado conteniendo la primera parte de la *Encuesta* no ha sido distribuído a voleo por todas partes.

Prueba usted, mi querido amigo, prueba matemáticamente, la superioridad de la Monarquía francesa sobre todos los demás sistemas bastardos y falsos que han conducido a Francia allí donde actualmente la vemos, por desgracia. Y cuando los espíritus más eminentes, cuando hasta sus adversarios se ven obligados a darle la razón, hay algo que nosotros podemos asegurarle, nosotros que pertenecemos al pueblo y que vivimos su misma vida: y es que, para no hablar más que del país de los felibres, de nuestro país, de Marsella a Burdeos—¡ah, mi Alais!, ¡ah, mis Cévennes!—, el sentimiento monárquico, la fe monárquica, la esperanza monárquica no están todavía próximos a extinguirse.

1. En la edición francesa se inserta aquí el texto en lengua de *oc* de la carta de M. Arnavielle precediendo a su versión en francés. (*N. del T.*)

2. *Raïolo* (en lengua de oc), *royal,* realista, es—dice Mistral en su *Tesoro del felibrismo* (tomo II, pág. 689)—"el apodo de los habitantes de los Cévennes, especialmente de los montañeses que viven en los valles y las vertientes meridionales del Lozère. Se les aplicó, según dicen, bajo los Valois, por su vigorosa resistencia contra los ingleses que ocupaban la Guyena".

¿Qué importa la apatía de quienes, siendo ricos e independientes, debieran dar ejemplo? ¿Qué importa la claudicación de demasiados nobles vendidos a los judíos o sostenidos por ellos? ¿Qué importa la pequeñez de la burguesía que se inclina siempre del lado del poder? ¿Qué importa la boga pasajera de la República? Los hombres sencillos, los hombres del pueblo, como yo, adivinan que esto no durará y que el rey vendrá pronto a arreglarlo todo.

Somos, pues, nosotros, el pueblo, la suprema reserva de la patria.

Y aunque ahora yo le hable como felibre, mi querido amigo, ¡bien sabe usted cómo la queremos nosotros a esta patria! Como ya he dicho en mi canción dedicada a la boda del rey, yo veo a Felipe VIII, rey de las Provincias Unidas, dándonos las libertades felibresas que los otros regímenes, cualesquiera que sean, han de negarnos todos.

En una encuesta como la que está usted haciendo, la opinión del último entre los últimos, y la del más pequeño, tiene también su valor, y esta es la razón por la que le envío la mía.

De todo corazón, en Santa Estela y por el rey, y siempre, mi querido felibre y buen amigo,

su árabe afectísimo,

ALBERT ARNAVIELLE

Esta carta de un *blanco del Midí* merece ir acompañada de las páginas del parisiense M. Albert Jacquin, el cual hubiera podido parar en anarquista si su raciocinio no le hubiera conducido a los aledaños de la Monarquía; así puede verse cómo la tradición, representada por M. Albert Arnavielle, y la razón, cuyos dictados ha recogido M. Albert Jacquin, se dan la mano. Cuando haga falta, se acordarán perfectamente, sin la menor dificultad. Hay en Francia dos o tres clases o subclases sociales que están perdidas: nobles que han abdicado de su prosapia, o judaizados, burgueses y semiburgueses abotargados, plutócratas ociosos e improductivos. Con sus crasos despojos, la naturaleza de las cosas enriquecerá a los verdaderos productores, pero ¿cómo podría efectuarse tranquila y convenientemente este traspaso sin que lo presida, no digo un rey, sino una serie de reyes? La misma evolución económica postula el retorno de la dinastía que reguló todas nuestras demás evoluciones.

Pero, mientras Jacquin quiere un rey que presida la unión

de las asociaciones y comunidades profesionales, Arnavielle invoca al rey de las provincias unidas. Estos anhelos paralelos del languedociano y del parisiense no hacen más que completarse mutuamente. La verdadera Francia, la Francia real, aquella que nunca serán capaces de sentir los parlanchines y adivinos, forman un tejido rico y sutil de organizaciones locales y de organizaciones profesionales. El grupo local (provincia y municipio) vivirá debilísimo si no está compuesto de grupos profesionales (corporaciones, sindicatos, etc.); en ellos está su vigor, su resistencia, su firmeza. Pero, si no se apoya en alguna realidad geográfica vigorosa y precisa, si le faltan unas profundas raíces urbanas y rurales, el grupo profesional constituye un peligro terrible para la patria, una permanente amenaza de revolución internacional y de anarquía cosmopolita. Ambas formas se completan, pues, mutuamente y son necesarias en el mismo grado. Ambas descentralizaciones, la económica y la geográfica, se presuponen, se exigen una a otra. Felipe VIII, organizando repúblicas profesionales y repúblicas locales, será el protector de las asociaciones sindicadas [1], tanto como el rey de las Provincias Unidas.

¡El rey de las Provincias Unidas! Este hallazgo de poeta se ha hecho, como era natural, en un poema. Arnavielle me lo recuerda oportunamente. Él compuso este poema en ocasión del matrimonio de los señores duques de Orleans, celebrado el 6 de noviembre de 1896, hace hoy cuatro años día por día [2]. No podríamos festejar mejor este aniversario que recordando aquí algunas de las más ingenuas bellezas de este hermoso poema:

"Con blanco penacho de flores de lis, — vuelves curada, Francia. — El viejo pasado reflorece, — el príncipe, el rey se casa, — y, de este modo, el heredero de Enrique — da gozo cumplido a nuestra alma; — se ha casado — y así podemos gritar aún: — ¡mi Dios, mi Rey, mi Dama!

Cuando hay que escoger bien — él, que siempre acierta, — él, joven, galante y gallardo, — ha escogido a María Dorotea. — Casado real, una sangre imperial — viene a aumentar su herencia...

1. Léon Daudet ha dicho después: "El rey de los oficios". (Nota de 1909.)

2. El presente capítulo de la *Encuesta sobre la Monarquía* apareció en dicha fecha en la *Gazette de France*.

A juzgar por lo que ayer se ha visto en París [1] — oh, reyes, no tendréis más que presentaros — (así lo entienden todos) — para que el entusiasmo se desborde; — pero esta dicha no debe ser sólo para París: — debéis recorrer a Francia entera. — Llegue este día — y del Norte al Mediodía, — sobre todo en el Mediodía, — ¡qué delirio!

Señor, yo os canto en mi canción — rey de nuestras Provincias Unidas; — vos libertaréis, puesto que ya son mayores de edad, — a estas doncellas que cariñosamente — harán corte de amor — en torno de aquella que, en su alegría, — muchos de nosotros — llamamos ya — la reina felibre.

Todos de acuerdo hacia el porvenir — reanudaremos la Gesta francesa; — otra vez veremos honrar a la tierra payesa."

Quiero acabar con esta estrofa tan hermosa y que resume perfectamente lo que el señor duque de Orleans llamaba, en la carta con que ha querido honrarme, la *unidad profunda* de la *concepción monárquica*. He aquí una estrofa de canción compuesta, hace cuatro años, por un poeta popular de Montpelier: sus dos primeros versos—reconciliación nacional, nueva ascensión hacia el porvenir, reanudación de la Gesta francesa—parecen resumir, palabra por palabra, las recientes declaraciones de M. de Lur-Saluces, en Bruselas, tal como las he consignado en la *Encuesta*. Los dos últimos—la vida rústica, la tierra payesa rehabilitada—condensan las ideas de M. André Buffet, también tal como las he recogido. Así es cómo desde el hijo de los Vosgos al cevenés y al girondino, desde el abogado al obrero, del obrero al soldado y del soldado al príncipe, en todas las esferas reina el mismo pensamiento y late el mismo corazón.

1. Alusión a las fiestas francorrusas que acababan de celebrarse.

LA OPINION DE FORAIN

Miembro del Comité de la Liga de la Patria Francesa, una de las siete u ocho personas cuya infatigable labor ha mantenido en su sitio, durante los días del *affaire* Dreyfus, el corazón de los franceses [1], Forain puso en guardia a Francia contra el complot internacional que a todos nos amenazaba. En vano se intentó en el campo dreyfusista oponerle otros dibujantes: éstos no supieron replicarle nunca más que plagiándole.

Tanto como su genio y su esclarecida mentalidad, la autoridad de aquella patriótica campaña me señalaba a Forain como a uno de los más considerables testigos a quienes había que interrogar. No habíamos encontrado los dos en los días de batalla, y yo me he aprovechado de ello para ser un poco indiscreto.

Hubiera sido de mal gusto someter a Forain este cuestionario sentencioso: *La institución de una Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿es o no de salud pública?* Pero, cuando hace falta, el lenguaje de los teorizantes se traduce fácilmente al de los artistas. Por lo demás, Forain había seguido con interés las respuestas de mis distintos colaboradores. Yo observaba que él había sumado por su cuenta y a su manera, que es viva y poderosa, las bellas fórmulas de Bourget, de Barrès, de Vaugeois y de todos nuestros amigos nacionalistas y monárquicos. Quedaba por

1. Véase la colección de *Pstt!* publicada por Forain en colaboración con Caran d'Ache.

saber qué opinión personal sacaba de ello y cuál le merecían las distintas fórmulas. Esta opinión me interesaba en gran manera, y pude advertir con alegría que Forain no rehusaba darla. Tan sólo me dijo: "Espere usted unos días."

Pasaron muchos, que yo dejaba perder con liberalidad, pero la respuesta esperada no llegaba. La impaciencia, el desencanto, la inquietud, me invadieron sucesivamente, y ya iba a abandonarme a ellos, cuando me llegó este aviso: "La respuesta está a punto: venga usted."

Corrí a estas palabras tan oportunas y que tan bien me sonaban. Forain no me había engañado. La respuesta estaba a punto. ¡Y qué respuesta! La encontré extendida sobre una mesa. No hacía falta leerla, saltaba a la vista, era una fiesta para los ojos. La tardanza quedó explicada:

—"¿Qué hubiera podido yo escribirle", dijo Forain, con su concisión decisiva y casi militar. "¿Un sí? ¿Un no? Pero, ¿y los motivos? El motivar es cosa de otros. Yo soy una fuerza, un proyectil: verá usted en qué dirección, sobre qué enemigo he ido a caer."

¿En qué campo ha estallado el maravilloso proyectil? Quienes contemplen conmigo la justa y violenta figura de esta *Bella Jardinera* regando la cosecha de lises, respondan como les parezca. Pero está bien claro que estas lises tan bellas y altivas pertenecen a nuestro rey. En cuanto a la regante, aunque no llevara el gorro frigio, la nariz ganchuda, los ojos saltones de judía treintona, bastarían para reconocer en ella nuestra tercera República. El moño de pelos desgreñados anudado tumultuosamente en la nuca, alude sin duda a este idealismo protestante que sazona las obras y las palabras del hada perversa; a su tontería natural, añade ella este poco de locura religiosa adquirido en la escuela primaria. ¡Y el cuerpo! De los hombros a la cintura, a las caderas y los riñones, es un monumento de brutalidad... Sí, ésta eres tú, Democracia: obesos cuartos traseros y grupa de bestia apocalíptica; pesada acumulación de este peso de bajezas que te arrastran, a cada momento, un poco más cerca de tu elemento natural. La bruja flaquea con la regadera que sostiene con su espesa mano oblicuamente apoyándola en las rodillas entreabiertas que la ayudan a sostenerla. Pero tanto esfuerzo, tanta astucia, tan-

ta innoble tarea van a dar como fruto la eclosión del blanco ropaje de estas hermosas lises.

A primera vista se oye decir a la *Bella Jardinera*: —*Sí, yo soy esa judía que vosotros llamáis República. No me miréis*



LA BELLA JARDINERA

más, si os doy asco, pero, sin mirarme, comprendedme. Comprended: yo soy la estupidez, y no puedo ser yo misma sin preparar y gestar mi contrario: como Catoblepas, que se roe y devora sin saberlo, me mato haciendo el juego de mis enemigos declarados.

Perdónenseme algunas expresiones demasiado fuertes. He razonado lo bastante en contra de la República y se ha con-

testado demasiado mal a mis razones: tengo el derecho de calificarla como me plazca.

Esta es la *Bella Jardinera.* Vedla aquí. Miradla. Yo he preferido hablaros de ella a extenderme hablando de Forain. A ella no le falta detalle, mientras que la obra de Forain, aun dentro de su perfección, no está acabada. Esta obra, al desenvolver sus rudas posibilidades, adquiere unas fuerzas que nacen del trabajo, del saber acumulado, de la experiencia, de la edad y también de las nobilísimas pasiones que guían al artista. La otra tarde, cuando acabábamos de hojear la colección de esos incomparables *Pstt!* y él me enseñaba, en el caballete, diferentes pinturas que el maestro se negó siempre a exponer (tienen un acento y una elocuencia magníficos), Forain se resumió a sí mismo en una estoica frase digna del hombre que Drumont quisiera que ilustrase a Tácito: *—En arte,* dijo, *no hay nada que tenga interés fuera del Odio y del Amor.*

Esto explica la poesía de las altas sátiras líricas expresadas por Forain con un pequeño número de rasgos que él escoge en lo definitivo y en lo eterno; pero no hay nada que mejor desafíe el análisis. A este grado de densidad y de sencillez, los efectos del arte son como un choque físico: se les siente, y, al sentirles, puede uno esforzarse en comprenderles además, pero es casi inútil tratar de encerrarles en las estrechas categorías del discurso.

CARTA DE M. FRÉDÉRIC AMOURETTI

La *Encuesta sobre la Monarquía* supone una visión precisa de las causas de grandeza y decadencia de la Monarquía nacional, único elemento para una reflexión metódica sobre la continuidad de nuestra historia. Y hasta el presente la historia ha servido como punto de partida o como comprobación de nuestros análisis críticos. Salvo en algunas palabras de M. André Buffet y de M. de Lur-Saluces, no ha sido la materia de ninguna exposición. Por esto he pedido a M. Frédéric Amouretti que llenara aquí esta laguna.

Por el modo como ha realizado su tarea y como ha descrito, con sus principales caracteres, las instituciones de la Monarquía nacional, "tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada", es decir, según la expresión del mismo Bonald, de la MONARQUÍA TEMPLADA, se verá que nadie estaba más indicado que M. Frédéric Amouretti para esta obra de precisión rigurosa y de delicada aproximación. Esta inteligencia realista era la adecuada al caso.

Monárquico, y monárquico por raciocinio, M. Amouretti, que, a los veinticinco años, fundaba en Cannes, con su amigo Bérenger, un periódico monárquico—*El Despertar de Provenza*— y que, cinco años después, venía a ser secretario y colaborador de M. Maurice Barrès, es, tal vez, de toda nuestra generación, quien más habrá contribuído a restablecer el sentido de la tradición en los tres órdenes de la política local, de la política social y de la política nacional.

Discípulo de Mistral, afiliado desde su juventud a los grupos más avanzados del felibrismo federalista, pocos conocen como él las circunscripciones territoriales de Francia. Hace poco

contaba [1], con gracia e ingenio, en *L'Action Française*, a propósito de su maestro Fustel de Coulanges, cómo el Bottin de los departamentos, examinado sin interrupción durante quince años, le ha dado la idea clara de la realidad de nuestras ciudades y de nuestras provincias, tan desdeñadas, tan desconocidas hoy todavía por los mejores franceses. De una minuciosa investigación de todos los elementos contemporáneos de Francia han salido estos mapas, estos programas, estos planes de ordenación administrativa que M. Amouretti ha expuesto en numerosas conferencias y numerosos artículos: en los últimos años, ha tenido la agradable y rara sorpresa de notar la coincidencia casi completa de sus personales puntos de vista con las ideas expuestas por el conocido geógrafo M. Foncin. Pero es lamentable que M. Amouretti haya dejado que se le anticipen; siempre se le ha reprochado su indolencia, no, ciertamente, para el estudio, sino en la ordenación, en el poner en obra y al día su profundo y original pensamiento.

Un movimiento natural tenía que llevarlo del conocimiento del territorio al examen de las condiciones de trabajo y de la riqueza. Atraído y repelido a la vez por los sistemas de la economía ortodoxa y por los del marxismo, no tardó en situarse en una posición vecina a la de Le Play y del coronel de La Tour du Pin. Miembro del grupo monárquico de estudios sociales que fundaron el coronel de Parseval y el príncipe Louis de Broglie, M. Amouretti ha sostenido con M. Jaurés muchas polémicas muy sonadas. Se da perfecta cuenta de que aquí lo necesario es distinguir claramente el orden político del económico y la democracia del socialismo. Hay que organizar el trabajo, pero no hay que organizarlo con base democrática. M. Amouretti afirmaría gustoso con Le Play: "La Monarquía, en el Estado; la aristocracia, en las provincias", pero, por nada del mundo, añadiría: "la democracia, en el municipio", porque el municipio, tanto como el Estado y la provincia, necesita "organización", y quien yuxtapone las palabras organización y democracia no junta más que las palabras: las ideas que expresan son y se mantienen opuestas. De hecho y de derecho, la organización supone diferencias, clases, una jerarquía; res-

1. *Action Française* de 1 de noviembre de 1900.

ponde a "la voz elevada y salvadora de las leyes de gradación que penetran tan vivamente todas las cosas en la tierra y en el cielo" [1]. La democracia tiene como esencia [2] el renegar de estas leyes eternas o no tenerlas en cuenta. Lo que hace al socialismo anárquico y revolucionario no es lo que tiene de socialista, sino el veneno democrático que se mezcla siempre a él: eliminad este veneno, y la organización del trabajo persiste como un importante problema de hecho que toda sociedad sana resolverá conveniente y hasta espontáneamente, con tal que el poder político, siendo continuado y fuerte, se baste para mantener el orden en ella.

Todo debe ser referido a una cuestión de alta política nacional. Una descentralización bien pensada, es decir, conforme a la naturaleza de Francia y la buena ordenación de las cuestiones obreras dependen de la constitución que el Estado tenga. Y no es posible dar una constitución fuerte al Estado francés si se descarta el sistema monárquico. Esta conclusión, a la que M. Amouretti había llegado tan pronto, ha servido desde entonces de luz y guía a todos sus trabajos. Cada día que pasa, se confirma en ella por los estudios de política extranjera a que se consagra, con pasión casi exclusiva, en *Le Soleil, L'Express du Midi* y, sobre todo, desde que ha sido nombrado subdirector de *Paris-Nouvelles*, en los boletines de esta agencia de informaciones internacionales. En este orden de ideas, M. Amouretti se ha ocupado especialmente del examen del sistema plebiscitario tal como funciona en los Estados Unidos de América. Ya hemos visto en el primer libro de la *Encuesta* que los trabajos de M. Frédéric Amouretti sobre este tema interesaron vivamente a André Buffet.

Dase en M. Amouretti la paradoja de convertirse en defensor de M. Delcassé [3], cuyos planes e intenciones—afirma—no son peores que otros y cuyas faltas todas derivan de lo

1. EDGAR POE: *Coloquio entre Monos y Una.*
2. Hase discutido sobre esta esencia, sobre la que no cabe discutir: es una completa locura el pretender cambiar el sentido de las palabras, Y, políticamente, es más que una locura: es un delito.
3. Ministro de Negocios Extranjeros de Francia al que se debió, entre otros factores decisivos de la política exterior francesa, en el cuarto de siglo anterior a la gran guerra, la alianza franco-rusa. (*N. del T.*)

absurdo del mecanismo republicano. Se propone preguntarle algún día, en una carta abierta, si resulta muy agradable el vivir bajo la amenaza de una interpelación de M. Tourgnol...

Pero M. Amouretti explica su pensamiento con mucha más claridad de lo que yo podría hacerlo. He aquí lo que me escribe:

Mi querido amigo:

Su campaña antidreyfusista y su *Encuesta* monárquica tienen una ilación lógica.

Estos últimos tiempos he encontrado a un gran número de nacionalistas, de republicanos moderados, de "reconocementeros", de bonapartistas, de católicos, que fingian indiferencia para lo que ellos llaman una etiqueta política. Pero todos ellos me han hablado de su *Encuesta* en los términos más elogiosos. Todos han convenido en aprobar las ideas que se desprenden de ella y en reconocer que de ella se puede sacar un admirable programa de gobierno. Mas todos terminaban diciendo:

"¿Pero qué falta hace un rey para llevar a cabo estas excelentes reformas? ¿Por qué no acometerlas sin más dilaciones, en lugar de esperar vanamente a un rey que mucho nos tememos que no llegue nunca?"

A esta última objeción es fácil contestar: "El rey vendrá si usted y sus amigos trabajan por que vuelva."

Responden entonces: "Acaso tiene usted razón y, ciertamente, como nosotros somos patriotas antes que nada, si creyéramos que hacía falta el rey para llevar a cabo estas reformas, nos haríamos monárquicos... Pero no creemos en la necesidad—y no hablemos de la posibilidad—de este retorno. Estamos convencidos de que con el régimen republicano se puede beneficiar al país con todo lo que dicen sus amigos. Verdad es que no derrocaríamos la Monarquía si existiera, pero tampoco queremos derribar la República."

Ya ve usted, mi querido amigo, que no le estoy hablando de las pocas personas estimables que tienen ideas justísimas sobre muchos puntos, pero que creen, no obstante, en la superioridad teórica de la República. Estos son pocos.

Un poco más numerosos son los monárquicos que saben que la República es un gobierno inferior, pero que, creyendo imposible restablecer la Monarquía, se resignan a la tarea de atenuar el mal, sin empeñarse en curarlo.

Vuelvo, pues, a quienes aprueban y hasta admiran el programa que se deduce de la *Encuesta*, pero que entienden que se puede llevarle a cabo sin la Monarquía. Y es que están equivocados sobre el pensamiento de los monárquicos: lo que creen que es un fin, superfluo según ellos, es para los monárquicos *un medio necesario*.

"Pero—insisten ellos—no tenéis un partido monárquico ni un personal monárquico. ¿Cómo ibais a organizar vuestro Gobierno?"

—Es verdad. Aunque hay monárquicos de talento y de experiencia, no tenemos ni partido monárquico ni personal monárquico, y, además..., no los necesitamos. La idea de los partidos es republicana. La República, por definición histórica, es el gobierno de los partidos. Si nuestra República dura es porque está en manos de un partido [1]. Soñemos, pues, un poco menos y abramos los ojos: la República de todos es una estolidez sin fundamento.

Nosotros no queremos organizar ningún partido, sino crear un sentimiento. La Monarquía nacerá de una ocasión: es menester que entonces sea acogida con unánimes gritos de alegría.

Mi situación es difícil, porque sus anteriores comunicantes me han dejado pocas cosas que decir. Me mantendré, pues, a ras de tierra, esforzándome en mostrar cuáles son las necesidades históricas y geográficas de la Monarquía francesa restaurada y a qué punto preciso debe anudarse la Restauración.

Como ha dicho muy bien M. de Lur-Saluces, la palabra restauración implica el retorno a una época determinada, de la que se parte de nuevo para comenzar una nueva carrera; de otro modo, no hay restauración, sino una simple sucesión en la serie de los acontecimientos históricos. De todos modos, no hay que ser de aquellos que no han aprendido ni olvidado nada y hay que tener en cuenta cuanto ha ocurrido, bueno o malo, para eliminar lo malo y asimilar lo bueno.

El período de desviación nacional comienza a mediados del siglo XVII con Mazarino [2]; Luis XIV dejó de convocar los Estados

1. Véase más arriba, en el *Aviso a las personas prácticas*, el examen del papel de la francmasonería, considerada como única garantía de la marcha de los negocios corrientes y del reclutamiento de un personal de confianza.

2. Conviene leer bien este pasaje. Amouretti hace aquí historia y no sistema. Define hechos, aprecia acciones, acciones dignas de censura, pero que una nueva iniciativa podía reparar: de ningún modo pretende *definir* un nuevo *régimen* instituído con todos sus elementos por Luis XIV. A pesar de los actos de centralización que le son justamente imputados, la autoridad real de la época no estaba menos equilibrada, sino mucho más, de hecho, que la de un ministro de hoy en cuanto se refería a la condición de los ciudadanos y de los Cuerpos.

Generales, estableció la capitación por ordenanza, erigió los cargos municipales en títulos de oficios. De este modo, suprimió la representación nacional. Este es el primer movimiento. Ciento cincuenta años más tarde, la representación nacional, regularmente restablecida, pero que había olvidado cómo tenía que funcionar, suprimía al rey. Es el segundo movimiento.

Para evitar el tercero, que suprimiría a Francia, se impone el retorno a la época que precedió al primero. Lejos de mí olvidarme de la grandeza del siglo XVII y de la gracia del XVIII, pero ni una ni otra son cosas a las que uno pueda insertarse directamente con más facilidad que a la gloria napoleónica o que a la prosperidad económica de la Restauración, del régimen de julio y del segundo Imperio.

Aquí escribimos únicamente para las personas que piensan hondo: por esto es por lo que no tenemos ningún escrúpulo en remontar tan arriba, a la época en que la fuerza de Francia era todavía puramente terrícola. Porque (y esto lo ha visto perfectamente M. André Buffet) todo anuncia en Francia un maravilloso renacimiento agrícola, a pesar de las quejas de los agricultores, justificadas por nuestra mala dirección administrativa y económica.

Los Capetos directos, los Valois, tan indignamente calumniados, los dos primeros Borbones, han realizado el tipo de Monarquía templada que, primeramente, hizo a nuestro país palmo a palmo y, luego, lo convirtió en el primero del mundo. Se aquivocan quienes atribuyen a Richelieu la funesta desviación que se produjo después de él. La dictadura de Richelieu, impuesta por la guerra de los Treinta años, debía ser pasajera, como la de Luis XI, por ejemplo. En la Monarquía templada, los cortos períodos de dictadura son posibles cuando se hacen necesarios, pero en seguida la marcha del Estado vuelve a su ritmo normal. Lo que se hace entonces es suspender, no suprimir, ciertas libertades públicas cuyo abuso, o simplemente el uso, podría ser, en aquellos momentos, funesto. El resto del tiempo, los franceses gozaron de una libertad casi licenciosa.

Además, éstos subsistían aunque, en muchos casos, hubieran perdido su representación regular: quedaba la posibilidad de restablecer ésta devolviendo a aquéllos la plenitud de su libertad y, de este modo, todo su vigor. En cambio, la Revolución se lanzó sobre los Cuerpos mismos, en su conjunto, sobre su principio tanto como sobre su realidad. No contenta con centralizar, hase esforzado en hacer imposible toda descentralización ulterior: se acabó la Iglesia autónoma, se acabaron los Cuerpos de Estado, se acabaron las provincias, etc. Esta profunda diferencia impide comparar las peores faltas de *la política* del antiguo régimen con *el sistema* de la Revolución. (Nota de 1909.)

Estoy completamente convencido de que es Richelieu quien marca el apogeo de la gloria francesa. Eclesiástico, el gran cardenal pertenecía a la pequeña nobleza, muy cerca aún del tercer estado, al parecer. Tenía algo, pues, de las tres clases. Príncipe por la púrpura romana, inclinábase ante su rey, Luis XIII, este excelente rey, hombre admirable por su energía y su desinterés. El gran cardenal, obligado a subordinarse a un jefe hereditario, se veía a cubierto, de este modo, del vértigo de la omnipotencia, tan peligroso.

Puso a Francia tan alto, que, después de él, sólo debía decrecer. Es, pues, hasta él a donde debemos remontarnos: al tiempo en que él gobernaba debe anudar Francia el curso de sus destinos [1].

Francia tuvo siempre un suelo fértil, su espléndida raza, su situación incomparable; siempre poseyó muchos escudos amontonados por gentes ahorrativas. Estas cualidades naturales y sociales persisten todavía. Bien coordinadas y dirigidas, tras haber permitido al país resistir durante mucho tiempo al derroche y a la incoherencia de los Gobiernos, reintegrarán a Francia al primer lugar entre las nacional es capaz de mantener la continuidad de este trabajo: el Luis XIII, pero ello será por una obra de incansable paciencia que exige el esfuerzo de numerosas generaciones. Sólo una dinastía nacional es capaz de mantener la continuidad de este trabajo: el rey Enrique II es objeto de mucho desprecio por parte de los historiadores oficiales que le acusan de haber perdido ciento cincuenta plazas ocupadas por las tropas francesas en regiones alejadas de nuestra frontera, más allá de los Alpes, el Mosa, y el Rin, pero, con todo, ¡él es quien arrojó definitivamente de Francia a los ingleses quitándoles Calais y quien tomó a Metz!

Quien tiene sentido histórico y contempla en su conjunto el admirable y paralelo desarrollo de Francia y de los Capetos, siente estremecerse de gozo lo más profundo de su inteligencia. Y este estremecimiento sentido en el tiempo ante nuestra historia se le siente también en el espacio, cuando, en el curso de un viaje, se

1. Tal vez se sorprenda alguien de que yo, particularista provenzal, no me asocie a los reproches que hacen al gran ministro algunos de nuestros amigos federalistas. El particularismo es esencial a la doctrina unitaria y monárquica, porque evita las dos abominables calamidades del despotismo cesáreo y del comunismo anarquista. Pero Richelieu, especialmente por lo que hace a Provenza, no tocó para nada a nuestras franquicias: simplemente, convocó a representantes de las comunidades con exclusión de los representantes de la nobleza y de la Iglesia. Y hay que tener en cuenta que apenas había nobles en Provenza y que la Iglesia tuvo siempre sus asambleas particulares. (*Nota de Frédéric Amouretti.*)

ve desfilar ante los ojos las llanadas y las colinas, los ríos y las playas donde han luchado y luchan, admirables de fuerza, de paciencia y de voluntad, nuestros agricultores, nuestros pastores y nuestros pescadores, a los cuales debemos todo el sostén de nuestra vida. ¡Y estos pueblos llenos de encanto y poderío, bajo sus campanarios puntiagudos, redondos o cuadrados, al pie de los cuales tantas generaciones, inclinadas bajo el respeto debido a toda autoridad, han luchado por el mantenimiento de sus franquicias viviendo ora duramente, ora en la abundancia, pero siempre alegremente, y que, en la hora actual, muestran aún tanta tenacidad en vivir y desarrollarse!

Bien, si, en corta jornada, con el bastón del turista en la mano, va uno aspirando deliciosamente el perfume de cada flor de Francia; bien, si, en rápido viaje, respira a un tiempo el compuesto francés esencial, habría que carecer de corazón y de alma para no elevar un reconocimiento sensible e intelectual hacia aquellos a quienes debemos estos placeres.

Pero ¡ay!, nosotros, pobres administrados, no podemos ya completarlos con la satisfacción que nuestros padres conocieron antes del período de desviación nacional; nosotros no sabemos ya lo que es esto de sentirse ciudadano libre dentro de nuestros hogares, de nuestros pueblos y provincias y súbditos de un rey poderoso y universalmente respetado.

Los tratados de Westfalia fueron un admirable fruto de la Monarquía templada. Eran el triunfo de la política de equilibrio: nunca fué más grande Francia; nunca, en ninguna época, tuvo en Europa una nación prestigio semejante.

La Monarquía absoluta duró ciento treinta años: en su haber está Versalles, en su haber todo lo que usted sabe de grandeza; la agonía comienza en Rosbach, donde el ejército de los círculos alemanes al que dieron el nombre de ejército francés, huyó ante los soldados de Federico. Entonces vino la decadencia definitiva, interrumpida por un movimiento de energía cuando la guerra de América. Como la prosperidad material era muy grande y el régimen fiscal, detestable, la nación, privada de todos sus derechos, quiso restablecer la Monarquía templada, pero, con tan poca maña, que desencadenó la Revolución [1].

Cierto que ésta no significa el comienzo de una nueva era, pero,

1. No es nada difícil ver la causa principal de esta torpeza, de carácter enteramente intelectual. Los errores políticos de la época habían exacerbado hasta la anarquía el sentimiento de la libertad en el ánimo de los ciudadanos y, por otra parte, habían minado, hasta anularlo, el sentido de la autoridad en los gobernantes cuya sensiblería o

después de la Reforma, es el acontecimiento más importante ocurrido en Europa. En el momento en que estallaba la Revolución francesa, Inglaterra se hacía dueña de los mares, Prusia había adquirido el primer lugar en Alemania y Rusia anunciaba su propósito de dominar a Oriente.

Los comienzos del período democrático que siguieron al período absolutista fueron tan felices como los comienzos de la Monarquía absoluta tras la crisis primera. Austerlitz equivale a Rocroi, pero la democracia vale menos que la Monarquía absoluta y Waterloo es mucho más humillante que Rosbach; los tratados de 1815 debilitaron a Francia mucho más que los tratados de París que pusieron fin a la guerra de los Siete años. El período democrático [1] ha durado ya ciento diez años. No hablemos mal de nuestro siglo: materialmente, se vive en él bastante bien. Pero no mejor que se vivía en el XVIII o en el XVII, teniendo en cuenta la diferencia de circunstancias. Mas, desde el punto de vista de las personas, lo mismo que desde el punto de vista nacional, en cuanto a energía e inteligencia, Francia y franceses de ahora somos muy inferiores a lo que había en tiempos de San Luis y de Francisco I. Y hoy, cuando no falta nada para la plena democracia, nos encontramos lo mismo que en 1788. Francia es siempre Francia, como dice la canción. Pero comparad: Inglaterra, Prusia o Alemania, Rusia...

Yo no digo que nuestros gobernantes actuales sean unos imbéciles, ni que son unos ladrones, porque no lo creo de una manera general, si bien los decentes y talentosos se ven paralizados por las instituciones. Pero muchos de ellos son de una mediocridad de nivel excesivamente bajo, lo que es debido al empleo continuo y creciente, durante un siglo, de los procedimientos democráticos para la elección de los políticos y administradores de la cosa pública. Del Imperio a la Restauración y después al Gobierno de julio, al segundo Imperio y a la República actual, nuestro retroceso es constante y patente. Y ello depende exclusivamente del sistema de reclutamiento de las autoridades encargadas de dirigir la nación.

Hay que cambiar, pues, estos métodos y convencerse de que un sistema que consiste en proceder bruscamente, por una elección o un concurso, a una selección de capacidades puramente individual, es insuficiente del todo y que hay que substituirlo por el de una selección familiar y hereditaria. Individualidades poderosas, nacidas

efectiva bondad (la de Luis XVI, por ejemplo) no podía dejar de producir funestos resultados. (Nota de 1909.)

1. Entiéndase que empleo esta palabra en un sentido muy concreto, puesto que me refiero a las instituciones, a las leyes y al estado de espíritu democráticos: ¡de ningún modo a un estado social!

de un tronco campesino o proletario, se ven demasiado a menudo detenidas en su desenvolvimiento por políticos charlatanes o por premiados en concurso. Para que un hombre logre ascender a una clase superior, hace falta que tenga una talla por la que sea capaz de arrastrar tras él a toda su familia. Si sube solo, es una burbuja hinchada.

Nada temo para el Estado de estas ascensiones familiares: son útiles y necesarias, dan lastre y estabilidad. Los nombres se amontonan bajo mi pluma, pero no nombraré a nadie personalmente. No obstante, en esta aristocracia nueva pongo yo toda mi confianza, porque ha de sentir la necesidad de fundamentarse, de ligarse a la tierra, de reanudar la tradición, de recibir de nuestra nobleza histórica la elegancia suprema y el espíritu militar que no se aprenden en los clubs ni en los cafés, y, de nuestra vieja burguesía, la rígida probidad y el espíritu abierto. Los "desarraigados" de Maurice Barrès volverán a tener raíces.

Yo admiro, pues, a estos hombres robustos que llegan a los primeros puestos del Estado: tal peón que, a pesar de sus doce hijos, ha llegado a...—no acabo la historia—, es muy capaz de dar comienzo a una dinastía tan dilatadamente gloriosa como la de Mateo Bouchard, más conocido bajo el nombre de Montmorency. Y otros hay, aunque no cuento entre ellos—al contrario—a ciertos políticos promovidos a diputado o ministro porque la tienda paterna, bien situada en una calle de tránsito, prosperó, y el muchacho, que tenía una lengua expedita, se hizo abogado. Esta es la gente que nos está devorando.

Por el contrario, los hombres de quienes hablo más arriba son aquellos con quienes hay que contar para restablecer en Francia esa Monarquía muy fuerte, pero templada, que labró la grandeza de nuestro país. Desde que Francia la perdió, y a pesar de accesos pasajeros de respiro y de gloria, cayó en decadencia. Esto es lo que empiezan a comprender esos jóvenes de aguda inteligencia que advierten, al fin, que los han engañado, que, bajo el nombre pomposo de Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, les han ofrecido unas palabras vacías de sentido y no unos principios sólidos.

Toda la vida me acordaré de la expresiva mímica de repugnancia con que M. Paul Bourget citaba la primera afirmación de dicha declaración: "los hombres nacen libres". ¡A la edad de un minuto, libres! ¡Absurda conclusión a que se ha llegado!

Durante todo el presente siglo, unos hombres que van de M. de Maistre a M. Taine, pasando por M. Le Play y M. Fustel de Coulanges, han mantenido los derechos de la autoridad, unidos a los de la tradición histórica: sus doctrinas, fuertes y precisas, han penetrado, lenta y profundamente, en el alma y el corazón de las nuevas generaciones inteligentes. Son estos jóvenes cultivados y enteros quienes reconstituirán la Monarquía templada, histórica, adaptándola a las nuevas condiciones que han creado doscientos cincuenta años de vida nacional desviada, pero gloriosa, y que nosotros adoptamos íntegramente.

Porque sólo la Monarquía templada puede dar a Francia seguridad con el Ejército, reputación con la diplomacia, prosperidad con la paz económica, y hacerle recobrar la conciencia nacional mediante la rehabilitación de todas las energías locales.

Antes de terminar, he de dirigir, respetuosamente, dos observaciones: una, a la nación; la otra, al rey.

A la nación le digo: "Ciudadanos, os han contado que nuestros reyes eran unos monstruos; es cierto que hubo entre ellos hombres débiles, poco inteligentes, bastantes mediocres y licenciosos y acaso dos o tres malos. Pocos ha habido que fueran hombres notables; la mayoría fueron hombres de inteligencia media y concienzudos. Pues bien, mirad su obra: es Francia."

Y digo al rey: "Rey, mi señor: entre la serie de vuestros antepasados, no os fijéis ni en San Luis, ni en Enrique IV, ni en Luis XIV. Fijaos en el buen rey Luis VI que abatió a los barones-bandidos, transformó a los buenos barones en prebostes que protegían auténticamente al bajo pueblo de Francia—campesinos y artesanos—y dió a los burgueses libertades valiosas y amplias, pero concretas y reglamentadas. Esta era la tarea indispensable: ella hizo posible las glorias seculares."

FRÉDÉRIC AMOURETTI

No hay nada que decir al margen de esta carta, como no sea: *bene, recte, optime.*

Después de nueve años

Perdimos a Frédéric Amouretti el 26 de agosto de 1903. Quienes hayan leído bien su admirable carta, pensarán con nosotros que su muerte fué una gran pérdida para el país. Su recuerdo merece permanecer vivo y venerado en la *Action Française,* porque nadie participó más eficazmente que Frédéric

Amouretti en la elaboración del cuerpo de doctrina del "nacionalismo integral". En el Instituto de *Action Française* una cátedra lleva su nombre. El autor de la *Encuesta* espera rendir algún día el debido homenaje a la memoria del amigo cuyos estudios y meditaciones compartió durante diez años.

CONCLUSIÓN DEL SEGUNDO LIBRO DE LA ENCUESTA

Tras las profundas confirmaciones históricas de nuestros análisis de filosofía política que M. Frédéric Amouretti acaba de hacer, la *Encuesta sobre la Monarquía* debe cerrarse, pero antes hemos de dar las gracias a los autores de la noble serie de cartas que anteceden. No me perdonarían ellos, a buen seguro, el que les tributara el más pequeño agradecimiento personal, porque con ello daría a entender que no había comprendido cuál es el motivo que les ha movido a todos a contestarme. Sepan, por el contrario, que todo el mundo lo ha percibido, que ningún lector ha dejado de darse cuenta de que, al hacerlo, obedecían todos ellos al patriotismo más generoso. También por esto debemos felicitarnos, como de una dicha para Francia.

En efecto, gracias a ello, por una parte, las altas murallas que los ministros del culto republicano han pretendido levantar entre la masa de los ciudadanos y lo que todavía llaman el partido monárquico, estas altas murallas—repetimos—se han derrumbado por su propio peso en cuanto se ha enfocado la cuestión República y Monarquía desde el punto de vista superior del interés público: nuestros adversarios nos han hecho sus objeciones, y éstas, aun las más duras y las más apasionadas, hasta las más injustas, han servido siempre para abrir en la muralla brechas preciosas, portillos utilísimos, excelentes lucernas. Las aberturas practicadas en el recinto en que creían tenernos encerrados, acaso no han sido el resultado menos estimable de la obra llevada a cabo en común.

Por lo que toca únicamente a los monárquicos, algunos colaboradores de un valor enorme se han quitado la careta. Así

se ha sabido que tal gran escritor, tal gran artista simpatizaba con nuestras ideas. Así se ha enterado todo el mundo, con sorpresa mayor todavía, de que tal otro espíritu eminente, a quien la opinión colocaba, y él mismo se coloca, entre nuestros adversarios y que, por lo demás, goza de las más altas dignidades de la República, no regatea el reconocer que, científicamente, racionalmente y, por así decirlo, físicamente, la Monarquía es la verdad política. Muchos de los nuestros, cuando se proclamaban monárquicos, se creían depositarios de un sentimiento, de una tradición—de la más santa de las tradiciones, sin duda, del más noble de los sentimientos—; pero, ¿acaso no se habían olvidado del fundamento de esta nobleza, de la razón de esta santidad? Por lo menos habían olvidado la clara fórmula de ambos y ahora queda restablecida.

En este tiempo de nacionalismo, han visto que representaban el nacionalismo integral, ya que el instinto popular hallaba en ellos, y sólo en ellos, un desenvolvimiento regular hacia un objetivo definido. Nosotros nos hemos atrevido a pronunciar el nombre de Monarquía científica. No han faltado algunos pedantes, acostumbrados a mezclar la ciencia en todas las salsas, que han visto en la elección y el empleo de estas dos palabras una especie de maniobra para deslumbrar. Pero nosotros no nos hemos contentado con decir o con escribir: hemos probado lo que decíamos y, además—y este es otro de los resultados obtenidos—la atención, la consideración que se han dignado concedernos tantos espíritus jóvenes y ardientes, pero críticos, han servido de control a las pruebas que dábamos.

Sería pueril envanecerse de haber agotado en unas columnas de periódico el inmenso tema de una Encuesta sobre la Monarquía. Pero, por lo menos, lo esencial ha sido tocado. Y podemos decir que, de lo esencial, después de tres meses de discusión, todo está en pie, nada ha sido seriamente desbaratado [1]. De las autorizadas observaciones políticas que me habían confiado M. André Buffet y el conde de Lur-Saluces se desprendía una doctrina: no creo que ésta haya sufrido debilitación

1. Repitamos que ocurre exactamente lo mismo después de nueve años. (Nota de 1909.)

ni obscurecimiento. Ha habido respuesta para todo y para todos.

"¡La verdad, sólo la verdad!", como decía Sainte-Beuve. Nos hemos burlado de todo cuanto no era la verdad política. Sólo ella era digna de apasionar aquí.

Una triste fuerza de las cosas ha hecho de cada francés un rey. Cada uno de nosotros está encargado de la irrealizable misión de proveer al bien público y de velar por el desenvolvimiento nacional en sus condiciones más generales. Esta tarea es absurda: aun reducida al mínimo—lo que equivaldría a reconocer la incapacidad individual para velar por el bien de todos y a proclamar una monarquía *"hereditaria, tradicional, antiparlamentaria y descentralizada"*—yo no creo que la unanimidad de los franceses sea nunca capaz de tomar la iniciativa de semejante tarea. Pero, imposible para todos, no por esto deja de incumbir más gravemente a los mejores. Los mejores en todas las artes y todos los oficios y en todas las esferas: los mejores campesinos y los mejores obreros, los mejores oficiales, los mejores filósofos, los mejores escritores, los mejores administradores; esta es la pública selección llamada a descubrir la verdad y, una vez descubierta, a imponerla.

Habría que aprovecharse, para ello, de la primera ocasión. En República democrática es difícil que los mejores lleven ventaja. Si la llevaran a menudo, no haría falta derribar la institución. Pero lo que hay que hacer entender a los buenos republicanos es que no pueden llevar ventaja casi nunca, que su triunfo significará siempre un puro azar, que este azar, si se repite, los corromperá a ellos mismos y los desviará. Cuanto más "bueno" se hace un republicano, más se aproxima al monárquico: un geómetra diría que el monárquico es el límite matemático del republicano. El monárquico es el buen republicano llegado al grado de inteligencia y de civismo en que uno abdica su parte de soberanía, su particular realeza por el bien de la dirección necesaria al conjunto de la nación.

La política es demasiado sabia y demasiado compleja, pone en juego intereses demasiado importantes, distantes y generales para entregarla a la fantasía de cada uno. Todos esta-

mos interesados en ella, sin duda, pero, no porque nos interese también el usar sombreros, paraguas y zapatos, nos creemos obligados a hacernos nuestros sombreros, nuestros zapatos y nuestros paraguas. Para cada uno de estos trabajos hay unos obreros especializados. Asimismo, para la política se requieren obreros especiales. Su trabajo necesita nuestro asentimiento y nosotros lo controlamos, pero los obreros tienen la iniciativa del mismo y sería una pura casualidad el que nosotros tuviésemos alguna vez alguna buena idea, una idea práctica y útil que proponerles.

Desprovista de un patriciado bien constituído, de una clase que pueda especializar el *oficio de rey*, Francia está *obligada* —es la palabra—a la Monarquía. Esto no depende de su voluntad, sino de sus necesidades. Y la buena marcha de la política excluye—ya lo hemos dicho cien veces—, por la naturaleza misma de las funciones que hay que llenar y de los intereses que hay que defender, una monarquía vitalicia. Las monarquías, lo mismo que las repúblicas, no prosperan más que a condición de que el poder esté vinculado a la herencia. Todas las demás constituciones del poder, en los países que tienen un "Estado" político [1], o que necesitan tenerlo, son caducas y ponen el patrimonio común en liquidación. De consiguiente, si hace falta un rey, hace falta un rey hereditario, hace falta una dinastía. Afortunadamente, si está mal organizada por lo que hace a la aristocracia, Francia no ha perdido su dinastía que no

1. Suiza y los Estados Unidos apenas tienen un Estado político. Razón por la que pueden prescindir de esta condición. Pero aun Suiza fué una República patricia hasta 1848, y una especie de teocracia doméstica presidió los orígenes de los Estados Unidos. Y desde que estos últimos tienden a adquirir un Estado político (Ejército, Marina, Diplomacia), van alejándose al mismo tiempo de la democracia y de la República; su *imperialismo* manifiesta la tendencia hacia una forma de principado y de monarquía. La reelección de Mr. Roosevelt y la elección de Mr. Taft, hechura de aquél, confirman nuestros pronósticos de 1900. Anotemos, además, que Mr. Roosevelt y su amigo encarnan una plutocracia directora y esperemos en paz los acontecimientos. (Nota de 1909.)

Nota del traductor en 1935: El buen sentido del lector advertirá cuánto refuerza las precedentes palabras, escritas hace veinticinco años, el hecho de la presidencia de los Estados Unidos por otro Roosevelt, elegido precisamente, en gran parte, por razones *dinásticas*, es decir, en virtud de lo que su nombre representaba de tradición y continuidad de una política.

es solamente nacional, sino que fué la creadora de nuestra nacionalidad antes de convertirse en tutora y guía de ésta.

No tengo por qué repetir ahora todo lo que fundamenta las ideas que estoy resumiendo, pero la conclusión de todo ello es sencillísima: "*O Francia y el rey, o nada de rey, pero nada de Francia tampoco.*"

Quienes se sitúen en este punto de vista de Francia, los republicanos patriotas, los buenos republicanos, estarán de acuerdo con nosotros en esta conclusión monárquica. Y una vez conseguido este acuerdo, no queda sino ir a visitar al señor duque de Orleans para estudiar con él los mejores medios conducentes a la pronta vuelta del rey de Francia.

El señor duque de Orleans los acogerá perfectamente. El príncipe está decidido a reinar. Una vez más podría yo aducir palabras o actos suyos que pintan su carácter. Nada lo pinta mejor que su constante aplicación a los asuntos de Francia. Del mismo modo que se dió cuenta desde el primer momento del mecanismo secreto del *affaire* Dreyfus, ha reconocido la importancia del nuevo movimiento monárquico y del nuevo planteamiento del problema. Más arriba se ha visto un fragmento de una carta que el príncipe escribió a M. Bourget y que es esencial releer aquí:

"*Como dice usted muy bien*—escribe el señor duque de Orleans al eminente literato, a propósito de las ideas expuestas por éste aquí mismo—, *hay un completo acuerdo entre la ciencia histórica y natural y la doctrina monárquica. Los espíritus reflexivos y sinceros se sorprenderán, sin duda, de la demostración que usted hace de ello.*" Y el jefe de la Casa de Francia añadía estas graves palabras: "*Sólo el poder legítimo y tradicional puede ser autoritario sin hacerse despótico o violento. Al rey de Francia no podrían dirigírsele jamás las vindicativas palabras de Montalembert cuando prevenía al jefe del poder contra la embriaguez de la victoria y el deslumbramiento de la dictadura.*"

El señor duque de Orleans ha consagrado la definición de la monarquía templada. A los franceses toca el profundizarla ahora. A los mejores de entre ellos el realizarla.

A NUESTROS AMIGOS.—Por espacio de toda la duración de

la *Encuesta sobre la Monarquía*, por decisión propia, por la absorción del estudio, por gusto, he prescindido de todo lo demás. Así como se cierran los ojos para meditar o se acalla el pensamiento para realizar una obra de fuerza corporal, yo he abolido durante este tiempo toda imaginación personal, he sacrificado todo lo que se salía de las ideas que había que propagar o de las fantasías que había que discutir. La objeción o el asentimiento, el elemento de fuerza o la amenaza de debilidad para nuestras doctrinas: esto es lo único de que me he ocupado durante toda una estación.

Quienes han atravesado algún período de absorción intelectual saben hasta qué punto los hombres nos son entonces indiferentes y extraños. Buenos o malos, amigos o enemigos, su silueta se esfuma en un horizonte lejano: uno no concibe entonces ninguna relación útil con ellos. Visitarlos, contestar a sus cartas, corresponder con una señal de simpatía a las muestras más generosas de aprobación, son cosas que parecen por encima de las fuerzas de uno. Cosas de las que todo prisionero de un trabajo que le apasiona debería estar libre y como exceptuado de derecho. Él no tiene sentidos ni alma más que para esta Armida que lo encierra en sus jardines.

Salido de este encantamiento, no quiero parecer ingrato ni, sobre todo, dejar de contribuir por mi parte a la mayor unión de nuestro antiguo haz monárquico.

La propaganda monárquica dispone en todo el país de una notable fuerza. Pocos eran antes los que osaban reconocerlo. Aun hoy, muchos lo dudan. Yo he apreciado con mis ojos estas fuerzas espontáneas: concursos y abnegaciones que se ofrecen, entusiasmos que piden ser utilizados. La idea de la causa que hay que servir y el nombre de nuestros desterrados han bastado a movilizarlo todo. Desde la aparición del primer fascículo de la *Encuesta*, la corriente surgió. Tanto en el pueblo, como en la burguesía, como en la vieja o en la reciente aristocracia, quedaban desbordadas todas las esperanzas que yo me había atrevido a concebir.

El montón de cartas esparcidas sobre mi escritorio atestigua que el impulso no ha disminuído después. Las hay de todas las fechas y de todas las procedencias. Hasta ahora no he contestado a nadie, pero espero poder contestar pronto a todos.

No obstante, mi deuda mayor y, por así decirlo, la más escandalosa, es la que tengo pendiente con mis colegas de la prensa de París y de nuestras provincias. Los artículos que esta *Encuesta* ha inspirado forman un legajo inmenso: si me gustaran estas cosas, darían pie a la confección de un buen album. Yo no he hecho el album. Como un soldado afortunado escoge para su príncipe las primicias de su botín, he enviado al señor duque de Orleans la flor de disputas y encomios, de los que ha sido él, desde el principio y por su enérgica actitud francesa, el punto central. Si el trono fué derribado a consecuencia de una larga agitación intelectual, estos frágiles papeles que han interesado a una parte de la opinión pueden hacer que el recuerdo y la esperanza no pierdan sus naturales derechos.

¿Cuáles han sido los amigos más fieles de la *Encuesta?* La enumeración sería digna del viejo Homero, por el cual debería comenzarse, puesto que el padre de los poetas nos ha proporcionado liberalmente para nuestro primer fascículo un epígrafe de incomparable belleza: "*El gobierno de muchos no es bueno*: *venga un solo jefe, un rey.*" Joseph de Maistre había puesto ya este texto de la *Iliada* a la cabeza de su tratado *Del Papa*. Otras cosas de mayor importancia hemos sacado, tanto del conde de Maistre como del vizconde de Bonald, del mismo modo que ellos no temieron inspirarse en toda la sabiduría de los profesionales de la ciencia política que escribieron antes que ellos. Estos maestros, estos doctores, han sido nuestros primeros apoyos. Una larga tradición que recoge la experiencia del género humano ha sido nuestra guía; de ninguna época, ni de ninguna edad, hemos desdeñado voluntariamente nada que fuese útil e instructivo. Pero los materiales de todo esto estaban reunidos y preparados desde hace mucho tiempo en la misma casa en que yo me he puesto a usarlos; si la tradición amenazara extinguirse, su último refugio estaría al lado del director de la *Gazette de France*.

El coronel de Parseval, que no ha cesado de reproducir en el semanario *Réveil Français* las páginas de la *Encuesta* y las palabras de su autor, es, entre todos nuestros colegas, aquel de quien más cerca estamos. Nos ha hecho el gran honor de

no olvidarnos un sólo día[1], y el más eminente de sus colaboradores, desde el amable retiro de su casa de campo, ha querido significar su atención—acaso más que su atención—hacia el método y la doctrina de este trabajo. Yo he tenido a menudo ocasión de demostrar a M. de la Tour du Pin el valor que he dado siempre al menor asentimiento del autor de los *Aforismos de política social*[2].

En el *Clairon de la Villette,* el conde Jean de Sabran y sus animosos colaboradores, entre los cuales no puedo olvidar a M. Roques, mostraron, desde las primeras palabras llegadas de Bruselas, el apasionado interés que les despertaban aquellas conferencias. Conocido es Sabran, conocidos la poesía y lo pintoresco de sus salidas, lo imprevisto de su original elocuencia. Sus invectivas a los católicos "reconocementeros", bautizados por él con el nombre de *sixtinianos,* hubieran podido servir de ilustración a nuestras páginas haciendo juego con Forain.

En el *Soleil,* nuestro excelente amigo Félicien Pascal, cada día más impresionado por la verdad política que Bourget le mostró, cada día más penetrado del paralelismo de las lecciones de Bonald y de Taine, de Comte y de Le Play, ha sentido y ha hecho sentir, en repetidas ocasiones, la concepción científica de la Monarquía. Ernest Renauld, en *Le Pays,* Léon Barracand en *Le Moniteur Universel,* el padre Henri Brémond en los *Études religieuses de la Compagnie de Jésus,* han aprove-

1. El coronel de Parseval ha dicho, entre otras cosas, ésta que tenemos especial interés en recordar: "En primer lugar, André Buffet ha condenado la Monarquía parlamentaria, de la que nadie quiere saber nada y que lleva infaliblemente a la República: ha demostrado que, *para hacer las reformas,* es decir, para responder a su razón de ser, es indispensable que, conforme a la tradición, la Monarquía sea *representativa.*"

"La mala fe y la ignorancia han confundido a menudo la Monarquía parlamentaria con la Monarquía representativa: la primera, copiada de la nación inglesa, que tenía otras condiciones distintas de la nuestra, ha sido un accidente en nuestra historia; la segunda es de esencia nacional: hay que rehabilitar sus principios, alterados por el antiguo régimen. En esta monarquía, el rey reina y gobierna. Las asambleas, auténtica representación social de la nación, controlan el gobierno. El país se administra a sí mismo, gracias al libre ejercicio del derecho de asociación, de que nace la descentralización."

2. En la colección de los principales estudios de M. de la Tour du Pin (*Hacia un orden social cristiano, Jalones de camino*), pueden verse las numerosas pruebas del interés que M. de la Tour du Pin no ha cesado de demostrarnos desde hace más de diez años. (Nota de 1909.)

chado oportunísimamente las ocasiones que se han presentado de encaminarnos a los patriotas y los curiosos. En estos tiempos de indiferencia intelectual, un cierto género de curiosidad pasa casi por virtud.

Dirigiendo todos los esfuerzos de propaganda, agrupándolos y ordenándolos desde la oficina monárquica del faubourg Saint-Honoré, el director de la *Correspondance Nationale,* M. Paul Bézine, daba a menudo la señal tanto a la prensa parisiense como a la de los departamentos. La primera llamada pública, de él salió, el 15 de agosto, en el banquete de la fiesta de Santa María. La poderosa organización que pronto unirá todos los elementos monárquicos ha contribuído a difundir la *Encuesta* que, gracias a Paul Bézine, ha sido puesta así, casi directamente, al servicio del rey[1].

Pero, en provincias, nuestros amigos, sin esperar orden alguna, se habían lanzado ya sobre nuestro estudio y lo reproducían y comentaban sin parar; apenas puedo, en medio de su número, distinguir a los amigos personales de los amigos desconocidos: tanto han rivalizado unos con otros en celo, talento y constancia.

Ciertamente, Auguste Giry, en la *Gazette* y en *Le Soleil du Midi,* Henry de Cardonne en *L'Avenir du Loir-et-Cher,* y Cordier en su admirable *Nouvelliste de Bordeaux,* y Lureau en la *Jeuneuse Royaliste* du Sud-Ouest, han colmado la medida de lo que cabía esperar de su experiencia, de su ardiente monarquismo y de su buena amistad. Y, además, el director del *Messager de l'Allier,* M. Lamapet, que lo ha sacrificado todo a dar cuenta exacta de los menores progresos de la *Encuesta,* y

1. He aquí las palabras de M. Paul Bézine, según la *Gazette de France* del 16 de agosto de 1900:

"No tengo la menor intención, señoras y señores, de pronunciar aquí un discurso político, porque estaría fuera de lugar y, además, porque este discurso acaba de ser pronunciado, y pronunciado magistralmente.

"En una serie de intervius recientemente publicadas por la *Gazette de France* con la firma de un escritor que honra grandemente a nuestra causa, mi amigo André Buffet ha trazado, con la forma original y pintoresca propia de él, el cuadro más vivo y más exacto de lo que será la Monarquía de mañana. Nada ha olvidado: cuestiones políticas, religiosas o sociales. Ha afrontado cara a cara todas las objeciones y las ha ido refutando una tras otra. Y, en una rápida visión de los diferentes remedios preconizados, ha puesto maravillosamente de relieve su insuficiencia práctica y la superioridad de nuestra solución."

el redactor en jefe del *Nouvelliste de la Sarthe*, M. Robert Havard, filósofo y hombre de muchas letras, elocuente y sabio, que lleva dignamente su nombre célebre, y, en *Le Courrier* de Poitiers, el marqués de Moussac y todos los redactores de esta enérgica publicación, y M. de Lagonde en el *Express du Midi*, y M. Guillaume Corfec en la *Indépendance Bretonne*, y M. Rene Pierre en la *Union Malouine et Dinanaise*, y, en la *Revue de l'Ouest*—nuestra constante aliada, nuestra fiel colaboradora—, M. Edmond Béraud, y, en el *Éclair* de Montpellier, M. de Vichet, director del mismo, y su redactor jefe M. Malachie Frizet, y, en el *Publicateur de la Roche-sur-Yon*, M. Rémy de Simony, y, en el *Journal du Midi* el reflexivo, paciente, tenaz, inmutable M. Bourthoumieu, el cual, no hace mucho, dirigiendo la palabra a los monárquicos de Montpellier y queriendo dar a sus palabras una conclusión efectiva, no encontró nada más decisivo que poner sobre la mesa presidencial unos ejemplares del primer fascículo de la *Encuesta;* y el director de la *Espérance du Peuple*, M. Feildel [1], y M. Martin, su redactor jefe; y este colaborador voluntario y oculto de la *Espérance du Peuple* que, todavía hace poco y a propósito de la carta de Albert Arnavielle, escribía en el gran órgano de Nantes esta profesión de fe digna de Montluc: "En cuanto a mí, tengo fe, tengo esperanza, pero no tengo la menor caridad ni para los judíos, ni para los francmasones, ni para los imbéciles que los dejan maniobrar a su antojo..."; y M. Remy, del *Journal de Péronne*, tal vez exagerado en su entusiasmo, pero cuya simpatía de espíritu nos llega al corazón; y, en el *Réveil de la Haute-Saône*, M. Bailly, que opone, a la evidente mala fe de sus adversarios, firme y dignamente, la cortesía más perfecta y el gusto más insólito por los menores detalles y los menores matices de la verdad, escritor que evoca el noble recuerdo de las buenas gentes de antaño... Y tantos otros de nuestros colegas de provincias a quienes no he visto nunca, con quienes nunca me he encontrado, cuya mano nunca estreché, y que han puesto en sus noticias, en sus artículos, en las líneas que más impersonales podían ser, algo más que la pasión política

1. M. Feildel era el padre de nuestro amigo M. André Feildel, hoy redactor de la *Gazette de France*. Este consecuente monárquico murió el 26 de junio de 1905. (Nota de 1909.)

y que la aprobación doctrinal: esta cálida y viva cordialidad de hombre a hombre que tal vez habrá servido para probar a muchos lectores ajenos a nuestro campo que el mundo monárquico, en su conjunto, es ya lo que debe ser: ¡la prolongación de nuestras propias familias, un resumen de la nación!...

¿Habré nombrado ya todos los periódicos amigos de la *Encuesta?* Acabamos de pasar revista a algunos de los más decididos. A esta lista hay que añadir *L'Anjou*, el *Courrier de l'Aude* [1], *L'Écho de la Mayenne*, *L'Écho de la Marne* [2], maravilloso éste de animación y de entusiasmo en una campaña en que todos se han distinguido, la *Gazette de Libournais*, la *Gazette du Centre*, *Le Journal de Maine-et-Loire*, *Le Journal du Centre*, *Le Journal de Rennes*, *Le Messager de Valence*, *Le Morbihannais*, el *Mémorial* de Pau, *Le Mellois*, el *Messager de Bourges*, el *Petit Nivernais*, el *Ralliement* de Montauban, el *Vosgien*, la *Voix du Peuple*, *La Vendée*. Y no hago la cuenta más que de aquellos que han prodigado, mejor que dado, su concurso, no interrumpido ni por el tiempo ni por las incidencias. Pero, aun habiendo sido menos sistemáticos, otros ha habido que han sido asimismo enormemente útiles.

Tengo, pues, que dar las gracias también a *L'Avenir des Campagnes*, a *La Bellêmois*, al *Courrier de la Lozère*, al *Courrier de l'Aisne*, al *Courrier de Saint-Nazaire*, al *Courrier de Verdun*, al *Courrier du Nord-Est*, al *Courrier de Bayonne*, al *Courrier du Maine*, al *Écho de la Haute-Marne*, al *Écho du Velay*, a la *Franche-Comté*, a la *Gazette de Château-Gonthier*, al *Journal de l'Oise*, al *Journal de Fougères*, al *Journal Saint-Quentin*, al *Journal de la Meurthe*, al *Journal de l'Ain*, a la *Mayenne*, al *Nouvelliste d'Épinal*, al *Nouvelliste de Rouen*, al *Rousillon*, al *Régional* de Lyon, a *La Semaine* de Bayona, a *Le Salut* de Saint-Malo.

Esta enumeración alfabética parece ya completa y todavía no estoy seguro de que estén comprendidos en ella los catorce o quince diarios en los que mi eminente amigo M. Oscar Havard, mal oculto tras el seudónimo de Menalco, ha hecho pe-

1. En éste han sido muy especialmente notados los artículos de M. de Bordas.

2. Dirigido entonces por nuestro eminente amigo M. Roger de Felcourt, que acaba de fundar *La Champagne*. (Nota de 1909.)

riódicamente el análisis de las más pequeñas fases de este trabajo. Desde el 29 de julio a mediados de noviembre, una y otra vez se ha ocupado de él, llegando hasta a tomar nuestro puesto para ciertas réplicas y proporcionándonos abundantemente, y con admirable celo, razones, hechos e ideas. Por todo ello le doy las gracias. Pero ¿cómo darlas a todas las publicaciones que, a título de pura información o de aprobación relativa, han señalado aspectos de las conversaciones de Bruselas, o la carta de Paul Bourget, o las declaraciones anticentralistas del señor duque de Orleans?

Las revistas de provincia, como *Ame Latine* y, particularmente, la muy docta *Pays de France*, de M. Joachim Gasquet, han comprendido a las mil maravillas el sentido de nuestra *Encuesta* y, sobre todo, el alcance de las regias manifestaciones, de las que nadie separa aquélla. "Estas hábiles promesas del duque de Orleans" (estoy citando a un adversario, M. Jauffrenou, en el *Ouest-Éclair*), estas promesas, que no son una habilidad, sino la simple expresión de la verdad monárquica, han tenido la virtud de despertar por todas partes los sentimientos particulares y tradicionalistas. Los talentosos muchachos que, con MM. Viollis y Lafargue, redactan el *Effort* de Toulouse no han podido abstenerse de mencionar el hecho, pero un estado de espíritu mitad religioso y mitad electoral les ha impedido sacar de él las debidas consecuencias y se han lanzado a inútiles violencias cuando hubieran podido discutir.

Me hubiera gustado responder, en cambio, a M. Georges Deherme, el iniciador del Palacio del Pueblo y fundador de la *Cooperación de las ideas*, pero creo que no ha llegado todavía el momento de hacerlo. M. Georges Deherme está de acuerdo con los monárquicos en muchos puntos esenciales. En el área de los sentimientos abriga un odio vivo contra los políticos y toda política de partido. ¿Qué es, pues, lo que detiene el pensamiento de M. Deherme?

En primer lugar [1], me parece que no ha meditado bastante en la importancia de las funciones del Estado. Su desprecio de la política pura se explica y se justifica. Pero podría sentir este desprecio y, con todo, preocuparse de proveer de una vez, como los monárquicos, a los servicios de la defensa nacional, de la diplomacia, de la alta policía y de la justicia. Si nosotros nos preocupamos tanto del Estado, es, precisamente, en virtud del mismo instinto que M. Deherme, *para no tener que preocuparnos más de él luego*. Pero, además, M. Deherme da a la palabra democracia (palabra que le es grata) un sentido completamente distinto del que nosotros le atribuímos. Él concibe las naciones y el género humano como un sistema de asociaciones, de compañías, de pequeños cuerpos, infinitos en número, a cuyo amparo el individuo se desenvuelve y se propaga. Es, exactamente, nuestra concepción. Pero él cree que la idea de nación está condenada a desaparecer [1] y nosotros estamos persuadidos de que, durante muchos siglos aún, el género humano no será la Internacional: desde la caída del Imperio romano y de la escisión de la Cristiandad del medioevo, es la nacionalidad lo que forma el grupo más sólido, más vasto y más completo... Tercera y última divergencia: M. Deherme es individualista [2], se enlaza con los liberales burgueses de mediados del siglo XIX que tenían como un sacramento la idea de los Derechos del Hombre. Antes de determinar el valor de un hombre, le reconoce una dignidad política y socialmente infinita.

De una manera general, los abogados de malas causas huyen de la discusión. En el campo de los republicanos se ha hablado sin tregua de nosotros y se ha dedicado toda clase de epítetos a nuestro nombre, pero, en cambio, les han faltado razones y el único recurso de M. Arthur Ranc ha consistido en designarnos a los anatemas de su iglesia y, a veces, hasta a los rigores de la gendarmería. Pero estas frecuentes alusiones tuvieron sus ventajas, y nosotros le estamos muy agradecidos. Repitamos el proverbio provenzal de que Mistral sacó su poema *Nerto*: "*Lou diable porto pèire*". (El diablo acarrea piedra para las obras de Dios.)

Los republicanos nos anunciaban una contra-encuesta. Tres o cuatro periódicos suyos, sindicados o asociados no sé cómo,

1. M. Deherme ha andado mucho camino en estos nueve años. Véase, para apreciarlo, en *L'Action Française* del 15 de mayo de 1904, "M. Georges Deherme, o nuestras doctrinas confirmadas" y "La Encuesta sobre la Monarquía y la clase obrera" de M. Georges Valois. (Nota de 1909.)

1. Hoy, ya no lo cree. (Nota de 1909.)
2. La influencia de Auguste Comte parece haber eliminado completamente toda huella de individualismo en M. Georges Deherme. (Nota de 1909.)

a cuya cabeza iba el *Voltaire*, han empleado a uno de sus colaboradores, M. Albert Maybon, en buscar opiniones *en respuesta a la encuesta de M. Maurras*. Bajo este título, que subrayo deplorándolo, porque tiene el defecto de ponerme demasiado en evidencia, M. Maybon ha recogido más de una conversación elocuente o interesante y, como adrede, no ha producido una sola idea. El único de sus interlocutores que ha sabido plantear bien el problema ha sido M. Léon Parsons [1]. Él se ha dado cuenta de cuál es la alternativa: colectivismo o monarquía. Y yo me complazco en tomar nota de esta fórmula.

La sorpresa de los republicanos ya era significativa. Y su tono escandalizado no podía dejar de provocar algunas reflexiones en todos los espíritus que eran capaces de hacerlas: "Sí, no es broma" (exclamaba, por ejemplo, *La Lanterne*, órgano de M. Millerand, a la sazón ministro de Comercio); "Sí, no es broma: M. Paul Bourget pretende que la forma republicana está condenada por la ciencia y que sólo la Monarquía es capaz de operar la selección que es ley de la naturaleza." A esta expresión de sorpresa, a este *no es broma* que hace pensar en *La hija de Madame Angot*, no añadía el periódico ministerial más que unas cuantas payasadas sobre el modo como la Monarquía organizaría la selección. Bien o mal, la organizaría, y este es un extremo que *La Lanterne* no se atreve a discutir, y bastaría este extremo para dejar sentada la inferioridad del régimen democrático republicano, cuyo principio es, en efecto, hacer imposibles toda selección, toda organización. De consiguiente, el principio democrático republicano está en oposición formal a las leyes científicas de todo progreso. No hay de qué pasmarse: son los rudimentos.

Pero, más que su sorpresa ante verdades tan elementales, ha servido, para informarnos y aleccionarnos, el resignado silencio de los republicanos, o, lo que viene a ser lo mismo, su manera de hablar por no callar. Tres años de discusión escrita y oral, pública y privada [2], me han enseñado que en contra de

1. M. Léon Parsons era el jefe de secretaría de M. Briand, ministro de Instrucción pública en el gabinete Sarrien-Clemenceau y en el primer período del ministerio Clemenceau. Hoy desempeña funciones análogas cerca de M. Doumergue, en el mismo Ministerio. (Nota de 1909.)
2. He de recordar que los elementos esenciales de la *Encuesta sobre*

la República se puede decir todo, pero que no se puede decir nada en favor suyo. Absolutamente nada. Los antiguos devotos de la diosa Razón no tienen ya un solo argumento razonable que hacer. Los antiguos fieles de la Ciencia se ven reducidos a alinear, frente a los teoremas de política natural, una media docena de vergonzosos prejuicios cuyo origen confesional y cuyo sentido mistagógico no dejan lugar a dudas para ningún espíritu cultivado.

Y esto no es más que su primer punto flaco. El segundo es que no son capaces de reconocerlo. No son capaces de decir: "*Somos los sacerdotes de una religión en la que la fe prescinde de pruebas*", ni menos de balbucear: "*Es asunto de corazón y no de cabeza*" [1]. Están condenados a presentarse como racionalistas irreligiosos, científicos, al tiempo en que la ciencia y la razón, según las autoridades menos religiosas, les infligen nuevas condenaciones.

Les queda un refugio, pero también es otro título de flaqueza, ya que consiste en mantener secretas sus debilidades,

la Monarquía habían sido acumulados por mí desde los comienzos del *affaire* Dreyfus, es decir, en noviembre de 1897. (Nota de 1909.)

1. Cuatro años después de la *Encuesta sobre la Monarquía*, Monsieur Bouglé ha publicado su libro *La democracia ante la ciencia* (Alcan, 1904). M. Bouglé niega por igual a la "ciencia" el derecho de probar que la democracia no tiene razón y la posibilidad de mostrar que la tiene. Recusación por incompetencia. El "medio" es bastante divertido. Pero lo consigue todo menos desvirtuar nuestro ataque. Porque M. Bouglé (pág. X) entiende por "ciencia" una ciencia naturalista de las costumbres, cuyas "premisas" daría "la biología". Y, sobre este punto de las aplicaciones de la biología o de la fisiología a la política, ya hemos dicho lo que teníamos que decir, a propósito de la carta de M. Paul Bourget (pág. 286, en nota).

Otra cosa muy distinta es la ciencia de las instituciones fundada sobre la historia analizada. Pero aquí M. Bouglé elude el debate, después lo aplaza y, finalmente, se escapa por la tangente. En esta escapatoria, el autor no se atreve a decir claramente que la República es una religión en la que la fe prescinde de pruebas. Pero define el movimiento democrático como "la voluntad de conformar cada día más, llevando lo más lejos posible el respeto a las personas, la organización social a los anhelos del espíritu".

Falta una mayúscula en esta última palabra sacada del Apocalipsis. Esta fórmula de misticismo se encuentra en la página 290 del libro de M. Bouglé; diez páginas más allá, va seguida de una declaración completamente análoga, en la que el autor manifiesta un escepticismo total con relación a los datos de la experiencia histórica y geográfica: una "norma objetiva" es "indeterminable" (página 300). Proclama, pues, el fracaso de la "ciencia" a fin de poder

pero ¡qué pobre recurso éste!, porque todo se sabe, o se sabrá. Un día u otro, el pueblo acabará por enterarse. Y la flor del pueblo, a la que precisamente dirigimos nosotros nuestros más enérgicos llamamientos, la flor del pueblo industrial y del pueblo agrícola, no tardará en hacerse sobre este punto las reflexiones que más quisieran evitarse. Veinte años de instrucción primaria superior distribuída en nombre de la República han dado como resultado el desarrollar en esta zona escogida del pueblo el sentimiento de la alta dignidad de las ciencias, el culto de la verdad desinteresada. Siendo, como es, la contradicción y el mal, la República democrática habrá preparado, pues, por este lado y con sus propias manos, el medio seguro de su destrucción. Lo que tiene que ocurrir, ocurrirá: el humilde y miserable fetichismo republicano será destruído por su fetichismo de la ciencia; la República perecerá bajo la palmeta gratuita, laica y obligatoria que nos ha tendido para que le pegáramos...

Tanto, pues, como sus crímenes y derroches, la miseria lógica de los republicanos trabaja por la Monarquía. Esto lo ven ya fuera de Francia. Los espectadores un poco lejanos se han dado cuenta de la utilidad de nuestra campaña por la turbación evidente en que ha sumido a nuestros contradictores. Ingleses, italianos, rusos, alemanes, austríacos y americanos, los primeros periódicos de ambos continentes, han tenido que registrar, no sin sorpresa, pero de buena fe, que Francia no es todavía una Suiza. Si los monárquicos saben organizarse lo mismo que han sabido leer, aplaudir y comentar los escritos de sus Príncipes; si comprenden que somos los dueños de un terreno inexpugnable en el que el macilento adversario no se aventura ya, cada uno de sus avances será saludado desde fuera como una resurrección del espíritu público en Francia, y el Extranjero no hablará de ello sino con temor y admiración y alguna vez con esperanza, ya que un renacimiento francés habría de coincidir con una renovación de la civilización general.

decir a la "democracia" que "hay vía libre" (pág. 303). Es una manera como otra cualquiera de escoger entre estos dos términos: democracia y ciencia. Cosa que él no ha querido confesar explícitamente, pero que ha hecho: M. Bouglé rechaza la ciencia. Su democracia es una construcción de metafísica, por otra parte arbitraria y discutible desde el punto de vista de los metafísicos. (Nota de 1909.)

EL TERCER LIBRO

DE LA

ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA

JULES LEMAITRE Y SU AMIGO

1903

I

Si fuese verdad, como afirman los revolucionarios, que *cualquier hombre equivale a otro,* las opiniones recogidas por el autor de la *Encuesta sobre la Monarquía* no tendrían más valor que el de un número bastante corto de unidades personales. Pero, como emanan de unos espíritus distinguidos, jóvenes, libres, activos, dotados de elocuencia y don de proselitismo, nos cabe el derecho de afirmar que representan y anuncian infinidad de otras opinones análogas: no vienen a nosotros unos individuos únicamente, sino unos jefes de grupos, unas auténticas unidades colectivas.

Cuando decimos Léon de Montesquiou, designamos, aparte la persona individual de nuestro amigo, a esos muchachos de la aristocracia francesa que, tentados un momento por la resignación y el adhesionismo a la República, o por la indiferencia política, se han recobrado a sí mismos y retornan a la tradición de su estirpe. Cuando decimos Henri Vaugeois o Lucien Moreau, no pensamos sólo en la personalidad intelectual y moral de nuestros dos amigos, sino en sus hermanos de inteligencia: ¡tantos jóvenes franceses de educación universitaria y tradición revolucionaria que no ven hoy posible sin un rey le reconstrucción nacional! Y con Montesquiou, por un lado, y Moreau y Vaugeois, por otro, no hago más que señalar dos puntos extremos de un mundo que nace: hay, además, numerosos valores intermedios, cada uno de los cuales está representado entre nosotros.

Al primer mes de la *Encuesta,* se decía en cierto círculo, con una cariñosa intención, que yo había "contratado" a mis amigos personales. ¡Pero si no nos conocíamos antes de hablar de política! Poco a poco, la verdad se ha ido abriendo camino. Hoy, la acción ha rebasado en gran escala los pequeños grupos

de nuestra vecindad. Es la conciencia francesa que va modificándose por sí misma, en las zonas selectas y también en la masa [1], por obra de la excelsa doctrina política de que nosotros hemos sido intérpretes.

Cierto que no nos ha faltado una buena ayuda. Los republicanos gobernantes han hecho todo lo posible para asquear al país de su *personal*. Pero es el mismo país, por el esfuerzo espontáneo de una dolorosa reflexión, quien se ha asqueado del régimen. Los nuevos monárquicos han apresurado esta reflexión espontánea. *Éramos republicanos y ya no lo somos. No éramos ya republicanos*: *no sabíamos qué hacer, pero la* "*Encuesta*" *nos impulsa a hacernos monárquicos*. Estas frases resumen el contenido de innumerables cartas. Idéntico es también el sentido de innumerables conversaciones.

Todos estos buenos ciudadanos, quejosos de *lo que es*, empiezan a dar un nombre, un nombre propio y preciso, a *lo que debe ser* para poner fin a sus quejas. Maduran nuestra fórmula de un Gobierno apetecible, en favor del que valga la pena de actuar y en nombre del cual la oposición pueda unirse.

II

No se ha engañado la sagacidad política de M. Jules Lemaître sobre el valor de este movimiento de los espíritus. El presidente de la Liga de la Patria francesa no ha querido exagerar su importancia. Pero él no es de aquellos que no reconocen el interés *práctico* de las ideas más *teóricas* en apariencia. Aquellos que nos piden hechos, aquí tienen uno: la rápida modificación de los espíritus.

Es tal, en efecto, que una de las primeras inteligencias de nuestro tiempo y, sin disputa, la más fina y clara, lo ha juzgado merecedor de un detenido estudio. M. Lemaître había empezado, el invierno último, por una exposición benévola, pero crítica, de las teorías plebiscitarias de MM. Paul Déroulède y Georges Thiébaud, y aprovechó la ocasión para examinar la

1. El utilísimo *Manual del monárquico*, escrito por M. Firmin Bacconnier, demuestra cuál era el grado de necesidades nuevas que en 1905 se habían manifestado en el público monárquico. (Nota de 1909.)

doctrina monárquica. En estos dos meses del otoño de 1903, ha consagrado siete artículos [1] a la descripción, más precisa aún, por más viva, de este *nuevo estado de espíritu* que sucesivamente llama neo-reaccionario y neo-monárquico.

Habiendo alcanzado el contagio de neo-monarquismo a uno de sus amigos, M. Jules Lemaître somete a confesión, no sin curiosidad, a este neófito. Se preguntaban muchos qué conclusión sacaría M. Lemaître. Pero ¿qué conclusiones saca un naturalista de la descripción de una planta? M. Lemaître no tenía por qué sacar ninguna conclusión. Y lo ha declarado al terminar, pero, al mismo tiempo, ha expuesto dos hechos a la consideración de su público:

1.° Hay unos nuevos monárquicos, reclutados en el área del republicanismo y del bonapartismo.

2.° Se han hecho monárquicos por razones de peso y que parecen justas, serias y poderosas si se las mira de cerca.

III

Al publicar, en 1900, las reflexiones de los veinte colaboradores de la *Encuesta* [2], procurábamos completarlas y criticarlas en la medida en que se alejaban de nuestros principios. Idéntica tarea se impone hoy al transcribir el diálogo de Monsieur Lemaître y su amigo. Ambos merecen aplausos y ambos reclaman objeciones, comentarios y críticas. Se impone también que saquemos *nuestra* conclusión propia.

Pero, temiendo todo lo que hace inútiles las discusiones, he querido que se conozca exactamente su opinión. Aquí va, pues, transcrita de arriba a abajo [3]. El lector hallará a veces una nota al pie de una página, escrita por mí, salvo indicación en

1. En *L'Écho de Paris*.
2. La Encuesta no quedó cerrada del todo en los años siguientes. M. Jean Rivain la continuó en la revista de *Action Française*, en los números de 15 de enero, 15 de febrero, 1 de abril, 1 de mayo y 1 de octubre de 1903, interrogando a MM. Delaire, Etcheverry, Deherme, V. de Marolles, Jean Grave y Baumann. (Nota de 1909.)
3. A pesar de nuestras discrepancias políticas, M. Jules Lemaître ha tenido la atención, con una amabilidad que infinitamente le agradezco, de autorizarme a reproducir su trabajo *Un nouvel état d'esprit*. (Juven, editor.)

contra. El opúsculo acaba con unas observaciones encaminadas a dejar sentado con claridad en qué nuestra doctrina es algo más que una doctrina y en qué es un plan de acción: un plan de acción inmediata y aun el único plan de acción inmediata posible, práctico, hábil, prudente, razonable y susceptible de dar un buen resultado.

UN NUEVO ESTADO DE ESPIRITU

POR M. JULES LEMAITRE

I

14 de setiembre de 1903.

No importa el lugar de la acción, en el Oberland bernés.

Un domingo por la mañana, al salir del hotel, me encuentro con uno de mis más antiguos camaradas. Cambiamos algunas frases afectuosas y, de pronto, él me dice: "Me voy a misa."

A estas palabras, yo adopto un aire de interrogación. Yo sabía que mi amigo vivía completamente apartado de toda fe confesional y de toda práctica religiosa, y hasta lo había conocido muy irreverente con las gentes de iglesia.

Él continuó: "¡Oh!, no es que me haya hecho creyente. Sólo que, te voy a decir... Hay aquí, como en todas las "estaciones" un poco elegantes de este país, una capilla protestante, muy cómoda, con anchos bancos relucientes, un hermoso púlpito y un soberbio órgano. Durante la semana, algunas *mises* vienen aquí a entonar cánticos con unos altones muchachos ingleses, correctos e imberbes. Y, los domingos, ni un solo viajero protestante falta al "servicio divino".

"En cuanto a la capilla católica—que descubrí por casualidad—, es sencillamente un subterráneo, una antigua bodega en el subsuelo de un hotel de tercer orden, arreglada como se ha podido. Encima del altar han pegado unas estrellitas doradas en un papel azul. La sala es capaz para catorce personas; las demás oyen la misa en el jardín. Vienen allá algunas

buenas gentes de los alrededores, campesinos, que se arrodillan encima de la hierba. El espectáculo es muy bonito cuando hace buen tiempo.

"Esta miseria me ha conmovido. Al principio, fué una especie de enternecimiento lo que me llevó, los domingos, a la pobre capillita católica. Y, después, me pareció que, puesto que los ingleses iban a su *misa*, yo debía ir a la mía, para demostrarles que Dios no es de su propiedad exclusiva, como estarían bastante tentados de creer.

"Además, estaba seguro de encontrarme allí o con franceses, o con gentes que "sienten" lo mismo que nosotros sobre los puntos esenciales; que, como nosotros, han heredado de sus padres esta manera de sentir y que celebran con los mismos ritos que nosotros el nacimiento, el matrimonio y la muerte... Hay una impresión que desde hace cuatro o cinco años experimento con mucha más fuerza, y es que, al pasar la frontera, me siento menos extraño en país católico. Hasta cuando nuestra religión se reduce a un recuerdo, a una cierta disposición hereditaria de la sensibilidad, es por ser católico tanto como por ser francés por lo que uno se siente distinto (por lo demás, sin odio alguno) de un inglés o de un alemán del Norte.

"Pero he de decirte todo. Si voy a la capillita de las estrellas de papel dorado, es, en el fondo, y sobre todo, porque me acuerdo de que en nuestro país hay unos salvajes que, si esta capilla estuviera en Francia, la cerrarían, y que, si esta capillita perteneciera a unas religiosas, las arrojarían a la calle, sin excluir a las de ochenta años, y les robarían su casa y su jardín.

"Protesto, pues, a mi manera. No puedo con ello. En adelante, uno no puede ya gozar tranquilamente, ni en el extranjero, de la montaña, del bosque o del mar. El "bloque" nos los envenena. Hasta en estos refugios a donde se viene para olvidar, está uno obsesionado por las cosas de casa, por la maldad sobrenatural de los individuos que nos gobiernan, por esta persecución, la más inepta y cobarde que se ha visto desde el Terror. Y se sufre más cuando se piensa que semejantes cosas no se ven más que en nuestro país y que Francia es, en estos momentos, el más desdichado de los pueblos, el más oprimido, el más humillado. Se le llena a uno la boca de hiel hasta a 2.000 metros de altitud y en el aire divinamente puro de los glaciares.

"Estoy descubriendo en mí un sentimiento que me asusta un poco: odio mucho más a un cierto número de mis compatriotas que a un grupo cualquiera de extranjeros. Hay franceses con los que yo no siento que tenga nada de común [1]. Y es que son a la vez demasiado malos y demasiado estúpidos. ¿En nombre de qué persiguen? ¿En nombre de la ciencia y de la verdad? ¡Pobre gente! Pero ¿de qué verdad? ¿La eternidad de la materia? ¿La generación espontánea? ¿La selección natural? ¿La evolución? ¿El progreso? ¿O el lugar eminente y oscuro del pitecantropo en la escala de los vertebrados? Pero ¿cómo estas "verdades" pueden conferir a una banda de fanáticos el derecho de impedir a unos hombres y unas mujeres de Francia el que vivan, vean o entiendan el mundo, se regocijen, lloren, sufran, esperen, recen y se engañen a su manera?

"Como es natural, mi odio de los proscriptores se convierte

1. Aquí tiene M. Ranc un buen tema para un artículo. Porque M. Ranc acaba de imputar al presidente de la Liga de la Patria francesa intenciones separatistas. M. Ranc ha de saber que la separación ya está hecha y que es obra suya y de sus amigos. Al perseguir todo cuanto Francia amó y honró, estos caballeros pierden el rango de franceses. Pero ¿acaso lo han tenido jamás?

No hablemos de los pobres electores anticlericales, de los *conducidos*, que pertenecen, por desgracia, a nuestra raza y a nuestra lengua, pero que casi no son responsables de nada. La mayor parte de sus *conductores* son judíos, extranjeros naturalizados o hijos de extranjero, de estos extranjeros a los que nosotros llamamos "metecos", o bien protestantes, es decir, franceses separados desde hace 300 años de la comunidad nacional y formados en el seno de una pequeña pandilla, cerrada y triste, pero activa, rica y celosa de lo que ella llama sus derechos; por tanto, prodigiosamente influyente.

La francmasonería, de que tanto se habla, no es más que el punto en que convergen los cabecillas judíos, los cabecillas protestantes, los cabecillas metecos y sus servidores políticos. El viejo partido republicano no es otra cosa que la francmasonería aplicada a la política.

Cuando uno quiere definirse la República democrática, tiene que decir: es el gobierno de un partido. Y, si se quiere saber cuál es el partido que gobierna, desde hace veinticinco años, la tercera República francesa, hay que responder: —Es el partido judío, el partido protestante y el partido meteco confederados en la francmasonería. Mejor aún: —*Los cuatro Estados confederados*: *judío, protestante, masón, meteco,* ya que estos cuatro partidos están organizados en sí mismos y entre ellos como verdaderos Estados, unos *Estados* diferentes del *Estado* francés y aliados contra él.

en simpatía para aquellos a quienes ellos proscriben. Yo desconocía casi los cánticos de iglesia; hoy, voy a oírlos siempre que tengo ocasión de hacerlo, y, lo confieso, estas melodías seculares, estas invocaciones tiernas y suplicantes hacia un no se sabe qué que está tal vez más allá del mundo, me conmueven hasta lo más hondo del corazón... ¿Y qué cosa más hermosa que los conventos, estos oasis de paz y de socialismo aplicado! Un Gobierno inteligente debería verlos con benevolencia y felicitarse de que un número notable de ciudadanos y ciudadanas hayan encontrado en estos asilos la vida que les conviene, vida, por lo menos, inofensiva, cuando no es altamente bienhechora. Sin contar con que estas antiguas formas de vivir ponen un poco de variedad y de gracia en la vulgaridad de la humanidad contemporánea... ¡Y pensar que ciertos amigos ilustrados de los perseguidores actuales se deshacían, ayer, de enternecimiento en Fiésole o San Marco de Florencia! [1]. ¿Es que se han vuelto locos?...

1. M. Jacques Bainville citaba a este propósito en la *Gazette* una curiosísima página de M. Anatole France, sacada del *Jardín de Epicuro* y que dice así:

"...La vida religiosa asusta a la naturaleza y, no obstante, tiene unas razones de ser y de perdurar. El pueblo y los filósofos no siempre alcanzan estas razones. Son profundas y tocan a los más grandes misterios de la naturaleza humana. El claustro ha sido tomado por asalto y derribado: sus ruinas desiertas se han vuelto a poblar. Algunas almas van a él por una inclinación natural; son almas claustrales. Como son inhumanas y pacíficas, abandonan el mundo y se sepultan gozosamente en el silencio y la paz. Otras muchas han nacido cansadas. No tienen ninguna curiosidad. Se arrastran inertes y sin deseos. No sabiendo ni vivir ni morir, abrazan la vida religiosa como un mínimo de vida y un mínimo de muerte. Otras son llevadas al claustro por razones imprevistas. Ellas no preveían este final. Inocentes heridas, una decepción precoz, un secreto duelo del corazón, les ha estropeado el universo. Su vida no se coronará de frutos; el frío les ha helado las flores. Tuvieron demasiado pronto el sentimiento del mal universal. Se ocultan para llorar. Quieren que se las olvide. Quieren olvidar... Hay otras, en fin, a las que arrastra al convento un anhelo de sacrificio y que quieren hacer de sí mismas una entrega total, en un abandono mayor aún que el del amor. Estas, más raras, son las verdaderas esposas de Jesucristo. La Iglesia les prodiga los dulces nombres de lirio y de rosa, de paloma y cordero; por boca de la Reina de las Vírgenes, les promete la corona de estrellas y el trono de candor...

"...Hoy (las religiosas) toman el velo porque quieren tomarlo. *Lo dejarían si les gustase dejarlo, y ya veis como no lo hacen.* Los dragones filósofos a quienes vemos forzando los claustros en los *vaudevilles* de la Revolución, se quedaron contentos invocando la naturaleza y ca-

"Seguiré mi confesión hasta el fin. Yo reprocho a los bandidos que nos sojuzgan el haberme casi hecho un alma de emigrado" [1]. La Francia que les debemos es tan vil, por maldad de unos y pusilanimidad de otros, que me cuesta seguir queriéndola en el presente. Así es que la quiero doblemente en su pasado. Es a él a donde yo he "emigrado", sus viejos libros, su historia, sus viejos monumentos de arte. Y no es culpa mía, pero sucede que lo que hay de más encantador y más conmovedor en este pasado fué casi siempre católico [2]. De este modo, a pesar mío, voy "clericalizándome". No creo en este poema metafísico que es el dogma romano, pero amo su belleza y conozco su repercusión saludable sobre la vida de los hombres. Veo que el Catolicismo es la religión que mantiene con lo desconocido las relaciones más dramáticas, las más apasionadas y, en una palabra, las más provechosas para la moralidad. Yo no me atrevería a decir como Renán: "Un campesino sin religión es el más feo de los brutos", pero, con todo, esta frase, que hubiera suscrito Voltaire, me da que pensar. ¡He visto tantas humildes vidas virtuosas cuyo alimento secreto estaba en el Catecismo nada más!... Y, finalmente, el anarquismo de los perseguidores, su impotencia para construir, me hace gustar naturalmente de lo que hay en la Iglesia de ordenado, de jerarquizado, de bueno para unir a los hombres y mantener las sociedades humanas.

sando a las monjas. La naturaleza es más varia de lo que los dragones filósofos creen; reúne el sensualismo y el ascetismo en su seno inmenso; y, por lo que toca a los conventos, preciso es que el monstruo sea amable, *puesto que es amado y que no devora más que a víctimas voluntarias.* El convento tiene sus encantos. La capilla, con sus vasos dorados y sus rosas de papel, una Virgen pintada en colores naturales e iluminada por una luz pálida y misteriosa como el claro de luna, los cantos y el incienso y la voz del sacerdote: he aquí las primeras seducciones del claustro; algunas veces pueden más que las del mundo.

1. No sabemos si alegrarnos de la maldad de los tiempos que ha hecho volverse hacia un pasado glorioso el pensamiento de M. Lemaître o gritar: —¡Jerusalén, Ginebra y el templo de Hiram no son cosas francesas! La verdadera Francia moderna no está allí. Está con quienes sienten, hablan y escriben en francés: ¡está con usted, M. Lemaître! Los emigrados son ellos (o los inmigrados).

2. Y lo que tuvo este pasado de poderoso y de sólido, ¿acaso no fué también, y casi siempre, de origen real o de sentimiento monárquico? Esto es lo que el amigo de M. Jules Lemaître va a preguntarse en seguida.

"Y después... yo respeto mucho a los protestantes..., pero, ¿tú ves?, el Catolicismo sería hoy completamente exquisito sin la funesta Reforma. Cherbuliez, espíritu auténticamente libre, aunque protestante, lo ha dicho en uno de sus libros. La Iglesia había venido a ser para los pueblos una vieja casa hospitalaria y cómoda: los sabios y los filósofos empezaban a arreglarse en ella; el mismo dogma se hacía más adaptable, o, por lo menos, no se pensaba demasiado en él... Este movimiento bonachón hubiera continuado... No puede negarse que había abusos: simonía, venta de indulgencias (del mismo modo que los gobiernos laicos tienen sus Panamás y sus tráficos de condecoraciones). Pero hubiera bastado con un buen Papa para corregir estas lamentables relajaciones. Al alzarse, no contra los abusos, sino contra la misma Iglesia, el monje Lutero y el clérigo Calvino, hombres odiosos [1], trajeron la Reforma, que nos ha valido la Orden de los Jesuítas [2] y el encogimiento del dogma y que dió motivo, durante mucho tiempo, a una intolerancia católica que corría parejas con la de los reformados... Es una pena... Sin ello, habría todavía una "cristiandad" [3]; toda Europa tendría hoy una misma religión simplemente tradicionalista y ritual, que acaso resultara deliciosa... Sonríes... Estoy dándote una ración de historia un poco demasiado... a lo Michelet, aunque con un sentimiento diametralmente opuesto. Pero no dudes de que hay algo de verdad en lo que te digo.

"Mi transformación moral no para aquí [4]. Bien sabe Dios

1. *"El monje Lutero y el clérigo Calvino, hombres odiosos"*: esta frase debería repetirse sin cesar como un epíteto homérico.

2. Conviene recordar que M. Jules Lemaître defendió en otra ocasión a los elegantes y doctos jesuítas de los siglos XVII y XVIII frente a sus enemigos jansenistas, "hombres odiosos" también. Para ser justos, añadamos que la sublimidad de Pascal hace tolerable el odioso jansenismo, mientras que ni el clérigo Calvino ni el monje Lutero aportaron nada sublime.

3. No se sonría nadie de esta palabra. La Cristiandad representa en el pasado nada menos que los Estados Unidos de Europa.

4. Sí, pero *aquí* comienza. Lo cual representa una profunda verdad psicológica. Ocurre a menudo que se anuncie a través de una comprensión simpática del Catolicismo la afición y el amor a la antigua Francia. A veces, el movimiento se produce al revés y él sentimiento del orden político lleva a juzgar sanamente el orden religioso. Incluso han llegado a producirse conversiones religiosas a consecuencia de un cambio político. Véase, en la revista *Action Française* de 15 de noviembre de 1908, la curiosísima confesión de un anónimo al autor de

si yo he creído antaño en las excelencias del 89. He sido ingenuamente republicano. Me estrèmecí de indignación el 16 de mayo, hasta fuí antibulangista, cosa que hoy me sorprende un poco... [1]. Me he desengañado por completo de mis ilusiones. El solo bien que los acontecimientos últimos han representado, para mí y para otros, es que ya no nos engañamos con ciertas palabras, ni poco ni mucho. Han abusado tanto de ellas, tan cínicamente, que han perdido para nosotros todo sentido... Por otra parte, en este tiempo, he leído, o vuelto a leer, a Comte, a Le Play, a Balzac, a Taine, a Renan, y he visto que las cabezas mejor organizadas del siglo pasado execraban la Revolución, su espíritu y sus obras. Gracias a sus lecciones, y también a mi experiencia personal, he comprendido que el sufragio universal, la democracia, el gobierno del número, son el absurdo mismo, y que una República parlamentaria acaba, fatal y mecánicamente, por entregar a un pueblo a los elementos peores que éste contiene. La única conquista de la Revolución ha sido la igualdad civil, que hubiéramos alcanzado también sin ella; sus otras "conquistas" son otros tantos desastres... ¡Ah! No me olvido de que la superstición de la Revolución y de la República persiste aún en el espíritu de muchos ciudadanos honestos. *Le Temps*, por ejemplo, órgano de la burguesía adinerada, al mismo tiempo que clama a diario por los males que nos matan, sigue vendido a lo que es causa de los mismos [2]. Pero yo ya no soy de esta religión (porque es una religión, ni más ni menos); me he emancipado, decididamente; ¡han hecho demasiado!

"En una palabra: hoy soy lo que se llama un "reaccionario", exactamente lo mismo que los grandes hombres que acabo de nombrar. Ya comprenderás que no me avergüence de ello. Esta palabra malsonante no tiene más que un sentido relativo: hay que empezar por saber con relación a qué es uno

la *Encuesta sobre la Monarquía* titulada *Por la Action Française, a la fe católica.* (Nota de 1909.)

1. ¡Cuántos espíritus rectos se sorprenden de igual modo de haber sido dreyfusistas! En el *affaire* próximo, estarán a nuestro lado.

2. Resulta casi indecoroso el intervenir a cada paso en este admirable diálogo. Pero ¿cómo no aplaudir por la pura satisfacción que la verdad produce?—*¡Es esto exactamente!*: tal es el comentario de las personas decentes.

reaccionario. Yo soy reaccionario contra la injusticia, el desorden y la opresión, contra el envilecimiento y la ruina de mi país, contra las mentiras y las indignas mixtificaciones de que el pueblo es víctima. Y, en todo caso, estoy bien seguro de que mis sentimientos de neo-reaccionario contienen mayor cantidad de razón, de libertad intelectual, de equidad, de humanidad, de preocupación por los intereses populares, de la que pueden abrigar un jacobino, un humanitarista y un francmasón."

...Mi amigo se separó de mí sin esperar respuesta. Pero he de volver a encontrarlo.

II

3 de octubre de 1903.

Han creído muchos que "mi amigo" era yo mismo, pero se equivocan. Salta a la vista que mi amigo se expresa por salidas un poco arbitrarias, sin demasiada mesura ni ilación y como hombre que no tiene por qué andar con miramientos con las timideces ni los prejuicios de nadie. Pero, por su cultura, por su formación, por su gran afán de independencia intelectual, por sus yerros y sus desilusiones, representa, a mi parecer, un grupo de espíritus que no es de desdeñar. Y esta es la razón por la que os transcribo sus palabras.

Ultimamente me lo he encontrado andando por Paris. A boca de jarro le espeto:

—Puesto que comenzaste, acaba de decirme todo.

—¿Qué todo?

—Tú me contaste que la maldad y la ignominia del "bloc" te habían hecho simpático el Catolicismo. Añadiste que ya no te engañaban ciertas palabras, que creías en la perniciosidad esencial del sistema electivo [1] y me explicaste por qué y en qué sentido eres hoy lo que se llama un reaccionario [2]. Supongo

que has sacado la última consecuencia y que ya no eres republicano.

—Querido, yo soy republicano en los Estados Unidos y en Méjico; soy republicano en Suiza; soy republicano en la Roma de Cincinato; soy republicano en la Venecia del siglo XII [1]. Pero es cierto que mi republicanismo es muy tibio en Francia. El corazón no entra ya en él.

—Entonces, ¿qué es lo que eres? ¿Bonapartista? ¿Monárquico?

—Me preguntas demasiado. Yo estoy "evolucionando", como ahora dicen. De consiguiente, no sé exactamente dónde estoy. Sé muy bien qué es lo que no creo, pero todavía no estoy seguro de lo que he de creer.

"No creo que pueda salir nunca nada bueno del sistema electivo y del sistema parlamentario. Ambos engendran la tiranía y el desorden como fruto natural. Consulta sobre esto a

1. Fórmula clara y que los monárquicos deberíamos usar siempre: porque *la perniciosidad esencial del sistema electivo* rige y gobierna tanto la República parlamentaria como la República plebiscitaria y el Imperio.

2. El amigo de M. Jules Lemaitre se parece en esto al director de *L'Action Française*, M. Henri Vaugeois, que, como lema del primer fascículo de su revista, en 1899, escribía: "Ante todo, reacción." "Réaction d'abord": es una de las fórmulas típicas de "L'Action Française". En efecto, la salvación de un enfermo está en reaccionar (¡volver atrás, claro!) hasta la perdida salud.

1. En el segundo libro ha encontrado el lector explicaciones detalladas acerca de las Repúblicas antiguas y modernas. Repitámoslas brevemente. Roma y Venecia fueron repúblicas aristocráticas. Su decadencia comenzó con la de sus patriciados respectivos. Eran, pues, Gobiernos hereditarios, en los que el poder estaba concentrado en un cierto número de familias en vez de estarlo en una sola, como ocurre en la Monarquía.

Suiza fué, hasta el año 1848, una Liga de patriciados. Convertida en República democrática, propende a la centralización por el camino del radicalismo. No se puede determinar todavía qué dará de sí esta tendencia. Sentemos, no obstante, que el pequeño Estado suizo, garantizado por Europa entera, está dispensado de algunas normas de política general.

América, aislada, sin ningún rival poderoso al otro lado del Oceano, va igualmente centralizándose y tiende, por una parte, a perder las ventajas del federalismo y, por otra, a armarse y proseguir una política exterior igual a la de los viejos pueblos europeos. ¿Qué dará de sí este imperialismo? *¿El hombre centauro* será César? Este es otro ejemplo incompleto, un problema cuya solución no puede servirnos de norma, porque es una incógnita.

Méjico, en fin, ha salido de la anarquía merced a la dictadura de Porfirio Díaz que se ha aposentado en el poder con su familia y su partido. ¿Qué fundará? ¿Acaso una dinastía? ¿O se abrirá de nuevo otro período de anarquía más o menos constitucional?

Tal es, en resumen, el estado de las principales Repúblicas pasadas y presentes, en los dos continentes.

Faguet. (*El liberalismo*, capítulo XV). Por lo demás, me he mezclado yo personalmente en menesteres de cocina electoral: he podido ver las cosas de cerca y te digo que es lamentable. Se necesita un gran estómago para pensar después de esto en una "República decente". En cuanto al mejoramiento de la ley electoral, aparte que el remedio sería insuficiente, no hay que pensar en él siquiera, puesto que la ley no podría ser mejorada más que por los mismos que la encuentran lucrativa tal como es y que están interesados en que continúe siendo lo más absurda y engañosa posible.

"Se habla de un próximo ministerio de radicales-coloniales. Dicen que pondría punto a la persecución religiosa, al tiempo que declararía "intangible", claro está, la ley de Asociaciones. ¿Y aparte esto? Está clarísimo que no restablecería las finanzas, que no tendría valentía para gobernar con el concurso de la derecha y que le costaría no poco trabajo el defender su propia existencia contra los socialistas y los apaches. No cambiaría mucho las cosas y no duraría ni tres meses. Pero es que, además, estoy convencido de la solidez del Ministerio actual [1]. Este durará todo lo que quiera, puesto que se apoya a la vez sobre lo que hay de peor en la nación y sobre lo que hay de peor en lo que sirve de alma a sus partidarios. Y, salvo un caso de invasión y de desmembración, Francia es aún lo bastante rica y lo bastante indiferente e inerte para sufrir este régimen durante años.

"Algunos dicen que la salvación no puede venir más que de la crisis financiera. Sólo cuando el mal material sea general, cuando la creciente desproporción entre los gastos públicos y los recursos, cada día menores, haga sentir sus efectos a todo

1. Era el ministerio Combes, constituído en junio de 1902 y que duró hasta enero de 1905. No hace falta recordar sus crímenes: desorganización del Ejército por André, de la Marina por Pelletan, las fichas, la revisión del *affaire* Dreyfus, el *affaire* de los cuatro oficiales Dautriche, Rollin, Maréchal y François, la persecución religiosa, el asesinato de Syveton. Y, con todo, fué la bofetada de Syveton lo que acabó matando el Ministerio. Tan cierto es que la salud pública depende a menudo de un acto de brutalidad oportuno. La solución, por lo demás, no fué sino parcial. Combes fué sustituído por Rouvier, el cual hizo votar la ley de separación y soportó "la humillación sin precedentes" de dimitir al ministro de Negocios Extranjeros por exigencia del emperador alemán. Ninguna violencia será verdaderamente útil si no tiende a derribar la República e instaurar la Monarquía. (Nota de 1909.)

el mundo, hasta a los obreros y los campesinos, sólo entonces será posible un movimiento de opinión lo bastante amplio y lo bastante fuerte para derrocar el "bloc". La cosa es larga. ¿Tres años? ¿Cinco años? ¿Diez? ¡Quién sabe! Me acuerdo de una frase de Joseph de Maistre escrita durante la revolución: "Cuando pienso que la posteridad acaso diga: "este huracán no duró más que treinta años", no puedo abstenerme de temblar."

"Asco y pérdida de la esperanza, he aquí todo mi "estado de espíritu", como tú dices pomposamente. No veo nada que se pueda hacer, nada [1]. Ni siquiera preveo la solución que surgirá algún día, no sé cuándo—República consular, restauración imperialista o monárquica—, ni cómo ni por qué medios podrá surgir. Lo único de que estoy seguro es de mi propio cambio. *Cambio desinteresado, puesto que, personalmente, no temo ni espero nada de ningún régimen.* Ni sobre el Catolicismo, ni sobre la Revolución—ni, de consiguiente, sobre las dos formas monárquicas que Francia ha conocido—, no siento lo que antes sentía. Acaso me equivoco otra vez, pero, *como mi cambio lo han determinado, no un capricho o mi interés personal, sino unas realidades, pasadas y presentes, de que antes no me había dado cuenta, no puedo dejar de pensar que ahora veo más claro y que me engaño menos* [2].

"Tú te acuerdas del irrazonado apasionamiento de mi republicanismo durante las postrimerías del Imperio y hasta bastante tiempo después. La República se me aparecía como el régimen de la virtud, de la justicia, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad; luego he visto que era fatalmente lo contrario de todo esto. Creía en la Revolución tal como la contaban los Lamartine y los Michelet y hasta los manuales de la enseñanza secundaria. En este punto, era de una credulidad sin límites y me encontraba en una disposición de espíritu propiamente religiosa.

"¿Podía ser de otro modo? Cuando era niño, me decían:

1. Aquí nos parece que cabe una buena discusión y que, sobre este punto, el amigo de M. Jules Lemaître podrá hacer no pocos progresos. Ya se verá que los hace en la serie de las conversaciones siguientes.

2. Permítasenos que subrayemos estas explicaciones sobre el método que ha seguido el amigo de M. Jules Lemaître.

¿Ves, pequeño?: sin la Revolución, tú, hijo de campesinos, no hubieras podido llegar a ser nunca igual a los hijos del señor del castillo. Este señor no pagaría impuestos. Tú no podrías elevarte por encima de la condición en que has nacido. ¡Piensa, pues, si debes bendecir la Revolución! ¡Qué indecente tomadura de pelo! En sus "cuadernos" del 89, la nación, toda ella monárquica, reclamaba esencialmente la libertad y la seguridad personales, la igualdad civil, la periodicidad de los Estados Generales y que éstos aprobaran los impuestos. Y estas cosas el rey las concedía, salvo algunas restricciones de detalle, en la declaración de 13 de junio de 1789. Verdad es que hubiera debido concederlas seis meses antes. Pero, en fin, los miembros del Tercer Estado, que tenían en su favor la mayor parte del clero, no tenían más que discutir la declaración con espíritu de buena fe, obtener del rey que completara su carta, "codificar" todo y marcharse después habiendo asegurado a Francia una constitución muy razonable.

"Si no hubieran estado borrachos de palabras y poseídos por Juan Jacobo, si no hubieran, en suma, ido más allá de su mandato y traicionado, por consiguiente, a sus mandatarios —y hay que añadir: si la conducta del rey y de la corte no hubiera sido estúpida—, no hubiéramos tenido revolución, ni la República del 92, ni el Terror, las guerras de la República, las guerras del Imperio y el desmesurado crecimiento del monstruo Estado, todo esto para obtener y conservar, en fin de cuentas, una suma de libertades y ventajas positivas menor, acaso, que la estipulada en la declaración, tardía, pero sincera y ampliable, del recto Luis XVI. ¡Oh!, convengo en que "estaba escrito" y que los hechos se encadenan fatalmente. Pero la fatalidad de los acontecimientos no me hace venerarlos... Sin la revolución, menos "centralizados", conservaríamos algunos apreciables restos de libertad y de vida municipal y provincial. Sin la revolución, la Monarquía francesa hubiese sido la primera del continente en dar una Constitución a su pueblo. Y es probable que Francia ejerciera todavía la hegemonía en Europa y que hubiera conquistado pacíficamente la frontera del Rin... Sí, cuanto más pienso en ello, con más claridad veo que, en esto de los "beneficios de la revolución", nos han estado engañando lamentablemente desde hace un siglo.

—Vas lejos.

—En estos últimos tiempos, no ha habido más que Taine y Renan que nos hayan dicho la verdad sobre esto. Verdad es que estos dos son alguien.

"Allá alrededor de los dieciséis años, yo devoraba *Les Châtiments*. Creía de buena fe que el golpe de Estado de diciembre era el mayor crimen del siglo y que hombres como Saint-Arnaud o Baroche eran unos sencillos malhechores. Después he reconocido la impropiedad de los epítetos de Hugo. Casi todos los ministros del Imperio han sido unas decentísimas personas y han muerto pobres o medianamente acomodados. Comparadlos con los políticos de la tercera República. Los "Castigos" resultan hoy ridículos en muchos puntos...

—¡Oh!

—Continúo. Me indignaba con la corrupción imperial: ignoraba la corrupción republicana. Cuando se piensa que el libro más inconveniente del Segundo Imperio fué *Madame Bovary* y que *La Bella Elena o La gran Duquesa* fueron su opereta más desvergonzada, uno siente la tentación de reírse de la inocencia de nuestros padres. En realidad, el Imperio, no sólo fué un período de gran prosperidad material [1], no sólo hizo por las "clases laboriosas" más de lo que ha hecho la República [2], sino que fué un tiempo idílico en comparación con el nuestro, una época de orden y de decencia, de literatura casi cándidamente moral y de patriotismo ingenuo. Relèe un poco las novelas de Feuillet y el teatro de Augier. Algunos periodistas se quejaban de no tener libertad, pero no se veía el monstruoso desorden de ahora: provincias enteras oprimidas por el Gobierno central, vejadas en sus creencias, sus costumbres lo-

1. Esta cuestión de la prosperidad material bajo el Segundo Imperio merecería ser discutida a fondo. El Segundo Imperio seguía a treinta y tres o treinta y cuatro años de monarquía (1814-1848), cuyos ahorros y cuyos resultados no había podido aventar una anarquía bastante corta (1848). El Segundo Imperio consumió y destruyó, simplemente, lo que la Monarquía había creado, economizado y capitalizado. Esto es verdad hasta en el terreno militar. El excelente Ejército de 1854 se debía a la ley de 1832 y al entrenamiento de las campañas de Africa. Fué el Imperio quien estropeó o dejó que se estropeara este instrumento de primer orden. El amigo de M. Jules Lemaître volverá a tocar este punto. Nosotros también.

2. ¿Acaso era difícil?

cales, sus tradiciones, y perdiendo más de lo que ganan en formar parte de la comunidad francesa. Y, además, entonces Francia levantaba la voz: era todavía, sin discusión, la primera potencia de Europa y, de todos modos, esto halagaba, esto daba un orgullo, un contento de vivir que uno llevaba consigo a todas partes sin pensarlo... Siendo todavía niño, he presenciado varios regresos de tropas victoriosas que entraban en las ciudades, cosa que no volveremos a ver.

—En una palabra: te has hecho bonapartista.

—No. El Imperio, a pesar de todo, tenía, por sus orígenes, el espíritu revolucionario, es decir, quimérico y mal enterado de la realidad. El emperador, buen hombre, a pesar de la pequeña "operación de policía un poco ruda", humanitario y carbonario, apenas se ocupó de otra cosa que de realizar en Europa las boberías del humanitarismo y el romanticismo de 1848... El resultado fué demasiado espantoso. Es imposible absolver lo que lógicamente tenía que acabar así. No estamos bastante enterados de lo que pensaría, haría y podría un nuevo Napoleón. La política exterior del Segundo Imperio fué puramente masónica. Además, el Imperio militarista dejó, en sus postrimerías, deshacerse el Ejército por miedo a los republicanos y los liberales de entonces. Muchas gentes del "bloc" no tienen ninguna repugnancia fundamental por el régimen que, prefiriendo la "humanidad" a Francia, hizo a Italia [1] y preparó la omnipotencia de Prusia. Escoged al que queráis de entre ellos y decidle en broma: "¡Quién sabe si dentro de unos años, no será usted ministro del emperador!" Él os contestará: "¡Vamos, vamos!"

"Un joven de pensamiento robusto, Octave Tauxier [2], ha dicho: "El Imperio suprime la anarquía, no las causas de la

1. A Italia la había "hecho" la primera vez Napoleón I. El principio de las nacionalidades, en nombre del que se relizaron estas unificaciones, lo extendieron por Europa las tropas de la Revolución y del gran emperador.

2. Este joven, de pensamiento robusto, en efecto, hubiera sido uno de los más eficaces colaboradors del movimiento monárquico, del que sólo ha podido presenciar los comienzos: ¡lo hemos perdido cuando sólo contaba treinta años! Redactor de *L'Action Française* desde los primeros números de la revista, entonces republicana, no tomó parte en la *Encuesta sobre la Monarquía* y hasta discutió con cierta vivacidad algunas conclusiones de ella. Nutrido en las quimeras de M. De-

anarquía..." Se me dirá que la supresión de hecho de la anarquía ya es algo [1]. Por lo menos, es una tregua; y tengo visto que, en la historia de las pueblos, la regla es que "las cosas vayan mal" y que los momentos mejores no son más que otras tantas treguas. Pero, puesto que todas las soluciones apetecibles parecen imposibles por igual, no cuesta nada adoptar teóricamente la mejor.

—¿Y cuál es la mejor?

—Todavía no lo sé. Pero, si quieres, reanudaremos otro día esta inocente conversación."

III

10 de octubre de 1903.

He vuelto a ver a mi amigo y le he dicho:

—Tú ya no eres republicano más que a medias, por lo menos en Francia. No eres bonapartista, si bien haces justicia a la Francia del Segundo Imperio. ¿Qué eres, pues? ¿Acaso monárquico?

Y él me ha contestado:

—Si yo fuera un hombre público, o candidato a algo, te contestaría: "¡Alto ahí, amigo!" Ningún hombre sensato y

molins, en las teorías incompletas de la *Science Sociale* y en los prejuicios corrientes en el mundo conservador liberal acerca de la función del Estado, cuyos abusos es lo único en que se piensa, sin preocuparse de su funcionamiento normal, Tauxier creyó durante mucho tiempo que la constitución política era una cuestión de etiqueta y de pura forma. Poco a poco, fué sintiendo la insuficiencia de tales generalidades. Finalmente, nos escribió diciéndonos que nuestros principios habían acabado pareciéndole la expresión de una verdad rigurosa y los defendió con gran originalidad y vigor. Su artículo sobre el Imperio a que M. Jules Lemaître alude, es un modelo de discusión y de crítica. Apareció en *L'Action Française* del 1.º de setiembre de 1900. Su carta de adhesión a la causa monárquica es del 1 de abril de 1902. En el Apéndice I la encontrará el lector. (Nota de 1909.)

1. Lo que no tiene vuelta de hoja es que esto es *menos que nada, peor que nada,* si, al suprimir las manifestaciones externas de la anarquía, se da alas a su energía interna. El texto de Tauxier dice: "El Imperio representa una reacción contra la anarquía...". Sí, el Imperio quiere reaccionar contra el mal, pero no contra las causas del mal, lo que constituye la política reprochada a los pastores protestantes de *Le Temps,* por el amigo de M. Jules Lemaître en la última parte de su primera conversación (pág. 543).

ambicioso se atreverá, en mucho tiempo, a llamarse monárquico, ni a dejar sospechar siquiera que tiene la menor inclinación a serlo, dado todo lo que esta palabra evoca de anticuado y odioso en la imaginación popular[1]. Pero yo soy un ciudadano independiente que busca la verdad. No tengo que andarme con miramientos con electores ni correligionarios. Ni siquiera, como no soy más que una unidad entre la muchedumbre, he de tener en cuenta el interés presente de la oposición nacional ni el hecho de que excelentes nacionalistas sienten un miedo atroz de no ser tenidos por republicanos, el que los espantan o fascinan ciertas palabras y que el amor de la República, a pesar de todo y suceda lo que suceda, continúa siendo en ellos un sentimiento propiamente religioso, una superstición. Yo he pasado por esto y soy indulgente con ello. Pero, como ya he dicho, me he liberado al fin. Razón por la que, sobre esta delicada cuestión del monarquismo, podré decirte con entera franqueza lo que creo cierto y lo que creo posible.

—No está mal. Vamos, pues, al primer punto. ¿Qué es lo que crees que es verdad?

—Esto en primer lugar: que el pueblo empieza por desconocer hasta el nuevo planteamiento de la cuestión[2]. Se figura que de lo que se trataría sería de retroceder hasta el antiguo régimen, de volver al reinado de Luis XIV o Luis XV, o a la Monarquía de 1815, o hasta a la de 1830. No conoce más que a los antiguos monárquicos intransigentes, los "blancos", buena gente, pero de cortos alcances, o los orleanistas, especie de "centro-izquierda" poco seductores, burgueses empedernidos, partidarios de la Monarquía constitucional, de lo que se ha llamado "la mejor de las Repúblicas". Pero, en este último tiempo, se ha formado un grupo de neo-monárquicos, casi todos librepensadores y antiguos republicanos, que han escandaliza-

1. ¿No sería más justo decir *de olvidado*?

2. M. Jules Lemaître y su amigo señalan con franqueza este *nuevo planteamiento de la cuestión*. ¿Por qué, en cambio, los polemistas católicos o plebiscitarios que no desdeñan discutir con nosotros—Monsieur Georges Thiébaud, por ejemplo—siguen hablando sólo de los monárquicos de nacimiento? ¿Qué interés tienen en ocultar lo que ocurre? Y, en el fondo, ¿qué ventaja puede haber en disimular lo que ya todo el mundo empieza a saber?

do por igual a los viejos legitimistas devotos y a los orleanistas parlamentarios[1]. Por una parte, han laicizado, por decirlo así, la idea monárquica y, por otra, la han separado de lo que ellos llaman "el error del 89". Han inventado el monarquismo positivista.

—Ya lo sé. Pero ¿no te parece todo esto una broma ingeniosa?

—De ningún modo. Los majaderos malintencionados que últimamente han levantado una estatua a Auguste Comte y que, como Bilboquet, han dicho: "*Debe* ser nuestro", no lo han entendido nunca. El espíritu del positivismo es un espíritu de simpatía y de veneración inteligente extendida a la historia entera de la humanidad. No quiere dejar perder nada de lo que, bajo formas confusas, imperfectas y hoy caducadas, resultó bueno y útil en el pasado. Los cortes bruscos de la tradición, la rebeldía total de una generación viviente contra las innúmeras generaciones pasadas, las revoluciones, en una palabra, le parecen presuntuosas y necesariamente funestas. No olvida los "abusos" de la antigua Monarquía, debidos, casi todos ellos, a que ésta no tenía una conciencia lo bastante clara de su función, pero entiende que, en un país tan extenso y de formación tan diversa como Francia, la coincidencia del interés personal del jefe con el interés de la nación; la continuidad del poder central, que hace posibles los proyectos de largo alcance y que es lo único que puede soportar unas amplias libertades corporativas, municipales y provinciales; todo esto ha sido bueno y lo sería aún mediante unas sencillas adaptaciones a los tiempos de hoy. Esto es lo que piensan los discípulos *fieles* de Auguste Comte.

"Por lo tanto, los neo-monárquicos no se han preguntado: ¿qué es lo que interesa a la Religión?, ni "¿qué es lo que interesa a las clases superiores?", ni siquiera "¿qué es lo que interesa a los campesinos y obreros?" (por más que, dicho sea de paso, un gobierno normal sea la condición básica del buen

1. ¿Los hemos escandalizado tanto como todo esto? En Francia las fuentes de patriotismo y buen sentido son inagotables. Los "legitimistas devotos" y los "orleanistas parlamentarios" concurren en gran número a las reuniones públicas y privadas de la "Action Française" en que se agrupan los nuevos monárquicos.

arreglo de las cuestiones sociales), sino: "*¿qué es lo que interesa al pueblo francés?*" [1]. No se han dicho: "¿qué régimen nos gustaría ver restaurado?", sino: "¿qué régimen es el que puede restaurar a Francia?" Y han llamado al monarquismo "nacionalismo integral", porque han creído que la Monarquía sería el régimen más completo y duraderamente útil a la nación.

"En otros términos: han observado (observación fácil, pero que ellos han profundizado y llevado al detalle) que Francia sufre y muere por falta de responsabilidad y de continuidad en el poder central—es decir, por el sufragio universal y el parlamentarismo—y, además, por la centralización exagerada, todo ello fruto de la Revolución, y se han propuesto demostrar que el remedio necesario y suficiente a todos estos males está en la Monarquía tradicional.

"A mayor abundamiento, han demostrado que "el error del 89" no había tenido en su favor, en el siglo último, más que a genios puramente sentimentales y románticos—Hugo, Lamartine, Michelet, Sand, Quinet—, pero que las cabezas más sólidas, y no sólo Bonald y de Maistre, sino Balzac, Le Play, Taine y Renan, repudiaron sin ambages este error; que unos sacaban la conclusión decidida de que había que restablecer la Corona, y que los otros—Taine, Le Play y hasta Comte, y hasta Proudhon (gran descentralizador)—ofrecían, en gradación diversa, argumentos tendentes a idéntica conclusión.

"Recuerdan que cuando Renan escribía: "Admirables, sin duda, fueron los comienzos de la Revolución y, si todo se hubiera limitado a convocar los Estados generales, a regularizarlos, a hacerlos anuales, la cosa hubiera estado bien, pero pudo más la funesta política de Rousseau...", al mismo tiempo, el conde de Chambord decía: "Juntos todos, y cuando queráis, *reanudaremos* el gran movimiento del 89" [2].

1. Me permito subrayar esta pregunta, que *es* todo el problema. No puedo explicarme cómo rehusan, y hasta huyen, esta manera de plantearlo tantos que se creen imparciales.

2. El conde Eugène de Lur-Saluces nos citaba, precisamente, la misma frase del conde de Chambord en la conversación que tuvimos en junio de 1900 en Bruselas. Este recuerdo nos parece de gran interés como prueba de la coincidencia de las ideas entre los buenos franceses.

"En una palabra: al volver a traer al rey, no pretenden más que comenzar de nuevo, por su medio, la obra del 89 tal como ésta hubiera debido ser. Un aficionado a fórmulas diría que quieren salir de la Revolución para entrar de nuevo en la Evolución. En realidad, conciben la función real como no la han concebido, o no lo han hecho más que por instinto, aun los mejores reyes. Nosotros sabemos mejor lo que ha sido antaño el rey de Francia, que no lo sabía él mismo. La función real y su utilidad pública son mejor conocidas y definidas desde que la Monarquía no existe. Pero es lo más natural: lo que hemos visto en su ausencia es lo que nos ha enseñado lo que ella era verdaderamente y, sobre todo, lo que podría ser hoy.

"Con gran habilidad y justicia, los neo-monárquicos dan al rey de Francia el título de "protector" o "jefe federal de las *repúblicas francesas*". Y no hay en esto ningún juego de palabras. Por desgracia, hay muchas palabras cuyo sentido se ha desfigurado. Ser "republicano" se reduce hoy a querer que el jefe del Estado sea elegido (¿y por quién?: ni siquiera por el pueblo). Con tal que se cumpla este requisito, ya se pueden sufrir cobardemente—¡qué pena!—todas las tiranías. En otro tiempo, la palabra "republicano" aplicábase a un ciudadano celoso de las indispensables libertades y que creía tener derecho a intervenir, mediante el voto o la fiscalización, en las cosas que interesaban a su familia, su corporación, su municipio y su provincia y que eran de su competencia. "Espíritu republicano, altivez republicana", eran expresiones empleadas honrosamente [1] hasta en el antiguo régimen. Si los franceses tuvieran el espíritu republicano regional, si les importaran realmente, no la libertad—vana palabra—, sino las libertades, sentirían menos repugnancia por el régimen que mejor puede, sirviéndole de contrapeso, tolerar y hasta favorecer este espíritu y que es la Monarquía tradicional.

"Los neo-monárquicos lo comprenden perfectamente. No tienen la menor timidez intelectual. Entienden que el parla-

2. "Confieso que me gusta ver en un hombre la fusión de un sentimiento de independencia republicana y del principio de obediencia y de fidelidad monárquicas: si bien se mira, esto es lo que constituía el *espíritu francés* y lo que hace fuerte al hombre en una sociedad fuerte." BONALD.

mentarismo, el gobierno de una asamblea elegida—¡Dios sabe en qué condiciones!—por el sufragio universal es el régimen menos práctico y el más loco, porque una asamblea elegida de este modo es, necesariamente, la más incapaz que pueda haber de representar con cierta fidelidad los intereses y los anhelos de la nación, y que este sistema conduce fatalmente a la opresión del país por una facción. El buen sentido, la verdad, según ellos, consiste (resumiendo) en la existencia de un jefe hereditario especialmente encargado de los intereses generales y permanentes del país (orden interior y defensa exterior) y que gobierna con la ayuda y el consejo de un cierto número de hombres competentes cada uno en su esfera (agricultura, industria, comercio, economía política, hacienda, etc.) y delegados junto al Poder por las asambleas provinciales... No hace falta entrar ahora en los detalles.

"Para terminar: los neo-monárquicos, después de haber estudiado los males presentes y haberlos referido a sus verdaderas causas, que son las instituciones políticas salidas de la Revolución y del Imperio, se han decidido a plantear a los franceses esta pregunta: *"La institución de una Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿es o no de salud pública?*

—Sé de sobras, querido, lo que contestarán las nueve décimas partes de franceses [1]. Pero ¿qué contestas tú?

—Amigo, estoy de lo más perplejo. Si quieres que te diga todo lo que pienso, te diré que la teoría de los neo-monárquicos me parece coherente, armónica; que tiene más en cuenta las realidades, la historia y la naturaleza humana; que es menos ingenua, menos imprudente y, para decirlo de una vez, menos tonta que las otras teorías políticas que conozco. Pero que la Monarquía sea "de salud pública", supone que en ella está

1. No importa el saber la opinión de las nueve décimas partes de franceses sobre las condiciones de la salud pública, sino cuáles son precisamente estas condiciones. Aunque uno fuese el único, frente a 38 millones, en conocerlas, la razón estaría con él al enunciarlas, al sostenerlas, al luchar por ellas, al trabajar por que prevalecieran sobre el criterio de los demás *por todos los medios que se presentasen.* Este *uno* sólo dejaría de tener razón si la voluntad popular fuese el único medio de hacer prevalecer una idea justa. Pero no es este el caso.

la *única solución,* y de esto no estoy bastante seguro [1]. No contestaré, pues, a la pregunta, en verdad harto apremiante, de *L'Action Française* [2], ni sí, ni no, sino: "parece que sí". Además, ya te he advertido que primero te diría lo que creo que es cierto, pero que luego te diría lo que creo que es po-

1. En buena táctica, es de esto de lo que habría que empezar por asegurarse. Quien no sepa en qué radica la salud pública, se limitará a esperar la "solución". Quien espere la "solución", no trabajará en prepararla. Y, si no se la prepara, no vendrá nunca. El estado de indiferencia ante la solución—*solucionismo,* lo mismo da—es perfectamente propio de la masa, de la mayoría gregaria, de la multitud. Pero, si se quiere operar en ésta, hay que saber lo que se va a hacer, adónde ir, en dónde está el peligro, en dónde la salvación. No puede concebirse una minoría enérgica, una minoría directora, carente de orden interior y de objetivo exterior. Si ha de obtener aquel orden, si ha de definirse este objetivo, es indispensable que el amigo de M. Jules Lemaître obtenga un conocimiento seguro y suficiente de cuáles son las condiciones indispensables del bien público.

2. Para mostrar cómo se pensaba en *L'Action Française,* citemos su programa de 1903:

"*L'Action Française* apela al patriotismo consciente, reflexivo y racional.

"Fundada en 1899, en plena crisis política, militar y religiosa, *L'Action Française* inspiróse en el sentimiento nacionalista; lo característico de ella fué el someter este sentimiento a una disciplina rigurosa.

"Un verdadero nacionalista—afirmó como principio—coloca la patria por encima de todo; por consiguiente, concibe, trata y resuelve todas las cuestiones políticas pendientes *conforme a su relación con el interés nacional.*

"Con el interés nacional, y no con los caprichos del sentimiento.

"Con el interés nacional, y no con sus preferencias o repugnancias, sus inclinaciones o sus antipatías.

"Con el interés nacional, y no con su pereza de espíritu, sus cálculos privados o sus intereses personales.

"Obedeciendo a esta norma, *L'Action Française* se vió forzada a reconocer la rigurosa necesidad de la Monarquía en la Francia contemporánea.

"Supuesta la voluntad de salvar a Francia y de poner por encima de todo esta voluntad de salvarla, es ineludible la conclusión monárquica, ya que el examen detallado de la situación demuestra que sólo con la Monarquía sería posible un renacimiento francés.

"Si parece difícil la restauración de la Monarquía, ello no prueba más que esto: que el renacimiento francés es difícil también.

"Quien quiera éste, tiene que querer aquélla.

"Como *L'Action Française* quería ambas cosas, se hizo monárquica. Todos sus números, desde hace dieciocho meses, tienden *al proselitismo monárquico.*

"Los antiguos monárquicos celebraron el verse confirmados, por razones a menudo inéditas, en su tradición y su fe. Pero *L'Action Française* se dirigía especialmente a esos patriotas que viven sumidos to-

sible, y me temo que, a pesar mío, mis impresiones sobre este
segundo punto contradigan y modifiquen mis ideas sobre el
primero.

"Hablaremos de este segundo punto, si te parece bien, en
nuestro próximo encuentro. Yo mismo me haré, lealmente, las
inevitables objeciones.

—Y yo te ayudaré a ello."

IV

24 de octubre de 1903.

La última vez que he vuelto a encontrar a mi amigo, éste
me ha dicho:

"Todo se repite; ahora estamos presenciando el fenómeno
que Taine llamó la "anarquía espontánea": Hennebont y Lo-
rient, Armentières y Dunkerque [1]. Lo volvemos a ver más en pe-
queño—lo reconozco—, pero puede durar mucho más. Como an-
taño, hay una complicidad moral entre el Gobierno y los auto-
res de los desórdenes, pero éstos saben hoy manejar mejor esta
complicidad. Pueden agredir a algún cura, saquear alguna fá-
brica y alguna tienda, pero no quieren poner en un aprieto de-
masiado grande a sus amigos del "bloc". Se detienen ellos mis-
mos al llegar a un cierto punto, y el Gobierno, agradecido a su
moderación, los persigue con blandura... De modo que apenas
es posible que la cosa acabe. Las personas decentes directamente
perjudicadas resultan pocas en número comparadas con el

davía en el viejo prejuicio democrático, revolucionario y republicano.
Procura, primero, disipar este prejuicio anarquista y exprime y pone
al descubierto en el patriotismo hecho más consciente el monarquismo
que implícitamente contenía. Muchos republicanos han ido de este mo-
do al monarquismo. Otros muchos irán también a él si *L'Action Fran-
çaise* es puesta en condiciones de hacerles oír su voz y de adoctrinarlos.
"En nombre de los resultados obtenidos y teniendo en cuenta los
que son posibles, *L'Action Française* pide a todos los monárquicos,
antiguos o modernos, un apoyo ardiente, abnegado, incesante."

1. En setiembre y octubre de 1903 se produjeron graves distur-
bios, y algunos de ellos, como los del 13 de octubre en Armentières,
tomaron un carácter clarísimo de guerra social. Los revoltosos, perse-
guidos por la caballería y la infantería, iban arrojando inmensas pie-
zas de tela robadas en las fábricas a fin de detener el avance de
las tropas. (Nota de 1909.)

resto de la nación [1]. Después, el movimiento lo mantendrán
las hornadas de apaches mayores que ingresan cada año en la
vida pública. Esto será el medio Terror, el Terror seco o ape-
nas húmedo, la anarquía difusa, la descomposición lenta. Fran-
cia seguirá inerte. Es muy posible que pueda soportar aún du-
rante quince o veinte años, hasta llegar a la bancarrota o la
invasión extranjera, esta *dominación de los peores llamada tam-
bien República* [2], palabra mágica y maravillosa que consuela
de todo a millones de franceses y que lo substituye todo para
ellos: el orden, la justicia, la prosperidad y el honor.

"...Y, con todo—inquietante observación—, este pueblo fe-
tichista que cree, como los negros, en la santidad y en el poder
de ciertas palabras que no comprende, este pueblo, en con-
junto, no tiene nada de republicano, por más que él crea otra
cosa. No hace falta decir que no lo es en el sentido profundo
y antiguo que el otro día recordaba yo, puesto que soporta
toda tiranía con una vergonzosa resignación, pero ni siquiera
lo es en el sentido moderno y literal. Has podido darte cuenta
de ello cuando predicabas el plebiscito. Este pueblo es tan poco
republicano, que no se atreve a hacer la prueba de la Repúbli-
ca plebiscitaria, que es, precisamente, el máximo de República
y el único régimen que lógicamente deriva de la *Declaración
de los derechos del hombre*. Además, conserva las costumbres
monárquicas en lo que de menos altivo tienen éstas. Adora a
los reyes ajenos [3]. Todos los soberanos que visitan nuestro país

1. Apurando las consecuencias de esta profunda observación, po-
dríase componer un buen capítulo: *De la fácil opresión de las mayorías
numéricas*. No hay mas que dividirlas, como Horacio, solo, hizo con
los tres Curiacios, como César hizo con los galos. Esto es tan viejo como
la Antigüedad, pero los antiguos entendían de política mucho mejor que
nosotros. Según la fórmula de un italiano clásico, las minorías extran-
jeras que gobiernan a Francia *se comen la alcachofa hoja a hoja*.

2. Hermosa y clara definición de la República, que nos permitimos
subrayar.

3. ¿Estamos bien seguros de que no hay en esto más que bobali-
conería o servilismo? Algunos dirán: —Supervivencias del antiguo ré-
gimen.— Pero ¿acaso no tenemos nosotros el derecho de decir: —Instin-
to monárquico que revive, monarquismo en potencia, al que no falta,
para traducirse en acto, más que la presencia de un rey a quien
aclamar? Lo demuestran los republicanos con su recelo de los *solda-
dos con suerte*, con su horror del más pequeño triunfo militar que pu-
diese despertar el instinto autoritario y monárquico de los franceses.
M. Francis de Pressensé, diputado socialista por el Ródano, decía en

se admiran de la flexibilidad de las espinas dorsales jacobinas, siempre secretamente deseosas de una llave de chambelán.

"El sentimiento igualitario y la "envidia democrática" debieran irritarse de que un tan pobre hombre como el presidente actual—elegido por un azar tan gratuito, además, como el del nacimiento—, en lugar de observar la sencillez de un presidente suizo o americano, se regodee beatíficamente con los honores anejos a su inútil función, juegue al soberano, moleste a los parisienses, abuse del privilegio de hacer acordonar las calles, etc... Pero, no; la gente encuentra esto muy bien...

—Y tiene razón, hombre. Cuanto menos vale la persona que ejerce entre nosotros la función soberana, reducida a las formas exteriores, más encantados están nuestros demócratas de esta parodia de la realeza. Cuanto más su efímero presidente haga el rey, más podrán ellos hacer el príncipe. Además, todo es poco para honrar en él al funcionario que tiene el botín del partido (vulgo, "la llave de la despensa"), y que no lo tiene más que para ellos. Acaso también los más inteligentes gocen el placer delicado, el placer de gran señor que experimentaba Don Salustio ennobleciendo y emperifollando a su lacayo para que hiciera las más obscuras tareas...

"Pero me parece que nos estamos alejando del tema. En nuestra última conversación me dijiste "lo que crees que es verdad" de la teoría monárquica. Hoy debías decirme lo que crees posible y objetarte a ti mismo.

—Pero, hombre, las objeciones saltan a la vista. Son objeciones de hecho. Sé cómo se formulan y lo que se puede contestar a ellas. Pero ¿para qué? Conozco tan por completo los prejuicios populares en este punto como que los he compartido

la Cámara, el 25 de noviembre de 1908, hablando de la eventualidad de una guerra, que él acababa de llamar "la peor de las aventuras": "*Y digo la peor de las aventuras porque no tiene más que dos salidas, a cual más dolorosa: hacer de Francia una Polonia entregada a los apetitos de todos, o convertir el país de la Revolución en cualquier bajo Imperio cesarista inclinado ante la bota estúpida de un soldado con suerte.*" De modo que los republicanos piensan que si "el primero que fué rey fué un soldado con suerte", la recíproca no puede dejar de cumplirse: el primer soldado con suerte tendrá probabilidades de imponerse como rey. Tal es, según confesión propia, el estado de espíritu en que se encuentran los franceses tras treinta y ocho años de abstinencia republicana. (Nota de 1909.)

hasta mediada mi edad madura. Mis maestros me habían engañado. A su vez, ellos estaban engañados también. Hoy veo claramente que, a partir de la Revolución, y del Renacimiento inclusive, la *Historia* de Michelet, de que antaño me nutriera, es, no digo que de un impostor (porque parece de buena fe), pero sí de un enfermo y un medio loco [1]. M. Anatole France dijo admirablemente, en los tiempos en que era escéptico: "Michelet siempre ha tenido una propensión al enternecimiento; derrama dulces lágrimas por Maillard, ese hombrecillo ordenadito que introdujo el papeleo en las matanzas de setiembre. Pero como el enternecimiento conduce al furor, de pronto se enfurece contra las víctimas. Es el sentimentalismo moderno. Se compadece al asesino, pero se considera que la víctima es imperdonable. En su último aspecto, Michelet es más Michelet que nunca. Se acabó el sentido común; ¡es admirable! Ni arte, ni ciencia, ni crítica, ni relato: nada más que cóleras, espasmos, una crisis de epilepsia a propósito de hechos que no se molesta en exponer. Gritos de niño, caprichos de preñada..."

"No mirando más que al fondo, Michelet es, sólo que con más genio, el padre Loriquet de la Reforma y de la Revolución. Y no sólo él y los Lamartine y los Hugo, sino los burgueses sesudos como Thiers y Mignet han abusado de mi larga inocencia. A los cincuenta años, me veo obligado a rehacer mi educación. ¿No es lamentable?...

—Sí, ya lo sé: le estás metiendo el diente a Auguste Comte, cosa no muy divertida [2]; descubres a Bonald y a de Maistre,

1. En los momentos en que la tercera República se ha visto obligada a restablecer, en favor de un danés mestizo de suizo, Gabriel Monod, la cátedra de Michelet en el Colegio de Francia, no es nada ocioso el subrayar la perfecta exactitud del diagnóstico de M. Jules Lemaître. Es evidente que su semilocura aparece ya en el Renacimiento. Hay que releer el extraordinario capítulo en que Michelet explica cómo la corte y los católicos inventaron a Ronsard para oponerlo a Rabelais.

2. No sólo no divertida, sino dura. Estamos seguros de que, no obstante, M. Jules Lemaître ha perdonado a Auguste Comte, en gracia de ciertas páginas de una elocuencia sobria y fuerte, que se podrían sacar casi enteras, de la *Síntesis subjetiva*, del *Sistema de política*, y, sobre todo, del *Testamento*. Pero es cierto: Comte escribe y piensa rudamente. Su filosofía tiene la fuerza, pero también la condensación y el aspecto de un álgebra. Hay que estar subiendo mucho tiempo para llegar al *belvedere* que da sobre un hermoso paisaje filosófico.

a Rivarol y Mallet du Pan, a Le Play y a Fustel... Pero permíteme que te lleve otra vez al tema.

”Acordándose de un célebre epígrafe de Forain, alguien me decía de la Monarquía: “¡Qué hermosa resulta, bajo la República!” Hermosa, en efecto, como un sueño. Por muy razonable, por muy sólida y armónica que sea la doctrina de los neo-monárquicos, el pueblo no quiere la Monarquía, y entiendo por “pueblo” no sólo los electores del “bloc”, sino el buen pueblo. Carlos X hizo dificilísima la restauración. El pueblo cree a pies juntillas que el gobierno del rey sería el gobierno de los nobles y los curas. No ha pasado del *Marquis de Carabas*, de la *Comtesse de Pretintaille* y de los *Hombres negros* de Béranger. Es injusto. Con todo, Joseph de Maistre y el mismo Rivarol se muestran extremamente severos con la nobleza de antes del 89. ¿Vale mucho más lo que queda? Aparte algunas excepciones, tanto más admirables cuanto más raras, me temo que no. La nobleza, en su conjunto, está menos corrompida que entonces, pero persiste en la ofensiva ilusión de que está hecha de otra pasta distinta de la del común de los mortales; insiste en creer que tiene “una carne especial”, en lugar de creer que sólo son especiales sus deberes. Y el rey no podría desentenderse de sus nobles: son su familia [1]. Cabe, pues, el temor de que la Corona fuese su botín, como la República es el de los jacobinos.

”Reconozco que la prevención sobre este punto es muy fuerte. J. de Maistre llega a decir en sus *Consideraciones sobre Francia*, que la “Revolución francesa tuvo por principal causa la degradación moral de la nobleza”. Pero la Monarquía no implica en lo más mínimo la preponderancia política de la antigua aristocracia, cosa que antaño sentía el pueblo claramente. Yo he tenido un tío, buen hombre, sencillísimo, que era monárquico y a quien he visto llorar el día en que murió el conde de Chambord. En cambio, tenía horror de los nobles, a los cuales llamaba los “señores *de*” (por más que haya muchos “señores *de*” que no son más nobles que tú o que yo). Este sentimiento me parece harto significativo. ¿No viene a ser como una supervivencia que se traducía antaño en este grito: “*¡Si el rey lo supiese!*”? Sea como sea, no es posible olvidar que una de las glorias de los reyes de Francia es el haber combatido y reducido la nobleza, impulsado los municipios, creado la burguesía, el haber elevado al pueblo en dignidad. Puede que un nuevo rey se acordase de ello [1].

”Pero, por otra parte, no es ninguna cosa superflua en un gran país una aristocracia hereditaria—siempre abierta, además—, que comprenda su papel: un conjunto de familias en que se transmitan, por la sangre y por la educación, las aptitudes para ciertos oficios públicos, particularmente para los oficios diplomáticos y militares. Si yo fuera rey, diría: “Se acabó la nobleza, o, por lo menos, yo no la reconozco como tal y voy a formar otra nueva de acuerdo con los servicios prestados. La Monarquía tradicional con una “nobleza imperial” (si me atrevo a expresarme así): esto sería una solución elegante.

Pero, amigo, aunque todo esto fuese verdad, ¿qué importaría, si el pueblo no cree una palabra de ello? Asimismo, no creerá nunca que la Monarquía pueda ser otra cosa que el gobierno de los curas. ¿Qué quieres que yo le haga?

1. En este caso, puede decirse que el rey de Francia, de Felipe el Hermoso a Luis XV, no fué nunca muy buen pariente. Y a menudo la aristocracia le devolvió ojo por ojo. Si los revolucionarios a lo Michelet han fabricado una leyenda de la Monarquía francesa, unos falsos nobles—los ennoblecidos por obra y gracia propias en los últimos cien años—han inventado una concepción de la antigua Francia que es otra leyenda. El hidalgo de gotera saboyano que decía hace poco a sus comensales plebeyos: *¡La Monarquía, la Monarquía! Señores, si la Monarquía existiera, ustedes estarían comiendo en la cocina*, este hidalgüelo conocía la historia de Francia poco más o menos como Saint-Simon, es decir, no sabía una palabra de ella. Semejantes cuentos son dos veces nocivos. Han tenido una buena parte en que se perdiera el recuerdo de los beneficios de la Monarquía. No obstante, no hubiera sido a un Colbert con su plebeyez, sino más bien a un Saint-Simon con su ducado-pairía, a quien un Luis XIV hubiese enviado a la cocina. La Monarquía ha constituído el Tercer Estado. Esto es lo que no hay que olvidar.

1. ¿No resulta curioso hacer notar cómo su alteza el duque de Orleans, desde el momento de su advenimiento, en octubre de 1894, pareció prever esta esperanza o preocuparse de deshacer esta objeción? El primer hecho que lo demuestra es que el puesto de representación ocupado entonces por el conde de Haussonville fué suprimido casi inmediatamente. El segundo hecho es que el príncipe no se dirigió; para constituir su Secretaría política, más que a hombres procedentes de la clase media. Los señores Dufeuille y André Buffet han sido sucesivamente investidos de la alta función que ejercía en 1903 M. Paul Bézine. M. Paul Bézine tuvo por sucesor a M. Roger Lambelin, concejal de París. (Nota de 1909).

—Se le podría decir: —La República tiene también su aristocracia y su clerecía. La nobleza republicana es peor y pesa más que la antigua nobleza—que, por lo demás, no es sino una parte pequeñísima de la nación—, y los sacerdotes de las logias son, sin duda, peores tiranos que nuestros pacíficos curas de aldea. A mayor abundamiento, sabido es que los reyes de Francia nunca han sido clericales. A menudo se condujeron bastante duramente con el Papa. El mismo Carlos X persiguió a los jesuítas. El nuevo rey no desmentiría el espíritu de los Capetos si desconfiaba mucho de la aristocracia y si mantenía las distintas clerecías (católica, protestante y judía) en su lugar. "El rey sin nobles ni curas" [1]: esta podría ser la fórmula realista popular. Fórmula para abreviar—claro está—y que habría que explicar... ¿Por qué no había de comprender el rey estas cosas?

—Querido, tu Rivarol ha dicho en sus *Máximas y Pensamientos*: "Estoy convencido... de que no hay lección que valga ni para los pueblos ni para los reyes y de que, si Luis XVI tiene sucesores de su estirpe, sus errores y sus desgracias no les servirán siquiera de advertencia."

—Mi Rivarol, como tú dices, ha podido equivocarse una vez por azar. De hecho, la aventura de la Revolución y la experiencia han hecho a los soberanos de hoy más serios, más conscientes de su verdadera función. No veo uno solo en la Europa cristiana que carezca de inteligencia, de aplicación, de útiles cualidades, y que no rinda servicio al país de que es gerente [2]. ¿Te imaginas, por ejemplo, lo que sería de Italia en estos momentos si fuese una República y si, como nosotros, llevase treinta años siéndolo? Seguramente habría caído todavía más bajo que nosotros. Somos la única, entre las grandes naciones de Europa, que *goza* del gobierno republicano, y somos también la única que se viene abajo. Esto es un hecho.

—Todo lo que quieras. Pero te repito que el pueblo no lo

1. "Sin alguien" o "sin algo" es la sola locución que no puede, absolutamente, pronunciar un rey de Francia. El rey pone a cada uno en su lugar y emplea a cada uno y a todos. Pero no tolera a nadie el entrometimiento.

2. Obsérvase, además, no sólo en Alemania, sino en Italia, en Inglaterra y hasta en Bélgica, un creciente aumento del poder y de la influencia de los reyes desde hace cincuenta años.

cree. No creería en tu "rey sin nobles ni curas" más que viéndolo con sus propios ojos. Del mismo modo te digo que, si lo pusieras en presencia del "hecho consumado", no movería un dedo y hasta estaría más bien contento. Es de sobra sabido que la historia no la hacen más que unas minorías enérgicas y que la masa sigue siempre [1]. Pero ¿cuentas con algún medio?...

—No.

—¿Entonces?

—Entonces, esperemos lo imprevisto. Grandes cambios históricos han sido provocados por un hecho que, la víspera, nadie preveía. La víspera, las buenas gentes decían como nosotros: "¡No hay nada que hacer!"... Puede producirse una catástrofe... [2].

—Preferiría otra cosa.

—O puede surgir un hombre, un exaltado lúcido y con estrella...

—No parece que tenga prisa.

Y, no obstante, desde lo hondo de su aletargamiento, el pueblo lo espera. Espera al jefe, dictador o cónsul, que sea, por fin, el hombre de Francia y no el criado de una secta contra la nación. Francia ha tenido en todo tiempo aventureros heroicos y espléndidos. ¿Se ha agotado la raza de ellos? Yo espero al osado.

—¡Si fuera una especie de Wáshington a nuestra medida!

—Yo preferiría un Monk. Sería más seguro.

—¿Volveremos a vernos?

—Cuando tú quieras.

—En efecto, nos sobra tiempo para discutir y hasta para meditar, cosa que no cambiará el curso de los acontecimientos [3].

1. Nos parece que "el amigo" se olvida de contestar: —Bueno, pues formemos esta *minoría enérgica*, la que *hará la historia, la que seguirá la masa*. En nuestras conclusiones, tendremos que volver sobre esta idea principal.

2. En efecto, tiene que ocurrir una catástrofe. Aparte esta catástrofe, casi fatal, habrá necesariamente nuevas crisis, más agudas que las que la tercera República ha atravesado con tantos trabajos. El *affaire* Wilson no puso en discusión el régimen. El boulangismo lo ha amenazado seriamente. El *affaire* Dreyfus ha estado a punto de destruirle.

3. ¿Estamos bien seguros de la inutilidad de las discusiones y de las meditaciones teóricas? No son inútiles, sino la utilidad misma.

—¿Quién sabe? ¡Tengamos paciencia!...

—¡Qué dices!

—Para terminar, voy a citarte una frase de Joseph de Maistre sobre lo poco que es una vida humana en los largos siglos de una nación: "Los minutos de los Imperios son años del hombre." Y otra: "Uno puede ver sesenta generaciones de rosas: ¿quién asistirá al total desarrollo de una encina?"

V

31 de octubre de 1903.

He vuelto a ver a mi amigo.

—Ya conozco—le he dicho—tu solución teórica. En el papel, es hermosísima, Pero ¿y tu solución práctica, inmediata?

—Creía habértela indicado... En fin de cuentas, es: *Exoriare aliquis!*

—Esto es un voto lírico, un trozo de exámetro, no una solución[1].

—Dime algo mejor.

—No sé. Pero, si quieres, volvamos un poco sobre nuestros pasos. Ha habido quien ha hecho notar (ya que nuestras modestas conversaciones han llegado a oídos de algunas gentes de bien) que habías desechado un poco de prisa el remedio imperialista. Tú reconociste la prosperidad interior y la decencia del Segundo Imperio. Pero rechazas el régimen en sí mismo en virtud de las funestas consecuencias de su política exterior y de los desastres de 1870-1871.

—¿Es que no te parecen de bastante peso estas razones?

—Sí, por cierto. Pero los bonapartistas... Aquí, en confianza, te diré que son encantadores, sobre todo los viejos, los que vieron el estreno de *La belle Hélène*, los caballeros canosos de

¡Si lo que falta hoy a las voluntades mejores es, precisamente, una meditación coherente, una teoría justa! Y hemos de ver, en las conclusiones, que este es el triste caso de los patriotas y los conservadores franceses.

1. No (podría muy bien replicar el amigo), es un cálculo.

N. del T.: El verso (de Virgilio) a que se hace referencia dice: *Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor*: "Plegue al Cielo que de mis cenizas se alce un vengador".

blancos botines y corbata Lavallière. Son correctos, afables, sentimentales y patriotas. Tienen todavía un poco el alma de los héroes de Octavio Feuillet. Y, entre el pueblo, los bonapartistas cuentan, lo más frecuentemente, con excelentes figuras de antiguos suboficiales, de viejos soldados de la guardia rudos y fieles, o de simpáticos fierabrás. Y los bonapartistas se quejan. Dicen que los príncipes de hoy (tú mismo lo has reconocido) entienden lo mismo que nosotros las lecciones de los acontecimientos y que, de consiguiente, es absurdo el suponer que el Imperio significaría otra vez la guerra y la invasión. Y añaden: "Cuando usted afirma que nuestro príncipe reincidiría en los errores y se aferraría a las quimeras de los dos primeros emperadores, es como si nosotros dijéramos que un nuevo rey imitaría necesariamente la despreocupación y la inconsciencia de Luis XV[1] y su olvido del fin y de las condiciones de la función real." En realidad, su pretendiente no parece muy amigo de aventuras. Es tan Saboya, por lo menos, como Bonaparte. Sus escasas declaraciones parecen las de un radical moderado, si estas dos palabras pueden ir juntas. Esto es lo que—dicen ellos—necesita justamente el país. El pueblo cree incurablemente en la Revolución. Pues bien: el Imperio es la Revolución encauzada, ordenada, hecha inofensiva...

—Sí, inofensiva, si pudiera serlo.

1. Nada de *como si*, porque no tiene nada que ver una cosa con otra. Luis XV no puede ser citado más que como una vergonzosa excepción entre los treinta y siete reyes del tronco capeto, mientras que, como "los dos primeros emperadores" no han tenido otro predecesor ni sucesor, es forzoso juzgar, por esta muestra doble, el régimen al que dan nombre.

Si no, ¿por qué nos hablan de Imperio y de bonapartismo? Este pasado cuyo recuerdo se quisiera borrar es, precisamente, el único motivo, el único fundamento, el único pretexto de una candidatura al gobierno de Francia. Si se acepta la herencia, hay que aceptar su pasivo, que, indiscutiblemente, es más pesado que el activo. Pero si se rehusa esta mala herencia, dejen de hablar de bonapartismo y de Imperio.

Un escritor bonapartista, M. Saint-Pérey, en el *Appel au Peuple* de 7 de noviembre, ha declarado a M. Lemaître que *el Imperio es un bloque.* Tiene razón. "No renegamos de nada (dice), de nada, ¿entiende usted?, del pasado de los emperadores, desde 1799 hasta 1870. El 18 brumario y el 2 de diciembre, *Waterloo* y *Sedán, la política de las nacionalidades*... todo, todo lo aceptamos."

No hay nada que objetar a esta declaración. El número del 7 de noviembre de 1903 del periódico *L'Appel au Peuple* se vende en París en la calle de Batignolles, 36.

—La Constitución de 1852 (siguen diciendo ellos) es muy prudente. La ilusión del sufragio universal, mantenida; el régimen simplemente representativo en lugar del régimen parlamentario; un poder central fuerte responsable...; ¿qué hay que decir a esto?

—Sin duda, la Constitución de 1852, aunque incompleta, no era fundamentalmente mala. Pero Napoleón III no supo atenerse a ella. La soberanía popular, aun estando muy vigilada, aun casi ficticia, sigue siendo un principio erróneo y nocivo. El Segundo Imperio, despótico en apariencia, fué, en realidad, un "gobierno de opinión"[1]. *La Prensa y el público corearon la política exterior y los sueños masónicos del carbonario coronado*[2]. Te concedo que no porque el Segundo Imperio, bajo los efectos del viejo espíritu revolucionario, haya hecho, en detrimento nuestro, la unidad italiana y preparado la hegemonía de Prusia; no porque debamos dos invasiones al primer Imperio; no porque el segundo nos haya valido una tercera y nos haya costado dos provincias y algunos miles de millones, sígueses fatalmente que un nuevo Imperio hubiera de llevar a una nueva guerra y a una cuarta invasión; pero no me negarás que todo esto es para él de mal agüero... En fin—mucho me lo temo—, el nuevo César sería, de grado o por fuerza, el jefe de la democracia, es decir, su esclavo[3]. Veríase obligado a mantener y exagerar aún la centralización, ya monstruosa, y, tarde o temprano, a intentar, o simular, el establecimiento del socialismo de Estado, muerte de todas las libertades, disolvente supremo de las virtudes y de las energías de un pueblo.

"Además, el Imperio tiene en sí no sé qué de equívoco e híbrido que viene de sus mismos orígenes. Como se vió obliga-

1. Utilísima verdad. Napoleón III no fué solamente, como se dice muchas veces, el ejecutor de los designios de la Revolución internacional que se le habían impuesto en su juventud de carbonario: fué también el órgano de los designios de la opinión revolucionaria francesa, cuya hechura era en Francia.

También Luis-Felipe fué un producto de la Revolución. No obstante, resistió constantemente al partido liberal, a su partido, cuando se vió solicitado en favor de "la pobre Italia". ¿Por qué? *Porque era un Borbón.*

2. Permítasenos insistir sobre estos hechos harto olvidados.

3. M. Saint-Pérey, en el periódico bonapartista antes citado, escribe comentando esta fórmula: "No lo entiendo." Peor para él.

do a continuar las guerras de la Revolución y empezó triunfando en ellas, su idea encierra la de gloria y conquista. Y como, por otra parte, civilmente es el continuador de la Revolución y de los errores del 89, apenas le es posible repudiar la última consecuencia de estos errores, que es el radicalismo socialista. Fué a la vez militar y revolucionario. Estos dos caracteres se pusieron de acuerdo un momento por necesidad, pero está bien claro que se han hecho incompatibles.

"El Imperio no podría ser ya ni guerrero ni glorioso. La quimera del segundo emperador, la "política de las nacionalidades"—que colocaba nuestro interés nacional *después*[1] de otros intereses—, ha acabado por debilitar a Francia, hasta el punto de hacerla incapaz de toda empresa ambiciosa, y se ha convertido en estéril humanitarismo. Y no es que yo añore el Imperio conquistador—porque los quince años del primer Imperio han costado más vidas, y menos útilmente, que ciento o doscientos años del antiguo régimen—, pero quedamos en que el Imperio nuevo, no pudiendo ya cosechar laureles, veríase reducido a proseguir, al fin y a la postre, con más orden y con el sorprendido asentimiento de una parte de la nación, la obra política de los dos últimos ministerios jacobinos, excepto la persecución religiosa. En una palabra: tendríamos un Imperio sin penacho, un Imperio de levita de burgués radical, un Imperio burocrático, probablemente anticatólico, secretamente antimilitar, protegido por el dinero cosmopolita y cogido entre el peligro de acordarse de la Alsacia-Lorena y el impudor de olvidarla.

—Querido, esto son hipótesis.

—Pero no son inverosímiles.

—Ni convincentes tampoco. Un bonapartista te diría: "No hay que ser demasiado exigente. Con el Imperio tendríamos orden: orden en la calle y, al cabo de algún tiempo, hay que esperarlo, orden en la hacienda también. Las instituciones militares serían honradas y fortalecidas, por más que digas. La vieja trinidad respetada y necesaria a los pueblos que quieren vivir: familia, propiedad, religión, no seguiría viéndose

1. Durante mil años, la Casa de Francia no había cesado de repetir: *ante todo, Francia.*

amenazada de continuo. El Imperio conservaría de sus orígenes militares el gusto y la preocupación de una administración exacta y disciplinada[1]. ¿Es que todo esto no es nada? Dice usted que el Imperio acaso se inclinase, por la necesidad de conservar la popularidad, hacia un socialismo de Estado: yo creo que poco a poco se vería dispensado de hacerlo, una vez reconquistadas la prosperidad y la calma...[2]. Por lo demás, si el 89 es un error (lo que es muy posible), un error que dura un siglo se convierte en una tradición y hace las veces de la verdad. El vino mana hace más de cien años: hay que seguir bebiéndolo...

—¿Aunque reventemos?

—Mi bonapartista te diría: "Caballero, usted exagera mucho. Usted recordaba, el otro día, las palabras de un joven filósofo: "El Imperio suprime la anarquía, no las causas de la anarquía", y reconocía usted que la supresión de hecho de la anarquía es ya algo. Es, por lo menos, un alto. Un poder central independiente de todo partido[3], que garantizase la paz interior y que no gobernara a contrapelo de los intereses generales y de las necesidades y los sentimientos de la mayoría de la nación, no sería una cosa a la que hacer ascos... El Im-

1. ¿Conservaba el Imperio, en 1869, de sus orígenes militares, la preocupación de la fuerza de nuestro Ejército, o siquiera del número de nuestros soldados? Ningún régimen se ha aburguesado tan rápidamente como el de los dos Imperios. En cambio, la Monarquía burguesa de 1830 tendía en todo momento a aires más militares. Los jóvenes príncipes de Orleans, Aumale y Joinville, provocaron esta rápida evolución. El Imperio, nacido en medio de los campos de batalla, acabó en las intrigas de corte, de salón o de Parlamento, tanto en 1814 como en los Cien Días y en 1870.

2. Pero lo importante es saber si la *prosperidad* y la *calma* serían reconquistadas, temprano o tarde... Los bonapartistas amigos de M. Lemaître no tienen en cuenta nunca esta pequeña circunstancia: en vez de suceder a treinta y tres años de Monarquía próspera, su quimera de un tercer Imperio vendría tras los treinta o cuarenta años de anarquía republicana. Sería, pues, necesario producir, economizar, capitalizar y, por su constitución electiva y democrática, el Imperio no puede hacer nunca más que gastar, derrochar, destruir: ahora bien, estando ya consumadas las destrucciones profundas, ¿con qué iba a aparentar siquiera una reorganización?

3. Como ya hemos visto más arriba, el Imperio es un gobierno de opinión, es democrático, plebiscitario, electivo. Es, pues, *dependiente*. Creo que es clara la conclusión de que, lo que no es, es "independiente". Que es lo que el amigo va a contestar a M. Jules Lemaître.

perio es una transacción entre el principio de orden y de autoridad y la ilusión democrática. Esto duraría lo que durase.

—Por tanto, no duraría apenas. El Imperio no ha tenido tiempo de convertirse en una dinastía. Su principio propio, haga lo que haga, no reside más que en la cambiante voluntad popular, *no en algo anterior y superior a esta voluntad, como es la realeza tradicional*[1]. Tal vez, si el príncipe imperial hubiese vivido, una dinastía y una legitimidad nuevas hubieran podido substituir a la dinastía y la legitimidad de los Capetos; pero, en la situación actual, el Imperio no sería más que una dictadura plebiscitada, es decir, lo que hay de más inestable. Revolucionario de origen y de principio, no podría sostenerse más que con el absolutismo, y no puede ser absoluto más que en virtud de la gloria militar, que hoy no está a su alcance. ¡Cuántas dificultades, pues! Añadiré que tu bonapartista, por modesto que sea en sus sueños, no lo es todavía bastante. El público ha rechazado la teoría plebiscitaria por miedo al Imperio. Con más razón rechazaría el Imperio mismo.

—¡Ah! ¿Quién sabe? Si no fuera por los recuerdos del 70, compensados, por otra parte, con la leyenda del gran Emperador, el Imperio es seguramente la forma monárquica que repugna menos[2] a muchos franceses, precisamente porque el Imperio sigue siendo la Revolución. Tú verás, si algún día se restaura el Imperio, como su Monk será algún general jacobino o algún sindicato de radicales... Atiende a lo que se dice en los pasillos de la Cámara...

—Lo sé, y ello confirma lo que te decía del probable jacobinismo de un nuevo régimen cesarista.

—Hay bonapartistas muy simpáticos que dicen que no; dicen ellos que, una vez hecha "la cosa", ya veríamos, y que, en todo caso, siempre se alcanzaría un bien relativo, dado el miserable estado a que hemos llegado. Lo cierto es que la so-

1. Subrayemos bien estas diferencias capitales.

2. Esto es mucho decir. Repitamos: ¿no hubiera sido más justo escribir que es la forma monárquica menos olvidada? Sólo nos separan de ella treinta y tres años. Es una simple zanja. Pero, al otro lado de ella, ¡cuánta sangre, qué de pérdidas, qué de ruinas, cuánto amenguamiento para nuestro país! Sobre todo, ¡cuánto crecimiento de los otros pueblos!

lución imperial [1] tiene un poco más de probabilidades [2] que aquella en que tú pareces haberte quedado.

—De modo que la solución menos difícil no tiene mucho de tranquilizadora y la de más garantías (la mía) es la más difícil. ¡Qué bonito!

—No te apures. Teóricamente, hay un mundo entre ambas, pero, en lo irrealizables, no se diferencian más que unos grados imperceptibles [3].

"A no ser que... ¡Ah! Este día, ¡cuántas malas bestias veríamos volver a sus madrigueras!

—No tendrás este gusto [4].

—Procuremos, pues, "vivir con serenidad en el estado de desesperación", como decía un metafísico amigo mío atacado de una enfermedad mortal y que lo sabía... ¿Volveremos a vernos?

—¡Ya lo creo!" [5].

1. ¿Es acaso una solución el Imperio? Por todo lo dicho anteriormente, se ve que no representa otra cosa que la complicación del problema.

2. ¿Cómo se puede hablar con exactitud de esta clase de probabilidades? La historia entera es una serie de accidentes inconexos si se mira más que al detalle inmediato: sólo el conjunto presenta rigor lógico, que no se aprecia más que de lejos. Por lo que toca a acontecimientos próximos, no esperemos más que lo inesperado, no hagamos previsión más que de lo imprevisto.

3. Creemos que, con un buen rigor analítico, podría demostrarse que estas medidas de lo realizable son completamente fantásticas. Todo cuanto no es una realidad en el momento en que se está hablando, puede ser calificado de quimérico, pero, de las ideas políticas en curso no son precisamente las más modestas en apariencia las de más fácil realización. *"La República existe: mejorémosla."* Esto parece lo más razonable. Pero es una doble locura. No existe la República: lo que existe es el viejo partido republicano, al que no se destruye sino reemplazándole, y no hay nada de matiz republicano que sea lo bastante fuerte para reemplazarle. Destruyéndole, se destruye la República. Pero quien pretendiera mejorar este viejo partido, hacer que no sea ni judío, ni protestante, ni francmasón, lo mismo podría empeñarse en hacer que un círculo fuese cuadrado.

4. ¡Ya veremos, ya veremos!

5. Las personas a quienes este admirable capítulo sobre el *Imperio que no debe instaurarse* anime a estudios del tema, pueden consultar el excelente folleto de un joven escritor monárquico de Lyon, M. Antoine Lestra: *¿Conviene restaurar el Imperio?* M. Lestra cita, evoca, cuenta y argumenta con un rigor que no excluye la gracia ni la claridad. M. Antoine Lestra ha hecho un excelente servicio a las inteligencias de su generación. En realidad, se puede contestar siempre a las gentes que hablan del Imperio: *"¿Para qué?* Si el Imperio parece más fácil de restaurar que la Monarquía, más fácil es todavía conservar la República. El Imperio no puede gustar más que a los judíos y sus aliados, cuyas conquistas consolidaría.

VI

7 de noviembre de 1903.

La última vez que he visto a mi amigo le dije:

—El otro día terminaste con estas palabras: "Procuremos vivir con serenidad en el estado de desesperación". Y hoy tú me pareces muy alegre. Esto no está bien.

—Querido, compréndeme. No estoy alegre, pero sí contento, contento de sentirme de acuerdo conmigo mismo, contento de haberme librado de los prejuicios y del miedo. No es la perfecta alegría, pero a un hombre de bien apenas le es posible, desde hace cuatro o cinco años, estar completamente alegre. Cada mañana, al abrir los periódicos, siento que me sube a los labios un poco de hiel y me acuerdo de la "gran miseria moral que reina en el país de Francia". Pero, por lo menos, puedo decirme a mí mismo que no contribuiré más a aumentarla o a conservarla con la torpeza de los mismos esfuerzos que haga para aminorarla, con inútiles concesiones a la ignorancia pública, con el cobarde respeto a las supersticiones políticas de que tantas buenas gentes son esclavas. Ya no me sacarán más de quicio las estupideces y los crímenes de la oligarquía gobernante, campo atrincherado, barraca de feria y turbio comercio a la vez. Y no volveré a concebir ridículas esperanzas cuando me digan que nuestros enemigos se pelean entre ellos [1] y que el "bloc" se resquebraja. Estoy demasiado convencido de que se han aposentado por mucho tiempo y de que se reconciliarán siempre, de una u otra manera, en torno de la "olla infame", pero apetitosa, de Ruy Blas. Y su obra no me inspira más que un desprecio tranquilo, silencioso, imperturbable, incapaz hasta de extrañarse de nada.

1. Con todo, esto ocurre. Una minoría enérgica y bien organizada podría, a menudo, aprovechar los recíprocos odios de la gruta de Alí-Babá. Hace poco, un judío, M. Berr, y un meteco, M. Gabriel Monod, se disputaban la cátedra de Historia general que iba a crearse en el Colegio de Francia. Nuestros amigos, aprovechándose de la competencia de los dos asaltantes, impidieron que se dotase esta inútil cátedra. Pero el interlocutor de M. Jules Lemaître pertenece a una Orden contemplativa.

"Ahora estoy en paz con la lógica [1]. Uno de los miembros del "bloque", pero que, a pesar de serlo, tiene ingenio y como arranques de independencia y de franqueza verbal, escribía hace poco: "Si la República no es la libertad, no tengo nada que hacer con la República." Esta confesión es la "mayor" de un silogismo que yo no he tenido más que completar.

"La solución a que me he visto arrastrado, como a pesar mío, por la experiencia y el raciocinio, es—no lo ignoro—una solución extrema y acaso la más impopular de todas. ¡Y qué! ¡Mejor! Sé que es racional y creo que es verdadera, pero, en todo caso, como todavía es teórica, no he de temer que resulte fallida [2]. Y como no es realizable para muy pronto [3], tengo ante mí tiempo y espacio. Estoy dispensado de la acción inmediata [4] y hasta de estas discusiones en las que siempre se concede demasiado al adversario timorato [5]. En adelante, tendré el gusto de vivir libremente en comunidad de ideas con lo que de más clarividente y de más auténticamente audaz hubo en el pasado siglo: los Comte y los Balzac, los Taine y los Renan, los Le Play y los Fustel. Esto, sin contar la suerte de voluptuosidad que hay en servir una causa a un tiempo ex-

1. Estar en paz con la lógica es estar en paz consigo mismo: el senador Eugène Lintilhac nos diría que una brillante escuela de moralistas y de políticos hizo del *zên homologoumenôs* (vivir de acuerdo con los dictados de la propia razón) el principio de la sabiduría, de la virtud y de la felicidad. Por lo menos, es un elemento de unidad y de fuerza.

2. Francamente, esto es un puro juego. De la Monarquía no podría decirse lo que se ha dicho de la República: *¡Qué hermosa era bajo el Imperio!* Nosotros no prometemos la edad de oro que los republicanos prometieron, sino un régimen normal para después de logrado este bien imponderable: el acabar con la República. Bonald ha dicho con gran acierto: "*El monarca no conserva la sociedad por su acción, sino por su simple existencia, parecido a la llave de una bóveda, que no sostiene las distintas partes de ésta con su esfuerzo, sino que las mantiene en su sitio por su posición.*" Prometemos al progreso una base de orden. Devolvemos al bien público lo que es para él condición indispensable.

3. ¿Qué sabemos? Bastaría que estuviéramos organizados para la primera ocasión propicia que se presentara.

4. ¡De ningún modo!

5. ¿Es de veras que los nuevos monárquicos se dispensan de alguna discusión? Lo que es verdad es que no conceden nunca nada a sus adversarios, salvo el placer de abrazar sus propias ideas.

celente y desesperada [1], en pertenecer a un reducido grupo de personas que tienen razón y que saben que la tienen.

"Y este secreto placer se aumenta acaso todavía cuando pienso que el grupo que cuenta con mi simpatía intelectual aparece, de seguro, a la masa como una reunión de devotos y "obscurantistas", cuando no hay un espíritu más libre que el de "nuestros maestros". El mismo Bonald y De Maistre tienen audacias deliciosas, cada uno a su modo, y los otros figuran entre las inteligencias más realmente emancipadas que haya habido. Por lo que hace a sus actuales discípulos, muchos de ellos son incrédulos en religión, lo que puede afligirme, pero no me extraña nada.

"Tú mismo dijiste un día (y hará de esto ocho o diez años):

"Si vemos, en nuestro país, las doctrinas revolucionarias asociadas a la irreligión y a menudo al más crudo materialismo, no es, ni mucho menos, por una necesaria concatenación de ideas, sino por una coincidencia accidental, ya que aquél podría del mismo modo, y aun más naturalmente, tener por conclusión, en política, la Monarquía absoluta, y así opina, principalmente, el inglés Hobbes..." Y Remy de Gourmont se expresa mejor aún, a mi entender, en el último número del *Mercure de France*: "Es un puro azar el que hoy en Francia aparezcan unidas Monarquía y Religión, la irreligión y la República. Monárquico y ateo son dos cosas que van admirablemente juntas... Es una simpleza el pensar que un incrédulo tiene que ser necesariamente republicano; ¿por qué razón?... En efecto, sólo el optimismo más simple o el cinismo más decidido a explotar esta simpleza pueden sacar, como conclusión de la irreligión y del mismo ateísmo, la República y, más allá de ella, el Estado socialista, que no podría subsistir más que por la sublime virtud y el milagroso desinterés de todos sus miembros.

"Después de esto, resulta curioso y hasta divertido [2] el verse

1. Desesperación: es la segunda o tercera vez que reaparece este infame substantivo. ¿Está bien que suene en el lenguaje político de tan excelentes franceses como M. Jules Lemaître y su amigo?

2. M. Maurice Faure, senador radical del Drôme, nos ha proporcionado una diversión de esta especie con su interrupción, en la sesión del Senado de 23 de noviembre de 1903, a M. de Lamarzelle, el cual, haciendo desmesurado honor al autor de estas modestas notas, decía:

motejado de clerical y de reaccionario por haber tratado de pensar libremente, y ser calificado de este modo por unas gentes que tendrían trabajos para *pensar*, libremente o como sea. Por lo demás, está bien así. Es uno tanto más dueño de llevar el pensamiento propio hasta las últimas consecuencias cuanto más ve su impotencia en el orden material [1]; no hay que plegarlo para nada a las necesidades de la polémica ni a ningún interés de la propaganda. Esta independencia es algo exquisito...

—¡Cuidado! Los placeres que enumeras no son más que placeres de orgullo. Vas a caer en el diletantismo.

—No caeré en él más que porque no quieren escucharme... Pero, si yo no puedo nada, tú no puedes más que yo y tu suerte es peor que la mía. Cuando pienso en la vida que has llevado durante los cinco años últimos, te compadezco [2].

—La Revolución francesa no ha escapado a la crítica, como todo lo demás, durante el siglo último. Y los que han hecho esta crítica, quienes la han pasado una vez y otra por el tamiz, no son sólo católicos como Joseph de Maistre y toda su escuela; son positivistas: es Taine, es hoy Charles Maurras en sus artículos.

M. Maurice Faure: —¡Singulares positivistas!

Más singular parecería aún el positivismo de Augusto Comte a M. Maurice Faure si el honorable senador conociera al autor de la *Política positiva*. Pero él se ha contentado con figurar en el Comité del monumento que los funcionarios de la Seguridad General acaban de erigir a Auguste Comte. Dos hechos sin importancia aclararán suficientemente el estado de espíritu de M. Maurice Faure: es de cuna protestante y, desde la más tierna edad, abrazó la religión de Jean-Jacques y de Víctor Hugo, este vago espiritualismo inflado de panteísmo oratorio y que se pavonea de resolverlo todo haciendo trizas el dogma, los ritos, la disciplina: ¡todo aquello que Auguste Comte quería restaurar! M. Maurice Faure, que nos tiene por reaccionarios, pertenece a lo que aquél llamaba "el más atrasado de los partidos". Su calidad de francmasón debería impedirle el motejar a nadie de clerical.

1. Hace un momento, M. Jules Lemaître valuaba, por grados, lo realizable y lo posible. Su amigo, no queriendo ser menos, habla de *impotencia*. Pero ¿él qué sabe? Nuestra influencia sobre los acontecimientos no depende sólo de nosotros. A veces se presentan sumamente fáciles. Puede bastar la fuerza de un niño para dominarlos. A menudo, la eficacia no es más que habilidad o suerte. ¡Y no hay nada imposible!

2. Todo lo que ahora va a leerse es de una agresividad injustificada. No podemos por menos de protestar de las invectivas de que M. Jules Lemaître (víctima, aquí, maltratada sin mesura) sacará hábilmente provecho en el artículo próximo. Nosotros no hablaríamos de este modo de la obra del presidente de la "Liga de la Patria Francesa".

"Te has afanado, y contigo tus colaboradores, para acabar perdiendo las elecciones legislativas. No obstante, estabais llenos de buena voluntad y teníais como aliados el malestar y el descontento general [1] y, con todo esto, ganasteis quince puestos que las invalidaciones han reducido a una media docena. Decís vosotros (y las estadísticas lo demuestran) que el "Bloque" representa tres millones de electores frente a once millones y que bastaría con quitarles, en 1906—¡dentro de tres largos años!—, 200.000 votos. Pero no se los quitaréis; no les quitaréis los votos de los funcionarios. Y, si, por milagro, se los quitarais, la nueva Cámara no tardaría en ser "fructidorizada". En este régimen, un partido que tiene en sus manos el poder no necesita, para conservarlo, más que seguir careciendo de escrúpulos. Decís vosotros que la reforma electoral (escrutinio por lista, representación proporcional y voto plural) atenuaría la inevitable mentira del sufragio universal. Pero tú sabes de sobra que la reforma electoral no la hará ni la Cámara actual ni la que le siga, ya que, para conseguir que la hiciera, sería preciso tener mayoría en la próxima Cámara, y, para obtener la mayoría, haría previamente falta la reforma electoral. ¡Qué círculo vicioso!

"Resulta, pues, que, por un resultado irrisorio, te has resignado alguna vez a decir cosas de que tú dudabas.

"Afirmabas que mañana sería decente la República, que al sufragio universal se le podía "ilustrar, moralizar, jerarquizar", y lo decías justamente en el momento en que, en pleno contacto con la realidad, te saltaba a la vista y palpabas con la mano lo incurablemente absurdo del sufragio universal.

"Apenas sabías resistir a quienes te repetían: "¡Inclínate más hacia la izquierda! Es el único modo de conseguir lo que persigues." ¡Como si por ventura pudiéramos nosotros, cuando se nos antojara, mentir como mienten nuestros adversarios!

1. Pero les faltaba una doctrina política justa. La *buena voluntad* es indispensable y no lo son menos las *circunstancias* favorables. Pero hace falta, en tercer lugar, un propósito, *un plan*: "Un ejército, un año, una idea", como dice Rivarol.

(Recuérdese lo que Rivarol decía de los emigrados: que siempre estaban retrasados de un ejército, de un año, de una idea. Procuren los nacionalistas, los católicos y los conservadores no merecer exactamente el mismo reproche.)

"¿Acaso no has llegado a dar la sensación de que aceptabas los "dos años de servicio"? Y, no obstante, tú te sospechabas que el servicio limitado a dos años tendría como resultado el debilitar el Ejército, al tiempo que aumentaría sus gastos; o, para ser más exactos, conocías mejor que nadie tu radical incompetencia sobre los problemas de esta clase.

"¿Acaso no has llegado a prometer, como otro cualquiera, el "retiro obrero"? Y, con todo, tu convicción, tu verdadera convicción, ha sido siempre la de que el monstruo Estado, desde la Revolución y el Imperio, tiene ya hartas atribuciones que no le corresponden por función natural; que el arreglo de los problemas sociales depende ante todo del desarrollo de las asociaciones libres y de los sindicatos no políticos; que, en todo caso, el retiro obrero (¿y por qué no el retiro campesino y el burgués?) supone como condición previa el buen estado de la hacienda; que ésta no puede sanearse más que mediante amplias y decisivas economías y, particularmente, después de una considerable reducción del funcionariado; que esta reducción lleva aparejada consigo la reorganización de las divisiones administrativas y la descentralización; que la descentralización no la hará jamás una asamblea y que sólo puede hacerla la voluntad personal de un jefe; y que, en fin de cuentas, la restauración de un poder responsable y superior a los partidos es un supuesto necesario de las justas reformas sociales...

"Te entretenías en afirmar que no eras clerical, y es verdad que no lo eres. Pero ¿no percibías toda la humillación que había en estar defendiéndote a todas horas en este punto?

"Tú eres sincero por naturaleza; y, en atención a unos intereses electorales, jamás te atrevías a decir "toda la verdad". Tienes excelentes hábitos críticos: no te gusta dar por resuelta una cuestión sin antes haberla examinado a más y mejor bajo sus distintos aspectos, y te veías obligado de continuo a tomar resoluciones al buen tuntún. Por espacio de cuatro años has desempeñado un papel para el que no habías nacido y que, de consiguiente, no debiste aceptar. Te repito que te compadezco.

—Eres un ángel. Te he dejado soltar toda la cuerda que llevabas. Te agradezco que sientas tantos escrúpulos por mí y que te preocupes con tanto calor por los problemas de mi

conciencia. Tienes la dureza y el exceso de celo de los neófitos. Pero ya te contestaré."

P. S.—Ruego a los buenos amigos a quienes estos diálogos hayan podido desazonar, que esperen a llegar hasta el fin.

VII

14 de noviembre de 1903.

—Has sido duro—contesté a mi amigo—. Te concedo que no he sido impecable; concédeme tú que he hecho lo que he podido. Tú puedes ser impecable porque no haces nada [1].

"Cuando se habla ante un vasto auditorio, y con miras a un resultado preciso e inmediato (como son unas elecciones), es dificilísimo no conceder nada a los prejuicios de la turba, a su optimismo; atenerse a las afirmaciones tristes de la experiencia y del buen sentido y no permitirse ninguna palabra de ilusión y de esperanza. Estas palabras, que nada tienen de criminal, son necesarias para ganarle la confianza, sin la que nada se puede hacer, y para lograr que acepte a continuación algunas verdades, aunque sean austeras. Tales palabras, en fin, hacen falta para caldearse unos a otros, para crear en la sala una "atmósfera de simpatía"...

"Por lo demás, son conformes al espíritu de la *Patrie Française*, que es una liga popular y, si se me permite decirlo, cordial. Apenas soy un burgués. He conocido de muy cerca—y con motivo—las vidas humildes y difíciles. Sé cuánto hay de paciencia y de virtud en la mayor parte de los campesinos y lo que hay de inteligencia y de generosidad en muchos obreros,

1. Esto era lo que cabía esperar de las violencias del amigo. Se lo dan todo hecho a M. Jules Lemaître. Pero, así como no hacía ninguna falta injuriar a éste, tampoco es justo apabullar al amigo, que no es un ser ineficaz, ni mucho menos: actúa, o, por lo menos, podría actuar, como lo hacen aquellos cuya doctrina ha abrazado. Lo natural sería que trabajase con ellos por provocar en las altas esferas del pensamiento francés un pensamiento monárquico, para que, de este centro de la opinión espiritual, salga la señal de la acción material. Los jefes civiles y militares necesitan *órdenes* para ponerse en marcha. ¡Déselas en buena hora el poder espiritual! Dar tales órdenes o consejos es actuar en el más alto grado y, por añadidura, es determinar la única acción útil.

sean sindicados o no lo sean, que es el caso infinitamente más numeroso.

"Y, a propósito de esto, no puede dejar de sorprender el que el Gobierno y la mayoría parlamentaria no parecen agitarse más que en favor de los obreros de las minas y de las grandes industrias, que apenas son 500.000 entre once millones de electores; viendo esto, parecería que Francia fuese el mayor país minero de Europa, siendo así que es uno de los más pequeños. No importaría si todos hubieran de beneficiarse de la preocupación que oficialmente se tiene por una parte de ellos... Es verdaderamente odioso el que un viejo que ha trabajado durante toda su vida pueda verse reducido a la miseria cuando ya no puede valerse de sus brazos... Venirles con que no es incumbencia del Estado el asegurarles un retiro, siquiera mínimo (cuando el Estado se entremete ya en tantas otras cosas que no le incumben); con que esta República dilapidadora e insaciable no estará nunca en condiciones de hacer nada por ellos; que, de consiguiente, para que su suerte cambie, deben esperar a que se instaure un régimen de economías que sólo será posible a través de la descentralización que a su vez exige un poder fuerte y responsable... acaso sea verdad, pero es muy duro. Nosotros les decíamos, con más dulzura: —"Sinceramente, si de nosotros depende, os prometemos, lo mismo que los demás, tal o cual ley de justicia social. Pero podría ocurrir que estuvieran todas subordinadas a una reforma política. Si hoy por hoy son irrealizables, tomadlo en cuenta a la falta de sinceridad, a la imprevisión o a la poquedad de espíritu de quienes desde hace tantos años os las están prometiendo descaradamente, corrompidos también por el régimen que padecemos y que ellos explotan ¡Y sacad las consecuencias naturales!"

"Asimismo, perderíamos el tiempo [1] tratando de hacerles recorrer el camino que tú has recorrido mediante la observación y el estudio y de arrancarles del corazón una cierta concepción legendaria de la Revolución, y la fe, completamente religiosa, en una República ideal. Lo que sí es posible y lícito es darles a entender que cabe mejorar la República, y, en efecto, con el esfuerzo de todos los ciudadanos, podría hacerse. *La República es el único régimen en que las instituciones no sirven moralmente de nada a los individuos y en el que éstos, por el contrario, tienen que proveer a lo absurdo de las instituciones* [1]. He aquí una condición nada tranquilizadora. Pero. en resumen, decirles que cabe mejorar la República, es como recomendarles la "virtud" (en el sentido de Montesquieu), y esto no puede parecer mal, aun creyendo apenas en la eficacia de esta predicación.

"Con todo, he de añadir que he visto ciertas regiones—sobre todo, en el norte del Loire—en las que sobrevive algo [2] de esta virtud republicana que se dió aun bajo el antiguo régimen. Pero tales regiones sólo son una especie de islotes. Para que vinieran a juntarse, sería menester probablemente un siglo de tiempo y acaso una transformación de la naturaleza humana.

Además, del hecho de que no cabe obtenerlos de este régimen, ¿debe seguirse que hayamos de renunciar a aspirar a los bienes que todo gobierno normal debe valerle a la nación: las libertades naturales e indispensables, el mantenimiento de los órganos de la defensa exterior y la buena gestión de la hacienda pública?

"Y, en fin, so pretexto de que el sufragio universal, es acaso absurdo en sí y que, además, está profundamente falseado

1. De seguro. Hasta puede añadirse que se les haría perder el tiempo. La función de "todos" no es el iniciarse por igual en el secreto de las sanas doctrinas políticas. Pero la función de M. Jules Lemaître es el deducir y enseñar las consecuencias de tales doctrinas, como él mismo reconoce más abajo. Y puede enseñárselas a dos clases de oyentes: 1.°, *a los depositarios de la fuerza, a los jefes políticos y militares, para que actúen conforme a dichas doctrinas;* 2.°, *al gran público,* a la turba, a todos, a fin de que, una vez llevada a cabo la acción necesaria, sea aceptada con el mínimo de dificultad.

1. Fórmula exacta y hermosa que conviene recordar.

2. No hay que fiarse. Este algo estará pendiente de grandes variaciones. Son las circunstancias (a menudo muy pasajeras) lo que determina estas pequeñas epidemias de virtud republicana. El ejemplo del pobre Littré es harto conocido: bajo el Imperio, pretendía que sólo los parisienses fuesen electores; bajo la *Commune,* hubo de desdecirse. Ahora mismo, Marsella no es ninguna ciudad del Norte, y, no obstante, en el año 1903 substituía al socialista Flaissières con el moderado Chanot en la alcaldía de su Municipio. Después Flaissières y Chanot han empatado y el alcalde de Marsella ha venido a serlo por razón de edad. (Nota de 1909.)

por la violencia, la corrupción y el fraude administrativo, ¿voy a aconsejarles que no voten, que no se ocupen de las elecciones, que no formen Comités que pueden representar, cuando menos, el comienzo de una organización del sufragio universal? ¿Voy a decirles que hacen mal en afanarse en hacer que triunfe, por donde se pueda, algún hombre de bien, algún patriota? ¿Voy a decirles que no vale la pena de que se molesten en hacer que aumente [1] la minoría que ellos forman y que, en tanto que no estén en mayoría, no deben hacer otra cosa que cruzarse desdeñosamente de brazos? Y, si algunos esperan para 1906 un cambio de decoración como los que se han visto alguna vez, una gran corriente de opinión nacional, un despertar del instinto de conservación francés, ¿voy yo a disuadirles de que hagan cuanto puedan para prepararlo? ¡Diríase que, para un teórico como tú, el ser el régimen fundamentalmente malo es una razón para no tocar siquiera a él; que el que se le absuelva condicionalmente o el que se trate de servirse de él resulta un crimen imperdonable! Y hay que empezar por trabajar con lo "que hay"[2]; esto es evidente.

"Lo que no impide ocuparse acto seguido de lo que podría y debería haber. Ni que invitemos a aquellos de nuestros amigos capaces de mayor libertad en juicio a que mediten en las condiciones esenciales de un buen gobierno, a examinar las diversas soluciones propuestas, ya por los hombres que se han mantenido fieles a los regímenes antiguos, ya por aquellos que, según frase de un diputado radical, "no tienen nada que hacer de la República, si la República no es la libertad".

"Y tal examen es lo que yo he querido facilitar a nuestros amigos dándoles traslado fiel de nuestras conversaciones. Ya, el año último, les expuse lo mejor que pude la teoría plebiscitaria. Reconocía que la solución era expuesta y llena de posibles sorpresas, pero hacía notar que sólo la República plebiscitaria es la República integral; que ella, y tan sólo ella, es lo que se deduce lógicamente de la "Declaración de los Dere-

1. Este es un gran programa. Ciertamente, hay que hacer que la minoría crezca, pero, sobre todo, hay que fortalecerla organizándola, empezando por organizar su pensamiento. La unidad de tendencia y de doctrina es la condición básica de la fuerza de las minorías.

2. Para destruirlo: pero ¿cómo? Esta cuestión previa vuelve a lanzarnos en seguida a los estudios históricos.

chos del Hombre", y que, en tanto que no haya sido puesta a prueba, cabrá decir que la experiencia revolucionaria no ha sido llevada hasta su última consecuencia.

"Ahora, he tratado de disipar ciertos prejuicios concernientes al antiguo régimen y a la historia y la obra de la Revolución. Valiéndome de tus luces, he expuesto el sistema de los neomonárquicos. Lo he expuesto con sinceridad y simpatía, como había hecho con el sistema plebiscitario. No he negado, sino que hasta la he reconocido paladinamente, la *excelencia teórica* de tu solución [1]. Y tampoco he regateado los méritos del tercer Imperio, regimen de orden, de decencia y de prosperidad en el interior [2], y no he ocultado que el Imperio podría ser, si no el remedio decisivo de nuestros males, por lo menos un paliativo de cierta duración. Y del mismo modo hubiera podido, si a despecho de los esfuerzos que se harían para asfixiarlo, surgiese entre nosotros algún personaje aureolado con una popularidad impresionante y universal, del mismo modo hubiera podido desarrollar la teoría de la "República consular" [3].

"Ninguna de estas soluciones parece tener una probabilidad próxima de adopción. Además, no todas valen lo mismo. Una sola—aquella que abonan su misma antigüedad y los ser-

1. Es fácil deducir las consecuencias teóricas y prácticas de esta concesión. En el actual estado de cosas, sólo una solución teóricamente excelente es capaz de dirimir las contiendas, unificar y organizar los partidos. Ya veremos cómo, en nuestras conclusiones.

2. *¡Los méritos del tercer Imperio!*—La fórmula es lo bastante bonita para ser subrayada, tanto más cuanto que M. Lemaître excluye de ella, clarísimamente, el orden, la decencia y la prosperidad *en el exterior*. Pero me cuesta entender esto de que un país pueda conservar en su seno tan hermosas cosas sin que esté fuertemente acorazado y armado contra el exterior. El problema económico depende del político, pero el problema de la política interior depende del arreglo de la política exterior que depende a su vez de la constitución del Estado. El huevo necesita una protección, cáscara o envoltorio, para evolucionar con tiento. Admitiendo que sea próspero, ese Estado imperial estará al descubierto: su misma prosperidad habrá de señalarlo necesariamente a los ataques del exterior.

3. Me imagino que esta República consular es una República dictatorial de las que la América latina ha conocido más de una: una Monarquía sin las garantías *nacionalistas* de la herencia y de la tradición. Como no tendrá en sí mismo su razón de ser, el buen tirano tendrá que apoyarse en la opinión, con lo que surgirán todos los inconvenientes del régimen plebiscitario.

vicios prestados antaño y que un corte de un siglo de duración y la mayor prevención popular hacen poco practicable—*garantizaría la perfecta continuidad del poder y haría posible la descentralización, que tantos beneficios traería consigo* [1]. Pero todas ellas tienen de común el que suponen la constitución de un poder fuerte, responsable y superior a los partidos, mientras que la República parlamentaria conduce fatalmente a lo que estamos viendo: la innoble e insensata tiranía del partido más indigno en contra del resto de la nación.

"Y, si no me equivoco, la fuerza y la independencia del poder central y, si cabe decirlo, su "nacionalización" [2], son, precisamente, lo que constituye el latente anhelo de la inmensa mayoría de los ciudadanos. Creo yo que no es superfluo [3] el ayudar a los electores más inteligentes a que adquieran conciencia de este anhelo. A su vez, ellos harán luego el mismo favor a innumerables buenas gentes [4]. "¡Cualquier cosa antes que lo que tenemos!" He aquí la fórmula familiar del sentimiento que yo quisiera contribuir a extender [5].

"Lo correlativo a este sentimiento instintivo y seguro del buen pueblo de Francia es, en las personas de ilustración como tú, este "nuevo estado de espíritu" que he tratado de dar a conocer y de que tú significas un notable ejemplo, dados tu educación y tus antecedentes. Es el estado de cuantos se atreven a pensar y pueden pensar con desinterés, de cuantos tratan de sacudirse el yugo de las supersticiones políticas, afrontan valientemente la realidad de las cosas, desconfían de tales opiniones que les fueron inculcadas antaño por vía de autoridad y no se sienten ya en la obligación de dar culto a ciertas palabras y de abominar de otras; de cuantos vuelven a aprender libre-

1. Dejemos a un lado, de momento, la cuestión, superior al espíritu humano, de "la posibilidad" y subrayemos el nuevo homenaje que M. Jules Lemaître rinde a la institución monárquica.
2. Sólo la herencia monárquica, que identifica los intereses del príncipe con los del Estado, puede *nacionalizar* el poder central, es decir, penetrarlo, no de un simple *sentimiento nacional*, sino del *sentimiento de los intereses nacionales*.
3. No sólo no es superfluo, sino que es necesario: nada más útil que esto. Porque, precisamente, lo que más falta hace a nuestros conciudadanos es el tener clara conciencia de su "latente anhelo".
4. Nada mejor dicho.
5. Nada mejor hecho.

mente la Historia y creen, en fin, que, si el deber consiste en la oposición legal, el remedio está más allá, y que la intangibilidad de la República parlamentaria no es ningún dogma...

"En tal disposición debemos todos nosotros esperar "los acontecimientos". *Al fin y al cabo, nadie sabe, diga yo lo que diga, si están cerca o lejos* [1]. Todos debemos estar resueltos de antemano, no sólo a aceptar, sino a servir la fuerza, cualquiera que sea, que nos dé un Gobierno nacional [2] y nos libre de la tiranía parlamentaria y jacobina. En este punto, todas las Ligas de oposición deben estar de acuerdo.

"Por lo que hace a la *Patrie Française,* ésta proseguirá resueltamente su tarea cotidiana, que no es fascinante, pero cuya utilidad acaso se ponga de manifiesto algún día. Seguirá dando conferencias, fundando Comités, presentando candidatos donde pueda, ocupándose, por medio de sus abnegadas damas, de obras sociales modestas y prácticas. Dejará a los teóricos las pláticas sublimes con María, la contemplativa, y se encerrará dentro de trabajos pacientes y necesarios, como la activa y buena de Marta [3].

—¡Cuidado! Esta comparación resulta de un color harto clerical!

—¿Pero no hemos quedado en que no íbamos a tener miedo a las palabras?

JULES LEMAITRE

1. M. Jules Lemaître confirma aquí las objeciones que más arriba le hemos hecho. Lo indiscutible es que nadie es capaz de discernir, en este orden de cosas, lo realizable de lo irrealizable y de leer en el porvenir lo próximo y lo lejano. Por tanto, a nadie es lícito sacar de esta nebulosa ningún argumento.
2. Sólo esta fuerza. La que nos diese un gobierno antinacional merecería ser recibida lo mismo que las tropas del rey de Prusia.
3. ¡Quién sabe si la Liga de la "Patrie Française" no resultaría más realmente activa y si su actividad no sería más eficaz agregando al programa de los "trabajos pacientes y necesarios" una definición del objetivo de estos trabajos y de los instrumentos por que se decidía para llevarlos a cabo! No he acabado de comprender nunca esta distinción entre la acción y la contemplación. Esto nos viene de Oriente. El maestro de la filosofía occidental decía: *"Saber para prever, a fin de proveer. Inducir para deducir, a fin de construir."* Yo quisiera que nuestros hombres de Estado nacionalistas se decidieran a *abrir los ojos para ver y para "sacar conclusiones" a fin de actuar.*

CONCLUSIONES

DEL TERCER LIBRO DE LA ENCUESTA

¿Cómo implantaremos la Monarquía?

EL amigo de M. Jules Lemaître ha vivido, durante dos meses, en la duda. Nos dice él mismo que está evolucionando. Y, en efecto, vemos cómo evoluciona de uno a otro de estos diálogos que, en su conjunto, constituyen un pequeño drama de filosofía política. Al planteársele a quema ropa la tajante pregunta de la *Encuesta,* "sí o no...", este espíritu lleno de matiz y agitado empieza por declararla "en verdad harto apremiante". El que la Monarquía sea de bien público implica, en efecto, que es "el único bien". Y el amigo declara que no está bastante seguro de esto. Limítase a contestar que puede que sí. Pero, cuando se le van presentando los otros medios de hacer el bien del país, un examen sumario le permite rechazarlos todos. De suerte que el "puede ser" se fortalece. Toma consistencia, se convierte en la evidencia misma tras la ceñida crítica del régimen imperial. Todos los banquetes plebiscitarios del mundo no quitarán un átomo de su fuerza a esta crítica. Es una cosa acabada. Se mantiene por su solo vigor.

El amigo de M. Jules Lemaître llega a decir sin pestañear "mi solución" refiriéndose a la Monarquía. Hasta parece complacerse en la idea de una cierta propaganda monárquica a través de las masas. ¿Por qué no se dedica a ella él? El gran reproche que hay que hacer al amigo de M. Jules Lemaître es su quietismo, nacido de un sentimiento de la fatalidad política que no conduce más que a la apatía y a la desesperación.

I.—NECESIDAD POSITIVA DE LA ESPERANZA

En efecto. ¿Qué quieren decirnos los dos personajes del diálogo—porque ambos sufren del mismo mal—cuando hablan sin cesar de una solución que *se impondrá* o que *surgirá*? ¿Qué es? ¿Cómo ocurrirá? ¿Por ella sola? Tal solución, ¿acaso es una dama de carne y hueso? Verdad es que no podemos creer que los acontecimientos dependen de las improvisaciones de nuestro capricho. El porvenir nace de las estratificaciones del pasado, y nosotros mismos venimos regidos por lo que en todas partes empieza ya a llamarse "nuestros muertos". Sí; los muertos son más activos que los más activos de los vivos. Pero actúan a través de los vivos y en ellos. Convenido: nuestras iniciativas están formadas con sus cenizas. Mas éstas nada podrían si su fermento no determinara nuestro querer.

Y, entre los agentes de determinación, nosotros algo somos. Nuestro coeficiente personal entra en el conjunto de aquéllos, que, por esto mismo, dependen mucho de nuestra voluntad y de nuestra razón. Si sabemos sentir esto, no nos sentiremos dispuestos a soportar "los acontecimientos", sino, al revés, a crear éstos, en la medida de lo humanamente posible. Basta con muy poco para cambiar los caracteres, la dirección y el valor de un acontecimiento.

Quien sabe ver qué diversidad de efectos y de consecuencias remotas pueden nacer de la más pequeña iniciativa de un hombre o de un grupo de hombres bien dirigidos, cuando no se mueven al revés de la mecánica general de la política, este tal se hace totalmente inaccesible a la desesperanza.

La desesperanza, pecadillo del amigo de M. Lemaître, me parece, en política, verdaderamente monstruosa.

—Bien, pero ¿en qué esperar?

—Mejor preguntaríais que por qué desesperar. Lo que no haya hecho nuestra generación, la siguiente podrá hacerlo. Momentáneamente vencidos, nuestros escritos, nuestros actos, nuestra memoria dejarán tras sí una enseñanza. Podrá desesperar quien debe morir. Pero las naciones, con relación a los hombres, son inmortales; desmembradas y repartidas, pueden

revivir indefinidamente. Berlín tenía un gobernador francés cuando Fichte proclamaba dentro de sus muros, en sus *Discursos a la nación alemana,* el genio "universal" de la sangre y el espíritu germánicos. Francia puede sobrevivir a análogos aniquilamientos. Nada impide, pues, el calcular para ella una duración superior a la del partido extranjero que hoy la sojuzga.

II.—FUNDAMENTO DE ESTA ESPERANZA: LA FUERZA

Menos desesperanzado que su amigo, M. Jules Lemaître parece detenerse en un estado de espíritu lindante con el desaliento. Parece como que aquello que juzga viable no le llena de excesivo contento al enunciarlo y que aquello que le gustaría decir le parece ocioso. ¡Teorías! ¡Doctrinas! ¡Abstracciones sin realidad! Yo quisiera poder mostrarle que, en este último punto, se equivoca, y, valiéndose de sus propias observaciones, ello es fácil de hacer.

En el séptimo diálogo, M. Jules Lemaître ha reconocido abiertamente la "excelencia teórica" de la solución monárquica; en el cuarto, da esta respuesta, que yo quisiera que todos los monárquicos se repitieran a diario, ya que el presidente de la *Patrie Française* la dirige al amigo monárquico: *"Si lo pusieras* (al pueblo) *frente al hecho consumado, no movería un dedo y hasta estaría más bien contento. Es de sobra sabido que la Historia no la hacen más que unas minorías enérgicas y que la masa sigue siempre."* Nuestras páginas finales estarán consagradas a desenvolver estos aforismos.

La masa sigue siempre.

Sigue a las minorías enérgicas.

Estas minorías construyen la Historia.

Si por ventura una de estas minorías enérgicas trajera la Monarquía, M. Jules Lemaître entiende que la novedad sería acogida sin hostilidad; en general, hasta "más bien estarían contentos".

Los franceses del siglo XX no se parecen a los romanos de Bruto. No odian a los reyes. Son lo menos republicanos posible. Pero tampoco son monárquicos, y el problema no es, ni mucho menos, convertirlos al monarquismo: el problema es sim-

plemente instaurar la monarquía, convertirla en una realidad. Una vez instaurada, sería aceptada, ¿qué estoy diciendo?, aplaudida por todos [1]. Pero ¿y cómo instaurarla? A esto respondo que la Monarquía habrá de instaurarse como se han instaurado todos los gobiernos del mundo, desde que el mundo es mundo: por medio de la fuerza.

III.—LEGITIMIDAD DEL EMPLEO DE LA FUERZA

Recomiéndase en este punto a los espíritus reflexivos que consideren bien cuál es el estado de la cuestión en el momento en que respondemos a ella de este modo, respuesta audaz en apariencia, pero que es, entre todas, la más prudente.

No la hemos dado como podría darla un monárquico de nacimiento que querría convertir en realidad, mediante un golpe de violencia, unos principios heredados con su patrimonio. Y no la damos tampoco como cualquier caprichoso o fanático dispuesto a todo para dar vida a cualquiera de sus anhelos. Antes que una pasión, nuestro monarquismo es una razón, y algunos de nosotros, sobrinos-nietos de convencionales regicidas, hijos de bonapartistas o de liberales, para encontrarse con un antepasado monárquico, han de remontarse a cuatro, cinco o seis generaciones atrás. Somos unos buenos ciudadanos, de vario origen, de todas clases, razonables, juiciosos, analíticos. Como M. Lemaître y su amigo, hemos meditado sobre la causa de los bienes y los males públicos. Y hemos visto dos cosas:

Las necesidades de Francia;

Las aspiraciones de Francia.

"Nos hemos dado cuenta de que le faltaba a Francia "la fuerza", "la independencia" y, al mismo tiempo, "la nacionalización del poder central". Estoy citando a M. Lemaître, el cual pide disculpa por usar un barbarismo significativo. Para que Francia viva y prospere, es necesario de toda necesidad un poder central *fuerte, independiente*, esencialmente *nacional.* Pero estas tres condiciones de nacionalización, de independencia y de fuerza no pueden darse más que con una Monarquía

1. En cuanto a conservar la adhesión de los monárquicos así conquistados por el hecho consumado, esto sería cosa del rey, menos dificultosa de lo que comúnmente se da a entender.

hereditaria y tradicional que suprima o contenga el parlamentarismo, que, además (y este es su lujo) realizaría un tipo de continuidad perfecta y que, en una palabra, haría posible—y ella y sólo ella puede hacerlo—el "gran beneficio" de la descentralización. Y téngase en cuenta que la descentralización de los servicios públicos es casi tan necesaria para Francia como la fuerza, la independencia y la nacionalización del poder central. Esto, por lo que hace al capítulo de las necesidades francesas, de arriba y de abajo.

En cuanto a las aspiraciones de Francia, maravilla observar cómo se corresponden con aquellas necesidades. Dice con razón M. Jules Lemaître que la fuerza, la independencia y la nacionalización del poder central constituyen "el anhelo latente de la inmensa mayoría de los ciudadanos". Esto, por arriba.

Dase, al mismo tiempo, en la gran mayoría, una tendencia a la asociación espontánea y a la reconstitución de la vida regional, cosa que puede denotar un "anhelo" semejante al anterior, latente también acaso, pero que sería fácil de interpretar en el sentido de la descentralización. Esto, por abajo.

De manera oscura y encubierta, pero general y profunda, Francia aspira, pues, a la Monarquía hereditaria y tradicional, antiparlamentaria y descentralizada, que nosotros entendemos serle necesaria. Lo necesario resulta, pues, inconscientemente deseado.

A la pregunta *¿qué hacer?*, tal como la planteó M. Edouard Drumont, no hay más que una respuesta, la que dictan las aspiraciones y las necesidades nacionales: *la Monarquía.* Sólo después de este examen, plantéase la cuestión de saber *cómo implantaremos la Monarquía.*

De consiguiente, cuando contestamos que *con la fuerza*, nuestra respuesta la dictan, autorizan y legitiman la visión de las necesidades de Francia y el atento estudio de sus aspiraciones confusas. Pocas veces el empleo de la fuerza estará tan abundantemente justificado ante la razón. Se trata de salvar al país conforme a los "anhelos latentes" del mismo país: en una palabra, de hacerle bien y complacerle a un tiempo.

IV.—LA IMPOTENCIA LEGALISTA

No podemos tener, pues, escrúpulo de volver a escribir:

—Hay que instaurar la Monarquía mediante la fuerza.

Tomo a pechos el defender esta respuesta. Que, por otra parte, es de notar que está muy lejos de desagradar al país. Una solución vigorosa y hasta violenta no sería, de ningún modo, impopular. Podría incluso ser popularísima. Quien dijo que *Francia gusta de la mano dura,* dijo una gran verdad.

Francia advierte claramente que no puede libertarse más que por la fuerza de los amos a los cuales su estado de desorganización, mucho más que el poderío o la astucia de éstos, la ha tenido entregada tanto tiempo. Es cierto que aplaude sinceramente a los oradores liberales y nacionalistas. Pero ¡con qué íntima mueca de doloroso escepticismo! Sabe demasiado bien que, en el terreno electoral, la organización judía, protestante, masónica y meteca de los cuatro Estados confederados sojuzgaría implacablemente al país, aunque la administración no lo sojuzgase, y que a este bloque antifrancés no podemos oponerle más que unas fuerzas fraccionadas. Nuestras divisiones, las rivalidades de nuestros jefes no se deben a nuestro albedrío, ni a personal designio de éstos, sino a la naturaleza misma de las cosas. Son fatales, como es fatal la unión de los elementos del Bloque; divídense un instante, pero, al día siguiente, vuelven a encontrarse más unidos que nunca. Su modo de ser lo impone. Estos extranjeros están unidos entre sí por la sangre, por unos intereses permanentes, sensibles a su pensamiento, al que se imponen y es evidente que obsesionan. Nosotros, en cambio, no podemos sentir unánimes el interés general más que en víspera, o al día siguiente, de algún cataclismo, es decir, ¡mucho más tarde! Ellos no pueden dejar de tener presente en todo momento este permanente interés que les es común (tan visible, tan preciso y tan próximo que pueden tocarlo con el dedo).

Pero pongámonos en lo mejor. Supongamos que se ha elegido una buena Cámara. El país prevé claramente que el presidente de la República y el Senado la disolverían al primer gesto de independencia que tuviera, según les concede la Constitución. Supongamos que la Cámara buena es reelegida. El amigo de M. Jules Lemaître responde que sería dispersada, a ser preciso, por la fuerza, como se hizo bajo la primera República en Fructidor.

El país no puede dejar de ser escéptico en cuanto a los medios legales, ya que sabe que el Viejo Partido Republicano no vacilará nunca en violar toda ley que pueda encontrar frente a él. El país nada espera de la legalidad. La soporta y se resigna a ella, cuando no le declara francamente la guerra como el amigo de M. Lemaître; imita a M. Lemaître mismo, que se mueve y actúa apoyándose en "lo que existe", pero con una creciente desgana. "¡Señor Piou, *Francia se aburre!*"

Una solución a base de fuerza contaría con las preferencias explícitas o secretas del país. Tanto en lo tocante al método como en doctrinas, en los medios y en el fin, el país está, en el fondo, completamente de acuerdo con nosotros.

Nos queda por ver cómo captaremos la fuerza y nos serviremos de ella.

V.—CONDICIÓN INDISPENSABLE PARA EL EMPLEO EFICAZ DE LA FUERZA

No pocas veces se ha ensayado este recurso heroico. Sucesivamente han pensado en él Mac-Mahon, Boulanger, Déroulède. Mac-Mahon, frente a la anarquía, creyóse ligado por un compromiso de honor. Barrès nos cuenta, en su *Appel au Soldat*, páginas 206-210 [1], que a Boulanger le faltó audacia de espíritu.

1. Debemos citar lo esencial de este documento. Estamos en el momento culminante de la fortuna de Boulanger. París acaba de darle la enorme mayoría del 27 de enero. Las circunstancias favorables se multiplican: "En torno a Floquet aterrado, sus colaboradores confesaban no contar con medios de defensa. Sabíase que en el Elíseo la guardia abriría las puertas; que los soldados a quienes se sacase de los cuarteles aclamarían a Boulanger; que los guardias republicanos, con su coronel a la cabeza, se ofrecerían para un golpe de mano." El hombre no se decide aún. Allí está; come en casa de Durand. Las turbas lo aclaman: "Gritos obstinados, llamamientos al soldado, pero que nada precisan." El general se aísla en compañía de Déroulède, Thiébaud y Lenglé, que lo invitan, lo apremian a obrar. Él comprende exactamente lo que puede y lo que debe hacer, pero he aquí la objeción que lo paraliza: "Pese al reconocimiento que su razón hacía de la legitimidad y la posibilidad de una intervención militar, el alma

Temió los *Castigos* del difunto Víctor Hugo. Déroulède tuvo
el impulso de audacia que había faltado a su jefe, pero le faltó
una idea razonable. Su plan del plebiscito entrañaba eventua-
lidades tan perfectamente anárquicas, que los jefes del Ejér-
cito tenían que retroceder ante ellas. Como acertadamente ha
dicho Buffet, nadie quiere salir del atolladero para entrar en
el caos. Verdad es que Déroulède tenía compañeros que pu-
dieron rectificar su error de cálculo, pero no se entendían en-
tre sí y los paralizó la misma incapacidad que a él.

Si la oposición nacionalista, católica y conservadora quiere
contar con la fuerza, debe atenerse a tres condiciones: ponerse
de acuerdo sobre *la finalidad del golpe* que debe darse; este
acuerdo debe concertarse sobre una idea; y esta idea debe ser
acertada.

1.° La oposición debe unirse: la diversidad de jefes y de
grupos no sirve para nada ante los muros del Bloque, lo mis-
mo que ante las murallas de Troya. No creo que, después de
tantas experiencias lamentables y tanta disensión entre las
Ligas nacionalistas y patrióticas, esta verdad necesite ser de-
mostrada. En febrero de 1899, antes de lo de Reuilly, se discu-
tía aún, la víspera del golpe. Hoy hay que discutir, pero dis-
cutir para el acuerdo, de modo que no haya absolutamente
otra cosa que hacer más que actuar en cuanto suene la hora
de la acción.

2.° Como las fuerzas de oposición no pueden basar su
unión en un hombre, porque tienen varias cabezas, deben ba-

recta, honrada y cándida del general Boulanger conserva unos prejui-
cios de educación. Recuerda que su padre le recitaba las invectivas
de Víctor Hugo contra el hombre del Dos de diciembre. Teme al juicio
de los redactores de la Historia. Totalmente desconocedor del oficio li-
terario, se asusta del rasgueo de una pluma.

"Menos hombre de bien e impulsado por apetitos, se hubiera decidi-
do. También un sabio, un hombre clarividente y fundado en ideas bá-
sicas, hubiera puesto, en nombre de la ciencia política, su espada al
servicio de los confusos anhelos de Francia. Con los plenos poderes
que París le otorga, el general debiera ser el cerebro de la nación y
dirigir el movimiento que reclama el instinto nacional. *Pero flaquea*
por carecer de una doctrina que lo sostenga y lo autorice a ordenar
esos movimientos de liberación que los humildes tienden a ejecutar.
La indigencia de principios impide llegar a un principio positivo. El
general Boulanger, en fin de cuentas, carece de una fe boulangista que
substituya en su conciencia el evangelio que da vida al parlamen-
tarismo.

sarla en una idea. Nótese que digo en una idea y no en dos
ideas o en tres ideas. La unidad de objetivo es condición esen-
cial para la disciplina; la enérgica minoría que debe encarnar
la oposición se destruiría a sí misma si viviera entregada a
las discusiones de doctrina. ¡Una sola doctrina! Y ésta ha
de ser positiva. No debe estar compuesta de un pisto de
doctrinas que hayan acordado mutuamente los límites res-
pectivos a este tenor:

—*Vosotros no hablaréis de Monarquía. Nosotros no habla-*
remos de República. Ellos no hablarán de Imperio. Se consti-
tuirá un Gobierno provisional, por partes iguales, de monár-
quicos, bonapartistas y republicanos. Más adelante, ya vere-
mos. El país decidirá, o el azar..." Quien suele decidir en casos
semejantes es el enemigo. Ya que unas gentes que caminan
hacia una finalidad tan diversa e insegura, o no caminan o ca-
minan mal, es decir, giran los unos una letra sobre los otros,
dando por descontado un éxito que, en realidad, no pueden
conseguir.

PARÉNTESIS

Hay que reconocer que las generaciones anteriores a la
nuestra adolecían de una desventaja de posición. En aquel
tiempo, se era republicano por una elección deliberada de la
voluntad personal, pero la fidelidad a alguno de los tres pre-
tendientes a la corona era, a menudo, un asunto de pundonor,
de conciencia o de tradición doméstica. La determinaban unos
sentimientos respetabilísimos. Lo que se ofrecía, pues, a los
ojos de todos no era ni la Monarquía tradicional, ni la Monar-
quía parlamentaria, ni el Imperio, sino *los* bonapartistas, *los*
orleanistas y *los* legitimistas, y de lo que se trataba simple-
mente era de acoplar, adormecer o amortiguar los escrúpulos
y las pasiones respectivas. El partido mismo que afirmaba no
ser un partido, lo era en realidad, a pesar de todo, desde este
punto de vista: tenía las afecciones, los intereses y las exi-
gencias de cualquier partido. Presentábase, pues, a los militantes
de entonces, como el sistema más natural de acción, el de una
confederación de partidos, del tipo de las Uniones conserva-
doras. Sistema de esencia completamente republicana, pero ca-

rente, en cambio, de las superioridades históricas privativas del Viejo Partido Republicano[1]. Las circunstancias de tiempo que aconsejaron la unión conservadora han cambiado totalmente y el problema no se plantea ya para nada del mismo modo.

Ha pasado tiempo. Han transcurrido treinta y tres años desde la caída del segundo Imperio y no pocas acendradas fidelidades han desaparecido o se han dulcificado. M. de Cassagnac, por ejemplo, es de los más fieles. Pues bien: en el número de 17 de noviembre de *L'Autorité* escribe que vería "con mucho gusto cómo el rey subía al trono". Ni vacilaría "en ayudarle a ello", de serle posible, de todo corazón. Tal es el resultado natural de la muerte del príncipe imperial y de veinticinco años de discordias en el seno de la causa bonapartista. Cierto que M. de Cassagnac añade que él conoce "a buen número de monárquicos" que estarían dispuestos a hacer por su emperador lo que él está dispuesto a hacer por nuestro rey. Tales monárquicos no serán de un temple muy recio. Pero existen. Son el fruto de cincuenta y cinco y de setenta y tres años de interregno legitimista y de interregno orleanista. Un vago pudor les hace conservar la escarapela. Pero como, a fuerza de años, se han olvidado de las razones profundas de su monarquismo, limítanse a hacer patente su impreciso patriotismo y un miedo real al desorden republicano, cuyas consecuencias financieras, sobre todo, son amenazadoras. Añadamos que el "adhesionismo" ha hecho su obra entre ellos y ha creado, desde hace diez años, una clase especial de republicanos dispuestísimos a resignarse y que acaso serán los últimos, por amor propio o por temor, en confesar el miedo y el asco que, en el fondo, el régimen les inspira. Exageran la lealtad para con él. Pero pronto serán los únicos. Ya hay republicanos de toda la vida, a veces hasta antiguos radicales o socialistas, que se resignan a todo,

1. En efecto, los jefes *extranjeros* del Viejo Partido Republicano están naturalmente unidos contra Francia. En cambio, los jefes *franceses* de los diferentes partidos nacionales están naturalmente desunidos frente al extranjero. Hace falta un accidente para unir a los franceses. Y sólo por un accidente se desunen los extranjeros. ¿Que esto es muy sensible? De acuerdo; pero así es. Las mejores voluntades individuales no podrán modificar nada de este hecho general, debido a mil causas materiales que nadie podrá cambiar si no se empieza por cambiar el régimen.

hasta a la Monarquía, si ella puede valerles la vuelta a la disciplina militar y al orden civil.

De consiguiente, ¿qué conclusión habremos de sacar sino la de que, *fuera del Bloque, la energía propia de los partidos, republicanos o no, se ha debilitado considerablemente?* Y, si esta conclusión es exacta, la que sigue no lo es menos: *No son ya unos partidos políticos los que están sobre el tapete, sino unas ideas políticas.*

Y, si es así, el programa de oposición nacional, común a todos los miembros de la minoría enérgica, no debe salir, como antaño, de un acuerdo sobre tales y cuales bases adoptadas por unos ciudadanos republicanos, monárquicos y bonapartistas, sino del atento examen de los principios y las opiniones, con independencia de las personalidades actuantes.

V (*continuación*).—OTRA CONDICIÓN ESENCIAL PARA EL EMPLEO EFICAZ DE LA FUERZA

Decíamos antes del paréntesis que acabamos de cerrar: para el empleo de la fuerza, para dar el golpe, hay que empezar por unirse y, en segundo lugar, no cabe otra unión que la que se haga en torno de una idea, y esta idea no debe ser escogida más que en razón de la verdad que contenga, prescindiendo de toda preferencia personal.

Queda un tercer punto, una tercera condicional para el eficaz empleo de la fuerza: toda unión nacionalista y católica que se fundase en una idea errónea no tendría la menor probabilidad de éxito, ni siquiera inmediato.

En la práctica, no se operará jamás una revolución, sobre todo una revolución conservadora, una Restauración, un retorno al orden, sin el concurso de ciertos elementos administrativos y militares. Y como éstos son, por definición o en hipótesis, elementos de orden, necesitan saber adónde se los conduce, lo que se pretende de ellos. Es natural, pues, que se preocupen de la seguridad que ofrece el camino y de lo acertado de los itinerarios. A una multitud que se deja guiar por sus gustos, su capricho y sus ilusiones puede serle indiferente el que una idea sea acertada o errónea, pero los hombres sobre quienes pesan grandes responsabilidades y graves deberes

quieren asegurarse de las cosas. En el acto de Reuilly ha podido deplorarse tal o cual error de conducta, pero su gran equivocación fué el no haber sabido presentar a los jefes militares ni un jefe político aceptable ni un régimen político inteligente. Jamás, en tanto que conserven su carácter de generales franceses y no se conviertan en españoles del siglo XIX, los jefes del Ejército faltarán a la disciplina y al orden, si al mismo tiempo no tienen clara conciencia de obedecer a una disciplina y a un orden superiores. Y sólo el rey puede encarnar esta disciplina y este orden.

La Monarquía puede, pues, por la verdad teórica que encierra, agrupar, en nombre del interés nacional, a hombres de cualquier origen y cualquier condición. Este es el punto de partida. Y por la verdad moral, activa, eficiente que representa, por su valor de disciplina, ordenador, jerárquico, la Monarquía es la fórmula incuestionablemente propia para los jefes militares y civiles, que son quienes, en un momento dado, pueden disponer de los medios para una acción decisiva contra la anarquía.

VI.—DIÁLOGO SOBRE LA DIRECCIÓN DE LOS ASUNTOS

Los discrepantes harán bien tratando de comprendernos antes de discutir nuestras doctrinas y nuestros métodos. Yo no pido que antes de toda prueba, todo estudio y toda discusión los patriotas abnegados se pongan la flor de lis. De ningún modo. Sino que les digo:

—Antes de alinearos y templar las armas, haced examen de conciencia. Preguntaos qué es lo que queréis. Analizadlo bien. Ved, por una parte, con mirada que cale lo más hondo posible, si no sentís la necesidad de un poder nacional, independiente y fuerte. Ved si no deseáis también unas amplias libertades locales, religiosas y profesionales. Examinad, además, si hay algún otro régimen, fuera de la Monarquía tradicional, que no esté reñido con una u otra de estas dos aspiraciones. Estudiad, por último, si la Monarquía no las satisface plenamente.

Si hacéis este examen doctrinal, no es posible, en verdad, ni que sigáis siendo republicanos, ni que os hagáis bonapartistas o plebiscitarios.

¿Acaso estas cuatro preguntas os parecen insuficientes para abarcar un problema de tal magnitud? Formulaos otras siete y siete veces siete. Pero, por Dios, formulaoslas y contestad a ellas. Porque la minoría enérgica de que formáis parte carecerá de energía en tanto que carezca de disciplina. Y carecerá de disciplina en tanto que no estéis de acuerdo sobre la finalidad que os proponéis: una idea, un régimen, un jefe.

—Pero ¿y si el enemigo nos ataca entretanto?

—Habrá que contestarle como se pueda. Lo mismo que ahora. Como hasta este momento se ha hecho, en el *affaire* Dreyfus, por ejemplo. Aun no alcanzando un triunfo definitivo, podréis evitar derrotas demasiado vergonzosas. Resistiréis, que es lo único que puede hacer un Ejército aguerrido, pero que carece de punto de apoyo.

—¿Y después?

—Os pondréis de nuevo a buscar la verdad política. Imitad el ejemplo de M. Jules Lemaître. Aprovechad "los momentos de respiro que el Bloque os deje". En 1898 y 1899 hemos luchado todos juntos como buenamente hemos podido, sin grandes esperanzas, frente a un enemigo bien organizado. Forjémonos una esperanza preparando una contraorganización. Se ha dicho con exactitud que estamos atravesando una especie de tregua. Empleémosla en acabar con estas divisiones, estos desacuerdos que amenazan con hacernos perder otra buena ocasión el día en que recomiencen las verdaderas hostilidades. Construyamos durante la paz nuestra disciplina de guerra, si no queremos vernos aplastados otra vez.

Pero ¿está usted seguro del resultado que haya de dar el examen propuesto? ¿Acaso no puede hacer más que monárquicos el estudio de las condiciones en que cabe conseguir el bien público?

—Sin duda alguna. M. Lemaître y su amigo lo comprueban. No hay que pensar que, entre las fuerzas de oposición nacional, no quede siempre algún disidente bonapartista, plebiscitario o republicano. Pero ya hemos visto cómo su pasión está amortiguada y que la razón rechaza sus soluciones. En adelante, no contarán para nada en las filas de la minoría enér-

gica, que será unánimemente monárquica. Porque contará con un programa positivo, agitará y transformará la opinión pública. No nos limitaremos ya a estériles quejas. Al gemir por el presente, concebiremos al mismo tiempo, con toda precisión, un porvenir distinto. Tendremos *algo* en que soñar. Veremos *algo* ante nuestros ojos. Ya no se dirá: *la República, o lo desconocido;* el segundo término de la alternativa será definido y claro. Tendremos la fórmula de una esperanza. ¡Qué prueba podemos ver en los socialistas del valor revolucionario, de la fuerza destructora que un programa positivo encierra! Hasta es posible que se acelere la madurez de la situación y que se anticipe la solución. En todo caso, la primera ocasión que se presente será aprovechada por una fuerza inteligente, poderosa, probada, animada por un mismo pensamiento.

—¿Y está usted seguro de que este pensamiento será el monárquico?

—Evidentemente. Es el único que satisface. Sólo la verdad puede hacer la unión. Y la unión es indispensable a nuestra energía. Y, sin esta energía, la revolución deseada no se producirá.

—¿Qué hemos de hacer, pues?
—Traer la Monarquía.
—¿Y cómo?
—Mediante la fuerza.
—¿Cómo seremos fuertes?
—Uniéndonos.
—¿Cómo hay que hacer la unión?
—En el terreno de la verdad política.
—¿Cuál es ésta?
—La Monarquía.

VII.—EL ESFUERZO ÚTIL

En este punto, debe cesar el papel de la inteligencia y comenzar a obrar la voluntad.

Los conservadores, los católicos y los nacionalistas no es precisamente de voluntad de lo que están faltos. Su actividad, su fervor son evidentes. Han prodigado los esfuerzos, ora violentos, ora pacientes y metódicos, hasta ofrecer el espectáculo

de una generosidad y una abnegación que en ocasiones estuvieron lindando con el heroísmo. Prodigan sin contarlos su tiempo, su trabajo y su dinero. Lo que les pedimos es que continúen su generoso esfuerzo, pero orientándolo en el sentido y en la dirección en que resultaría eficaz.

El atento estudio de la situación, tal como se desprende de los diálogos de M. Lemaître con su amigo y de los comentarios que nosotros les hemos añadido, muestra cuál es el único esfuerzo capaz de dar resultado: el que tienda a unir nuestros diferentes grupos, a unirnos en el terreno de la verdad política.

La unión en el terreno de la verdad política no puede hacerse sola, acaso cueste ímprobos trabajos. Pero, tratando de conseguirla, tendremos el derecho de decirnos que no nos agitamos en el vacío, que obramos, que hacemos algo. Para hoy o para mañana, o para 1950, estamos reconstruyendo a Francia, el orden, la tradición, el progreso. No se pierde nada de este esfuerzo que hacemos; por lejos que aparezca la meta, es una meta que puede alcanzarse, y en ella, y sólo en ella, alcanzar la salvación y el bien públicos.

—Difícilmente (objetarán los amigos de M. Lemaître).

Y yo les contestaré que acaso también fácilmente. Pero ¿y si lo imposible es todo lo demás? No podemos escoger las situaciones. La presente no es nada cómoda, ya lo sabemos. ¿Es acaso obra nuestra? Lo único de que se trata es de modificarla a toda costa. Por difícil que la tarea parezca, es necesaria. Por hábiles que parezcan los otros esfuerzos que se proponen, todos sabemos que resultarán infructuosos. Queda, pues, por intentar el único esfuerzo útil, a despecho de las dificultades. Queda por intentar la unión en el terreno de la verdad política.

Queda, en una palabra, el instaurar la Monarquía en las mentes para que se instaure en la realidad.

Si he conseguido hacer que se comprenda que la doctrina monárquica es algo más que una doctrina, que contiene un método, que marca el único camino de la acción eficaz; si he logrado que se viera que nuestra respuesta al "*¿Qué hay que hacer?*" envuelve y suscita una respuesta al "*¿Cómo*

haremos?", estas cortas páginas no habrán sido del todo inútiles [1].

1. Tuvieron, inclusive, la suerte y el mérito de exasperar a un cierto número de defensores del régimen. No es posible traer aquí sus objeciones, porque no hicieron ninguna. Pero M. Rabier, diputado, dió, en *L'Aurore* del 6 de diciembre de 1903, una buena muestra de sus recursos frente a M. Lemaître o frente al autor de la *Encuesta sobre la Monarquía*. "Los que leemos, los que sabemos, nos encogemos de hombros", decía. Y compadecía al pobre pueblo, víctima de nuestra sofística. En recuerdo de las insolentes palabras de M. Rabier, esta última parte de la *Encuesta* cerrábase, en la edición de propaganda, con esta inscripción: "A LOS QUE LEEN, A LOS QUE SABEN, VA MODESTAMENTE DEDICADO EL TERCER FASCÍCULO DE LA "ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA".

LA ADHESIÓN DE M. JULES LEMAÎTRE A LA MONARQUÍA

Después de seis años

La evolución del presidente de la "Liga de la Patria Francesa" terminó con una paladina adhesión a la causa de la Monarquía. Hízose pública el mismo día en que entraba en liza, en un nuevo campo, con fuerzas de refresco, un nuevo combatiente, el admirable Léon Daudet, el cual, sin haber tomado parte en la *Encuesta*, había llegado por su pie a la verdad política. El acta de adhesión de M. Jules Lemaître (tal venía a ser la conversación que sostuvo con "Un miembro de la Liga") se publicó el 21 de marzo de 1908 en el primer número de *L'Action Française*, diario que insertó, con la firma indicada, la interesante interviú. Decía así:

"En su vasto y silencioso gabinete de trabajo de la calle de Artois, semejante a la "librería" de Montaigne por el número y lo excepcional de los volúmenes que lo tapizan, tiene la amabilidad de recibirnos M. Jules Lemaître. Le pedimos disculpa por venir a molestarle cuando está preparando sus admirables conferencias sobre Racine.

—Es verdad, me distrae usted un poco.

—Es por la Causa, querido maestro, por la buena Causa.

—Vamos, estoy a su disposición. ¿Sobre qué punto quiere usted conocer mi opinión?

—Sobre la República. Porque la República es lo que va a combatir el diario de *Action Française*, en la que usted no tiene más que admiradores y amigos.

M. Jules Lemaître hace, levantando la mano, el gesto de ama-

ble protesta que le es familiar y después, con su voz precisa y clara, dice:

—¿Qué dice usted? Habría que pensar en ello... Sí... Pero, de hecho, he contestado ya, hace cuatro o cinco años, en unos sincerísimos artículos que aparecieron después reunidos en un folleto con este título: *Un nuevo estado de espíritu*, editado por Juven, en 1903, y después en la *Gazette de France*, y que Maurras anotó magistralmente.

—Nadie ha olvidado, querido maestro, aquellas páginas incisivas en que se condensa toda la crítica del régimen actual, pero nosotros querríamos saber el modo como se operó su evolución, porque, en fin de cuentas, usted ha sido republicano...

—Es cierto que he venido de lejos. Fuí republicano, como casi todo el mundo antaño. El Dieciséis de mayo me indignó. Vi en él una tentativa contra la libertad. Me opuse al boulangismo por idéntico motivo. He creído en el parlamentarismo, en la opinión de las masas, en su sabiduría...; sobre todos estos puntos he dicho todas las cosas corrientes.

—¿Y quién le despertó de este sueño?

—Me despertó el asunto Dreyfus. Pero no de pronto, ¡no! No soy hombre que se deje arrastrar fácilmente. Y, sobre todo, las experiencias a que el *affaire Dreyfus* dió ocasión. Halléme a la cabeza de una Liga que, a pesar mío, acabó siendo electoral, y pude palpar *no sólo los inconvenientes accidentales, sino la esencial corrupción del sistema político del poder electivo*. He visto todas las maquinaciones, todos los trucos, todos los fraudes gubernamentales para triunfar, del modo que fuese, de unas gentes que invocaban la idea de patria, la más visible, la más sencilla y la más sagrada de todas, ¿no es verdad? Entonces comprendí que aquella máquina conducía necesariamente, fatalmente, *a la supremacía de los peores*.

He visto todo esto de cerca. Da pena. Hay que tener un gran estómago para soñar después de esto en una República decente. Por fuerza de los hechos, no es posible más que una: la que tenemos.

—¿No llegó usted a pensar cierta vez en la República consular?

—Sí, he buscado todas las salidas posibles. Pero un cónsul no aportaría más que una solución transitoria y superficial, tras de la que habría que volver a empezar de nuevo. Además—aquí la clara mirada de mi interlocutor se obscurece—, no creo que nos quede ya tiempo para intentar demasiadas experiencias.

—Esto es lo que pensamos nosotros en *Action Française*.

—Y lo dicen lo bastante alto para que los oigan. La acción be-

neficiosa de un cónsul es, pues, cosa accidental e incierta. No es seguro que encontrásemos siempre al buen dictador. Cabe dar con uno malo. *Es la salvación pendiente del solo individuo.* Y lo deseable es *la conservación del país por una continuidad, por una estirpe de gerentes, ligados al mismo principio y a la misma tarea...*, por una sucesión de reyes.

No es posible expresar la inflexión que esta bella palabra de "Rey" toma en labios de M. Jules Lemaître.

—Pero de seguro, querido maestro, que a menudo oirá usted, como nosotros, esta superficial objeción: "Francia ha venido a ser incompatible con la Monarquía."

—Sí, así dicen. Dicen que nuestro pueblo teme una restauración en la que ve el gobierno de los curas. Pero la fuerza de tales prejuicios no es acaso tan grande como querrían hacernos creer; por otra parte, nadie ignora hoy que la República, según una frase célebre, es la Masonería al descubierto. Ambos términos parecen inseparables. Y la Masonería es impopular. Me parece, por otra parte, que, a pesar de todo, la superstición de la palabra República disminuye un poco... Sí, cuanto más lo pienso, más me parece que la campaña de Maurras tiene probabilidades de éxito.

—¿Así que usted no es de aquellos que reprochan a *L'Action Française* un empaque doctrinario?

—Pero ¿por qué? La doctrina de Maurras es admirable. En tiempos en que no se nos cae de la boca la ciencia, la experiencia, lo positivo, lo real, ha demostrado que la forma de la Monarquía tradicional es la más apropiada a las condiciones de la presente realidad política. ¿Y no es también el gobierno más conforme al orden natural? La doctrina de *L'Action Française* lleva camino de conquistar a la juventud estudiosa, la juventud de las Facultades, que ya está cansada de la vaga anarquía democrática. He presenciado las tareas de vuestro Instituto. Es algo impresionante. También vuestra propaganda podría llegar al otro extremo de la sociedad, a la porción más avanzada y más inteligente del mundo obrero. Los obreros han perdido ya la superstición republicana. Acaso no sea imposible el hacerles comprender hasta qué punto el interés del nuevo Rey estará en ser favorable a sus intereses. Los más grandes Reyes de Francia ¿no han sido los reyes del pueblo y de la burguesía, algunas veces hasta poniéndose en frente de las clases más privilegiadas?

—Es la fórmula de Su Alteza el duque de Orleans: "Todo lo que es nacional es nuestro."

—Fórmula perfecta y a la que tendía también la Liga de la "Patria Francesa" para la defensa de los grandes intereses y de

las condiciones fuera de los que la patria no puede subsistir. *He reconocido que la República es, por esencia, incapaz de reunir y de mantener estas condiciones. Por el contrario, parece que nada de lo que es nacional puede seguir siendo republicano.*"

M. Jules Lemaître se había levantado y, mientras nos excusábamos de haberle interrogado un poco a su pesar, le hicimos todavía esta última pregunta: "¿Cree usted que estas declaraciones pueden sorprender a sus amigos de la "Patrie Française?"

—Muchos de ellos probablemente las esperaban. Yo pensaba ya así hace cuatro o cinco años. Sólo que no podía decirlo tan claramente como hoy para no molestar a algunos amigos nuestros. Pero mi sentimiento se veía bastante claro en el folletito de que acabamos de hablar.

Al tiempo que nos despedía, M. Jules Lemaître añadió:

—He adoptado como ex-libris una divisa sacada del dístico de *Gil Blas*: *Inveni portum*. He hallado el puerto.

Inveni portum. Spes et fortuna, valete!
Sat me lusistis. Ludite nunc alios.

Y lo que Lesage dice a la esperanza y a la fortuna yo se lo digo a la ilusión republicana: "Ya me habéis engañado bastante. Ahora buscaos otras víctimas."—*Un miembro de la Liga.*"

Finalmente, el 23 de mayo siguiente, en una reunión íntima que precedió al banquete del día de San Felipe en Lyon, M. Lemaître declaró:

"*En el nacionalismo republicano no he encontrado más que negaciones. En el nacionalismo integral encuentro una doctrina y un programa.*"

Tras haber, como "amigo de afuera" [1], alabado la doctrina completa, la fe, el desinterés, de *L'Action Française*, y tras haber felicitado a la Liga y al periódico por "dirigirse a la juventud estudiosa" y a "los elementos inteligentes y reflexivos de los Sindicatos obreros", Jules Lemaître acabó con estas palabras, a las que nada añadiremos, porque representan la conclusión natural de toda la *Encuesta sobre la Monarquía* en Francia:

"*Después de diez años de experiencia de tantos errores, lleno de confianza, con toda seguridad de alma, levanto mi copa por la salud del Rey de Francia.*"

1. Hagamos constar que, el 4 de noviembre de 1908, este gran "amigo de afuera" comenzó en *L'Action Française* (a la que honra reservándole su colaboración política) una importante serie de artículos titulada "Cartas a un amigo".

APENDICES

APÉNDICES

I

CARTA DE INCORPORACIÓN DE OCTAVE TAUXIER

L'ACTION FRANÇAISE del 1.º de abril de 1902 publicó la adhesión a la Monarquía de Octave Tauxier, joven "que piensa con fuerza", en frase de M. Jules Lemaître. Precedía a su carta una introducción, algunas líneas de la cual servirán para que se conozca mejor el camino por donde el amigo que nos ha sido prematuramente arrebatado había llegado a la adopción de nuestras ideas. Tras recordar su definición, ya clásica, del Imperio (*"el Imperio es una reacción contra la anarquía, pero no contra las causas de la anarquía"*), decíamos:

El método severo que debe a M. de Tourville y al grupo de escritores de la *Science Sociale* ha acabado obligándole a nombrar por su nombre a la verdadera reacción contra la anarquía: la Monarquía. Vese, pues, obligado a separarse en un punto de sus maestros y de sus amigos: desgarradura penosa, pero indispensable.

Su irritante desdén de la política, su ignorancia de las funciones del Estado, su insensata indiferencia por lo que ellos se atreven a llamar *la forma del gobierno,* condenaban a los jefes de esta escuela a verse abandonados por un espíritu científico como era Tauxier.

Verdad es que el Estado moderno, su Administración, su burocracia, han multiplicado las intromisiones. Pero, al reprochar al Estado el haber invadido la esfera privada, había que reprocharle simultáneamente el abandono de sus funciones propias, sus altas

funciones de Estado: política extranjera, policía general, Ejército y alta justicia. Separándose de aquellos caballeros, Tauxier podrá llenar la inmensa laguna que dejan en el centro de su sistema. Y ellos mismos tendrán que agradecérselo dentro de nada.

Démosle nosotros gracias ahora mismo. Apenas iniciado, Tauxier perfecciona y completa una de nuestras fórmulas más importantes: la de la identidad de los intereses de una dinastía nacional con los intereses mismos de la nación. Adivinada por Montesquieu, aprehendida por Renan, esta verdad, que pasa hoy a manos—doctas manos—de Octave Tauxier, fué formulada en los siguientes términos en la *Encuesta sobre la Monarquía* (primer fascículo): "ANDRÉ BUFFET:—Una República depende del talento y del ánimo de sus partidarios. Pero un soberano hereditario está demasiado directamente interesado en el bien público para gobernar sólo según su humor o según un sistema. Él es el cerebro, el centro nervioso de la nación. Tiembla por el peligro común, aspira a la común prosperidad. Su naturaleza profunda, su función necesaria y natural, o, si usted prefiere decirlo en términos de geometría, su *posición*, oblíganle a conducirse de acuerdo con las exigencias del bien público. No hay duda de que puede equivocarse en la interpretación de estas necesidades, pero trata de decubrirlas, no puede dejar de hacerlo, y, apenas advierte el error, *su propio interés* lo induce a rectificarlo."

En el segundo fascículo de la *Encuesta,* en el que se repite bastante este tema, sostengo, principalmente al contestar a Barrès, que este es el privilegio del gobierno hereditario, personal o colectivo, aristocrático o monárquico. Las dinastías "*buscan, como todo lo humano, su interés particular, pero, buscándolo, procuran, además y al mismo tiempo, el interés general*".

Cuando sistematizaba estas ideas, ya indiqué su sutilidad. Tuve que desarrollarlas mil veces en la *Gazette de France, Le Soleil* y *Le Figaro.* ¿Han sido bien comprendidas? M. Georges Fonsegrive, cuya inteligencia nadie sería capaz de negar, las ha discutido en su libro *La Crise Sociale,* sin que parezca haberlas penetrado exactamente. Le invito a que profundice las explicaciones de M. Tauxier, que son luminosas. Apenas hay comparación entre nuestros rápidos diseños y la forma perfecta que nuestro amigo da a la gran verdad política que con nosotros aspira a servir [1].

1. Como va a verse, Octave Tauxier, queriendo designar las cosas con un término completamente explícito e inequívoco, emplea la palabra egoísmo en su evidente sentido de instinto de conservación, de voluntad de vivir o de tendencia del ser a perseverar en su ser, ley común a todo lo que existe. Como era natural, hallándolo más cómodo que discutir la idea con este término expresada y definida, se ha epilogado sobre la palabra y todos nuestros demócratas cristianos se han aprovechado de ella para acusar a nuestras doctrinas, bien de eliminar el altruísmo y de rechazar los más generosos arranques del alma humana, o bien hasta de ponerse al servicio de las malas pasiones que engendra el egoísmo, o, por mejor decir, sus extravíos. Limitémonos a decir que no comprenden lo que es bien fácil de comprender. El teorizador del altruísmo, Auguste Comte, ya aconseja a los políticos y hasta a los moralistas "*que llamen los impulsos personales en ayuda de las necesidades sociales*". No sólo no hay nada más sensato, sino nada mejor, en todos los sentidos de la palabra, desde todos los puntos de vista. A despecho de alguna aspereza de lenguaje debida a su personal filosofía del mundo, Octave Tauxier no dice más que esto. No sólo no descarta la virtud, sino que la sostiene, le da puntos de apoyo. (Nota de 1909.)

He aquí la carta de Octave Tauxier:

"Mi querido Maurras:

Cuando usted llevaba a cabo la *Encuesta sobre la Monarquía,* yo no era monárquico, sino unicamente, y tanto como el que más, antirepublicano.

Por aquel entonces, seguidor asiduo de los trabajos de la revista *La Science Sociale,* me desentendía, como ella, del problema del Estado. Los redactores de aquella revista, influídos por M. Tourville, profesan una especie de recelo hacia la institución del Estado; partidarios y propagandistas de la *acción privada,* opónenla a la *acción pública* como puede oponerse el bien al mal, y, llevados por su sistema, no mencionan la acción de los poderes públicos como no sea para denunciar sus abusos o su impotencia.

Convierten *un hecho cierto*—la excelencia de la acción privada—*en punto de partida* para venir a parar en el desprecio de la acción del poder público, de la institución estatal. Transformados así en liberales, parece que desean un Estado impotente, y hasta creo que estos discípulos de Le Play, despistados por un sistema erróneamente fundado, tienen cierta simpatía por nuestro presente anarquismo.

Por otra parte, ¿no es cosa de sorprenderse el hecho de que el examen de la *Nomenclatura* [1] esté detenido desde hace nueve años y precisamente en el primer escalón de las agrupaciones de la vida pública: el Municipio? Los redactores de *La Science Sociale*—hago excepción de M. de Rousiers—que se paran ante las agrupaciones de la vida privada, ¿acaso consideran como no existentes las agrupaciones de la vida pública? Un lector asiduo de *La Science Sociale* tiene motivos para pensar que, si M. de Tourville hubiera

1. La *Nomenclatura* es la tabla de los fenómenos sociales en el orden en que se determinan unos a otros.

hecho llegar sus estudios hasta las agrupaciones de la vida pública y hubiese aplicado su poderoso talento a esta parte indispensable de su obra, tanto él como sus colaboradores hubieran visto el Estado como una institución justificada, y, estudiándole, le hubieran considerado como un organismo necesario a la vida presente de la sociedad, tal como en el cuerpo del hombre lo es el cerebro, y hubiesen pensado que su buen funcionamiento tiene un capital interés para la salud del cuerpo social.

Es un poco excusable el que cueste trabajo el rechazar, aunque sea en parte, las orientaciones marcadas por *La Science Sociale;* los meritísimos trabajos llevados a cabo por ésta, no solamente han agrandado y renovado, a los ojos de quienes les han seguido, la concepción de la sociedad, sino también su capacidad de comprensión general de las ideas y de los hombres.

Pero los acontecimientos de que Francia es víctima y las enseñanzas de usted, mi querido Maurras, han hecho ver a algunos lectores de la *Science Sociale,* entre los que me cuento, que errarían limitándose enteramente a sus orientaciones para la solución de las cuestiones que nos apremian. La institución del Estado acaso podía ser indiferente a los campesinos de la costa de Escandinavia del siglo XI y hasta a los compañeros de Cedrico. Pero su existencia y su manera de ser no pueden ser indiferentes a los franceses de 1902.

Uno de los méritos de usted, mi querido Maurras, ha sido el haber restaurado la noción del Estado en las mentes francesas, en una época en que, paralelamente a otras influencias secundarias, el republicanismo y el liberalismo la habían destruído. Ha hecho usted que se contemple al Estado en sí mismo, como órgano propio, independiente, cuando se le creía condicionado a unas concepciones de baja metafísica heredadas del siglo XVIII.

Por lo que a mí respecta, maduro ya el espíritu, apremiado por uno de nuestros amigos [1], y estimulado por una fórmula que Vaugeois ha repetido en estos últimos tiempos, ha llegado el momento de que exprese a usted mi adhesión a la institución real.

Y no es que la razón de mi monarquismo no haya sido formulada hasta ahora: a usted le es familiar, pero tiene en su abono el ser la más fuerte de todas, el sobresalir entre todas, y me siento inclinado a exponerla, puesto que no ha sido más que indicada, tanto en la *Encuesta,* por M. Buffet y usted, como en *L'Action Française,* por Vaugeois.

1. No hay ninguna indiscreción en dar el nombre de éste, que es M. Jacques Bainville.

Voy a repetir los términos de la *Encuesta*:

1.º "*¿Qué es la Monarquía?*"

Una institución que convierte los intereses públicos de los franceses en intereses personales y privados de un hombre. O mejor aún: una institución que hace de los intereses públicos de los franceses el patrimonio de una familia. Es decir, *una institución que coloca la cosa pública francesa bajo la salvaguardia de un egoísmo.*

¿No es verdad que este es un sistema de gobierno de una sencillez admirable? Más aún: *es el medio señalado por la Naturaleza.* Esto es lo que esencialmente me subyuga en el sistema monárquico: que es *el medio natural.*

Voy a explicarme: la naturaleza confía a cada uno de los seres el cuidado de su propia conservación, y para ello lo dota de un sentimiento, principio de sus acciones, que es el egoísmo. El ser dotado de inteligencia, el hombre, puede llegar a unas transacciones con sus semejantes, a estipular unas alianzas, hasta a erigirlas en el terreno de lo absoluto, y de este modo llegar a dar la ilusión del altruísmo, pero todo ello será en razón de su mismo egoísmo. El egoísmo es para el individuo el medio de proveer a su existencia y el principio de la estabilidad de esta existencia misma.

Gustan los redactores de *La Science Sociale* de hablar, siguiendo a Le Play, del plan providencial; con estas palabras expresan, o mejor dicho, reconocen que la armonía total de una sociedad depende únicamente del ejercicio del egoísmo por las unidades que la componen, es decir, que se mantiene unida y próspera no en virtud de las cualidades altruístas, sino por la sola rebusca, por parte de cada uno, de su propio interés exclusivo. Sólo cuando el hombre mira a su interés propio, sirve eficazmente a la sociedad. ¿Qué se desprende de esto sino que nada grande, ni de carácter general, es *viable* si se basa *únicamente* en el amor al prójimo (exceptuando, como cosa fuera de discusión, los grupos religiosos), en la abnegación, la virtud, la conciencia, fuerzas íntimas, raras, frágiles: fantasmas? ¿Qué valen estas apariencias frente al egoísmo, expresión del ser "que quiere vivir"?

Y siendo así, ¿a quién vamos a entregar nuestros intereses públicos, a quién entregaremos el Estado? ¿A la *virtud* de uno o de varios centenares de hombres que hayan sobresalido en el oficio de candidato? ¿O bien al egoísmo de una familia?

El hombre prudente pensará que debe servirse del medio constante que la naturaleza le ofrece y no le pasará por las mientes tratar de forzarla, porque sabe que el medio que ella le presenta es el único eficaz y que, de pretender sustituirlo por otro, no im-

pedirá por esto su acción omnipotente, si bien entonces actuará contra su propia inclinación.

Nemo naturae, nisi parendo, imperat. En efecto, lo que vemos en los parlamentarios es el cuidado de su solo interés personal.

¿Tendré que añadir que es vano el preguntarse si un *heredero* resultará más "capaz" que un *elegido,* cuando sabemos que sólo la institución real cuenta con la plenitud del conocimiento? Porque posee todo aquello en que ésta se basa y todo lo que la hace posible, las fuerzas esenciales de lo inconsciente, la sensibilidad y los movimientos reflejos.

¿Puedo, pues, en adelante oír hablar, a propósito de monarquía y de república, de *forma (!) de gobierno, de indiferencia de la cuestión de forma?*

2.º La segunda y última pregunta de la *Encuesta* es ésta: *La institución de una Monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿es o no de salud pública?*

La primera pregunta era de orden teórico; la segunda lo es de orden práctico; completa la primera en cuanto deja a los hechos la justificación de la excelencia de la teoría monárquica; justificación indirecta, pero plena y suficiente. No se puede responder más que con un *sí.*

Su buen amigo

OCTAVE TAUXIER

Ilustremos con una viñeta las rudas y claras verdades expuestas por Octave Tauxier. En el mismo número en que aparecieron éstas, uno de los colaboradores de *L'Action Française,* Richard Cosse, publicaba[1] unas importantes notas sobre esa política de Luis XV y de Madame Pompadour que tan pronto ha sido presentada como un espantapájaros, tan pronto como algo escandaloso, y cuyas operaciones, cálculos y móviles estuvieron, no obstante, regidos por el sentido de los intereses de la Monarquía. En el mismo rebajamiento de la persona del rey, la Corona seguía siendo lo que es y conservaba un fuerte ascendiente sobre la opinión (que es lo que se trata de demostrar):

Cotillón I, Cotillón II y Cotillón III (sabido es que Federico designaba con estos nombres a las dos emperatrices y a Madame de

1. A propósito de la correspondencia de Choiseul y de Voltaire, comentada, en la *Revue des Deux Mondes* del 15 de enero de 1902, por un crítico asaz malévolo, M. Pierre Calmettes.

Pompadour) no andaban tan descaminadas al encarnizarse contra Federico y contra el Estado naciente que ellas trataron de ahogar en la cuna. *Los historiadores que unánimemente han censurado a Madame de Pompadour no habían visto lo que nosotros hemos tenido al alcance de nuestros ojos. Ella y sus ministros, Machault y Bernis, presintieron con gran justeza que no debe favorecerse la formación de Estados nuevos en un cuadro tan estricto como es el cuadro de las naciones europeas; que hay que intentarlo todo antes que dejar que crezcan aquellos que anuncian grandes ambiciones.* La marquesa, ciertamente aconsejada por cabezas más sólidas que la suya, había comprendido que Austria era mucho menos temible que la nueva nación dirigida por un príncipe joven, gran político y ya consumado militar, apoyado y flanqueado por la irreductible enemiga, Inglaterra, en la que reinaba uno de los mayores hombres de Estado que han gobernado una nación.

Lo que nos falló fué la ejecución. Aquella cantidad de generales que mandaban a los rusos, los círculos alemanes, a los austríacos y los franceses no siempre se entendieron (como pudo verse en Rosbach), y, aun vencido, aquel reyezuelo que no tiene por encima de sí, como hombre de guerra, más que a Napoleón, era todavía superior a Daun, por muy vencedor que éste fuese. Muchos han reprochado a Madame de Pompadour sus elecciones. Los generales designados por la marquesa habían servido ya en la guerra de sucesión de Austria y no todos carecían de talentos militares, pero faltó el mando supremo, los diversos mandos no se entendieron, y enfrente estaba Federico. No se sacó de las victorias todo el provecho posible. Además, Francia, agobiada de deudas, pagaba por todos sus aliados, mientras que el rey de Prusia metía el brazo hasta el codo en los cofres de la rica Inglaterra. Por este lado había una alianza sencilla y apretada entre dos grandes hombres de Estado, uno de los cuales era, al mismo tiempo, el primer capitán de su siglo. Por el otro lado, confusión, intereses numerosos y dispares, tropas diseminadas y oficiales valientes, pero para los cuales el oficio de soldado ya no era la sola preocupación. Y, además, Francia vivía todavía de la gloria de Luis XIV, del mismo modo que, bajo Napoleón, Prusia vivía de la gloria de Federico II. El error de Madame de Pompadour fué el no darse cuenta de esta situación. Pero ¡Francia era todavía tan poderosa y Prusia era tan poca cosa![1]. No obstante, Madame de Pompadour había olido al enemigo. ¿Podremos nosotros censurarla con de-

1. Este pensamiento, dice Richard Cosse en una nota, "transpira en todas las cartas de Choiseul a Voltaire".

masiada severidad por haber perseguido con encarnizamiento, hasta tratar de aniquilarlos, a Prusia y al prusiano?

Las amantes de Luis XV y la imprevisión general de aquel reinado suministran la principal de las objeciones que se dirigen contra nuestra teoría de la Monarquía. Alguno de nuestros amigos que perdona fácilmente la unidad italiana y la unidad alemana, sin hablar de Sedan y de Metz a Napoleón III, no ha podido digerir todavía a Rosbach y la pérdida de las colonias. Permítasenos que lo repitamos: 1814, 1815, 1848, 1859, 1870 y 1871 y el sesgo general de la Historia de Francia en el siglo XIX deberían inspirar por lo menos modestia a los censores de Choiseul y de la Pompadour. De 1715 a 1774, los extranjeros no entraron tres veces en París. El mapa de Europa no ha sido rehecho de arriba a abajo a nuestra costa de 1715 a 1774. Y todo nos demuestra que nuestras desgracias del siglo XIX no habrían podido darse bajo la Monarquía. Esta hubiera proseguido contra la Casa de Prusia la política de limitación aplicada por Richelieu a la Casa de Austria. Cuando se piensa, por una parte, en el trastrueque de las alianzas bajo Luis XV y, por otra, en la guerra de América bajo Luis XVI, se comprende que el hilo de las primeras intrigas revolucionarias se descubra hoy en Londres y Berlín, y se saca en conclusión que la iniciación de nuestras revoluciones fué un resultado de la intervención metódica de Prusia y de Inglaterra, los dos Estados que han utilizado mejor desde entonces, primero, las divisiones y, después, el descenso de nivel del Estado político francés.

II

UN PRIMER BOSQUEJO DE NUESTRAS DOCTRINAS

EL 6 de mayo de 1899, señalaba el autor de la *Encuesta sobre la Monarquía* a los lectores de la *Gazette de France* "un vasto movimiento contrarrevolucionario" ante el que los monárquicos discurren a menudo distraídamente y del que "deberían ser directores y coordinadores", y, entre otras cosas, escribía lo siguiente:

"Desde hace diez años, que, en plena Academia[1], Renan declaró la *bancarrota de la revolución,* todo espíritu robusto ha trabajado de algún modo en destruir uno u otro de los Grandes Principios, si no todos los Grandes Principios a la vez. Destruyendo de este modo las causas de destrucción, hacíase posible la reconstrucción general.

Saquemos la cuenta:

Crítica del sistema sucesorio revolucionario. Libertad de testar. Reconstrucción de la *Familia.* (Paul Bourget, Henri Coulon, Spronck, toda la escuela de la Paz social, etc.)

Crítica de la centralización municipal. Libertad local. Reconstrucción del Municipio. (Mistral, Barrès, Marcère, todos los grupos descentralizadores del Norte, del Oeste, del Este o del Mediodía, etcétera).

Crítica de la provincia. Libertad regional. Reconstrucción comarcal. (Los anteriores, Foncin, etc.).

Crítica del liberalismo económico. Libertad sindical. Reconstrucción de los *grupos profesionales* o *corporaciones.* (Todos los socialistas de todos los matices, desde M. Deschanel hasta Monsieur Nirman...)

Crítica del liberalismo político. Libertad, o independencia, o

1. El 28 de febrero de 1889, contestando al discurso de recepción de M. Jules Claretie.

fuerza nacional. Restauración de la *libertad gubernamental.* (Todos los dictatoriales, todos los plebiscitarios, todos los autoritarios, todos los antiparlamentarios, Lemaître, Coppée, Quesnay, Drumont, Guérin, Déroulède, Cavaignac, etc.).

Sumad las cinco críticas, y tendréis la crítica de todo el sistema liberal, parlamentario y republicano. Sumad las cinco libertades, y tendréis las cinco libertades o cinco poderes naturales en que se basaba la Constitución de la antigua Francia. Sumad, finalmente, a la institución hereditaria de la *familia* el estatuto permanente del *municipio* y de la *provincia,* la institución profesional, y el principio estable de *la autoridad* política, y tendréis la fórmula de la Monarquía.

Y todas estas tesis son profesadas, sostenidas y apoyadas por sectores considerables de las clases directoras francesas y a menudo hasta por organizaciones poderosas. Lo que queda por hacer es unirlas, agruparlas, ordenarlas. ¡Y esto no se ha hecho! ¡Y los monárquicos no piensan aún en hacerlo! ¡Si los monárquicos quisieran! ¡Si los monárquicos supieran! En algunos meses se convertirían en los directores indiscutibles de la conciencia francesa y la Monarquía quedaría consagrada, por lo menos ante la opinión. No faltaría más que convertirla en un hecho como postulado unánime del espíritu público.

Anterior en muchos meses a la fundación de *L'Action Française,* y en más de un año a la *Encuesta sobre la Monarquía,* este bosquejo ligeramente optimista (ya que no se preocupa de las dificultades de la acción y se equivoca un poco sobre la "rapidez"), tiene, con todo, la buena cualidad de definir con precisión la doctrina que hemos elaborado, expuesto y propagado durante más de diez años.

Desde 1899, perfectamente conscientes de lo que queríamos y de adónde íbamos, nuestro objetivo estaba concretado. Le hemos sido fieles, y, por una justa reciprocidad, no nos han faltado las corroboraciones de los hechos. Hanse producido tal como las habíamos previsto y anunciado, como si hubieran estado a nuestro servicio. Es que están al servicio de la verdad que estamos desentrañando. El juego de los efectos y las causas ha acabado por producir una situación tan inquietante, que muchos franceses de toda condición empiezan por nombrar el mal con su verdadero nombre: sin ambages dicen ya *República* y *Democracia.* Pero, para renunciar a los elementos destructores, los desilusionados exigen que se les presente un plan de reconstrucción. Como acabamos de ver, este plan viene implícito en la forma misma de las lamentaciones nacionales, está inscrito en la misma estructura del país y de la nación. Basta con analizarlas de buena fe. El anhelo general dirígese a la Monarquía. Y la Monarquía es la expresión de nuestras necesidades elementales. En esto radica exactamente el profundo realismo de nuestra doctrina.

I

DICTADOR Y REY[1]

> Acaso no creáis que en la fiebre de los primeros días casi me había hecho legitimista y que estoy todavía muy tentado de serlo si se me demuestra que la *transmisión hereditaria del Poder es el único medio de escapar al cesarismo, consecuencia fatal de la democracia*, tal como se entiende en Francia.
>
> ERNEST RENAN. (Carta del 14 enero de 1852.)

DICTADOR Y REY" ha sido compuesto en el verano de 1899, pocos días después de las detenciones del 13 de agosto. Algunos de nuestros amigos estaban acusados de complot; por ello nos había parecido justo, conveniente y necesario el responder al desafío de la Justicia oficial con nuevas empresas.

Hasta aquel momento se había hablado mucho de monarquismo, pero siempre en términos tan vagos o tan expeditivos, que la palabra no decía nada concreto al espíritu, o bien le sugería imágenes del más puro arcaísmo. Hacíase urgente el devolver sus vivos colores al nombre de una institución cuya necesidad se hacía sentir más y más cada día que pasaba a todos los franceses reflexivos. Mi amigo Frédéric Amouretti, a quien consulté el primero, aprobó mis planes y me animó con entusiasmo. Por mis notas podrá verse cómo colaboró en esta empresa y en qué medida. La mejor forma de un acto de este género nos pareció que sería una declaración de los escritores monárquicos que dejara sentados con claridad cuál habría de ser el papel momentáneo y cuál era la esencia permanente del régimen monárquico tradicional. Púseme en seguida a redac-

1. Extracto de *L'Action Française* de 1 de agosto de 1903.

tar el texto. MM. Charles Vincent y Jacques de la Massue fueron los primeros en adherirse a la idea. Al mismo tiempo nos llegaba un voto del más alto valor: era el de un veterano de la Causa real, hombre de alta inteligencia, de carácter firme, de extenso saber, M. Auguste Cordier, director entonces del *Nouvelliste de Bordeaux*. Francia y el rey han perdido en él a un gran servidor. Los nuevos monárquicos, por aquel entonces harto desconocidos y harto discutidos, no olvidarán nunca los preciosos estímulos que recibieron desde el primer momento de Auguste Cordier. Un lamentable *quidproquo*, al que siguieron algunas discusiones completamente verbalistas (del todo ajenas a la dirección del mundo monárquico) atravesóse en la proyectada publicación. De aplazamiento en aplazamiento, llegamos a fines de la primavera siguiente. Comenzó entonces en Bruselas y continuó en París la *Encuesta sobre la Monarquía*, y, como estaba concebida sobre el mismo plan y según las mismas doctrinas que *Dictador y rey*, "aquel primer documento hacíase superfluo; quedóse, pues, en borrador que hubo de ser dado a la luz de tanto en cuanto para satisfacer la curiosidad de un amigo o para esclarecer alguna discusión. Pero más de una conversión a la Causa monárquica fué apresurada y maduró gracias a su lectura. El día en que se renunció seriamente a su publicación inmediata, alguien exclamó: —¡Qué lástima! ¡Era tan claro!...— Ninguna otra oración fúnebre me hubiera dado tanto gusto.

He aquí lo esencial de aquel documento:

....

Lléganos las adhesiones de todos los sectores de la opinión y de todos los puntos del país. Más numerosas serían todavía, a no ser un desdichado prejuicio: muchos antidreyfusistas y antisemitas, patriotas tan enérgicos como apasionados, se figuran la restauración monárquica como un régimen harto desdibujado, harto templado, demasiado *parlamentario* para que pueda poner fin a los manejos de los facciosos. Con la declaración que sigue nos proponemos sobre todo[1] acabar con este prejuicio y definir lo que entendemos y hemos entendido siempre por Monarquía.

Es menester que todos los franceses en edad y estado de apreciar una doctrina política conozcan la Monarquía en la doble fun-

1. Las palabras "sobre todo" son de Frédéric Amouretti.

ción que debe ejercer; una transitoria y, la otra, permanente: *en primer lugar, haciendo justicia en los criminales de Estado y procediendo a seguida a la reconstitución y la dirección del país.*

LA DICTADURA MONÁRQUICA: SUS PRINCIPIOS

Los abajo firmantes, escritores monárquicos, hablando en su solo nombre, pero invocando, a más de las tradiciones y constituciones de la antigua Monarquía francesa, los discursos y cartas del señor conde de Chambord, de Su Alteza el conde de París y de Su Alteza el duque de Orleans, en particular los recientes manifiestos de este último, afirman en primer lugar que el jefe de la Casa de Francia les aparece como un dictador necesario tanto como rey legítimo.

Afirman, en segundo lugar, que el gobierno del Rey de Francia no puede dejar de ser represor y vengador en sus primeros actos de dictadura para poder ser reparador en los que sigan a éstos.

Afirman, finalmente, que la represión ejercida por el Rey evitará el multiplicar inútilmente los rencores. No debe formarse en Francia un nuevo partido de vencidos y de parias. La venganza pública debe alcanzar a los cabecillas, a todos los cabecillas, pero a ellos solos: el Rey traerá la paz y el olvido a los seducidos y extraviados. Su abuelo Enrique IV, que no daba excesiva importancia a las sediciones del pueblo bajo, no vaciló en hacer ejecutar a cincuenta caballeros de una sola provincia, culpables de preparar la guerra civil. De modo que la acción real no debe dirigirse más que contra los grandes criminales, pero debe buscarlos con una fría y metódica energía, sin otro sentimiento que el amor del país y el odio de los enemigos de la nación. Después de la *Commune,* se fusiló a millares de obreros y se dejó escapar a los jefes: un Rey de Francia hubiera castigado a estos últimos sin misericordia, pero hubiera perdonado al pueblo.

....

EL RÉGIMEN MONÁRQUICO

Después de que la dictadura monárquica haya resuelto esta crisis, nos queda por prever lo que habrá de ser el gobierno normal del reino.

Lo concebimos como el régimen del orden. Concebimos este orden como algo conforme a la naturaleza de la nación francesa y a las reglas de la razón universal. En otros términos: concebimos este régimen como el reverso del que estamos sufriendo.

Hoy, la libertad y sus peligros están *arriba,* queremos decir, allí donde se ventilan los asuntos capitales que comprometen el porvenir de la nación y la seguridad del Estado; en cambio, la autoridad, en sus extremos rigores, se ha reservado, con perfecta inutilidad, para los de *abajo,* para los súbditos entre los que, por el contrario, la discusión, las diferenciaciones, la iniciativa de cada ciudadano, estarían no sólo desprovistas de peligro, sino que serían provechosas; la autoridad soberana y decisiva aplicase al menor detalle de las relaciones de los particulares con la Administración.

Invertir este orden, colocar la libertad abajo, la autoridad arriba, es, ni más ni menos, reconstituir el orden natural y racional; por tanto, la constitución monárquica significaría, sencillamente, la constitución natural y racional del país, al fin recuperada, y el reino del Rey no significa más que el retorno a nuestro orden.

Las libertades, abajo

No hay vejación legal o ilegal que la Administración francesa no se permita contra los contribuyentes y administrados. No hay insolencia que la burocracia no se permita contra los ciudadanos. Un César anónimo e impersonal, todopoderoso, pero irresponsable e inconsciente, dedícase a molestar a los franceses desde la cuna. Lo mismo si vive aislado que si decide asociarse, el ciudadano francés puede estar seguro de tropezarse a cada paso de su camino con el César-Estado, con el César-burocracia, que le impone, ora sus orientaciones junto con sus prohibiciones, ora sus mercancías junto con los subsidios que hay que pagarle.

Los negocios públicos que el ciudadano conoce mejor están sometidos a la vigilancia o al capricho del Estado. Sin el Estado, un padre de familia, un ayuntamiento, una directiva de sociedad, un simple comité de fiestas, no pueden decidir casi nada en aquello que de más cerca les toca y que les interesa de modo inmediato. Asociaciones voluntarias, como las sociedades morales y políticas, o asociaciones naturales, como la familia, el municipio y la provincia, todas las agrupaciones de ciudadanos, se ven, ora paralizadas por las leyes del Estado, ora inclusive por el capricho de los jefes temporales del mismo...

No sólo éste molesta y perturba al ciudadano francés, sino que le proporciona *comodidades peligrosas*: le sirve en casos en que él debería servirse a sí mismo, le desacostumbra de la reflexión y de la acción personal; de este modo el Estado adormece y atrofia la función cívica; el ciudadano se hace ignorante, perezoso y flojo;

pierde el sentido y el espíritu públicos; tratado como un menor, acaba haciéndose digno de la tutela; los inmediatos intereses de su comunidad no le interesan ni le ocupan; deja hacer a los curadores que se ocupan del patrimonio común; aíslase de sus conciudadanos y viene a caer en la condición individualista del salvaje y del primitivo.

Por una consecuencia natural de este régimen, ciudades de diez mil almas no encierran, a menudo, un solo habitante que sea digno de ellas. ¿Por qué molestarse en hacer ciudadanos en lugares en que el Estado centralizado se encarga, sin excepción, de todas las tareas cívicas? Pero la verdad es que estas tareas el Estado las hace mal porque está mal aparejado para realizarlas. Las distintas comunidades van resbalando así hacia una decadencia profunda, a la que el mismo Estado les sigue: pobre en hombres, Francia será bien pronto pobre en todo.

Considerando que los tiempos de verdadera y sólida prosperidad nacional fueron en Francia aquellos en que el Poder real independiente y dueño de las atribuciones propias del Estado no impedía a los diferentes Cuerpos, asociaciones y comunidades de la nación el dirigir libremente sus particulares intereses;

Considerando que a la decadencia de la Monarquía nacional siguió, bajo los Borbones, la decadencia de dichos Cuerpos, asociaciones y comunidades, ya que cada intromisión del poder real en su autonomía se señalaba paralelamente por una secreta disminución de este mismo poder;

Considerando que estas clarísimas lecciones dadas al Rey y a Francia por ocho siglos de experiencia histórica no habrán de ser inútiles ni para Francia ni para el Rey;

El poder real no puede en adelante dejar de tender con firmeza, aunque con prudencia y sin prescindir de las etapas indispensables en la práctica, al restablecimiento de estas libertades allí donde el interés superior de la Patria y del Estado no exijan la supremacía absoluta de la autoridad central.

Es decir: que las familias se organizarán como les plazca; cada uno testará como quiera, los padres que deseen constituir en su descendencia unos bienes hereditarios intangibles e inalienables, tendrán completa libertad para hacerlo; las familias, reconocidas por fin como asociaciones naturales, tendrán capacidad para adquirir derechos análogos a los de los ciudadanos y poseer en común un patrimonio honorífico y moral, lo mismo que poseen un patrimonio natural.

Los municipios y comarcas (o distritos), mediante una serie de medidas liberadoras, prudentemente escalonadas, vendrán a ser dueños de regular según les plazca sus propios asuntos, disponiendo de su orden interior sin intervención del Estado, decidiendo en aquellos asuntos que son familiares, o pueden serlo, a cada uno de sus miembros y sin otro límite en esta honesta y razonable libertad que el bien común y la seguridad del reino.

Esas vastas regiones que se extienden alrededor de nuestras grandes ciudades (Lyon, Burdeos, Marsella, Lilla, Nancy, Tolosa, Rouen, Montpellier, Grenoble, Besançon, Limoges, Clermont, etc.) serán reconocidas por la Ley y libertadas del seccionamiento departamental, que es absurdo y anárquico; los territorios aglomerados alrededor de estas capitales naturales obtendrán progresivamente la autonomía para todo aquello que se refiere a sus asuntos propios y que no comprometa el interés nacional; unos grandes Consejos provinciales, bajo el control superior, pero lejano, del Estado, colaborarán en el despertar y renacimiento del cuerpo entero de la patria, que la política jacobina ha empequeñecido.

Las asociaciones profesionales, confesionales y morales, dotadas de la más amplia libertad, serán sometidas al derecho común y consideradas como personas civiles autónomas que se ocuparán por sí mismas de su orden interno, por este espíritu de cuerpo que es el principio de todo progreso; tendrán capacidad de poseer, de adquirir, de enajenar, pero pagarán impuestos y multas y, en caso de indignidad legal, serán borradas de la vida común, temporalmente o a perpetuidad.

Resumiendo: en la actualidad, el ciudadano es como un esclavo en todas aquellas cosas en que es competente y que directamente le afectan, en todo aquello de que está bien enterado y que tiene, por tanto, capacidad de juzgar. El poder real le devolverá la libre disposición y la soberanía en estos asuntos que le fueron arrancados sin derecho, sin utilidad y hasta con detrimento del vigor de la patria.

Esto es lo que hará el Rey en favor de las libertades: se las devolverá a los ciudadanos, saldrá garante de ellas, será su defensor y su custodio. Veamos ahora lo que hará en favor de la autoridad, desentendida, como queda dicho, de los detalles íntimos de la vida civil.

La autoridad, arriba

El rey restaurará, definirá y utilizará la autoridad para fines puramente nacionales.

El Estado francés, que actualmente se ocupa de todo, hasta de hacer escuelas y de vender cerillas, y que, como es natural, lo hace todo malísimamente y vende unas cerillas que no se encienden y distribuye una enseñanza insensata, este Estado, es, en cambio, incapaz de cumplir los cometidos que le son propios, y se abandona a los representantes del poder legislativo. Los ministros no son otra cosa que mandatarios y servidores de senadores y diputados, y no piensan más que en obedecer a sus dictados a fin de conservar la cartera. Como expresa una enérgica fórmula, "el elector mendiga favores del diputado, que los mendiga del ministro, el cual, a su vez, mendiga los votos del diputado que mendiga los sufragios del elector" [1].

Una clase de ciudadanos profundamente despreciada por el país entero, convierte en oficio la influencia y la intriga y mercadea con ellas. Senadores, diputados, corredores electorales... Sólo por casualidad se encuentra un carácter independiente entre mil individuos de tal profesión. Los que pasan por tener las manos limpias son unos patentes majaderos. La misma mañana de la elección de Loubet, pudo escribir con razón uno de nuestros maestros que el futuro elegido del Congreso brillaba más que por nada por su insuficiencia intelectual.

Siempre ignorantes y limitados, a menudo famélicos y corrompidos, he aquí lo que son los dueños de Francia. Nos dicen que se los sustituirá, pero cambiar el personal no sirve de nada. Una asamblea que por casualidad estuviera compuesta por gentes ilustradas veríase reemplazada en breve plazo, como la asamblea de 1871, por una horda de agitadores, captadores del sufragio popular. Si los sustitutos fueran, al llegar, personas decentes, el mecanismo del régimen los pervertiría pronto. Ya el conde de París lo ha hecho notar: una institución como ésta corrompe a sus hombres, quienesquiera que éstos sean.

¿Qué viene a ser, pues, semejante gobierno? ¡Un fantasma, un juego de palabras! Los diversos jefes que en él actúan son demasiado equivalentes entre sí para sobrepasarse y vencerse nunca de un modo definitivo. Todo lo más que dura, poco más o menos, la victoria de uno de sus conglomerados ministeriales, es diez, vein-

1. *Les morts qui parlent,* del vizconde de Vogüé.

te o treinta meses; no es posible que dure más un gabinete republicano que debería, nada menos, subvenir a las más graves necesidades políticas y económicas de la nación. ¿Qué grande o pequeño almacén, qué insignificante tenducho de frutería o de zapatero remendón podría soportar semejante cambio continuo y sistemático de dirección? ¿Qué industria no se arruinaría si el personal director de la misma cambiará cada diez, veinte o treinta meses? [1].

Ningún ministro tiene tiempo suficiente para estudiar los servicios que tiene la obligación de dirigir. Apenas si los conoce de vista. Por lo mismo, el pobre hombre se ve obligado a dejar que los jefes de Sección cuiden de todo. De vez en cuando, impelido por algún grupo parlamentario, los atosiga con una pasión ignorante y violenta, y así se pasa de la Rutina a la Revolución sin término medio posible. Ni dirección seria, sólida, personal, ni tradición segura, y, así, nuestra administración no adelanta un paso; ya es bastante si logra evitar el ir para atrás.

Porque esta inestable dirección ministerial se ve dividida contra sí misma hasta la locura. Nada de unidad de pensamiento entre los miembros del mismo Ministerio. Ni siquiera nada de unidad de planes en el mismo ministro. Por una parte, tiene que contentar a sus amigos, y por otra, tranquilizar a los adversarios. La maniobra parlamentaria es, de consiguiente, el agobio de su política general que está totalmente subordinada a aquélla. Como la mayor parte de los ministros procede de la vergonzosa clase que vive del presupuesto, y como ésta no se sostiene más que gracias a la pandilla de sus compinches electorales, los recursos de la nación son entregados al pillaje. Los gastos inútiles y de origen electoral aumentan a diario, y los ingresos se ven reducidos por un movimiento paralelo. Defensa nacional, industria y comercio de la nación, todo es sacrificado a los menudos intereses de nuestros fabricantes de escrutinios. Si se traza un puerto, para ellos es. Para ellos se construyen las carreteras; para ellos, los ferrocarriles. Al interés general no se le reserva más que una pequeña parte. Nuestra potencia financiera se agota para satisfacción de la clientela electoral de los diputados y de los senadores influyentes, del mismo modo que nuestra potencia política se consume en asentar firmemente y en defender con obstinación la influencia de estas

1. Estos espacios de tiempo han aumentado hasta treinta y seis y cuarenta meses en los largos ministerios de Waldeck-Rousseau, Combes y Clemenceau, pero no por ello disminuyó su hilarante insuficiencia, como lo demuestra el estado de nuestros grandes servicios técnicos, la Marina, por ejemplo. (Nota de 1909.)

gentes. Impotente para el bien público, el régimen, cuando pretende ser fuerte, gasta sus recursos fiscales y sus instrumentos de defensa en establecer a sus hombres o en consolidar la anarquía que con ellos reina.

Debido a estas dilapidaciones, y asimismo por falta de una dirección competente y continuada, el comercio disminuye y la industria desciende, a pesar del aumento ficticio que la Exposición ha determinado. La agricultura no vende sus productos, o los vende mal, y el prestigio político de Francia experimenta la misma depresión que su poderío económico. Un poder sin vigor que administraba débilmente el Ejército y no se ocupaba de capitanearlo, ha dejado durante dos años enteros que fuera blanco de todos los insultos. Y, en el orden diplomático, después de meterse, no sin incoherencia, en la empresa de Fashoda, no pudo salir de ella más que a costa de nuestra común vergüenza. La alianza rusa ha dejado hasta de figurar en el vocabulario de las conversaciones de Europa [1].

Sin duda, Bismarck previó no pocos de nuestros males actuales cuando hizo todo lo que pudo para someternos al sistema republicano. Bismarck no ignoraba que la fuerza de un Estado supone la unidad de pensamiento y el espíritu de continuidad, la cohesión y la organización. Y como el régimen de la República no es otra cosa que la ausencia de una voluntad directora y de un pensamiento sostenido en la cumbre del poder, se daba perfecta cuenta de hasta qué punto tal régimen es causa de división y de perpetuo cambio en el pueblo que a él se entrega.

Ya pueden decirnos los republicanos parlamentarios, y con ellos los plebiscitarios, que este poder inestable y débil se asienta sobre una firme base. La base que ellos juzgan tan sólida es la voluntad nacional expresada por las elecciones legislativas o los plebiscitos; de ella viene, puesto que en ella reside—afirman—la autoridad gubernamental. Los mismos hombres que niegan al ciudadano el derecho de tratar las cuestiones que conoce y de dirigir los intereses que le son más inmediatos, los mismos hombres que niegan al elector municipal el derecho de cambiar de sitio una fuente o de abrir un camino sin permiso del Estado, por la más sorprendente de las ficciones constitucionales atribuyen a este mismo ciudadano, a este mismo elector, el poder absoluto para hacer una

1. Esta alianza nos condujo a una especie de acuerdo con Alemania (18 de junio de 1895, Kiel), que tuvo como resultado el *crac* de Fashoda. Por nuestra parte, con nuestro desconsiderado coqueteo con Inglaterra, contribuimos a que Rusia se extraviara por los caminos de Mukden. (Nota de 1909.)

elección sensata y emitir una opinión válida sobre las cuestiones que están más alejadas de él, las más profundas y las más espinosas de la política general. Y el elector, el ciudadano, cuya competencia en asuntos modestísimos se hacía sospechosa antes, se ve de pronto obligado a poseer las luces de las cinco clases del Instituto, puesto que tiene que elegir entre la política radical y la oportunista, entre la autoritaria y la liberal, entre socialismo y capitalismo, y ha de ejercer el derecho de orientar mediante su voto la legislación, la alta justicia, la diplomacia, la organización militar y naval del país entero.

Jamás quimera tan absurda ha sido realizada con probidad. En vez de lamentarse de ello, lo que hace falta es ver todo lo que tiene de irrealizable y darse cuenta de que, aun siendo independiente, probo e inteligente, el elector carecerá siempre de competencia sobre la mayor parte de los asuntos sometidos a su juicio. Tal incompetencia lo hace, o violento y ciego, o vacilante y versátil, y, a menudo, ambas cosas a la vez. El elector francés se pasa la vida concediendo sus votos a unos desconocidos sin más garantía que el color de los carteles en que los candidatos publican sus declaraciones respectivas. Semejante sistema estimula, excita, determina a los partidos de oposición, aun a los decentes, y con más motivo a los que no lo son, a provocar el mayor número posible de escándalos y catástrofes, de modo que den motivo al mayor número de cambios a cada renovación electoral. El interés de partido reemplaza de este modo al bien público. Y poco a poco se va descomponiendo Francia.

A todo esto, ¿en qué se convierte el Estado? En un esclavo: esclavo de las Cámaras, esclavo de los partidos parlamentarios y de las pandillas electorales, esclavo hasta de estos acontecimientos imprevistos que bajo semejante régimen desencadenan, con el pánico, mutaciones de opinión y, por consiguiente, de personal y de dirección, pero que son precisamente los que requerirían, con relación al bien público, el máximo de firmeza, de estabilidad y de posesión de sí mismo. Hay que trastrocarlo todo cuando más falta haría estabilizarlo; se destituye a Varrón en el momento preciso en que haría falta colmarlo, aun siendo incapaz y hasta indigno, de los testimonios de la confianza del Estado.

Por esta triple y cuádruple esclavitud en el interior, tiende el Estado francés a la servidumbre exterior; los otros Estados no toleran su aparente independencia más que para dejar que se hunda mejor, que degenere y se descomponga por sí mismo.

Considerando que los escritores abajo firmantes están penetra-

dos de las necesidades políticas que pueden escapar a sus conciudadanos, y que actúan como apoderados y hermanos mayores de la raza, en el pleno ejercicio de los deberes y de los derechos que las desventuras públicas les confieren;

Considerando que son conscientes de la obligación de velar y proveer a la común salvación;

Considerando que la salvación común, condición de todos los derechos, impone un esencial deber hacia la comunidad nacional;

Considerando que ésta, la patria, el Estado, no son, ni mucho menos, asociaciones nacidas de la elección personal de sus miembros, sino creaciones de la naturaleza y de la necesidad;

Considerando también que la unidad de Francia no está formada por un cierto número de individuos existentes en un momento dado y unidos por determinadas ideas o determinados gustos efímeros, sino, al contrario, por un determinado número de familias que se desenvuelven de edad en edad y tienen en común ciertos intereses permanentes: intereses del territorio que se debe defender, de la raza que hay que perpetuar, del capital económico y moral que hay que desarrollar;

Considerando que la ausencia fatal de toda autoridad permanente bajo el régimen republicano amenaza y compromete estos profundos intereses generadores de la fuerza francesa, de la voluntad, de las ideas y de los sentimientos que son propios de franceses;

El ciudadano francés confiará, en virtud de un fideicomiso solemne e irrevocable [1]*, a la rama superviviente de la familia Capeta el ejercicio de la soberanía. Mediante lo cual, se restaurará la autoridad en la cima del Estado. El Poder central se verá así libre de las emulaciones de los partidos y de las asambleas y de los caprichos electorales: recobrará el Estado su libertad de movimientos. Con responsabilidad plena, en el indivisible interés de su familia y de su pueblo, el rey, jefe del Estado, reinará y gobernará.*

1. Podrá objetársenos que este fideicomiso o abandono de derechos sería en sí mismo un acto de la voluntad popular y que con esto caemos en el mismo sistema que estamos condenando. Esta objeción de orden lógico no nos la presentará ningún lógico correcto. En efecto, una cosa es una doctrina de mitología política en virtud de la que la voluntad popular es soberana por el solo hecho de que es la voluntad popular, y otra cosa un determinado acto de esta misma voluntad ejercido por una vez y, en lugar de ser tomada como fundamento, fundada en la razón y en el interés público. Este acto determinado de la voluntad popular valdrá tanto cuanto valgan dicha razón y dicho interés: de consiguiente, será lógicamente anterior y superior a dicho acto volitivo.

su albedrío consciente, legal y responsable, y el de sus sucesores, asegurarán la unidad, la constancia y permanencia de designios, con la ayuda y colaboración de hombres competentes que formarán en los Consejos técnicos y en las asambleas locales.

Expliquemos ahora al detalle la manera de funcionar el Estado según el programa esbozado. Desaparecerá el Parlamento a la inglesa. La experiencia parlamentaria ensayada desde 1815 a 1830 y desde esta fecha a 1848 por las gentes más honorables y hasta ilustradas, fué un rotundo fracaso. Si bajo la Restauración y el Gobierno de julio hubo considerables progresos, si cabe decir que nuestro capital moral y económico se rehizo en aquellos días y que aun estamos viviendo del capital entonces amasado, la Historia nos enseña que estos progresos se realizaron *a pesar* del régimen parlamentario, gracias al espíritu político de los príncipes o a verdaderas dictaduras ministeriales (el duque de Richelieu, Villèle, Guizot): dictaduras que, por lo demás, no hubieran sido posibles fuera de la Monarquía.

El príncipe necesita tener una responsabilidad definida. Como dice Renan, "la Monarquía nos muestra una nación concentrada en un individuo, o, si se prefiere, en una familia, y alcanzando por este medio el más alto grado de la conciencia nacional, toda vez que ninguna conciencia puede valer como la que responde a un solo cerebro", cualquiera que sea, por otra parte, el valor particular del cerebro en cuestión.

Los ministros serán responsables ante el príncipe. Cada año se reunirá en París una delegación de las asambleas provinciales para votar y vigilar las finanzas comunes. París será la sede ordinaria de la Corte y el punto de reunión permanente de todos los grandes Cuerpos del Estado.

Damos este nombre a todos los Cuerpos que lo merecen: Cámaras Industriales y Comerciales, Unión de las Corporaciones, Sociedad de los Agricultores de Francia, Instituto, etc. Los Consejos del rey se reclutarán, naturalmente, entre estas elevadas Cámaras técnicas, testigos autorizados de la actividad y de la producción de Francia, sin nada de común con la cohorte de arribistas, intrigantes y charlatanes que, so pretexto de un mandato electoral, bullen en el Palacio de Borbón y en el Luxemburgo, ajena al país, separada del país y de sus intereses más valiosos, tanto como de sus más puros sentimientos.

De este modo, el país productor, el país que trabaja, estará en ininterrumpido contacto con el Poder público, y éste, convertido en un órgano especial, será dueño absoluto de su especialidad. Se po-

drá aconsejarle y esclarecerle las cuestiones, pero, en virtud del principio de la división del trabajo, no se le entorpecerá en aquella acción que le es propia. Los aludidos Consejos técnicos del trono, estas asambleas profesionales, podrían constituir más adelante los elementos de un nuevo Senado; pero, aparte de que un Senado, creación histórica, no se improvisa, acaso será más conveniente que los Consejos técnicos, expresión de las competencias particulares, se mantengan habitualmente aislados unos de otros, para que cada uno de ellos pueda ejercer plenamente su autoridad respectiva, y, cuando haga falta, se podrá reunirles en congresos o bien formar con ellos ciertas comisiones mixtas en las que el rey, en persona o a través de sus comisarios, ejerza la función de moderador, iniciador y árbitro.

En previsión de las posibles intromisiones de las asambleas locales o profesionales en detrimento de las regalías del Estado, sanciones establecidas en las leyes del reino las harán imposibles o las reprimirán con máximo rigor. Asimismo, los ciudadanos perjudicados por algún poder inferior podrán apelar al príncipe en última instancia, como a árbitro supremo y juez inapelable, cuyo papel será el dirimir, el conciliar y moderar a unos y a otros. Con todo, no se mezclará en sus asuntos más que en caso extremo y a demanda de parte, porque su atención estará solicitada por preocupaciones más importantes.

En resumen: el Estado, representado por el poder real en toda cuestión de política general que, por su altura y complejidad, escapa al análisis y a la competencia de los particulares, quedará restablecido en sus derechos naturales y racionales, que son la independencia y la autoridad. Tanto más gustoso se las reconocerá el ciudadano, cuanto que, incapaz de ejercer por sí mismo los necesarios poderes, es el primer perjudicado, tanto en su fortuna, como en su dignidad, por la carencia de protección y de dirección nacional. El Estado tendrá consejeros, pero no tendrá más que un solo señor.

De este modo se conciliarán en el nuevo reino de Francia, conforme a sus tradiciones nacionales, la autoridad y la libertad, necesarias ambas en el mismo grado.

COMPARACIÓN DE LOS DOS REGÍMENES, MONÁRQUICO Y REPUBLICANO

Tenemos un gobierno republicano y una administración monárquica, y el bien público exige que este disparatado orden de cosas termine.

La administración debe ser republicana, puesto que su oficio es servir al público; el gobierno debe ser monárquico, puesto que su misión es gobernar. Porque lo que importa a la vida de los administrados es la libertad, y lo que importa a la vida política de una nación es la autoridad, base del espíritu de continuidad y de la responsabilidad y la decisión.

La autoridad, arriba; las libertades, abajo; he aquí la fórmula de una constitución monárquica.

La absurda República una e indivisible dejará de alimentar a los diez mil tiranuelos invisibles e intangibles, pero millares de pequeñas repúblicas de toda clase, repúblicas domésticas, *como la familia, repúblicas* locales, *como los municipios y las provincias, repúblicas* morales y profesionales, *como las asociaciones, se administrarán libremente, garantizadas, coordinadas y dirigidas en su conjunto por un poder único y permanente, es decir, personal y hereditario y, por lo tanto, eficaz y sabio, interesado en la conservación y en el ilimitado desenvolvimiento del Estado.*

Hay que tener en cuenta que este Estado, tan fuerte en su privativa función gubernamental, apenas tendrá fuerza para intentar la menor cosa contra el ciudadano. Porque, así como el ciudadano de la República Francesa se halla reducido a sus propias fuerzas individuales para luchar con el enorme mecanismo del Estado, el ciudadano del nuevo Reino de Francia, encuadrado en una multiplicidad de comunidades fuertes y libres (su familia, su municipio, su provincia, su corporación, etc.), se verá defendido por la fuerza de cualquiera de ellas, igualmente empeñadas en salvarlo de toda injustificada arbitrariedad.

Las garantías del ciudadano en el Estado republicano son absolutamente teóricas, pero en cambio derivan de una teoría (*los derechos del hombre*) que lleva al desconocimiento de los derechos del Estado: en la práctica, resulta que se desvanecen por completo. Respetuosa, por el contrario, de los derechos del Estado, la teoría monárquica confiere al ciudadano unas garantías prácticas, garantías de hecho; éstas no son inviolables teóricamente, pero prácticamente resultan dificilísimas de violar.

La libertad es un derecho bajo la República, pero es sólo un derecho: en cambio, bajo la Monarquía nacional las libertades serán un hecho cierto, real y tangible.

CONSECUENCIA: LA POLÍTICA MONÁRQUICA

La autoridad real así superpuesta a las libertades cívicas garantizará necesariamente un mayor bienestar privado y una mayor fuerza nacional.

Examinemos ahora cómo cabrá arreglar las tres cuestiones más espinosas de la política francesa.

1.º LA CUESTIÓN RELIGIOSA.—Con la libertad de asociaciones y el renacimiento de los grandes Cuerpos, compañías y comunidades autónomos, se tenderá necesariamente a la supresión del presupuesto de culto y del de las Universidades. La Universidad y el Culto deben bastarse por sí mismos a sus propias necesidades.

El Catolicismo, religión tradicional de Francia, recobrará todos los honores a que tiene derecho. Sólo un gobierno de ignorantes y energúmenos podía regateárselos y eliminar, por ejemplo, de la Sorbona de Luis IX y de Gerson la enseñanza de la Teología. Este régimen de pequeñeces concluirá, pero es indiscutible que sobre el territorio francés reinará la más completa libertad intelectual. Lejos de perturbar la obra de investigación científica y filosófica, es menester que el Estado secunde y facilite su desenvolvimiento mediante ayudas y distinciones concedidas a cuantos hombres sobresalgan en ella. Por lo demás no puede haber conflicto entre los espíritus religiosos y los espíritus científicos en el terreno firme de la organización y la dirección de las sociedades. La política católica excluye la ideología revolucionaria, que horroriza a los positivistas, y, por lo que hace a la política positivista, son evidentes sus simpatías y afinidades con el Catolicismo. El Estado no tendrá más que practicar el deber para consigo mismo de no favorecer ni subvencionar, tal como ha hecho la inimitable República actual, teorías que tienen por fin próximo o como objeto inmediato la ruina del Estado; de consiguiente, la anarquía política y sus teorizantes serán estrechamente vigilados, y, si hay alguna confesión religiosa que tienda a esta anarquía, se la someterá a una vigilancia que es de derecho natural. Lo mismo ocurriría con las Confesiones que tendieran a perjudicar el interés nacional en provecho del extranjero.

2.º CUESTIÓN MILITAR.—El Rey de Francia, único con autoridad para emprender semejante reforma, formará un Ejército profesional, signo viviente de su fuerza y de nuestra unidad, tan numeroso y adiestrado como sea posible. El resto de los contingentes nacionales sería sometido a seis u ocho meses de ejercicio, con llamamiento de un mes cada dos años [1]. El principio de la división del trabajo rechaza el sistema de la nación armada, fundado, en teoría, en un grave error histórico (los voluntarios de 1792) y realizado, en la práctica, mediante una detestable falsificación del sistema alemán.

3.º CUESTIÓN ECONÓMICA.—Se perseguirá la usura.

Condenando toda hipócrita filantropía, se defenderá al pueblo trabajador de los agiotistas lo mismo que de los agitadores y los demagogos. Los abusos del capitalismo, que son el pretexto de la agitación revolucionaria, serán estrechamente vigilados. Se protegerá a la industria nacional y al trabajo nacional contra el trabajo y la industria del extranjero y asimismo contra los especuladores cosmopolitas establecidos entre nosotros. Un pueblo sano y fuerte elimina por sí mismo estos parásitos. "La buena política" le saneará la Hacienda. La administración, arrancada por fin al dominio revolucionario del Parlamento y a la somnolente rutina de la burocracia, podrá convertirse en un buen auxiliar de la actividad pública.

Responsable de la administración ante la Corona, cada ministro tendrá buen cuidado de introducir en ella las reformas anheladas por el pueblo. Se formará una política financiera por el estilo de la policía política, no para entorpecer las transacciones, sino para evitar a los ciudadanos esas súbitas ruinas cuyas consecuencias sufre el país entero. La propiedad será defendida y estimulada en todas sus formas, desde la simple libreta de la Caja de Ahorros, órgano elemental de la defensa personal, hasta la propiedad territorial, que constituye la base física de la patria.

CONCLUSIÓN

Por más que se diga, esta esperanza de un renacimiento francés no tiene nada de quimérico, porque, si bien es cierto que la vitalidad del país está amenazada, no parece, por fortuna, que esté demasiado gravemente debilitada. Moral, física y financieramente, somos muy ricos aún, pero se derrochan nuestras riquezas y se administran mal. Quien cure las dos llagas políticas que se nos han

1. ¿Hará falta repetir que, en asunto tan delicado, la voluntad de dictador y rey se ejercerá con más independencia aún que en los otros? Nos limitamos a indicar el principio. En República, los intereses del Estado y los del Ejército son divergentes y rivales. En Monarquía, convergen y se alían; el Estado puede, en ella, preocuparse de poseer un Ejército más sólido y de mejor calidad, al tiempo que aligera el peso económico y social del militarismo.

abierto desde hace cien años, *anarquismo administrativo, anarquismo de Estado, el Estado sin dueño, la Administración dueña de todo*, curará la causa de nuestras miserias. Somos monárquicos porque entendemos que sólo la Monarquía es capaz de realizar esta cura de urgencia.

Un Parlamento nacido de la elección, depende también de la elección; de consiguiente, no puede conferir al Estado ni autoridad ni independencia. Y un jefe de Estado que lo sea en virtud de plebiscito se encuentra en condiciones idénticas a las de un Parlamento. Si su nombramiento es temporal ¡qué prima se ofrece a las mayores agitaciones electorales! ¡Y qué perturbación periódica en el Estado! El presidente de los Estados Unidos, en América, no se atreve, ni aun en coyunturas de la mayor gravedad, a tomar una sola decisión, a cortar una discusión importante ni dar una orden precisa, si está próxima la fecha de la elección presidencial, porque teme, al aventurar una opinión cualquiera, enajenarse las simpatías de un grupo de electores. Si el nombramiento es vitalicio, ¡qué prima se ofrece al asesinato y, en todo caso, qué revolución, qué agitación, qué transportes de fiebre malsana se preparan para el momento de sucederle! Este régimen fué el que perdió a la desventurada Polonia, porque, en vez de reducir y circunscribir la emulación gubernamental a una clase, a una casta, a una familia, la extiende al país entero.

Además, el tal dictador no es responsable más que para un tiempo: como máximo, el de la duración de su vida. En estas condiciones, si evita los errores y las imprudencias de un orden demasiado directo e inmediato, nada le impide comprometer, gravar y sacrificar el porvenir del país; esto es propio de la dictadura personal; he aquí por qué nosotros pedimos el poder soberano, no para un hombre, no para un pueblo, sino para una familia, representante de este pueblo y ella a su vez representada por un hombre.

Esperamos que no se nos responderá con sornas sobre el azar del nacimiento. ¡Como si la elección no tuviera también sus azares! ¡Como si éstos no fueran peores que los primeros! Se educa a un delfín para el Trono, pero a nadie se le educa como candidato a la presidencia de la República. Por lo demás, ¿cuándo en algún país, ni siquiera en las tribus más salvajes, el azar natural de la herencia ha elevado al Trono una sucesión de mediocridades comparables a la serie Carnot-Périer, Faure-Loubet? Este cuádruple vacío fué elevado al sillón presidencial por la *elección* de dos asambleas reunidas en solemne congreso.

El sistema de la herencia monárquica supone, conforme a un sentimiento natural de previsión doméstica (que puede fallar una vez, pero que de diez veces se da en nueve), que el jefe del Estado no comprometerá fácilmente el porvenir de su dinastía y que hará todos sus cálculos con prudencia y reflexión. Estas virtudes verdaderamente paternales, propias de un jefe de familia, distinguieron precisamente a la Casa de los Capetos en su obra de constitución de Francia. De un reinado a otro, los príncipes de aquélla se aplicaron no a ganar demasiado en una sola empresa, por temor a perder demasiado después, como ha sucedido luego a partir de Napoleón. Pero, a diferencia de Napoleón I y de Napoleón III, que dejaron una Francia—ambos—más pequeña de lo que la habían encontrado, los descendientes de Hugo Capeto todos trasmitieron su patrimonio tal como lo habían recibido de sus antecesores o aumentado con alguna provincia.

Por consiguiente, si para evitarnos inútiles y peligrosas luchas electorales, para prevenir la periódica repetición de agitaciones y, en fin, para tener paz, conviene confiar el poder a una familia, es evidente que este honor debe recaer en la más antigua y más ilustre de las familias francesas. Ni la familia Bonaparte, por *glorioso* que haya sido su papel histórico, ni ninguna otra Casa francesa, cualesquiera que sean los servicios que haya hecho a la nación, ofrece garantías comparables a las de la raza de los Capetos que no tiene otra superior en antigüedad a ella en Europa y que es nuestra. Mucho más aún: *es nosotros mismos*. Su historia es la nuestra. El haz de nuestra tierra tiene estampado en todas partes su nombre y su recuerdo. Lo mismo que Iván el Grande fué llamado el unificador de la tierra rusa, esta dinastía puede ser calificada de unificadora de la tierra francesa. Sin ella, Francia no existiría. Esto es una rigorosa verdad indiscutible.

El recuerdo de Roma hizo la unidad italiana. La realidad de la raza y de la lengua germánicas, unida a las tradiciones de Carlomagno y del Sacro Romano Imperio, ha hecho la unidad alemana. La unidad británica es producto de la condición insular. Pero la unidad francesa, obra de política, de la más hábil, paciente y firme política autoritaria, es fruto, y fruto exclusivo, de un pensamiento sostenido durante mil años por la Casa de Francia. Esta unidad, que hoy nos parece tan sólida, espontánea y natural, es obra de nuestros príncipes. La naturaleza habíase limitado a hacerla posible, pero no necesaria ni fatal: los príncipes la formaron y labraron como un artista da su rasgo personal a la materia en que trabaja.

¡Dinastía verdaderamente *terrícola* y *campesina,* puesto que ha redondeado sus *tierras* y articulado nuestro *país,* pero de la que no

puede decirse exactamente si es la audacia o la prudencia lo que mejor la caracteriza!

La política de los Hohenzollern, tan fatal para Francia, pero tan provechosa para el pueblo alemán, no es más que un buen calco y un plagio meditado de la política de los Capetos.

Aunque salida de una comarca del país, esta dinastía popular y militar fué extendiéndose poco a poco hasta los confines de las antiguas Galias y su tradición se fundió con todas nuestras tradiciones. Las libertades que nos han arrebatado cien años de cesarismo y de anarquía son las que nuestros padres conquistaron antaño bajo el cetro de los Capetos y que éstos reconocían en su solemne consagración. La Monarquía y las libertades murieron a la vez. Todo hace prever que han de renacer juntas.

Hay una Francia *ideal*—dicen en su estropajoso lenguaje los retóricos de origen inglés, alemán y helvético que mangonean la iglesia republicana—. Nosotros nos sentimos ciudadanos de una Francia *real*. Y entendemos por Francia una realidad más querida y más hermosa que todo, y no un concepto nebuloso. *Pulcherrima rerum*, como decía el romano de su propia patria: comprendemos con este nombre el territorio y sus variedades, la sangre y sus ricos matices, las tradiciones, los intereses y los sentimientos. Pensamos en las casas, en los altares, en las tumbas en que yacen santos despojos. Esta Francia real, siendo como es, y necesitando de la Monarquía, postula, por definición, habiendo sido lo que ha sido, la Monarquía del jefe de la Casa de Francia. Siendo éste quien es, se adecua perfectamente a sus conveniencias y necesidades. El pueblo está próximo a sentirlo. ¡Ojalá los espíritus cultivados reconozcan esta natural relación entre una gran nación y una larga dinastía de príncipes, comprendiendo al fin la fórmula de nuestro porvenir nacional: "Lo que nuestros antepasados hicieron por costumbre y por sentimiento, prosigámoslo nosotros mismos, *con la seguridad y la precisión científicas*, por convencimiento y por voluntad.

UNA

CAMPAÑA MONÁRQUICA

EN "LE FIGARO"

1901-1902

PROLOGO DE 1911

A MAURICE PUJO

HE aquí algunos artículos que cuentan ya diez años de vida y que representan la primera salida de nuestra doctrina al campo de palestra. Hasta el mes de agosto de 1901, no la habíamos expuesto más que en círculos puramente nacionalistas, entre los fieles monárquicos de la *Gazzete de France* o ante el público liberal de *Le Soleil.* Pero nuestro maestro y amigo Paul Bourget tomó un día de la mano a *L'Action Française* y la llevó al *Figaro.*

Le Figaro acababa de librarse, por una especie de golpe de Estado, de los fautores de la conspiración dreyfusista. Interesábale, pues, el tratar de reconsquistar una parte de su primitiva clientela, y no nos interesaba menos a nosotros el entrar en contacto con una parte del público francés que confina con el mundo oficial. La marcha de M. Fernand de Rodays, a quien sucedió M. Antonin Périvier, no había alejado a los lectores ministeriales y hasta ministros. El colaborador monárquico de *Le Figaro* estaba seguro de tener entre su público regular al presidente Loubet, al presidente Fallières, al presidente Brisson, al presidente Waldeck-Rousseau; le era dado, pues, imaginarse la cara que pondrían estos caballeros oyendo exponer "la educación de Monk", o los beneficios de "la Casa de Francia", o "la dimisión del pueblo soberano". Un cúmulo de circunstancias propicias permitía desarrollar, como al margen de la información diaria, los puntos más diversos de nuestro pensamiento, y procuré hacerlo lo mejor que pude.

Supe de buena tinta que el Elíseo y el Quay d'Orsay encontraron muy bien las razones aducidas por nosotros para

justificar la acusación del almirante Caillard como violador de la Constitución y de las leyes de la República. El Elíseo y el Quay d'Orsay no eran muy descontentadizos, por lo visto. Menos preocupado que los grandes por el cuidado del gesto, más libre de movimientos, M. Arthur Ranc, que estaba entonces en la flor de su espinosa vejez, me hacía el honor de espumear de rabia a cada artículo mío y voceaba que *El Fígaro* era un traidor. Daba gusto ver al causante principal de todo este zipizape: nunca ha aparecido más alegre M. Paul Bourget.

Este estado de cosas duró tanto como la dirección Périvier: algo menos de seis meses. En enero de 1902 los nuevos directores, apenas llegados, nos notificaron que la campaña monárquica del *Figaro* había terminado. Dirigí entonces una carta a M. Gastón Calmette para darle las gracias por el involuntario homenaje que rendía a la fuerza de nuestras ideas.

M. Calmette, que no oculta su celo bonapartista, probaba su clarividencia dándose cuenta de la necesidad política de ahogar en un profundo silencio a *L'Action Française* y de cubrirla con un manto de espesas tinieblas. Pero nunca las tinieblas privaron a un grano vivaz de germinar: fermenta y opera en secreto, esto es todo. Como nos faltaba un gran periódico de la mañana que acogiera nuestras opiniones, hemos acabado por fundar el órgano que necesitábamos. Como nos faltaba un público ya formado y favorable, hemos ido modelando, uniendo y creando este público a base de ciudadanos dispersos. Y, en fin, como no lográbamos que nos escucharan el aturdimiento, la presunción y las vanas preocupaciones propias de los franceses que estaban en su juventud o en su madurez cuando nuestra juventud declinaba, nos hemos dirigido a la Francia futura que espigaba en los bancos de las escuelas y de los Liceos. Las generaciones de 1908-1911 respondieron manifestando el vigor de la humilde simiente que les habíamos confiado.

Querido Maurice Pujo: haría falta su voz y su lenguaje para añadir a mi homenaje público la acción de gracias que a nuestros jóvenes amigos debemos. Sólo usted, su jefe, su guía, su modelo, sabe hablarles como es debido. Yo me contentaré con repetir con usted que nunca unas ideas puras han encarnado tan directamente en unos actos más puros aún. El despertar de Alemania y el de Italia en los albores y a mediados del siglo pasado palidecerán en parangón con este despertar de Francia, en que el corazón ha respondido tan bien a las luces de la mente. Desde ahora, la verdad política une a la inmensa mayoría de los antepasados muertos, la raza que crece y las razas que nacerán. No puedo menos de admirar el ardiente catolicismo que sostiene el ánimo de la mayor parte de los juveniles jefes que conducen al combate a un ejército de jóvenes héroes. Como sus padres, han sabido conjugar fuertemente su fe religiosa con el servicio del rey. Los antiguos sentimientos, disociados durante mucho tiempo, vuelven a unirse por todas partes.

Ni la amistad ni la admiración me deslumbran; no digo más que lo que veo... Caminamos, como el poeta, *en medio de los jardines de la "Vieja Esperanza"*. Y es, en efecto, una vieja esperanza lo que se está cumpliendo. Es nuestra espera de ayer, que la reflexión iluminó, colmada por los acontecimientos.

CH. M.

INTRODUCCION



LA DIOSA FRANCIA

26 agosto de 1901.

No comprendo por qué el pensamiento monárquico tenía que ser arrojado del *Figaro* que había vuelto a su tradición. El *Figaro* tenía la obsesión de decirlo todo, de que todo se dijera en sus páginas. Hay periódicos que son una severa escuela y cuya vida la constituye una doctrina. Otros no vienen a ser más que un salón al que conviene llevar una figura a la moda y en el que se debe poder saludar toda novedad que surge. Otros, en fin, son, mejor o peor, como unas iglesias, unos templos en los que se respiran nubes de teología y de incienso. En el caso a que nos referimos, se trataba, más que de nada, de una sala de espectáculos y conferencias; quien quisiera hacerlo, tocaba allí el instrumento que quisiera y hablaba como quería. Lo único prohibido era el ser insignificante, y lo requerido, que se fuese nuevo. Y un monárquico tiene algunas noticias bastante frescas que contar a sus oyentes.

I.—Antaño, todavía ayer, a los partidarios de la Corona se les solía decir: "—¡Ah, caballero, qué hermoso ejemplo el de usted! Usted encarna la belleza moral. Su fidelidad a la causa vencida es de una elegancia sublime. Se ha envuelto usted en un manto de púrpura y se ha enterrado usted con la Monarquía; ha preferido usted esta hermosa muerte sin mancha a las satisfacciones de la vida grosera. ¡Qué hermoso ejemplo, caballero! Pero ¿está libre de todo reproche un ejemplo tan hermoso? Tenía usted el derecho de renunciar a su propia vida, pero no el de no contribuir a hacer que viviese el país,

que tiene necesidad de usted. Desterrados o muertos sus príncipes, uno de ellos le dictó a usted su deber: —*¡Quedaba Francia, caballero!*— Su lealtad, que tanto le honra, hace de usted un emigrado en el interior. ¡Por favor, reincorpórese usted! Hágase usted republicano como todo el mundo. No consienta usted que la revolución y el extranjero hagan la perdición de la Patria."

He aquí la cantinela que el teatro, la prensa y la tribuna han estado entonando durante tres cuartos de siglo. A menudo respetuosa, algunas veces burlona, siempre halagadora.

Algunos monárquicos se dejaron conquistar. De tiempo en tiempo, han ido dando el salto. Los más sinceros se decían: "lo hago por Francia".

Los otros, los que codiciaban alguna embajada o algún mando, no se hubieran atrevido a hacer su cambio de camisa invocando como pretexto el patriotismo: el Papa, que bendice tantos y tantos objetos, bendijo también éste, y el número de los republicanos blasonados aumentó un poco.

II.—No nos sorprendamos de que la idea de Patria haya tenido fuerza suficiente para arrancar de sus tradiciones y separar de sus raíces algunas de las más viejas familias del pasado, porque esta idea es la fuerza mayor del mundo moderno. No hay duda de que en Francia, desde hace tres o cuatro años, las desgracias públicas han tenido que afinar las delicadezas del patriotismo, a pesar de lo cual, quienes tienen ojos para ver se dan cuenta de que, fuera de Francia, y hasta en América, nuestro débil nacionalismo se queda muy atrás. Nuestros rivales están ya con el imperialismo.

En efecto, el progreso de las ciencias no nos ha traído la paz, sino la guerra, lo que era de prever. El valor del mundo crece: como sus trozos mejores han aumentado también de precio, se ven y se verán disputados mucho más ásperamente que antaño. Todo el mundo se da cuenta de los profundos intereses comunes que representa cada patria.

—O seremos felices juntos, o padeceremos juntos.— Este es el fundamento positivo del patriotismo moderno.

III.—Antaño, el Imperio romano unía todas las patrias en su profunda paz, o la Cristiandad de la Edad Media agrupaba las diversas lenguas y las nacionalidades enemigas. El anjovino que pasaba del espectro anglonormando a la Corona capeta, el toscano zarandeado entre municipios güelfos y gibelinos, sabían que eran miembros de una asociación superior y más vasta, capaz de salvarle. La Humanidad tenía entonces como garantía la Cristiandad.

Pero, desde que la Reforma ha escindido en dos a Europa, la Cristiandad ha dejado de existir. ¿A qué ha quedado reducido el género humano para cada hombre? A su patria. No hay más allá. Ella forma el último círculo político sólido que, envolviendo a los otros (familia, municipio, provincia), no está encerrado dentro de ninguno más. Los socialistas, que son unos grandes bromistas, pero, en el fondo, unos entusiastas retardatarios, cantan, a pesar de esto, que "mañana la Internacional será el género humano".

En realidad, la Internacional ya existe. Pero existe en función de las naciones. No tiene nada de lo que tenían los fascios romanos y la Iglesia: ni existencia propia, ni independencia, ni soberanía. Fijaos en las relaciones científicas, literarias o mercantiles de los pueblos, en sus tratados de arbitraje y sus convenciones postales; no valen, si bien se les analiza, más que lo que valga el pueblo que los sostiene.

La nación en decadencia ve decaer con ella su consideración internacional. Si su decadencia se acentúa, aquélla desaparece. Cuando se llega al último grado de la existencia política, ni la propiedad ni las personas están seguras: los desiertos de Armenia y el Transvaal os probarán que el hombre moderno, sin una patria fuerte, vuelve a caer en la barbarie.

IV.—Cuando se comprende esto, la necesidad patriótica se hace la más apremiante de todas y el patriotismo tiende a convertirse en una especie de religión. Catedral común a los ciudadanos de fe distinta, oratorio privado de quienes no frecuentan ningún otro.

Si los hijos de los cruzados son unos patriotas ardientes, los hijos de Voltaire no les van a la zaga en esto. La historia se repite siempre. Los ateos del siglo IV invocaban a la diosa Roma, genio de su Imperio, alma del universo romano. Andrés Chenier, que se complacía en su ateísmo, pensó también en deificar su patria. Entre sus papeles se han encontrado trozos de un diálogo lírico sobre la libertad, en el que un coro canta:

Sobre tu frente radiante
esplende un noble porvenir
de gloria y de opulencia;
¡salud, oh diosa Francia!

Para unos cerebros naturalistas, pero deseosos de poner en orden sus pensamientos, una diosa Francia no presenta ninguna de las dificultades que hallan en otras fórmulas. Es idea que satisface la razón, puesto que, representando a la Patria, hállase incluída—como diría Sófocles—entre las grandes leyes del mundo. Con todo, esta divinidad tan racional no tiene nada de abstracta. A Francia se la ve y se la toca; tiene un cuerpo y un alma: su historia, sus artes, su encantadora naturaleza, el coro magnánimo de sus héroes. Pero como la diosa está sujeta a la muerte, reclama nuestra asistencia filial. Y participa de la majestad eterna, porque su vida sobrehumana puede, a pesar de todo, prolongarse hasta lo infinito, cosa que, en algún modo, depende de nosotros. Está por encima de nosotros y al mismo tiempo nos es deudora: madre e hija de nuestros destinos.

V.—Acaso parezca, a primera vista, que nos estamos alejando de los monárquicos, pero no nos hemos movido de su lado. Nos encontramos entre aquellos a quienes la diosa Francia ha guiado hacia el monarquismo. Ninguno de ellos había nacido monárquico. El más joven de todos nació en un piso parisiense que su padre ponía a la disposición de M. Pelletan para dar conferencias republicanas. El más viejo es sobrino nieto de un convencional regicida y recibió por esta línea indirecta el espíritu de la revolución. Otro tercero, suscritor desde la cuna del *Radical* y del *Rappel,* fué arrullado con la vieja canción de M. Vacquerie; aunque de estirpe católica, sus padres no hicieron bautizar a sus hijos. Otro, salido de una familia de "blancos" del Mediodía, se hizo socialista en la Universidad... Entre unos espíritus tan dispares, sólo podía haber un ligamen común: el culto de la Patria.

Pero los unía también el uso de un común método científico y crítico al que debían claridad en las ideas. No se rendían más que a la evidencia, pero se rendían a ella de verdad. Hubiéranse adherido al bonapartismo o al colectivismo si se

les hubiera demostrado que el colectivismo o el Imperio eran cosa de interés nacional o de salud pública.

Dado que hace falta que Francia sea fuerte, ¿en dónde encontraremos los elementos reales y prácticos de la fuerza de la patria?, se preguntaban.

—¿No bastaría con derribar el Ministerio?

—Sí—les decía M. Lemaître.

—No—les contestaban el análisis y la reflexión.

—¿Ni con votar unas leyes sociales?

—Sí—afirmaban los demócratas cristianos.

El análisis y la reflexión contestaban otra vez que no.

—¿Con descentralizar?

—Sí—decía M. de Marcère.

—No—decía la otra voz.

—¿Con destruir o reducir el parlamentarismo?

—Sí—decía M. Déroulède.

—No y no.

Había, o que ir más lejos, o que ser infieles a los compromisos adquiridos con la idea de Patria, o bien faltar a las reglas fundamentales del raciocinio. Preciso era ir más allá.

En el sentido literal de la expresión, no pudimos pararnos hasta haber reconocido que Francia, como antaño la república de Polonia, era roída por un mal *constitucional;* que este mal se llamaba régimen electivo; que la elección somete a un país a tres soberanías anónimas e irresponsables: la Administración, la Opinión y el Dinero; que el Estado político debía estar por encima del Dinero, de la Administración y de la Opinión; en una palabra, que la elección debía sustituirse con la herencia.

No hubiéramos llegado a esta conclusión si hubiésemos empezado por empobrecer y mutilar la idea de Francia.

—Sea; Francia—dice M. Ranc—, *pero* la Francia de la Revolución y de la Justicia.

—Francia—dice M. Déroulède—, *pero* la Francia de los franceses de hoy, la Francia que éstos quieren o sueñan, la Francia de las corazonadas y de los plebiscitos.

—Francia—dicen algunos ultramontanos—, *pero* la hija pri-

mogénita de la Iglesia, la tesorera de la Santa Sede, el soldado de Cristo [1].

En la religión de la diosa Francia, estos "Francia, *pero*" carecían de sentido. Decíamos *Francia,* sin condiciones ni determinaciones arbitrarias. Poníamos la salud pública por encima de todo.

VI.—Una vez así afirmado el nacionalismo integral, derívase de él, como consecuencia matemática, que necesitamos un rey, que este rey debe ser de la Casa de Francia y el Jefe de esta Casa.

El procedimiento matemático, del que, por lo demás, sólo indico los resultados, escandalizó a los polemistas radicales. "¡Vamos! ¡Probar por $a + b$ una cosa política!" En política, estos caballeros no consultan ni la ciencia ni la razón. Ni siquiera recurren a la echadora de cartas: no consultan más que la voluntad de la mayoría. Otros chillaron ásperamente: "Son ustedes unos teorizantes." El gran Estado Mayor alemán no hacía más que teorizar antes de Sadowa.

Nuestros teorizantes distinguen dos cosas en la realidad que nos circunda. Por una parte, que el peligro público no puede hacer más que aumentar. Como no perdieron nunca la cabeza en el transcurso de la última crisis, no se dejan engañar porque haya ahora un orden aparente. También Polonia conoció sus bonanzas. Pactó alianzas hasta con Rusia, pero ello no fué obstáculo a que el régimen electivo diera todos sus frutos. Lo mismo ocurrirá con nosotros. Pero, por otra parte, a consecuencia de circunstancias europeas y hasta planetarias, el anhelo de salvación crecerá a cada nuevo peligro: de consiguiente, la verdad y la necesidad de la Monarquía acabarán

1. Advertimos a las buenas almas que se sientan tentadas de escandalizarse, que, en un artículo de la misma serie de *Le Figaro* (*Contra el cisma*), el autor indicará por qué razones el nacionalismo integral debe adoptar, a falta de fe católica, una ardiente amistad, un apasionado respeto, para el Catolicismo. (*Nota de setiembre de 1902.*) Por lo demás, todo lo que precede y mucho de lo que sigue proporcionará excelentes pretextos a los espíritus incapaces de distinguir un método de una doctrina, un procedimiento de dialéctica empírica de una afirmación pura. Indicaremos, no obstante, la diferencia: estamos explicando cómo hemos procedido nosotros, pero no pretendemos enseñar cómo debe procederse. Nuestra historia representa un ejemplo, pero no todo ejemplo es una regla (*1911*).

haciéndose patentes a los mejores. La Inteligencia, como dicen en San Petersburgo, es decir, el partido de la inteligencia, se pasará entero a las filas del patriotismo, pero ningún intelectual habituado a apreciar y a clasificar las relaciones de las cosas podrá convertirse al patriotismo sin convertirse al propio tiempo a la Causa monárquica. Y la suerte de Francia hará el resto.

VII.—De este modo, la religión del patriotismo, que desarticuló el mundo monárquico en su ala derecha, lo rehace en la izquierda más fuertemente con elementos inesperados. Me interesa decir que muchos de los antiguos monárquicos, al ver esto, han recobrado la confianza y el ánimo. Hasta se cita el caso de "reconocementeros" que se vuelven atrás. Y ya es un resultado.

I

LA ACOGIDA

4 de setiembre de 1901.

—Muy bien dicho, señores—contestaré a los numerosos publicistas republicanos que me han dado el gusto de comentar, si no de discutir, la primera "Nota de un monárquico".

I.—El *Gaulois* y la *Aurore* me envían a la Academia. *Le Temps* quiere que le explique lo que es la naturaleza o me conmina a poner una mayúscula en esta palabra. En fin, M. Paul Brousse, en *La Petite République* socialista, se empeña en seguir la marcha de mis ecuaciones.

Puesto que tiene prisa, M. Brousse hallará las fórmulas de que está sediento en los dos fascículos de la *Encuesta sobre la Monarquía,* insertos el año pasado en la *Gazette de France.* Allí podrá ver que la observación y la experiencia han sido el punto de partida de nuestros cálculos más abstractos. Si trescientas columnas de discusión no bastan para hartar a M. Paul Brousse, le enviaré una colección de *L'Action Française.* Sus dos mil páginas contienen cosas buenas y excelentes, tesis de nacionalismo ordinario y de nacionalismo integral.

Alguien hay que ha leído todo esto, pero a quien no servirá de nada, y es M. Arthur Ranc. Todos los republicanos pueden ser "monarquizados", pero desespero de este. No acepta la discusión. Si las leyes de la naturaleza y las leyes del espíritu humano constituye un peligro para su república, M. Arthur Ranc pedirá que sean anuladas y volverá a presentarse senador, si hace falta, para defender la urgencia de su proposición.

Pero he de dar las gracias a M. Ranc y he de reñirle un poco. M. Ranc me hace un honor que no merezco cuando me atribuye una escuela y unos discípulos. Comoquiera que sea, él lo ha dicho. Los periódicos oficiosos de la República pueden ocultarlo cuanto quieran, pero no pueden negar lo que M. Ranc asegura: los jóvenes "intelectuales del nacionalismo" vienen o tienden casi todos al monarquismo [1]. Y una vez más he de hacer presente que vienen a él por reflexión y por patriotismo, por religión de la ciencia y por religión de Francia.

II.—Se me pregunta con acento de aguda curiosidad:

—¿Cómo ha recibido el partido monárquico a esos republicanos de nacimiento, a esos jóvenes salidos de familias bonapartistas, convertidos al monarquismo, pero que siguen siendo positivistas?

III.—Antes de contestar a esta pregunta me importa decir que responde a pura curiosidad. Un ciudadano francés que se hace monárquico no tiene por qué preguntarse cómo le recibirán. Treinta y un años de república y cincuenta y tres de anarquía han hecho creer a las gentes que aspirar a un régimen equivale a hacerse miembro de un partido. Y ¿cómo se portan los partidos? Todos ellos dicen a sus adeptos: —*Sed de los nuestros para consquistar el Poder y luego nos repartiremos las ganancias.*—Un monárquico habla muy de otra manera. No pide el Poder para él, monárquico, ni para los otros monárquicos; lo pide para el Rey.

1. En un reciente artículo del *Figaro* (del *Figaro* de 1902), sobre una "escuela monárquica", a propósito del último libro de Montesquiou, *La Raison d'Etat,* M. J. Paul-Boncour (ministro del Trabajo en 1911) dice que hemos conquistado la adhesión de cierto número de "jóvenes monárquicos". Hay en esto una equivocación que debe ser rectificada: son jóvenes republicanos nacionalistas los que se han hecho monárquicos a nuestro modo. El mismo Léon de Montesquiou, en 1899, 1900 y 1901 se creía todavía republicano (Nota de setiembre de 1902.)

Un monárquico entiende que debe arrancarse el poder a los partidos y dice: —"Acabemos con las emulaciones de los partidos", y añade: —"Como no hay medio de hacer que terminen, substituyamos el poder electivo con el poder hereditario."

(Notemos aquí un hecho curioso. Sólo un sentimiento, uno solo, es unánime en Francia, y es el deseo de librarse de los políticos, es la repugnancia, la fatiga de esos partidos rivales que convierten el bien público, según la frase de Montesquieu, es un verdadero "despojo". ¡Pues bien! El monarquismo, al que todos acusan de ser retardatario, quimérico, es la única opinión, la única doctrina que recoge este instinto general del país.)

Como monárquico, no me siento de ningún partido. Digo a todos que vayan al Rey, pero no digo a nadie que se venga conmigo.

Desde el punto de vista del horizonte nacional en el que me han colocado mis sentimientos, mi carácter y mi origen —con mis ideas religiosas, mis ideas políticas, económicas y financieras—, digo a los demás ciudadanos, cualquiera que sea el lugar en que se encuentren y cualesquiera que sean las ideas que profesen: —Por Francia, que acaso es nuestro único pensamiento común, ved si no será lo mejor que vengáis a donde voy yo...

Es el *b* — *a* = *ba* del sistema.

IV.—A falta de un partido, hay un mundo monárquico.

Como el genio sociable de nuestra raza quiere que las personas de la misma opinión se traten entre sí, los nuevos monárquicos tenían que ponerse en relación con los antiguos. Y, cosa curiosa: estos apóstatas de la iglesia republicana fueron mejor recibidos cuanto más puro era el medio monárquico en que penetraban. En el centro derecha, han encontrado unos amigos perfectos. La derecha les ha mostrado un verdadero interés. Pero era la extrema derecha quien debía proporcionarles el más delicado de los placeres: el de ser comprendidos sin ninguna vacilación. Muchas veces me he divertido con el mismo espectáculo: un nieto de jacobino contemplando con ojos sorprendidos a un sobrino-nieto de *chuan,* y ambos comprobando en su primera conversación su perfecto acuerdo político. El uno acababa de encontrar lo que el otro

había heredado sencillamente de su padre: las dos Francias reconciliadas de este modo no necesitaban más que traducirse la una a la otra dos lenguajes un poco distintos, lo cual no era difícil.

—Fijaos—decían unos—: habéis llegado a la verdad por raciocinio, pero tened en cuenta qué cantidad de tradiciones, de supervivencias y de semillas de tradición habíais conservado a pesar vuestro y sin saberlo.

—Y ved—decían los otros—cuán racional era vuestro piadoso recuerdo, vuestro fiel mantenimiento de la tradición. Obedeciendo a ellos como a la voz de los antepasados, habéis adquirido al mismo tiempo una verdadera superioridad de orden intelectual.

V.—¿Quién ha dicho que el instinto no es más que una razón que se desconoce a sí misma? La tradición, aunque instintiva, no siempre ignora cuáles son sus profundas razones.

Un marqués de la Tour du Pin La Charce, teorizante audacísimo y modernísimo de la organización política y económica; un conde de Lur-Saluces, versado en la filosofía de la historia de Francia, pudieron tender un puente a nuestros teorizantes. Y éstos tuvieron el placer de hacer adelantar por él su propio pensamiento. Se anudaron verdaderas amistades. Cuando en la primavera última M. de Lur-Saluces volvió a Francia, ¿a quién vió entre sus primeros visitantes? A uno de los tres fundadores de la "Liga de la Patria francesa", antaño republicano del matiz Cavaignac y hoy uno de los jefes del nuevo monarquismo: M. Henri Vaugeois.

M. Ranc, que no lo pierde de vista ni cinco minutos, denunció en seguida a M. Henri Vaugeois a los periódicos radicales del Mediodía y del Norte. Pero M. Ranc hubiera rugido más aún si el buen brigadier [1] hubiese sabido que había comenzado entre Lur-Saluces y Vaugeois una activa correspondencia; que ya se habían visto en el destierro; que habían comprobado sus innúmeras concordancias políticas... Para acabar de calificar a M. de Lur-Saluces, he de decir que es ferventísimo católico. En cambio, Vaugeois, joven profesor de filosofía universitaria, no cree en lo sobrenatural.

1. Nuestra loca juventud se complugo en motejar a M. Arthur Ranc de distintos modos: tan pronto era el "brigadier de gendarmería", tan pronto el "venerable eclesiástico". Los jóvenes de hoy han perdido con M. Ranc muy buenos momentos y provechosas lecturas.

VI.—Un ejemplo más. Un sacerdote católico, católico a la recia manera del *Syllabus*, monárquico de nacimiento y de doctrina, M. Charles Maignen (nombre familiar a los conocedores de la historia de la Obra de los Círculos), ha publicado una importante colección de estudios insertos primeramente en *La Vérité Française*, el periódico de mademoiselle Elise Veuillot y de M. Auguste Roussel. Este libro, titulado *Nacionalismo, catolicismo y revolución*, merece ser leído de cabo a rabo. Pero basta con abrirlo solamente por el índice de los autores que cita para comprobar que M. Charles Maignen invoca sin cesar a tres autoridades muy distintas: el nombre del Fundador de la Religión cristiana, el nombre del Papa León XIII y el nombre de uno de los más recientes teorizantes de la Monarquía, a pesar de que el reverendo Maignen sabe muy bien de quién habla, pues dice: "el autor de estas líneas es positivista", y en su calidad de positivista lo cita.

VII.—En efecto, el positivismo se encuentra en la base de las coincidencias que hace cincuenta años de ningún modo hubieran sido posibles. No sé lo que pensará de ello el general André, que pasa por positivista, pero su maestro y mío, Auguste Comte, tuvo siempre al Catolicismo como aliado de la ciencia contra la anarquía y la barbarie. A menudo repetía: —Los que crean en Dios, que se hagan católicos; los que no crean en Él, que se hagan positivistas...; y enviaba a uno de sus discípulos al Gesù de Roma para tratar con los jesuítas. Un malentendido hizo que fracasara este proyecto, pero, al despedirse de los Padres, el delegado de Comte pronunció estas graves palabras: *Cuando los vendavales políticos del porvenir pongan de manifiesto toda la intensidad de la crisis moderna, encontrarán ustedes a los jóvenes positivistas dispuestos a hacerse matar por ustedes, lo mismo que ustedes están dispuestos a hacerse matar por su Dios.*

Desacordes cuanto a las cosas del cielo, el positivismo y el Catolicismo coinciden a menudo sobre la tierra. ¡Qué excelente tipo de positivista es este M. Accard, "bonaldista tainiano", cuya silueta encuentro de nuevo en una novela de Paul Bourget! M. Accard sostiene infatigablemente esta tesis: "la iden-

tidad entre la concepción moderna y científica de la evolución por herencia y de la Monarquía, entre la ley de selección y la aristocracia, entre la reflexión y la costumbre".

La Iglesia y el positivismo tienden a fortificar la familia. La Iglesia y el positivismo tienden a secundar las autoridades políticas, como provenientes de Dios o dimanantes de las mejores leyes naturales. La Iglesia y el positivismo son amigos de la tradición, del orden, de la patria y de la civilización. Para decirlo todo, la Iglesia y el positivismo tienen enemigos comunes. Por lo demás, no hay ningún positivista francés que pueda perder de vista que, si los Capetos hicieron a Francia, los obispos y los clérigos fueron sus principales cooperadores.

VIII.—En este punto, el más delicado y más grave de todos, no ha habido, pues, asomo de conflicto entre los antiguos monárquicos que son católicos fervientes y los monárquicos nuevos que están llenos de reconocimiento y de respeto para el Catolicismo.

Se me dice: —Muy bien, pero ¿quiere usted contestar a una pregunta más atrevida? Nos ha contado usted cómo los reciben los monárquicos, pero ¿y el Rey, cómo los ha recibido?

IX.—Un principio fundamental para todo monárquico es el de que no hay que mezclar a la persona del Rey en una discusión. El príncipe representa aquello que se ha convenido en no dejar que se discuta nunca entre nosotros: diez siglos de historia de Francia. Según la enérgica frase de Renan, él concentra la nación entera en su desenvolvimiento histórico y en su progreso futuro. Es el alma visible de Francia. ¿Cuáles son sus derechos sobre nosotros? Los derechos de la patria que simboliza. ¿Cuáles nuestros deberes para con él? Nuestros deberes para con la patria. Me atrevo a decir que un delito de lesa majestad equivale a un delito de lesa patria.

Tengo, pues, que evitar la indiscreción. No obstante, me asiste el derecho de decir que este príncipe de treinta y dos años ha tenido el mayor interés en ponerse en relación con sus nuevos fieles, la mayor parte de los cuales son de su edad, y que a menudo les ha dado altas pruebas de estima y de atención. En este orden de cosas, tres textos se me vienen principalmente a las mientes, que no hay por qué ocultar.

Su Alteza Real el señor duque de Orleans escribía a uno de nosotros: "Como usted dice muy bien, hay un completo acuerdo entre la ciencia histórica y natural y la doctrina monárquica. Los espíritus reflexivos y sinceros se maravillarán, ciertamente, del modo que tiene de demostrarlo."

Más recientemente, el señor duque de Orleans escribía a otro del mismo grupo: "Ha sabido usted dar a la exposición de las doctrinas que han venido a ser suyas un vigor y una originalidad particulares. Ha hecho usted, pues, al lado y por fuera de mi organización oficial la obra más útil... Le doy las gracias por ello."

En fin, el señor duque de Orleans escribía a un tercero estas palabras, que dan a la vez el acento de la florida edad del príncipe y el sentimiento de su sagrada magistratura: "Reformar para conservar: he aquí todo mi programa."

Esta ha sido la acogida regia. Es fácil de prever cuál será la acogida que haga Francia, a su vez, si, conforme a la recia expresión de Taine, sabe volver "al sentido común a la vista del peligro", que, quien sepa mirar al mapa de Europa, quien se dé cuenta de nuestra agitación interior, quien sepa sustraerse a la mentira de las apariencias, verá que no es de pasado mañana, ni de mañana, ni de en seguida. Es de hoy.

Nuestra tarea es hacer que lo vean todos.

II

LA EDUCACION DE MONK[1]

13 de setiembre de 1901.

Nuestro mejores adversarios y nuestros peores amigos tienden a presentar a los nuevos monárquicos como a idealistas purísimos, pero advierto al público de que unos y otros se burlan de él.

I.—Nos da horror el idealismo, que no ha sido dolencia francesa hasta que Francia dejó de ser ella misma. La Fran-

1. El título de este artículo se debe a M. Paul Bourget.

cia de Luis XI y Enrique IV, de Richelieu y de Luis XIV, no tiene nada de idealista. Entre un Bismarck y un Gladstone, un Pobiedonotseff y un Tolstoi, Pobiedonotseff y Bismarck son los que están más cerca de nuestra tradición nacional. Y los Hohenzollern no son más que unos afortunados y brillantes imitadores de nuestros Capetos. Nuestros cálculos tienen que ser dignos de estos grandes reyes. Tienden siempre a la acción, pero a la acción útil. Como queremos reconstruir a Francia y vemos que Francia no puede reconstruirse más que con la Monarquía, buscamos los medios de restaurarla y procuramos el concurso del único ser que puede llevar a cabo este gran designio.

¿Quién es este ser extraordinario? Ignoro su nombre, no sé dónde está ni quién es, y sin duda él mismo se desconoce. Pero existe: nuestra obra no consiste más que en hacerlo revelarse a sí mismo. Entretanto, mientras esperamos que él nos comprenda y que surja su nombre, designaremos a este desconocido con el nombre de Jorge Monk, que restauró a Carlos II en el trono de Inglaterra. Estamos educando al Monk francés.

II.—Su educación no la hacemos en el aire, sino pensando en el próximo *affaire*. Nadie desconfía más que yo de los que pretenden adivinar el porvenir; no obstante, voy a hacer un acto de fe en un punto concreto: creo en el próximo *affaire*. Creo que es materialmente imposible que no se produzca. La prudencia de los republicanos, como ellos dicen, no podrá evitarlo, del mismo modo que no puede alterar los cambios de luna o los eclipses de sol: los partidos republicanos no tienen más que un interés, que es apoderarse del Estado, y el único medio de lograrlo es llevar la turbación a su seno: no pueden, pues, dejar de agitarlo. Necesariamente. Este régimen del gobierno de los partidos lleva la agitación en su mecanismo esencial y, por así decirlo, en las entrañas.

A la agitación religiosa creada por Ferry siguió el escándalo wilsoniano; al wilsonismo, el boulangismo; a Boulanger, el asunto Panamá; al Panamá, los anarquistas; a las bombas anarquistas, el *affaire* Dreyfus; no sé el que vendrá ahora, pero un nuevo *affaire*, el que sea, es fatal. Como buen ciudadano, lo temo de todo corazón, pero, como ciudadano que discurre, lo preveo y se lo anuncio a los buenos ciudadanos.

Lo que hace falta, pues, es que nos pongamos en condiciones de sacar partido de esta inevitable ocasión: dentro de ocho días, dentro de ocho meses, esta noche o el año que viene, se presentará sin falta.

III.—El culto de la República ha fenecido desde hace mucho tiempo. La gente se ha resignado al hecho republicano por costumbre. Pero, durante los precedentes *affaires*, hubo siempre una hora en que la cólera y la inquietud que agudizaban el buen sentido público hicieron ver a los ciudadanos todo el fondo de lo absurdo del régimen. Entonces hubieran aplaudido al primer Monk que lo hubiera derribado. ¿Por qué no se movió entonces ningún Monk, si es que existía?

IV.—En 1889, por lo menos, existía. Sabemos por la deposición de un testigo ocular (¡y qué testigo!: Maurice Barrès, en el *Appel au Soldat*) cuáles fueron los conmovedores escrúpulos del Monk de entonces.

Llamábase éste Georges Ernest Boulanger. "El alma recta, honrada y cándida del general Boulanger conserva prejuicios de educación. Se acuerda de que su padre recitaba las invectivas de Víctor Hugo contra el hombre del Dos de diciembre. Teme los juicios de los redactores de la Historia." Y Barrès añade que su héroe flaqueó "por falta de una doctrina que lo sostuviera". Pues bien: esta doctrina la estamos elaborando ahora, estamos saturando de ella el cerebro del Monk de mañana. Una línea que caiga bajo los ojos de este hombre puede bastar para iluminarlo y por ello nosotros nos aplicamos cuanto podemos a multiplicar más y más la luz. Él conoce el arte militar; nosotros le enseñamos los principios de la alta organización política.

V.—Una vez instruído Monk, no hará falta más que un momento de viva conmoción nacional. Las ideas de Monk adquirirán entonces la temperatura de la acción y no podrá faltar el resultado natural de este hecho.

—General—dice a Monk la Inteligencia monárquica—: Va usted a regenerar la historia de Francia. ¿Que las leyes son intangibles? Sí, pero la más santa de las leyes es la de la salud pública. Cuando la patria está en peligro, exige que se violen las leyes que la oprimen. Abra usted los ojos y diga usted si la legalidad de la República no traiciona la verdadera

legalidad francesa. Esta República impone a un tiempo la indisciplina militar y el desorden cívico.

Francia está destrozada porque quienes la gobiernan no son hombres de Estado, sino hombres de partido. Cuando son decentes, sólo piensan en el bien de su partido; cuando no lo son, sólo piensan en llenar sus bolsillos. Unos y otros son los enemigos de Francia, porque Francia no es un partido.

Francia no cuenta más que con usted. Con usted y con su Ejército. Pero si usted trabajara para sí mismo o para el Ejército, entonces usted representaría otro partido, y es otra cosa lo que hace falta. Hace falta dar al país el gobierno y la protección de un poder soberano, digámoslo mejor: de un poder que sea un verdadero poder; más aún, de un poder que no dependa de nada. Un jefe de Estado debe ser libre. Y no es libre, sino que depende del pueblo, si el pueblo lo elige. Depende del Parlamento y de las oligarquías, si lo eligen las oligarquías y el Parlamento. Es lógico, pues, que se preocupe—y necesariamente lo hace—de halagar, de seducir y de conquistar a aquellos de quienes depende. Para que lo reelijan, busca la popularidad inmediata más que el bien de la nación. La Prensa, la opinión, el dinero y la administración son sus dueños. Se ve siempre inducido a traicionar en favor de ellos el interés nacional.

Del mismo modo que se defiende la caza contra la pasión de los cazadores, y la pesca de la pasión de los pescadores, del mismo modo que se defienden los intereses del trabajo contra el capricho de los trabajadores mismos, es necesario que el Estado pueda defender el interés nacional, el interés de Francia, contra los caprichos, las pasiones y los intereses particulares de los franceses. El poder soberano no puede representar simplemente a la mayoría, ni siquiera a la totalidad de los franceses de hoy, sino que ha de personificar también a los franceses que fueron, a los franceses que serán. Debe ser la misma Francia. Por tanto, ha de ser hereditario y dinástico.

Un poder dinástico no depende de la elección. Un poder dinástico está libre de la obsesión y de la opresión del presente. Por tanto, es para él tan natural el pensar siempre en el porvenir como a un poder electivo le es fácil desdeñarlo.

En el sistema dinástico el interés del príncipe y el interés

nacional no son más que uno. El mismo egoísmo del príncipe actúa como un elemento beneficioso para la nación. Una codicia sórdida, la de Luis XI, por ejemplo, deja en el país más obras maestras que el patriotismo más elevado en una democracia.

Por posición, como se dice en geometría, el monarca defiende, maneja y desenvuelve el Estado que encarna. Pero no puede limitar a su vida el cuidado de los intereses que rige, porque sabe que en ello va la gloria de su familia y, más cerca aún, el bien del hijo o del pariente que debe sucederle, razón que hace que dedique al Estado los mismos cuidados que un particular a los asuntos de su casa. Todos los Estados florecientes, todos los Estados fuertes, tienen, a este tenor, un soberano dinástico. "*Ya no tenemos Estado*—dice M. Anatole France—; *ya no tenemos más que una administración.*"

Rehaga usted el Estado, general. General, denos usted un rey como otras naciones lo tienen. El sentido común le manda que barra la República y el mismo sentido exige que no intente usted otra cosa más que la restauración de la Monarquía. En cualquier otra hipótesis, será usted un faccioso. En esta, su rebeldía conspira por restablecer un orden superior. El Rey es nuestro "orden viviente".

VI.—¿Nos acusará alguien de organizar la sedición? Tendrá razón en cierto sentido: en el de que, en este régimen que fomenta toda revuelta, tratamos de *encauzarla;* procuramos que unas revueltas que son fatales redunden en beneficio de una ordenación pública que salve y restaure todo.

Por lo demás, Monk no tiene que ser necesariamente un soldado, y hasta prefiero que sea un hombre civil. Cuando diez ministros republicanos están agrupados alrededor de una mesa con el onceno personaje que los preside, cada uno, mirando a su vecino, puede preguntarse: "¿Será éste Monk?" Sí, un Monk puede estar en cualquier parte en donde coexistan la libertad de espíritu y el patriotismo. Cualquier republicano sin fe puede ser un Monk. ¡Y los hay, los hay!

Acaso Monk sea un ministro del Interior. Puede que lo sea un prefecto de Policía. Acaso un simple miembro de la Cámara. ¿No puede estallar una gran ambición en medio de tantas ambiciones mezquinas?

VII.—¿Y si este ambicioso de raza estuviera ya decidido? ¿Y si ya, medio a saltos, medio rastreando, estuviera encaminándose a su puesto? El Monk inglés puede servirle de modelo. Hacia 1659, uno de sus oficiales murmuraba cerca de él: —Este Monk acabará por traernos a Carlos Stuart.— Monk, irritado, le dió de latigazos. A mayor abundamiento, hizo que sus compañeros firmaran una declaración en la que substancialmente se afirmaba "que habían tomado las armas para defender las libertades y los privilegios del Parlamento y para sostener, frente y contra todos, los derechos y libertades del pueblo". Además, Monk hacía escribir en su estandarte estas palabras: "El Gobierno no puede subsistir más que en virtud de la entera sumisión del poder militar al poder civil. La República debe ser gobernada por el Parlamento."

¿Se puede ser más "defensa republicana"? Todo esto era en 1659, y en mayo de 1660 Monk proclamaba a Carlos II.

VIII.—Estamos escribiendo para Monk. Monk nos lee. Monk espera la ocasión cómplice que le permita levantarse y convertirse en servidor de las necesidades de su país.

Las medallas del Monk inglés dicen que venció sin derramar sangre. El nuestro mandará instalar unas fuentes de buen vino y, si no tiene más remedio que encerrar en el calabozo a una docena de republicanos, les enviará champagne para que beban a gusto.

III

LA POLÍTICA DE BARRÈS[1]

24 de setiembre de 1901.

Maurice Barrès se ha retirado de la política activa, pero, esperen lo que esperen los partidarios de *la política para los políticos*, no abandona ni el estudio de la propaganda de sus ideas políticas. Como ha telegrafiado al *Figaro,* Barrès seguirá "defendiendo sus ideas" que son "constantes". Las servirá,

1. Este artículo se escribió en el momento en que Barrès se retiraba, por algunos años, de la política activa.

pues, más eficazmente que nunca si he de dar crédito a una fábula que me han contado y que voy a repetir.

I.—Caminando juntos Minerva y Papanatas, llegaron un día a la orilla del mar. Ambos estuvieron de acuerdo en que había que atravesarla cuanto antes. La diosa, bajando los ojos, púsose a dibujar en la arena figuras de geometría.

—¡Ah, perezosa, dijo Papanatas, mala andarina! Ah, teórica desenfrenada, bien se ve que no estás hecha para la acción.— Y, diciendo esto, se quitó la camisa y se echó al agua: aquel hombre de acción, aquel espíritu advertido y práctico, no tardó en ahogarse, porque se necesitaban varios días de navegación para franquear aquel inmenso mar.

Minerva, cuando hubo terminado sus cálculos, cortó unos árboles, sacó de ellos unas tablas de madera, las ajustó según las medidas que había tomado y construyó una balsa en la que izó la camisa de Papanatas a guisa de vela. Y como Minerva había previsto al detalle la maniobra, llegó felizmente a la otra orilla y continuó el viaje.

De igual modo, el camino de Maurice Barrès, aun interrumpido, acaso no sufra ningún retraso por su decisión de retirarse. Inclinado sobre su tierra y sus muertos, está pidiéndoles las virtudes y la luz necesarias para la grave empresa nacionalista. Recapitula también las etapas del camino recorrido, porque es muy útil acordarse de lo pasado si se quiere prevenir el futuro.

II.—Creo saber que los Barrès pertenecían al mundo de derecha. Burgueses de la Lorena y del Alto Loire militaban, como todos los de su clase, en el partido del orden, dispuestos siempre a apoyar a quien defendiera el orden entre nosotros. Pero, llegado el momento de enviar a su hijo al Liceo, éste debía devolvérselo, una vez terminados los estudios, convertido en lo que él mismo iba a llamar un desarraigado o descastado. El joven ciudadano del mundo creía que París, Europa, el Universo entero, incluyendo estrellas y planetas, apenas bastarían para constituirle una patria. Su pensamiento iba derecho hacia la revolución, dirección general del siglo que acaba de terminar.

Este siglo tuvo unos admirables teorizantes del orden, pero no escuchó nunca más que a los oradores del desorden: a un

Hugo, a un Michelet, a un Chateaubriand, es decir, a unos poetas románticos famosos, pero historiadores mediocres al par que pensadores nulos. Su influencia ha corrompido toda la enseñanza pública, y, como dice Barrès, que sabe algo de esto, "descerebra" a los franceses.

III.—A los veinte años Barrès era un nihilista sentimental. Y si las palabras terminadas en *ista* no dicen nada, por lo menos no hemos de olvidar que el "niño ávido", como Paul Bourget le llamaba, estaba completamente entregado a sus nervios. Pero, junto a sus nervios, él se rehizo un cerebro y, pese a ellos, una patria, una moral, una política. Tal es la naturaleza de los hombres cuando quieren portarse como bien nacidos.

El libro, verdaderamente insensato, escrito por él, doce años después, con la ardiente pasión de una juventud inmarcesible y la reflexión de la madurez, nos da una idea de lo que fué aquella naturaleza exaltada. El título es más violento aún que el libro: *De la Sangre, del Placer y de la Muerte*. Leyéndolo bien, se advierte que aquella sensibilidad se regía, a pesar de todo, por una regla misteriosa. Es frenética, pero justa. El aparato de la vida nerviosa vibra según la razón, y sus acentos, en vez de perturbar, calman. Expulsan las ideas falsas y hasta las inspiran verdaderas. Podría decirse literalmente que Barrès, antes de conocer la verdad, ya la sentía y, en cierto modo, la palpaba con el más físico de los sentidos. La fuerza de la patria y la belleza del orden se impusieron a su corazón mucho antes de conquistar su inteligencia.

Sí, todo ello fué una maravilla del sentimiento. El anarquista vulgar dirá que encuentra su patria en cualquier parte donde se encuentre bien. Pero un francés selecto, un Barrès, acaba advirtiendo que no está bien en ninguna parte donde le falte la presencia o la imagen de su patria. Se da cuenta de que la fuerza de su nación es parte de su propia fuerza. Que la felicidad pública es algo indispensable a su propia felicidad. El espectáculo del desorden político le hace sufrir.

IV.—No digáis que con todos ocurre lo mismo. ¡Cuántos que se hicieron nihilistas han continuado siéndolo! No todos los hombres son iguales, y aun de Barrès no diría yo que siempre haya sido igual a sí mismo, pero fué el héroe de la más bella de las aventuras del alma: su "calidad", la que tenía de

nacimiento, ha prevalecido siempre en él. Modas, corrientes, circunstancias, caprichos, todo tuvo que ceder al fin ante las profundas inclinaciones de su tipo nativo.

Llévalo grabado en el rostro. Está a la vista, y el instinto popular lo veía en seguida. Después de una conferencia que Barrès acababa de dar en Marsella, oí a un demagogo que decía encogiéndose de hombros y con los ojos llenos de odio: —¡Bah, es un socialista bien vestido!— Lo que probablemente se podía traducir así: —Barrès es un socialista sincero. No puede discutirse que desea la organización del trabajo, un reparto de los beneficios más equitativo y una atenta vigilancia económica...; pero no quiere desórdenes, no quiere la revolución, porque no puede quererlos.

No, esta silueta tiene demasiada elegancia y demasiada raza. Puede que sea la de un conductor del pueblo, pero no es la de un demagogo. El austero matiz de este rostro, este perfil magro y fino, cortado como un pico de águila, que tiene algo del de César y del de Condé, estos ojos grandes y altivos, de una luz magnífica, este labio con pliegue de ironía y de displicencia, este desdén, esta impertinencia, esta melancolía de expresión, no serán nunca esclavos nuestros, ni siquiera funcionarios a nuestro servicio. Este servicio impone curvaturas que repugnarían necesariamente a un ser como este. No le hemos pedido nada y ya se encoleriza.

V.—Otro signo menos aparente y más serio: el estilo. Barrès debutó en la literatura francesa en pleno apogeo decadente e impresionista. Este hombre sensible y curioso atravesó todos los ambientes y probó todas las maneras. Pero en ninguna parte le hemos visto encanallarse; ha sido el estilo hecho hombre. Desde su primera frase brillaban el orden y la libertad del patricio. Una firmeza llena de gracia, una flexible y vivaz energía. ¿Sistema? No. ¿Estudio? No. ¿Tradición? Apenas, sino, ante todo, gusto natural; su gusto incomparable e incomunicable hacíale volver a hallar los tesoros de la vieja Francia, que él conocía poco o mal cuando ya viejos aficionados murmuraban, hablando de él, los más grandes nombres del pasado. Los de nuestros escritores de humor y fantasía. Un Montaigne, un Pascal (el de los *Pensamientos*), un duque de Saint-Simón.

VI.—Como ellos, cultivaba su yo en el misterio, y este precioso culto revelábale al mismo tiempo el valor del resto del mundo. Sentíase "el instante de una cosa inmortal". Los surcos de la Lorena, las campiñas de Francia, los osarios de la humanidad entera, poblábanse de manes y de sombras que le revelaban su deber.

Ya entonces le repugnaba la anarquía. Los oportunistas y radicales a quienes se acercó o que frecuentó por entonces, le hicieron sentir también toda la fealdad de las máscaras superpuestas al verdadero rostro de la anarquía republicana. Estaba entonces en formación un nuevo partido nacional militar y autoritario: el partido boulangista. Barrès se sumó a él y, cuando este primer partido nacional se disolvió, fundó el nacionalismo.

El *Figaro* de 1892 conserva el recuerdo de este hecho. A partir de entonces no cesó de completar y organizar su pensamiento. Nuestros conciudadanos necesitan una patria chica dentro de la patria común: tal es el tema de los *Déracinés*. Hace falta una "razón que dirija el Estado": tal es el tema del *Appel au Soldat*. Esta razón directora ha de ser nacional y no cosmopolita: tal es el tema de *Leurs Figures*.

Pero ¿cómo se las arreglará Maurice Barrès para constituir este poder central y para mantenerlo esencial y necesariamente dentro del plan de la utilidad nacional? Esto es lo que le preguntamos el verano pasado en la *Encuesta sobre la Monarquía* que publicaba la *Gazette de France* [1].

Y Barrès no contestó que con la Monarquía.

VII.—Y esto es lo que me escandaliza: que Barrès no sea monárquico.

Sus objeciones a la Monarquía no me parecen incontestables ni mucho menos. Él dice, por ejemplo: —Si es verdad que necesitamos un rey, no lo es menos que alrededor de él haría falta una fuerte aristocracia hereditaria, pero semejante aristocracia no existe ya.— A lo que yo respondo que, efectivamente, está harto desorganizada, pero, si no lo estuviese, si pudiéramos disponer de una selección hereditaria poderosa, es cuando podríamos tener en Francia República. Todas las Re-

1. El verano de 1900.

públicas fuertes han vivido merced a una aristocracia: Atenas y Roma, Florencia y Venecia, incluso América y Suiza. En nuestro país hubiera sido posible una verdadera República en tiempos de la Fronda, porque entonces la hubieran dirigido unas grandes corporaciones hereditarias [1].

Hoy no tenemos más que unos partidos que se hacen mutuamente la guerra y están dominados por unas oligarquías antinacionales. Precisamente hace falta el rey para que obligue a estas oligarquías a servir a la nación en vez de esclavizarla.

VIII.—Dice también Barrès: la Monarquía no es posible. ¡Y él qué sabe! La restauración de la Corona puede parecer, a distancia, un hecho extraordinario, pero lo extraordinario es lo único que ocurre. Lo ordinario no ocurre, *es*. De modo que es un cálculo erróneo el que establece que nada puede reemplazar a aquello que *es* actualmente. Todo el mundo veía seguro a Gambetta ya dictador cuando formó su gran Ministerio, razón por la que este Ministerio duró sólo tres meses. En 1899 hemos visto esta cosa extraordinaria: un soldado de profesión, un socialista revolucionario y un conservador burgués juntándose para salvar la presidencia de M. Loubet; no se creía que semejante mezcla pudiese durar ni ocho días, y todavía dura [2].

¿Queréis todavía otra obra maestra de lo extraordinario? ¿Algo "absolutamente extraordinario", según un juez de calidad, M. Édouard Drumont? El viaje del Zar. Era lo natural y lo normal que el Zar se entendiera con nuestros nacionalistas, razón por la cual se puso de acuerdo con sus mayores enemigos...

IX.—Un amigo de Barrès, hábil historiador y escritor distinguido, de maneras tan finas que no se puede separar de su nombre su calidad de académico, M. Albert Vandal, cerraba

1. Así opina Fustel de Coulanges. Con todo, a nuestra República aristocrática le hubiera faltado el elemento de unidad y de orden con que contaban Cartago, Venecia y Roma: un interés público muy centralizado, sensibilísimo y homogéneo. He acabado sacando la consecuencia de que Francia es un país demasiado vario para que pueda federarse si le falta el federador histórico: el Rey (*1911*).

2. El Ministerio de Waldek-Rousseau duró desde junio de 1899 a junio de 1902.

cierto día una discusión con estas palabras llenas de concesiones: "Sí—decía—, todo es posible." Pues, si todo es posible, si no hay nada que no pueda ocurrir algún día, procuremos que ocurra lo mejor...

IV

LA CASA DE FRANCIA [1]

1.º de octubre de 1901.

El jueves, cuando los restos de este joven príncipe llegaban a aguas provenzales, el viernes, cuando descansaron en nuestro suelo, y el sábado, durante la lúgubre ceremonia de Dreux, me he unido en el sentimiento, ya que no en el pensamiento, con la salmodia de la Iglesia. A mi manera, he recitado su Oficio de difuntos.

I.—¡Treinta y ocho reyes en mil años, un inmenso cortejo de príncipes! Los muertos de la Casa de Francia son tan numerosos y tan desconocidos, se remontan tan lejos, que no he querido contar sólo con mi memoria y he tenido ante mis ojos, como un misal, el libro en que están más claramente resumidas las actas de dicha Casa.

He abierto, pues, la *Reforma intelectual y moral de Francia* (de Renan, y acaso el más perfecto de todos sus libros) por las páginas en que el autor expone a sus lectores lo que la Casa de Francia ha sido. Gran tema ignorado por la mayoría de los franceses.

II.—Nuestra Francia es una obra de arte, una obra de arte político, fruto de la colaboración de una naturaleza propicia y del pensamiento de nuestros reyes.

Otras nacionalidades se deben a la naturaleza casi sola. Existiría Inglaterra sin los reyes que en ella han reinado. La forma de su territorio disponía a sus razas diversas a la unidad. Alemania tenía la unidad de la lengua y la supremacía de una raza. Italia, dotada también de una lengua común, ha vivido durante mucho tiempo del gran recuerdo romano, celosamente conservado; antes de ser un Estado, era ya un pueblo. ¿Qué teníamos nosotros de semejante? Ni el espléndido aislamiento de Inglaterra, ni la unidad de lengua, ni la homogeneidad de la sangre, a no ser en profundidades oscuras y poco perceptibles. A mi entender, César y sus legiones y las de sus sucesores, al unificar el país, al crear desde el primer siglo al siglo V el tipo del galo latino, hicieron "posible" a Francia. Las invasiones normandas amenazaban con anular la frágil esperanza creada por aquellos buenos operarios. Pero los Capetos la hicieron renacer y la realizaron con el concurso de la Iglesia.

1. Artículo escrito con motivo del traslado a Francia de los restos mortales del príncipe Enrique de Orleans.

Algunas veces nos preguntamos, y el mismo Renan se lo pregunta: ¿de dónde venían los abuelos de Hugo Capeto? Sajones, francos, o galorromanos, el problema carece de interés, porque todo ha sucedido como si hubiera corrido por sus venas la más pura sangre autóctona.

Imaginaos el horror de las devastaciones escandinavas y la debilitación de todo lo que tuvo que resistirlas. Imaginaos, en este caos, una raza de Bonapartes que, en vez de valernos tres invasiones y espantosas mutilaciones territoriales, no cesaron de ser la muralla de defensa y la salvación del país. ¿Cabe preguntar a estos Bonapartes del siglo IV si descienden de Witikind, de un franco o de un galo? Aun en el supuesto de que fueran extranjeros, nuestra continuada defensa durante cien años hubiéralos naturalizado sobradamente.

III.—Se impusieron por su valor. Aquellos venerables fundadores de la dinastía nacional, lo que equivale a decir del poderío histórico de la nación, no olvidaron nunca este carácter fundamental de su autoridad, pero no olvidaron tampoco que la fuerza no puede ser desmedida si no quiere verse condenada a doblegarse miserablemente algún día. Ninguno de aquellos grandes hombres, ni un Luis IX, ni un Luis XI, ni un Luis XIV, se figuró que se pudieran improvisar de un solo golpe una cuarentena de departamentos franceses, ni extender el Imperio (porque decían Imperio) desde La Haya hasta Roma, sino que, completamente libres de estas locuras de ambicioso romántico, van extendiendo de padre a hijo, de hermano a hermano, de tío a sobrino, extendiendo sin cesar, el territorio nacional. Como hace notar acertadamente un sabio co-

lega de Ernest Renan, M. Ledrain, "en el ocaso de la Monarquía, en medio de las vergüenzas del reinado de Luis XV", añadían aún "a la vestidura del territorio nacional un trozo que le faltaba: la Lorena". A menudo, antes de conquistar, asimilan. Otras veces, el menor dominio conquistado es sometido a un paciente esfuerzo de asimilación antes de intentar ninguna nueva conquista.

Este ha sido su arte, esta la "continuidad admirable" cuyo monumento es Francia: "la Francia que ha creado todo aquello de que vivimos, lo que nos une, lo que constituye nuestra razón de ser". Ernest Renan trata de hombres ignorantes y de cortos alcances a los revolucionarios que no han sabido nunca comprender esto.

IV.—Gentes así son unos milagreros: creen que la historia se hace sola por obra de un dios que inútilmente procuran laicizar llamándolo fatalidad, fuerza de las cosas, evolución de lo inconsciente o ley del mundo. Esta especie de orientales no ven lo que vemos nosotros, viejos franceses injertados de substancia griega y romana: ignoran que el hombre es un factor, una energía creadora, un poder modificador. El cerebro humano desmonta el universo para componerlo de nuevo según sus planes. En la historia de la formación de Francia, nuestras fuerzas étnicas tiraban a derecha, nuestras fuerzas geográficas tiraban a izquierda y nuestras fuerzas económicas acaso tirasen en un tercer sentido. Como el dios de Anaxágoras, el pensamiento de los Capetos hizo juntarse estas tres fuerzas en un mismo plano, y cada una de ellas encontró así su expansión necesaria.

Buenos o malos, débiles o fuertes, ninguno de estos príncipes pierde de vista la plasmación de Francia, que así se diría es obra de un solo hombre. Pero es la obra de una institución, de una tradición y de una Casa.

El Languedoc, observa Renan, era distinto de la Francia del Norte por el carácter, la lengua y el clima, pero, porque el rey se empeña, acaba siendo francés. Lo mismo ocurre con la Provenza, y con Lyon, y con el Delfinado. Lo mismo con el Franco-Condado y con Alsacia y Lorena.

...El nombre de Lorena me vuelve a la memoria y me obsesiona siempre que oigo a algún virtuoso publicista lastimado en su respetabilidad por las costumbres de la corte de Luis XV. Yo me atrevo a decir que les pasaría de buen grado al presidente, a sus ministros y a las dos Cámaras las pequeñas bacanales con que quisieran obsequiarse, si al mismo tiempo nos procuraran, en cambio, el más pequeño jirón de la Lorena anexionada.

Lo que yo pido a los detentadores del Poder político, no es que sean virtuosos por mí, sino el que se ocupen de los asuntos del país. ¿Y qué ha sido de los asuntos de Francia desde que la Casa de Francia ha dejado de dirigirlos? Renan ha escrito estas palabras: "El día en que Francia cortó la cabeza al rey, se suicidó."

Luis XVI dejaba a Francia un Ejército y una Marina; la Restauración, una magnífica situación en Europa; Luis Felipe, la organización creada por la Ley de 1832, quiero decir, las tropas de Crimea. Tal fué, en sus últimos momentos, la obra de la Casa de Francia. En cuanto ésta cae, empezamos nosotros a dar tumbos. Catástrofes desconocidas desde el siglo XV (pero en el siglo XV la dinastía nacional se rehizo, y nosotros con ella) no han cesado de agotarnos. ¿Qué es Pavía, que es Rosbach, de que tanto se habla, en comparación con Sedán y con Waterloo? Revolución tras revolución. Bancarrota del Estado. El extranjero entrando por tres veces distintas en París. Dos guerras civiles. Y hemos visto hacerse la unidad italiana y la unidad alemana y el desmesurado crecimiento del doble imperio anglosajón.

V.—La Francia política no había sido nunca tan pequeña. Pero todavía llegó después al máximo que podía llegar su pequeñez: constituirse en República, es decir, que se ha decidido a ser débil y vencida. Ya lo advertía Renan: "Hay gentes —dice— que sueñan con una República poderosa, gloriosa, influyente. Pues que se desengañen y escojan. Sí, la República es posible en Francia, pero una República apenas superior en importancia a la helvética y menos considerada que ella. *La República no puede tener ni Ejército ni diplomacia; la República sería un Estado militar de una rara nulidad, la disciplina sería en él imperfectísima...* El principio de República es la elección; una sociedad republicana es tan débil co-

mo un cuerpo de Ejército que eligiera a sus oficiales; *el temor de no ser reelegido paraliza toda energía.*"

La energía. Los elegidos pueden mostrar alguna por intereses inmediatos, por cosas de las que halagan de momento y que las gentes ven y aplauden. Pero carecen de ella para un interés futuro, por grave que sea. Un interés así no existe para ellos, que saben lo que es 1902 y lo que será 1906 (fecha de las elecciones), pero tienen la mayor ignorancia de lo que puede ser 1950: 1950 no preocupa en lo más mínimo su pensamiento, porque sólo los franceses de hoy con capacidad de voto son para ellos dignos de ser tenidos en cuenta.

A nuestro país le falta—falta al Poder central del país—un órgano de previsión. Podemos decir que, en realidad, le falta el porvenir.

Con todo, en Europa hay poderes, verdaderos poderes políticos, que se preocupan ya de calcular lo que puede ser 1950, como Prusia, en 1810, ya calculaba el 1870. "¡Malos príncipes—asegura Drumont—los príncipes de Europa!" Es posible, aunque no lo sé. Luis XV era malo; parece que decía: "después de mí, el diluvio", y, no obstante, era un príncipe, obraba como príncipe; olvidando su divisa, fomentaba su Casa, nuestra Casa, la Casa de los franceses presentes y futuros. Sin duda, así serán los distintos reyes de Europa para sus reinos respectivos, porque la política Capeta ha hecho escuela.

¡Y nos creemos superiores! Es para morir de risa, como suele decir M. de Pressensé. Ni siquiera disponemos de un mal poder político, que es de lo que, por lo menos, disponen los grandes pueblos europeos. Ni siquiera tenemos un mal rey a quien podamos hacer presente de tanto en cuanto que él es Francia y que ésta, como su café, puede echarse a perder.

VI.—"¡Ni siquiera tenemos!..." Más justo sería decir que no queremos tener. Tal es nuestra ignorancia, tal nuestra locura. Porque el vigor de la sangre real, la bondad de la raza, brillan, pese a todo, en la muchedumbre de los príncipes que vienen a formar en torno de este ataúd.

Y aun este ataúd proclama muy alto las virtudes reales: no hablemos de malos príncipes ante la tumba de un hijo de Francia que, lejos del trono, y sin trono siquiera, ha querido servir nuestra causa y no ha conseguido más que morir.

VII.—Estaba lleno de vida y de simpatía reflexiva y brillante, y encarnaba el mejor tipo francés. Explorador, soldado, escritor, geógrafo, el Asia misteriosa lo tentó. Soñó con ser llamado "el Asiático", Enrique *el Asiático*—decía él en broma—, como Escipión *el Africano*. Y, con todo, vuelto a Francia en un momento en que el Ejército, la patria y el Estado se veían amenazados, olvidó sus hermosos sueños coloniales para defender la seguridad pública. Cuando el peligro mayor pareció conjurado, y viendo que en lo demás no podía hacer nada, volvió a marcharse. Ya veis cómo vuelve. ¡A los treinta y cuatro años!

Los espíritus sensibles se embriagarán de recuerdos, de melancolía y de gloria. Dejémosles mezclar su brazada de asfodelos a la lis cortada de Marcelo. El príncipe Enrique, si pudiera oírnos hablar y dolernos de su muerte, nos conjuraría a que pensáramos en Francia más que en él.

—¡Ved—nos diría, junto con todos sus antepasados—cuán de corazón la hubiese yo servido! ¡Ved, sobre todo, los servicios que todos los míos le han prestado! ¡Qué armas y qué instrumentos para vuestra grandeza! Vosotros los desdeñasteis, e inmediatamente empezó vuestra decadencia. Empuñadlos de nuevo, y con ellos volveréis a ser lo que fuisteis.

V

MLLE. JEAN JAURÈS

19 de octubre de 1901.

Corrían los primeros meses de 1898. Todavía no todo el mundo estaba peleado entre sí. Si algunos disputaban, la mayoría se limitaba a la discusión cortés. Uno de los más discretos, uno de aquellos a quienes la torrentera debía arrastrar después lo más lejos posible de los límites de la discreción, me confiaba un día sus temores.

—¡Ah—me decía—, todo esto es abominable! No preveo nada bueno para nadie.— Luego, tras una pausa y un suspiro, aña-

día: —Todas estas desgracias públicas no habrán tenido para mí más que una compensación: la de haber conocido a una muchacha encantadora. Y como yo me mostré curioso, repitió: —Encantadora: mademoiselle Jean Jaurès.

I.—Por aquellos días, esta irónica frase podía ir sin glosa; nadie hubiera pensado todavía en la famosa comulgante [1]. Cualquiera hubiera entendido, como yo, que, al decir mademoiselle Jean Jaurès, se hablaba del orador Jaurès en persona, toda vez que el "señorita" se aplicaba aquí al sexo de su mentalidad.

La frase, una vez explicada y comprendida, es de una precisión admirable. Cuanto mejor se conoce el pensamiento de M. Jaurès, mejor se convence uno de que no hay otra fórmula para definirlo. Quienes han seguido al joven profesor de filosofía a partir de sus tesis de la Sorbona, pasando por el famoso libro de las *Preuves,* hasta sus últimos artículos de la *Petite République Socialiste,* saben que su espíritu reúne todas las debilidades y todas las seducciones del espíritu femenino. Tiene de él la brillantez, la flexibilidad, el entusiasmo fácil y continuado. Tiene su abundancia de imágenes, su inextinguible flujo de palabras. Tiene, además (no temamos rendirle un homenaje completo), este supremo espíritu de intriga y esta habilidad sin igual que designan a las mujeres [2] para un papel principal en la diplomacia, la policía y la política electoral, a condición de que estén orientadas por hombres. No veo ningún carácter distintivo del género femenino que falte a M. Jean Jaurès. Lo hemos visto lo bastante versátil y lo bastante testarudo para que nos recuerde los variados aspectos de la Eva eterna.

II.—No voy a decir que se haya contentado con seguir los impulsos de su corazón. La señorita Jean Jaurès era ya una muchacha talludita cuando cambió de partido. Si le faltaba madurez de juicio, tenía, en cambio, experiencia, y, si desconocía el mundo, se conocía a sí misma. Sabía en qué podía emplear su magnífico capital. Experimentar y propagar sensaciones; emocionarse y vulgarizar emociones; vibrar y hacer vibrar con ciertas sacudidas nerviosas. Este era el oficio a que había aspirado en sus juveniles sueños. Pero le fué fácil darse cuenta de que un diputado del centro tiene pocas veces la ocasión de entregarse a líricos trasportes. En plena paz, ¿qué se puede decir ni hacer de dramático? ¿Qué cuplé lírico se puede entonar? ¿Y qué actitud teatral adoptar? El boulangismo era antiparlamentario, y este orador nato no sentía la menor inclinación seria a derribar la tribuna. La derecha, a la que entonces como ahora estaba reservado el difícil honor de las protestas elocuentes, hubiera tentado su clase de imaginación si la calidad de diputado de la derecha no hubiera implicado unos principios políticos sólidos y conformes con la razón. La razón asustó a la joven damisela. El socialismo era lo que le quedaba y se arrojó en sus brazos.

1. La primera comunión de la hija de Jaurès acababa de armar gran estrépito en el mundo socialista. (Nota de 1902.)
2. Este aspecto del carácter de M. Jean Jaurès se ha acentuado más aún desde hace un año. (Nota de 1902.)

III.—En aquel tiempo, el socialismo lo formaban una doctrina y una organización. La doctrina no era entonces más verdadera que hoy, pero todas sus partes parecían estar unidas con mucho vigor. La organización formaba una especie de bloque. La señorita Jean Jaurès se dió cuenta, en cuanto llegó, del estado de los hombres y de las ideas, y, después de examinarlos, se dijo: —Voy a encender todo esto de pasión.

Su instinto, su carácter, lo habían inspirado con acierto. Porque lo cierto es que mademoiselle Jean Jaurès apasionó al socialismo. Pero, calentándole de cascos, exaltándolo hasta una temperatura de ebullición y división, contribuyó más que nadie a acusar las lagunas que disimulaba. Yo no soy de aquellos que pretenden negar el grave problema a que el colectivismo trata de corresponder. El conde de Chambord, el conde de París, siguieron siempre estos problemas y las soluciones que ellos propusieron, y que Su Alteza el duque de Orleans acaba de recordar, demuestran la preocupación constante de los jefes de la Casa de Francia por la prosperidad pública y por el bienestar privado. Ya quisiera el legislador republicano apoderarse, borrando su procedencia, de estas soluciones tradicionales; pero es inútil: le faltaría representar un Estado independiente, previsor y fuerte. Nuestra Francia, país de propiedad media y pequeña, es uno de los parajes del mundo en que más fácil sería la lucha contra el colectivismo si, por suerte, el Estado

no fuera electivo. Un Estado electivo obliga a mendigar el voto de las masas y tiene que despreciar la realidad por las apariencias. Cuantas más promesas hace, menos puede cumplirlas; cuantos más proyectos de leyes obreras amontona, menos puede mejorar la condición de los obreros, condición que merece un estudio profundo y un arreglo equitativo. Este arreglo y este estudio valdrán lo que valga el Estado que los lleve a cabo.

Tanto mejor será la solución cuanto más libremente pueda pensar en el bien común el poder que deba prepararla. El problema económico contemporáneo depende, pues, del problema político. Resolviendo éste, hay la posibilidad de resolver aquél. De otro modo, no.

IV.—Mademoiselle Jean Jaurès no se preocupaba de resolver, sino de agitar. Se agitó ella cuanto pudo a fin de agitar a los demás, y la multitud le respondió. Porque también la multitud es hembra. Su imaginación acoge con transportes de júbilo el elemento capaz de turbarla.

Un observador hábil y preciso, M. Adolphe Brisson, ha observado los efectos de la palabra jauresiana sobre un joven obrero de los suburbios. Era un efecto físico. Con aquella voz y aquellas palabras hubiera podido convencer de todo lo contrario, si hubiera querido: por la sonoridad de sus palabras, le hubieran dado crédito y le hubieran seguido a donde se propusiera.

Mademoiselle Jean Jaurès no busca más que emociones. Ocúpase en dar a los trabajadores una imagen emocionante de los paraísos sociales del porvenir. Como obra de arte, esta imagen es mediocre, es nula como cosa científica, pero no por esto carece de eficacia revolucionaria.

V.—Pero lo que la propaganda colectivista gana de este modo por un lado, lo pierde por otro. La seorita Jean Jaurès es una burguesa: romántica, sentimental, exasperada, demente, pero una burguesa. Tiene, pues, sus delicadezas y no sabe decir con aquella crudeza propia de los primitivos teorizantes de la escuela: "Nosotros somos el partido del vientre", sino que traduce eso con eufemismos bastante distantes o con transcripciones carentes de fidelidad: —"Nosotros aspiramos a la flor de la justicia eterna." Aun dicho en latín (*aeternae justitiae florem*) el texto carece tal vez de precisión.

Estos textos vagos han hecho el colectivismo accesible y hasta simpático a muchos republicanos a quienes repugnaba. Porque, rascad a un republicano, y en seguida encontraréis a un romántico que explica sus ideas políticas con escapatorias a la Teología. La justicia metafísica, la justicia eterna, la justicia absoluta, tomadas como reglas de la acción y las circunstancias, todos estos sueños, caros al corazón de mademoiselle Jean Jaurès, se parecen extraordinariamente a lo que los hombres de 1848 llamaban el ideal republicano y que sería más justo llamar, con un francés que trasciende a alemán, el ideal de la democracia. La señorita Jean Jaurès colgaba de este ideal todas sus guirnaldas y le consagraba sus elocuentes suspiros. Y como los radicales y los radicales-socialistas acudían a sus suspiros y la rodeaban por todas partes, su partido, el partido colectivista propiamente dicho, iba insensiblemente alejándose de la trébedes.

Mademoiselle Jean Jaurès no concedió importancia a esto al principio. Pero, arrastrada por el flujo de su elocuencia y sometida a la ley de su auditorio, hacía más frecuentes cada día los temas favoritos del radicalismo. Prescindiendo de los intereses inmediatos del proletariado, desdeñando lo esencial de la cuestión obrera, es decir, la organización del trabajo, ponía en primer lugar la defensa republicana y la guerra al Catolicismo, es decir, "los derechos del pueblo" y "los principios de la revolución". A lo que los colectivistas le objetaban duramente que la revolución burguesa había sido un timo y que la república burguesa no es más que una palabra.

¡Una palabra! La desventurada se maravilla de oír despreciar las palabras: ¿acaso tenía ella otros méritos cuando las reuniones populares la cubrían de aplausos?

VI.—No tengo ningún propósito de ensañarme en esta pobre muchacha con el recuerdo de sus tribulaciones domésticas, pero, con todo, quiero desengañarla. El otro día, en cinco columnas de su diario, acusaba al partido clerical de haber urdido contra ella la agradable historia de la primera comunión de su hija. ¡Pues no!; no cabe pensar que "el golpe" venga de la Iglesia, ni del nacionalismo, ni del antisemitismo, ni mucho menos de nuestros monárquicos. No son los monárquicos, ni los antisemitas, ni los nacionalistas, ni los clericales quienes están

cansados de escuchar a mademoiselle Jean Jaurès: son las gentes de su propio partido. Apasionando al socialismo, mademoiselle Jean Jaurès lo ha desorganizado. Los socialistas no quieren oír más a esta turbulenta criatura, a la que tienen por un elemento divisor. A pesar de lo que, ella seguirá hablando.

...Si lo dudáis, contempladla bien. En el ángulo de las calles de Montmartre y Réaumur venden unos medallones de porcelana verdosa que representan el perfil de esta heroína. No hay que hacer cuenta de la barba, que no representa aquí más que una abundante vanidad. Pero fijaos en la mirada, que tiene una expresión mística; seguid las líneas de esta cara pesada y maciza que contrastan con ella que se dirige hacia lo alto como atraída por el llamamiento de las cosas celestes. El mentón levantado, las aletas de la nariz que se hinchan, la línea sinuosa de la boca crispada, expresan a un tiempo la satisfacción, el respeto, el pasmo, el entusiasmo de las preciosas palabras que va a soltar. Mademoiselle Jean Jaurès se escucha hablar. Espera al espíritu, este espíritu que podríamos llamar material, simple soplo—especie de hálito que los patologistas conocen de sobra—que canta a través de su garganta lo mismo que cantaba antaño en la garganta de las sibilas y de las pitonisas y demás vírgenes sagradas.

Entre ellas y mademoiselle Jean Jaurés, la única diferencia es que las santas mujeres antiguas reconocíanse órgano y juguete de un dios. ¡El dios se acerca!—decían—y se declaraban inocentes de sus palabras. La señorita Jean Jaurès ni siquiera sabe quién es el demonio o el dios que la guía. Y él la guía a donde quiere.

VI

CONTRA EL CISMA

27 de octubre de 1901.

Esta mañana, al abrir el número de los antiguos y famosos *Études* de los jesuítas, he visto que mi compatriota y amigo el P. Henri Bremond decía adiós a la tranquila casa de la rue

Monsieur que en adelante ya no abrigará los trabajos de la Compañía: casa de sabios y de hombres de consejo, espaciosa, clara y sencilla, rodeada de bellos jardines y llena de libros. Entre sus muros se llevaba a cabo en común la obra más multiforme. El matemático interrogaba al escritor, el filósofo consultaba al historiador, el hombre de leyes al economista, el cultivador de las ciencias físicas y el viajero prestábanse mutuamente sus conocimientos y experiencias respectivos.

De este modo, cada uno de aquellos hombres valía un poco más de lo que hubiera valido él solo, porque participaba del valor de todos. Ahora han de dispersarse y el patrimonio común se ve amenazado de destrucción. La ley—diríamos mejor, la fuerza—acaba de trocar este régimen de cooperación por un régimen de individuos sueltos. De aquel tesoro formado por *la coincidencia* de algunos espíritus superiores, no quedan más que estos espíritus aislados y errantes. ¿Se puede juzgar mas que de una sola manera un hecho semejante? En todas las lenguas habladas en el mundo, no podrá calificársele más que de gran pérdida y dilapidación.

Y a otras tantas pérdidas y malbaratamientos equivaldrá el destierro de cuantos grupos religiosos lo sufran aún. Nuestra Francia era ya harto pequeña y acaban de disminuirla todavía, precisamente en lo que tenía de mejor.

Los católicos están entregados por completo a las sacudidas de su dolor; los enemigos del Catolicismo lo están a su insultante alegría: por esta razón yo me dirijo al tercer partido en discordia, es decir, a la muchedumbre inmensa de los indiferentes en materia de religión, porque son ellos quienes tienen que deplorar como es debido la enormidad de la estupidez que acaba de cometerse. Si un buen día el ministro de Hacienda trepara por la torre Eiffel y desde allá arriba arrojara al Sena las reservas de oro acumuladas en el Banco, pobres y ricos estarían de acuerdo en la necesidad de llevarlo al manicomio. Pues el ministro del Interior trata por el estilo nuestro patrimonio espiritual: virtudes, talento, ciencia. ¿Pero sabe siquiera que éstos son también unos valores?

I.—Un patriota puede perfectamente no creer en el Catolicismo, pero necesariamente tiene que ocuparse del Catolicismo como de un elemento político de la raza. En la antigua Fran-

cia, que valía algo más que la presente, las gentes del rey sabían encaminar las más delicadas cuestiones al soberano interés del Estado, y en este punto de vista es en el que tienen que situarse hasta los más libertinos para enfocar la crisis religiosa comenzada en nuestros tiempos. Desde este punto de vista, todo es claro. Salta a los ojos que el éxodo de las Congregaciones disminuye la fuerza francesa en el interior del país, y se advierte que, al reducir el prestigio de los católicos, este éxodo nos debilita también en el exterior.

No hay un verdadero francés que no sienta esto, confusamente por lo menos, pero una opinión muy particular neutraliza a menudo esta manera de sentir. Oigo a gentes bien intencionadas, pero informadas erróneamente, que dicen por lo bajo: —Sí, no hay duda, el éxodo es desventajoso. Pero ¿no tiene sus compensaciones esta desventaja? Y sobre la base de este supuesto construyen un pensamiento ilusorio.

II.—Quiero decir sin tardar en qué consiste este pensamiento.

Las Congregaciones forman un conjunto de hilos directos que unen la masa católica francesa con la Santa Sede. Pues bien: en lo que sueñan estos espíritus, por lo demás escépticos en materia de fe, es en la autonomía religiosa de su país. Les parece muy conveniente el tener una Iglesia católica francesa que, por una parte, se mantenga fiel al dogma y a la disciplina vigente, pero que, por otra, esté absolutamente separada de la Sede romana. Les llenaría de tristeza la idea de inscribir a sus hijos en los registros de una iglesia protestante, pero en cambio querrían perfilar la obra de nuestra nacionalidad mediante el establecimiento de una Iglesia propia. Una Iglesia francesa en Francia es algo que halaga su afición a la simetría.

A ver si hay alguien que diga que adultero este sueño. Y si lo expongo exactamente, permítaseme añadir que no lo hay más insensato. Porque es un sueño al que le falla absolutamente el fin a que aspira. Siendo, como es, un sueño nacionalista, tendría como consecuencia el desnacionalizarnos. Concebido por un sentimiento del orden, corre a la revolución. Advierto de ello a los patriotas y a los hombres de orden. La unión con Roma es precisamente lo que conserva al Catolicismo en Francia su doble carácter ordenado y francés.

III.—No se debe juzgar las Iglesias de Estado que existen en Europa por su condición presente, porque el tiempo sabe arreglarlo todo [1]: lo instructivo sería recorrer la historia de su fundación, de sus crisis, de sus peligros y de sus tempestades. Esta historia nos enseñaría a qué desolados caminos puede arrastrarnos por espacio de siglos la separación de Roma. Seguramente experimentaríamos desde el primer momento lo que experimentaron los ingleses y los alemanes. Disminuiría la importancia de la "tradición" que Roma custodia y aumentaría la importancia de las Escrituras. Olvidaríamos todo lo enseñado por tantos hombres eminentes desde hace veinte siglos sobre el dogma cristiano, sus explicaciones y sus comentarios; autoridades de tanto valor perderían importancia; ya no habría maestro explicador, intérprete supremo. Nada de Papa. Por la fuerza de las discusiones, habría que volver a la Biblia que, a partir de este momento, sería tenida como la única fuente ortodoxa. Nos veríamos inundados de Biblias en lengua vulgar. Caeríamos, de la tiara pontificia, bajo el bonete de los exègetas y de los rabinos: todo lo que Roma perdiera lo ganaría Jerusalén en menos de cien años. ¿Y preferiríais Jerusalén a Roma?

Cualquiera que sea la opinión que sobre ello se tenga, hay que reconocer que el rasgo distintivo de nuestra raza en sus horas de poderío y de perfección es el haber escapado a esta influencia directa de la Biblia. El biblismo de Bossuet ha pasado por el prisma griego y latino antes de expresarse en francés. Las tragedias bíblicas de Racine se parecen a las escenas bíblicas de Rafael: son para representadas ante un pórtico grecorromano. Nuestra lengua, nuestra poesía y nuestro pensamiento y nuestras artes, a pesar de haber sido cultivados y desarrollados por los clérigos, se han sustraído a la influencia del genio semita. Y somos ya demasiado viejos para volver hoy a las tiendas de Sem, contemporáneas de la infancia del mundo. Pues a un retroceso semejante es a lo que llevaría un cisma a la masa de la nación; y aun los espíritus más distinguidos padecerían su influencia.

IV.—¿Quiere alguien medir como al compás la diferencia

1. ¡Pero a qué precio! (*1911*).

que hay entre una nación que se impregna de biblismo directamente y la misma nación limpia de este contacto?

Leed un medio canto de Milton después de un acto de Shakespeare. ¿Era católico Shakespeare? Si cabe discusión sobre este punto, podemos por lo menos estar ciertos de que no era un lector de la Biblia demasiado asiduo. ¡Qué claro se ve esto! ¡Cómo se siente! En Shakespeare florecen la naturaleza antigua, la Edad Media y el Renacimiento inmortal. Pero en los versos del puritano Milton vemos que, en el intervalo de los dos poetas, unos lúgubres predicadores han ensombrecido el mundo y enturbiado la mirada del hombre. El amor—decía Shakespeare—es demasiado joven para saber lo que es la conciencia, y Milton no conoce más que ésta. Su triste poesía es bella, pero representa una serie de incalculables destrozos intelectuales y morales.

V.—No me olvido, ciertamente, del peor de los males: el desorden político. Un cisma nos lo traería indefectiblemente. De sobra vemos la falta que nos hace Roma para defendernos de esos curas demócratas que buscan en el Evangelio fermentos de revolución.

Ha causado mucha admiración el que la Loie Füller, interrogada el mes pasado por el *Figaro,* haya atribuído los excesos del socialismo anarquista al delirio de los bibliómanos. La joven americana no hacía más que expresar con esto una opinión corriente en los países protestantes, en los que se ha hecho la experiencia de las malas lecciones que el capricho humano puede sacar de las Escrituras Sagradas. A un buen católico francés no se le ocurriría el sacar de San Lucas un estímulo para el saqueo y la insurrección, y, con todo, San Lucas se alegra de que el "Señor haya depuesto a los poderosos del Trono" y de que "haya exaltado a los humildes", de que "haya saturado a los hambrientos" y de que "haya despedido a los ricos con las manos vacías".

Asimismo, San Mateo, en el Sermón de la Montaña, trascribe estas palabras de Cristo: "No llaméis a nadie vuestro dueño, porque no tenéis más que un dueño, que está en los cielos"; "no llaméis a nadie vuestro padre, porque no tenéis más que un padre, que está en los cielos". Afortunadamente, la Iglesia, la antigua Iglesia católica y apostólica de Roma,

advierte a sus fieles que no deben deducir de estos textos nada contra la autoridad de los padres de familia, ni contra los señores de la ciudad humana. ¿Y creéis acaso que esta enseñanza de la Iglesia sea de poca utilidad para la sociedad civil? El simple catálogo de las sectas reformadas y de sus turbulencias bastaría para contestar a esta pregunta. Ningún hombre de Estado puede desinteresarse de ella.

Todo político sabe que con Roma se negocia, pero no cabe negociar con una turba de exaltados que cantan salmos. Habría que cargar contra ellos, y esto sería la guerra civil.

VI.—Una Iglesia nacional nos traería otra desgracia, y es el matrimonio de los curas que no tardaría en instituirse en ella.

—¿Lo mismo que en Alemania? ¿Lo mismo que en Inglaterra?

—Sí, lo mismo.

No me toca a mí, sino a los creyentes, el apreciar la dignidad moral del cura casado. La política no sabe más que una cosa, y es que el celibato de los sacerdotes evita a nuestra raza una abominable plaga: entre nosotros no existe una tribu de Leví. El hijo y la hija de cura no existen en Francia más que entre los protestantes, que son seiscientos mil entre treinta y nueve millones de franceses. Por no existir este fanatismo hereditario, nos vemos libres del contrafanatismo de que el alemán Nietzsche es una buena muestra [1].

Un hijo de pastor en rebeldía contra las ideas y las costumbres que lleva en la masa de la sangre, es el equivalente de su análogo, el hijo de pastor que permanece fiel al altar doméstico: la desvergüenza del primero corre parejas con la sequedad del segundo. No pido, como hubieran hecho en Grecia, que esos dos monómanos sean castigados por habernos hecho tan desagradables el vicio como la virtud, pero la repugnancia que ambos nos inspiran debería hacernos romper en acción de gracias a esa alma de la patria, a ese genio de la nación que perpetúa en nuestro suelo el Catolicismo romano.

Santa Iglesia de Roma...—decía el lírico sagrado.

1. Aquí podríamos diseñar una serie de retratos de fanáticos hijos de pastores evangélicos: el ministro Steeg, el diputado Francis de Pressensé, el senador Flaissières (*1911*).

VII.—Al acompañar con la mirada sobre tierra extranjera a los monjes y religiosos, de cualquier hábito que sean, podemos decir, un poco con otro sentido, pero con el mismo sentimiento:

—¡Buena Iglesia de Roma, de la que la Iglesia de las Galias no sabría separarse! Iglesia de la civilización, de la política, de las letras, de las ciencias, de las costumbres, Iglesia del orden! Tú, que has sido una de las providencias naturales del género humano: quienes sufren por ti, sufren la más noble de las penas. Ellos han sabido escoger el deber verdadero al negarse a traicionar el más pequeño de tus cánones. En este, como en tantos otros casos, desde hace mil quinientos años, tu causa y la causa de nuestra Patria se confunden. Aquellos de nosotros que no siguen tus doctrinas, tienen, no obstante, que bendecirte, que honrarte y defenderte, aunque no fuera más que porque conocen y se espantan de tus enemigos. Estos representan en Francia al mismo enemigo de Francia, y su esfuerzo para destruirte no es otra cosa que un asalto más contra el vigor histórico de la nación.

VII

PUES HAY QUE VIOLARLA

8 de noviembre de 1901.

La Prensa de izquierda y de derecha nos está asegurando desde hace algunos días que M. Emile Loubet y sus ministros están violando la Constitución. —¡Sús y a ello!, digo yo a estos señores. Hay que reconocer que están haciendo una buena obra. Cuenten con mi enhorabuena cada vez que violen la Constitución. Y si necesitan que les ayude...

I.—Pero, en realidad de verdad, ¿la han violado? No cabe duda de ello, después que han fletado al almirante Caillard [1].

1. El Gobierno francés acababa de enviar a Oriente una escuadra para garantizar el cobro de los créditos Tubini y Lorando.

—Al embarcar a este general con hombres, cañones y municiones, el Ministerio nos embarcaba en una de esas aventuras de las que nadie puede saber cómo se saldrá. El Gran Turco puede someterse, cosa previsible, pero debe también tenerse previsto otro caso, y es el de que nos resista, y entonces es la guerra: una guerra iniciada por la sola iniciativa gubernamental y sin la aprobación del Parlamento.

M. de Pressensé, que sabe escoger los adverbios, escribe que semejante estado de cosas "viola desvergonzadamente la ley constitucional". Desvergonzadamente o no, es un hecho que la están violando. La violan, pero es que hay la costumbre de violarla, costumbre bastante vieja, pues tiene ya veinticinco años: la misma edad que la Constitución.

II.—Desde hace veinticinco años la Ley constitucional establece que "sólo la Legislatura puede ejercer el derecho de guerra y de paz". Y esto está conforme con esa justicia teológica que ciertamente es el alma de una buena república democrática.

Quiere, en efecto, la Justicia, que si la guerra han de hacerla todos, sean todos también a declararla o, por lo menos, que la declaren los mandatarios de todos. Y quiere la Justicia que los soldados, antes de exponerse a las balas, sean consultados en escrutinio secreto por los jefes. E importa poco, desde el punto de vista de la Justicia, el que corran de este modo mil nuevos riesgos de derrota y muerte. *Fiat justitia*—dicen los justicieros—, *ruat coelum*. Hágase la justicia y abrásenos la metralla.

Una República democrática es el régimen en el que la voluntad de cada ciudadano goza prerrogativas de soberano. Y entre todas las prerrogativas soberanas, la esencial es el derecho de guerra y de paz. Un *casus belli* es estrictamente un caso reservado al soberano. Y, siendo nosotros reyes, este derecho nos corresponde. A lo sumo, pueden ejercerlo nuestros delegados inmediatos y de más reciente elección, por nosotros y por delegación nuestra. Atrás el presidente de la República, atrás los ministros y el Senado; republicanamente, el único poder competente en este caso es la Cámara baja y, si hubiera en el mundo una cámara más baja (quiero decir, más próxima al elector), a ella habría que recurrir. El que desconfía de los

diputados, desconfía de la República. Quien usurpa el lugar de la asamblea, suplanta la soberanía popular con su propia soberanía, con lo que viene a echar por tierra las esencias de la República.

III.—Tal es el derecho republicano promulgado hace veinticinco años. Pero desde hace veinticinco años también, los hechos no han cesado de ir minando la República, obligando a los diferentes jefes del Estado a violar la Constitución.

En efecto, siempre o casi siempre el Ejecutivo ha procedido por su propia iniciativa a expediciones que, como dice M. de Pressensé, no se distinguían más que nominalmente de una empresa militar y que, en todo caso, "podían llevar de un momento a otro a la guerra".

La expedición de China, la de Túnez, la de Dahomey, la de la Indochina, pueden servir de ejemplo. La historia de Fashoda, que hace poco contaba aquí Saint-Simonin, es otro no menos bueno. Cuando Saint-Simonin la contó, hizo que pusieran el grito en el cielo todos los amigos de la Constitución.

Todo el mundo lo recuerda. Nos amenazaba una guerra en Europa, en Africa y en todos los mares. El Gobierno necesitaba créditos para proceder a los preparativos necesarios, pero los créditos hay que pedirlos a las Cámaras, y éstas estaban cerradas por aquel entonces. El reunirlas bruscamente hubiera alarmado, y, aun en el caso de que hubieran estado funcionando, sus ruidosas deliberaciones hubiesen servido para poner de manifiesto ante el enemigo nuestros puntos débiles y al mismo tiempo hubieran enervado al país. Para no complicar, pues, la situación, se hizo caso omiso de las Cámaras. En ausencia de éstas, se dió un pequeño golpe de Estado presidencial y ministerial violando la Constitución en nombre de la salud nacional.

Pero ¿las mismas situaciones no llevan fatalmente a las mismas medidas? Otro amigo del antiguo presidente, nuestro colega M. Hugues Le Roux, contó cierto día que M. Félix Faure se había jurado a sí mismo movilizar por sí y ante sí a las tropas en caso de declaración de guerra a Alemania. Parece ser que el presidente había hecho una buena provisión de energía que le parecía obligada por sus deberes de patriota, si no lo era por su profesión de republicano.

En otro tiempo tuve yo mucha curiosidad de saber cuáles eran las disposiciones de M. Loubet en este punto. La iniciativa que acaba de tomar me tranquiliza un poco. Si la tengo por peligrosa (y pronto diré por qué), lo es mucho menos que lo sería, por ejemplo, el estado de espíritu jurídico-metafísico-camelístico de un presidente que se negara a sacar a su país del atolladero por temor a violar la Constitución.

IV.—¿Por qué los actos diplomáticos y militares de la tercera República han estado siempre o casi siempre en un desacuerdo tan violento con el derecho republicano? Creo que una sola palabra basta para explicarlo. La necesidad lo exigía. O, mejor dicho, dos necesidades: una tan vieja como el mundo y otra completamente moderna.

Necesidad tan vieja como el mundo: en todo tiempo, las operaciones militares y diplomáticas han dependido de tres condiciones principales: rapidez, continuidad y secreto. En todo tiempo, las asambleas numerosas no han sido capaces de ser ni muy rápidas, ni muy seguras, ni muy discretas. Razón por la que en todo tiempo han sido los reyes, los jefes, quienes han guiado la diplomacia y la guerra. En todo tiempo, las democracias, cuando eran parlamentarias, no han tenido capacidad para la guerra ni para la diplomacia. Las repúblicas vigorosas, como la de Roma y la de Venecia, eran dirigidas por unos patriciados poderosos. En igualdad de circunstancias, puede afirmarse que el éxito final en materia de diplomacia y de guerra depende de la unidad en la dirección y en el mando.

Esto es viejo como el mundo. Vayamos a lo actual. Las condiciones de la diplomacia y de la guerra exigen más estrictamente que nunca la prontitud y el misterio. Los jefes germanos reunían a sus guerreros cuya opinión consultaban antes de emprender una guerra. Nuestros antiguos reyes consultaban a veces a sus Estados. ¿Podría hacerse esto hoy? En opinión de los especialistas, la victoria es del pueblo que más pronto y en mayor número esté sobre las armas. En 1870, se esperaba que habría un lapso de tres meses entre la declaración de guerra y la llamada de los reservistas, y fué sólo cuestión de días y hoy sería cuestión de horas. Dice Montesquieu que el parlamentarismo, salido de los bosques de Germania, es una máquina bárbara, demasiado lenta y pesada para res-

ponder a las condiciones del nuevo orden de cosas. Esta carreta merovingia debe ceder el paso al automóvil.

Así es como la reina del mundo, la necesidad, acumula contra la República los hechos que la niegan. Así es como impuso a los magistrados republicanos, en nombre de los deberes de su cargo, los métodos naturales de la Monarquía. Siempre que se presenta un hecho político importante, un problema internacional, se ven obligados a violar la Constitución.

V.—Lo hacen, y hacen bien. Su único error es el no violarla más que en parte. La salvación del país exigiría que tuvieran bastante valor y presencia de ánimo para violarla al por mayor.

Como han de improvisarse en la función real, tienen que improvisar las cosas y las estropean al hacer medio a escondidas lo que un rey no improvisado, sino en plenos poderes y firmemente asentado en su función soberana, podría hacer con todo cuidado y estudio.

Se improvisan como reyes, es decir, usurpan la autoridad real, pero la responsabilidad real la esquivan por completo. En primer lugar, porque la suya está dividida entre muchas personas. En segundo lugar, porque no alcanza más que a un espacio de tiempo cortísimo. Porque es solo a mandar—el monarca—y porque permanece mientras que todo cambia, un rey se siente responsable ante su pueblo, ante su dinastía y ante la historia: tengo demasiada buena idea del buen sentido de M. Loubet para suponer siquiera en él ni la más remota idea de esta triple responsabilidad.

Finalmente, nuestros magistrados republicanos, al improvisarse como reyes, usurpan el arbitrio real y, a lo largo de todo este artículo, he dado por supuesto, para tratarlos con consideración, que sólo lo usurpaban en razón de la conveniencia pública. Pero ¿y si por azar lo usurpaban en favor de los intereses de su partido? ¿Y si lo usurpaban en provecho de los intereses privados? [1]. ¿Y si estos intereses privados fueran opuestos al interés general? No tenemos ninguna garantía frente a esta triple posibilidad. La Monarquía hereditaria identifica al

1. Parece que en noviembre de 1901 fué así. Los créditos Tubini y Lorando ¿eran siquiera créditos franceses? (*1902*).

príncipe reinante con el interés nacional: un rey puede equivocarse, pero está más interesado que nadie en que esto no ocurra y, si comete error, en descubrirlo y rectificarlo cuanto antes. Aun cuando es un hombre ruin como Luis XI fué, sirve al interés de su pueblo sirviendo su interés propio. Por el contrario, ¿quién no advierte la facilidad con que estos dos intereses se desdoblan en el corazón de un presidente electivo y de sus ministros, cualquiera que, por lo demás, sea el valor intelectual o moral de cada uno de ellos?

VI.—Sí; tenemos una función real ejercida sin la experiencia del "oficio de rey". Tenemos la Corona sin la unidad, sin su responsabilidad ni personal, ni doméstica, ni dinástica, y tenemos una monarquía sin este patriotismo que es natural a los reyes como expresión de sus intereses más caros. Tenemos una monarquía sin ninguna de estas garantías esenciales.

Es una monarquía, no obstante, postulada por la necesidad y por la naturaleza de las cosas; es la monarquía a pesar de todos los pesares. Pero ya que la naturaleza nos la trae, seamos hombres, hagamos lo que los hombres de todo tiempo han hecho con los productos naturales. Perfeccionemos este mecanismo en bruto. Saquemos de esta monarquía anónima, irresponsable, fugitiva, precaria, una Monarquía que responda a las cuatro o cinco grandes condiciones de la salud pública.

De una vez para todas, acabemos con la República y volvamos al Rey nacional.

VIII

EL ESCANDALO

23 de noviembre de 1901.

Entonces, ¿es verdad que el socialismo crece en Francia por todas partes? ¿Y los periódicos de todos colores están llenos de la exposición de su doctrina y de las informaciones de sus éxitos electorales? ¿Y se prevé que en la Cámara próxima habrá cien diputados colectivistas, y nada viene a rectificar el pro-

nóstico de hecho tan escandaloso? [1]. Los cabecillas negocian de igual a igual con los ministros y el Parlamento, y diríase en verdad que los agitadores están, por su valor o por su número, en condiciones de hacer la ley.

I.—Y, no obstante, la idea socialista tiene que bajar la cabeza ante la crítica de los hechos. Hace unos cincuenta años, los doctores de la iglesia socialista enseñaban que su sistema no era un programa de reformas concebido con objeto de alcanzar ciertos bienes apetecibles o de curar unas dolencias insoportables: no; según ellos, el socialismo presentaba sencillamente una imagen, en cierto modo fotográfica, de la futura sociedad tal como sus dimensiones y contornos son calculados por la Ciencia, tal como una evolución, ya muy adelantada, iba necesariamente a modelarla. No nos decían nunca: *Estaría bien que esto fuese así...*, sino: *Será esto, nosotros no hacemos más que anticiparnos a los hechos para facilitar y simplificar su advenimiento*. Estas parteras del porvenir conjugaban todos los tiempos de los verbos en futuro, pero como lo hacían con una gran seguridad, cualquiera que hallaba gusto o estaba interesado en que sus predicciones se cumplieran, los creía con verdadera pasión.

Tales teorías de visionario eran aceptadas como "leyes". De hacerles caso, las clases pobres de todas las naciones estaban destinadas a unirse frente a las clases capitalistas del mundo entero: ley de la lucha de clases. Y asimismo, mientras que los ricos debían enriquecerse más cada día, los pobres tenían que empobrecerse también paralelamente: ley de la pauperización del proletariado. Y ambas "leyes" han quedado desmentidas.

II.—Un espíritu de los más penetrantes, uno de nuestros críticos más sabios, M. Jean Bourdeau, recordaba el otro día en los *Débats* que, lejos de hacerse cada día más pobre, el

1. No ha sido el número de diputados colectivistas sino el partido radical-socialista, el partido de Combes y de Pelletán, lo que ha crecido en las últimas elecciones. Pero esto no modifica para nada nuestras conclusiones. Como hemos dicho a menudo, y como se verá más adelante, no es lo peligroso el colectivismo, sino el elemento democrático que se añade a él. El partido radical-socialista es ante todo demócrata, por lo que constituye el elemento virulento del socialismo. (Nota de 1902.)

obrero europeo ve aumentar sin cesar la tasa de su salario. Yo, por mi parte, añadiré que, lejos de formar entre naciones una vasta comunidad económica cuyos miembros todos sean solidarios entre sí, el obrero europeo se aprovecha del progreso económico de su patria y que asimismo se beneficia de los males económicos de los países competidores: un obrero del puerto de Génova cobra lo que aportan a su trabajo la huelga y el ayuno del obrero del puerto de Marsella; el minero belga advierte al minero francés que no espere que él huelgue porque se vaya a la huelga de nuestras fronteras para dentro. Más aún: el obrero ni siquiera forma un proletariado unido, compacto y solidario dentro de su respectiva patria. Este proletariado de que tanto se habla y tanto se escribe, no es más que una ficción que de tanto en cuanto se desvanece. Hasta en Francia hemos visto a nuestros metalúrgicos reprochando a los mineros su arrogancia, su egoísmo y sus pretensiones de privilegio. Por su parte, el minero francés se lamenta ásperamente de que, con las cotizaciones que él aporta a la caja nacional de retiros para la vejez, "aporta a la masa mucho más de lo que ésta le dará a él". ¡Oh solidaridad de las masas proletarias, éstas son tus pruebas!

Y no hablo del obrero del campo. De un extremo a otro de Europa, el obrero agrícola ha comprendido a menudo que, si tiene algún interés común con el proletario de las ciudades, tiene unos intereses comunes mayores aún, más estrechos y más profundos, con su propietario y su arrendador. Es fácil darse cuenta, gracias al funcionamiento de los Sindicatos Agrícolas y de las Cajas de Crédito Agrícola, en Francia, Alemania, Austria e Italia, científica y experimentalmente, de donde está la comunidad de intereses. Es menos fuerte de lo que se dice entre personas de la misma clase, y, por el contrario, lo es más de lo que se dice entre personas aplicadas al mismo trabajo: empleados y capitalistas, obreros y patronos, proletarios y propietarios. Si una industria es floreciente, todos los que de ella viven prosperan con ella, pero, si languidece, todos sufren las consecuencias de ello, desde los dueños del capital hasta los más ínfimos asalariados.

La apariencia de lo contrario se da sólo en la gran industria, pero sólo en ella. O, por mejor decir, es en ella donde se

ha dado y donde podía despistar a las gentes. La gran industria ha sido el pretexto general del socialismo. Bajo su influencia, el socialismo nació y se desarrolló.

III.—Razón por la que el crecimiento del socialismo se explicaría en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra, países hulleros, países en los que la gran industria absorbe en la mayor parte la actividad y los recursos.

Tanto allí como aquí, sería indudablemente un mal un crecimiento del socialismo, pero un mal natural, un fenómeno explicable por simples causas económicas. ¡Pero en Francia! ¡En Francia, país de pequeña y de mediana propiedad! ¡En Francia, donde, a fin de cuentas, hay cerca de veinte millones de rurales por treinta y nueve millones de habitantes! ¡En Francia, cuna y patria de elección de la clase media! ¡En Francia, el país del mundo en donde, según observa M. Frédéric Amouretti, se cuenta el mayor número de personas que tienen de tres a cuatro mil francos de renta! ¡En Francia, donde los mineros, estos mineros que absorben toda la atención desde hace tres largos meses, no son más de 165.000, un poco más de la doscientascuarentaava parte de la población!

Sumad estas insignificantes minorías de los obreros de la gran industria y, por otro lado, las mayorías formidables que dan, puestos en fila, nuestros rurales, nuestros rentistas, nuestros pequeños y medianos propietarios de las ciudades, nuestros obreros y patronos de las pequeñas y medianas industrias: es enorme la diferencia entre la pequeña tropa expuesta al contagio del socialismo y la inmensa muchedumbre de aquellos a quienes el socialismo sólo puede asustar. Tengo, pues, sobrados motivos para afirmar que en Francia el progreso actual del socialismo no deriva de hechos económicos, de hechos naturales, de hechos puros. Depende de una impureza y de un artificio. Depende de la intrusión de un elemento extraño en el orden económico. Repito que es un escándalo, un escándalo político, ni más ni menos.

IV.—Investigad cuál es la causa política de todo esto. Fácilmente la encontraréis. Os daréis cuenta de que son muchas las personas interesadas en desnaturalizar las relaciones entre el capital y el trabajo. Os daréis cuenta de que este interés es de orden electoral. Os daréis cuenta de que el régimen que se basa únicamente en la elección extendida a todas las cosas, como decía Balzac, fomenta, adiestra y suscita necesariamente toda una turba de candidatos. Os daréis cuenta de que ninguna reforma electoral sería capaz de acabar con toda esta turba. ¿Pues qué? El Estado, un presupuesto enorme, una influencia inmensa son entregados a la voracidad del primero que sepa hacerse notar a los ojos de los electores, ¿y querríais que no se echaran a la vez sobre este magnífico botín todos los caballeros de industria, todos los bandidos, todos los pillastres de Francia?

La naturaleza misma del suelo francés y de nuestro pueblo rechazan el socialismo. Este sólo tiene un elemento que le favorezca en Francia: el régimen electivo. Patronos amenazados de ruina, trabajadores decentes que os veis amenazados en vuestro medio de vida, ¿queréis acabar con el socialismo? Pues acabad con el régimen electivo. Vuestro mal nace de él, y sólo con él acabará. Balzac tenía previsto que Francia restificaría algún día la práctica de "la elección aplicada a todo". Lo exigen el interés público y el interés privado. No hay más que un remedio a este escándalo del socialismo electoral: la sustitución de la elección por la herencia, de la República por la Monarquía. Lo he dicho muchas veces y lo repetiré siempre, del mismo modo que Catón repetía al Senado de Roma que había que destruir a Cartago: hay que acabar con la República.

V.—Seguramente, bajo un rey dinástico y superior a los partidos, el capital y el trabajo tendrían también sus conflictos, pero serían los conflictos naturales, proporcionados a su verdadera importancia y no desnaturalizados por la política electoral. El rey, actuando en sus Consejos, sería el árbitro supremo de los mismos, pero nunca su esclavo. Garantizaría la fortuna de Francia en toda la extensión de esta palabra. Treinta y nueve millones de franceses vivirían felizmente en este régimen y los 165.000 mineros que tienen en jaque a nuestro desgraciado presidente y a sus pobres ministros tampoco tendrían que dolerse del cambio de régimen. Puesto que el carbón es necesario y que ellos hacen falta para extraer el carbón y, puesto que, tras haber obtenido ya cien privilegios, quieren todavía otros cien, se pondría punto final a tales privilegios nombrándoles caballeros, como se hizo antaño con los obreros del

vidrio, y, como nobleza obliga, se pondrían a trabajar tranquilamente [1].

IX

EL NUEVO ADHESIONISMO

11 de diciembre de 1901.

Creo que fué en los primeros días del último noviembre cuando uno de nuestros colaboradores, M. Joseph Galtier, sostuvo una curiosa conversación con el marqués de Castellane. El marqués es el veterano, el patriarca del "reconocementerismo" republicano. Al consagrar (¡y con qué palabrería!) a sus tres hijos y a uno de sus sobrinos a los anticuados altares de la democracia, invitaba a la sociedad—todo su mundo—a seguirle. Este llamamiento ha sido oído, ya que no escuchado, y, en los últimos días del mismo mes, un joven de tan buena prosapia como los Castellane y de un espíritu singularmente vivo, perspicaz y firme publicaba su profesión de fe, pero era de fe en la Monarquía: el nuevo adepto era el conde Léon de Mon-
tesquiou.

I.—Estas adhesiones contradictorias serán fácilmente explicadas por la Historia:

—Castellane—dirá ésta—tenía las ideas de su época, correspondientes a la mitad del siglo pasado, momento en que la revolución parecía ser el porvenir de Europa entera. Pero Montesquiou, en este primer año del siglo XX, no cuenta todavía treinta. Sus ojos, que contemplan a la Europa contemporánea, obra de los Bismarck y de los Beaconsfield, de los Cavour y de los Cánovas, advierten que desde hace cincuenta años no se ha hecho en ella nada grande, nada útil, que no se deba a los

1. Un periódico ministerial del Norte se permitió el pasado noviem-
bre el poner en duda la seriedad de esta solución. ¿Sabe nuestro co-
lega que M. Bismarck abrigaba la idea de militarizar a los mineros?
(Nota de 1902.) Posteriormente, Briand ha militarizado a los ferro-
viarios, pero los desdichados no han conocido más que el anverso de
esta situación (*1911*).

hombres y las ideas de autoridad. En todas partes las robustas construcciones políticas levantadas por unos ministros fuertemente apoyados en sus dinastías han impulsado el progreso general. Gran lección de cosas propia para tentar a los jóvenes franceses, por lo menos a aquellos que se sienten patriotas y son inteligentes, instruídos y perciben cuán atrasado vive su país.

II.—Algún día, cuando se abarque en su conjunto el movimiento intelectual que nos conduce a la próxima restauración, esta explicación no faltará. Pero la Historia ve desde demasiado arriba, desde demasiado lejos, para recoger todos los detalles de los acontecimientos. De hecho, nuestro mismo partido del orden es una reacción nacida del desorden interior, pero nunca de una comparación de la situación de Francia con la del extranjero.

Entre los muchos talentos que yo he visto llegar al monarquismo, sólo uno habrá venido a él por este camino real: M. Jacques Bainville. Corría el año 1898 y Jacques Bainville contaba unos diez y nueve; acababa de regresar de Alemania, en donde había estado preparando su libro sobre Luis II de Baviera. La potencia germánica impúsose a su reflexión y comparó con ella nuestras debilidades, cuyas causas se puso a investigar, y, una vez halladas, sacó la conclusión obligada: al llegar a la estación de Avricourt, Jacques Bainville compró la *Gazette de France,* de la que hoy es redactor.

A pesar de toda su inteligencia y de todo su saber, dudo de que Jacques Bainville hubiera podido elaborar un razonamiento tan matemático de pertenecer al mismo mundo que Montesquiou. El joven burgués que un buen día se despierta siendo monárquico, se limita a dejar sentado que lo es y se pone buenamente a trabajar. Pero el sonido de esta palabra pone a un Montesquiou en desconfianza. ¿Contra quién? Contra sí mismo: teme engañarse, teme ceder con demasiada facilidad a unas tradiciones respetables, pero pasadas de moda, y de las que las personas más despiertas de su alrededor están encantadas de haberse libertado y no lo recatan.

Conviene confesar que las altas clases francesas han perdido mucho, no digo desde hace un siglo, sino desde hace dos o tres. Ya Luis XIV se aplicaba a no gobernar más que con

la burguesía. Rivarol escribía en su tiempo: “Los emigrados traen siempre el retraso de un ejército, de un año y de una idea.” Palabras sintéticas y que siguen siendo actuales. La superioridad de espíritu es todavía una excepción y casi una mancha entre nuestros emigrados contemporáneos. Y si uno de ellos se distingue, como Léon de Montesquiou, por el mérito personal, ellos no se dan por enterados.

II.—Conocimos a Montesquiou en el momento de la crisis. Nuestras querellas civiles acababan de descubrirle su calidad de ciudadano. Como todo el mundo, se había instrito en los registros de la “Liga de la Patria Francesa”. Frecuentaba nuestras reuniones de la *Action Française*, a las que traía una buena voluntad sin límites, un espíritu abierto y vigoroso, pero, en cuanto a opiniones preconcebidas, tabla rasa. Republicano por pundonor y acaso por costumbre, confiesa hoy que los motivos invocados en favor de la República eran tan ajenos a él como las razones que pudiera haber para preferir la Monarquía. “Nunca—dice él—había pensado seriamente en estas cosas.” Pero le pareció que la patria estaba en peligro y se puso a estudiar los métodos y las doctrinas de salvación.

—Cuidado—le dijo alguien—, que ésta es una palabra muy peligrosa: quien quiera seguir siendo republicano, hará bien en evitarla. Una vez afirmada la voluntad de salvar a nuestra patria, todo se encadena, todo se deduce en un movimiento ineluctable. La fantasía, la misma elección, no tiene en ello parte alguna. Si ha decidido usted ser un patriota, acabará usted fatalmente haciéndose monárquico.

¡Cuántas sonrisas recoge uno cuando plantea este teorema! Todavía me acuerdo de la sonrisa de Montesquiou, y tal es, no obstante, el prefacio natural de una conversión. Verdad es que todos los pasos de Montesquiou hacia ésta han sido sucesivos y disputados palmo a palmo y línea a línea. La colección de nuestra *Action Française* y de los *Annales de la Patrie Française*, en que iba consignándolos, darán fe de ello. Pero como toda su lenta evolución ha ido haciéndose en un mismo sentido, sus once artículos, espaciados en un período de dos años, forman, reunidos en volumen, una especie de memoria de un viaje político y económico que reune el sólido aspecto de un tratado. Un azar natural, o, por mejor decir, la misma natu-

raleza del tema, ha entretejido estas impresiones en un orden riguroso y simétrico. Uno de los nuestros acaba de decirlo: “He aquí el Manual del nacionalismo integral”, y creo que todavía es algo más que esto. Con sus capítulos tan claros, tan sucintos y tan puros, con sus notas que subrayan de un capítulo a otro el desenvolvimiento del pensamiento, este librito resulta completamente digno de su gran título: *La Salud Pública.*

III.—Preciso, consecuente y probo, había empezado por reconocer que no sabía nada. Se confesó, pues, a sí mismo que nada sabía y se dió cuenta inmediatamente de que algo quería, a pesar de todo, y púsose a investigar qué era lo que quería.

—Yo soy nacionalista—se dijo—. Quiero, pues, la salvación de la patria. Pongo su salud por encima de todas las cosas; de consiguiente, la salud pública es mi soberana y no tengo otra: por tanto, la voluntad del pueblo no es soberana ni mucho menos.

Habría que citar este capítulo fundamental en el que Montesquiou deja sentado que “la soberanía del pueblo no es menos ficticia que el derecho divino de los reyes”, pensamiento que lo separa de M. Paul Déroulède. Porque, según éste, la voluntad del pueblo no puede ser violentada ni siquiera en razón de la salud pública. Ni siquiera para salvarse puede despojarse la nación de sus derechos, es decir, de su libertad política.

Una nación que quisiera abdicar de su libertad política, no puede hacerlo: M. Déroulède se lo prohibe en nombre de su sistema jurídico y metafísico. Los polacos del siglo XVIII no tenían derecho a sacrificar su funesta libertad política a las necesidades de la independencia nacional. Se mantuvieron así libres de toda dinastía polaca, pero, en cambio, dependen de unas dinastías extranjeras. De modo que, para estar libres de la Casa de Francia, tendríamos *el deber* de preferir el yugo de la Casa de Prusia. ¡Qué admirable nacionalismo!

Montesquiou había llegado al fondo de todo este absurdo. Parece que M. Déroulède ha acabado dándose cuenta de su falsa posición, ya que, tras habernos excomulgado del nacionalismo, acaba de prohibir el uso de esta palabra entre los suyos. Yo le aconsejo que proscriba también la de “patriotismo”. Por-

que su doctrina, tal como él la formula, supedita el bien nacional a los caprichos de la voluntad nacional, que a su vez debe doblegarse ante el derecho superior de la Libertad. Ni M. Ranc, ni M. Francis de Pressensé pensarían otra cosa, y, sin duda, M. Déroulède añadirá, como estos señores, que el bien público es cosa de importancia secundaria y hasta terciaria, ya que la misión de Francia es el arriesgar a cada momento su propio bien para enseñar la práctica de la Libertad y de la Justicia al género humano.

Ruat Gallia, fiat justitia! Esta es la pura doctrina republicana: la de los padres del régimen, la del jacobino que hubiera inmolado a los "principios" la metrópolis entera después de hacerlo con todas las colonias. La de Quinet y de Michelet otorgando a su patria el envidiable título de "Cristo de las Naciones"; la de los anarquistas que peroran en la Sorbona y la de los que se sientan en el Gobierno.

IV.—Preciso, consecuente y probo, Léon de Montesquiou se ha mantenido fiel a la divisa que M. Déroulède conserva dentro del corazón, aunque la ha arrojado de su espíritu. "*¿Quién vive? ¡Francia!*" Toda la doctrina monárquica está contenida en estas palabras.

Por fidelidad a esta divisa, hay que desconfiar del régimen electivo, bien sea parlamentario, bien plebiscitario. La elección parlamentaria ha puesto recientemente al frente de nuestros asuntos exteriores a un inglés auténtico, inglés de sentimientos, inglés de educación, al cual debemos el duro sacrificio de Egipto. Si los manes tienen una vida, M. Waddington debe oír en su tumba las elocuentes maldiciones de que le llenan republicanos tales como MM. Edouard Drumont y Eugène Ledrain. La elección parlamentaria está, pues, muy lejos de garantizar el patriotismo de sus productos.

¿Los garantiza, acaso, mejor la elección plebiscitaria? En 1849, en 1852, en 1870, el país plebiscitó a otra especie de Waddington. Fué el hombre de la unidad italiana, el hombre de la unidad alemana, el hombre de la libertad de todos los pueblos de Europa, y el hombre de la servidumbre francesa: tanto como M. Waddington es inglés, Luis Napoleón fué cosmopolita. Este estudiante romántico que albergaba en su corazón todos los intereses nacionales, excepto el nuestro, no perdió para nosotros el Nilo, pero su nombre es maldito en las márgenes de otro río.

El jefe parlamentario algunas veces es un cualquiera. El jefe plebiscitado es representativo, pero lo es de la opinión, es decir, en términos generales, de los caprichos, de la ignorancia y de la locura. El rey hereditario es representante del interés francés, garantiza la nacionalidad del poder. La divisa "*¿Quién vive? ¡Francia!*", exige, pues, un rey, del mismo modo que excluye el plebiscito y el Parlamento. Yo quisiera que todo nacionalista viera todo el sentido de esta divisa, sirviéndose para ello de la ayuda de la "guía" admirable escrita por Montesquiou para los estudiantes. De buena gana la hubiera yo analizado para hacer ver al detalle el desarrollo de su pensamiento. Pero me parece que ya he dicho bastante cuando digo del autor que tiene un espíritu preciso, probo y consecuente.

En esto consiste el secreto de su conversión. Los nacionalistas y patriotas como él no podrán dejar de imitarle.

X

LAS REFORMAS

21 de diciembre de 1901.

Hay unos ciudadanos a los que adoro y detesto a la vez. Ora quisiera alimentarlos en el Pritaneo revestidos de túnicas blancas con bordes de púrpura, ora quisiera verles paseados por París sentados sobre un asno y llevando la cola de éste a guisa de brida: son los soñadores de reformas. ¡Qué buenas gentes! ¡Qué miserables! ¡Qué bien intencionados! ¡Qué locos! ¡Qué razón tienen! ¡Y cómo se equivocan!

Pero empiezan por tener razón. Este país nuestro no tiene más disyuntiva que reformar o perecer.

I.—No sé si conozco o no—pero, comoquiera que sea, lo leo a diario en el *Figaro* y en otras partes—al periodista más espiritual de nuestro tiempo. Llámanle ateniense, llámanle parisiense y hasta provenzal. Muchas veces ha mariposeado por la política, pero ni la Cámara ni la Administración son lo que

más amplios horizontes le han abierto. La flor de la experiencia cotidiana le da la sabiduría. Yo creo que la mejor de sus opiniones sociales la ha engendrado su santo horror por los gastos de Justicia.

La justicia francesa resulta horriblemente cara. Es cara para los que a ella recurren y cara para el Estado. El escritor a quien me refiero no cesa de dolerse de ello. Reclama, conjura, increpa, demuestra, apabulla; pero, tras todo esto, tiene que acabar exclamando: —La reforma judicial es urgente, pero no hay quimera mayor que el esperar que venga.

Y, cuando se le pregunta por qué, responde: —Porque los hombres de ley son los amos de todo. Nuestro régimen es un régimen de legismo puro. Ved quiénes son los presidentes de la República desde hace treinta años. Hoy mismo, un abogado es el dueño del Elíseo; otro, del Palacio Luxemburgo; otro, del Palacio Borbón. El Consejo de ministros está presidido por un abogado. Pasad revista, además, de las otras carteras.

Y es fatal que así ocurra en un sistema basado por entero en la oratoria. ¿Quién podría reformar este pueblo de legistas? ¿Cómo reduciría los recursos de que vive? El desinterés es una virtud personal, pero no hay ninguna corporación desinteresada. De consiguiente, la reducción de los gastos judiciales no es posible bajo el régimen actual y no podrá producirse más que bajo un buen tirano.

Y no hay más que un buen tirano: el Rey de Francia, que es lo que seguramente piensa nuestro eminente colega. Lo piensa, pero, pensándolo y todo, sigue siendo republicano. ¿Qué digo? Si bien reconoce que la República hace imposibles unas reformas indispensables, no quiere de ningún modo combatirla, ni quiere que se la combata, y hasta la defenderá si hace falta. He aquí a lo que han llegado los mejores individuos de esta generación.

II.—Tenemos una deuda de treinta mil millones. Desde hace veinticinco años, los gastos han aumentado, en plena paz, cerca de mil millones, y, en opinión de personas autorizadas, se aproxima la catástrofe. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer las causas inmediatas del peligro. Los políticos saquean al Estado y el Estado saquea a la nación. Economistas de primer orden como M. Jules Roche, patriotas y buenos ciudadanos

como Eugène Motte, el enérgico adversario de los socialistas del Norte, han fundado una Liga contra los saqueadores. ¿Y quiénes son éstos? ¡Pues los del Parlamento! La iniciativa parlamentaria, el derecho que asiste a los diputados de proponer sin tregua nuevos gastos, ora mediante enmiendas, ora por medio de diversos proyectos de ley, agota nuestros recursos.

La "Liga de los Contribuyentes", a la que nadie puede negar su simpatía ni su ayuda, propugna que nuestros diputados se prohiban a sí mismos el votar ningún gasto "fuera de lo que pida el Gobierno". La Liga hace presente que a Inglaterra le ha ido bien con un tal sistema.

Pero ¡ay!, cuando el Parlamento inglés ha renunciado a la iniciativa en materia de gastos, no hacía ningún acto de fe gratuita y mística en la sabiduría de los ministros presentes y por venir. Sabía perfectamente que estos ministros serían siempre más previsores y más sabios que él, porque la Corona y los Pares estaban cerca de ellos y los vigilarían: doble poder hereditario constituído para inspirar, y para imponer cuando hace falta, la prudencia y la previsión.

Pues en Francia nadie encarna esta preocupación de nuestro porvenir nacional. Nuestros Gabinetes son hechura de las Cámaras. Como las Cámaras mismas, viven con la obsesión del interés inmediato. ¿Y qué interés es éste? Pues el de mantenerse en el Poder con su partido. Por consiguiente, será inútil el que los diputados renuncien oficialmente a su facultad de iniciativa, porque, en realidad de verdad, la conservarán, sólo que sus proposiciones de gastos tendrán que dar un rodeo pasando por la antecámara de los ministros que propondrán lo que hoy proponen los diputados.

¿Hay que deducir de esto que los diputados que de este modo corrompen a sus ministros son una gente perversa? No recarguemos los tintas: limítanse solamente a ser el reflejo de sus electores. El vizconde Eugène-Melchior de Vogüé lo ha expresado con gran dureza en su libro *Les morts qui parlent*: "El elector mendiga favores del diputado, que los mendiga al ministro, el cual mendiga los votos del diputado, que mendiga a su vez los votos del elector." En este circuito de mendicidad mecánica, el elector y el elegido, el elegido y el ministro pue-

den ser personalmente excelentes, pero su obra es el espejo de las necesidades del régimen.

En nuestro país, rico, fértil, industrioso y altivo, en el que cada uno vivía celoso de su pequeño patrimonio, de su haber independiente, mediana y suficiente economía que no debía nada a nadie; en este país que casi no tenía plebe, la democracia ha engendrado una plebe medio burguesa, medio pueblo: la plebe política que amaña las elecciones.

Ella arrastra, maneja y, si hace falta, intimida a nuestras pobres buenas gentes. Un ejemplo: el día siguiente mismo al de la fundación de la "Liga de los Contribuyentes", un puñado de buenos radicales se alarmó, y, para darle una réplica inmediata, fundaron la "Liga democrática de los *pequeños* contribuyentes".

¿Comprendéis bien? Era como si dijeran: —¡Ah!, ¿queréis restringir nuestros gastos electorales? ¿Queréis libertar la fortuna pública de las acometidas del Estado, es decir, de nuestras succiones? ¿Os dirigís a los contribuyentes pensando que querrán poner fin a un derroche tan peligroso? Pues sólo los grandes contribuyentes sienten este interés, nada más que ellos.

No hay duda de que una política ahorrativa puede beneficiar también a los pequeños, pero *¿se dan cuenta siquiera de ello?* Su interés es un interés lejano, indirecto, insensible; de momento, el Estado les pide poco, pero les promete mucho en cambio. No digáis que estas promesas del Estado no tienen ningún porvenir, porque nuestra función, nuestro deber de republicanos demócratas es ni más ni menos que hipotecar indefinidamente el porvenir.

Cuando un Estado ha caído en el régimen democrático, sus atribuciones naturales (políticas, diplomáticas militares) tienden a desaparecer, pero en cambio recibe otras. Empezando por hacerse enfermero de hospital y maestro de escuela, procurador de las bellas artes, sacristán y estanquero, el Estado democrático tiende a convertirse en el copero y el proveedor universal. Coge, pues, el pan y el vino donde los hay, de la bodega de los ricos y de sus cuevas, y cuando, acabados los ricos, se acabó la riqueza, administra la inopia y se pone a presidir el hambre.

He aquí a dónde vamos a parar. Y aquí precisamente es a donde no quieren ir los fundadores de la "Liga de los Contribuyentes" y los ochenta mil ciudadanos, acomodados o ricos, inteligentes y patriotas, agrupados en ella. ¡Ochenta mil contra diez millones de electores, es decir, ni el uno, ni siquiera el uno por ciento! Sin un esfuerzo sobrehumano siempre en tensión, constantemente renovado de cuatro en cuatro años, es decir, a menos de un milagro, quedarán aplastados mientras se siga el sistema de la cuenta de votos.

¡Y pensar que, con su oro, con su influencia, con la autoridad que les da su posición, podrían operar de un solo golpe, de un brusco golpe de audacia, la Restauración, y, mediante ella, disipar, junto con el peligro financiero, todos los demás peligros!

Pues decídselo. Hacedles ver en dónde está la salvación, cuál es el único medio razonable, práctico y seguro, y todas estas gentes palidecerán y correran a apelotonarse, como en tiempos de André Chenier, ante los altares del Miedo.

III.—Todo está dicho ya tocante al punto de la reforma de las reformas, o sea la descentralización. Esta representaría la economía y la libertad; sería a un tiempo el mejor contrapeso y la más sólida defensa de la autoridad. ¿Quién ha dicho esto? Su Alteza el señor duque de Orleans, pero además hay muchos republicanos que piensan en este punto como él.

Pues bien: la imposibilidad de descentralizar en la República puede demostrarse como un teorema. Demos por supuesto que existiera un partido favorable a la descentralización y que este partido resultara algún día triunfante: llegado este momento, nos diría: —"Esperad, esperad que hayamos acabado de una vez para siempre con esos diablos de jacobinos centralizadores." Y, para mejor dar fin de ellos, extremaría aún la centralización.

Un rey no necesita más que el *asentimiento* general, pero el poder republicano necesita una delegación expresa y constantemente renovada de la *voluntad nacional.* Sin el elector, no puede durar. Un poder así necesita, por consiguiente, tener en su mano al elector, para lo cual necesita disponer de los funcionarios; sin éstos, no hay buenas elecciones, y, cuando alguien desea que éstas den mejores resultados todavía, necesi-

ta disponer de más hábiles y más numerosos funcionarios aún. De sobra saben todos lo que esto quiere decir.

Cuando un Estado se democratiza, se centraliza inmediatamente. Como elegido y elector viven el uno del otro, lo que los acerca y los une es la violencia de su común apetito.

Llevado por estas evidentes verdades, llegué a figurarme que todo partidario de la descentralización sería un aliado de la Causa monárquica, y exclamé a voz en grito: —¡M. Charles Beauquier, M. Charles Beauquier! ¡Usted, que el otro día habló tan bien de la descentralización en la Cámara, únase a nosotros y apresurémonos a derribar la República!... Pero me equivoqué de medio a medio. M. Beauquier es uno de los teólogos del régimen; desde 1848 no se ha cortado la barba todavía.

XI

LA DIMISION DEL SOBERANO

31 de diciembre de 1901.

A veces me dicen—mejor dicho, me suelen decir siempre—que nuestros puntos de vista monárquicos son, en teoría, ciertos. ¡Pero la práctica! ¡La práctica está muy lejos! Y cuando pregunto a los profetas el porqué de su profecía, me contestan: —¡Ah, porque el pueblo está apegado a su soberanía! ¿Cree usted que se le despojaría fácilmente de ella?

No es fácil despojar a un rey que defiende su poder, pero ¿y cuando el rey se ríe de su reino? ¿Y si abdica? ¿Y si dimite? Antes de exponer ninguna opinión, voy a presentaros algunos hechos pequeños, pero significativos. Creo que reconoceréis que todos ellos tienen una significación idéntica, o por lo menos, convergente.

I.—Hecho primero: M. Gémier, el director del *Renaissance*, quiso coronar el éxito de la *Vida pública*, comedia de costumbres electorales, con una fineza para el mundo electoral, y a este fin invitó a los grandes muñidores parisienses a ver la intencionada pieza de M. Fabre. Y aquellos caballeros aceptaron;

al día siguiente, un periodista de pies ligeros, redactor de *L'Aurore*, M. Jean Torlet, se dió una vuelta por casa de los invitados de M. Gémier y les dijo:

—Acaban ustedes de ver una comedia en la que el régimen electivo es arrastrado por los suelos por un escritor demócrata. ¿Tiene razón el autor? La sátira ¿no es más que una cosa divertida, o debe verse en ella algo de verdad? En principio, *elegir* quiere decir escoger lo mejor. Y en la comedia del Teatro *Renaissance* es escoger lo más intrigante, lo más interesado y lo más taimado. ¡Díganos usted qué es en realidad esto de elegir en la verdad de la vida! Usted, que hace elecciones, lo sabe mejor que nadie.

Los grandes electoreros preguntados pertenecen a todos los partidos. Pues bien, el radical contestó: "Lo que dice la comedia es demasiado cierto." El progresista guardó un silencio más que elocuente. El socialista declaró que "todo aspirante a las funciones electivas se ve obligado a maniobras desleales y reñidas con todos los principios". El nacionalista ha tenido que reconocer que las elecciones se reducen, para quienes perciben su auténtico sentido, a "una caza de empleos".

Pero quedaba un viejo republicano, y éste casi derramó lágrimas por la muerte de su ilusión perdida, y M. Jean Torlet, autor de la información, sacó esta filosófica consecuencia: "No hay elecciones limpias."

Permítame que yo añada que la gente empieza a darse cuenta de ello.

II.—Hecho segundo: Acabo de descubrirlo en el *Almanaque Marsellés*, redactado en provenzal por M. Auguste Marin.

M. Auguste Marin es uno de los meridionales que mejor conoce la situación de su región. Bella y pobre región, antaño casi unánimemente monárquica, fiel de este modo a la tradición autoritaria, "arquista", propia de la sangre griega y romana, y hoy entregada a la anarquía más miserable y pasto de socialistas y radicales. M. Auguste Marin, a quien conoció todo París en la secretaría de Redacción del *Journal*, es un republicano de lo más consecuente. Hace ya mucho tiempo que ha dejado atrás el socialismo y boga actualmente por las aguas de Kropotkin y Reclus.

Pero no por ello tiene menos buena mano para pintar e

interpretar admirablemente lo que ve. Yo, que he presenciado las escenas que él describe, no hubiera sabido mostrarlas con la fuerza de vida y el ingenuo realismo de la verdad pura que él les da. "Los candidatos—dice él—llegan al pueblo, unos, coquetos, acabados de revocar, con aire de importancia; los otros, mal peinados, mal vestidos, con el sombrero abollado, para tener carácter popular." Hay que tener en cuenta que ninguna de estas vestimentas es definitiva. "Así es que, tanto unos como otros, la transformarán según sea la comarca por donde actúen. Habrá quien pase por aquí de levita y que fuera de aquí se exhiba con la chaqueta al hombro."

El compatriota de Auguste Marin, el pobre Henri Fouquier, gustaba de contar cómo cierto periodista radical que se presentaba por Marsella salía de París en un vagón de primera clase, a lo que le autorizaba su permiso de circulación, pero en la estación de Arlés cambiaba de coche a fin de que sus electores le vieran bajando de un departamento de tercera.

Lo que Fouquier no ha visto y que Marin subraya con pintoresco realismo, es, paralelamente al juego de los candidatos, la comedia de los electores. Ser gran elector, elector influyente, es una seguridad de vivir bien, siempre a mesa de buenos manteles, y de francachela. Los más listos de estos parásitos profesionales se llevan bien con los candidatos de cualquier matiz, comen a dos carrillos, olisquean todas las cazuelas y de este modo se rodean de consideración, porque las gentes sencillas los admiran por verles tener amistades tan importantes y codearse sin cesar con "todos los señores que se presentan". Y esto no siempre se limita a ser una pintoresca comedia, porque por este procedimiento se montan unas tiranías locales cuyo peso se hace sentir más de año en año. Entonces es cuando a la envidia viene a mezclarse el odio.

No se crea que el pintor de estos cuadros se contenta con dar unos trazos coloristas y hacernos sonreír, sino que saca su conclusión, que es ésta: "¿Queréis que yo os diga mi opinión sobre los candidatos que vendrán a hacernos promesas y más promesas, muchas más de las que vosotros podríais pedirles? Todos ellos os dirán que son amigos del pueblo, porque es el pueblo quien los nombra, pero hay tantas maneras de ser amigo del pueblo, que preciso es que no os fiéis..."

Desconfianza. Desconfianza del candidato. Desconfianza de los grandes electores. Las otras conclusiones de M. Auguste Marin me importan poco; me basta con ver que la desconfianza del régimen entero es el sentimiento que se insinúa y gana terreno, en provincias lo mismo que en París.

III.—Hecho tercero: Fué en París, la otra tarde, en una de esas conferencias en las que los demócratas cristianos van a coronar de flores a los jefecillos del protestantismo liberal; una especie de predicador exponía las dificultades que algunas veces hay para ver en qué consiste exactamente el deber, y exclamaba: —Por ejemplo, señores, tenemos una perplejidad en política y nos preguntamos a quién debemos enviar a la Cámara...— Entonces, desde el fondo de la sala, interrumpió una voz que decía: "A nadie".

Y esta cortísima frase fué como una ducha helada sobre la asamblea. Al orador, insigne manipulador de nubes, le costó Dios y ayuda el proseguir el ritmo de su frase, porque parecía que, en medio de los camelos del presente, hubiera sonado la fórmula de las realidades por venir.

IV.—Podríamos expresar más rudamente aún esta fórmula—y aquí quedaría explicado el cuarto hecho que quería exponer—con un sonoro "¡a mí qué me importa!", con que tantos espíritus de cultura superior ponen hoy fin a las discusiones políticas. Hace dos o tres años, por un momento se creyó que todos estos espíritus iban a precipitarse al palenque de la lucha para actuar constantemente en él. Pero mirad cómo se van yendo y preguntadles hábilmente: todos os confesarán su impotencia, y los más conscientes de ellos su incompetencia para la tarea, diciendo: —Vivimos bajo un régimen de cesarismo administrativo. ¡Y en República! Es decir, que, en aquellas cuestiones en que tendríamos competencia sobrada, en todas las cuestiones locales y profesionales, las que nos tocan de cerca y que podemos analizar en sus más mínimos detalles, somos unos administrados a quienes unos funcionarios hacen pasar por el aro. En cambio, en todas las cuestiones en que nuestra incompetencia es evidente—alta política, legislación militar y marítima, diplomacia—tenemos categoría de soberanos; verdad es que esta soberanía es exclusivamente de palabra, puesto que a cada momento se la desconoce y que, en

nombre de la salud pública, hace evidentemente falta pasar por encima de ella. Por el contrario, nuestra servidumbre administrativa no es una palabra, sino una cosa real. ¿Quién nos libertará de la esclavitud administrativa? ¿Quién nos proporcionará unas libertades reales y prácticas? Si el precio de éstas fuera nuestra soberanía nominal y ficticia, habría que confesar que era un precio de saldo.

V.—Pero ¿acaso la ilusión de la soberanía del pueblo se mantiene en el pueblo mismo? ¿Cree éste que gobierna? Por lo menos, ¿espera gobernar algún día? Hoy, ya, esta pretensión está menos extendida que antaño y creo que no queda el menor motivo para mantenerla. Un inmenso desdén del régimen electivo abre al pueblo francés el buen camino de la sabiduría. Quien conozca al pueblo, no en sus veleidades conscientes, sino en los detalles precisos de sus deseos y sus necesidades, verá cómo oscuramente aspira a realizar su necesaria abdicación. Por todas partes contamos con buenos aliados:

El buen sentido de las masas rurales;

El espíritu crítico de los hombres de letras;

El escepticismo de los hombres mundanos y de las gentes de negocios.

Todos estos elementos contribuirán a la eliminación de los principios republicanos.

Es verdad que todavía quedan los obreros de las ciudades, pero también entre ellos actúan a favor nuestro unos importantes factores: el socialismo, que asocia y organiza, y el anarquismo, que desbarata tantas combinaciones insensatas.

XII

DE PARIS A SANTIAGO

22 de enero de 1902.

"—Vosotros tenéis la culpa. —La tenéis vosotros. —No teníais más que situaros dentro de la República. —Pero si la habíais traído para aplastarnos! —¿Pero no erais vosotros nuestros enemigos? —¡Pues bien, ea, ya no lo somos!: hagamos las paces. —¡Las paces, las paces!; esto se dice muy pronto. —¡Ah!, ¿pero ahora no queréis hacerlas, después de habernos llamado? —Sí, *pero*... —¡Siempre este *pero!*"

Bastan estas cuantas palabras para que todos reconozcáis la disputa molieresca que, de cuatro en cuatro años, a la vuelta de las elecciones, estalla entre los republicanos llamados moderados y los conservadores "reconocementeros". Palabras, palabras y palabras. Cuando, en vez de palabras, aduzcan hechos, nos ocuparemos de ellos. ¿Queréis que entretanto nos demos una vuelta hasta Chile, por ejemplo?

I.—Al otro lado del mundo, bajo un cielo para nosotros ignoto, vive en Santiago de Chile un filósofo que merece el nombre de apóstol. Su predicación me interesa desde hace mucho tiempo porque revela un noble espíritu y porque procede de una gran fuente francesa. Su nombre es Juan Enrique Lagarrigue. Su hermano, Jorge Lagarrigue, había consagrado ya su vida al positivismo, cuyas doctrinas y métodos profesó en París. Ahora el señor Juan Enrique Lagarrigue trabaja también por extender entre los hombres el sistema de Auguste Comte.

Usa el procedimiento de San Pablo, pero él envía sus epístolas a los grandes del siglo: el Zar, el Papa, el Emperador alemán, la reina Victoria, el rey Eduardo VII, el presidente Mac Kinley, Monseñor Ireland, son las personas con quienes suele mantener correspondencia. Apenas si de tiempo en tiempo condesciende con señores de menos categoría, tales como M. Brunetière, M. Hyacinthe Loyson y M. Agathon de Potter. Es, pues, grande la confusión que yo experimento cuando recibo también desde los antípodas mi correspondiente misiva. El folleto que M. Lagarrigue me hace el honor de dedicarme me ha llegado como aguinaldo la otra mañana.

Es una carta política que trata de los asuntos de Francia. Teniendo en cuenta que el autor ocupa en el planeta una posición diametralmente opuesta a la nuestra, resulta prodigioso su conocimiento de nuestras aficiones y de nuestras ideas.

II.—Hay un punto en el que M. Lagarrigue nos conoce mejor de lo que nosotros mismos pensamos conocernos. Interrogad, si no, ya sea al ministro de Instrucción pública, ya al último

de los maestros de escuela, y uno y otro coincidirán en afirmar que el siglo XIX francés ha sido el siglo de la revolución y que, de consiguiente, quien lo encarna es Víctor Hugo. Pues no, objetará M. Lagarrigue: es el siglo de Augusto Comte, y acaso algún día se le llame el siglo del Orden, en razón de la gran figura que le dará su nombre.

Estos días hemos oído hablar de una estatua de Auguste Comte que debe levantarse en la plaza de la Sorbona, pero el centenario de Comte pasó inadvertido en 1898, el mismo año en que el Gobierno se prestaba a la celebración del centenario de ese cerebro lleno de humo que se llama Michelet. La mayoría de nuestros compatriotas desconocen la doctrina de Comte o tienen de ella una idea lamentable. Verdad es que se ha hecho cuanto se ha podido para desfigurar la filosofía profunda, la religión magnánima, la armoniosa poesía que encarna.

Hay en París algunos positivistas fieles, pero son casi desconocidos; en cambio, mi corresponsal chileno se acuerda de ellos. Yo no pretendo llamarme su correligionario, pero ellos me hacen el honor de considerarme como un amigo suyo espiritual, porque advierten claramente, como lo sentía su maestro, que han de buscar los elementos para un partido de orden entre nosotros, entre los conservadores, los católicos y los monárquicos, cosa en la que el señor Juan-Enrique Lagarrigue comparte su opinión. Sólo que él añade lo que muchos de sus colegas franceses parece que no se atreven a decirme:

—¿Por qué es usted monárquico? ¿Por qué complica usted con un matiz de política dinástica esta inmensa cuestión del orden? ¡No se ocupe usted más que de ella!...

III.—¡Pero si no nos ocupamos más que de esto! Precisamente lo que nos ha convertido al monarquismo ha sido el estudio de *la inmensa cuestión del orden*.

La Monarquía no es para nosotros una preferencia personal. No somos teócratas y no sabríamos cómo definir el derecho divino, pero la herencia del poder se nos presenta con entera evidencia como la única institución política que pueda hacer frente a las dificultades nacionales. Si pensáramos de otro modo, si se pudiera crear en este país un orden a la vez republicano y francés, si lo exigiera el patriotismo, mejor dicho, sólo con que fuera compatible con éste, M. Lagarrigue

no tendría necesidad de adjurar al duque de Orleans a que se hiciese republicano, porque seríamos nosotros quienes nos encargaríamos de esta tarea cerca del joven jefe de la Casa de Francia.

Auguste Comte, que no tenía prejuicios revolucionarios, que había honrado a Luis XVIII y mantenido el culto de la "dictadura legitimista", tal como la organizó M. de Villèle entre 1821 y 1828, Comte no era monárquico porque creía que la anarquía parlamentaria había quedado eliminada a partir de 1855. Cinco años más tarde, tres después de la muerte de Comte, los decretos de 1860 la restablecieron [1], y, otra vez vigente, tuvo la parte que todos sabemos en las desgracias de la guerra y ha jugado en todas nuestras etapas de ruina, de debilidad y de agitación desde hace cuarenta años.

Desaparecido antes de este restablecimiento de la anarquía parlamentaria, Auguste Comte no pudo presenciar tampoco el desarrollo del *imperialismo* europeo. En 1855 era posible una esperanza republicana, pero los franceses del siglo XX no pueden de ningún modo alimentarla.

—Pero—me dice el señor Lagarrigue—¿qué os impide tener una República fuerte, refrenar el Parlamento, reducirlo a sus funciones de fiscalización de la Hacienda, y poner en el Elíseo a un dictador que sea el órgano del interés general?

El señor Lagarrigue tiene la mejor intención al proponernos semejantes maravillas, pero si él considera difícil el restablecimiento de la Monarquía, yo le advierto claramente que la República nacionalista y conservadora no es ya difícil, sino imposible.

En un país constituído como lo está Francia, en un país que no está enteramente representado ni por su aristocracia ni por su burguesía, la República no ha durado más que por-

1. Los amigos de Déroulède se pasan el tiempo repitiendo que el parlamentarismo fué cosa de la Restauración. ¡Como si no hubiera florecido bajo el Directorio y la Convención! ¡Como si el acta adicional a la Constitución del Imperio, redactada por el meteco hugonote de Benjamin Constant y parafraseada por Napoleón I, no fuera parlamentarismo puro! ¡Como si el parlamentarismo actual no datara del decreto de Napoleón III! En cuanto a la calumniada Restauración, la verdad es que nunca como bajo ella se intentó con tanta lealtad y talento la experiencia parlamentaria; el que aun así fracasara, es precisamente la mejor condenación del sistema. (Nota de 1903.)

que ha sido el patrimonio de un partido, de un partido cerrado, organizado lo bastante celosamente para resistir todos los asaltos. M. Méline, que quiso gobernar prescindiendo de él, tuvo que caer; quiere ahora reconquistar el poder, y por ello ya estamos viendo cómo se aplica a recobrar la benevolencia de este partido y a confundirse de nuevo con él.

Este partido es el Viejo Partido Republicano; V. P. R.: tres grandes mayúsculas que no deben olvidarse.

IV.—Acabaríamos por aceptar el reinado del Viejo Partido Republicano si éste fuese capaz de aceptar las condiciones normales de las funciones de gobierno. Pero, al tiempo que ejerce el gobierno, es también la revolución. Como el republicano de Méry que desembarcó en la isla desierta, se juzgó a sí mismo, se condenó, se ejecutó y enseñó en seguida su cabeza cortada al pueblo, el Orden del V. P. R. está en oposición con la vida normal y la salvación del Orden francés.

El Orden francés exige un ejército fuerte. El Orden del V. P. R. entrega el ejército al Parlamento y a la Prensa. El Orden francés requiere el respeto a la propiedad, a la fortuna adquirida, el sólido fundamento de la paz pública, la economía. El Orden del V. P. R. condena a éste, en tiempo normal, al pillaje del Estado para subvencionar la democracia, y, en los tiempos de agitación, a apoyarse en los elementos subversivos que lo han elevado al poder (Joffrin y compañía). El Orden francés es amigo del Catolicismo. El Orden del V. P. R. es anticatólico.

En una palabra, el Orden francés manda combatir, en nombre del Orden mismo, tal como Auguste Comte lo define, "los dogmas revolucionarios"; el Orden del V. P. R. impone "materialmente" "un respeto legal" para estos mismos dogmas.

—Pero ¿no puede cambiar este partido?—me dirá M. Lagarrigue.

Ni él puede cambiar, ni puede cambiarlo nadie. Alejado del Poder, formará la más fuerte minoría revolucionaria, y, estando en el Poder, no puede ser otra cosa que la revolución enmascarada, como Napoleón fué la Revolución con botas de montar.

—¿Y por qué este Partido no puede evolucionar hacia el orden?

—Porque no puede hacer esa evolución sin perder la armazón que constituye su fuerza.

Esta armazón está constituída por dos minorías confesionales existentes en Francia. Una de ellas, integrada por unas cien mil almas; la otra, por seiscientas cincuenta o setecientas mil personas, además de una sociedad bastante antigua y llena de vida que comprende a cerca de treinta mil adheridos. Poca gente, si quiere usted, pero organizada por el común interés, el sentimiento hereditario, la religión y la comunidad de la sangre, es decir, dinero, disciplina y pasión, y esto no por una hora, no para una temporada, no para combatir una ley o hacer condenar a un culpable, sino permanente, constante, histórica, hereditaria y naturalmente, en todo momento.

..."Alianza natural", dijo tal vez imprudentemente M. Waldeck-Rousseau en Saint Etienne. Pues, por el mecanismo sencillísimo de esta inteligencia natural, Francia está soportando un régimen contra natura.

No hay más que una organización, la Iglesia, que pudiera sustituir al V. P. R. y hacer posible una solución republicana: la teocracia católica; pero estamos en Francia y no en Bélgica. Nuestros mismos católicos son aficionados a *posar* en anticlericales. De consiguiente, la República católica es una quimera.

El partido del Orden no puede escoger.

Si rechaza la anarquía, tiene que adoptar la Monarquía.

Si rechaza la Monarquía, tiene que resignarse a la anarquía.

No sé qué dirán de esto en Santiago, pero los franceses tienen la palabra.

EL PRIMER LIBRO DE LA "ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA"

EL SEGUNDO LIBRO DE LA "ENCUESTA SOBRE LA MONARQUIA"

LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LA "ENQUETE SUR LA MONARCHIE" TERMINÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA 25 DE AGOSTO, FESTIVIDAD DE SAN LUIS, EL REY CRUZADO, EN LOS TALLERES DE IMPRENTA ALDECOA, S. A., DE LA CIUDAD DE BURGOS. AÑO MCMXXXV